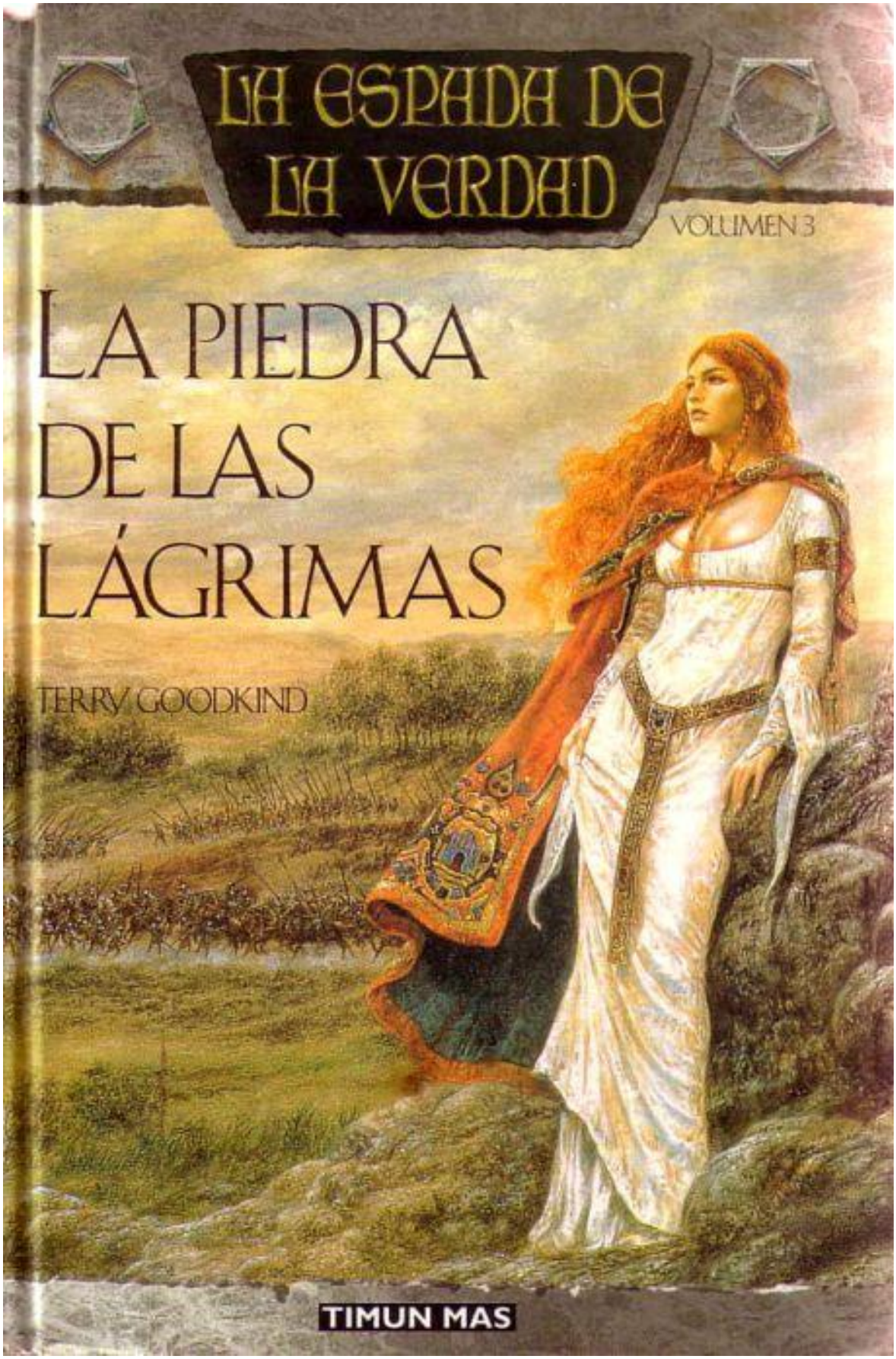
LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 3

LA PIEDRA DE LAS LÁGRIMAS

TERRY GOODKIND



TIMUN MAS

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 3

La Piedra de las Lágrimas

TERRY GOODKIND

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Valerio Viano
Ilustración de cubierta: Royo

Título original: *Stone of Tears. Book 2 of The Sword of Truth*
Traducción: Joana Claverol

© 1995 Terry Goodkind
Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA

© Grupo Editorial Ceac, S. A., 2002
Para la presente versión y edición en lengua castellana
Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.

ISBN: 84-480-3223-3 (Obra completa)
ISBN: 84-480-3226-8 (Volumen 3)
Depósito legal: B. 48.069-2001
Hurope, S.L.
Impreso en España - *Printed in Spain*
Grupo Editorial Ceac, S. A. Paseo Manuel Girona, 71 bajos - 08034 Barcelona
www.editorialceac.com
e-mail: info@ceacedit.com

ÍNDICE

1 6
2 11
3 18
4 28
5 37
6 48
7 65
8 73
9 85
10 97
11 102
12 112
13 126
14 142
15 150
16 162
17 174
18 185
19 198
20 209
21 223
22 234
23 248
24 254
25 268
26 273
27 284
28 296
29 301
30 311
31 317
32 326

A mis padres, Natalie y Leo

Quisiera dar las gracias a mi editor, James Frenkel, por tener la integridad de exigirme lo mejor de mí mismo; a mi editora británica, Caroline Oakley por su infatigable apoyo y ánimo; a mis amigos Bonnie Moretto y el Dr. Donald Schassberger, por sus consejos.

T.G.

1

Rachel apretó contra el pecho su muñeca y se quedó mirando fijamente la cosa oscura que la observaba desde los matorrales. Al menos, a ella le parecía que la observaba, aunque era difícil decirlo, pues los ojos eran tan negros como el resto de la bestia, menos cuando la luz les daba de pleno; entonces eran dorados y brillantes.

La niña estaba acostumbrada a ver animales en el bosque —conejos, mapaches y ardillas—, pero eso era más grande, tanto como ella o incluso más. Tal vez era un oso, se dijo, pues los osos también son oscuros.

Pero no se hallaba en el bosque, sino en un palacio. Era la primera vez que se encontraba en un bosque bajo techo. Rachel se preguntó si en él vivirían también animales, como en los bosques al aire libre.

Se hubiera asustado si Chase no estuviera allí junto a ella, pero sabía que con él al lado estaba a salvo. Chase era el hombre más valiente que hubiera conocido nunca. No obstante, no podía evitar sentirse algo asustada. Chase le había dicho que era la niña más valiente que conocía, y ella no quería que pensara que se asustaba de un conejo.

Tal vez no era más que eso: un conejo muy grande sentado encima de una roca o algo así. Pero los conejos tienen orejas largas. Quizá sí que se trataba de un oso. Rachel se metió en la boca un pie de la muñeca.

Entonces se volvió y miró el sendero, las hermosas flores, los muretes cubiertos de plantas trepadoras y los prados, hasta que posó la vista en Chase, que hablaba con Zedd, el mago. Ambos estaban de pie junto a una mesa de piedra, miraban las cajas y discutían acerca de qué iban a hacer con ellas. Rachel se alegró, pues eso significaba que Rahl el Oscuro no las había conseguido y que ya nunca más haría daño a nadie.

Rachel dio media vuelta para asegurarse de que la cosa negra no se le acercaba, pero ya no estaba. La niña miró alrededor, pero no pudo verla.

—Sara, ¿dónde crees que puede haber ido? —susurró.

La muñeca no respondió. Rachel mordió el pie de Sara y echó a andar en dirección a Chase. Aunque tenía ganas de correr, no quería que Chase creyera que no era valiente; se había sentido muy bien cuando el guardián la había llamado valiente. Sin detenerse, echó una mirada por encima del hombro, pero no vio la cosa oscura por ninguna parte. Tal vez había regresado a su madriguera. Aún tenía ganas de correr, pero se contuvo.

Al llegar junto a Chase, se arrimó a él y le abrazó una pierna. Chase y Zedd estaban hablando, y Rachel sabía que era de mala educación interrumpir, por lo que esperó chupando el pie de Sara.

—¿Qué pasaría si te limitaras a cerrar la tapa? —preguntaba Chase al mago.

—¡Cualquier cosa! —Zedd alzó sus entecos brazos. Se había alisado el cabello blanco, pero aún despuntaban algunos mechones—. ¿Cómo quieres que lo sepa? El hecho de que sepa que son las cajas del Destino no significa que sepa qué hacer con ellas ahora, una vez que Rahl el Oscuro ha abierto una. La magia del Destino lo mató por abrir una, y podría haber destruido el mundo. Podría matarme a mí por cerrarla, o algo peor.

—Bueno —replicó Chase, lanzando un suspiro—, no podemos dejarlas aquí sin hacer nada, ¿verdad? ¿No crees que deberíamos hacer algo?

El hechicero observó ceñudo las cajas, absorto en sus pensamientos. Tras más de un minuto de silencio, Rachel tiró de una manga de Chase. El hombre bajó la vista hacia ella.

—Chase...

—¿Chase? ¿No recuerdas las normas? —El hombre puso los brazos en jarras y torció el gesto, fingiéndose disgustado, hasta que la niña soltó una risita y se le agarró a la pierna con más fuerza—. Hace apenas unas pocas semanas que eres mi hija y ya estás incumpliendo las reglas. Ya te dije que debías llamarme «papá». No permito a ninguno de mis hijos que me llame Chase. ¿Entendido?

Rachel sonrió de oreja a oreja y asintió.

—Sí, Ch... papá.

Chase puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, tras lo cual despeinó el cabello de la niña.

—¿Qué quieres?

—Hay un animal muy grande entre los árboles; un oso o algo peor. Creo que deberías desenvainar la espada e ir a ver.

—¡Un oso! ¿Aquí dentro? —Chase se rió—. Niña, estamos en un jardín interior, y aquí no hay osos. Será un truco de la luz.

—No, creo que no Ch... papá. Me estaba mirando.

Chase sonrió, volvió a despeinarla, posó una de sus manazas sobre la mejilla de la pequeña y le apretó la cabeza contra su pierna.

—En ese caso, quédate junto a mí, y no te molestará.

Rachel asintió con un pie de Sara en la boca, mientras Chase le mantenía la cabeza contra su pierna. Ahora ya no se sentía tan asustada, por lo que volvió a posar la mirada en los árboles.

La cosa oscura, que se escondía tras uno de los muretes cubiertos de hiedra, corrió hacia ella. Rachel mordió con más fuerza el pie de la muñeca y se le escapó un leve gemido al tiempo que alzaba el rostro hacia Chase. El hombre señalaba las cajas.

—¿Y qué es esa cosa, esa piedra o joya o lo que sea? ¿Estaba dentro de la caja?

—Sí, pero prefiero no pronunciarme sobre lo que es hasta estar seguro.

—Papá —gimió Rachel—, se está acercando.

—Bien. —Chase bajó la mirada—. Tú vigílala por mí. ¿Cómo que prefieres no pronunciarte? —añadió, dirigiéndose al mago—. ¿Crees que tiene algo que ver con eso que dijiste sobre que el velo del inframundo seguramente se ha rasgado?

Zedd se frotó el terso mentón con sus enjutos dedos mientras contemplaba ceñudo la gema negra colocada delante de la caja abierta.

—Eso me temo.

Rachel miró el murete para comprobar la posición de la cosa oscura y dio un respingo al ver unas manos que se agarraban al borde del muro. Se había acercado mucho.

Aunque no eran manos, sino garras, unas garras largas y curvas.

La niña alzó los ojos hacia Chase y todas sus armas para asegurarse de que tenía suficientes. El guardián del Límite llevaba un montón de cuchillos alrededor de la cintura, una espada colgada a la espalda, una gran hacha sujeta al cinturón y otras cosas que parecían cachiporras, con pinchos afilados que sobresalían, también colgadas al cinto, además de una ballesta a la espalda. Rachel esperaba que bastasen.

Tantas armas asustaban a otras personas, pero no a la cosa oscura, pues seguía acercándose. El mago ni siquiera llevaba un cuchillo, sino simplemente una túnica muy sencilla de color marrón. Y era tan flacucho... No era un hombre fornido como Chase. Pero los magos tenían magia, y tal vez con magia podría ahuyentar a la bestia oscura.

¡Magia! La niña recordó entonces la cerilla encantada que el mago Giller le había dado. Se llevó una mano al bolsillo y cerró los dedos en torno a ella. Tal vez tendría que echar una mano a Chase. No permitiría que esa cosa hiciera daño a su nuevo padre. Sería valiente.

—¿Es peligrosa?

Zedd alzó hacia Chase unos ojos enmarcados por tupidas cejas.

—Si es lo que creo y cayera en manos equivocadas, «peligrosa» sería quedarse corto.

—En ese caso, quizá deberíamos enterrarla en un agujero muy profundo o destruirla.

—Imposible. Podríamos necesitarla.

—¿Y si la escondemos?

—En eso estaba pensando. El problema es dónde. Debemos tener en cuenta algunas cosas. No sabré qué hacer con la gema ni con las cajas hasta que vaya a Aydindril con Adie para estudiar las profecías.

—¿Y hasta entonces qué? ¿Qué haremos hasta que estés seguro?

Rachel miró hacia la cosa oscura, que estaba más cerca, tanto como el muro. Agarrada al borde con sus garras, alzó la cabeza y miró directamente a la niña a los ojos.

La bestia sonrió mostrando unos colmillos largos y afilados. Rachel se quedó sin respiración, los hombros empezaron a temblarle, y los ojos se le abrieron de par en par. ¡La bestia se reía! La niña podía oír cómo los latidos de su corazón le resonaban en los oídos.

—Papá... —gimió en voz muy baja.

Chase ni la miró, sino que se limitó a hacerla callar. La cosa pasó una pierna por encima del muro y se dejó caer, sin dejar de mirar a la niña y de reír. Entonces posó sus relucientes ojos en Chase y en Zedd, siseó y volvió a reír mientras se encorvaba.

Rachel tiró de la pernera del pantalón de Chase y pugnó por hablar con voz audible.

—Papá... Se está acercando.

—Muy bien, Rachel. Zedd, aún no sé...

Lanzando un aullido, la bestia saltó hacia campo abierto y corrió. No se veía más que una raya negra desdibujada. Rachel gritó. Chase giró sobre sus talones justo cuando la cosa lo golpeaba. Las garras relampaguearon en el aire. Chase cayó al suelo y la bestia se lanzó contra Zedd.

El mago agitó los brazos como aspas de molino. De sus dedos brotaban relámpagos que rebotaban en la bestia negra y levantaban tierra o piedra allí donde impactaban. La bestia tiró a Zedd al suelo.

Entonces, riendo con un sonoro aullido, volvió a saltar sobre Chase, que justo empuñaba el hacha que llevaba al cinto. Rachel gritó de nuevo cuando esas garras desgarraron la carne de Chase. La bestia era más rápida que ningún animal que la niña hubiese visto jamás. Sus garras no eran más que una mancha borrosa.

Rachel estaba aterrorizada; la cosa estaba haciendo daño a Chase. Después de arrebatar el hacha de manos del guardián, lanzó su horrible carcajada. Estaba haciendo daño a Chase. Rachel apretaba entre los dedos la cerilla encantada.

La niña dio un salto hacia adelante y acercó la cerilla a la espalda de la bestia, al tiempo que gritaba las palabras mágicas que la encenderían: «¡Luz para mí!».

El monstruo negro quedó envuelto en llamas y lanzó un espeluznante chillido mientras se volvía hacia la niña. Con la boca completamente abierta, daba chasquidos con los dientes, mientras el fuego prendía en él. La bestia volvió a reír, aunque no como se reía la gente por cosas divertidas; la suya era una risa que ponía la carne de gallina. Aún ardía cuando se encorvó y echó a andar hacia la niña. Rachel retrocedió.

Chase gruñó al lanzar una de las cachiporras guarnecida de pinchos afilados. La cachiporra fue a darle en la espalda y se le quedó clavada en un hombro. La bestia se volvió hacia Chase y se rió mientras movía una garra hacia atrás y se arrancaba el arma. Acto seguido fue a por Chase.

Pero Zedd se había recuperado, y de sus dedos partían lenguas de fuego, lo que inflamó aún más a la bestia. Pero ésta se limitó a reírse de Zedd. El fuego se extinguió. Excepto por el humo que desprendía, el cuerpo de la bestia tenía exactamente el mismo aspecto que antes. De hecho, incluso antes de que Rachel le hubiera prendido fuego, parecía oscuro de haber sido quemado.

Chase se puso en pie. A Rachel se le anegaron los ojos de lágrimas al ver que sangraba. El guardián cogió la ballesta que le colgaba de la espalda y, en un abrir y cerrar de ojos, disparó. El proyectil se estrelló contra el pecho de la bestia. Con una espeluznante risotada, ésta se lo arrancó.

El guardián arrojó la ballesta, desenvainó la espada que llevaba a la espalda y se abalanzó sobre el monstruo, saltando sobre él mientras golpeaba. Pero la bestia se movió tan rápidamente que Chase falló. Zedd, por su parte, hizo algo que la desequilibró. Chase se puso delante de Rachel y la empujó por la espalda con una mano, mientras que con la otra mantenía la espada presta.

La cosa se puso de nuevo en pie y miró a todos ellos uno a uno.

—¡Caminad! —gritó Zedd—. ¡No corráis! ¡No os quedéis quietos!

Chase agarró a Rachel por la muñeca y echó a andar hacia atrás. Zedd lo imitó. La bestia negra dejó de reír y los miró uno a uno, parpadeando. Chase jadeaba. Tanto la túnica de piel curtida como la cota de malla que la cubría mostraban desgarros producidos por las garras. Rachel sintió ganas de echarse a llorar al ver cuánta sangre tenía encima, tanta que le fluía por el brazo hasta la mano. La niña no quería que Chase sufriera daño alguno, pues lo amaba con todas sus fuerzas. Apretó con más fuerza a Sara y la cerilla encantada.

—Sigue andando —ordenó Zedd a Chase. El mago se había detenido.

La bestia negra miró a Zedd, quieto, y esbozó una amplia sonrisa que dejó al descubierto sus afilados colmillos. Nuevamente lanzó esa espeluznante risa, y sus garras hendieron la tierra cuando se lanzó en tromba contra el mago.

Zedd alzó las manos. Tierra y hierba saltaban en el aire alrededor de la bestia. Algo la elevó, y unos rayos de luz azul impactaron en ella desde todas partes antes de caer de nuevo al suelo con un ruido sordo. Humeaba, pero lanzó su aullido de risa.

Algo más sucedió; Rachel no sabía qué era, pero la bestia se quedó quieta con los brazos extendidos al frente, como si tratara de correr pero tuviera los pies pegados al suelo. Zedd movía los brazos en círculos y, nuevamente, los alzó bruscamente. El suelo tembló como por efecto de los truenos, y destellos de luz golpearon a la bestia. Ésta rió, se oyó un ruido como de madera que se rompía, y la cosa avanzó hacia Zedd.

El mago echó a andar otra vez. La bestia se paró y frunció el entrecejo. Entonces, el mago se detuvo y alzó los brazos. Una terrible bola de fuego surcó el aire en dirección a la bestia, que corría hacia Zedd. La bola de fuego emitió un alarido y fue creciendo mientras se aproximaba a la bestia oscura.

El impacto fue tan tremendo que el suelo tembló. La luz azul y amarilla era tan intensa que Rachel tuvo que entrecerrar los ojos, mientras andaba hacia atrás. La bola de fuego fue ardiendo sin moverse de sitio, rugiendo salvajemente.

La bestia emergió del fuego, humeando. Los hombros le temblaban como si se estuviera carcajeando. Las llamas se extinguieron dejando pequeñas chispas que flotaban en el aire.

—¡Cáspita! —exclamó el hechicero, echando a andar hacia atrás.

Rachel no sabía qué significaba «cáspita», pero Chase le había advertido que no dijera esa palabra delante de niños. Rachel no sabía por qué. Ahora, el cabello blanco y ondulado del mago se veía enmarañado y desgreñado.

Rachel y Chase habían ido avanzando por un sendero entre los árboles y se encontraban muy cerca de la puerta. Zedd reculaba hacia ellos, mientras la cosa negra vigilaba. Cuando el mago se paró, la bestia se le lanzó de nuevo.

Un muro de llamas le cortó el paso. En el aire flotaba el olor a humo y un rugido. La bestia atravesó el muro de fuego. Zedd levantó otro, pero la cosa lo atravesó también.

Cuando el mago empezó de nuevo a andar, la bestia se detuvo junto a un murete cubierto de plantas trepadoras y observó. Las enredaderas se separaron del muro por sí solas y, de pronto, comenzaron a crecer y a rodear a la bestia, que se mantenía quieta. Zedd casi los había alcanzado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Chase.

Zedd se volvió. Parecía cansado.

—Intentaré encerrarlo aquí —respondió.

La bestia se debatía entre las enredaderas, que tiraban de él hacia el suelo. Mientras trataba de desenredarse con sus afiladas garras, los tres humanos atravesaron el gran umbral. Chase empujó una de las enormes puertas de oro, Zedd la otra, y juntos las cerraron.

Al otro lado se oyó un aullido, seguido por un gran estrépito. En la puerta se formó una gran abolladura que lanzó a Zedd al suelo. Chase colocó una mano sobre cada uno de los batientes y empujó con todo su peso, mientras la bestia aporreaba la puerta desde el otro lado.

La cosa arañaba la puerta, produciendo un horrible sonido de metal al rechinar. Chase estaba cubierto de sudor y sangre. Zedd se levantó de un salto y corrió a ayudarlo a mantener las puertas cerradas.

Una garra se introdujo en la rendija entre los dos batientes y fue deslizándose hacia abajo; luego otra apareció por debajo. Rachel podía oír a la bestia reír al otro lado de la puerta. Chase gruñó mientras empujaba. La puerta crujió.

Zedd retrocedió un paso y extendió los brazos al frente con los dedos hacia arriba, como si empujara el aire. El crujido cesó. La bestia aulló con más fuerza.

—Marchaos —ordenó Zedd a Chase, agarrándolo por la manga.

—¿Crees que eso lo contendrá? —inquirió el guardián mientras empezaba a recular.

—No lo creo. Si va a por vosotros, caminad. Correr o estar quieto atrae su atención. Díselo a todos a quienes veas.

—Zedd, ¿qué es esa cosa?

Se oyó un estrépito y apareció otra gran abolladura en la puerta. Los extremos de las garras atravesaron el metal y empezaron a romper la puerta. Rachel acusó dolorosamente ese ruido en los oídos.

—¡Vamos, marchaos!

Chase sujetó a la niña pasándole un brazo por la cintura y echó a correr por el pasillo.

2

Zedd palpaba distraídamente la gema, guardada en un bolsillo interior de la túnica, a través de la basta tela mientras observaba cómo las garras iban abriendo un boquete en el metal de la puerta. Al volver la vista, vio al guardián del Límite que se alejaba por el pasillo con Rachel en brazos. No habían avanzado más que unas pocas docenas de pasos cuando uno de los batientes saltó de los goznes con gran estrépito. Pese a ser muy resistentes, los goznes se hicieron pedazos como si fueran de arcilla.

Zedd se agachó justo a tiempo de evitar la puerta de hierro revestida de oro, que voló por el pasillo y se estrelló contra la pared de mármol pulido, levantando en el corredor una nube de fragmentos de metal y polvo de piedra. El mago se irguió y echó a correr.

El aullador se plantó de un salto en el pasillo, dejando atrás el Jardín de la Vida. Su cuerpo no era más que un esqueleto cubierto por una capa de piel reseca, quebradiza y ennegrecida, como un cadáver que se hubiera secado al sol durante años. Fruto de la lucha le colgaban pellejos en algunos puntos del cuerpo por los que asomaban huesos blancos, aunque eso no parecía afectarle; el aullador era un ser del inframundo al que no entorpecían las debilidades de los seres vivos. No sangraba.

Quizá se podría destrozar o hacer pedazos, pero era terriblemente rápido y, ciertamente, la magia no parecía ser capaz de detenerlo. Era una criatura de Magia de Resta y absorbía la Magia de Suma como una esponja.

Quizás era vulnerable a la Magia de Resta, pero Zedd no poseía el don para ella. Aunque algunos magos, como Rahl el Oscuro, habían sentido la llamada de la Magia de Resta, hacía milenios que nadie tenía el don para ella.

No, su magia no iba a detener al monstruo, al menos, no directamente. Pero ¿y si probaba por medios indirectos?

Zedd caminó hacia atrás bajo la mirada parpadeante y confusa del aullador. «Ahora —pensó—, mientras está quieto».

Concentrándose, el mago acumuló aire haciéndolo denso, tanto como para levantar la pesada puerta. Le costó, pues se sentía cansado. Lanzando un gruñido mental, empujó el aire y lanzó la puerta contra la espalda del aullador. La puerta aplastó al monstruo contra el suelo y levantó una nube de polvo que llenó el pasillo. El monstruo aulló. Zedd se preguntó si sería un aullido de dolor o de rabia.

Esquirlas de piedra se desprendieron de la puerta cuando el aullador la levantó sosteniéndola con una garruda mano, riéndose. Aún tenía alrededor del cuello un tallo leñoso de la enredadera que había tratado de estrangularlo.

—Cáspita —murmuró Zedd—. No hay nada sencillo.

El mago siguió reculando. El aullador lanzó la puerta contra el suelo y también avanzó. Estaba aprendiendo que las personas que caminaban eran las mismas que corrían o estaban quietas. Zedd tenía que pensar en algo antes de que el monstruo aprendiera más. Si al menos no estuviera tan cansado...

Chase bajaba por una amplia escalera de mármol, y Zedd lo siguió a paso rápido. De haber tenido la seguridad de que el aullador no perseguía específicamente a Chase o a Rachel, habría tomado otro camino para alejar el peligro de ellos, pero no podía arriesgarse a que Chase se enfrentara solo al monstruo.

Un hombre y una mujer, ambos de ojos azules y ataviados con túnicas blancas, ascendían por la escalera. Chase trató de hacerlos dar media vuelta, pero ellos pasaron por su lado.

—¡Caminad! —les gritó Zedd—. ¡No corráis! ¡Dad media vuelta u os matará!

La pareja lo miró con el entrecejo fruncido, confundida.

El aullador se acercaba a la escalera arrastrando los pies. Sus garras repiqueteaban el suelo de mármol, rayándolo. Zedd podía oírlo jadear con esa risa que crispaba los nervios.

Al ver a la bestia, hombre y mujer se quedaron helados y abrieron los ojos desmesuradamente. Zedd los empujó para obligarlos a dar media vuelta y bajar la escalera. De pronto, ambos echaron a correr y a bajar los peldaños de tres en tres. El cabello rubio y las túnicas blancas ondeaban tras ellos.

—¡No corráis! —gritaron Zedd y Chase al mismo tiempo.

El súbito movimiento atrajo la atención del aullador, que se irguió sobre sus garrudos pies, soltó una risa burlona y se lanzó hacia la escalera. Zedd le propinó un puñetazo de aire que lo obligó a retroceder un paso. Pero la bestia apenas lo notó; se asomó por encima del pasamanos de piedra esculpida y observó a la pareja que corría.

Riéndose socarronamente, se agarró a la barandilla y la esquivó con un salto de más de seis metros, yendo a aterrizar delante de las dos figuras vestidas de blanco que corrían. Inmediatamente, Chase escondió la cara de Rachel contra su hombro y cambió de dirección, subiendo de nuevo. Sabía qué iba a ocurrir y no podía hacer nada para evitarlo.

—De prisa, ahora que está distraído —gritó Zedd desde arriba, donde los esperaba.

Hubo una lucha muy breve y unos pocos gritos, tras lo cual una risa aulladora resonó en el hueco de la escalera. La sangre salpicó formando un arco ascendente; cayó sobre el mármol blanco y casi alcanzó a Chase, que subía a toda prisa. Rachel escondió la cara contra él y se aferró a su cuello, pero no dijo nada.

Zedd estaba impresionado por el comportamiento de la niña. Nunca había visto a nadie tan pequeño usar como ella la cabeza. Era lista; lista y valiente. Era comprensible que Giller hubiera confiado en ella para tratar de evitar que la última caja del Destino cayera en manos de Rahl el Oscuro. Era típico de los magos usar a otras personas para hacer lo que debía hacerse.

Los tres corrieron por el pasillo hasta que el aullador apareció en lo alto de la escalera; entonces caminaron hacia atrás. El aullador sonrió, dejando al descubierto unos colmillos cubiertos de sangre. A la luz del sol que entraba por una alta y estrecha ventana, sus eternos ojos negros parecían dorados. El monstruo se estremeció al sentir la luz en sus ojos, se lamió la sangre de las garras y trotó en persecución de los humanos. Los tres bajaron la siguiente escalera seguidos por la bestia, que de vez en cuando se paraba, confundida, sin saber a quién perseguía.

Chase sostenía a Rachel con un brazo y empuñaba una espada con la otra mano, mientras Zedd se mantenía entre ellos y el monstruo. Así, bajando lentamente, llegaron a un pequeño vestíbulo. El aullador los seguía subiendo por las paredes, arañando la lisa piedra y saltando de un tapiz a otro, que destrozaba con las garras.

El monstruo lanzó al vestíbulo unas mesas gemelas de madera de nogal pulida, cada una con tres patas esculpidas con motivos de enredaderas, salpicadas con flores doradas. Los jarrones de vidrio tallado colocados sobre las mesas se hicieron añicos contra el suelo de piedra; el sonido hizo sonreír y reír al monstruo. Agua y flores se derramaron sobre las alfombras. El aullador descendió de un salto y destrozó una alfombra azul y amarilla de precio incalculable, confeccionada en Tanimura, mientras aullaba de risa y trepaba por el muro hasta el techo.

Entonces empezó a avanzar como una araña, con la cabeza colgándole, mientras observaba a los humanos.

—¿Cómo puede hacer eso? —susurró Chase.

Zedd expresó su ignorancia con un gesto, mientras los tres retrocedían hacia los inmensos patios centrales del Palacio del Pueblo. El techo, que medía más de quince metros de alto, estaba formado por una colección de bóvedas de crucería de cuatro aristas y que descansaban sobre una columna.

De pronto, el aullador saltó por el techo del pequeño vestíbulo y se abalanzó sobre ellos.

Zedd arrojó un rayo de fuego a la bestia cuando ésta volaba por el aire, pero falló. El fuego subió por el muro de granito, dejando tras de sí una estela de hollín negro antes de disiparse.

Pero, por vez primera, Chase no falló y propinó un terrible golpe con la espada que cortó de cuajo un brazo de la bestia. También por primera vez el monstruo aulló de dolor y, avanzando a trompicones, corrió a refugiarse detrás de una columna de mármol gris con estrías verdes. El brazo cercenado se movía sobre el suelo de piedra, mientras la mano hacía ademán de agarrar algo.

Unos soldados irrumpieron corriendo en el vasto patio, espadas en mano. El repiqueteo de sus armaduras y armas reverberó en los altos techos abovedados, mientras que el ruido que hacían con las botas resonaba en las baldosas del estanque de las oraciones que tuvieron que sortear. Los soldados d'haranianos eran realmente temibles, y mucho más ahora que se enfrentaban con un invasor.

Al verlos, Zedd sintió un extraño temor. Pocos días antes los soldados lo hubieran llevado a rastras ante el antiguo amo Rahl para que lo matara, pero ahora eran los leales seguidores del nuevo amo Rahl: su nieto Richard.

Mientras observaba cómo los soldados se acercaban, cayó en la cuenta de que el patio estaba lleno de gente. La plegaria de la tarde justo había acabado. Incluso con un solo brazo, el aullador podía hacer una carnicería, podía matar a varias docenas de personas antes incluso de que pensaran en salir corriendo. Y, si lo hicieran, mataría todavía más. Tenían que alejar a toda esa gente.

Los soldados rodearon rápidamente al mago, mirando con dureza, prestos, vigilantes, tratando de descubrir la causa de tanto alboroto. Zedd se dirigió al comandante, un hombre musculoso con un uniforme de cuero y un peto pulido con una R ornamentada grabada en él; era el símbolo de la casa de Rahl. En la parte superior de los brazos, cubiertos únicamente por ordinarias mangas de malla, mostraba las cicatrices que indicaban su rango. Bajo el reluciente yelmo brillaban unos ojos azul intenso.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿Qué es tanto alboroto?

—Aleja a todas estas personas de aquí. Están en peligro.

—¡Soy un soldado, no un maldito pastor de ovejas! —exclamó, sonrojándose tras las placas que le cubrían las mejillas.

Zedd apretó los dientes.

—El primer deber de un soldado es proteger a la gente. Si no sacas a estas personas de aquí, comandante, me encargaré personalmente de que te conviertas en pastor.

Al darse cuenta de con quién estaba discutiendo, el comandante saludó llevándose un puño al corazón y habló con voz controlada.

—A sus órdenes, mago Zorander. —Acto seguido descargó el enojo en sus hombres—. ¡Sacad a todos de aquí! ¡Vamos, maldita sea, rápido! ¡Desplegaos! ¡Vaciad el patio!

Los soldados se desplegaron y obligaron a avanzar a una oleada de personas asustadas. Zedd confió en que pudieran sacar a todo el mundo de allí y luego, con mucha suerte, ayudarlo a hacer pedazos al aullador.

Pero entonces, la bestia salió en tromba de detrás de la columna; era como una línea negra que destrozaba el suelo. La bestia se lanzó contra un puñado de espectadores a los que los soldados obligaban a retroceder, tumbando a más de uno y de dos. En el patio resonaron chillidos, gemidos, así como la horrible risa del monstruo.

Los soldados se abalanzaron sobre él, pero fueron repelidos y salieron muy mal parados. Sus compañeros corrieron en su ayuda. El aullador se abría paso dejando tras de sí cuerpos ensangrentados, mientras que los soldados, rodeados por una multitud aterrorizada, no conseguían herirlo ni con espadas ni con hachas. La bestia mostraba tan poca prudencia ante los soldados armados como si éstos fueran inocentes indefensos; simplemente hacía pedazos a cualquiera que tuviese cerca.

—¡Cáspita! —maldijo Zedd. No te alejes de mí —dijo a Chase—. Tenemos que llevárnoslo de aquí—. El mago miró alrededor y añadió—: Hacia allí. Hacia el estanque de las oraciones.

Ambos corrieron hacia el estanque cuadrado situado bajo una gran abertura en el techo. La luz del sol que entraba a raudales se reflejaba en forma de ondas en la columna situada en una de sus esquinas.

De la roca negra colmada de hoyos que descansaba en el estanque, pero no en el centro, colgaba una campana. Peces naranjas nadaban por las aguas poco profundas, ajenos al tumulto de arriba.

Zedd tuvo una idea. Era evidente que el fuego nada podía contra el aullador; como mucho humeaba cuando las llamas prendían en él. Haciendo oídos sordos a los ruidos de dolor y de muerte, el mago extendió ambas manos sobre el agua y reunió el calor de ésta, preparándola para lo que tenía en mente. Justo encima de la superficie del agua se formaron relucientes ondas de calor. El mago mantuvo la temperatura en ese punto, justo a punto de encenderse.

—Cuando se acerque tenemos que conseguir que caiga al agua —dijo a Chase.

El guardián asintió. Zedd se alegró de que Chase no fuera de los que necesitan que se les explique siempre todo; por el contrario, sabía que no era el momento de perder unos segundos preciosos haciendo preguntas. Chase dejó a Rachel en el suelo, y le dijo:

—Quédate detrás de mí.

Tampoco la niña hizo preguntas, sino que asintió y se abrazó a su muñeca. Zedd se dio cuenta de que en la otra mano apretaba la cerilla encantada. Realmente tenía agallas. Entonces se volvió hacia la zona de tumulto, levantó una mano y lanzó cosquilleantes lenguas de fuego contra la bestia negra, que causaba estragos. Los soldados recularon.

El aullador se irguió, dio media vuelta y, al hacerlo, dejó caer el brazo cortado que sostenía entre los colmillos. Despedía humo por donde lo habían alcanzado las llamas. La bestia se rió entre dientes, mofándose del mago, quieto bajo la luz del sol junto al estanque.

Los soldados empujaban a las personas que quedaban para que se alejaran por los pasillos, aunque ahora ya no debían obligarlas. Zedd lanzó bolas de fuego rodando por el suelo. El aullador las apartó, y las bolas se extinguieron. Zedd sabía que el fuego no podía hacerle daño alguno; sólo quería llamar su atención. Y lo logró.

—No lo olvides —recordó Zedd—: Debe caer al agua.

—Da igual que esté muerto cuando caiga, ¿verdad?

—Tanto mejor.

El aullador cargó contra ellos haciendo repiquetear las garras contra la piedra, arañando el suelo con los extremos de éstas, levantando polvo y esquirlas de piedra. Zedd le lanzó compactos nudos de aire que lo golpearon con fuerza, tumbándolo. Su intención era mantener su atención y retrasar su marcha lo suficiente para poder enfrentarse mejor a él. Pero la bestia se ponía inmediatamente en pie cada vez y seguía cargando. Chase lo aguardaba presto, con las piernas flexionadas y sosteniendo una maza de seis filos en vez de la espada.

El aullador describió un salto imposible en el aire y, con un aullido, aterrizó sobre el mago sin darle oportunidad de defenderse. Mientras era arrojado al suelo, Zedd tejía redes de aire para tratar de mantener a raya las garras de la bestia. Con los colmillos trataba de desgarrarle la garganta.

Hombre y bestia rodaron uno sobre el otro y, cuando el aullador quedó arriba, Chase blandió la maza y le dio de refilón en la cabeza. El monstruo se volvió hacia él, cosa que el guardián aprovechó para propinarle otro mazazo directo al pecho, quitándolo así de encima del mago. Zedd oyó el ruido de huesos que se rompían por efecto del mazazo, aunque el aullador apenas pareció notarlo.

La bestia dirigió un barrido con su único brazo a las piernas del guardián, el cual dio dolorosamente con los huesos en el suelo. Inmediatamente, el aullador le saltó sobre el pecho. Zedd pugnaba por recuperarse. Rachel acercó la cerilla encantada a la espalda del monstruo, y la cerilla prendió. Zedd le propinó puñetazos de aire, tratando de lanzarlo al agua, pero el aullador no soltaba a Chase. Su furiosa mirada de ojos negros atravesaba el muro de llamas y retraía los labios mientras gruñía.

Chase alzó la maza con ambas manos y dio un terrible golpe a la poderosa bestia en la espalda. El impacto lanzó al aullador al agua. Las llamas se apagaron al entrar en contacto con el agua con un sibilante sonido y vapor.

Sin perder ni un segundo, Zedd prendió fuego al aire por encima del agua, usando el calor de ésta para alimentarlo. El fuego conjurado por el mago absorbió todo el calor del agua, que se convirtió en un sólido bloque de hielo. El aullador quedó atrapado. Las llamas chisporrotearon al apagarse cuando el calor que las alimentaba se agotó. Sobrevino un súbito silencio sólo roto por los gemidos de los heridos.

Rachel se abalanzó sobre Chase.

—Chase, Chase, ¿te encuentras bien? —preguntó Rachel al guardián con voz ahogada por las lágrimas.

—Sí, pequeña, estoy perfectamente —respondió el hombre, abrazándola al tiempo que se incorporaba en posición sentada.

Pero Zedd se dio cuenta de que eso no era del todo cierto.

—Chase, ve a sentarte en ese banco. Tengo que ayudar a esa gente y no quiero que la niña vea a los heridos.

El mago sabía que de este modo evitaría que el guardián se paseara, herido, hasta que pudiera atenderlo. No obstante, Zedd se sorprendió cuando Chase hizo un gesto de asentimiento y no intentó protestar.

El comandante y ocho de sus hombres acudieron a toda prisa. Unos pocos de ellos se veían ensangrentados; uno presentaba zarpazos irregulares que habían atravesado el metal del peto. Todos ellos posaron la mirada en el aullador, congelado en el estanque.

—Buen trabajo, mago Zorander. —El comandante le dirigió un leve saludo de cabeza y una sonrisa de respeto—. Unos pocos heridos siguen con vida. ¿Puede hacer algo por ellos?

—Les echaré un vistazo. Comandante, quiero que tus hombres hagan pedazos con las hachas a esa bestia antes de que halle el modo de derretir el hielo.

—¿Queréis decir que aún está viva? —inquirió el soldado, muy asombrado.

Zedd respondió con un gruñido afirmativo.

—No pierdas tiempo, comandante.

Los soldados ya tenían prestas las hachas en forma de media luna y sólo esperaban la orden. A una señal del comandante, cargaron contra el hielo y se balancearon antes de detenerse patinando.

—Mago Zorander, ¿qué tipo de criatura es?

Tras mirar al comandante, Zedd posó los ojos en Chase, que escuchaba con atención. El mago respondió sin apartar la mirada del guardián del Límite.

—Es un aullador. —Fiel a su costumbre, Chase no mostró reacción alguna. El mago se volvió de nuevo hacia el soldado.

Los grandes ojos azules del comandante estaban abiertos de par en par.

—¿Hay aulladores sueltos? —susurró—. Mago Zorander... no lo diréis en serio.

Zedd estudió la cara del comandante y reparó por primera vez en las cicatrices ganadas en combates a muerte. Para un soldado de D'Hara, las batallas solían ser a muerte. Era un hombre que normalmente no dejaba que el temor asomara a sus ojos, ni siquiera al enfrentarse a la muerte.

El mago lanzó un suspiro. Hacía días que no dormía. Después de que las cuadrillas trataran de capturar a Kahlan, ésta, creyendo que Richard había sido asesinado, invocó el Con Dar o Cólera de Sangre, y mató a sus atacantes. Ella, Chase y Zedd caminaron durante tres días y tres noches para llegar al palacio y tomar venganza. Una vez que había invocado el Con Dar, esa milenaria mezcolanza de magias, nada podía detener a una Confesora. En el palacio fueron capturados y, finalmente, descubrieron que Richard no había muerto. Eso había ocurrido ayer, aunque parecían años.

Mientras ellos miraban, impotentes, Rahl el Oscuro había trabajado toda la noche para conjurar la magia del Destino de las tres cajas, y esa misma mañana había muerto al abrir la caja equivocada. Richard lo había engañado usando la Primera Norma de un mago. Era la prueba de que Richard poseía el don,

aunque ni él mismo lo creyera, pues sólo alguien con el don podría usar la Primera Norma de un mago contra un nigromante de la talla de Rahl el Oscuro.

Zedd lanzó un vistazo a los hombres que destrozaban a hachazos al aullador atrapado en el hielo.

—¿Cómo te llamas, comandante?

El soldado se puso firmes y respondió con arrogancia:

—Comandante general Trimack, Primera Fila de la Guardia de Palacio.

—¿Primera Fila? ¿Y eso qué es?

Orgulloso, el hombre apretó las mandíbulas.

—Es el círculo de acero que rodea a lord Rahl, mago Zorander. Está formado por dos mil hombres, todos dispuestos a dar hasta la última gota de sangre para proteger al amo Rahl.

—Ya comprendo. Comandante general Trimack, estoy seguro de que un hombre de tu posición sabe que una de las responsabilidades que conlleva su rango es soportar en silencio y soledad la carga del saber.

—Así es.

—Pues ahora tu carga, al menos de momento, será saber que esa criatura es un aullador.

Trimack soltó un profundo suspiro antes de replicar:

—Comprendo. ¿Y los heridos, mago Zorander? —preguntó mirando a la gente caída al suelo por todo el patio.

Zedd sentía respeto hacia un soldado que mostraba preocupación por heridos inocentes. Si antes había mostrado indiferencia no había sido por crueldad, sino por cumplir con su deber. Su instinto había sido repeler el ataque.

—¿Sabes que Rahl el Oscuro ha muerto? —preguntó el mago a Trimack, mientras los dos hombres echaban a andar hacia donde se encontraban los heridos.

—Sí. Esta mañana estaba en el gran salón y vi al nuevo lord Rahl antes de que se marchara a lomos del dragón rojo.

—¿Y piensas servir a Richard con la misma lealtad con la que servías a Rahl el Oscuro?

—Es un Rahl, ¿verdad?

—Es un Rahl.

—¿Y posee el don?

—Así es.

—Entonces sí. Yo y mis hombres daremos nuestra vida para protegerlo.

—No será nada fácil servirlo. Es muy terco.

—Todos los Rahl lo son.

Zedd no pudo evitar sonreír.

—También es mi nieto, aunque él no lo sabe todavía. De hecho, ni siquiera sabe aún que es un Rahl, ni el nuevo lord Rahl. Es posible que le cueste aceptar su nueva posición, pero un día te necesitará. Comandante general Trimack, consideraría un favor personal que fueses comprensivo con él.

Trimack recorrió la zona con la mirada dispuesto a afrontar cualquier nuevo peligro.

—Yo daría mi vida por él.

—Creo que, en un principio, necesitará más tu comprensión. Richard cree que no es nada más que un guía de bosque. No ve que es un líder tanto por carácter como por nacimiento. Al principio se negará, pero al fin tendrá que aceptar quién es.

Finalmente, una sonrisa apareció en el rostro de Trimack.

—De acuerdo. —El soldado se detuvo y miró de cara al mago—. Soy un soldado de D'Hara y mi deber es servir a lord Rahl. Pero lord Rahl también debe servirnos a nosotros; debe ser la magia que nos

ampare de la magia. Sin nuestras espadas él podría sobrevivir, pero sin su magia nosotros estamos perdidos. Ahora decidme qué está haciendo un aullador fuera del inframundo.

Zedd suspiró y, finalmente, hizo un gesto de asentimiento.

—Tu lord Rahl se dedicaba a una magia muy peligrosa, magia del inframundo, y rompió el velo que separa este mundo del mundo de la muerte.

—Maldito idiota. Se suponía que debía servirnos y no hacer caer sobre nosotros la noche eterna. Alguien debió matarlo.

—Alguien lo hizo: Richard.

—Ya —admitió Trimack de mala gana—. En ese caso, lord Rahl ya nos está sirviendo.

—Hace unos pocos días, eso que dices habría sido una traición.

—Mayor traición es entregar los vivos a los muertos.

—Ayer, comandante, habrías matado a Richard para proteger a Rahl el Oscuro.

—Y ayer él me hubiera matado a mí para llegar hasta su enemigo. Pero ahora estamos en el mismo bando. Sólo los tontos caminan hacia el futuro mirando atrás.

Zedd hizo un gesto de asentimiento y esbozó una leve aunque cálida sonrisa de respeto, pero enseguida entrecerró los ojos y se inclinó hacia el soldado.

—Si el velo se ha rasgado, comandante, y el Custodio anda suelto por este mundo, todos correrán la misma suerte. No sólo D'Hara, sino todo el mundo será consumido. Por lo que he leído de las profecías, es posible que Richard sea el único capaz de restaurar el velo. Recuérdalo si alguien trata de hacerle daño.

—Acero contra acero para que él pueda usar magia contra magia —replicó el soldado con mirada gélida.

—Bien. Veo que lo has entendido.

3

Mientras se acercaba, Zedd se hizo una visión de conjunto de los muertos y los moribundos. Era imposible evitar pisar sangre. Al ver a los heridos, sintió una dolorosa punzada en el corazón. Todo eso era obra de un solo aullador. ¿Y si venían más?

—Comandante, manda buscar a algunos sanadores. Yo solo no podré atender a todos los heridos.

—Ya lo he hecho, mago Zorander.

El mago asintió y empezó a examinar a los heridos. Soldados de la Primera Fila retiraban los cadáveres, muchos de ellos compañeros, y consolaban a los heridos. Zedd se llevó los dedos a las sienes para notar las heridas, notar qué estaba al alcance de los sanadores y qué heridos lo necesitaban a él.

Al tocar a un joven soldado que luchaba por respirar entre gorgoteos de sangre, lanzó un gruñido. Bajó la vista y vio costillas que sobresalían de un agujero en el peto del tamaño de un puño. Zedd sintió que el estómago iba a explotarle. Trimack se arrodilló al otro lado del joven. Los ojos del mago se posaron en el comandante, que entendió el mensaje y asintió. El joven tenía los segundos contados.

—Marchaos —dijo el comandante con voz serena—. Ya me quedo yo con él.

Mientras se marchaba, vio que Trimack cogía la mano del joven y empezaba a contarle una mentira para tranquilizarlo. Tres mujeres ataviadas con largas faldas marrones con muchos bolsillos llegaron corriendo. Sus maduros rostros evaluaron la escena sin estremecerse.

Sacándose vendas y emplastos de los grandes bolsillos, las tres mujeres corrieron hacia los heridos y empezaron a suturar y administrar pociones. Sin embargo, la mayoría de las heridas estaban más allá de sus capacidades de curación, así como de las del mago. Zedd pidió a una de ellas, la que le parecía que menos caso haría de las protestas, que atendiera a Chase. El guardián estaba sentado en un banco al otro lado del patio con el mentón inclinado sobre el pecho. Tenía a Rachel sentada en el suelo, abrazada a una pierna.

Zedd y las otras dos sanadoras se movían entre las personas tiradas por el suelo, ayudaban cuando era posible y pasaban de largo cuando nada podía hacerse ya. Una de las sanadoras lo llamó; estaba inclinada sobre una mujer joven que trataba de alejarla.

—Por favor —decía con un hilo de voz—, ayuda a los demás. Yo estoy bien. Sólo necesito descansar. Por favor, ayuda a los otros.

Al arrodillarse junto a ella, Zedd sintió la humedad de su túnica empapada en sangre. La mujer apartó con la suya las manos del mago, mientras que con la otra impedía que los intestinos se le salieran por una herida de garra en el abdomen.

—Por favor. Hay otros que necesitan ayuda.

Zedd contempló la tez cenicienta de la mujer enarcando una ceja. Una delgada cadena de oro en el pelo sostenía una gema azul contra su frente. El azul de la piedra era tan parecido al azul de sus ojos que era como si tuviera tres. El hechicero creyó reconocer esa gema y se preguntó si sería auténtica o sólo una baratija comprada por capricho. Hacía mucho tiempo que no veía a nadie llevar la Piedra como vocación. Era imposible que esa joven conociera su significado.

—Soy el mago Zeddicus Zu'l Zorander. ¿Quién eres tú, pequeña, para darme órdenes?

La faz de la joven palideció aún más.

—Perdonadme, mago...

Se calmó cuando Zedd le tocó la frente con los dedos. El hechicero sintió una descarga de dolor tan agudo que apartó los dedos bruscamente y tuvo que luchar para contener las lágrimas.

Entonces lo supo con total certeza: la joven llevaba la Piedra por vocación. La Piedra, del mismo color que sus ojos y colocada en la frente como si fuera el ojo de la mente, era un talismán que proclamaba su visión interior.

Una mano agarró la túnica del mago por detrás y tiró de ella.

—¡Mago! —exclamó una voz avinagrada a su espalda—. ¡Atiéndeme a mí primero! —Zedd se volvió y se encontró con un rostro tan avinagrado como la voz—. Soy lady Ordith Condatith de Dackidvich, de la casa de Burgalass. Esa moza no es más que mi criada particular. Me han herido por su culpa; por no haber actuado con la suficiente rapidez. ¡Atiéndeme a mí primero! ¡Podría morir en cualquier momento!

Sin necesidad de tocarla, Zedd supo que sólo tenía heridas sin importancia.

—Os pido perdón, milady. —Con gestos exagerados, el mago le posó los dedos sobre la frente. Únicamente se había magullado las costillas, un poco las piernas y tenía un pequeño corte en un brazo que requería un par de puntos.

—¿Y bien? —La dama se agarraba a los volantes plateados en torno al cuello—. Magos —masculló—; la verdad, son una panda de inútiles. ¡Y qué decir de los guardias! ¡Seguro que se habían quedado dormidos en sus puestos! ¡Informaré a lord Rahl de esto! ¿Y bien? ¿Qué me dices de mis heridas?

—Milady, me temo que ya no hay nada que pueda hacer por vos.

—¡Qué! —La dama agarró al mago por el cuello de la túnica y tiró de él con fuerza—. Más te vale curarme o me encargaré personalmente de que lord Rahl te corte la cabeza. ¡Ya veremos entonces de qué eres capaz, mago inútil!

—Por supuesto, milady. Me esforzaré por hacerlo lo mejor posible.

El mago ensanchó el pequeño desgarro en el raso color granate oscuro de la manga, convirtiéndola en una enorme bandera colgante, tras lo cual posó de nuevo una mano sobre el hombro de la mujer que llevaba la gema azul. La joven gimió cuando el mago bloqueó parte del dolor y le transmitió su fuerza. La respiración se le normalizó. Zedd mantuvo la mano sobre ella, tratando en lo posible de reconfortarla y tranquilizarla con su magia.

—¡Mi vestido! ¡Lo has destrozado! —chilló lady Ordith.

—Lo siento, milady, pero no podemos arriesgarnos a que la herida se infecte. Es mejor perder un vestido que el brazo, ¿no lo creéis así?

—Bueno, sí, supongo que...

—Diez o quince puntos bastarán —dijo Zedd a la corpulenta sanadora inclinada entre las dos mujeres tendidas en el suelo. Tras examinar la pequeña herida, la matrona posó su dura mirada de ojos azules en el mago.

—Estoy segura de que sabéis mejor que nadie qué conviene, mago Zorander —dijo la sanadora con voz serena, aunque su mirada dejaba traslucir que había comprendido sus verdaderas intenciones.

—¡Qué! ¿Vas a permitir que una estúpida partera haga el trabajo por ti?

—Milady, soy un anciano. Jamás he sido bueno cosiendo heridas, y ahora el pulso me tiembla horriblemente. Me temo que os haría más mal que bien, pero, si insistís, me esforzaré para...

—No —replicó desdeñosamente la dama—. Que sea la partera quien lo haga.

—Muy bien. —Zedd miró a la sanadora. El rostro de la mujer no revelaba emoción alguna, aunque se había ruborizado ligeramente—. Teniendo en cuenta cuánto sufre la señora, me temo que sólo hay un remedio para sus otras heridas. ¿Llevas algo de raíz de zarzo en esos grandes bolsillos?

—Sí, pero... —La sanadora frunció el entrecejo, desconcertada.

—Perfecto —la interrumpió Zedd—. Creo que con dos terrones bastará.

—¿Dos? —inquirió, la matrona, enarcando una ceja.

—¡No escatimes conmigo! —exigió lady Ordith—. Si no hay suficiente para todos, pues alguien menos importante que yo tendrá que quedarse sin. ¡Exijo que me des la dosis completa!

—Muy bien. —Zedd alzó la mirada hacia la sanadora—. Adminístrale la dosis completa. Tres terrones de raíz, no enteros, sino a tiras.

«¿A tiras?», articuló en silencio e incrédulamente la sanadora, abriendo mucho los ojos. Zedd bizqueó y asintió. La matrona esbozó una ligera sonrisa.

La raíz del zarzo se utilizaba para calmar el dolor de pequeñas heridas, pero debía tomarse entera. Sólo se necesitaba un pequeño terrón. En tanta cantidad y a tiras le provocaría un ardor insoportable en las partes íntimas. La buena señora iba a pasarse la mayor parte de la semana siguiente en el excusado.

—¿Cómo te llamas, querida? —preguntó Zedd a la sanadora.

—Kelley Hallick.

El mago lanzó un cansado suspiro.

—Kelley, ¿quedan heridos a los que no puedas atender tú?

—No, señor. Middea y Annalee se están ocupando de los últimos.

—Entonces, te ruego que te lleves a lady Ordith a un lugar donde no... donde esté más cómoda mientras la atiendes.

Kelley bajó la mirada hacia la joven sobre la cual Zedd había posado una mano tranquilizadora, examinó el zarpazo en el abdomen y luego buscó de nuevo los ojos del hechicero.

—Por supuesto, mago Zorander. Parecéis muy cansado. Si queréis, venid a verme más tarde y os prepararé una infusión de damiana. —Nuevamente, las comisuras de sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

Zedd no pudo reprimir una sonrisa. Además de sus efectos tonificantes, la infusión de damiana poseía también efectos afrodisíacos. Por cómo chispeaban los ojos de la mujer, Zedd supuso que ésta preparaba muy bien la infusión de damiana.

—Tal vez lo haga —repuso Zedd, guiñándole un ojo. En cualquier otro momento habría considerado seriamente esa oferta, pues Kelley era una mujer atractiva, pero en esos momentos nada estaba más lejos de su mente.

—Lady Ordith, ¿cómo se llama vuestra sirvienta?

—Jebra Bevinvier. Es una inútil total; holgazana e insolente.

—Bueno, ya no tendréis que soportar más sus deficientes servicios. Necesitará mucho tiempo para recuperarse, y vos os marcharéis muy pronto.

—¿Marcharme? ¿Cómo que marcharme? —La dama alzó la nariz con arrogancia—. No tengo intención alguna de marcharme.

—El palacio ya no es un lugar seguro para una dama de vuestra importancia. Tendréis que iros por vuestra seguridad. Como vos misma habéis dicho, los guardias se pasan dormidos la mitad del tiempo. Debéis alejaros de aquí.

—Repito que no tengo intención alguna de...

—Kelley, por favor, llévate a lady Ordith a un lugar donde puedas atenderla —dijo el mago a la sanadora, dirigiéndole una firme mirada.

Antes de darle oportunidad de seguir causando problemas, Kelley se llevó a rastras a la dama como si fuese un saco de ropa sucia. El mago dirigió a Jebra una cálida sonrisa y le apartó del rostro algunos mechones de pelo, rubio rojizo y corto. La joven se apretaba la grave herida con un brazo. Zedd había logrado detener la hemorragia casi por completo, pero eso no bastaba para salvarla; debía volver a meter dentro los intestinos.

—Muchas gracias, señor. Ahora ya me siento mucho mejor. Si me ayuda a levantarme, no os molestaré más.

—Quédate tumbada, pequeña —repuso el mago suavemente—. Debemos hablar.

Con una dura mirada, obligó a retroceder a los espectadores. A los soldados de la Primera Fila les bastó esa fugaz mirada para empezar a apartar a los curiosos.

El labio de la joven temblaba, y su pecho subía y bajaba más rápidamente. A duras penas logró hacer un gesto de asentimiento.

—Voy a morir, ¿verdad?

—No voy a mentirte, pequeña. Esa herida es tan grave que no sé si me alcanza el talento para curarla, y además estoy agotado. Pero no puedo descansar ahora. Si no hago algo ya mismo, morirás. Pero, si lo intento, podría acelerarte el fin.

—¿Cuánto tiempo?

—Si no hago nada, durarás horas, tal vez toda la noche. Podría calmarte el dolor para que la agonía se te hiciera más soportable.

La joven cerró los ojos, y por el rabillo de éstos se le escaparon lágrimas.

—Nunca creí que me importaría morir.

—¿Debido a la piedra de Vidente que llevas?

—¿Lo sabe? ¿Reconoce la Piedra? ¿Sabe qué soy? —inquirió la joven, con ojos desorbitados.

—Así es. Ha quedado muy atrás el tiempo en que la gente reconocía a un Vidente por la Piedra, pero yo soy muy anciano, y no es la primera vez que veo una. ¿Es por eso por lo que no quieres que te ayude? ¿Temes qué pueda pasarme si lo intento?

La joven asintió débilmente.

—Pero de pronto siento deseos de vivir.

—Eso es lo que quería saber, pequeña —le dijo Zedd, palmeándole suavemente un hombro—. No te preocupes por mí. No soy un novato, sino mago de Primera Orden.

—¿De Primera Orden? —musitó Jebra, muy asombrada—. No sabía que aún quedaban. Por favor, señor, no arriesgue su vida por salvar a alguien como yo.

—El riesgo no es tan grande. Sólo sufriré un poco de dolor. Y, por cierto, llámame Zedd.

La joven se quedó pensativa un momento, tras lo cual aferró el brazo del mago con su mano libre.

—Zedd..., si se me permite elegir... elijo luchar por la vida.

Zedd sonrió levemente y le acarició la frente cubierta por un sudor frío.

—En ese caso, te prometo que lo haré lo mejor que pueda. —La joven hizo un gesto de asentimiento mientras se aferraba a su brazo y a su única esperanza—. ¿Puedes hacer algo para ahorrarme el dolor de las visiones?

La joven se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. Las lágrimas anegaron de nuevo sus ojos.

—Lo siento —se disculpó en un susurro apenas audible—. Tal vez no deberías...

—Chsss, pequeña —la consoló él.

El mago inspiró profundamente y colocó una mano sobre el brazo que impedía que los intestinos se desparramaran. Entonces puso suavemente la palma de su otra mano sobre los ojos. Sólo desde fuera no podría sanar esa herida; debía curarla desde dentro, con la ayuda de la mente de la joven. Pero el intento podría matarlos a ambos.

Cuando se sintió preparado, el mago derribó sus barreras mentales. El impacto del dolor fue tal que se quedó sin aliento. Ni siquiera osaba gastar la mínima energía necesaria para inspirar. El hechicero apretó los dientes y se opuso a la presión con unos músculos duros como piedras. Ni siquiera había llegado aún al dolor de la herida. Primero debía enfrentarse al dolor de las visiones de Jebra y superarlo antes de tratar de ayudarla.

El agónico dolor sumió su mente en un río de negrura en el que se arremolinaban espectros de las visiones de la joven. Sólo podía adivinar su significado, aunque el dolor que le producían era terriblemente vívido y real. Sus ojos, firmemente cerrados, derramaban abundantes lágrimas, y todo su

cuerpo temblaba mientras él nadaba contracorriente en ese torrente de angustia. Zedd sabía que no debía dejarse llevar o estaría perdido; se ahogaría.

A medida que se sumergía más profundamente en la mente de Jebra, las emociones de sus visiones lo zarandeaban de un lado a otro. Justo más allá de la superficie de la percepción, oscuros pensamientos trataban de clavarse en su voluntad y de arrastrarlo a un pozo de desesperanza y abandono. Sus propios recuerdos dolorosos afloraron a la superficie de su conciencia para unirse a la penosa vida de la joven, convergiendo en un insoportable dolor y locura. Únicamente gracias a su experiencia y a su resolución pudo conservar la cordura y su libertad, y no ser arrastrado a las aguas sin fondo de la amargura y el pesar.

Finalmente, logró abrirse paso hasta la luz blanca y serena que ardía en el centro de su ser. Zedd halló descanso en el dolor, relativamente moderado, de la herida que amenazaba la vida de Jebra. Raras veces la realidad supera la imaginación, y en la imaginación el dolor era real.

Alrededor de ese calmo centro, la fría oscuridad de la noche perpetua trataba de arrebatar el poco calor y la escasa luz que quedaba en la vida de Jebra, impaciente por envolver en su mortaja el espíritu de la joven. Zedd apartó la mortaja para que la luz de su magia transmitiera calor y vida al espíritu de Jebra. Las sombras retrocedieron ante el poder de su Magia de Suma.

El poder de esa magia, su exigencia de bienestar para la vida, volvió a colocar los órganos expuestos al lugar designado por el Creador. Zedd todavía no osaba dedicar parte de su energía a tratar de calmar el sufrimiento de la joven. Jebra arqueó la espalda y gimió de dolor. Él también sentía ese dolor, y su propio abdomen experimentaba la misma agonía que el de ella. El dolor era tan intenso que el mago temblaba.

Una vez realizado lo más duro —lo que escapaba a su comprensión—, finalmente pudo dedicar parte de su magia a calmarle el dolor. Jebra se dejó caer en el suelo con un gemido de alivio. El mago sintió ese mismo alivio en su cuerpo.

Dirigiendo el flujo de magia, Zedd finalizó la curación. Con su poder cerró la herida, haciendo que los tejidos volvieran a unirse —carne con carne y capa sobre capa— hasta la superficie de la piel, como si nunca se hubieran desgajado.

Ya sólo le quedaba salir de la mente de Jebra. Era tan peligroso como entrar en ella, y apenas le quedaban fuerzas; se las había entregado todas a ella. En vez de perder más tiempo preocupándose por ello, el mago se sumergió de nuevo en el torrente de agonía.

Casi una hora después de haber empezado, se encontró de rodillas, encorvado, llorando como un niño. Jebra lo sostenía entre sus brazos, con la cabeza apoyada en uno de sus hombros. Tan pronto como fue consciente de que había regresado, el mago se controló y se enderezó. Al mirar alrededor comprobó que no había nadie lo suficientemente cerca para oír qué decían. A nadie le interesaba estar cerca de un mago que usaba su magia en otra persona de un modo que le arrancaba chillidos como los de Jebra.

—Ya está —dijo al fin, con una pizca de dignidad—, no ha sido tan terrible. Creo que ahora todo está bien.

Jebra soltó una risa tranquila y temblorosa, y lo abrazó con fuerza.

—Me enseñaron que un mago no puede curar a una Vidente.

—Un mago normal, no, querida —repuso Zedd, esforzándose por alzar un enjuto dedo—. Pero estás hablando con Zeddicus Zu'l Zorander, mago de Primera Orden.

La joven se secó una lágrima que le corría por la mejilla.

—No tengo nada de valor con que pagarte excepto esto —dijo, mientras se quitaba la cadena de oro que llevaba alrededor de la cabeza y se la ofrecía—: Por favor, acepta este humilde obsequio.

—Es un bonito gesto, Jebra Bevinvier —dijo Zedd tras mirar la cadena con la piedra azul—. Estoy conmovido. —Zedd sintió una punzada de remordimiento por haber plantado el impulso en la mente de la joven—. Es una hermosa cadena y la acepto con humilde gratitud. —Usando un finísimo flujo de poder

separó la piedra de su engarce. Entonces, le devolvió la piedra; sólo necesitaba la cadena—. Pero la cadena es pago suficiente. Quédate con la Piedra; es tuya por derecho propio.

Jebra cerró los dedos en torno a la Piedra, asintió y dio al mago un beso en la mejilla. Zedd lo aceptó con una sonrisa.

—Y ahora, querida, debes descansar. He gastado gran parte de tus fuerzas para curarte. Guarda cama unos cuantos días y estarás como nueva.

—Me temo que me has dejado sin empleo. Tendré que buscar otro para conseguir comida. Y ropa —añadió, mirándose el desgarrón en su vestido verde.

—¿Por qué llevabas la Piedra si eras la sirvienta de lady Ordith?

—Pocos saben qué significa la Piedra. Lady Ordith lo ignoraba, pero su marido, el duque, estaba al corriente. Él quería mis servicios, pero su mujer jamás habría permitido que una mujer sirviera a su marido, por lo que el duque me colocó como criada de su esposa.

»Ya sé que no es lo más honorable para una Vidente trabajar de manera encubierta, pero en Burgalass hay mucha necesidad. Mi familia conocía mis habilidades y me echó de casa, por temor a las visiones que pudiera tener sobre ellos. Antes de morir, mi abuela me entregó su Piedra y me dijo que se sentiría honrada de que yo la llevara.

Jebra se llevó a la mejilla el puño que contenía la Piedra.

—Gracias por no aceptarla —susurró—. Gracias por entenderlo.

Nuevamente, Zedd sintió una punzada de culpabilidad.

—Así pues, ¿el duque te ofreció cobijo y después te utilizó para sus propósitos?

—Sí. Ocurrió hace una docena de años. Como doncella de lady Ordith, yo estaba presente en casi cualquier reunión o acto. Luego, el duque acudía a mí y yo le decía qué veía de sus adversarios. Con mi ayuda acrecentó su poder y su riqueza.

»Puede decirse que nadie más reconocía la piedra de Vidente. El duque desdeñaba a todos los que no conocían el saber antiguo. Se burlaba de sus oponentes haciéndome exhibir la Piedra.

»También me obligaba a vigilar a lady Ordith. Gracias a ello, lady Ordith no tuvo éxito en sus intentos de enviudar. Así pues, ahora se contenta con ausentarse siempre que puede del palacio del duque. Y no le disgustaría deshacerse de mí, pues ella quería despedirme, pero el duque se lo impidió.

—¿Por qué estaba descontenta lady Ordith de tu servicio? —inquirió Zedd con una sonrisa—. ¿Acaso eres holgazana y maleducada como dice ella?

Jebra le devolvió la sonrisa, acentuando así las finas arrugas que se formaban en las esquinas de sus ojos.

—No. Es a causa de las visiones. A veces, cuando tengo una, bueno, tú ya sentiste el dolor al curarme, aunque yo no siento un dolor tan intenso, al menos eso creo. Pero, a veces, el dolor me impide cumplir con mis obligaciones.

—Bueno, ya que te has quedado sin empleo, serás una invitada en el Palacio del Pueblo hasta que te recuperes. Tengo algo de influencia aquí. —El mago se asombró al caer en la cuenta de que era cierto; se sacó una bolsa de un bolsillo de la túnica y lo hizo tintinear—. Toma, para tus gastos y a modo de sueldo, si es que puedo convencerte de que me prestes tus servicios.

La joven sopesó la bolsa en la palma de su mano.

—Si contiene monedas de cobre, no sería suficiente para pagarme. Claro que, tratándose de ti... —Jebra sonrió y se inclinó hacia él. Su mirada era alegre y reprobadora al mismo tiempo—. Pero, si son de plata, es demasiado.

—Son de oro —replicó Zedd con expresión grave. Asombrada, la joven parpadeó—. Pero no es para mí para quien deberás trabajar la mayor parte del tiempo.

Tras contemplar la bolsa llena de monedas de oro que sostenía en una mano, Jebra miró al mago.

—Pues ¿para quién?

—Para Richard. El nuevo lord Rahl.

La joven palideció y sacudió vigorosamente la cabeza, al mismo tiempo que encorvaba la espalda. Inmediatamente devolvió la bolsa a Zedd.

—No. —Más pálida aún si cabe, volvió a negar con la cabeza—. No, lo siento. No quiero trabajar para él. No.

—Richard no es mala persona. De hecho, tiene muy buen corazón.

—Lo sé.

—¿Sabes quién es?

Jebra clavó la vista en su regazo y asintió.

—Lo sé. Lo vi ayer. El primer día de invierno.

—¿Y tuviste una visión al verlo?

—Sí —repuso Jebra con voz débil y temerosa.

—Jebra, dime qué viste. Cuéntamelo todo. Te lo ruego. Es muy importante.

La joven alzó los ojos y lo miró largamente, tras lo cual clavó de nuevo la vista en el regazo y se mordió el labio inferior.

—Fue ayer, durante la oración matinal. Cuando la campana tañó, me dirigí a un patio, y allí estaba él, mirando al estanque. Me fijé en él porque llevaba la espada del Buscador, y porque era alto y apuesto. Y también porque no estaba arrodillado como los demás. Estaba de pie, mirando cómo la gente se congregaba y, cuando yo me acerqué, sus ojos se fijaron en mí fugazmente. Fue sólo un instante, pero el poder que desprendía me dejó sin aliento.

»Una Vidente siente ciertos tipos de poder, como el don, que emanan de alguien. —Jebra alzó los ojos hacia Zedd—. He visto antes a personas que poseen el don; he visto sus auras. Todas eran como la tuya: cálida y suave. Tu aura es muy hermosa, pero la suya era diferente. Era eso, pero mucho más.

—Violencia —dijo Zedd en tono quedo—. Es el Buscador.

—Sí, podría ser eso. No lo sé; nunca había visto el aura de un Buscador. Pero puedo decirte qué sentí: era como si me hundieran el rostro en una pila de agua helada antes de tener tiempo de coger aire.

»A veces, no tengo ninguna visión sobre alguien, y otras veces sí. Nunca sé cuándo voy a tener una. En ocasiones, cuando una persona está angustiada, desprende un aura especialmente intensa, y las visiones son más vívidas. El aura de Richard era como los relámpagos en plena tempestad; sufría mucho emocionalmente. Era como un animal atrapado que trata de cortarse una pata a mordiscos para liberarse. Sentía el horror de tener que traicionar a sus amigos para salvarlos. Es algo que no entendí; no tenía sentido.

»También percibí la imagen de una mujer muy hermosa de cabello largo. Tal vez una Confesora, aunque no sé cómo podría ser así. El aura refulgía con tal angustia por ella que lo sentí en el rostro y temí que me quemara la piel. Si no hubiese estado en medio de la oración, hubiera caído de hinojos por el dolor que me causaba esa aura.

»Estaba a punto de correr hacia él para consolarlo, cuando dos mord-sith se acercaron y se dieron cuenta de que Richard no estaba de rodillas. Aunque no sentía temor, él se arrodilló, aceptando con resignación la terrible traición a la que se veía abocado. Me sentí aliviada cuando se arrodilló; creí que había salvado la situación. Por suerte, había visto sobre todo auras, y no visiones reales. No quería tener visión alguna de ese hombre. —La joven pareció perderse en el recuerdo de la experiencia.

—¿Ocurrió algo más?

Los ojos de Jebra regresaron a la realidad.

—Sí —repuso—. Creí que lo peor ya había pasado, pero lo que había visto no fue nada comparado con lo que vino después.

La joven se frotó las manos un instante.

—Todos estábamos recitando el canto dirigido al Padre Rahl, cuando Richard se puso de pie de un salto. Tenía una sonrisa pintada en el rostro. Había resuelto el rompecabezas en el que estaba atrapado; por fin había colocado en su sitio la última pieza. El rostro de la mujer y el amor que le inspiraba colmaban su aura.

»Pobre de quien ose interponer un solo dedo entre ellos dos, porque perdería el dedo, tal vez la mano y todo el brazo antes de tener tiempo de retirarlo.

—La mujer es Kahlan —comentó Zedd con una leve sonrisa—. ¿Y luego qué?

—Entonces empezaron las visiones —respondió Jebra, cruzando los brazos sobre el abdomen—. Vi cómo mataba a un hombre, aunque no sé cómo. No lo mataba de manera violenta, pero lo mataba. Y luego vi al hombre que iba a matar: Rahl el Oscuro. Y también vi que era su padre, pero que él no lo sabía. Entonces supe quién era Richard: el hijo de Rahl el Oscuro que pronto se convertiría en el nuevo Amo Rahl. Su aura refulgía en terribles conflictos: de plebeyo a rey.

—Rahl el Oscuro quería dominar el mundo con una magia aterradora —dijo Zedd, poniéndole una mano en el hombro para tranquilizarla—. Al impedírselo, Richard salvó a muchos de la tortura o la muerte. Aunque matar sea una cosa terrible, quitándole la vida a él ha salvado las vidas de muchas más personas. Supongo que no es por ello que le tienes miedo.

—No, no, fue por lo que vino después. Las dos mord-sith se levantaron porque Richard se disponía a abandonar la oración. Una de ellas lo amenazó con su agiel. Para mi sorpresa, Richard también llevaba uno colgado del cuello, rojo como los de ellas, y lo empuñó. Entonces les dijo que si no lo dejaban pasar, las mataría. Desprendía un aura de violencia tan intensa que me quedé sin respiración. Él deseaba que las mord-sith lo intentaran. Ellas lo notaron y le franquearon el paso.

»Cuando dio media vuelta para marcharse... tuve las otras visiones. —Jebra se llevó una mano al corazón mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Zedd... mis visiones no siempre son claras; a veces no sé qué significan. En una ocasión tuve una visión acerca de un campesino: vi pájaros que picoteaban su estómago y el de su familia. No supe qué quería decir. Al final resultó que una bandada de mirlos se comieron las semillas que el campesino acababa de plantar. El hombre replantó los campos y los vigiló. De no haberlo hecho, él y su familia podrían haber muerto de hambre.

»A veces no sé qué significan las visiones —repitió la joven, enjugándose con los dedos las lágrimas de las mejillas—, ni si se harán realidad, pues no todas se cumplen. Pero, a veces, pasa exactamente lo que yo he visto —agregó, toqueteándose el pelo—, y soy capaz de decir cuándo son verdaderas y ocurrirán sin lugar a dudas.

—Lo entiendo, Jebra —la tranquilizó Zedd palmeándole un hombro—. Las visiones son una forma de profecía, y sé lo confusas que pueden ser las profecías. ¿Qué tipo de visiones tuviste de Richard: las confusas o las claras?

La joven lo miró profundamente a los ojos mientras respondía:

—Ambas. Vi todos los tipos de visión posible, desde las confusas a las claras, desde las posibles a las seguras; una detrás de otra. Nunca antes me había ocurrido algo así. Por lo general, sólo tengo una visión, y o bien sé qué significa y que es cierta, o no la entiendo y no estoy segura de que llegue a suceder. Pero las visiones sobre Richard me vinieron como un torrente; pasaban de largo como lluvia empujada por el viento. Pero en todas ellas había dolor, pena y peligro.

»Las que más destacaban, y que por lo tanto sabía que eran ciertas, eran las peores. Una trataba de algo alrededor del cuello, no sé el qué, pero era algo que iba a causarle mucho dolor y lo alejaría de la mujer... Kahlan, dijiste que se llamaba..., lo alejaría de todos aquellos a quienes ama. Estaría solo y atrapado.

—Richard fue capturado por una mord-sith y torturado por ella. Tal vez fue eso lo que viste —sugirió el mago.

—No, no —replicó Jebra con vehemencia—. Lo que vi no era el pasado, sino el futuro. Además, no se trataba del dolor de una mord-sith. Era distinto. Estoy completamente segura.

Zedd asintió, absorto en sus pensamientos.

—¿Qué más viste? —preguntó.

—Lo vi dentro de un reloj de arena. Estaba arrodillado en la mitad inferior, llorando angustiado. La arena caía alrededor, pero no lo tocaba. En la mitad superior estaban las lápidas de todos sus seres queridos, donde no podía alcanzarlas debido al chorro de arena.

»Vi un cuchillo en su corazón, que iba a matarlo, empuñado por sus propias manos temblorosas. Pero antes de ver qué ocurría, tuve otra visión. No siempre se suceden en orden temporal. Richard vestía un elegante manto rojo con botones dorados y ribete de brocado. Estaba boca abajo... con un cuchillo clavado en la espalda. Estaba muerto, pero al mismo tiempo no lo estaba. Sus propias manos se acercaron a él para darle la vuelta, pero, antes de que pudiera ver su rostro sin vida, tuve otra visión.

»Fue la peor de todas, la más intensa. —Nuevamente se le llenaron los ojos de lágrimas y empezó a sollozar en silencio. Zedd le apretó un hombro para animarla a continuar—. Vi cómo su cuerpo ardía. —Jebra trató de secarse las lágrimas y se balanceó adelante y atrás sin dejar de llorar—. Gritaba. Incluso podía oler su piel, que se quemaba. Entonces, fuera lo que fuera lo que lo estaba quemando (no sé el qué), desapareció. Richard perdió el conocimiento, y vi una marca en él. Un marca grabada a fuego.

Zedd notó la boca seca e intentó humedecerla con la lengua.

—¿Viste qué marca era? —inquirió.

—No, no vi su aspecto, pero estoy tan segura de qué era como cuando veo el sol. Era la marca de la muerte, la marca de Custodio del inframundo. El Custodio lo había marcado para señalar que era suyo.

—¿Tuviste más visiones? —preguntó Zedd, luchando por controlar la respiración así como las manos, que le temblaban.

—Sí, pero no fueron tan intensas, y no las entendí. Pasaban tan rápidamente que no podía captar su forma, sólo sentía el dolor. Luego, Richard se marchó.

»Mientras las mord-sith miraban cómo se iba, yo corrí a mi cuarto y me encerré en él. Me quedé en la cama durante horas, sin poder controlar el llanto por la pena de lo que había visto. Lady Ordith aporreó la puerta, pues requería mis servicios, pero yo le dije que estaba enferma y, finalmente, se marchó lanzando un bufido. Yo lloré y lloré hasta que no me quedaron más lágrimas dentro. Había visto virtud en ese hombre, y lloraba por el miedo que me producía el mal que lo amenazaba.

»Aunque las visiones eran diferentes, todas eran lo mismo, en todas sentía lo mismo: peligro. El peligro se cierne sobre él del mismo modo que un águila se cierne sobre su presa. —Jebra recuperó parte de su compostura mientras Zedd la miraba en silencio—. Ésta es la razón por la que no deseo trabajar para él. Los buenos espíritus me protegen, y no quiero tener nada que ver con el peligro que lo acecha. No quiero tener nada que ver con el inframundo.

—Tal vez podrías ayudarlo con tu talento, ayudarlo a evitar el peligro. Al menos, eso esperaba yo.

Jebra se secó las mejillas con el dorso de la manga.

—Ni por todo el oro y el poder del duque querría encontrarme cerca de lord Rahl. No soy ninguna cobarde, pero tampoco soy una heroína de balada ni una estúpida. No quiero sentir de nuevo cómo mis entrañas se desparraman y, en esta ocasión, quizá pierda mi alma.

Zedd la contempló en silencio mientras Jebra se sorbía la nariz y recuperaba el control, apartando de sí las aterradoras visiones. La joven inspiró profundamente y lanzó un suspiro. Al fin, sus ojos azules se posaron en los del mago.

—Richard es mi nieto —se limitó a decir Zedd.

—Oh, que los buenos espíritus me perdonen —replicó ella, cerrando los ojos con gesto de dolor. Durante un largo instante se tapó la boca con una mano, tras lo cual abrió los ojos. Tenía el entrecejo fruncido de horror—. Zedd..., siento mucho haberte dicho lo que vi. Perdóname. De haberlo sabido, jamás te lo habría contado. —Las manos de la joven temblaban—. Perdóname, por favor, perdóname.

—La verdad es la verdad, y no seré yo quien te castigue por verla. Jebra, soy un mago; ya sé el peligro que corre Richard. Justamente por eso te pido ayuda. El velo del inframundo se ha roto. La bestia que casi te mata escapó al mundo de los vivos por el desgarrón en el velo. Si la abertura se agranda, el

Custodio escapará. Richard ha hecho cosas que, según las profecías, lo señalan como el único capaz de volver a cerrar el velo.

Zedd alzó la bolsa llena de oro y, lentamente, se la dejó en el regazo. Los ojos de Jebra seguían sus movimientos. El mago retiró la mano vacía. La mirada de la joven quedó prendida en la bolsa, como si fuese un animal que pudiera morderla.

—¿Será muy peligroso? —preguntó Jebra con un hilo de voz.

—No más peligroso que pasear por la tarde por un palacio fortaleza —respondió Zedd, sonriéndole a los ojos.

En un súbito movimiento reflejo, Jebra se apretó con una mano el abdomen, donde había estado la herida. Con la mirada examinó el amplio y esplendoroso patio, como si buscara una vía de escape o quizá temiera un ataque. Sin mirarlo, dijo:

—Mi abuela era clarividente y mi única guía. Una vez me dijo que, debido a las visiones, tendría una vida llena de dolor, y que nada que pudiera hacer podría evitarlas. También me dijo que, si alguna vez se me ofrecía la oportunidad de usar las visiones para la causa del bien, la aprovechara, porque eso me compensaría en parte por la carga que debería soportar. Eso fue el día que me entregó la Piedra.

»No lo haría ni por todo el oro de D'Hara. Pero por ti lo haré —dijo Jebra, alzando la bolsa y colocándola en el regazo de Zedd.

—Gracias pequeña —repuso el mago con una sonrisa, dándole una cariñosa palmada en la mejilla. Acto seguido, le devolvió la bolsa. Las monedas del interior emitieron un ahogado tintineo—. Toma; lo vas a necesitar. Es para tus gastos. El resto puedes quedártelo. Ése es mi deseo.

—¿Qué debo hacer? —inquirió Jebra, resignada.

—Bueno, para empezar, ambos necesitamos dormir algunas horas. Tú debes descansar algunos días para recuperar fuerzas. Luego deberéis viajar, lady Bevinvier. —Zedd sonrió cuando Jebra enarcó las cejas—. Ahora mismo, los dos estamos muy cansados. Mañana partiré para atender un asunto de vital importancia. Antes de marchar iré a verte y hablaremos. De momento, me gustaría que no exhibieras la Piedra. Nada bueno puede sacarse de revelar tu talento a los ojos que acechan en las sombras.

—¿Así pues tendré que trabajar de nuevo de forma encubierta? No es lo más honorable.

—Quienes pueden reconocerte no buscan oro, sino que sirven al Custodio. Quieren mucho más que riquezas. Si te descubren, desearás que hoy no te hubiese salvado la vida.

Jebra se estremeció y, al fin, asintió.

4

Zedd se levantó apoyando una mano en la rodilla, y después ayudó a Jebra a levantarse. Tal como había supuesto, la joven era incapaz de mantenerse en pie por sí sola, y se disculpó por cargar sobre él su peso. Pero Zedd la hizo sonreír al decirle que cualquier excusa era buena para poder pasar un brazo alrededor de la cintura de una bella doncella.

La gente empezaba a volver a sus quehaceres, aunque se hablaba en murmullos y los ojos recorrían inquietos un lugar que, de pronto, ya no era tan seguro. Los heridos habían sido trasladados, y los muertos retirados. Sirvientas ataviadas con pesadas faldas y lágrimas en los ojos se afanaban limpiando la sangre con fregonas que sumergían en un agua que se iba tiñendo de rojo. Por todas partes se veían soldados de la Primera Fila. Zedd hizo una seña al comandante Trimack para que se acercara.

—La verdad es que me alegraré de abandonar este lugar —afirmó Jebra—. He visto auras que me producían pesadillas.

—¿Ves algo del hombre que viene hacia nosotros? —le preguntó Zedd.

Jebra estudió un momento al oficial, que mientras caminaba en su dirección comprobaba la posición de sus hombres.

—Percibo un aura muy débil. Deber. —La joven hizo una pausa y luego añadió frunciendo el entrecejo—: Siempre ha representado una carga para él. Ahora empieza a tener esperanzas de que, tal vez, podrá enorgullecerse de cumplir con su deber. ¿Te ayuda en algo lo que te he dicho?

—Sí, mucho —repuso Zedd con una leve sonrisa—. ¿Tienes alguna visión?

—No, sólo esa débil aura.

El mago, absorto en sus pensamientos, hizo un gesto de asentimiento, tras lo cual se animó e inquirió:

—Por cierto, ¿cómo es que una mujer tan hermosa como tú no ha encontrado marido?

—He tenido tres pretendientes —repuso Jebra, mirándolo de soslayo—. Mientras se me declaraban, arrodillados ante mí, tuve una visión de ellos acostándose con otra mujer.

—¿Te preguntaron por qué les dijiste que no?

—No dije que no. Me limité a soltarles tal bofetón que la cabeza les sonó como una campana.

Zedd rió hasta que la joven se unió a sus risas.

Finalmente, Trimack llegó donde ellos estaban.

—Comandante general Trimack, permitid que os presente a lady Bevinvier. —Trimack la saludó con una elegante inclinación de cabeza—. Tal como vos y como yo, esta dama también está llamada a proteger a lord Rahl de todo mal. Me gustaría que, mientras permanezca en palacio, tenga una guardia de seguridad. Lord Rahl la necesita, y no quiero que su vida corra de nuevo peligro, como hoy.

—Mientras permanezca en palacio estará tan segura como un bebé en brazos de su madre. Doy mi palabra de honor. —Trimack se volvió y se dio un golpecito en un hombro. Fue la señal para que más de veinte de sus hombres acudieran corriendo a toda prisa y se cuadraran ante él, sin atreverse siquiera a jadear—. Ésta es lady Bevinvier. Quiero que la guardéis con vuestra vida.

Todos los soldados se llevaron a una el puño al corazón, topando ruidosamente con el peto. Dos de ellos libraron a Zedd del peso de Jebra. Ésta mantenía la mano firmemente cerrada en torno a la Piedra. La bolsa de monedas de oro le abultaba en un bolsillo de la falda larga verde, cubierta en su mayor parte por sangre reseca.

—Necesitará aposentos adecuados y también comida —dijo Zedd a los soldados que la sostenían—. Por favor, encargaos de que nadie la moleste excepto yo. —El mago contempló los cansados ojos azules de la joven y le acarició un brazo—. Descansa, pequeña. Mañana por la mañana iré a verte.

—Gracias, Zedd —replicó ella con una débil sonrisa.

Mientras, ayudada por los soldados, Jebra se alejaba, Zedd centró su atención en Trimack.

—Hay una mujer que se aloja en palacio; se llama lady Ordith Condatith de Dackidvich. Lord Rahl ya tendrá suficientes problemas sin tener que aguantar a las de su clase. Quiero que abandone el palacio antes de que acabe el día. Si se niega a irse, dale a escoger entre un carruaje o una soga.

—Me encargaré personalmente —repuso Trimack, con una pícara sonrisa.

—Si conoces a otras personas en palacio de su mismo temperamento, eres libre de hacerles la misma oferta. Un nuevo gobierno impone siempre nuevas normas. —Zedd no era capaz de percibir auras, pero estaba seguro de que, si Jebra hubiese estado allí, habría visto cómo el aura de Trimack se iluminaba.

—Algunas personas se resisten a los cambios, mago Zorander.

Con estas simples palabras, Trimack le transmitió un claro mensaje.

—¿Hay alguien de mayor rango que tú en palacio, aparte de lord Rahl?

—Hay un tal Demmin Nass, comandante de las cuadrillas, que manda sobre todos excepto sobre Rahl el Oscuro —respondió el oficial, uniendo ambas manos detrás de la espalda mientras que con la mirada recorría el patio.

—Demmin está muerto. —Zedd soltó un profundo suspiro al recordar cómo murió.

Trimack hizo un gesto de asentimiento que pudo ser de alivio.

—Bajo palacio hay tal vez unos tres mil soldados del ejército acuartelados en la meseta. Sus generales me superan en rango fuera de palacio, pero aquí dentro las órdenes del comandante general de la Primera Fila son ley. Algunos de ellos sé que aceptarán gustosos el cambio, pero otros no.

—Richard tendrá suficiente luchando con su magia contra la magia del inframundo como para tener que preocuparse también por generales rebeldes. Comandante, tienes carta blanca para hacer lo que creas conveniente para protegerlo. Es preferible que peques por exceso de celo.

Trimack expresó su aquiescencia con un gruñido, y añadió:

—En realidad, el Palacio del Pueblo es una ciudad en la que viven miles de personas. Un flujo continuo de mercaderes, caravanas de carros cargados de provisiones así como vendedores ambulantes entran y salen de él en todas direcciones, excepto por el este, donde se extienden las llanuras Azrith. Los caminos que van a palacio son las arterias que alimentan el corazón de D'Hara: el Palacio del Pueblo.

»La meseta está excavada con el doble de aposentos que el palacio. Como en cualquier ciudad de este tamaño, es imposible saber con absoluta certeza qué atrae a las multitudes.

»Ordenaré que las grandes puertas interiores permanezcan cerradas y sellaré la parte de palacio que se alza sobre el suelo. Hace varios siglos que no se hace algo así, y causará inquietud en el pueblo de D'Hara, pero mejor eso que correr riesgos. Además de las entradas interiores, el único modo de acceder al palacio es trepar por el precipicio del este. Mantendré el puente alzado.

»Pero, incluso así, tendremos miles de personas dentro de palacio, algunas de las cuales es posible que planeen ir contra el nuevo lord Rahl. Y lo que es peor: hay miles de avezados soldados alojados bajo palacio, y muchos de sus comandantes no aceptarán a lord Rahl. Me temo que el nuevo lord Rahl no es el tipo de Rahl al que están acostumbrados a tratar, y el cambio no les gustará nada.

»D'Hara es un vasto imperio, y las rutas de aprovisionamiento son largas. Tal vez ya es hora de que algunas de esas divisiones velen por la seguridad de esas rutas, especialmente las que se dirigen al lejano sur, cerca de la Tierra Salvaje, donde se rumorea que hay descontento y han estallado conflictos. Y tal vez deberíamos triplicar el contingente de la Primera Fila con tropas regulares de mi confianza.

Zedd observó el rostro de Trimack, que seguía escrutando el patio.

—Yo no soy soldado, pero me parecen ideas muy acertadas. Es necesario reforzar la seguridad de palacio. Cómo lo hagas es cosa tuya.

—Por la mañana os entregaré una lista de los generales de confianza, y otra de los que no se puede confiar.

—¿Y para qué quiero yo esas listas?

—Porque ese tipo de órdenes deben proceder de alguien con el don —repuso Trimack, clavando la mirada en el mago.

Zedd sacudió la cabeza.

—No es tarea de los magos gobernar —masculló—. No está bien.

—Así se hacen las cosas en D'Hara. Magia y acero unidos. Es el modo de proteger a lord Rahl.

Mientras dejaba vagar la mirada en la distancia, Zedd sintió el agotamiento en los huesos.

—¿Sabes, Trimack? He luchado contra magos que pretendían gobernar y he tenido que matarlos.

En vista de que no obtenía respuesta alguna, Zedd fijó de nuevo la vista en el oficial. Trimack lo estaba observando.

—Puesto a elegir, mago Zorander, escogería a alguien que lleva el mando como una carga antes que a alguien que lo ejerce como un derecho.

—Muy bien, pues —suspiró Zedd, al tiempo que asentía—. Hay otra cuestión, que es la más importante: quiero que se vigile día y noche el Jardín de la Vida. Allí fue donde el aullador atacó. No sé si vendrán más. La puerta del jardín debe repararse. Rodea el jardín con tus hombres dejando entre ellos sólo espacio suficiente para blandir un hacha. Nadie, absolutamente nadie excepto yo mismo, Richard o quien tú autorices, podrá entrar.

»Trata a cualquiera que lo intente como enemigo de lord Rahl, aunque te diga que sólo pretende arrancar las malas hierbas. Y no digamos a quien trate de salir del jardín; puedes apostar a que no tiene buenas intenciones.

—A vuestras órdenes, mago Zorander —dijo Trimack, golpeándose el pecho con el puño.

—Perfecto. Lord Rahl necesitará lo que hay en el jardín. Yo, de momento, no me atrevo a mover esos objetos; son extremadamente peligrosos. No descuides ni por un instante la vigilancia del jardín, comandante. Podrían aparecer más aulladores, o algo peor.

—¿Cuándo?

—Creía que pasaría un año o más, al menos meses, hasta que viéramos al primero. Es muy preocupante que el Custodio haya enviado a uno de sus asesinos tan pronto. No sé contra quién iba, o si su misión era matar indiscriminadamente. El Custodio no necesita razones para asesinar. Mañana debo abandonar el palacio para averiguar más cosas y evitar que nos vuelva a coger por sorpresa.

Trimack ponderó las palabras del mago con mirada inquieta.

—¿Tenéis idea de cuándo regresará lord Rahl?

—No. Pensé que tendría tiempo para enseñarle algunas cosas que debe saber, pero tendré que mandarle aviso de que se reúna inmediatamente conmigo en Aydindril para tratar de descubrir qué curso de acción seguir. Richard ignora que se encuentra en grave peligro. Los acontecimientos me han sobrepasado. No tengo ni idea de cuál será el próximo movimiento del Custodio, pero me temo que sus tentáculos son muy largos. Ya rodeaban a lord Rahl incluso antes de que el velo se rasgara, lo cual significa que he sido un necio por no verlo.

»Si Richard regresa de improviso o si algo me pasara... ayúdalo. Él todavía se considera un guía de bosque y no lord Rahl, por lo que se mostrará receloso. Dile que yo he dicho que puede confiar en ti.

—Si se muestra receloso, ¿cómo voy a convencerlo de que confíe en mí?

—Dile que es verdad. Tan verdad como que las ranas no crían pelo —repuso Zedd con una sonrisa.

—¿Pretendéis que el comandante general de la Primera Fila dirija tan pueriles palabras a lord Rahl? —inquirió Trimack, con incredulidad.

Zedd puso cara seria y se aclaró la garganta.

—Es un código, comandante. Él comprenderá.

Aunque asintió, Trimack no parecía muy convencido.

—Será mejor que me ocupe enseguida de la vigilancia del Jardín de la Vida y todo lo demás. No os ofendáis si os digo que tenéis el aspecto de necesitar un buen descanso. Creo que tanta curación os ha dejado agotado —añadió, inclinando la cabeza hacia donde el ejército de sirvientas seguía limpiando la sangre del suelo de mármol.

—Muy cierto. Gracias, comandante Trimack. Seguiré tu consejo.

Trimack lo saludó golpeándose el pecho con un puño, aunque fue un saludo suavizado por un amago de sonrisa. Ya se disponía a marcharse cuando vaciló. Sus ojos de un azul intenso se posaron de nuevo en el mago.

—Permitidme que os diga, mago Zorander, que es un placer tener por fin en palacio a alguien con el don a quien interesa más curar a los demás que arrancarles las entrañas. Nunca había conocido a alguien como vos.

Zedd no sonrió y, al hablar, su voz sonó serena.

—Siento no haber podido hacer nada para salvar a ese muchacho, comandante.

Trimack asintió, tristemente.

—Sé que eso es verdad, mago. Tan verdad como que las ranas no crían pelo.

Zedd observó cómo, a medida que se alejaba, el comandante atraía cual imán a hombres armados. El mago alzó una mano y contempló la cadena de oro que colgaba de sus entecos dedos. Con un apesadumbrado suspiro se recordó que los magos se veían obligados a utilizar a sus semejantes. Aún le quedaba lo peor. De un profundo bolsillo de la túnica sacó la piedra negra en forma de lágrima. «Malditos sean los espíritus por las cosas que debe hacer un mago», pensó.

El hechicero sostuvo el engarce donde se había alojado la piedra azul y presionó contra él la punta de la piedra negra y lisa. De los dedos de ambas manos fluyó un poder elemental que se unió en el centro y soldó la piedra al engarce.

Con la esperanza de equivocarse, Zedd conjuró el doloroso recuerdo de su esposa, muerta mucho tiempo atrás. Después del modo en que la mente de Jebra había derribado sus barreras, no fue difícil. Cuando sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla, Zedd se humedeció el pulgar con ella y, haciendo un ímprobo esfuerzo, desterró el recuerdo. Zedd sonrió al pensar que era irónico que los magos debieran utilizarse incluso a sí mismos, pero al menos ese horrible recuerdo también le había causado cierto placer.

Sosteniendo la piedra negra en la palma de una mano, pulió su superficie con el pulgar humedecido en la lágrima. A medida que la frotaba, la piedra iba adquiriendo un claro tono ámbar. El corazón le dio un vuelco; ya no había duda de qué era.

Resignado a hacer lo debido, Zedd tejió una red mágica en torno a la piedra. El hechizo ocultaría la verdadera naturaleza de la piedra a todos menos a Richard. Y, lo más importante, atraería la atención de Richard hacia la piedra. Si llegaba a verla, no podría resistirse.

El mago echó un vistazo a Chase, tendido de espaldas sobre un banco de mármol al otro lado del patio y con un pie en el suelo. Rachel, sentada en el suelo, le abrazaba la pantorrilla y apoyaba la cabeza contra su rodilla. El otro pie del guardián descansaba encima del banco. Se cubría la frente con un antebrazo vendado.

Con un suspiro, el mago echó a andar por el suelo de mármol pulido. Por un momento se preguntó de qué sería guardián Chase ahora que ya no había Límite.

Al llegar junto a ellos, Chase le habló sin retirar el antebrazo de sus ojos:

—Zedd, viejo amigo, si alguna otra vez ordenas a una despiadada bruja fuerte como un roble que se llama a sí misma curandera que me obligue a tragar un brebaje que sabe a demonios, te retorceré el cuello hasta que tengas que caminar hacia atrás para ver por dónde vas.

Zedd sonrió de oreja a oreja. Ahora sabía que había elegido a la mujer adecuada para tratar con Chase.

—¿De verdad que la medicina era tan horrible, Chase? —preguntó Rachel.

El guardián alzó ligeramente el brazo para mirar a la niña.

—Si vuelves a llamarme Chase, lo descubrirás por ti misma.

—Sí, papá —repuso la niña con una sonrisa—. Siento mucho que te hicieran beber esa horrible medicina. Pero me asusté mucho al verte cubierto de sangre —añadió, haciendo pucheros. Chase gruñó, y Rachel lo miró fijamente.

»Tal vez, la próxima vez, si desenvainas la espada en el mismo momento en que yo te lo digo, no sangrarás y no tendrás que tomar una horrible medicina.

Zedd se quedó maravillado ante la inocencia infantil de ese punzante reproche, impecablemente formulado. Chase alzó ligeramente la cabeza del banco, y el brazo se le quedó inmóvil a pocos centímetros de los ojos mientras fulminaba con la mirada a la niña. Zedd nunca había visto a un hombre haciendo tan ímprobos esfuerzos por no echarse a reír. Rachel arrugó la nariz y se le escapó una risita al contemplar la forzada expresión de Chase.

—Que los buenos espíritus sean compasivos con tu futuro marido —comentó el guardián—, y que disfrute al menos de unos pocos años de paz antes de que tú te fijes en él, pobre diablo.

—¿Qué significa eso? —replicó la niña, frunciendo el entrecejo.

Chase posó la pierna en tierra y se incorporó. Entonces miró a la pequeña de arriba abajo y la hizo sentarse sobre sus rodillas.

—Te diré qué significa. Significa que hay una nueva norma, y es mejor que ésta la cumplas.

—Lo haré, papá. ¿Qué norma es ésa?

—A partir de ahora si debes decirme algo importante, y yo no te escucho, deberás darme una buena patada, tan fuerte como puedas —respondió el hombre, con el entrecejo fruncido y acercando mucho su rostro al de la pequeña—. Y quiero que no dejes de darme patadas hasta que te escuche. ¿Entendido?

—Sí, papá. —Rachel sonrió.

—No bromeo; lo digo muy en serio.

—Lo prometo, Chase —declaró la niña, en tono solemne.

El hombretón puso los ojos en blanco y con un brazo la atrajo hacia su pecho, abrazándola del mismo modo que la niña abrazaba su muñeca. Zedd sintió que se le hacía un nudo en la garganta. En ese instante no se gustaba demasiado a sí mismo, y mucho menos las alternativas que tenía.

El mago hincó una rodilla ante la niña. Notaba la ropa rígida contra la rodilla debido a la sangre seca.

—Rachel, debo pedirte algo.

—¿De qué se trata, Zedd?

El anciano levantó la mano que sostenía la cadena de oro. La piedra oscilaba adelante y atrás.

—Esto pertenece a otra persona. Te pido que te la pongas y la guardes bien. Un día, Richard te la pedirá para devolvérsela a su dueño, pero no sé cuándo será.

Al mirar los fieros ojos de Chase, Zedd se imaginó qué sentía un ratón a punto de ser devorado por un halcón.

—Es muy bonita, Zedd. Nunca he llevado una cosa tan bonita.

—También es muy importante; tanto como la caja que te dio el mago Giller para que la guardaras.

—Pero Rahl el Oscuro está muerto. Tú mismo lo dijiste. Ya no puede hacernos daño alguno.

—Lo sé, pequeña, pero lo que te pido es muy importante. Lo hiciste tan bien con la caja y fuiste tan valiente que creo que eres la persona más indicada para llevar este colgante hasta que su dueño lo reclame. Hasta entonces no debes quitártelo nunca y tampoco debes permitir que nadie se lo pruebe, ni siquiera para jugar. Esto no es un juguete.

Cuando el mago mencionó la caja, Rachel puso cara seria.

—Si tú dices que es importante, la cuidaré bien, Zedd.

—Zedd —siseó Chase, mientras atraía hacia sí la cabeza de Rachel y le tapaba las orejas con las manos para que no oyera qué decía—, ¿qué se supone que estás haciendo? ¿Es eso lo que creo que es?

—Simplemente trato de evitar que todos los niños del mundo tengan pesadillas por toda la eternidad —respondió el mago, con mirada intimidadora.

El guardián apretó la mandíbula.

—Zedd, no quiero que...

—Chase, ¿cuánto tiempo hace que me conoces? —El guardián lo fulminó con la mirada, pero no respondió—. ¿En todo ese tiempo he hecho daño alguna vez a alguien, especialmente a un niño? ¿Te consta que haya puesto en peligro a otra persona a no ser que fuera estrictamente necesario?

—No —admitió Chase, en tono crispado—. Y no quiero ver cómo empiezas ahora.

—Tendrás que confiar en mí. —Zedd mantuvo la voz firme, y su mirada voló hacia donde el aullador había matado a la gente—. Lo que ha ocurrido hoy no es nada comparado con lo que va a ocurrir. Si no se cierra el velo, habrá más sufrimiento y más muerte de la que puedas ni imaginarte. Estoy cumpliendo con mi deber de mago y, como tal, reconozco a esta pequeña. Giller también la reconoció; es una onda en el estanque y está destinada a hacer grandes cosas.

»Esta mañana, cuando fuimos a la tumba de Panis Rahl para comprobar que la estuvieran tapiando adecuadamente, estudié algunas de las runas grabadas en los muros. Se estaban fundiendo, pero aún quedaban algunas. Estaban escritas en d'haraniano, un idioma que no domino. Pero entendí lo suficiente. Eran instrucciones para viajar por el inframundo. ¿Recuerdas la mesa de piedra que hay en el Jardín de la Vida? Pues es un altar de sacrificios. Rahl la usaba para ir al inframundo y viajar entre los límites.

—Pero Rahl está muerto. ¿Qué más...?

—Mataba niños y ofrecía sus almas puras como regalo al Custodio del inframundo, para que éste le permitiera pasar. ¿Comprendes lo que te digo? Hacía pactos con el Custodio.

»Esto significa que el Custodio ha usado gente del mundo de los vivos. Si ha usado a uno, seguro que hay más. Y ahora el velo se ha rasgado. La presencia aquí del aullador es una prueba irrefutable.

»Creo que muchas de las antiguas profecías se refieren a lo que está empezando a ocurrir, y a Richard. Quienquiera que las escribió pretendía ayudar a Richard desde tiempos remotos. Estoy convencido de que su objetivo es ayudar a Richard a combatir al Custodio. Pero esas palabras fueron escritas hace miles de años, y su significado dista mucho de ser claro. Me temo que el Custodio, haciendo gala de enorme paciencia, las ha ido enmarañando.

»Su principal arma es la paciencia. Él tiene toda la eternidad. Es probable que haya enviado cautelosamente sus tentáculos a este mundo para influir en personas, en hechiceros como Rahl el Oscuro, para que hicieran su voluntad. No puede ser casualidad que justo ahora, cuando tan imperiosamente necesitamos las profecías, no queden magos capaces de interpretarlas. No tengo ni idea de dónde acecha el Custodio ni de cuál será su siguiente paso.

Los ojos de Chase seguían reflejando furia, aunque ya no iba dirigida contra Zedd.

—Dime cómo puedo ayudar. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que enseñes a esta niña a ser como tú —respondió el mago, sonriendo tristemente y dándole palmaditas en uno de sus impresionantes hombros—. Sé que es lista. Quiero que la estimules. Conviértela en tu pupila. Enséñale el manejo de todas las armas que conoces. Enséñale a ser fuerte y rápida.

—Tan niña y ya guerrera —comentó Chase, en tono resignado.

—Mañana por la mañana partiré en busca de Adie, y luego los dos iremos a Aydindril. Quiero que vosotros dos os dirijáis al poblado de la gente barro. Cabalgad sin tregua. Richard, Kahlan y Siddin pasarán la noche con Escarlata, la dragona, y mañana ella los llevará con la gente barro. A vosotros os costará semanas llegar. No podemos perder ni un segundo.

»Di a Richard y a Kahlan que se reúnan conmigo en Aydindril de inmediato. Explícales el peligro que corremos. Después, tal vez sería una buena idea dejar a Rachel en lugar seguro, si es que queda algún lugar seguro.

—¿Hay algo más que yo pueda hacer?

—Lo más importante es que hables con Richard. He sido un necio al pensar que teníamos tiempo. Nunca debí haberlo perdido de vista. —Zedd se frotó el mentón mientras reflexionaba—. Tal vez podrías decirle que soy su abuelo, y que Rahl el Oscuro era su padre. De este modo supongo que ya se habrá calmado cuando nos veamos.

»¿Sabes qué mote le ha puesto la gente barro? —El mago enarcó una ceja y sonrió—. Lo llaman Richard el de genio pronto. Imagínatelo. Justamente Richard, una de las personas más amables que haya conocido. Pero me temo que la *Espada de la Verdad* ha hecho aflorar su cara menos amable.

Chase le lanzó una breve mirada tranquilizadora.

—Dudo que se enfade al enterarse de que eres su abuelo. Él te quiere mucho.

—Sí, tal vez tienes razón, pero no le hará gracia alguna saber quién era su padre. Recuerda que yo lo sabía y se lo oculté. George Cypher lo crió, y ellos dos se querían mucho.

—Eso no va a cambiar ahora.

—Lo sé. —Zedd alzó el colgante—. ¿Vas a confiar en mí?

Chase evaluó un momento al mago antes de incorporar a Rachel, sentarla sobre una rodilla y decirle:

—Deja que te lo ponga yo.

Una vez que el guardián le puso el colgante alrededor del cuello, Rachel cogió la piedra de ámbar entre sus menudas manos e inclinó la cabeza para contemplarla.

—Lo cuidaré bien, Zedd. Te lo prometo.

—Estoy seguro, pequeña —replicó el mago, mientras la despeinaba cariñosamente. A continuación le posó sendos dedos en las sienes y le inculcó mágicamente el pensamiento de lo importante que era ese colgante, que no debía hablar con nadie de él ni revelar de dónde lo había sacado y que debía protegerlo del mismo modo que la caja del Destino.

Entonces retiró los dedos. La niña abrió los ojos y sonrió. Chase la levantó por la cintura y la sentó en el banco, junto a él. Entonces rebuscó entre el arsenal de cuchillos que llevaba al cinto hasta hallar la correa que sujetaba el menor de ellos. Después de desatar la correa de cuero, desenvainó el cuchillo y lo sostuvo frente a su rostro.

—Puesto que ahora eres hija mía, llevarás un cuchillo, como yo. Pero no quiero que lo saques de su funda hasta que yo te enseñe a manejarlo. Podrías hacerte mucho daño. Yo te enseñaré a usarlo de manera segura. Voy a enseñarte a protegerte a ti misma para que nada te ocurra. ¿De acuerdo?

—¿Me enseñarás a ser como tú? —preguntó la niña, con rostro radiante—. Me encantaría, Chase.

—No sé si sabré enseñarte. —El guardián lanzó un gruñido mientras volvía a atarse al cinto la correa de cuero—. Al parecer, ni siquiera soy capaz de enseñarte a que me llames papá.

—Chase y papá significan lo mismo para mí —confesó Rachel con una tímida sonrisa.

El guardián sacudió la cabeza y esbozó una resignada sonrisa. Zedd se levantó y se alisó la túnica.

—Chase, si necesitas algo, pídeselo al comandante general Trimack. Llévate todos los hombres que creas preciso.

—Preferiría no llevar ninguno. Si debemos darnos prisa, es mejor que no acarree impedimenta extra. Además, creo que un hombre y su hija llamarán menos la atención. Se trata de eso, ¿verdad? —inquirió Chase, mirando elocuentemente la piedra que llevaba Rachel al cuello.

Zedd sonrió. El guardián del Límite tenía una mente muy aguda. Él y la niña hacían buena pareja.

—Os acompañaré hasta llegar a la ruta que me conducirá hasta Adie. Por la mañana tendré que ocuparme de unos asuntos, y luego partiremos.

—Bien. Creo que necesitas una buena noche de descanso.

—Sí, tienes razón.

De pronto, Zedd cayó en la cuenta de por qué se sentía tan cansado. No era porque llevara varios días sin dormir, como él había creído, sino porque llevaba meses luchando para detener a Rahl el Oscuro y, justo cuando pensaba que todo había acabado y que, por fin, habían ganado, se daba cuenta de que no había hecho más que empezar. Y esta vez no se enfrentaban sólo con un mago peligroso, sino con el Custodio del inframundo.

En la lucha contra Rahl el Oscuro conocía casi todas las reglas del juego, sabía cómo funcionaban las Cajas del Destino y de cuánto tiempo disponían. Pero ahora estaba casi totalmente a oscuras. El Custodio podía alzarse con la victoria en los próximos cinco minutos. Zedd se sentía completamente ignorante. Con un silencioso suspiro se dijo que tendría que basarse en lo poco que sabía.

—Por cierto —añadió Chase, mientras colgaba el cuchillo de la cintura de Rachel—, una de las curanderas, Kelley, creo que se llama, me dejó un mensaje para ti. —El guardián se inclinó hacia atrás, rebuscó en el bolsillo con dos dedos enormes y sacó un trocito de papel que tendió al mago.

—¿Qué es? —El papel decía: «Borde Occidental, Camino de las Tierras Altas Norteñas, tercer nivel».

Chase señaló el papel que Zedd sostenía, y lo leyó.

—Dijo que ahí podrías encontrarla. Me dijo que creía que necesitabas descansar y que, si acudías a su habitación, te prepararía una infusión de damiana.

Zedd esbozó una leve sonrisa para sí al mismo tiempo que arrugaba la nota con una mano.

—Más o menos. —El mago se quedó pensativo mientras se daba toques con un dedo en el labio inferior—. Vosotros dos id a descansar. Si crees que no podrás dormir por el dolor de las heridas, me encargaré de que una de las curanderas te prepare una...

—¡No! Dormiré perfectamente.

—Perfecto. —Zedd dio una palmadita a Rachel en un brazo, otra a Chase en un hombro, y ya se marchaba cuando le vino una idea a la cabeza—. ¿Has visto alguna vez a Richard llevar un manto rojo? ¿Un manto rojo con botones dorados y brocado?

—¿Richard? —Chase soltó una risotada—. Zedd, tú lo conoces desde niño y deberías saber mejor que yo que Richard no tiene nada parecido. Sólo tiene una capa marrón para los días de fiesta. Richard es un guía de bosque y prefiere los colores de la tierra. Nunca lo he visto llevar ni una camisa roja. ¿Por qué?

—Cuando lo veas —replicó el mago, haciendo caso omiso de la pregunta—, dile de mi parte que no se ponga nunca un manto rojo. ¡Nunca jamás! —enfatizó, agitando un dedo hacia Chase—. No lo olvides. Es muy importante. Nada de mantos rojos.

—De acuerdo. —Chase sabía cuándo no debía presionar a su viejo amigo.

El mago dirigió una sonrisa a Rachel y la abrazó apresuradamente antes de alejarse por el pasillo. El anciano se preguntaba si se acordaría de dónde estaba el comedor. Seguro que aún podían darle algo de cena.

Entonces se dio cuenta de que no sabía adónde se dirigía; todavía no había hecho preparativo alguno para hallar un lugar donde dormir. «Bueno, no importa —pensó—. El palacio tiene habitaciones de invitados. Él mismo se lo había dicho a Chase. Podía dormir allí.»

Zedd desplegó la nota arrugada que llevaba en la mano y la miró. Un hombre de aspecto distinguido, con una barba gris pulcramente recortada y ataviado con una túnica dorada oficial, pasaba por su lado. Zedd lo detuvo educadamente.

—Perdonadme, tal vez podríais decirme dónde está... —El mago miró de nuevo el papel—... el Borde Occidental, Camino de las Tierras Altas Norteñas, tercer nivel.

—Por supuesto, señor —respondió amablemente el hombre barbudo—. Es la zona de los curanderos. No está lejos. Permitidme que os acompañe un trozo y que luego os dé indicaciones.

Zedd esbozó una sonrisa. De repente ya no se sentía tan cansado.

—Muchas gracias. Sois muy amable.

5

Una vieja sirvienta, pertrechada con una fregona y un cubo, vio a la hermana Margaret cuando doblaba la esquina en lo alto de la escalinata de piedra y cayó de rodillas. La hermana se detuvo brevemente para tocar con su mano la coronilla de la anciana.

—Que el Creador bendiga a su sierva.

—Muchas gracias, hermana —respondió la anciana, alzando su rostro arrugado y mostrando una cálida sonrisa desdentada—. Que Él os bendiga en su trabajo.

Margaret le devolvió la sonrisa y contempló cómo la anciana se marchaba acarreando el pesado cubo. «Pobre mujer —pensó— tiene que trabajar en plena noche». Pero también ella estaba levantada y tenía trabajo que hacer.

Se notaba incómoda en el vestido, pues le tiraba de un hombro. Margaret bajó la mirada y comprobó que, con las prisas, se había abrochado mal los tres botones de arriba. Antes de empujar la pesada puerta de roble que conducía a la oscuridad exterior, se arregló el vestido a toda prisa.

Fuera, un guardia caminaba de arriba abajo. Al verla, corrió hacia ella. La mujer se tapó la boca con el libro para ocultar un bostezo. El guardia frenó bruscamente.

—¡Hermana! ¿Dónde está la Prelada? El prisionero la llama a gritos. Su voz me produce escalofríos. ¿No ha venido?

La hermana Margaret miró ceñuda al guardia hasta que éste recordó sus buenos modales y la saludó con una rápida inclinación de cabeza. Al alzarla de nuevo, la mujer empezó a bajar por la muralla con el guardia pegado a sus talones.

—La Prelada no vendrá simplemente porque el Profeta haya empezado a gritar.

—Pero la está llamando.

Margaret se detuvo y unió ambas manos por encima del libro.

—¿Quieres ser tú quien aporree la puerta de la alcoba de la Prelada en medio de la noche y la despierte sólo porque el Profeta la reclama?

—No, hermana —contestó el guardia, que palideció bajo la luz de la luna.

—Ya es suficiente con sacar a una hermana de su cama por esta tontería.

—Pero no sabéis qué ha estado diciendo, hermana. Gritaba que...

—Ya basta —lo amonestó la hermana en voz baja—. ¿Debo recordarte que te juegas la cabeza si repites una sola de sus palabras?

Instintivamente, el guardia se llevó una mano al cuello.

—No, hermana. Jamás diré nada, excepto a una hermana.

—Ni siquiera a una hermana. Nunca jamás debes repetirlo.

—Os pido perdón, hermana. —Ahora el tono del guardia era humilde—. Es que nunca antes lo había oído gritar así. Nunca le había oído la voz, excepto para llamar a una hermana. Las cosas que ha dicho me han alarmado. Nunca le había oído decirlas.

—Se las ha ingeniado para que su voz atravesara nuestros escudos. No es la primera vez que sucede. De vez en cuando lo logra. Justamente por eso los guardias que lo custodian deben jurar que nunca repetirán a nadie lo que puedan oír. Fuera lo que fuese lo que oyeras, te aconsejo que lo olvides antes de que terminemos esta conversación, o si no te ayudaremos a olvidar.

El soldado estaba tan aterrorizado que sólo pudo negar con la cabeza. A Margaret no le gustaba meterle el miedo en el cuerpo, pero no podía correr el riesgo de que se fuera de la lengua tomando una cerveza con sus amigos. Las mentes comunes no estaban preparadas para las profecías.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, poniéndole suavemente una mano sobre el hombro.

—Soldado Kevin Andellmere, hermana.

—Soldado Andellmere, si me juras que no dirás ni media palabra de lo que has oído mientras vivas, me ocuparé personalmente de que te asignen a otro puesto. Es obvio que no estás hecho para esta misión.

—Alabada seáis, hermana —exclamó el guardia, hincando una rodilla—. Prefiero enfrentarme a centenares de paganos salvajes que volver a oír la voz del Profeta. Os lo juro por mi vida.

—Sea pues. Vuelve a tu puesto. Cuando acabes la vigilancia di al capitán de los guardias que la hermana Margaret ha ordenado que te cambien de servicio. Que el Creador bendiga a su siervo. —La hermana impartió la bendición tocándole la cabeza.

—Gracias por vuestra amabilidad, hermana.

Margaret siguió caminando por la muralla, atravesó la pequeña columnata del fondo, bajó la escalera de caracol y, finalmente, llegó al corredor iluminado por antorchas que conducía a los aposentos del Profeta. Dos guardias armados con lanzas custodiaban la puerta. Ambos se inclinaron al unísono.

—Me he enterado de que la voz del Profeta ha atravesado los escudos.

—¿De veras? —uno de los guardias clavó en ella unos fríos ojos azules—. Yo no he oído nada. ¿Has oído tú algo? —preguntó a su compañero, sin apartar la mirada de los ojos de la hermana.

El otro guardia apoyó su peso en la lanza y volvió la cabeza para responder bruscamente:

—Nada de nada. Sólo silencio sepulcral.

—¿Acaso el mocoso de arriba ha hablado más de la cuenta? —inquirió el primero.

—Hace mucho tiempo que el Profeta no hallaba el modo de filtrar por el escudo otra cosa que la llamada para una hermana. No había oído nunca hablar al Profeta. Eso es todo.

—¿Queréis que me encargue de que no vuelva a oír ni decir nada nunca más?

—No será necesario. Tengo su palabra y además he ordenado su traslado.

—Su palabra —repitió el soldado con cara agria—. Es fácil hacer un juramento. Pero la espada es definitiva.

—¿De veras? ¿Debo suponer entonces que tu juramento de silencio no vale nada? ¿Debería ocuparme de un modo más contundente de que no hablarás? —La hermana Margaret sostuvo la torva mirada del guardia hasta que, al fin, éste la bajó.

—No hermana. Con mi palabra basta.

—Muy bien. ¿Lo ha oído gritar alguien más?

—No, hermana. Tan pronto como empezó a llamar a gritos a la Prelada, inspeccionamos la zona para asegurarnos de que no había nadie del servicio ni nadie más. Luego aposté guardias en todas las entradas y envié a llamar a una hermana. Como era la primera vez que llamaba a la Prelada, pensé que debía dejar a una hermana la decisión de si era conveniente despertar a la Prelada en medio de la noche, o no.

—Has hecho bien.

—Ahora que estáis aquí, hermana, deberíamos ir a asegurarnos de que nadie más ha oído nada —dijo con expresión nuevamente sombría.

—Idos. Y será mejor que el soldado Andellmere se ande con ojo y no se caiga de la muralla y se rompa el cuello, o te buscaré. —El guardián lanzó un irritado gruñido—. Pero, si algún día le oyes repetir una sola palabra de lo que ha oído esta noche, busca una hermana para que se ocupe de él.

Margaret atravesó la puerta y, al llegar a la mitad del corredor interior, se detuvo al notar los escudos. Sosteniendo el libro contra el pecho con ambas manos, se concentró mientras buscaba la brecha.

Sonrió al encontrarla: no eran más que unas pocas hebras del tejido retorcidas. Probablemente le había llevado años conseguirlo. La mujer cerró los ojos y tejió de nuevo el escudo con una púa de poder que le impediría repetir la hazaña. Margaret estaba realmente impresionada por la ingenuidad y la persistencia del Profeta. «Bueno —se dijo con un suspiro—, tiene todo el tiempo del mundo para dedicarse a ello.»

Las lámparas ardían dentro de los amplios aposentos. De una de las paredes colgaban tapices, y los suelos estaban generosamente cubiertos con las coloridas alfombras azules y amarillas de confección local. Los estantes se veían medio vacíos. Los libros que antes los llenaban estaban abiertos por todas partes; algunos encima de sillas y sofás, otros boca abajo sobre cojines tirados al suelo y otros amontonados en pilas cerca de su silla favorita, junto a la chimenea apagada.

La hermana Margaret se acercó al elegante escritorio de palisandro pulido situado a un lado de la estancia. Se sentó en la silla acolchada, abrió el libro colocado sobre el escritorio y hojeó las páginas escritas hasta llegar a una en blanco. No había ni rastro del Profeta. Probablemente se encontraba en el pequeño jardín. Por la puerta doble que conducía al jardín entraban suaves ráfagas de aire cálido. Margaret sacó de un cajón un tintero, una pluma y una cajita de arenilla para espolvorear, y lo colocó todo junto al libro de profecías abierto.

Al alzar de nuevo la vista, lo vio de pie en la puerta del jardín, en la penumbra, mirándola. Vestía una túnica negra y la capucha echada sobre el rostro. El Profeta se mantenía inmóvil, con las manos metidas en la manga del brazo contrario. Su presencia imponía, y no sólo por su tamaño físico.

—Buenas noches, Nathan. —La hermana Margaret tiró del tapón del tintero para sacarlo.

El hombre dio lentamente tres zancadas, que lo llevaron de las sombras a la luz de las lámparas, mientras se echaba hacia atrás la capucha y descubría unos largos cabellos blancos y lacios que le llegaban hasta los fuertes hombros. La parte superior del collar metálico asomaba apenas por el cuello de la túnica. Unas cejas también blancas ensombrecían sus ojos azul celeste, oscuros y profundos. Los músculos de su fuerte y afeitada mandíbula se veían tensos. Era un hombre de facciones toscas, pero atractivas, pese a tratarse del hombre más anciano que Margaret hubiese conocido en toda su vida.

Desde luego, estaba como un cencerro. Eso o era muy listo y quería que todos creyeran que estaba loco. La mujer no sabía qué pensar.

Fuese como fuese, se trataba probablemente del hombre vivo más peligroso.

—¿Dónde está la Prelada? —inquirió con voz profunda y amenazante.

—Es medianoche, Nathan —respondió la mujer, cogiendo la pluma—. No pienso despertar a la Prelada simplemente porque te haya dado un ataque y la reclames. Cualquier hermana es capaz de anotar una profecía. ¿Por qué no te sientas y empezamos?

El hombre se aproximó al escritorio y se quedó mirándola desde arriba, frente a frente.

—No me pongas a prueba, hermana Margaret. Esto es importante.

—No me pongas *tú* a prueba, Nathan —replicó la mujer, con mirada iracunda—. ¿Debo recordar qué te juegas? Ya me has sacado de la cama en medio de la noche, así que es mejor que acabemos con esto para volver cuanto antes al lecho y dormir unas horas.

—He pedido ver a la Prelada. Es importante.

—Nathan, aún estamos descifrando las profecías que nos dictaste hace años. ¿Qué más da que me expliques ésta para que la Prelada pueda leerla por la mañana, o la semana que viene, o el año que viene?

—No tengo profecía alguna.

—¿Me estás diciendo que me has sacado de la cama porque querías compañía? —preguntó la hermana Margaret, próxima a perder los estribos.

—¿Te importaría acaso? —replicó el hombre, con una amplia sonrisa—. Hace una noche muy hermosa, y tú eres una mujer bastante atractiva, aunque no exactamente mi tipo. ¿No? —El Profeta ladeó la cabeza—. Bueno, ya que has venido para que te dé una profecía, puedo hablarte de tu muerte si quieres.

—El Creador me llevará con Él cuando decida. Yo dejo mi vida en sus manos.

El Profeta asintió, y su mirada se perdió más allá de la cabeza de la mujer.

—Hermana Margaret, quisiera recibir la visita de una mujer. Hace tiempo que me siento muy solo.

—No es tarea de las hermanas proporcionarte rameras.

—Pero en el pasado me enviaron cortesanas como recompensa por las profecías.

Margaret dejó la pluma encima del escritorio de manera deliberadamente cuidadosa.

—La última se marchó antes de que pudiéramos hablar con ella. Huyó medio desnuda y medio loca. Aún no sabemos cómo logró atravesar el cordón de guardias.

»Prometiste que no le contarías ninguna profecía, Nathan, lo prometiste. Antes de que pudiéramos dar con ella, repitió lo que le habías contado. Tus palabras se propagaron como la pólvora y dieron lugar a una guerra civil. Casi seis mil personas murieron por lo que tú dijiste a esa joven.

—¿De veras? No tenía ni idea —replicó el Profeta, enarcando con gesto de preocupación sus blancas cejas.

Margaret inspiró profundamente y habló con voz suave, tratando de controlar la ira que sentía.

—Nathan, yo misma te lo he dicho ya tres veces.

—Lo siento, Margaret. —El hombre bajó la mirada con expresión triste.

—*Hermana* Margaret.

—¿Hermana? ¿Tú? Eres demasiado joven y demasiado atractiva para ser una hermana. Estoy convencido de que no eres más que una novicia.

—Buenas noches, Nathan —dijo la mujer, poniéndose de pie. Cerró la tapa del libro e hizo ademán de cogerlo.

—Siéntate, hermana Margaret —ordenó el Profeta, con voz llena de poder y amenaza.

—Puesto que no tienes nada que comunicarme, me vuelvo a la cama.

—Yo no he dicho que no tuviera nada que comunicarte. He dicho que no tenía profecía alguna.

—Si no has tenido ninguna visión y ninguna profecía, ¿qué es eso que debes comunicarme?

El hombre se sacó las manos de dentro de las mangas, se apoyó con los nudillos sobre el escritorio y se inclinó hacia la mujer.

—Siéntate o no te lo diré.

Margaret consideró la posibilidad de usar su poder, pero decidió que sería más fácil y también más rápido complacerlo, por lo que tomó asiento.

—Muy bien. Ya estoy sentada. Ahora habla.

—Se ha producido una bifurcación en las profecías.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Y por qué me llamas ahora, en medio de la noche?

—Llamé enseguida que me llegó.

—Podrías haber esperado a mañana. No es la primera vez que se producen bifurcaciones.

—Como ésta, no —la contradijo el Profeta, meneando lentamente la cabeza.

A la hermana Margaret no le hacía ni pizca de gracia decírselo a las otras. A nadie, excepto a Warren claro está, iba a gustarle. Él estaría encantado de tener otra pieza para encajar en el rompecabezas de las profecías. Pero a las demás no les gustaría, pues significaba años de trabajo.

Algunas profecías se formulaban con frases condicionales del tipo: «si... entonces», y ofrecían diferentes posibilidades. Eran profecías que seguían todas las ramas a fin de predecir qué sucedería en cada bifurcación, pues también las profecías eran abiertas.

Una vez que este tipo de profecías ocurrían y se dilucidaba cuál de las posibles bifurcaciones se realizaba, es decir, cuando ocurría una de las alternativas, se decía que la profecía se había bifurcado.

Todas las profecías que derivaban del camino invalidado se convertían en profecías falsas. Éstas, a su vez, se multiplicaban como las ramas de un árbol, enmarañando las sagradas profecías con información confusa, contradictoria y falsa. Cuando se producía una bifurcación, era preciso seguir hasta el final todas las profecías que ya se sabían falsas, para así borrarlas.

Era una tarea tremenda. Cuanto más lejos se hallaba de la bifurcación el suceso en cuestión, más difícil resultaba averiguar si pertenecía a la bifurcación falsa o a la verdadera. Y aún más difícil era decidir si dos profecías, una de las cuales resultaba de la otra, estaban conectadas en el tiempo o separadas acaso por miles de años. En ocasiones, los mismos acontecimientos las ayudaban a ubicarlas cronológicamente, sin embargo eso sólo ocurría a veces. Cuanto más lejos en el tiempo con respecto a la bifurcación, más complicado resultaba relacionarlas.

El esfuerzo podía durar años y, muy probablemente, sólo lograrían realizar parte de la tarea. A partir de ese día, no podrían estar seguras de si una profecía era real o pertenecía a una bifurcación falsa en el pasado. Ésta era la razón por la que muchos consideraban que las profecías eran, en el mejor de los casos, poco fidedignas y, en el peor, totalmente inútiles. Pero si sabían de la existencia de una bifurcación y, sobre todo, si sabían cuál era la rama verdadera y cuál la falsa, contarían con una guía muy valiosa.

La mujer se dejó caer en la silla.

—¿Hasta qué punto es importante la profecía que se ha bifurcado?

—Se trata de una profecía central. No podría ser más importante.

Décadas. No les llevaría años, sino décadas. Una profecía central afectaba a casi todas las demás, y su contenido cambiaba. Era igual a estar ciego. Hasta que no lograran arrancar el fruto contaminado de la bifurcación falsa, ya no podrían fiarse de ninguna profecía.

—¿Sabes cuál se ha bifurcado? —preguntó la mujer, mirándolo a los ojos.

—Sé cuál es la verdadera y cuál la falsa —contestó él con una sonrisa preñada de orgullo—. Sé qué sucederá.

Bueno, al menos lo sabía. Margaret sintió una oleada de excitación. Si Nathan sabía qué bifurcación era verdadera y cuál era falsa, así como la naturaleza de cada ramal, poseía una información vital. Puesto que las profecías no estaban ordenadas cronológicamente, no había un modo sencillo de ir siguiendo una rama, pero, al menos, sabían por dónde empezar. Por suerte, se habían enterado en el mismo momento de producirse la bifurcación y no años después.

—Has actuado correctamente, Nathan. —El Profeta sonrió como un niño que ha complacido a su madre—. Acerca una silla y cuéntame esa bifurcación.

Nathan pareció contagiarse de su entusiasmo mientras acercaba una silla al escritorio. Entonces se dejó caer en ella y se retorció como un cachorro que juega con un palo. Margaret confió en que no tendría que hacerle daño para arrancarle ese palo de la boca.

—Nathan, ¿qué profecía se ha bifurcado?

—¿Estás segura de que quieres saberlo, hermana Margaret? —preguntó a su vez Nathan, con un brillo malicioso en los ojos—. Las profecías son peligrosas. La última vez que expliqué una a una hermosa dama, miles de personas murieron. Tú misma lo dijiste.

—Nathan, por favor. Es tarde y esto es muy importante.

—No recuerdo exactamente las palabras —dijo el Profeta, ya sin regocijo.

Margaret no le creyó; cuando se trataba de profecías, Nathan veía mentalmente las palabras como si estuvieran grabadas en piedra.

—No te preocupes por eso. Ya sé que es muy difícil recordar todas las palabras. —La mujer trató de tranquilizarlo poniéndole una mano sobre el brazo—. Repítelas lo mejor que puedas.

—Bueno, veamos... —Nathan alzó la mirada al techo mientras se acariciaba el mentón con los dedos—. Es la que dice algo acerca del de D'Hara, que ensombrecerá el mundo contando sombras.

—Muy bien, Nathan. ¿Recuerdas más? —Margaret sabía que, probablemente, recordaba palabra por palabra, pero le gustaba hacerse de rogar—. Sería de gran ayuda.

El Profeta se quedó mirándola un instante, tras lo cual asintió.

—*«Cuando el hálito del invierno flote en el aire, las sombras contadas florecerán. Si el heredero de la ira de D'Hara cuenta las sombras correctamente, su umbra oscurecerá el mundo. Pero, si se equivoca, lo pagará con la vida.»*

Ciertamente era una profecía bifurcada. Ése había sido el primer día oficial del invierno. Margaret conocía la profecía en cuestión, aunque ignoraba qué podría significar. Mucho se había investigado y discutido abajo, en las criptas, sobre cuándo ocurriría esa profecía, que era motivo de gran inquietud.

—¿Y qué bifurcación ha tomado la profecía?

—La peor posible —repuso Nathan, con gesto sombrío.

—¿Caeremos bajo la férula del de D'Hara? —inquirió Margaret, manoseando un botón con los dedos.

—Deberías estudiar las profecías con más atención, hermana. La profecía sigue así: *«Si se liberan las fuerzas en juego, se producirá un desgarro, y una aciaga ansia ensombrecerá el mundo. En ese caso, la esperanza de salvación será tan delgada como la hoja blanca del nacido para la Verdad».* —El Profeta se inclinó hacia la mujer y susurró—: Esa ansia más aciaga únicamente puede referirse al Señor del Caos.

Margaret musitó una plegaria.

—Que el Creador nos proteja con su luz.

—La profecía no menciona a ningún Creador que vaya a acudir en nuestra ayuda, hermana —comentó Nathan, con una sonrisa burlona—. Si lo que buscas es protección, será mejor que sigas la bifurcación verdadera. Es así como Él te ofrece el único atisbo de esperanza.

—Nathan, no entiendo qué significa esa profecía. No podemos seguir las bifurcaciones verdaderas y las falsas, si no conocemos su significado. Dijiste que tú lo sabías. ¿Puedes contarme una profecía de cada ramal, para así poder ir devanando el hilo?

—*«Bajo el Amo, la ira destruirá a todo enemigo, la esperanza fenecerá y reinará el desaliento.»* —El Profeta clavó en la mujer un ojo de penetrante mirada—. Ésta es la que conduce a la bifurcación falsa.

Si ésa era la mejor de las posibilidades, ¿cómo sería la otra?, se preguntó Margaret.

—¿Y la que conduce a la verdadera?

—A poco de producirse la bifurcación verdadera, una profecía dice: *«Cuando la amenaza de la sombra desaparezca, de todas sólo quedará viva una, nacida con la magia de sacar a la luz la verdad. Pero la aciaga sombra del reino de los muertos acecha. Si la vida quiere tener una esperanza, la de blanco deberá ser ofrecida a su gente, para darles felicidad y jolgorio».*

Margaret reflexionó sobre esas dos profecías. No recordaba ni una ni la otra. La primera parecía bastante sencilla, pero, de todos modos, podrían seguir la bifurcación falsa desde ésta. La segunda era más oscura, pero seguramente podría descifrarse con un poco de estudio. Hacía referencia a una Confesora; «la de blanco» sólo podía ser la Madre Confesora.

—Gracias, Nathan. Ahora podremos seguir más fácilmente la bifurcación falsa. Con la otra, la verdadera, será un poco más complicado, pero teniendo ya un punto de partida acabaremos por descifrarla. De algún modo, la Confesora está llamada a llevar la alegría a su gente. —La mujer esbozó una leve sonrisa—. Suena como si se fuera a casar o algo así.

El Profeta la miró parpadeando, tras lo cual echó la cabeza hacia atrás y aulló. Mientras se levantaba no dejaba de reírse a carcajadas, hasta que le dio la tos y casi se asfixió. Al mirarla de nuevo tenía el rostro colorado.

—¡Malditas idiotas presuntuosas! Las hermanas os pavoneáis como si estuvierais haciendo algo de suma importancia, cuando, en realidad, no tenéis ni idea. Me recordáis a un corral de gallinas que

cacarean como si creyeran que entienden matemáticas avanzadas. Yo os arrojo un grano de profecía a vuestros pies, y vosotras cloqueáis y escarbáis la tierra, y luego picoteáis la gravilla.

Por primera vez desde que se convirtiera en hermana, Margaret se sintió ignorante y muy poca cosa.

—Ya basta, Nathan.

—Idiotas —insistió él.

El Profeta se abalanzó hacia ella con tal rapidez que la asustó. Instintivamente, Margaret descargó un rayo de poder que lo postró de hinojos. Nathan se agarró el pecho, pugnando por respirar. Casi al instante, Margaret retiró su poder; lamentaba haber reaccionado de ese modo, por miedo.

—Lo siento, Nathan. Me asustaste. ¿Te encuentras bien?

El hombre se agarró a la silla y se apoyó en ella para incorporarse, respirando con dificultad. Asintió con la cabeza. Una inquieta Margaret tomó asiento y esperó a que se recuperara.

—¿Te asusté, dices? —inquirió el Profeta, con una sombría sonrisa—. ¿Quieres sentir miedo de verdad? ¿Te gustaría que te mostrara una profecía? Mostrarla, no contarla con palabras. ¿Quieres que te enseñe cómo se transmiten las profecías? Nunca se lo he enseñado a ninguna hermana. Todas vosotras las estudiáis y os creéis capaces de descifrarlas a partir de las palabras, pero no las comprendéis. No es así como funcionan.

—¿A qué te refieres? —preguntó la hermana, ansiosamente—. Las profecías están para predecir el futuro.

—Sólo en parte —la corrigió Nathan—. Se transmiten a través de personas como yo, dotadas del don de la profecía, y deben ser leídas y comprendidas mediante el don. Ésta es tarea de personas como yo, profetas, y no de personas como vosotras dotadas de cierto tipo de poder.

Margaret lo estudió mientras se erguía nuevamente y percibió el aura de autoridad que volvía a emanar de su persona. Nunca había oído decir algo igual y no estaba segura de si decía la verdad o hablaba por despecho. Pero, si era verdad...

—Nathan, cualquier cosa que puedas decirme o mostrarme sería de gran ayuda. Todos luchamos en el bando del Creador, por su causa. Las fuerzas del Innombrable no descansan nunca en su intento por silenciarnos. Sí, quiero que me muestres una profecía tal como se supone que debe ser transmitida, si es que puedes.

Nathan se irguió y la taladró con la mirada. Al fin, se inclinó hacia ella, con expresión tan grave que la mujer casi se quedó sin aliento, y replicó suavemente:

—Como desees, hermana Margaret. Mírame a los ojos —susurró—. Piérdete en ellos.

Los ojos del hombre la atrajeron con ese intenso color celeste que fue invadiendo su visión hasta que tuvo la impresión de que miraba al cielo despejado. Era como si el Profeta respirara por ella.

—Te repetiré la profecía de la bifurcación verdadera, pero esta vez te la mostraré, como tiene que ser. —La mujer lo escuchaba como en una nube—. *De todas sólo quedará viva una, nacida con la magia de sacar a la luz la verdad...*

Las palabras se fundieron y, en su lugar, Margaret vio la profecía como si se tratara de una visión que la atraía. Ya no estaba en el palacio, sino dentro de esa visión.

Vio una hermosa mujer con larga melena, ataviada con un vestido de satén blanco: era la Madre Confesora. Margaret vio cómo las demás Confesoras eran asesinadas por las cuadrillas enviadas desde D'Hara y sintió esas muertes en todo su horror. Vio a la mejor amiga de la Madre Confesora, también Confesora, morir en sus brazos, y sintió el dolor de ésta.

A continuación, vio a la Madre Confesora ante el de D'Hara, el responsable de la muerte de las otras Confesoras. Era un apuesto hombre vestido de blanco, de pie delante de tres cajas. Para sorpresa de Margaret, cada caja proyectaba un número de sombras distinto. El hombre de blanco realizaba ritos, conjuraba pérfidos hechizos (hechizos del inframundo) hasta que anocheció, pero él siguió durante toda la noche. Cuando amaneció, Margaret supo de algún modo que había sido el amanecer de ese mismo día. Estaba viendo hechos acaecidos ese día.

El hombre de túnica blanca concluyó los preparativos. Sonriendo, extendió los brazos y abrió la caja del centro, la que proyectaba dos sombras. En un principio quedó bañado por la brillante luz que surgía de la caja, pero entonces, en un estallido de poder, la magia de la caja se arremolinó en torno a él y le arrebató la vida. Había elegido mal; había perdido la vida tratando de alcanzar la magia que lo había matado.

Entonces vio a la Madre Confesora con un hombre, un hombre al que amaba, y sintió su felicidad. Era un tipo de dicha que la mujer nunca antes había experimentado. El corazón de Margaret se esponjó por la felicidad absoluta que la Madre Confesora sentía al lado de ese hombre. Era una visión de lo que estaba ocurriendo en ese mismo instante.

Pero su mente dio un brusco salto en el tiempo. Vio guerra y muerte por doquier. Vio la muerte que causaba en el mundo de los vivos el Custodio del inframundo, haciendo gala de tal perversidad que se sintió ahogada por el terror.

Nuevamente, la profecía dio un salto adelante y la trasladó en medio de una multitud. En el centro se levantaba una sólida plataforma sobre la que se encontraba la Madre Confesora. Reinaba un ambiente festivo, y todos se mostraban excitados.

Ése era el suceso gozoso al que conduciría la bifurcación de la profecía; una de las bifurcaciones que debían descifrarse correctamente a fin de salvar el mundo de la oscuridad que pretendía conquistarlo. La atmósfera festiva de la multitud la contagió, y sintió un cosquilleo de esperanza expectante, pues se preguntaba si la Madre Confesora iba a contraer matrimonio con el hombre al que amaba, y si ése era el suceso gozoso del que hablaba la profecía y que debía llevar alegría a la gente. Deseaba con todas sus fuerzas que fuese así.

Pero algo iba mal. La cálida sensación de gozo de Margaret se fue enfriando, hasta que la piel se le erizó.

Con inquietud creciente reparó en que la Madre Confesora tenía las manos atadas y que, junto a ella, se veía un hombre, no su amado, sino un individuo que se cubría la cabeza con una capucha negra y esgrimía una enorme hacha. La inquietud de Margaret se tornó horror.

Una mano obligó a la Madre Confesora a arrodillarse, la agarró por el pelo y le colocó la cara contra el bloque. La Madre Confesora ya no exhibía su larga melena, pero sin duda se trataba de la misma mujer. Tenía los ojos cerrados, de los que se le escapaban las lágrimas. Su vestido blanco relucía bajo la brillante luz del sol. Margaret no podía ni respirar.

La enorme hacha en forma de media luna se alzó en el aire, centelleó a la luz solar y descargó ruidosamente contra el bloque. Margaret reprimió un grito. La cabeza de la Madre Confesora cayó a un cesto. La muchedumbre vitoreó.

Con un abundante chorro de sangre que manchó el vestido, el cuerpo decapitado y sin vida se desplomó contra el suelo de madera. Bajo él se formó un brillante charco de sangre, que tiñó de rojo el vestido blanco. Había tanta sangre... La multitud lanzó gritos de júbilo.

A Margaret se le escapó un gemido de horror. Sentía náuseas. Nathan impidió que cayera al suelo entre sollozos y chillidos, y la sostuvo del mismo modo que un padre sostendría a un niño asustado.

—Ah, Nathan, ¿es ése el suceso que llevará alegría a la gente? ¿Es eso lo que debe ocurrir para que el mundo de los vivos se salve?

—Así es —respondió Nathan, suavemente—. Casi todas las profecías de la ramificación verdadera son bifurcadas. A fin de que el mundo de los vivos se salve del Custodio del inframundo, todos los acontecimientos deben avanzar por la ramificación correcta. En esta profecía, la gente debe regocijarse al contemplar la ejecución de la Madre Confesora, pues la alternativa es la oscuridad perpetua del inframundo. No sé por qué, pero es así.

Margaret siguió llorando, abrazada a los fuertes brazos del Profeta.

—Oh, querido Creador, ten piedad de tu sierva. Dale fuerzas.

—No hay piedad que valga cuando se combate al Custodio.

—Ah, Nathan, he leído profecías sobre la muerte de algunas personas, pero no eran más que palabras. Verlo en realidad me ha desgarrado el alma.

—Lo sé. Lo sé perfectamente. —Nathan le dio palmaditas en la espalda, sin dejar de abrazarla.

Margaret se irguió mientras se enjugaba las lágrimas de la cara.

—¿Es esta la profecía verdadera que sigue a la que se ha bifurcado hoy?

—Sí.

—¿Y así es como se supone que deben verse las profecías?

—Exactamente. Así es como me vienen a mí. Te he mostrado cómo las veo yo. Las palabras acompañan a la profecía y deben ser consignadas por escrito, de modo que los no profetas no las vean como lo que son en realidad, pero, en cambio, que los profetas las vean al leerlas. Es la primera vez que muestro a alguien una profecía.

—¿Por qué yo?

—Margaret, estamos en guerra contra el Custodio —respondió Nathan tras posar en ella brevemente su triste mirada—. Debes saber el peligro que corremos.

—Siempre estamos en guerra contra el Custodio.

—Creo que esta vez puede ser distinto.

—Debo decírselo a las otras. Debo decirles lo que puedes mostrarles. Debes ayudarnos a entender las profecías.

—No. No pienso mostrar a nadie más lo que te he mostrado a ti. No me importa el dolor que puedan infligirme; no cooperaré. No volveré a hacer esto ni por ti ni por ninguna otra hermana.

—¿Por qué no?

—Porque no estás hecha para verlas, sólo para leerlas.

—Pero...

—Así es como debe ser; si poseyeras el don, éste te las desvelaría. Del mismo modo que, como tanto te gusta decir a ti, la gente simple no está preparada para oír las profecías, tú no estás preparada para verlas.

—Pero podría sernos de ayuda.

—Te ayudarían tan poco como a la joven a la que le conté una, o a los miles de personas que murieron por ello. Del mismo modo que vosotros me mantenéis prisionero aquí, para que mis palabras no lleguen a oídos inadecuados, yo debo mantener ignorantes a todos los que no sean profetas. Es la voluntad de quien concede el don de la profecía y todo lo demás. Si Él hubiera querido que las vieras, te habría dado la llave, pero no lo ha hecho.

—Nathan, hay otras que te torturarían hasta que se las revelaras.

—Por mucho que me torturen, no pienso hacerlo. Me dejaré matar antes de revelarlas. Además, no lo intentarán si tú no se lo dices. —El Profeta ladeó la cabeza hacia la mujer.

Margaret se quedó mirándolo fijamente y lo vio de modo distinto a otras veces. Ninguno antes que él había sido tan taimado. Él era el único en el que nunca habían podido confiar. Todos los demás habían dicho la verdad acerca de su don y de lo que éste comportaba, pero sabían que Nathan mentía, sabían que no les revelaba todo acerca de lo que era capaz. Margaret se preguntó qué sabía Nathan y cuáles eran realmente sus capacidades.

—Lo que hoy me has mostrado irá a la tumba conmigo, Nathan.

El Profeta cerró los ojos e hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, hija mía.

Otras hermanas le habrían hecho pagar caro hablarles de ese modo, pero Margaret no. Ella se puso de pie y se alisó el vestido.

—Por la mañana comunicaré a quienes trabajan en las criptas que la profecía se ha bifurcado, así como las que corresponden a la ramificación verdadera y a la falsa. Tendrán que descifrarlas como buenamente puedan, sirviéndose de las armas que les ha entregado el Creador.

—Así es como debe ser.

La hermana guardó de nuevo en un cajón del escritorio la tinta, la pluma y el recipiente con la arena.

—Nathan, ¿por qué querías que viniera la Prelada? No recuerdo que la hayas llamado nunca.

Cuando alzó la mirada, el Profeta la estudiaba impasible.

—Ésa es otra cosa que tampoco debes saber, hermana Margaret. ¿Deseas causarme dolor, deseas tratar de sacármelo por la fuerza?

—No, Nathan —respondió ella, recogiendo de encima del escritorio el libro de profecías.

—En ese caso, ¿querrás dar un recado a la Prelada en mi nombre?

Margaret seguía pugnando por contener las lágrimas que le escocían en los ojos.

—Sí. ¿Qué quieres que le diga?

—¿No lo repetirás a nadie excepto a la Prelada y te llevarás el secreto a la tumba?

—Si así lo deseas, aunque no veo el porqué. Puedes confiar en las hermanas para...

—No, Margaret, quiero que me escuches: cuando se combate al Custodio, no hay que fiarse de nadie. Estoy arriesgándome mucho al confiar en ti y en la Prelada. No confíes en nadie. —Nathan le lanzó una aterradora mirada, con las cejas fruncidas—. Sólo podrán traicionarte aquellos en quienes confíes.

—De acuerdo, Nathan. ¿Cuál es el mensaje?

El Profeta clavó en ella una penetrante mirada. Al fin, dijo en un susurro:

—Dile que el guijarro está en el estanque.

—¿Qué significa eso?

—Ya te has asustado bastante, hija mía. No pongas nuevamente a prueba tu fortaleza.

—Soy la hermana Margaret, Nathan —lo reprendió suavemente la mujer—. No «hija mía», sino hermana Margaret. Te ruego que me trates con el debido respeto.

—Perdóname, hermana Margaret —se disculpó el Profeta con una sonrisa. De vez en cuando, la mirada del hombre le causaba escalofríos—. Una cosa más, hermana Margaret.

—¿Qué es?

Nathan alargó una mano y le secó una lágrima de la mejilla.

—En realidad no sé nada de tu muerte. —La mujer suspiró para sus adentros, aliviada—. Pero sí sé algo de importancia relacionado contigo. Es algo de importancia en la lucha contra el Custodio.

—Si va a ayudarme a que la luz del Creador se derrame sobre el mundo, dímela.

Pareció que Nathan se replegaba sobre sí mismo y que la miraba desde un lugar muy lejano.

—Llegará el día, muy pronto, en que te toparás con algo y tendrás necesidad de saber la respuesta a una pregunta. No sé qué pregunta será, pero, cuando necesites la respuesta, ven a mí y yo te la diré. Debes guardar también este secreto.

—Gracias, Nathan. Que el Creador bendiga a su siervo —añadió, posando una mano sobre la del Profeta.

—No, gracias, hermana. No deseo nada más del Creador.

—¿Es porque te tenemos aquí dentro encerrado? —preguntó Margaret, sorprendida.

—Existen muchos tipos de prisiones —replicó el hombre, esbozando de nuevo su media sonrisa—. En lo que a mí respecta, sus bendiciones están contaminadas. Sólo hay una cosa peor que ser tocado por el Creador: ser tocado por el Custodio, aunque a veces dudo incluso de esto.

—De todos modos, rezaré por ti, Nathan —dijo Margaret mientras retiraba la mano.

—Si tanto te preocupas por mí, libérame.

—Lo siento. No puedo hacerlo.

—No quieres hacerlo.

—Dilo como quieras, pero no puedes salir de aquí.

Finalmente, el hombre le dio la espalda, y ella avanzó hacia la puerta.

—Hermana, ¿querrás enviarme a una mujer por una o dos noches? —La voz del Profeta expresaba tanto dolor que Margaret sintió ganas de llorar.

—Creí que ya te había pasado la edad.

—Tú tienes un amante, hermana Margaret —replicó Nathan, volviéndose lentamente hacia ella.

La mujer dio un respingo. ¿Cómo podía él saberlo? No lo sabía, sino que lo adivinaba. Era una mujer joven, que algunos consideraban atractiva. Y era natural que ella se interesara por los hombres. Sí, definitivamente sólo hacía una suposición. Sin embargo, ninguna hermana conocía el alcance de sus capacidades.

Nathan era el único mago del que no podían fiarse que dijera la verdad sobre sus poderes.

—¿Escuchas las habladurías, Nathan?

—Dime, hermana Margaret, ¿sabes ya cuándo llegará el día en que serás demasiado vieja para el amor, aunque sólo sea por las fugaces horas de una noche? ¿A qué edad exactamente dejamos de necesitar amor, hermana?

Margaret se quedó un rato silenciosa. Estaba avergonzada.

—Yo misma iré a la ciudad y te traeré una mujer para que te visite una vez, Nathan, aunque yo misma deba pagar por ella. No puedo prometerte que sea hermosa a tus ojos, pues no te conozco los gustos, pero sí te prometo que no será una cabeza de chorlito, pues creo que valoras la inteligencia en una mujer más de lo que admites.

—Gracias, hermana Margaret.

La hermana vislumbró una sola lágrima que le caía por el rabillo del ojo.

—Pero debes prometerme que no le contarás ninguna profecía.

—Por supuesto, hermana —prometió Nathan, con una leve inclinación de cabeza—, lo juro por mi palabra de honor de mago.

—Lo digo en serio, Nathan. No quiero ser responsable de que nadie muera. En esas batallas no sólo perdieron la vida hombres, sino también mujeres. No podría soportar tener parte de culpa.

—¿Y si te digo que una de esas mujeres habría dado a luz a un hijo que se hubiera convertido en un brutal tirano, que habría torturado y masacrado a decenas y centenares de miles de personas inocentes, incluidos mujeres y niños? ¿Y si hubieras tenido la oportunidad de cortar la bifurcación de esa terrible profecía?

Margaret se quedó estupefacta, paralizada, hasta que al fin se obligó a parpadear y preguntó en un susurro:

—Nathan, ¿me estás diciendo que...?

—Buenas noches, hermana Margaret. —El Profeta dio media vuelta y regresó a la soledad de su pequeño jardín, no sin antes cubrirse con la capucha.

6

El viento la azotaba, tiraba de sus ropas y hacía restallar los extremos sueltos. Después de lo enmarañados que le habían quedado el día anterior, Kahlan se alegró de haberse acordado de recogerse el pelo, al menos. La mujer se abrazaba a Richard como si en ello le fuera la vida, presionando un lado del rostro contra su espalda y manteniendo los ojos firmemente cerrados.

Lo sentía de nuevo; tenía la impresión de que cada vez pesaba más y que se le hacía un nudo en el estómago que parecía bajarle hasta los pies. Tal vez estaba enferma. Tenía miedo de abrir los ojos; sabía qué ocurría siempre que experimentaba esa sensación de pesadez. Richard volvió la cabeza para llamarla.

Kahlan entreabrió los ojos y echó un vistazo a través de meras rendijas. Tal como sospechaba, el mundo estaba inclinado en un ángulo imposible. La cabeza empezó a darle vueltas. ¿Por qué la dragona tenía que dar una voltereta cada vez que giraba? Kahlan notaba el cuerpo apretado contra las escamas rojas y no comprendía qué impedía que cayera al vacío.

Según Richard, era como cuando uno volteaba un cubo lleno de agua por encima de la cabeza, y el agua no caía. Pero ella nunca había hecho la prueba y no se fiaba de que le estuviera diciendo la verdad. Kahlan miró con ansia hacia el suelo en la dirección que señalaba Richard: la aldea de la gente barro.

Siddin, sentado en el regazo de Richard, gritó encantado cuando las enormes y correosas alas de Escarlata dieron con la corriente de aire adecuada y se lanzaron en una vertiginosa espiral, mientras la dragona roja caía en picado hacia el suelo. Kahlan sintió que el nudo del estómago le subía hasta la garganta. Era increíble que alguien pudiera disfrutar de semejante experiencia, pero así era. ¡Richard y Siddin se lo estaban pasando en grande! Con los brazos alzados, ambos reían encantados y se comportaban como dos chiquillos. Bueno, uno lo era en verdad, por lo que tenía todo el derecho a comportarse como tal.

De pronto, la mujer sonrió y también ella se echó a reír. No reía porque volara a lomos de un dragón, sino de ver lo feliz que era Richard. Sería capaz incluso de subirse cada día a un dragón sólo para verlo reír y feliz. La mujer se estiró y le plantó un beso en el cuello. Richard llevó las manos hacia atrás y le acarició las piernas. Kahlan las apretó en torno a él y se olvidó un poco del mareo.

Richard gritó a Escarlata que aterrizara en el campo abierto situado en el centro de la aldea. Estaba anocheciendo, por lo que los edificios marrones de ladrillos de barro y revocados destacaban vivamente bajo la menguante luz. Kahlan olía el humo dulzón de las hogueras en las que se preparaba la cena. La gente corría para ponerse a cubierto, proyectando largas sombras. Las mujeres abandonaron los cobertizos en los que cocinaban, y los hombres interrumpieron la fabricación de armas. Todos gritaban.

Kahlan confió en que no se asustaran demasiado. La última vez que habían visto a Escarlata, ésta transportaba a Rahl el Oscuro y, al no encontrar a Richard, había dado muerte a mucha gente barro. Los aldeanos no sabían que Rahl había robado el huevo de Escarlata para obligarla a llevarlo de un lado a otro. Desde luego, incluso sin Rahl el Oscuro, un dragón rojo siempre era considerado una amenaza mortal. Ella misma hubiera corrido para salvar la vida de haber visto uno. De todos los dragones, los rojos eran los más temibles, y a nadie se le hubiera ocurrido hacer otra cosa con un dragón rojo que intentar matarlo o huir.

A nadie, menos a Richard, claro está. ¿Quién si no él habría podido ganarse la amistad de una hembra de dragón rojo? Richard había arriesgado la vida para recuperar el huevo del control de Rahl el Oscuro para que Escarlata lo ayudara, y en el proceso se habían hecho amigos, aunque Escarlata seguía repitiendo que algún día lo devoraría. Kahlan suponía que era una especie de broma privada entre ellos, pues Richard reía cada vez que Escarlata lo amenazaba con comérselo. Al menos, esperaba que fuese una broma, aunque no estaba del todo segura. La Madre Confesora bajó la mirada hacia la aldea, esperando que los cazadores no empezaran a disparar flechas envenenadas hasta ver quién montaba en el dragón.

De repente, Siddin reconoció su hogar. Señalaba, muy excitado, y parloteaba con Richard en el idioma de la gente barro. Aunque no entendía ni palabra, Richard sonrió, asintió y despeinó cariñosamente al niño. Ambos se agarraron con fuerza a las púas que tenía Escarlata en el lomo cuando la dragona finalizó su abrupto descenso. Al posarse en el suelo, las enormes alas de Escarlata levantaron una nube de polvo alrededor.

Richard cogió a Siddin y lo sentó sobre sus anchos hombros, tras lo cual se puso de pie encima del lomo de Escarlata. La fuerte y fría brisa arrastró el polvo, dejando al descubierto un irregular anillo de cazadores, con el arco presto y flechas envenenadas apuntándolos. Kahlan contuvo la respiración.

Siguiendo instrucciones de Richard, Siddin agitó ambas manos por encima de la cabeza y sonrió de oreja a oreja. Escarlata mantenía la cabeza baja, para que la gente barro viera claramente quién la montaba. Los estupefactos cazadores fueron bajando despacio los arcos. Kahlan suspiró aliviada al ver que las cuerdas de los arcos se destensaban.

Una figura ataviada con pantalones de gamuza y una túnica se abrió paso entre el anillo de cazadores. Una larga melena plateada le caía cubriéndole los hombros. Se trataba del Hombre Pájaro. Su rostro bronceado era la viva imagen de alguien que ha recibido una fuerte impresión.

—¡Soy yo, Richard! ¡He vuelto! Con tu ayuda hemos derrotado a Rahl el Oscuro. Traemos de vuelta al hijo de Savidlin y Weselan.

El Hombre Pájaro miró a Kahlan en busca de traducción. Una radiante sonrisa se pintó en su rostro.

—*Os damos la bienvenida a ambos con los brazos abiertos.*

Mujeres y niños empezaban a congregarse entre el anillo de cazadores. Sus cabellos oscuros, cubiertos de lodo, enmarcaban unos rostros sorprendidos. Escarlata bajó su voluminoso cuerpo hasta el suelo para que Richard pudiera deslizarse por uno de sus hombros y aterrizar con un ruido sordo de sus botas. Sosteniendo a Siddin con un brazo, ayudó a bajar a Kahlan con el otro. La Madre Confesora se alegró en silencio de estar de nuevo en tierra firme.

Weselan corrió hacia ellos abriéndose paso entre la multitud, con Savidlin pisándole los talones. La mujer gritó el nombre de su hijo. Siddin le tendió los brazos alegremente y casi le saltó a los brazos. Weselan no sabía si reír o llorar mientras trataba de abrazar a su hijo, a Richard y a Kahlan a la vez. Savidlin acarició a su hijo en la espalda y miró a Richard con ojos húmedos.

—*Ha sido tan valiente como un cazador* —le dijo Kahlan.

El hombre barro asintió una sola vez con la cabeza en un gesto firme, lleno de orgullo. Después de evaluar a la mujer por un instante, se le acercó y le propinó un suave cachete.

—*Fuerza a la Confesora Kahlan.*

Kahlan le devolvió el cachete y el saludo, tras lo cual el hombre barro la enlazó entre sus brazos y la apretó casi hasta dejarla sin aliento. Al acabar, se arregló la piel de coyote que le cubría los hombros, símbolo de su condición de anciano de la tribu, y alzó la vista hacia Richard. Savidlin meneó la cabeza, maravillado. Acto seguido, le propinó un fuerte porrazo en la mandíbula, una demostración del profundo respeto que sentía hacia él.

—*Fuerza a Richard el del genio pronto.*

Kahlan deseó que no hubiera hecho eso, pues en la mirada de Richard leía que tenía dolor de cabeza. Le había empezado el día anterior, y ella había esperado que desaparecería tras una noche de sueño reparador en la cueva de Escarlata. Siddin había jugado con la cría de dragón rojo hasta quedar exhausto, tras lo cual se acurrucó entre ambos y se quedó dormido.

Teniendo en cuenta que hacía días que no dormía, Kahlan creyó que no tendría dificultad alguna en conciliar el sueño, pero resultó que no podía dejar de mirar a Richard. Al fin, apoyó la cabeza en su hombro, le cogió una mano entre las suyas y se durmió, sonriendo. Todos necesitaban descansar. Richard se despertó sobresaltado varias veces, bañado en un sudor frío debido a las pesadillas y, aunque no había dicho nada, Kahlan se dio cuenta de que el dolor de cabeza seguía ahí. Pero Richard no dejó que eso interfiriera, sino que devolvió el saludo a Savidlin.

—Fuerza a Savidlin. Mi amigo.

Tras ser saludado como era debido, lo cual protegía las respectivas almas, Savidlin sonrió y le dio palmaditas en la espalda. Tras intercambiar saludos con el Hombre Pájaro, Richard se dirigió a los congregados con estas palabras en un tono que todos pudieran oír, aunque no lo entendieran:

—Este valiente y noble dragón, Escarlata, me ha ayudado a matar a Rahl el Oscuro y a vengar a la gente barro asesinada. Ella nos ha traído hasta aquí para devolver a Siddin a sus padres antes de que éstos temieran por él una noche más. Escarlata es amiga mía y, por lo tanto, amiga también de la gente barro.

Todos escucharon atónitos la traducción de Kahlan. Al fin, los cazadores se sintieron henchidos de orgullo al oír que uno de los suyos —aunque fuera por adopción y no por nacimiento— había dado muerte a un enemigo de la gente barro. La gente barro honraba la fuerza, por lo que, para ellos, matar a alguien que había causado daño a los suyos era una prueba de fuerza.

Escarlata balanceó la cabeza hacia abajo, moviendo las orejas. Con uno solo de sus ojos amarillos miró a Richard con cara de pocos amigos.

—¡Amiga! ¡Los dragones rojos no son amigos de nadie! ¡Todos nos temen!

—Tú eres mi amiga, y yo soy una persona —replicó un sonriente Richard.

En respuesta, Escarlata soltó un humeante bufido.

—Bah. Recuerda que un día voy a comerte.

La sonrisa de Richard se hizo más amplia y señaló al Hombre Pájaro.

—¿Ves a ese hombre? Él me dio el silbato que usé para salvar tu huevo. Si no hubiese sido por ese silbato, es posible que los gars hubieran devorado a tu cría. Y hay que ver qué cría más preciosa tienes —añadió, acariciando con una mano el brillante hocico rojo de la dragona.

Escarlata ladeó la cabeza y contempló pestañeando al Hombre Pájaro.

—Supongo que con él no tendría ni para empezar. —La dragona miró de nuevo a Richard y comentó con una risa sorda—: Aunque los comiera a todos me quedaría con hambre. No vale la pena tomarse la molestia. Si son amigos tuyos, Richard Cypher —añadió, acercando su cabeza al joven—, también son mis amigos.

—¿Sabes por qué lo llaman Hombre Pájaro, Escarlata? Pues porque ama a todas las criaturas que vuelan.

—¿De veras? —repuso Escarlata, enarcando las cejas. La dragona aproximó su enorme testa al Hombre Pájaro con un movimiento ondulante, inspeccionándolo de nuevo. Una o dos personas situadas junto al Hombre Pájaro retrocedieron, pero éste no se movió—. Hombre Pájaro, te doy las gracias por ayudar a Richard. Él salvó a mi cría. La gente barro no tiene nada que temer de mí. Lo juro por mi honor de dragón.

El Hombre Pájaro miró a Kahlan en busca de traducción, sonrió a Escarlata y luego dijo a los suyos:

—Tal como dice Richard el del genio pronto, este noble dragón, Escarlata, es amiga de la gente barro. Podrá cazar en nuestro territorio y ni nosotros le haremos daño ni ella a nosotros.

La multitud lanzó vítores. Para ellos, contar con la amistad de un dragón era un honor a su fuerza. Todos gritaban, excitados, agitaban los brazos en el aire y pateaban contra el suelo en pequeñas danzas improvisadas. Escarlata se unió al jolgorio echando la cabeza hacia atrás y arrojando hacia el cielo una rugiente columna de llamas. La gente barro la aclamó.

Kahlan vio que Richard miraba a un lado. La mujer siguió su mirada hasta posarla en una pequeña partida de cazadores, agrupados. Ninguno de ellos gritaba. El líder era quien había acusado a Richard de llevar la desgracia a la aldea de la gente barro por las personas que había asesinado Rahl el Oscuro.

En medio de los vítores y aclamaciones, Richard indicó por señas a Escarlata que se acercara. Cuando la dragona bajó la cabeza, el joven le habló al oído. Tras escuchar lo que tenía que decirle, Escarlata apartó la cabeza y clavó en él un gran ojo amarillo. Finalmente asintió.

Richard tendió al Hombre Pájaro el silbato de hueso tallado que llevaba colgado de una cinta de cuero al cuello, al tiempo que le decía:

—Me diste esto como regalo, aunque me dijiste que nunca me serviría de nada porque únicamente era capaz de llamar a todos los pájaros a la vez. Creo que, tal vez, ésa era la voluntad de los buenos espíritus. Este obsequio me ayudó a salvarnos a todos de Rahl el Oscuro. Me ayudó a salvar a Kahlan. Te doy las gracias.

El Hombre Pájaro sonrió al oír la traducción. Richard susurró al oído de la mujer que regresaría enseguida, tras lo cual se montó a lomos de Escarlata.

—Honorable anciano, a Escarlata y a mí nos gustaría hacerte un pequeño regalo. Deseamos que vueles junto a tus amados pájaros. —Dicho esto, tendió una mano al Hombre Pájaro.

El anciano, al oír la traducción, miró con aprensión a la dragona. Sus escamas de un rojo intenso brillaban a la luz del atardecer y se ondulaban con su respiración. La cola llegaba casi hasta las casas de ladrillos de barro, al otro lado de la plaza. La dragona desplegó las alas y las estiró como si se desperezara. El Hombre Pájaro miró a Richard, que le ofrecía una mano. En el rostro del anciano apareció una sonrisa infantil, que arrancó una carcajada a Kahlan. El hombre barro se agarró al brazo de Richard y se subió.

Mientras la dragona se elevaba en el aire, Savidlin se aproximó a Kahlan. La gente, encantada, aplaudió mientras contemplaba cómo el dragón alzaba el vuelo llevando a su honorable anciano en el lomo. Kahlan no veía al dragón, sino sólo a Richard, y oyó al Hombre Pájaro reír cuando Escarlata remontó el vuelo. Ojalá que siguiera riendo tras uno de los giros del leviatán.

—*Es una persona extraordinaria, Richard el del genio pronto* —le dijo Savidlin.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento y sonrió. Su mirada se posó en el hombre, que no vitoreaba ni parecía contento.

—*Savidlin, ¿quién es ése?*

—*Chandalen. Culpa a Richard de que Rahl el Oscuro viniera y matara a gente.*

La Primera Norma de un mago acudió a su mente: la gente está dispuesta a creer cualquier cosa.

—*Si no fuese por Richard, ahora Rahl el Oscuro nos dominaría a todos; el mismo Rahl el Oscuro que asesinó a esa gente.*

—*No todos tienen ojos para ver* —repuso Savidlin, encogiéndose de hombros—. *¿Recuerdas al anciano que mataste? ¿A Toffalar? Pues era su tío.*

—*Espera aquí* —ordenó Kahlan.

Mientras atravesaba el campo, la mujer se soltó la cinta que le sujetaba el pelo. Aún se sentía aturdida por saber que Richard la amaba y que su magia no le haría daño alguno. Le parecía imposible que ella, una Confesora, pudiera experimentar el amor. Era algo que se oponía a todo lo que le habían enseñado. Su único deseo era ir con Richard a un lugar donde estuvieran solos, besarlo y abrazarlo el resto de sus días.

No iba a permitir de ninguna manera que ese individuo, Chandalen, hiciera daño alguno a Richard. Ahora que había ocurrido el milagro de que ella y el hombre al que amaba pudieran estar juntos, no iba a ponerlo en peligro.

La mera idea de que alguien pudiera hacer daño a su amado despertaba en su interior el Con Dar, la Cólera de Sangre. Kahlan nunca lo había experimentado, desconocía que era parte de su magia hasta que, espontáneamente, surgió de ella al creer que Richard había sido asesinado. Desde entonces lo sentía en su interior, al igual que siempre había sentido el resto de su magia de Confesora.

Chandalen contemplaba su aproximación con los brazos cruzados sobre el pecho. A su espalda, sus cazadores se apoyaban sobre lanzas plantadas en el suelo por su extremo romo. Eran delgados y todavía iban cubiertos por una capa de lodo, lo que indicaba que acababan de regresar de una cacería. Mantenían una actitud natural, pero alerta. Llevaban arcos en bandolera, y del cinturón les colgaban aljabas a un lado y largos cuchillos al otro. Algunos de ellos iban salpicados de sangre. Se habían atado bandas de hierba

en los brazos y alrededor de la cabeza para camuflarse en la pradera. Kahlan se detuvo frente a Chandalen y lo miró fijamente a sus ojos oscuros.

—*Fuerza a Chandalen* —lo saludó, dándole un cachete.

El hombre apartó la mirada de ella y, con los brazos aún cruzados, volvió la cabeza y preguntó bruscamente:

—*¿Qué quieres, Confesora?*

Los rostros untados de lodo de los cazadores esbozaron leves sonrisas. Probablemente, la tierra de la gente barro era la única en la que se consideraba un insulto no ser abofeteado.

—*Richard el del genio pronto ha sacrificado más de lo que te imaginas para salvar a nuestra gente de la amenaza de Rahl el Oscuro. ¿Por qué lo odias?*

—*Vosotros dos trajisteis la desgracia a mi gente y volveréis a hacerlo.*

—*También es nuestra gente* —lo corrigió Kahlan. Acto seguido se desabrochó un puño de la camisa, se arremangó la manga hasta el hombro y le mostró el brazo—. *Mira; Toffalar me hirió. Ésta es la cicatriz que me dejó al intentar matarme. Por esa razón tuve que matarlo: para defenderme. Él mismo selló su destino al atacarme. Yo no fui a por él.*

—*Mi tío nunca fue bueno con el cuchillo. Qué lástima* —comentó Chandalen sin emoción alguna, apartando la vista de la cicatriz para fijarla en sus ojos.

Kahlan apretó la mandíbula. Ahora ya no podía volverse atrás. Sosteniéndole la mirada al hombre, se besó las yemas de los dedos, extendió el brazo y posó los dedos en la mejilla de Chandalen, donde antes lo había abofeteado. Los cazadores, indignados, empezaron a susurrar entre sí. El rostro de Chandalen se convirtió en una máscara de odio.

Ése era el peor insulto que podía infligirse a un cazador. Él le había hecho un desaire al negarse a golpearla en la cara, lo cual no significaba que no respetara la fuerza de la mujer, sino únicamente que se negaba a demostrarlo. Pero, al depositar un beso donde antes había propinado un cachete de respeto, indicaba que retiraba el respeto hacia su fuerza. El beso significaba que no respetaba la fortaleza del otro y que lo consideraba un estúpido chiquillo. Era como si hubiera escupido en su honor en público.

Ciertamente era algo peligroso, pero aún lo era más mostrar debilidad hacia un enemigo entre la gente barro. Equivaldría a una invitación a ser asesinada mientras dormía. Quien mostraba debilidad se negaba el derecho a enfrentarse a su enemigo a la luz del día. El honor requería un desafío abierto a la fuerza del otro. Puesto que Kahlan había hecho el gesto frente a los demás, el honor requería que cualquier desafío por parte de Chandalen fuese asimismo público.

—*A partir de este momento, si quieres mi respeto, tendrás que ganártelo* —declaró Kahlan.

Chandalen apretó el puño con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos, y lo alzó bruscamente hasta la oreja, preparado para golpearla.

—*Bien. ¿Has decidido mostrar respeto por mi fuerza?* —preguntó Kahlan, ofreciéndole el mentón.

La mirada del hombre se posó en algo que estaba a espaldas de la mujer. Sus cazadores se estremecieron y, de mala gana, clavaron los extremos romos de las lanzas en el suelo. Kahlan se volvió y vio a unos cincuenta hombres con arcos prestos. Todas las flechas apuntaban a Chandalen y a sus nueve hombres.

—*No eres tan fuerte* —comentó con aire despectivo Chandalen—. *Necesitas que otros te protejan.*

—*Bajad las armas* —ordenó Kahlan a los hombres—. *No quiero que nadie alce sus armas contra estos hombres por mí. Nadie. Esto es sólo entre Chandalen y yo.*

Lentamente, todos los hombres bajaron sus arcos y devolvieron las flechas a las aljabas.

—*No eres tan fuerte* —repitió Chandalen, cruzando los brazos—. *Te escondes detrás de la espada del Buscador.*

Kahlan colocó una mano sobre el antebrazo del hombre y lo apretó. Chandalen abrió ligeramente los ojos y se quedó inmóvil. El hecho de que una Confesora tocara a alguien de ese modo era una clara

amenaza, y así lo reconoció Chandalen. Desafiante o no, el hombre era demasiado listo para mover ni un solo músculo; no podría moverse más rápido que la mente de Kahlan, y ésta podía matarlo con un pensamiento.

—*El año pasado maté a más hombres de los que tú te hayas falsamente vanagloriado de haber matado en toda tu vida* —dijo Kahlan en un susurro—. *Si tratas de hacer daño a Richard, te mataré. Si osas siquiera expresar en voz alta que deseas hacerlo, y yo me entero... te mataré* —añadió, inclinándose hacia él. Deliberadamente, abarcó a los nueve cazadores con la mirada—. *Mi mano siempre estará tendida a cada uno de vosotros en signo de amistad. Pero, si alguien trata de matarme, como hizo Toffalar, acabaré con él. Soy la Madre Confesora, así que no creáis que no puedo ni quiero hacerlo.*

Kahlan sostuvo la mirada de todos los cazadores, uno por uno, hasta que todos hicieron un gesto de asentimiento. Finalmente, su dura mirada se posó en Chandalen y apretó la mano con más fuerza. El hombre tragó saliva. Finalmente, asintió.

—*Esto es algo entre tú y yo. No diré nada al Hombre Pájaro de lo ocurrido.* —Dicho esto, retiró la mano de su brazo. En la distancia se oyó el rugido de Escarlata que anunciaba su retorno—. *Estamos en el mismo bando, Chandalen. Ambos luchamos para salvar a la gente barro, y yo respeto esa parte de ti.*

Kahlan le propinó un suave bofetón, pero no le dio la oportunidad de devolvérselo ni de negárselo. En vez de ello, le volvió la espalda. Ese bofetón había devuelto al hombre barro parte del respeto a ojos de sus cazadores, y, si ahora persistía en su ataque, parecería estúpido y débil. Era un gesto muy simple, pero que demostraba que Kahlan había actuado con honor. Por el contrario, no había honor en tratar de intimidar a una mujer.

Claro que ella no era una mujer normal, sino una Confesora.

Kahlan lanzó un profundo suspiro mientras regresaba al lado de Savidlin y aguardaba el regreso del dragón. Weselan, de pie junto a su hombre, seguía abrazando con fuerza a Siddin. Por su parte, el niño daba la impresión de no querer otra cosa más que su madre lo acunara en sus brazos. Kahlan se estremeció por dentro al recordar lo que podría haberle sucedido al pequeño.

—*Serías un buen anciano, Madre Confesora* —comentó Savidlin, enarcando una ceja—. *Podrías dar lecciones de honor y liderazgo.*

—*Preferiría que tales lecciones no fuesen necesarias.*

Savidlin gruñó en aquiescencia. Las ráfagas de viento y polvo que levantaban las alas del dragón hincharon la capa de la Confesora. Kahlan se estaba abrochando de nuevo el puño cuando los dos hombres desmontaron de lomos de Escarlata.

El Hombre Pájaro tenía la tez verdosa, pero sonreía de oreja a oreja. Entonces acarició con respeto una escama roja y sonrió encantado al ojo amarillo que lo contemplaba. Kahlan se acercó, y el Hombre Pájaro le pidió que tradujera un mensaje a Escarlata.

Ella sonrió y alzó la vista hacia la enorme testa del dragón y a las orejas que ahora estaban vueltas hacia ella.

—El Hombre Pájaro quiere que sepas que éste ha sido uno de los mayores honores que ha recibido en su vida. Dice que le has dado una nueva visión del mundo y que, de ahora en adelante, si tú o tu cría alguna vez necesitáis refugio, en la tierra de la gente barro siempre seréis bienvenidos y hallaréis seguridad.

—Gracias, Hombre Pájaro —replicó Escarlata, torciendo el hocico en una especie de sonrisa de dragón—. Tus palabras me complacen. Ahora debo irme —añadió, bajando la cabeza y dirigiéndose a Richard—. Ya hace demasiado tiempo que mi pequeño está solo y debe de estar hambriento.

—Gracias por todo, Escarlata —le agradeció el joven mientras le acariciaba una escama bermeja—. Gracias por mostrarnos a tu pequeño. Es incluso más hermoso que tú. Cuida de ti y de tu pequeño, y vive en libertad.

Escarlata abrió al máximo las mandíbulas y buscó algo en el fondo de sus fauces. Se oyó un chasquido, tras el cual tendió con sus garras de punta negra el extremo de un colmillo. Aunque no era más que un extremo, medía más de quince centímetros.

—Los dragones tenemos magia. Extiende la mano. —Escarlata dejó caer el extremo del colmillo en la palma de Richard—. Parece que tienes una habilidad especial para meterte en líos. Guárdalo bien. Si alguna vez estás en un apuro, llámame con él, y vendré. Pero asegúrate de que es importante, pues sólo funcionará una vez.

—¿Y cómo voy a llamarte con esto?

—Posees el don, Richard Cypher —respondió la dragona, declinando suavemente la cabeza como si flotara—. Tú sostenlo en la mano, llámame, y yo lo oiré. Recuérdalo; sólo funcionará una vez.

—Gracias, Escarlata, pero no poseo el don.

Escarlata echó la cabeza hacia atrás y rió con tal estruendo que las escamas que le cubrían la garganta vibraron y la tierra tembló. Cuando, finalmente, se le pasó el ataque de hilaridad, ladeó la cabeza y clavó en él un ojo amarillo.

—Si tú no posees el don, entonces nadie lo tiene. Vive en libertad, Richard Cypher.

Todos los habitantes de la aldea contemplaron en silencio cómo el dragón rojo se iba haciendo cada vez más pequeño en el cielo dorado. Richard enlazó la cintura de Kahlan con un brazo y la acercó hacia sí.

—Espero que ésta sea la última vez que oigo esa tontería de que tengo el don —murmuró casi para sus adentros—. Te vi desde el aire. ¿Piensas decirme qué pasaba con ese individuo de ahí? —Richard señaló con el mentón al otro lado del claro.

Chandalen evitaba abiertamente mirarla.

—No —repuso Kahlan—. No es importante.

—¿Podremos estar juntos alguna vez? —preguntó Kahlan con una tímida sonrisa—. Me temo que de un momento a otro empezaré a besarte delante de toda esta gente.

La luz del atardecer aportaba una luz tenue y agradable a la improvisada fiesta. Richard miró a los ancianos con sus pieles de coyote, congregados bajo el cobertizo de tejado de hierba. Todos sonreían y charlaban. Sus esposas y unos cuantos niños también se habían unido al grupo. La gente de la aldea pasaba por el cobertizo para darles la bienvenida, sonriendo e intercambiando suaves golpes.

Fuera, niños de corta edad perseguían unos pollos de pluma marrón que lo único que pretendían era encontrar un lugar en el que pasar la noche. Las pobres bestias graznaban mientras trataban de alzar el vuelo. Kahlan no entendía cómo los niños podían ir desnudos, pues ella estaba helada. Mujeres ataviadas con vistosos vestidos portaban bandejas de junco con pan de tava así como cuencos de cerámica glaseada que contenían pimientos asados, tortas de arroz, largas judías hervidas, queso y carnes asadas.

—¿De veras crees que nos dejarán marchar antes de que les expliquemos nuestra gran aventura?

—¿Qué gran aventura? Todo lo que recuerdo es haber estado todo el tiempo aterrada y que nunca me había metido en unos líos tan grandes. —Kahlan sintió un punzante dolor en el estómago al recordar cómo se había enterado de que Richard había sido capturado por una mord-sith—. Y creer que estabas muerto.

—¿Y todavía preguntas? —inquirió Richard, risueño—. Justamente eso es una aventura: estar metido en líos.

—Pues ya he tenido aventuras suficientes para el resto de mi vida.

En los ojos grises de Richard apareció una mirada distante.

—Yo también —dijo.

Los ojos de la mujer se posaron en la barra de piel color rojo que le colgaba de una cadena de oro al cuello. La mujer se echó hacia atrás y tomó un pedazo de queso de una bandeja. Su rostro se iluminó mientras se lo llevaba a la boca.

—Tal vez podríamos inventarnos una historia que parezca una auténtica aventura. Una corta.

—Por mí, de acuerdo. —Richard dio un mordisco al pedazo de queso que Kahlan le ofrecía. Inmediatamente, lo escupió en la mano y puso gesto agrio—. ¡Es horrible! —susurró.

—¿De veras? —Kahlan olió el trozo de queso que continuaba sosteniendo en una mano y le dio un pequeño mordisco—. Bueno, a mí no me gusta el queso, pero sabe igual que siempre. No creo que esté estropeado.

—Pues yo sí —Richard seguía haciendo una mueca de asco.

La mujer se quedó un momento pensativa, tras lo cual frunció el entrecejo.

—Ayer tampoco te gustó el queso que te ofrecieron en el Palacio del Pueblo. Y, según Zedd, estaba perfectamente.

—¡Perfectamente! ¡Sabía a diablos! Yo lo sé mejor que nadie; me encanta el queso. Lo como mucho y sé distinguir cuándo está malo.

—Bueno, yo lo aborrezco. Tal vez estás empezando a acomodarte a mis gustos.

—Podría ser peor —comentó Richard, risueño, al mismo tiempo que enrollaba un pimiento asado en un trozo de pan de tava.

Mientras le devolvía la sonrisa, la mujer vio a dos cazadores que se acercaban y tensó la espalda. Richard, notando su reacción, se puso derecho.

—Son dos hombres de Chandalen. Me pregunto qué querrán. Sé un buen chico, ¿de acuerdo? Prefiero no tener aventura alguna —dijo Kahlan, guiñándole un ojo.

Sin sonreír ni responder, Richard se volvió para mirar a los dos hombres. Los cazadores se detuvieron frente a Kahlan, al borde de la plataforma. Tras plantar con firmeza el extremo romo de sus lanzas en el suelo, se apoyaron en ellas con ambas manos y evaluaron a Kahlan con ojos ligeramente entornados y leves sonrisas, tensas, que no eran del todo hostiles. El que estaba más cerca se colocó el arco más arriba en el hombro y le tendió una mano con la palma hacia arriba.

Kahlan contempló la mano. Sabía qué significaba tender una mano abierta sin arma alguna, y miró al cazador, confusa.

—*¿Aprueba esto Chandalen?*

—*Somos los hombres de Chandalen, no sus niños* —respondió el cazador, sin retirar la mano.

Tras observarla un instante, Kahlan la frotó con su propia palma. La sonrisa del hombre barro se hizo más amplia y propinó a la mujer un ligero cachete.

—*Fuerza a la confesora Kahlan. Me llamo Prindin, y éste es mi hermano, Tossidin.*

Kahlan dio una bofetada a Prindin y le deseó asimismo fuerza. Acto seguido, Tossidin le tendió la palma, que ella acarició con la suya. También Tossidin la golpeó y le deseó mucha fuerza. Ambos hermanos poseían una sonrisa muy agradable. Sorprendida por tanta simpatía, Kahlan devolvió el golpe y el saludo. Entonces miró a Richard. Los hermanos repararon en esa mirada y saludaron asimismo al joven.

—*Queríamos decirte que hoy has hablado con fortaleza y honor* —dijo Prindin—. *Chandalen es un hombre duro, y cuesta llegar a conocerlo, pero no es malo. Simplemente se preocupa mucho por su gente y quiere protegerla de todo mal. Ésta es nuestra misión: proteger a nuestra gente.*

—*Richard y yo también somos gente barro* —le recordó la mujer.

—*Así lo han proclamado los ancianos, por lo que os protegeremos a ambos del mismo modo que a cualquiera de la aldea.* —Los hermanos sonrieron.

—*¿Y Chandalen?*

Prindin y Tossidin sonrieron, pero guardaron silencio. Ya recogían sus lanzas para marcharse, cuando Richard intervino.

—Diles que poseen unos arcos magníficos.

Por el rabillo del ojo, Kahlan vio cómo Richard contemplaba a ambos cazadores. La mujer tradujo sus palabras a Prindin.

Los hombres sonrieron y asintieron con la cabeza.

—*Somos muy buenos arqueros.*

—Diles que creo que sus flechas parecen muy bien hechas —dijo Richard, observando con cara inexpresiva a los dos hermanos—. Pregúntales si puedo examinar una.

Kahlan frunció el entrecejo antes de traducir.

Los hermanos se mostraron radiantes de orgullo. Prindin sacó una flecha de la aljaba y se la tendió a Richard. Kahlan reparó en que los ancianos se habían quedado en silencio. Richard hizo rodar la flecha entre los dedos. Sin manifestar emoción alguna, examinó el culatín, tras lo cual le dio la vuelta y se fijó en la punta de metal plana.

—Un trabajo muy bien hecho —comentó mientras devolvía el proyectil.

En tanto que Prindin se guardaba de nuevo la flecha en la aljaba, Kahlan le tradujo las palabras de Richard. El hombre barro deslizó una mano hasta media altura de la lanza y se apoyó ligeramente sobre ella.

—*Si sabes disparar flechas, te invitamos a que vengas con nosotros mañana.*

Savidlin intervino inmediatamente.

—*La otra vez que estuvisteis aquí, Richard me dijo que tuvo que dejar su arco en la Tierra Occidental y que lo echaba de menos. Para darle una sorpresa, le he hecho uno para cuando volvierais. Es un regalo por enseñarme cómo construir tejados que no dejan pasar el agua. Lo tengo en mi casa. Iba a dárselo mañana. Díselo y dile que, si quiere, me gustaría acompañarlo mañana con algunos de mis cazadores. Así veremos si es tan bueno como dice* —añadió con una sonrisa.

Los dos hermanos sonrieron y asintieron con entusiasmo. Se veían muy seguros del resultado del concurso. Kahlan tradujo a Richard las palabras de Savidlin.

El joven pareció sorprendido y emocionado por lo que había hecho Savidlin.

—La gente barro hace de los mejores arcos que he visto. Me siento honrado, Savidlin. Es muy generoso de tu parte. Me encantaría que mañana me acompañaras. Vamos a enseñarles cómo se dispara.

Los hermanos rieron al oír la última frase.

—*Hasta mañana, entonces* —se despidió Prindin.

Richard contempló cómo se marchaban con cara sombría.

—¿A qué ha venido todo eso de las flechas? —quiso saber Kahlan.

—Pregunta a Savidlin si puedo ver sus flechas, y te lo explicaré —respondió Richard.

Savidlin le tendió su aljaba. Richard sacó un puñado de flechas y fue dejando de lado las que tenían una punta de madera fina y endurecida. Kahlan sabía que eran las envenenadas. Richard cogió un proyectil con punta metálica plana y dejó los demás.

—Dime qué ves —dijo a Kahlan, mostrándole la flecha.

La mujer la hizo rodar entre sus dedos, como le había visto hacer a él. Como no sabía qué se suponía que debía ver, se fijó en la punta y en el culatín del otro extremo. Finalmente se encogió de hombros.

—A mí me parece una flecha normal y corriente.

—¿Normal y corriente? —Richard sonrió, tiró de una flecha de la aljaba asiéndola por el culatín y la sostuvo con la pequeña punta redonda hacia ella—. ¿Es como esta otra? —inquirió, enarcando una ceja.

—Bueno, no. Ésta tiene la punta pequeña, larga, delgada y redonda, mientras que la otra tiene una punta de metal, como la de Prindin.

—No, no son iguales —la corrigió Richard, sacudiendo lentamente la cabeza. El joven guardó la flecha con la punta de madera, cogió de manos de Kahlan la otra y le mostró el culatín—. ¿Ves esto? Es para que encaje la cuerda del arco y pueda deslizarse arriba y abajo. ¿No te dice nada? —Kahlan negó con la cabeza—. Algunas flechas llevan plumas en espiral para poder rotar. Algunos creen que de este modo aumentan su poder. No sé si es cierto, pero no importa ahora. Todas las flechas de la gente barro llevan plumas rectas, lo cual les da estabilidad en el vuelo; se clavan en la misma posición en la que son disparadas.

—Sigo sin ver en qué se diferencia esta flecha de la de Prindin.

—Por aquí se desliza por la cuerda del arco —le explicó Richard, señalando el culatín con el dedo pulgar—. Así: arriba y abajo. Ahora mira la cabeza. ¿Ves cómo también se desplaza arriba y abajo? Justo como el culatín. La cabeza y la cuerda están en el mismo plano. Todas las flechas de este tipo de Savidlin son así.

»La razón es que las usa para cazar animales grandes, como jabalíes o ciervos. En los animales, las costillas se mueven arriba y abajo, como la cabeza. De este modo, la flecha tiene más posibilidades de pasar entre las costillas en vez de quedarse clavada en ellas.

»Pero las flechas de Prindin son distintas —añadió, inclinándose hacia Kahlan—. Las cabezas están inclinadas noventa grados. Cuando coloca las flechas en el arco, la cabeza está en posición horizontal. Pero sus flechas no están hechas para pasar entre las costillas de los animales. Las cabezas están horizontales porque son para cazar una presa muy distinta, una presa con costillas dispuestas horizontalmente: personas.

—¿Por qué harían algo así? —preguntó Kahlan, con carne de gallina en los brazos.

—La gente barro son muy protectores con su tierra y, por lo general, no dejan entrar a forasteros. Supongo que Chandalen y sus hombres son los encargados de vigilar las fronteras para prevenir invasiones. Probablemente son los guerreros más temibles entre la gente barro, y también los mejores con el arco. Pregúntale a Savidlin si son buenos arqueros.

Kahlan tradujo, y Savidlin se rió entre dientes.

—Ninguno de nosotros logramos vencer nunca a los hombres de Chandalen. Por bueno que sea Richard el del genio pronto, perderá. No obstante, son buenos vencedores y procuran no humillarnos demasiado. Di a Richard que no se preocupe; se lo pasará bien, y le enseñarán a disparar mejor. Es por esta razón por la que deseo acompañarlo con mis cazadores, porque los hombres de Chandalen siempre nos enseñan a hacerlo mejor. Entre la gente barro, ser el mejor, vencer, conlleva una responsabilidad hacia los vencidos. Dile que ahora que ha aceptado el reto, ya no puede echarse atrás.

—Siempre he pensado que todos tenemos algo que aprender. No me echaré atrás —afirmó Richard.

La profunda mirada de Richard hizo a Kahlan sonreír hasta que le dolieron las mandíbulas. Sonriendo a su vez, el joven arrastró la mochila por el suelo de tablas y sacó de ella una manzana. Después de cortarla en dos, quitó las semillas y tendió a Kahlan una mitad.

Los ancianos rebulleron, inquietos. A consecuencia de un pérfido hechizo, en la Tierra Central todos los frutos rojos eran venenosos. Ellos ignoraban que en la Tierra Occidental, de donde procedía Richard, los frutos rojos fuesen comestibles. La primera vez que Richard se comió una manzana delante de ellos, lo hizo para evitar que lo obligaran a tomar por esposa a una de las mujeres de la aldea, pues los convenció de que su semilla vital podría llevar la ponzoña de los frutos rojos y afectar a su esposa. Pero ahora sudaban mientras los miraban a ambos comer.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Kahlan.

—Tú come la manzana y luego traduce.

Al acabar, Richard se levantó e indicó con un gesto a la mujer que hiciera lo propio. Entonces, habló.

—Honorables ancianos, he regresado después de neutralizar la amenaza que pesaba sobre nuestra gente. Ahora que estamos a salvo, quiero pediros permiso para tomar por esposa a una mujer barro. Como veis, he enseñado a Kahlan a comer frutos rojos, como yo. Tampoco a ella le harán daño, del mismo modo que, pese a ser una Confesora, ella tampoco puede hacerme daño a mí. Nos gustaría compartir nuestra vida y que fuera nuestra gente quien nos casara.

A Kahlan se le hizo tal nudo en la garganta que a duras penas pudo pronunciar las últimas palabras y tuvo que contenerse para no lanzarse en brazos de Richard. Notaba cómo los ojos le escocían y se le llenaban de lágrimas, y tuvo que carraspear para poder acabar la traducción. Entonces enlazó la cintura de Richard con un brazo para sujetarse.

Los ancianos se mostraron sorprendidos y encantados. El Hombre Pájaro sonreía de oreja a oreja.

—Creo que, al fin, empezáis a aprender a ser gente barro. Nada podría complacernos más que casaros.

Sin esperar la traducción, Richard dio a Kahlan un beso que la dejó sin respiración. Los ancianos y sus esposas aplaudieron.

Para Kahlan, casarse ante la gente barro poseía una significación muy especial, pues entre ellos se sentía como en casa. La primera vez que acudieron a la aldea en busca de ayuda para luchar contra Rahl el Oscuro, Richard había enseñado a la gente barro cómo construir tejados impermeables. Se hicieron amigos y libraron juntos batallas en las que algunos murieron y otros se salvaron. En el proceso, tanto ella como Richard habían establecido un lazo con esa gente. En honor a sus sacrificios, el Hombre Pájaro los había proclamado gente barro.

El Hombre Pájaro se puso en pie y dio a Kahlan un abrazo paternal que era como si le dijera que comprendía todo por lo que había pasado y que se alegraba de que, al fin, hubiera hallado la felicidad. Mientras él la mantenía abrazada entre sus fuertes brazos, Kahlan derramó algunas lágrimas sobre su hombro. A lo largo de su aventura, una terrible experiencia, había pasado del pozo de la desesperación a la dicha más absoluta. La lucha se había prolongado hasta el día anterior, y aún le parecía imposible que hubiera acabado por fin.

A medida que el banquete se iba desarrollando, Kahlan sentía deseos cada vez más imperiosos de que terminara para poder quedarse a solas con Richard. El joven había sido prisionero durante un mes, y no habían podido reunirse hasta el día anterior. Apenas habían tenido tiempo para hablar, y mucho menos para abrazarse lo suficiente.

Los niños bailaban y jugaban alrededor de la pequeña hoguera, mientras los adultos se reunían en torno a las antorchas para comer, charlar y reír. Weselan se agachó junto a ella, la abrazó y le dijo que le haría un verdadero vestido de novia. Savidlin la besó en la mejilla y dio una palmada a Richard en la espalda. Kahlan apenas podía apartar la mirada de los ojos grises de Richard. Quería seguir mirándolo por toda la eternidad.

Los cazadores que los acompañaron a la llanura el día que el Hombre Pájaro trató de enseñar a Richard la llamada específica para diferentes aves con el silbato que le había regalado, fueron desfilando por la plataforma de los ancianos. Ese día, Richard únicamente aprendió a emitir un silbido que llamaba a todos los pájaros a la vez, sin distinguir entre especies. ¡Cómo se rieron los cazadores!

Pero ahora, Savidlin pidió a Richard que les mostrara el silbato y les explicara una vez más cómo lo había usado para llamar a los pájaros que poblaban el valle infestado de gars. Miles de pájaros hambrientos habían sembrado el pánico al devorar las moscas de sangre de los gars. La diversión había permitido a Richard rescatar el huevo de Escarlata.

El Hombre Pájaro volvió a reírse, aunque era la tercera vez que oía la historia. Savidlin lo imitó y palmeó la espalda de Richard. Los cazadores también se rieron y se palmearon los muslos. Richard se unió a sus risas al ver cómo reaccionaban a la traducción de Kahlan. También ella rió al ver a Richard tan alegre.

—Creo que hemos encontrado una aventura que les gusta. —Kahlan se quedó pensativa y preguntó, ceñuda—: ¿Cómo pudisteis tú y Escarlata aterrizar tan cerca del huevo sin que los gars os vieran?

Richard apartó la mirada y se quedó un momento en silencio.

—Escarlata me dejó en el valle al otro lado de los cerros que rodean las Fuentes Ígneas. Luego atravesé la cueva —explicó, sin mirarla.

Kahlan se apartó un mechón de pelo del rostro.

—¿Y había realmente una bestia en la cueva? ¿Un Shadrin?

Richard soltó un profundo suspiro mientras recorría con la mirada el área abierta.

—Sí, y más cosas. —Kahlan posó una mano sobre su hombro. Él la tomó y le besó el dorso, con la mirada aún perdida—. Pensé que iba a morir allí, solo. Creí que nunca más volvería a verte. —El joven pareció que se sacudía de encima ese recuerdo y, recostándose sobre un codo, se quedó mirándola con una sonrisa torcida.

»El Shadrin me dejó algunas cicatrices que aún no han curado. Pero tendría que quitarme los pantalones para enseñártelas.

—No me digas... —Kahlan emitió una risa gutural—. No estaría de más echar un vistazo... para asegurarme de que todo está bien.

De pronto, mientras lo miraba fijamente a los ojos, la mujer fue consciente de que la mayoría de los ancianos los observaban. El rostro se le arreboló. Rápidamente cogió una torta de arroz y le hincó el diente, aliviada de que no pudieran entender lo que decían. Ojalá que tampoco entendieran sus miradas. No debía olvidar dónde se encontraba. Richard volvió a sentarse erguido. Kahlan alcanzó un cuenco con costillas a la brasa que parecían ser de jabalí, y se lo colocó en el regazo.

—Toma, pruébalas. —Kahlan miró al grupo de las esposas, alzó la torta de arroz y sonrió—. *Están deliciosas.* —Ellas asintieron, satisfechas. Al posar de nuevo los ojos en Richard, vio que miraba fijamente el cuenco con la carne y que se había puesto blanco.

—Apártalo de mi vista —susurró el joven.

Kahlan frunció el entrecejo, cogió el cuenco y lo dejó a su espalda.

—¿Richard, qué te pasa? —le preguntó, arrimándose a él.

—No lo sé. —El joven seguía con la mirada fija en su regazo, como si el cuenco siguiera allí—. Miré la carne y, de pronto, pude olerla. El olor me dio náuseas. Tuve la impresión de que era un animal muerto y de que iba a comerme el cadáver de un animal tendido ahí delante.

Kahlan no supo qué replicar. Ciertamente, Richard tenía mal aspecto.

—Creo que sé a qué te refieres. Una vez, cuando estaba enferma, me dieron de comer queso y yo lo devolví. Pero, como creían que era bueno para mí, cada día me daban más, y yo lo vomitaba; así hasta que me recuperé. Ésta es la razón por la que ahora odio el queso. Tal vez a ti te pasa algo parecido; aborreces la carne porque tienes dolor de cabeza.

—Es posible —repuso él, con voz débil—. He pasado mucho tiempo en el Palacio del Pueblo, y allí no se come carne. Como a Rahl el Oscuro no le gusta, mejor dicho gustaba, nadie la comía en palacio. Tal vez me he acostumbrado a prescindir de ella.

Kahlan le frotó la espalda mientras él hundía la cabeza entre ambas manos y se pasaba los dedos por el pelo. Primero queso y ahora carne. Sus hábitos alimenticios se estaban tornando muy peculiares... como los de un mago.

—Kahlan..., lo siento, pero tengo que ir a un sitio tranquilo. Este dolor me está matando.

La mujer le puso una mano en la frente; tenía la piel fría y húmeda. Parecía que iba a desplomarse de un momento a otro. Kahlan sintió el interior atenazado por la preocupación.

—*Richard no se siente bien y tiene que ir a un sitio tranquilo. ¿Puede?* —preguntó Kahlan al Hombre Pájaro, arrodillándose frente a él.

En un primer momento, el Hombre Pájaro creyó conocer la razón por la que querían irse de la fiesta, pero la sonrisa se borró de su rostro al ver la ansiedad de Kahlan.

—*Llévalo a la casa de los espíritus. Allí nadie lo molestará. Avisa a Nissel, si crees que es necesario. Tal vez ha pasado demasiado tiempo a lomos del dragón* —comentó con una media sonrisa—. *Doy gracias a los espíritus de que mi vuelo de regalo fuese breve.*

Kahlan asintió con la cabeza, incapaz de sonreír, y dio rápidamente las buenas noches a los demás. Después de recoger las mochilas de ambos, cogió a Richard por un brazo y lo ayudó a levantarse. El joven tenía los ojos cerrados y las cejas fruncidas por el dolor. Cuando éste remitió un poco, abrió los ojos, inspiró profundamente y echó a andar junto a Kahlan.

Entre las casas, las sombras eran muy densas, pero la luz de la luna les permitía ver por dónde iban. Los sonidos del banquete iban quedando atrás, sustituidos por el ruido que hacían las botas de Richard al arrastrarse lentamente por el seco suelo.

—Creo que ya estoy mejor —dijo, poniéndose algo más derecho.

—¿Tienes dolores de cabeza a menudo?

—Soy famoso por mis dolores de cabeza —respondió Richard, con una sonrisa—. Mi padre me contó que mi madre solía tener unas migrañas como las mías, de esas tan fuertes que incluso sientes náuseas. Pero éste es distinto; nunca había tenido uno igual. Es como si algo dentro de mi cabeza tratara de salir. —Dicho esto, liberó a Kahlan del peso de su mochila y se la colgó al hombro—. Es mucho más intenso.

Caminando por los pasajes, llegaron al amplio espacio vacío que rodeaba la casa de los espíritus. Se trataba de un edificio aislado, y la luz de la luna se reflejaba en la techumbre de tejas que Richard había ayudado a construir a la gente barro. De la chimenea salían volutas de humo.

A un lado, junto a la puerta, una hilera de pollos dormían posados encima de un muro bajo. Las aves observaron cómo Kahlan abría la puerta y franqueaba el paso a Richard, se sobresaltaron ligeramente por el chirrido de los goznes y volvieron a tranquilizarse cuando los dos humanos entraron.

Richard se dejó caer delante del hogar. Kahlan sacó una manta, lo obligó a tumbarse y le colocó la manta debajo de la cabeza a modo de almohada. Luego, mientras se sentaba con las piernas cruzadas a su lado, él se cubrió los ojos con el dorso de las muñecas.

—Creo que debería ir a buscar a Nissel. Tal vez una curandera pueda hacer algo por ti —dijo Kahlan, sintiéndose impotente.

—No, estoy bien. Sólo tenía que alejarme de todo ese barullo. —El joven sonrió sin apartar el brazo de los ojos—. ¿Te das cuenta de que somos unos aguafiestas? Cada vez que acudimos a una, pasa algo.

Kahlan recordó todas las celebraciones a las que habían asistido juntos.

—Tienes razón —admitió, frotándole el pecho con una mano—. Y creo que la única solución es que estemos solos.

—Me encantaría —replicó Richard, y le besó la mano.

Kahlan envolvió su gran mano entre las suyas deseando sentir su calor mientras lo miraba descansar. Excepto por el lento crepitar del fuego, en la casa de los espíritus reinaba el más absoluto de los silencios. La mujer escuchaba la respiración lenta y regular del joven.

Al rato, Richard retiró suavemente la mano y alzó la vista hacia ella. Al hacerlo, la luz de las llamas se reflejó en sus ojos. Inconscientemente, la mente de Kahlan registró algo en su rostro, en concreto en sus ojos, que trataba de decirle algo. Se le antojaba alguien conocido, pero ¿quién? Sus pensamientos le susurraban un nombre, pero la mujer no lo oía con claridad. Kahlan le apartó el cabello de la frente. Ahora ya no tenía la piel tan fría.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo Richard, incorporándose—. He pedido permiso a los ancianos para casarme contigo, pero no te he preguntado a ti.

Kahlan sonrió.

—No, no lo has hecho.

De pronto, Richard pareció incómodo e inseguro de sí mismo. Su mirada vagó ligeramente.

—Lo siento. He sido un estúpido. Debería habértelo pedido a ti primero. Espero que no estés enfadada. Me temo que no soy muy bueno en esto; es la primera vez que lo hago.

—Yo también.

—Supongo que éste no es el lugar más romántico para declararme. Debería ser un lugar muy hermoso.

—Para mí, allí donde tú estés es el lugar más hermoso del mundo.

—Y supongo que debo de estar ridículo pidiéndote que te cases conmigo tumbado y con migraña.

—Si no me lo pides de una vez, Richard Cypher, voy a tener que arrancarte las palabras —susurró la mujer.

Finalmente, los ojos de Richard se posaron en los de Kahlan con tal intensidad que la mujer casi se quedó sin aliento.

—Kahlan Amnell, ¿quieres casarte conmigo?

Inesperadamente, Kahlan se dio cuenta de que no podía hablar. Cerró los ojos y besó los suaves labios de Richard, mientras una lágrima le corría por la mejilla. El joven la envolvió en sus brazos y la estrechó con fuerza contra su cálido cuerpo. Al fin, Kahlan recuperó el habla.

—Sí —respondió, y lo besó de nuevo—. Sí, sí, sí.

La mujer recostó la cabeza contra el hombro de Richard. Mientras éste le acariciaba el cabello, ella escuchaba su respiración y el crepitar del fuego. Abrazándola con ternura, le besó la coronilla; sobraban las palabras. Kahlan se sentía segura entre sus brazos.

Fue entonces cuando dio rienda suelta a su dolor: el dolor de amar a Richard más que a su vida misma y de creer que había sido torturado hasta morir por una mord-sith antes de tener la oportunidad de decírselo; el dolor de creer que nunca podrían estar juntos porque ella era una Confesora y su poder lo destruiría; el dolor de necesitarlo tanto y de amarlo incontrolablemente.

A medida que su angustia se iba consumiendo, ésta era reemplazada por la dicha que le producía lo que le esperaba: toda una vida juntos. La perspectiva le causaba tal excitación que apenas podía respirar. Kahlan se aferró a Richard y deseó fundirse con él, ser uno con él.

La mujer sonrió. Así sería estar casados: ser uno con él; tal como Zedd le dijo en una ocasión: hallar la otra mitad de uno mismo.

Cuando, al fin, levantó la mirada, había una lágrima en el rostro de Richard. Kahlan se secó las lágrimas de las mejillas, y él hizo lo propio. Kahlan confió en que esas lágrimas significaban que Richard también se había liberado de sus demonios.

—Te quiero, Richard —susurró.

Richard la atrajo hacia sí, y sus dedos dibujaron una estela a lo largo de la columna de la mujer.

—Es frustrante que no existan palabras más adecuadas que «te quiero» —dijo el joven—. No bastan para definir lo que siento por ti. Lamento no poder decirte otras.

—Para mí, bastan.

—Entonces, te quiero, Kahlan. Mil veces, un millón de veces, te quiero, y siempre te querré.

Kahlan escuchó el chasquido y el estallido de las llamas, así como los latidos del corazón de su amado y también del suyo. Richard la acunó suavemente. Kahlan deseó quedarse allí, entre sus brazos, para siempre. De pronto, el mundo le parecía un lugar maravilloso.

Richard la cogió por los hombros y la apartó de sí para contemplarla. Sus labios esbozaron una maravillosa sonrisa.

—No puedo creer lo hermosa que eres. Eres la mujer más bella que he conocido. —Con una mano le acarició el cabello—. Me alegro de no habértelo cortado cuando me lo pediste. Tienes un pelo maravilloso. No lo cambies nunca.

—Soy una Confesora, ¿recuerdas? Mi pelo es símbolo de mi poder. Además, yo no puedo cortármelo. Sólo otros pueden.

—Mejor. Yo nunca te lo cortaré. Me encanta tal como eres, poder incluido. Me gustó esa melena tuya desde el primer momento en que te vi, en el bosque del Corzo.

Kahlan sonrió al recordar ese día. Richard la había ayudado a escapar de una cuadrilla. Le había salvado la vida.

—Parece que fue hace mucho tiempo. ¿Echas de menos ese tipo de vida? ¿Ser un simple guía de bosque, sin preocupaciones? Además de soltero —añadió con una sonrisa coqueta.

—Ser soltero, no. Al menos, no teniéndote a ti como esposa. ¿Pero ser un guía de bosque? Quizás un poco. —Richard clavó la mirada en el fuego—. Supongo que, para bien o para mal, soy el verdadero Buscador. Poseo la *Espada de la Verdad* y las responsabilidades que ésta conlleva, sean cuales sean. ¿Crees que podrás ser feliz siendo la esposa del Buscador?

—Contigo sería feliz viviendo incluso en un tronco hueco. Pero Richard, me temo que sigo siendo la Madre Confesora y yo también tengo responsabilidades.

—Bueno, ya me explicaste qué significa ser Confesora: que, al tocar a alguien, tu poder destruye para siempre a esa persona y ésta únicamente siente una absoluta y mágica devoción hacia ti, sólo vive para cumplir tus deseos. Así es como logras que los criminales confiesen o, ya puestos, que hagan cualquier cosa que tú quieras. ¿Qué otras responsabilidades tienes?

—No te he dicho todo lo que comporta ser la Madre Confesora. Hasta ahora no era importante, pues estaba convencida de que nunca podríamos estar juntos. Creía que íbamos a morir o, si por milagro vencíamos, regresarías a la Tierra Occidental y nunca volvería a verte.

—¿Te refieres a eso de que eres más que una reina?

—Sí. El Consejo Supremo de Aydindril está formado por representantes de los países más destacados que conforman la Tierra Central. Podría decirse que el consejo gobierna la Tierra Central. Aunque cada país es independiente, deben acatar las decisiones del Consejo Supremo. De este modo, mediante la Confederación de Países, se protegen los objetivos comunes y se mantiene la paz. En vez de luchar, se dialoga. Si un país ataca a otro, se considera un ataque contra la unidad, contra todos, y todos los demás se unirían para repeler la agresión. Reyes, reinas, gobernantes, funcionarios, comerciantes, etc., presentan sus peticiones ante el Consejo Supremo: acuerdos comerciales, tratados fronterizos, acuerdos sobre magia. La lista de demandas y peticiones es interminable.

—Entiendo. En la Tierra Occidental tenemos algo similar. El consejo gobierna del mismo modo. Aunque la Tierra Occidental no es tan grande como para estar dividida en reinos, tiene distritos que se gobiernan a sí mismos, y todos están representados por consejeros en la ciudad del Corzo.

»Mi hermano fue uno de estos representantes y después Primer Consejero, por lo que, indirectamente, conozco los asuntos de gobierno. Veía a los consejeros acudir de distintos lugares para presentar peticiones. Al ser guía, me ocupaba de conducirlos por el bosque hasta la ciudad del Corzo. Aprendí mucho hablando con ellos.

»¿Qué papel desempeña exactamente la Madre Confesora? —inquirió Richard, cruzándose de brazos.

—Bueno, el Consejo Supremo gobierna la Tierra Central... —Kahlan carraspeó y bajó los ojos hasta las manos que tenía en el regazo—, y la Madre Confesora dirige el Consejo Supremo.

—¿Me estás diciendo que gobiernas a todos los reyes y reinas? —Richard descruzó los brazos—. ¿Que gobiernas todos los países? ¿Toda la Tierra Central?

—Pues... sí, en cierto modo, sí. Verás, no todos los países están representados en el Consejo Supremo. Algunos son demasiado pequeños, como el Tamarang de la reina Milena y la tierra de la gente barro, y hay otros pocos que son reinos de magia, como el reino de los geniecillos nocturnos, por ejemplo. La Madre Confesora defiende los intereses de esos reinos menores. Si lo dejaran, el Consejo Supremo decidiría repartir esas tierras entre sus miembros, y con sus ejércitos lo lograrían fácilmente. Únicamente la Madre Confesora representa a quienes no tienen ni voz ni voto en el consejo.

»Otro problema es que a menudo surgen desavenencias entre los países. Algunos son enemigos acérrimos desde tiempos inmemoriales. Muchas veces, el consejo llega a un punto muerto porque los soberanos, o sus representantes, se empeñan en imponer a toda costa sus demandas, en detrimento del bien común de la Tierra Central. El único interés de la Madre Confesora es el bien común.

»Sin la autoridad central del Consejo Supremo, los diferentes países se disputarían el poder. La Madre Confesora contrarresta dichos intereses particulares con una visión más general, con su guía y su liderazgo.

»Del mismo modo que la Madre Confesora es el árbitro final de la verdad a través de su magia, asimismo es el árbitro final del poder. La palabra de la Madre Confesora es ley.

—Así pues, ¿tú dices a los reyes y reinas qué deben hacer?

—Yo, y la mayoría de las Madres Confesoras que me han precedido, dejamos que el Consejo Supremo decida por sí solo cómo debe gobernarse la Tierra Central. Pero, cuando no logran ponerse de acuerdo o el acuerdo no es justo, los perjudicados son los países que no están representados. Sólo entonces intervenimos para decirles qué hacer.

—¿Y siempre obedecen?

—Siempre.

—¿Por qué?

Kahlan inspiró profundamente antes de responder.

—Porque saben que, si no se someten a la autoridad de la Madre Confesora, se quedarán aislados y serán vulnerables ante cualquiera de sus vecinos que ambicione más poder. La guerra duraría hasta que el más fuerte de ellos aplastara a los demás, tal como hizo Panis Rahl, el padre de Rahl el Oscuro, en D'Hara. Saben que, en último término, les conviene que el consejo esté dirigido por un líder independiente e imparcial.

—Pero eso no es lo que conviene a los más fuertes. Ni la bondad ni el sentido común bastan para mantener a raya a los más fuertes.

—Ya veo que entiendes los juegos del poder —comentó Kahlan, sonriendo—. Tienes razón. Saben que, si se atrevieran a dar rienda suelta a sus ambiciones, yo o cualquiera de las Confesoras someteríamos a su soberano con la magia. Pero hay más. Los magos apoyan a la Madre Confesora.

—Creí que los magos evitaban inmiscuirse en asuntos de poder.

—Y así es, en cierto modo. Su amenaza tiene un efecto disuasorio. Los magos lo denominan la paradoja del poder: si tienes poder, estás dispuesto a usarlo y, en condiciones de hacerlo, no será necesario que lo hagas. Los diferentes países saben que, si no colaboran y aceptan la dirección imparcial de la Madre Confesora, los magos siempre estarían dispuestos a enseñar las desventajas de no mostrarse razonable o de ser ambicioso en exceso.

»Se trata de un entramado de relaciones muy complejas, pero todo se reduce a que yo gobierno el Consejo Supremo y a que, sin mí, los débiles, los indefensos y los pacíficos acabarían por ser invadidos, y los demás serían arrastrados a una guerra en la que sólo uno, el más fuerte, vencería.

Richard volvió a tenderse y ponderó las palabras de Kahlan con un ligero frunce en el rostro. Ella contemplaba cómo la luz del hogar jugaba en sus rasgos faciales. Sentía en qué debía de estar pensando Richard; estaba recordando cómo, con un simple gesto de la mano, había exigido a la reina Milena que se postrara de hinojos ante ella, le besara la mano y le jurara lealtad. Ojalá no le hubiera mostrado todo su poder y lo mucho que era temida, pero había hecho lo que debía. Algunas personas únicamente cedían ante el poder. En caso necesario, un líder debía mostrar ese poder o ser depuesto.

Cuando, por fin, alzó los ojos hacia ella, tenía una mirada grave.

—Habrá problemas. Todos los magos están muertos; se mataron ellos mismos antes de enviarte en busca de Zedd. Así pues, la Madre Confesora no cuenta con su respaldo. Todas las demás Confesoras también están muertas; Rahl el Oscuro las mandó asesinar. Tú eres la última. No tienes aliados. No queda

nadie que pueda ocupar tu lugar, si algo te sucede. Zedd nos dijo que nos reuniéramos con él en Aydindril. También él debe de saberlo.

»Por lo que he visto de los poderosos, tanto consejeros de la Tierra Occidental (incluso mi propio hermano) como reinas de la Tierra Central o el mismo Rahl el Oscuro te considerarán un obstáculo en su camino. Lo único que impide que la guerra asole la Tierra Central es la Madre Confesora, y vas a necesitar ayuda para imponerte. Tú y yo, ambos, servimos a la verdad. Voy a ayudarte.

»Si por la amenaza de los magos esos consejeros tenían miedo de conspirar contra la Madre Confesora o causarle problemas —añadió con una astuta sonrisa—, que esperen a conocer al Buscador.

—Eres una persona extraordinaria, Richard Cypher. —Kahlan le acarició el rostro con los dedos—. Pese a que estás con la persona más poderosa de la Tierra Central, me siento como si me permitieses subirme al carruaje que va a llevarte hacia la grandeza.

—No soy más que la persona que te quiere con todo su corazón. Ésa es la única grandeza, y espero estar a la altura. —Richard suspiró—. Era mucho más sencillo cuando sólo estábamos tú y yo, en el bosque, y te preparaba carne asada con espetón sobre el fuego. Me seguirás dejando que te prepare la cena, ¿verdad, Madre Confesora? —le preguntó, mirándola de refilón.

—No creo que a la señora Sanderholt le entusiasme la idea. No le gusta ver a nadie en su cocina.

—¿Tienes cocinera?

—Bueno, ahora que lo pienso, nunca la he visto cocinar nada. Se dedica sobre todo a mandar a todos y a gobernar en su dominio con un cucharón de madera que agita como si fuera un cetro; prueba la comida y riñe a los cocineros, a los ayudantes y a las criadas. Es la cocinera jefe.

»Cada vez que bajo a la cocina para prepararme algo, se pone frenética y me suplica que ocupe mi tiempo en otra cosa. Según ella, asusto a su gente. Dice que cada vez que bajo a la cocina para pedir algo, los cocineros y ayudantes tiemblan durante días. Así pues, trato de no hacerlo a menudo, aunque me encanta cocinar.

Kahlan sonrió al pensar en la señora Sanderholt. Hacía meses que había abandonado su hogar.

—Cocineros —masculló Richard para sí—. Yo nunca he tenido a nadie que cocinara para mí. Siempre lo he hecho yo mismo. Bueno —añadió, recuperando su sonrisa—, supongo que esa señora Sanderholt podrá hacerme un poco de espacio cuando quiera prepararte algo especial.

—Apuesto a que muy pronto la tendrás rendida a tus pies.

—¿Me prometes una cosa? —Richard le apretó la mano—. Prométeme que un día dejarás que te lleve a la Tierra Occidental y te muestre los parajes más bellos del bosque del Corzo, lugares que sólo yo conozco. Sueño con enseñártelos.

—Me encantaría —susurró Kahlan.

Richard se inclinó para besarla. Pero, antes de que sus labios se tocaran y que los brazos del hombre la rodearan, Richard se estremeció de dolor. La cabeza le cayó hacia adelante, contra el hombro, al tiempo que gemía. Asustada, Kahlan lo agarró contra sí y lo tumbó mientras él se sujetaba la cabeza con los brazos, incapaz de respirar. El pánico se apoderó de Kahlan. Richard se llevó las rodillas al pecho y rodó sobre un costado.

Apoyando una mano sobre el hombro de Richard, Kahlan se inclinó sobre él y dijo:

—Voy a buscar a Nissel. Enseguida vuelvo.

Richard sólo pudo asentir con la cabeza. Temblaba violentamente.

Kahlan corrió a la puerta, la abrió y salió a la tranquila noche. Mientras cerraba la puerta, se fijó en el vapor que salía de su boca. Con la mirada recorrió rápidamente el muro bajo, bañado por la luz plateada de la luna.

No quedaba ni un solo pollo.

Una forma oscura acechaba detrás del muro, encorvada y quieta.

A la luz de la luna se movió un poco, y dos ojos brillantes y dorados relampaguearon un instante.

7

La cosa oscura se levantó, y sus garras rasparon la parte superior del muro. Su risa, socarrona, era como un bajo cacareo que le erizó la carne de los brazos hasta la nuca. Kahlan se quedó helada, sin poder respirar. La forma era como un vacío negro en la pálida luz de la luna. Tras un breve destello, los ojos se desvanecieron de nuevo en el pozo de la noche.

La cabeza le daba vueltas, tratando de encajar lo que sabía y lo que veía. Quería correr, pero hacia dónde. ¿Hacia Richard o lejos de él?

Aunque ya no veía esos ojos, los sentía sobre ella como la fría muerte. De su garganta se escapó un débil sonido. Con un aullido de hilaridad, la forma oscura saltó encima del muro.

La pesada puerta se abrió de golpe detrás de Kahlan y se estrelló contra la pared de la casa de los espíritus. Al mismo tiempo, la mujer oyó el inconfundible sonido metálico de la *Espada de la Verdad* al ser desenvainada en un acceso de cólera. La negra cabeza giró bruscamente hacia Richard, y los ojos dorados relucieron de nuevo a la luz de la luna. El Buscador la cogió por el brazo y la arrastró de nuevo al interior de la casa. Cuando la puerta rebotó, tras pegar contra el muro, Richard la cerró de un puntapié tras él.

Al otro lado de la puerta, Kahlan oyó carcajadas, seguidas por un choque contra la puerta. La mujer se puso de pie, empuñando el cuchillo. A través de la puerta pudo oír el silbido de la punta de la espada y cuerpos que chocaban contra el muro de la casa de los espíritus, todo ello acompañado por estridentes risas.

La Confesora se lanzó contra la puerta, la abrió con un hombro y rodó fuera. Mientras se levantaba de un salto, vio una pequeña forma oscura que se precipitaba hacia ella. Kahlan trató de apuñalarla, pero falló.

Nuevamente atacó, pero, antes de que llegara hasta ella, Richard la interceptó de un puntapié y la lanzó contra el corto muro. A la luz de la luna, la *Espada de la Verdad* centelleó hacia la sombra, aunque únicamente halló pared. El aire se llenó de una lluvia de fragmentos de adobes y yeso. La bestia se rió a carcajadas.

Richard tiró rápidamente de Kahlan hacia atrás, y la forma oscura la pasó rozando. La mujer notó cómo el cuchillo desgarraba algo duro, como hueso. Una garra le pasó a pocos centímetros de la cara, seguida por la espada, que falló.

Richard jadeaba mientras sus ojos trataban de penetrar la oscuridad. La sombra surgió de improviso, como de la nada, y lo lanzó al suelo. Dos formas oscuras forcejearon en el suelo. Kahlan no sabía cuál era Richard y cuál el atacante. Las garras levantaban tierra, tratando de hundirse en el cuerpo del joven.

Con un gruñido, Richard lanzó a la cosa por encima del muro. Al instante, ésta saltó sobre el borde y se quedó allí, riéndose socarronamente y contemplando con centelleantes ojos dorados cómo los dos humanos retrocedían. Al empezar a caminar hacia atrás, se quedó silenciosa.

En el aire zumbaron de pronto las flechas. Un instante después, una docena de éstas se clavaron con un ruido sordo en el negro cuerpo. Todas dieron en el blanco. Casi enseguida, otras doce hicieron lo propio. Encaramada sobre el muro, atravesada por flechas como si fuese un acerico, la bestia lanzó una risa resollante.

Kahlan se quedó boquiabierta al contemplar a la bestia arrancarse, como si nada, un puñado de flechas clavadas en el pecho. La cosa se rió de ellos amenazadoramente y parpadeó cuando empezaron a retroceder. La mujer no lograba comprender por qué se quedaba allí, expuesta. Otra andanada de proyectiles impactó en el oscuro cuerpo. La bestia, sin prestarles atención, saltó al suelo.

Una figura oscura se adelantó empuñando una lanza. Desde la sombra del muro, la bestia se lanzó contra el hombre. El cazador le arrojó la lanza. Con una velocidad imposible, la forma oscura la eludió agachándose hacia un lado y atrapó la lanza en el aire. Mientras reía, rompió de un mordisco el asta en dos. El cazador que la había arrojado reculó, con lo que la bestia pareció perder interés en él y se volvió de nuevo hacia Kahlan y Richard.

—Pero ¿qué está haciendo? —susurró Richard—. ¿Por qué se detiene? ¿Por qué se limita a observarnos?

La respuesta la invadió con un frío estremecimiento.

—Es un aullador —susurró a su vez Kahlan más para sí que para él—. Que los buenos espíritus nos protejan; es un aullador.

Ella y Richard retrocedieron agarrándose mutuamente por la manga de sus respectivas camisas, sin perder de vista al aullador.

—*¡Marchaos!* —gritó Kahlan a los cazadores—. *¡Caminad! ¡No corráis!*

Los cazadores respondieron con otra andanada de flechas.

—Por aquí —dijo Richard—. Entre los edificios, donde está oscuro.

—Richard, esa cosa ve mejor en la oscuridad que nosotros con luz. Es una bestia del inframundo.

El Buscador miró intensamente al aullador, de pie en el calvero, bañado por la luz de la luna.

—Te escucho —dijo al fin—. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, pero no debemos correr ni tampoco quedarnos quietos, pues ambas cosas atraen su atención. Creo que el único modo de acabar con él es hacerlo pedazos.

—¿Y qué crees que trataba de hacer? —Richard le lanzó una furibunda mirada.

—Quizá deberíamos ir por donde tú dices. —Kahlan contempló el estrecho corredor entre los edificios—. Tal vez él se quede allí y podamos huir. Y, si no, al menos lo alejaremos de los demás.

El aullador observó cómo retrocedían, tras lo cual echó a trotar tras ellos con una pérfida sonrisa.

—No hay nada sencillo —masculló Richard.

Ambos fueron reculando por el estrecho callejón formado por muros lisos y revocados, con el aullador a la zaga. Kahlan distinguió el oscuro grupito de cazadores que lo seguía y oyó los latidos de su corazón.

—Te dije que te quedaras dentro de la casa de los espíritus. ¿Por qué no te quedaste donde estabas a salvo?

La mujer reconoció el tono colérico que nacía de la magia de la espada. Tenía la mano con la que se aferraba a la manga de Richard húmeda y caliente, y al mirar se dio cuenta de que la sangre le manaba del brazo hasta la mano.

—Porque te quiero, tonto. No te atrevas a hacerme nunca más algo parecido.

—Si salimos de ésta, te daré una buena zurra en el trasero.

—Si salimos de ésta, dejaré que lo hagas. Por cierto, ¿y tu dolor de cabeza?

—No sé. Por un momento apenas me deja respirar y, al siguiente, desaparece. Cuando se marchó sentí la presencia de la bestia al otro lado de la puerta y oí esa horrible risa suya.

—Tal vez creíste que la sentías porque la oíste.

—No sé. Es posible. Pero fue una sensación muy extraña.

Seguían retrocediendo por el sinuoso callejón. Kahlan lo arrastró por la manga hacia un pasaje lateral, más oscuro. La luna iluminaba un muro a su izquierda. Con un respingo, vio la forma oscura del aullador, que avanzaba raudo sobre el muro, como un enorme bicho negro. La mujer tuvo que obligarse a coger aire.

—¿Cómo puede hacer eso? —susurró Richard.

Pero ella no tenía respuesta. A su espalda aparecieron antorchas; los cazadores los estaban rodeando para tratar de aislar al atacante. Richard miró alrededor.

—Si se acercan demasiado, el aullador hará una masacre con ellos. —Ahora los cazadores entraron en una intersección de callejones iluminada por la luna—. Kahlan, no podemos permitirlo. Ve y quédate detrás de ellos —dijo, mirando a un grupo de cazadores que se aproximaba por la derecha con antorchas.

—Richard, no pienso dejarte solo.

—¡Haz lo que te digo! ¡Vamos! —ordenó el joven, dándole un empujón.

Su tono de voz la sobresaltó. Involuntariamente retrocedió. Richard se quedó inmóvil a la luz de la luna, sosteniendo la espada con ambas manos y la punta hacia el suelo. Entonces miró al aullador, encaramado sobre el muro. Éste se rió como si de pronto reconociera a quien tenía delante.

La bestia se soltó, se dejó caer al suelo y aterrizó en la oscuridad con un ruido sordo.

Kahlan vio que Richard observaba con las mandíbulas apretadas en gesto de cólera la mancha que se le venía encima, levantando una nube de polvo. La punta de la espada seguía apuntando al suelo.

«Esto no puede estar pasando —se dijo Kahlan—. Justo cuando todo se ha arreglado por fin. Esa bestia podría muy bien matarlo, y eso sería el final de todo.» Esa perspectiva la dejó sin respiración. La Cólera de Sangre bulló en su interior y brotó a la superficie. Sentía un cosquilleo en la carne.

El aullador saltó en el aire hacia Richard. Súbitamente, la punta de la espada apuntó hacia arriba y empaló a la forma oscura, que se agitaba. Kahlan vio que de la espalda de la bestia sobresalían casi cuarenta centímetros de acero, que relucían a la luz de la luna. De nuevo, el aullador lanzó su horrible carcajada. Con las garras aferró la espada y se fue arrastrando por ella, hacia arriba, en dirección a Richard. El filo cercenó varios de los garrudos dedos con los que la bestia se aferraba al arma. Richard describió un poderoso arco, con el que lanzó al aullador contra el muro.

Sin embargo, el monstruo volvió a la carga de inmediato. Richard lo esperaba blandiendo su espada. Una oleada de pánico y de ira invadió a Kahlan. Sin siquiera darse cuenta de lo que hacía, alzó el puño hacia la bestia que trataba de matar a Richard, el hombre al que amaba y el único al que amaría.

La espada completaba su trayectoria, y la bestia casi había alcanzado a Richard. Kahlan sintió cómo el poder brotaba de su interior en una furiosa oleada, y lo dejó fluir. Una fantasmagórica luz azul explotó de su puño, rasgando la noche con un cegador estallido de luz diurna azulada.

La espada y el rayo de luz impactaron en la bestia al unísono, y el aullador explotó, lo que provocó una lluvia de pedazos negros sin sangre. Kahlan había visto hacer lo mismo a la *Espada de la Verdad*, pero con carne viva; no sabía si esta vez lo había hecho la espada o su rayo de luz azul.

En el súbito silencio, el estruendo del rayo seguía resonando en los oídos de la mujer. Inmediatamente corrió hacia Richard y lo abrazó al mismo tiempo que el joven se encorvaba, jadeando.

—¿Estás bien?

Richard le devolvió el abrazo con la mano que tenía libre y asintió. Kahlan lo mantuvo abrazado largos minutos, mientras los cazadores, provistos de antorchas, daban vueltas alrededor, gritando. Richard guardó la espada en su vaina. A la luz de las antorchas, Kahlan distinguió un profundo corte de bordes irregulares en la parte superior del brazo del joven. Con un trozo de manga, improvisó una venda para detener la sangre.

Entonces volvió su atención a los cazadores, todos sin excepción sujetaban una flecha o una lanza presta.

—*¿Están todos bien?* —preguntó.

—*Sabía que nos traeríais problemas* —replicó Chandalen, colocándose bajo la luz de las antorchas.

Kahlan escudriñó con dureza la cara del hombre, tras lo cual se limitó a darle las gracias a él y a sus hombres por tratar de ayudar.

—Kahlan, ¿qué era esa cosa? ¿Y qué es eso que hiciste, por todos los espíritus? —inquirió Richard, incapaz de mantenerse en pie.

—Creo que se conoce con el nombre de aullador —respondió ella mientras le pasaba un brazo alrededor de la cintura—. Y en cuanto a lo que hice, no estoy del todo segura.

—¿Un aullador? ¿Qué es un au...?

Richard se llevó las manos a las sienes mientras cerraba los ojos con un estremecimiento y caía de rodillas. Kahlan fue incapaz de sostener su peso. Antes de que Savidlin pudiera correr en su ayuda y sujetarlo, Richard se dio de bruces en el suelo, donde soltó un grito.

—Savidlin, ayúdame a llevarlo a la casa de los espíritus y avisa a Nissel. Por favor, que se dé prisa.

Savidlin gritó a uno de sus hombres que corriera a buscar a la curandera. Entre él y otros hombres levantaron a Richard. Apoyado en su lanza, Chandalen se limitó a mirar.

Una procesión de antorchas desandó el sinuoso camino hasta la casa de los espíritus. Savidlin y sus cazadores llevaron dentro a Richard, lo dejaron frente al fuego y le colocaron una manta bajo la cabeza. Acto seguido, Savidlin mandó a sus hombres fuera y se quedó junto a Kahlan.

La mujer se arrodilló junto a Richard y, con manos temblorosas, le tocó la frente. Estaba cubierta por un sudor helado. El joven parecía inconsciente. Kahlan se mordió el labio e hizo esfuerzos por no llorar.

—Nissel lo curará. Ya verás —la tranquilizó Savidlin—. *Es una buena curandera. Ella sabrá qué hacer.*

Kahlan sólo pudo asentir. Richard farfullaba incoherencias al tiempo que agitaba la cabeza, como si buscara una posición en la que no sintiera dolor. Savidlin rompió el silencio al preguntar:

—Madre Confesora, ¿qué es lo que hiciste? ¿De dónde salió ese rayo?

—No estoy segura de cómo lo hice, pero es parte de la magia de una Confesora. Se denomina Cólera de Sangre.

Savidlin se quedó mirándola un instante mientras se sentaba en cuclillas y se rodeaba las rodillas con sus nervudos brazos.

—No sabía que una Confesora pudiera conjurar rayos.

—Yo misma no lo descubrí hasta hace unos días.

—¿Y qué era esa bestia negra?

—Creo que una criatura del inframundo.

—Del mismo lugar del que vinieron las sombras la otra vez. —Kahlan asintió—. *¿Y qué buscaba?*

—Lo siento, Savidlin, no tengo respuesta alguna. Pero, si viene otra, di a la gente que se aleje de ella. Que no se queden quietos ni corran; sólo que se alejen y vengan a avisarme.

El hombre barro meditó en silencio las palabras de Kahlan. Al fin, la puerta se abrió con un chirrido y apareció una figura encorvada flanqueada por dos hombres con antorchas. Kahlan se levantó de un salto y cogió la mano de la curandera.

—Nissel, gracias por venir.

—¿Cómo está tu brazo, Madre Confesora? —preguntó la curandera, sonriendo y dando a Kahlan una palmadita en el hombro.

—Perfectamente, gracias a ti. Nissel, algo le ocurre a Richard; tiene unos terribles dolores de cabeza.

—Lo sé pequeña —dijo Nissel, sonriendo—. *Echémosle un vistazo.*

La curandera se arrodilló junto a Richard. Uno de los hombres que había acompañado a Nissel le tendió una bolsa de tela. Al dejarla en el suelo, los objetos que contenía tintinearon entre sí. La curandera ordenó a uno de los hombres que la alumbrara con la antorcha, retiró el vendaje ensangrentado y, con los pulgares, presionó para abrir la herida. Entonces miró la cara de Richard para comprobar si el joven lo sentía. Pero no era así.

—*Aprovechando que duerme, primero le curaré la herida.*

Después de limpiar la herida, la curandera la cosió bajo la silenciosa mirada de Kahlan y los tres hombres. Las antorchas chisporroteaban y siseaban, iluminando con cruda y titilante luz el interior de una casa de los espíritus casi vacía. Desde los estantes, los cráneos de los antepasados supervisaban la escena.

Hablando a ratos para sí, Nissel cosió la herida, colocó encima un emplasto que olía a resina de pino y, luego, aplicó un vendaje limpio en el brazo. Mientras rebuscaba en su bolsa, dijo a los hombres que podían marcharse. Al salir, Savidlin posó una mano sobre el hombro de Kahlan en gesto de simpatía y le dijo que se verían por la mañana.

Cuando se hubieron ido, Nissel dejó de revolver en la bolsa y alzó la mirada hacia Kahlan, diciendo:

—*He oído que sois pareja.* —Kahlan asintió—. *Creía que tu naturaleza de Confesora te impedía amar a ningún hombre, porque tu poder lo tomaría al... hacer bebés.*

Kahlan sonrió a la anciana por encima de Richard.

—*Richard es especial; tiene magia que lo protege de mi poder.* —Ambos habían prometido a Zedd que nunca revelarían la verdad: que lo que en realidad lo protegía era el amor que sentía por ella.

Nissel sonrió y, con una arrugada mano, tocó el brazo de Kahlan.

—*Me alegro mucho por ti, pequeña.* —Dicho esto volvió la atención a la bolsa y, por fin, sacó un puñado de pequeñas ampollas de cerámica cerradas con tapón—. *¿Le dan a menudo estos dolores de cabeza?*

—*Me ha contado que, a veces, tiene migraña, pero que esta vez es distinto, que el dolor es más intenso, como si algo tratara de salir de su cabeza. Dice que nunca había tenido uno igual. ¿Podrás ayudarlo?*

—*Ya veremos.*

Después de destaparlas, la curandera fue acercando una a una las ampollas a la nariz de Richard. Al fin, una lo despertó. Nissel olió el contenido para comprobar cuál era, tras lo cual asintió y rebuscó de nuevo en la bolsa.

—¿Qué está pasando? —gimió Richard.

Kahlan se inclinó sobre él y le besó la frente.

—Nissel te va a curar el dolor de cabeza. Descansa.

Richard arqueó la espalda mientras apretaba con fuerza los ojos por efecto del dolor y se llevaba los puños, que le temblaban, a ambos lados de la cabeza.

La curandera le abrió a la fuerza la boca tirando de la barbilla hacia abajo con los dedos, y con la otra mano le introdujo dentro algunas hojas de pequeño tamaño.

—*Dile que las mastique lentamente.*

—Dice que mastiques las hojas; te aliviarán.

Richard asintió y, mientras obedecía, rodó sobre un costado, presa de un agónico dolor. Kahlan se apartó el pelo del rostro, peinándoselo con los dedos. Se sentía impotente y deseaba poder hacer más. Verlo sufrir de ese modo la aterraba.

Nissel vertió el líquido contenido en un odre en una taza grande y lo mezcló con polvos de otros tarros. A continuación, con la ayuda de Kahlan, se lo dio a beber a Richard. Al acabar, éste se dejó caer sobre el suelo, respirando entrecortadamente, pero sin dejar de masticar las hojas.

—*La bebida lo ayudará a dormir* —dijo Nissel, poniéndose en pie. Kahlan la imitó y le tendió la pequeña bolsa—. *Si el dolor vuelve, que mastique más hojas.*

Kahlan se encorvó ligeramente para no descollar tanto sobre la anciana.

—*Nissel, ¿sabes qué le ocurre?*

La curandera destapó una ampolla, la olió y luego la acercó a la nariz de la mujer. Olía a lilas y regaliz.

—*Espíritu* —respondió, escueta.

—*¿Espíritu? ¿Qué quieres decir?*

—*Padece una enfermedad del espíritu. No es ni la sangre ni su equilibrio ni su aire. Es el espíritu.*

Kahlan no entendió nada de eso, pero en realidad sólo le interesaba una cosa.

—*¿Se pondrá bien? ¿Lo curarán la medicina y las hojas?*

Nissel sonrió y le palmeó cariñosamente un brazo.

—*Me encantaría asistir a vuestra boda. No me rendiré. Si esto falla, probaré otros remedios.*

—*Muchas gracias, Nissel.* —Kahlan la cogió del brazo y la acompañó a la puerta. Chandalen estaba fuera, de pie junto al corto muro. Algunos de sus hombres esperaban en las sombras. Prindin recostaba su espalda contra la pared de la casa de los espíritus. Kahlan se dirigió a él—. *¿Querrás escoltar a Nissel a su casa, por favor?*

—*Por supuesto.* —El joven ofreció respetuosamente el brazo a la curandera y se internó con ella en la noche.

Después de intercambiar una larga mirada con Chandalen, Kahlan fue hasta él.

—*Te agradezco que tú y tus hombres nos protejáis. Muchas gracias.*

—*No os protegemos a vosotros, sino que protegemos a los demás de vosotros. Para prevenir males mayores* —replicó el hombre barro, mirándola inexpresivamente.

Kahlan se sacudió la tierra de sus hombros.

—*Sea como sea, si aparece cualquier otra bestia, no tratéis de matarla. No quiero que nadie de la gente barro muera, y eso te incluye a ti. Si algo aparece, no corráis ni os quedéis quietos. Si lo hacéis, os matará. Debéis caminar y venir a buscarme. No tratéis de combatirlo solos. ¿Entendido? Venid a buscarme.*

—*¿Para que conjures más rayos?* —inquirió Chandalen sin mostrar aún emoción alguna.

—*Si es necesario, sí* —replicó la mujer, mirándolo fríamente, aunque se preguntaba cómo, pues no tenía ni idea de cómo lo había hecho—. *Richard el del genio pronto no se siente bien. Es posible que mañana no pueda ir a disparar flechas contigo y con tus hombres.*

—*Ya sabía yo que buscaría alguna excusa para echarse atrás* —comentó el hombre barro, con aire de suficiencia.

Kahlan inspiró profundamente y apretó las mandíbulas. Tenía mejores cosas que hacer que quedarse allí e intercambiar insultos con ese estúpido; tenía que regresar adentro, al lado de Richard.

—*Buenas noches, Chandalen.*

Richard seguía tendido de espaldas y masticaba las hojas. La mujer se sentó junto a él, animada al verlo más despierto.

—Estas cosas empiezan a saber mejor.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Kahlan, acariciándole la frente.

—Algo mejor. El dolor viene y se va. Creo que las hojas me alivian, pero la cabeza me da vueltas.

—Mejor que te dé vueltas a que la sientas a punto de estallar, ¿no?

—Sí —. Richard le puso una mano sobre un brazo y cerró los ojos—. ¿Con quién estabas hablando?

—Con el estúpido de Chandalen. Hace guardia fuera. Teme que causemos más problemas.

—Tal vez no sea tan estúpido. Seguramente, esa cosa no habría venido si nosotros no estuviéramos aquí. ¿Cómo la llamaste?

—Aullador.

—¿Y qué es exactamente?

—No estoy segura. No conozco a nadie que haya visto alguno, pero he oído descripciones. Se supone que habitan en el inframundo.

Richard dejó de mascar y abrió los ojos para mirarla.

—¿El inframundo? ¿Qué sabes de los aulladores?

—No demasiado. ¿Has visto alguna vez a Zedd borracho?

—¿A Zedd? Nunca. No le gusta el vino, sólo la comida. Dice que el alcohol le impide pensar con claridad, y que no hay nada tan importante como pensar. —Richard sonrió—. Dice que los mejores bebedores son los que peor piensan.

—Bueno, pues un mago borracho da bastante miedo. Recuerdo que una vez, de pequeña, estaba en el Alcázar estudiando idiomas, porque en el Alcázar hay libros para eso. La cuestión es que estaba estudiando mientras cuatro de los magos leían juntos un libro de profecías. Era un libro que nunca antes había visto.

»Estaban inclinados sobre él y empezaban a exaltarse. Hablaban en susurros, y yo me di cuenta de que estaban asustados. Me resultaba mucho más divertido observar a los magos que estudiar idiomas.

»Cuando alcé la vista, vi que todos se habían puesto blancos, se irguieron al mismo tiempo y cerraron el libro de golpe. Recuerdo que el golpe me sobresaltó. Todos se quedaron quietos unos minutos, y luego uno se marchó y volvió con una botella. Sin decir ni media palabra, se pasaron copas y se sirvieron. Todos apuraron sus copas de un trago. Luego se sirvieron más, y volvieron a apurarlas. Sentados en taburetes alrededor de la mesa sobre la que descansaba el gran libro, fueron bebiendo hasta acabar la botella. Para entonces estaban bastante alegres y borrachos; reían y cantaban. Yo estaba fascinada. Nunca había visto nada igual.

»Al fin, al darse cuenta de que los observaba, me dijeron que me acercara. Yo no quería, pero se trataba de magos, y los conocía bastante bien, por lo que no les tenía miedo y me acerqué. Uno me sentó en su rodilla y me preguntó si quería cantar con ellos. Yo le respondí que no conocía la canción que estaban cantando. Ellos se miraron entre sí y me dijeron que me la enseñarían. Nos quedamos allí sentados mucho rato y me la enseñaron.

—¿Y la recuerdas?

—Sí. Nunca la he podido olvidar. —Kahlan se arregló un poco el pelo y luego cantó para él.

Los aulladores andan sueltos y el Custodio puede vencer.
Sus asesinos han venido para arrancarte la piel.
Sus ojos dorados te verán, si intentas huir.
Los aulladores te atraparán y se reirán a carcajadas.

Anda despacio o te harán pedazos,
y se reirán sin parar mientras se comen tu corazón.
Sus ojos dorados te verán, si te quedas quieto.
Los aulladores te atraparán para el Custodio al que sirven.

Hazlos pedazos, destrózalos, córtalos en trocitos,
o te atraparán mientras se desternillan.
Y si los aulladores no te atrapan, el Custodio
intentará alcanzarte y tocarte, y te quemará.

Te machacará la mente y tomará tu alma,
dormirás con los muertos y renunciarás a la vida.
Morirás junto al Custodio por toda la eternidad.

Él odia tu vida; tu crimen es estar vivo.

Los libros dicen que los aulladores te atraparán,
y, si fallan, lo intentará el Custodio.
Solamente el nacido para la verdad podrá salvar la vida.
Es el marcado; es el guijarro en el estanque.

—Una canción bastante truculenta para enseñársela a una niña —comentó Richard, mirándola fijamente. Al fin, volvió a masticar las hojas.

—Sí, es cierto —confirmó Kahlan, con un suspiro—. Esa noche tuve una pesadilla terrible. Mi madre vino a mi cuarto y se sentó en mi cama, me abrazó y me preguntó sobre qué tenía las pesadillas. Yo le canté la canción que los magos me habían enseñado. Entonces, ella se acostó en mi cama y se quedó conmigo el resto de la noche.

»Al día siguiente fue a hablar con los magos. Nunca supe qué hizo ni qué les dijo, pero, durante los meses siguientes, cada vez que la veían acercarse daban media vuelta y huían. Y durante mucho tiempo también me evitaron a mí, como si tuviera la peste.

Richard cogió otra hoja de la bolsita y se la introdujo en la boca.

—¿Los aulladores son enviados del Custodio? ¿El Custodio del inframundo?

—Eso dice la canción, y debe de ser cierto. ¿O crees que algo de este mundo podría echarse a reír después de recibir tantas flechas?

Richard se quedó un momento pensativo, y luego preguntó:

—¿Qué quiere decir eso del «guijarro en el estanque»?

—No sé. —Kahlan se encogió de hombros—. Es la única vez que lo he oído.

—¿Y el rayo azul? ¿Cómo lo hiciste?

—Tiene que ver con la Cólera de Sangre. Ya lo hice una vez, la primera vez que la sentí. —Kahlan inspiró hondo al recordar esa ocasión—. Cuando creí que habías muerto. Nunca antes había sentido la Cólera de Sangre, pero ahora la siento todo el tiempo como una parte más de mi magia de Confesora. De algún modo, están conectadas. Debo de haberla despertado. Creo que es sobre lo que Adie me advirtió. Pero, Richard, no sé cómo lo hice.

Richard sonrió.

—Nunca dejas de sorprenderme. Si yo acabara de descubrir que soy capaz de conjurar rayos, no me quedaría aquí sentado tan tranquilo.

—Bueno, recuerda de qué soy capaz —le advirtió Kahlan— cuando una bonita muchacha te mire con ojos lánguidos.

—No hay ninguna otra muchacha bonita —repuso él, cogiéndole la mano.

Con los dedos de la otra mano, Kahlan le peinó el cabello.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí —susurró él—. Túmbate a mi lado; quiero notarte cerca. Tengo miedo de no despertarme nunca, y quiero estar cerca de ti.

—Te despertarás —le prometió ella, de buen humor.

Kahlan cogió otra manta y la usó para taparse ambos. Entonces se acurrucó contra él, apoyó la cabeza en su hombro, le pasó un brazo por encima del pecho y trató de no pensar en lo que había dicho Richard.

8

Al despertar, sintió en la espalda la calidez del cuerpo de Richard. La luz se filtraba por el quicio de la puerta. Kahlan se incorporó, se frotó los ojos para despabilarse y miró a su compañero.

El joven estaba tendido de espaldas, con la vista clavada en el techo, y su respiración era lenta y superficial. Era tan apuesto que le dolía contemplarlo.

De pronto, en un fogonazo, comprendió qué le parecía tan familiar en él; Richard se parecía a Rahl el Oscuro. No poseía el mismo tipo de perfección imposible —ese conjunto de rasgos delicados y sin mácula, demasiado perfectos, como los de una estatua—, sino que éstos eran más toscos, más duros, más reales.

Antes de vencer a Rahl, cuando Shota, la bruja, se les apareció como la madre de Richard, Kahlan vio que Richard había heredado de ella la nariz y la boca. Era como si Richard tuviera la cara de Rahl el Oscuro, pero con algunos de los rasgos de su madre, lo que la hacía más atractiva que la cruel perfección de Rahl. Rahl el Oscuro tenía el pelo fino, lacio y rubio, mientras que el de Richard era más grueso y de un tono más oscuro. Y sus ojos eran grises, en vez de azules como los de Rahl, aunque compartían la misma penetrante intensidad, la misma mirada de halcón que parecía capaz de cortar el acero.

Pese a que no comprendía cómo era posible, supo que Richard llevaba sangre de Rahl. Pero eran de lugares muy alejados entre sí: Rahl el Oscuro era de D'Hara, y Richard de la Tierra Occidental. Finalmente decidió que debía de haber algún lazo en un pasado remoto.

Richard seguía con la mirada clavada en el techo. Kahlan posó una mano sobre su hombro y lo apretó.

—¿Qué tal la cabeza?

Richard se sobresaltó, miró alrededor y parpadeó. A continuación se frotó los ojos.

—¿Qué?... Estaba dormido. ¿Qué decías?

—No estabas dormido —afirmó Kahlan, ceñuda.

—Sí lo estaba. Profundamente dormido.

—Tenías los ojos abiertos de par en par. Te estaba mirando. —Kahlan sintió un asomo de temor. Por lo que sabía, sólo los magos dormían con los ojos abiertos.

—¿De veras? ¿Dónde están esas hojas? —preguntó él, mirando en derredor.

—Toma. ¿Te sigue doliendo mucho?

—Sí. —Richard se incorporó—. Pero no tanto como ayer. —El joven se metió algunas hojas en la boca y se alisó el pelo con los dedos—. Al menos, hoy puedo hablar. Y puedo sonreír —añadió, demostrándoselo, sin sentir que la cara estaba a punto de romperse.

—Quizá no deberías ir a disparar flechas si aún no te sientes bien.

—Savidlin dijo que no podía echarme atrás, y no pienso fallarle. Además, tengo ganas de ver el arco que me ha fabricado. Hace... bueno, no sé ni cuánto tiempo hace que no disparo con un arco y con flechas.

Después de un rato de mascar las hojas de Nissel, doblaron las mantas y fueron en busca de Savidlin. Lo encontraron en su casa, escuchando a Siddin, el cual le contaba qué se sentía al montar en un dragón. A Savidlin le encantaba escuchar historias y, aunque esta vez fuera un niño pequeño quien las explicara, él escuchaba con el mismo interés que mostraría a un cazador que regresara de una expedición. Kahlan notó no sin orgullo que el niño daba una versión fidedigna de los hechos, sin dejarse llevar por la imaginación.

Siddin preguntó si podría tener un dragón como mascota, pero Savidlin le respondió que el dragón rojo no era una mascota, sino un amigo de la gente barro y añadió que, si quería una, buscara un pollo rojo y se lo quedara.

Weselan, que estaba cocinando algún tipo de gachas con huevos, invitó a Richard y a Kahlan a que compartieran el desayuno con ellos y les tendió un cuenco. Ambos se sentaron sobre una piel en el suelo. Weselan les ofreció pan de tava para que lo usaran a modo de cuchara con las gachas.

Por medio de Kahlan, Richard preguntó a Savidlin si tenía algún tipo de taladro. El hombre barro se inclinó mucho hacia atrás y de una bolsa escondida debajo de un banco sacó una delgada vara, que tendió a Richard. Éste, con el colmillo del dragón en una mano, dio vueltas a la vara con expresión perpleja. Entonces la colocó en la base del colmillo y probó a retorcerla. Savidlin se echó a reír.

—*¿Quieres un agujero en eso?* —Richard asintió, y Savidlin le tendió una mano—. *Déjame a mí. Te enseñaré cómo se hace.*

Con la punta del cuchillo, Savidlin empezó a hacer un pequeño agujero, tras lo cual se sentó en el suelo y sujetó el colmillo entre los pies. Acto seguido dejó caer algunos granos de arena en el agujero e introdujo la vara. Después de escupirse en las manos, fue haciendo rodar rápidamente la vara entre las manos, deteniéndose sólo de vez en cuando para echar más granos de arena en el agujero o limpiar parte de la saliva que se iba introduciendo. Al poco rato, había perforado el colmillo. Con el cuchillo limpió el agujero al otro lado del colmillo, y luego lo sostuvo en alto, sonriendo, mientras mostraba orgulloso su obra. Richard se echó a reír y le dio las gracias mientras enfilaba el colmillo con una correa de cuero. Entonces se lo colgó al cuello, junto con el silbato del Hombre Pájaro y el agiel de la mord-sith.

Poco a poco, la colección se iba ampliando, aunque no siempre con objetos de su agrado.

Mientras rebañaba el cuenco con un pedazo de pan, Savidlin quiso saber:

—*¿Qué tal el dolor de cabeza?*

—Mejor. Me sigue doliendo mucho, pero las hojas que me dio Nissel me alivian. Me da vergüenza que ayer tuvieran que llevarme en brazos.

Savidlin desechó sus escrúpulos con alegría.

—*Una vez me dolía mucho aquí* —explicó, señalándose una cicatriz redonda en el costado—. *Tuvieron que llevarme en brazos mujeres. ¡Mujeres!* —insistió, inclinándose hacia adelante y enarcando una ceja. Weselan lo miró con reprobación, pero él hizo como si no se diera cuenta—. *Cuando mis hombres lo descubrieron, se rieron un buen rato de mí.* —El hombre barro se llevó a la boca el último pedazo de pan de tava y masticó unos minutos—. *Pero, cuando les dije qué mujeres me habían llevado en brazos a casa, pararon de reír y quisieron saber cómo hacerse una herida como la mía para que a ellos los trataran igual.*

—*¡Savidlin!* —Weselan se mostró escandalizada—. *Si no hubiese venido ya herido, yo misma me hubiera ocupado de hacerlo.*

—¿Y cómo te hiciste esa cicatriz? —preguntó Richard.

—*Tal como dije a mis hombres, fue fácil* —respondió Savidlin, encogiéndose de hombros—. *Me quedé de pie, inmóvil como un conejo asustado mientras un intruso me traspasaba con su lanza.*

—¿Y por qué no te remató?

—*Porque le clavé algunas flechas de diez pasos. Aquí.* —Savidlin señaló el cuello.

—¿Qué es una flecha de diez pasos?

Savidlin extendió el brazo y sacó de su aljaba una flecha provista de lengüeta y con la punta delgada.

—*Aquí tienes una. ¿Ves esta mancha oscura? Es veneno; veneno de diez pasos. Cuando la flecha se te clava, sólo puedes dar diez pasos y ya estás muerto.* —El hombre rió—. *Pero mis hombres decidieron buscar otro modo de que esas mujeres los llevaran en andas a su casa.*

Weselan se inclinó hacia su marido y le embutió en la boca lo que le quedaba de pan de tava. Entonces se volvió a Kahlan, diciéndole:

—*Los hombres disfrutan explicando historias horribles. Me tuvo muy preocupada hasta que mejoró* —admitió con una tímida sonrisa—. *Supe que estaba mejor cuando vino a mí y juntos concebimos a Siddin. Entonces dejé de preocuparme.*

Kahlan se dio cuenta de que había traducido sin parar mientes en el significado de las palabras y sintió que las orejas le ardían. Evitando mirar a Richard, puso toda su atención en las gachas. Al menos se alegraba de que el cabello le tapara las orejas.

—*Ya te darás cuenta de que a las mujeres también les gusta explicar historias* —comentó Savidlin a Richard, poniendo cara de resignación.

Kahlan trató desesperadamente de hallar otro tema de conversación, pero no se le ocurría nada. Por suerte, a Savidlin sí. El hombre se inclinó hacia atrás y miró por la puerta.

—*Pronto será hora de partir.*

—¿Cómo sabes a qué hora será?

Savidlin se encogió de hombros.

—*Yo estoy aquí, tú estás aquí, algunos de los hombres están aquí. Cuando lleguen todos, será la hora.*

Savidlin fue hacia un rincón y cogió un arco más alto que el que Kahlan le había visto usar. Estaba hecho a medida de Richard. Con ayuda de un pie, Savidlin tensó la cuerda.

Richard lo contemplaba sonriendo de oreja a oreja y dijo a Savidlin que era el mejor arco que había visto en su vida. El hombre barro se hinchó de orgullo y le tendió una aljaba llena de flechas.

Richard comprobó el peso y la tensión de la cuerda.

—¿Cómo supiste qué tensión darle? Es perfecta.

—*Recordé todo el respeto que mostraste hacia mi fuerza cuando nos conocimos* —explicó Savidlin, señalándose el mentón—. *Para mí es demasiado pesado, pero calculé que era lo que tú necesitabas.*

—¿Estás seguro de que quieres ir? —preguntó Kahlan a Richard—. ¿Te duele la cabeza?

—De un modo terrible, pero tengo las hojas, y me alivian un poco. Creo que estaré bien. Savidlin lo espera con mucha ilusión. No quiero decepcionarlo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Kahlan, frotándole un hombro con la mano.

Richard la besó en la frente.

—Creo que no voy a necesitar a nadie que me traduzca que me han vencido. Además, no quiero dar a los hombres de Chandalen ninguna excusa para humillarme más de lo que van a hacerlo.

—Zedd me dijo que eras muy bueno. De hecho, me dijo que eras más que bueno.

Richard lanzó una furtiva mirada a Savidlin, que estaba ocupado en encordar su propio arco.

—Hace mucho tiempo que no practico. Apuesto a que Zedd sólo trataba de armar un lío.

Mientras Savidlin acababa, Richard le robó un beso a Kahlan, tras lo cual salió en compañía del hombre barro. Apoyada en el quicio de la puerta, Kahlan contempló cómo se marchaba, sintiendo aún los labios del joven sobre los suyos.

Chandalen, que estaba calibrando una de sus flechas, alzó la mirada con gesto impasible. Prindin y Tossidin esbozaron leves sonrisas traviesas; estaban ansiosos por ponerse en marcha. Richard paseó la vista alrededor y fue mirando a los ojos a cada uno de los hombres cuando pasaba por su lado. Todos echaron a andar tras él. Richard le sacaba una cabeza a todos los hombres barro, por lo que parecían un grupo de niños que siguieran a un adulto. Pero esos niños llevaban flechas envenenadas y algunos de ellos no le querían nada bien. De pronto, a Richard ya no le gustó tanto ir con ellos.

Weselan contemplaba la partida junto a Kahlan.

—Savidlin me ha dicho que guardaría las espaldas de Richard. No te preocupes. Chandalen no hará nada estúpido.

—Me preocupa pensar qué es estúpido para Chandalen.

Weselan se secó las manos en un paño y volvió la mirada para controlar a Siddin. El niño quería ir fuera y estaba sentado, jugando con la tierra del suelo con aire contrito porque su madre le había ordenado que se quedara dentro de la casa. Weselan lo miró largamente. El niño alzó los ojos hacia ella, apoyando el mentón en la palma de una mano. Su madre lo golpeó suavemente con el paño.

—Anda, ve fuera a jugar. —Weselan lanzó un suspiro, mientras el niño salía en tromba con un grito de alegría. La mujer meneó la cabeza para sí misma—. *Los niños no saben que la vida es algo precioso y muy frágil.*

—Quizá por eso todos desearíamos volver a la infancia.

—Es posible. —Una hermosa sonrisa iluminó el rostro tostado de la mujer barro, y sus ojos oscuros centellearon—. *¿De qué color quieres que sea tu vestido de boda?*

Kahlan se retiró la melena hacia la espalda con ambas manos y se quedó pensativa un minuto. Finalmente, sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Richard prefiere el azul.

—¡Oh, me viene que ni pintado! —Weselan entrelazó los dedos—. *Tengo justo lo que necesitas. Lo guardaba para algo especial.*

La mujer fue a su pequeño dormitorio y volvió con un fardo. Luego se sentó en el banco junto a Kahlan y, con cuidado, lo desplegó en el regazo. Era una tela elegantemente tejida, de un brillante color azul salpicado de flores también azules, pero de un tono más claro. Kahlan se dijo que con esa tela podría hacerse un vestido espléndido.

—Es preciosa —dijo, palpando la tela entre los dedos—. *¿De dónde la has sacado?*

—Fue un intercambio. A la gente del norte le gustan mis cuencos, y los cambié por la tela.

Kahlan sabía reconocer una tela de calidad en cuanto la veía. Sin duda, a Weselan le habría costado muchos cuencos.

—No puedo aceptarla, Weselan. Has trabajado muy duro para conseguirla. Es tuya.

—Tonterías —repuso la mujer barro, alzando la tela azul por las esquinas y examinándola con mirada crítica—. *Vosotros dos vinisteis aquí y nos enseñasteis a hacer tejados que no gotean. Luego salvasteis a Siddin de las sombras y, de paso, nos librasteis de un viejo idiota e hicisteis posible que Savidlin se convirtiera en uno de los seis ancianos. Nunca había sido tan feliz como lo es ahora. Cuando Siddin fue raptado, vosotros lo rescatasteis. Habéis destruido al hombre que nos hubiera esclavizado; sois los guardianes de nuestra gente. ¿Qué es eso comparado con un trozo de tela?*

»Me sentiré muy orgullosa de que la Madre Confesora de la Tierra Central se case con un vestido que he confeccionado yo. Yo, una mujer sencilla. Para ti, amiga mía, alguien de origen remoto que conoce cosas tan magníficas que no puedo ni imaginar. No me estarás quitando nada, sino que me lo estarás dando.

Kahlan sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y el labio inferior le tembló.

—No puedes imaginarte la alegría que acabas de darme, Weselan. Ser Confesora significa que todos te temen. Durante toda mi vida, la gente me ha tenido miedo y me ha evitado. Nadie me había tratado como una mujer, ni hablado como una mujer, sino como Confesora. Antes que Richard, nadie me había mirado como una persona. Ninguna mujer antes que tú me había invitado de buen grado a su casa. Ninguna mujer me había permitido abrazar a su hijo. —Kahlan se enjugó las lágrimas—. *Será el vestido más hermoso que he llevado nunca, y el que en mayor estima tendré. Lo llevaré con el orgullo de saber que lo ha hecho para mí una amiga.*

—Cuando tu hombre te vea con él, no podrá esperar a hacerte un bebé —comentó la mujer, mirándola de soslayo.

Riendo y llorando a un tiempo, Kahlan la abrazó. Jamás había osado imaginar que podrían ocurrirle todas esas cosas, que algún día sería tratada como algo más que una Confesora.

Ambas mujeres dedicaron la mayor parte de la mañana al vestido. Weselan parecía tan excitada ante la perspectiva de hacerlo como Kahlan de llevarlo. Weselan no tenía nada que envidiar a la costurera de Aydindril con sus finas agujas de hueso. Decidieron que el vestido sería sencillo, semejante a un brial.

El almuerzo fue frugal: pan de tava y caldo de pollo. Weselan le dijo que más tarde trabajaría en el vestido y le preguntó qué quería hacer por la tarde. Lo que más apetecía a Kahlan era cocinar.

En sus visitas oficiales a la aldea, Kahlan nunca había comido carne porque sabía que la gente barro comía carne humana, la de sus enemigos, para adquirir su sabiduría. Para no ofenderlos, siempre había utilizado la excusa de que no le gustaba la carne. La noche anterior, Richard había reaccionado de manera extraña frente a la carne, por lo que Kahlan no sugirió cambio alguno al menú de estofado de verduras que había propuesto Weselan.

Las dos mujeres cortaron tava, otros tubérculos de color marrón que Kahlan no reconoció, pimientos, judías así como un poco de kuru con sabor a nueces. Echaron todo esto en la gran cazuela de hierro que colgaba encima de la lumbre de la pequeña chimenea y añadieron verduras de hoja verde y setas secas. Weselan añadió algunas ramas de madera dura al fuego mientras le decía a Kahlan que, probablemente, los hombres no regresarían hasta el anochecer. Hasta entonces, sugirió que fueran al área común, con las otras mujeres, y hornearan pan de tava.

—*Me encantaría* —replicó Kahlan.

—*Charlaremos con ellas acerca de la boda. Las bodas siempre son un buen tema de conversación. Especialmente si no hay hombres cerca* —agregó con una sonrisa.

Kahlan comprobó con alegría que las mujeres jóvenes ahora le dirigían la palabra. En el pasado nunca se habían atrevido. Las mujeres de más edad querían hablar de la boda, mientras que las jóvenes le preguntaban sobre lugares remotos. También querían saber si realmente era cierto que los hombres la obedecían y acataban sus órdenes.

Con los ojos muy abiertos escucharon lo que Kahlan tenía que decirles acerca del Consejo Supremo y cómo su misión consistía en proteger los intereses de pueblos como la gente barro de la posible amenaza de países más poderosos, para que la gente barro y otras comunidades pequeñas pudieran vivir como desearan. Kahlan explicó que, aunque tenía autoridad, únicamente la empleaba para servir a los demás. A la pregunta de que si comandaba ejércitos de hombres en batallas, ella les explicó que el asunto no iba de ese modo, que su tarea era propiciar el entendimiento entre los diferentes países para evitar guerras. Después quisieron saber cuántos sirvientes tenía y qué tipo de vestidos fabulosos poseía. Tantas preguntas empezaban a poner nerviosas a las mujeres adultas y a frustrar a Kahlan.

La Confesora dejó caer de golpe una bola de masa en la tabla, que levantó una pequeña nube de harina. Entonces miró a las muchachas a los ojos y les dijo:

—*El vestido más bonito que tendré en mi vida es el que me está cosiendo Weselan, porque lo hace porque es mi amiga, y no porque yo se lo haya ordenado. Ninguna posesión es comparable a la amistad. Yo daría todo lo que poseo, y sería feliz de vivir con harapos y alimentarme de raíces, sólo a cambio de tener una amiga.*

Estas palabras acallaron a las muchachas y calmaron a las demás mujeres. La charla se centró de nuevo en el tema de la boda. Kahlan se limitó a escuchar, feliz, y a dejar la voz cantante a las demás.

A última hora de la tarde, Kahlan vio alboroto al otro lado del campo. Una figura muy alta, Richard, se dirigía a casa de Savidlin y Weselan dando grandes zancadas. Incluso a esa distancia, Kahlan se dio cuenta de que estaba enfadado. Una muchedumbre de cazadores lo seguía, trotando de vez en cuando para no quedarse muy atrás.

Kahlan se limpió con un paño las manos cubiertas de harina, luego arrojó el paño sobre una mesa, abandonó el cobertizo con el suelo de tablas y trotó hacia los hombres. Los atrapó cuando recorrían un ancho pasaje.

Después de abrirse paso a codazos, alcanzó a Richard justo antes de llegar a la puerta de la casa de Savidlin. Chandalen y Savidlin andaban a la zaga de Richard. Al primero le corría sangre por un hombro y llevaba una especie de emplasto de barro sobre una herida en la parte superior. Parecía estar de un humor de perros.

La mujer agarró a Richard por una manga. Él dio media vuelta con una colérica expresión que se suavizó un tanto al darse cuenta de quién era. Inmediatamente apartó la mano del pomo de la espada.

—Richard, ¿qué ha pasado?

El joven fulminó con la mirada a los hombres, concentrándose en especial en Chandalen, tras lo cual posó de nuevo los ojos en la mujer.

—Necesito que traduzcas. Esta tarde tuvimos una pequeña... aventura, y no he logrado hacerles comprender qué ha pasado.

—*¡Exijo saber cómo has osado tratar de matarme!* —gritaba Chandalen, pisando a Richard.

—¿De qué está hablando? Pregunta por qué has intentado matarlo.

—¿Matarlo? ¡Pero si le he salvado la vida! No me preguntes por qué. Debería haber dejado que lo mataran; la próxima vez, lo haré. —Richard se pasó los dedos por el pelo—. La cabeza me va a estallar.

—*¡Lo hiciste a posta!* —lo acusó Chandalen, señalando muy enfadado la herida que tenía en la parte superior del hombro—. *¡Te vi disparar! ¡No fue ningún accidente!*

—¡Idiota! —exclamó Richard, alzando los brazos al aire—. Pues claro que me viste —dijo, clavando los ojos en la fiera mirada del hombre barro—. No dudes de que, si hubiera querido matarte, ya estarías muerto. Pues claro que lo hice a posta; era el único modo de salvarte. Sólo tenía este espacio como mucho. —Extendiendo el brazo por encima del hombro de Kahlan, acercó una mano al rostro de Chandalen y separó los dedos índice y pulgar poco más de un centímetro—. Si no lo hubiera aprovechado, estarías muerto.

—*Explícate* —exigió Chandalen.

Kahlan le puso una mano en el brazo.

—Cálmate, Richard, y cuéntanos qué ocurrió.

—No me entendía. Nadie me entendía. No se lo podía explicar. —Richard la miró con frustración—. Hoy he matado a un hombre.

—¿Qué? —susurró Kahlan—. ¿Has matado a uno de los hombres de Chandalen?

—¡No! No están enfadados por eso. Están contentos de que lo haya matado. Yo sólo quería salvarle la vida a Chandalen, pero ellos creen que...

—Tranquilo, Richard —dijo Kahlan, calmándose a su vez—. Yo les traduciré lo que me digas.

Richard asintió con la cabeza y se frotó los ojos con los pulpejos de las manos. Entonces clavó la mirada en el suelo mientras se peinaba el pelo con los dedos.

—Sólo lo explicaré una vez, Chandalen —advirtió, alzando la vista—. Si no te entra en tu cabezota, nos colocaremos cada uno en un extremo de la aldea y nos lanzaremos flechas hasta que no podamos discutir más. Y te advierto que yo sólo necesitaré una.

Chandalen enarcó una ceja y cruzó sus musculosos brazos.

—*Explícate* —pidió.

Richard inspiró hondo.

—Tú estabas muy lejos de mí. No sé cómo, pero supe que el enemigo estaba allí, detrás de ti. Me di media vuelta y lo único que vi de él fue... mira, este poco. —El joven agarró a Kahlan por los hombros y le hizo dar la vuelta de modo que quedara de cara a Chandalen. Sujetándola por los hombros, se agachó detrás de ella—. Era así. Sólo le veía la coronilla. Tenía la lanza preparada. Un segundo más y te habría atravesado la espalda con ella. Sólo tenía una oportunidad. No veía lo suficiente de él. Desde donde yo estaba, únicamente podía dispararle a la parte superior de la cabeza.

»La parte alta de la frente se inclinaba hacia atrás. Si le daba demasiado alto, la flecha saldría desviada y podría matarte a ti. El único modo de detenerlo, de matarlo, era que la flecha te pasara rozando un hombro.

»Sólo tenía este espacio. —De nuevo, separó los dedos pulgar e índice poco más de un centímetro—. Si disparaba la flecha demasiado baja, tu clavícula desviaría el tiro, y acabarías con una lanza en la espalda. Pero, si disparaba de modo que la flecha no te rozara, no lo mataría, y tú seguirías en peligro. Sabía que una de las flechas con la cabeza cortante de Savidlin podía atravesarte parte de la carne y, al mismo tiempo, permitirme matarlo. No había tiempo para nada más. Tenía que disparar al instante. Creo que una docena de puntos son un precio muy bajo a cambio de tu vida.

—*¿Cómo sé que dices la verdad?* —preguntó Chandalen, ya menos seguro.

Richard sacudió la cabeza y murmuró algo. De pronto, se le ocurrió algo. Arrebató a uno de los hombres de Chandalen una bolsa de lona, introdujo la mano dentro y sacó una cabeza cogiéndola por el cabello mate, empapado de sangre.

Kahlan ahogó un grito y se tapó la boca con una mano al tiempo que apartaba la vista. Pero, antes de hacerlo, tuvo tiempo de ver una flecha que sobresalía del centro de la frente. La punta metálica le salía por la parte posterior de la cabeza.

Richard sostuvo la cabeza detrás del hombro de Chandalen y colocó las plumas del astil junto a la herida.

—Esto es todo lo que veía. Si no dijera la verdad, si el enemigo hubiera estado más erguido, y yo le hubiera disparado en la frente, no te hubiera tocado.

Todos los cazadores empezaron a asentir y a susurrar entre ellos. Chandalen examinó el astil de la flecha que descansaba sobre su hombro, tras lo cual miró la cabeza. Después de reflexionar un minuto, descruzó los brazos, cogió la cabeza y la metió de nuevo en el saco.

—*No será la primera vez que tienen que darme puntos. Unos pocos más no me harán daño alguno. Aceptaré tu palabra, por esta vez.*

Richard observó con los brazos en jarras la retirada de Chandalen y sus hombres.

—De nada —les gritó a la espalda.

Kahlan no tradujo eso, sino que preguntó:

—¿Qué hacen con esa cabeza?

—A mí no me preguntes; no fue idea mía. Y estoy seguro de que no querrás saber qué hicieron con el resto del cuerpo.

—Richard, fue un tiro demasiado arriesgado. ¿Desde qué distancia disparaste?

—No fue nada arriesgado, créeme —replicó él, ahora con voz serena—. Y estaba al menos a trescientos metros.

—¿Puedes disparar con tal precisión desde trescientos metros?

—Me temo que podría haberlo hecho desde el doble de esa distancia o, incluso, desde el triple —respondió Richard, con un suspiro. Entonces posó la mirada en sus manos ensangrentadas y añadió—: Tengo que ir a lavarme. Kahlan, la cabeza está a punto de estallarme. Tengo que sentarme. ¿Puedes avisar a Nissel, por favor? Lo único que ha conseguido mantenerme en pie era gritarle a ese idiota.

—Claro que sí. Vamos, ve dentro; yo llamaré a Nissel.

—Me temo que Savidlin está enfadado conmigo. Por favor, dile que siento mucho haber arruinado tantas flechas suyas.

La mujer frunció el entrecejo mientras Richard entraba en la casa y cerraba la puerta. Savidlin parecía estar a punto de decirle algo. Kahlan se le adelantó, cogiéndole un brazo.

—*Richard necesita a Nissel. Acompáñame y cuéntame qué ha ocurrido.*

Mientras se alejaban a paso vivo, Savidlin miró por encima del hombro la puerta de su casa.

—*Richard el del genio pronto hace honor a su apelativo.*

—Está alterado porque ha matado a un hombre. No es fácil vivir con eso.

—No te lo ha explicado todo. Hay más.

—Cuéntame.

El hombre barro la miró con expresión grave y empezó a explicar:

—Estábamos disparando. Chandalen estaba enfadado por lo bien que lo hacía Richard; entonces dijo que Richard era un demonio, se alejó y se quedó solo entre la alta hierba. Los demás nos quedamos al otro lado, mirando cómo disparaba Richard. Su maestría con el arco parecía imposible. Estaba preparando una flecha cuando, de pronto, dio media vuelta hacia Chandalen. Antes de que pudiéramos siquiera gritar, Richard disparó contra él. Chandalen estaba de pie, con los brazos cruzados. No podíamos creer que Richard disparara contra un hombre desarmado.

»Mientras la flecha surcaba el aire en dirección a Chandalen, dos de sus hombres, que ya tenían flechas prestas, tensaron sus arcos. El primero disparó una flecha de diez pasos a Richard antes de que la flecha alcanzara a Chandalen.

Kahlan no daba crédito a lo que oía.

—¿Disparó contra Richard y falló? Los cazadores de Chandalen nunca fallan.

—No habría fallado —replicó Savidlin en voz baja y ligeramente trémula—. *Pero Richard giró, sacó la última flecha que le quedaba en la aljaba, una flecha con la cabeza cortante, y disparó. Nunca había visto a nadie hacer algo así con tal rapidez.* —El hombre barro vaciló como si temiera que Kahlan no fuera a creerlo—. *La flecha con la cabeza cortante de Richard interceptó la otra flecha en el aire y la partió por la mitad. Cada mitad cayó a un lado de Richard.*

—¿Richard dio a una flecha que volaba por el aire? —Kahlan detuvo a Savidlin, poniéndole una mano sobre el brazo.

Savidlin asintió lentamente.

—Luego el otro cazador disparó. A Richard ya no le quedaban flechas. De pie, con el arco en una mano, esperó. Era otra flecha de diez pasos. Podía oírla hendir el aire.

»Richard la atrapó al vuelo con la mano —prosiguió Savidlin, después de mirar alrededor como si no quisiera que nadie más lo oyera—. La cogió por la parte central. Entonces colocó esa flecha en su propio arco, tensó la cuerda y apuntó a los hombres de Chandalen. Richard les gritó algo. No entendimos qué decía, pero ellos arrojaron los arcos al suelo y extendieron los brazos a los costados para mostrarle las manos vacías. Todos pensamos que Richard el del genio pronto se había vuelto loco y que nos mataría a todos. Estábamos muy asustados.

»*Entonces, Prindin gritó algo; había encontrado al hombre detrás de Chandalen. Todos nos dimos cuenta de que Richard había matado a un intruso armado con una lanza. Richard quería matar al invasor y no a Chandalen. Pero Chandalen no estaba del todo seguro; creía que Richard lo había herido a propósito con la flecha, y se enfureció aún más cuando todos sus hombres se acercaron a Richard y lo palmearon en signo de respeto.*

Kahlan se lo quedó mirando fijamente. No podía creer lo que estaba oyendo; le parecía imposible.

—Richard me ha pedido que te pida disculpas por haber arruinado tus flechas. ¿A qué se refiere?

—¿Sabes lo que es un disparo de astil?

—Sí. Es cuando la flecha de uno atraviesa otra flecha, clavada en el centro de la diana, y parte el astil de la primera. En Aydindril, la milicia local premiaba tal hazaña con galones. He visto a unos pocos hombres con media docena de tales galones; incluso uno llevaba diez.

Savidlin se llevó un brazo a la espalda y sacó un fardo de la aljaba. Todas las flechas estaban partidas por la mitad.

—En el caso de Richard, tendrían que darle un galón por cada vez que fallara. Y no le darían ninguno. Hoy destrozó más de cien flechas, y cuesta hacerlas. No es algo que deba despilfarrarse, pero

los hombres no dejaban de pedirle que lo hiciera una y otra vez, pues nunca habían visto nada igual. En una ocasión logró atravesar seis flechas, una encima de la otra.

»*Luego cazamos conejos y los asamos. Richard estaba sentado junto a nosotros, pero se negó a comer carne. Parecía mareado y se marchó a disparar flechas solo hasta que acabamos. Después de comer fue cuando mató al intruso.*

—*Comprendo. Será mejor que nos demos prisa en avisar a Nissel. Savidlin, ¿qué hacían esos hombres con la cabeza? Es horripilante.* —Kahlan clavó la mirada en Savidlin sin dejar de caminar.

—*¿Viste que tenía pintura negra encima de los ojos? Era para esconderse de nuestros espíritus y acercarse a nosotros sigilosamente. Un hombre que entra en nuestra tierra con pintura negra sobre los ojos viene con un único propósito: matar. Los hombres de Chandalen clavan las cabezas de hombres como ése en picas, al borde de nuestros dominios, para disuadir a otros como ellos.*

»*Puede parecerte horripilante, pero en último término salva vidas. No menosprecies a los cazadores de Chandalen por cortar esa cabeza. No lo hacen por gusto, sino para no tener que matar a nadie mañana.*

Kahlan se sintió estúpida.

—*Supongo que, al igual que Chandalen, soy culpable de precipitarme en mis juicios. Perdóname, anciano Savidlin, por pensar mal de tu gente.*

El hombre barro le pasó un brazo por encima de los hombros y la abrazó.

Cuando regresaron con la curandera, hallaron a Richard acurrucado en una esquina, cogiéndose la cabeza con los dedos entrelazados. Tenía la piel blanca, fría y húmeda. Nissel le dio de beber. Al cabo de unos minutos, le dio un pequeño terrón de algo para que se lo tragara. Richard sonrió al verlo, lo que indicaba que debía de saber qué era. La curandera se sentó en el suelo, junto a él, y le tomó el pulso largo tiempo. Cuando el joven recuperó un poco de color, lo obligó a recostar la cabeza y abrir la boca. Entonces retorció una especie de capullo seco sobre su boca, de modo que el jugo cayera dentro de ella. Richard hizo una mueca. Al verlo, Nissel sonrió sin decir nada. Entonces se volvió hacia Kahlan.

—*Creo que esto lo ayudará. Dile que siga masticando las hojas. Si me necesita, avísame.*

—*Nissel, ¿se pondrá pronto bien? ¿No debería haberse recuperado ya?*

La encorvada anciana lanzó una rápida mirada a Richard.

—*Los espíritus son porfiados y no siempre escuchan. Creo que el suyo no quiere escuchar.* —Al ver el gesto de congoja de Kahlan, se mostró más optimista—. *No te apures, pequeña, no hay espíritu que se me resista.*

Kahlan asintió. Antes de marcharse, Nissel le dirigió una cálida sonrisa y le dio una palmadita en el hombro.

—¿Se lo has dicho? —inquirió Richard, mirando a Kahlan y a Savidlin—. ¿Le has dicho que siento mucho haber arruinado todas sus flechas?

—*Le preocupa haber echado a perder tantas flechas* —tradujo Kahlan al hombre barro con una leve sonrisa.

Savidlin lanzó un gruñido.

—*Es culpa mía por hacer un arco tan estupendo*. —Richard logró reír—. *Weselan ha ido a cocer pan. Yo debo ocuparme de algunas cosas. Descansad. Regresaremos a la hora de la cena. Huelo que mi esposa ha preparado un buen estofado.*

Una vez que Savidlin se hubo ido, Kahlan se sentó en el suelo muy cerca de Richard.

—Richard, ¿qué ha ocurrido hoy? Savidlin me ha contado lo que hiciste con las flechas. No siempre has sido tan buen arquero, ¿verdad?

—No —respondió el joven, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Ya había logrado partir flechas por el astil, pero no más de media docena en un día.

—¿Tantas?

—Sí, cuando tenía un buen día y sentía el blanco. Pero hoy ha sido distinto.

—¿En qué?

—Bueno, cuando salimos, la cabeza me empezaba a doler de manera terrible. Los hombres prepararon blancos con montones de hierba. Yo estaba convencido de que no haría diana ni una sola vez con ese dolor de cabeza. Pero, para no decepcionar a Savidlin, decidí intentarlo. Cuando disparo una flecha, llamo hacia mí el blanco.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —respondió Richard, encogiéndose de hombros—. Yo creía que todo el mundo lo hacía, pero Zedd me sacó de mi error. Miro el blanco y es como si lo atrajera hacia mí. Si lo hago bien, todo lo demás desaparece; sólo quedamos yo y el blanco, que se va acercando a mí. De algún modo, sé cómo sostener la flecha exactamente para acertar de lleno. Cuando lo hago bien, siento que la flecha va a hacer diana antes de soltar la cuerda.

»Cuando aprendí que siempre doy en el blanco si tengo cierta sensación, dejé de disparar. Ahora simplemente apunto y trato de conjurar esa sensación. Cuando la tengo, sé que no puedo fallar, por lo que ya no me molesto en disparar. Lo que hago es flechar de nuevo el arco y buscar de nuevo la sensación. Con el tiempo, he aprendido cómo lograrlo más a menudo.

—¿En qué era distinto hoy?

—Bueno, como he dicho, tenía un terrible dolor de cabeza. Miré cómo disparaban otros; eran realmente buenos. Cuando Savidlin me palmeó en la espalda, supe que era mi turno y me dije que era mejor acabar cuanto antes con eso. Sentía como si la cabeza se me fuera a partir por la mitad. Tensé el arco y llamé el blanco hacia mí.

»No sé cómo explicarlo —prosiguió Richard, pasándose los dedos por el pelo—. Al llamar al blanco, el dolor de cabeza se desvaneció como por ensalmo. No sentía dolor alguno. El blanco vino hacia mí como nunca antes lo había hecho. Era como si en el aire hubiera un agujero y yo sólo tuviera que introducir la flecha ahí. Nunca lo había sentido con tal intensidad. Era como si el blanco fuese enorme. Sabía que era imposible fallar.

»Al rato, para variar un poco, en vez de partir las flechas por la mitad en el blanco, me limité a recortar la pluma roja más externa. Los hombres barro no se daban cuenta de que estaba haciendo algo más difícil y creían que había fallado.

—¿Y el dolor de cabeza había desaparecido del todo? —Richard asintió—. ¿Tienes idea de por qué está pasando todo esto?

Richard dobló las rodillas y apoyó en ellas los antebrazos.

—Me temo que sí —respondió, eludiendo la mirada de Kahlan—. Era magia.

—¿Magia? —susurró Kahlan—. ¿A qué te refieres?

—Kahlan, no sé qué sensación te produce a ti la magia en tu interior, pero yo la sentí. —Richard volvió de nuevo los ojos hacia la mujer—. Cada vez que desenvaino la *Espada de la Verdad*, la magia fluye en mí, se convierte en una parte de mí. Conozco la sensación de esa magia; la he tenido en muchas ocasiones y de modos distintos, según cómo la uso. Por haberme fundido con la espada, soy capaz de sentir su magia incluso cuando está envainada. Ahora puedo incluso conjurar su magia sin necesidad de empuñarla. La siento, como un perro a mis talones, preparada en todo momento a saltar sobre mí.

»Hoy, cuando fleché el arco y llamé al blanco, llamé algo más: magia. Cuando Zedd me tocó, para curarme, y cuando tú me tocaste cuando estabas en la Cólera de Sangre, sentí la magia. Hoy fue algo parecido. Sabía que era magia. Era una magia distinta de la tuya o la de Zedd, pero reconocí la textura de la magia. Noté la vida que palpitaba en ella como un segundo aliento. Estaba viva. —Richard se llevó un puño al centro del pecho—. Sentía cómo nacía en mi interior y se iba acumulando hasta que la liberaba para llamar al blanco.

Kahlan reconoció la sensación que describía Richard.

—Quizá tenía algo que ver con la espada.

—No lo sé. Supongo que es posible, pero era incapaz de controlarlo. Al rato, simplemente desapareció, como una vela que el viento apaga. De pronto me sentí sumido en la oscuridad como si me hubiera quedado ciego. Y el dolor de cabeza volvió.

»Ya no hacía diana ni podía atraer el blanco hacia mí, de modo que dejé a otros que dispararan. La magia iba y venía, sin que yo pudiera predecirla. Cuando los hombres se pusieron a comer carne, noté que me mareaba y tuve que alejarme. Mientras ellos almorzaban, yo disparaba flechas y, a veces, era capaz de conjurar la magia y el dolor de cabeza se esfumaba.

—¿Y eso de que atrapaste una flecha en el aire?

—Savidlin te lo ha contado, ¿no? —Richard la miró por el rabillo del ojo. Kahlan asintió, y Richard lanzó un hondo suspiro—. Eso fue lo más extraño de todo. No sé cómo explicarlo. De algún modo, hice el aire más denso.

—¿Más denso? —inquirió la mujer, inclinándose hacia él y escrutando su rostro.

—Sí. Sabía que tenía que frenar la flecha y lo único que se me ocurrió fue que, si el aire era muy denso, como a veces cuando empuño la espada, tal vez tendría una posibilidad. Si no, moriría. Todo se me ocurrió de golpe; fue dicho y hecho. Al instante. No tengo ni idea de lo que hice. Simplemente lo pensé y vi que mi mano atrapaba la flecha en el aire.

Richard se quedó en silencio. Kahlan se frotó un lado del tacón de la bota con el pulgar, sin saber qué decir. El miedo empezaba a apoderarse de ella. Al alzar los ojos para mirarlo, vio que Richard tenía la vista perdida.

—Richard, te quiero —susurró.

—Yo también te quiero —dijo tras un largo instante—. Kahlan, tengo miedo —añadió, volviéndose hacia ella.

—¿De qué?

—Algo ocurre. Primero aparece un aullador, luego estos dolores de cabeza, tú lanzas un rayo y yo hago esto con las flechas. Lo único que se me ocurre es ir a Aydindril en busca de Zedd. Todas estas cosas tienen algo que ver con la magia.

Kahlan no creía que estuviera necesariamente equivocado, pero, de todos modos, le sugirió otras posibles respuestas.

—El rayo que conjuré tiene que ver con mi magia, no contigo. Aunque no sé cómo lo hice, fue para protegerte. El aullador es del inframundo y no tiene nada que ver con nosotros. Simplemente es un ser maligno. La magia que sentiste hoy... bueno, tal vez tenía que ver con la magia de la espada. ¿Quién sabe?

—¿Y los dolores de cabeza?

—No lo sé —tuvo que admitir.

—Kahlan, esos dolores de cabeza van a matarme. No sé cómo lo sé, pero es cierto. No se trata simplemente de fuertes migrañas; son algo más, aunque no sé el qué.

—Richard, por favor, no digas eso. Me estás asustando.

—A mí también me asusta. Una de las razones por las que estaba tan furioso contra Chandalen es que me temo que está en lo cierto con respecto a mí. Causo problemas.

—Quizá deberíamos empezar a pensar en marcharnos de aquí e ir en busca de Zedd.

—¿Y los dolores de cabeza? La mayor parte del tiempo ni siquiera soy capaz de tenerme en pie. No puedo ir parándome cada diez pasos para disparar una flecha.

A Kahlan se le hizo un nudo en la garganta.

—Quizá Nissel tenga la solución.

—No. Sus remedios me causan un gran alivio, sin embargo es por poco tiempo. Me temo que muy pronto ella no será capaz de hacer nada y moriré.

Kahlan se echó a llorar. Richard se recostó contra la pared, le pasó un brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia sí. Iba a decir algo más, pero ella lo hizo callar poniéndole los dedos sobre los labios. Entonces lloró apretando el rostro contra él, aferrándose a su camisa. Por fin, lentamente, las cosas parecían resolverse. Richard la mantuvo abrazada y la dejó llorar.

Kahlan se dio cuenta de que estaba siendo egoísta. Era a él a quien ocurrían todas esas cosas. Debería ser ella quien lo consolara, y no al revés.

—Richard Cypher, si crees que esto te servirá como excusa para no casarte conmigo, lo tienes claro.

—Kahlan..., te juro que yo no...

La mujer sonrió y le acarició suavemente la mejilla, mientras lo besaba.

—Lo sé, Richard. Hemos resuelto problemas mucho más graves que éste. Ya encontraremos la solución. Te lo prometo. Tenemos que hacerlo; Weselan ya ha empezado a hacerme el vestido.

Richard se metió en la boca algunas de las hojas de Nissel.

—¿De veras? Seguro que estarás muy guapa.

—Bueno, si quieres comprobarlo, tendrás que casarte conmigo.

—Como ordenéis, milady.

Savidlin, Weselan y Siddin regresaron al poco rato. Richard había cerrado los ojos y descansaba mientras mascaba las hojas. Había dicho que se sentía un poco mejor. Siddin se mostraba muy excitado, pues se había convertido en la celebridad local por haber montado en un dragón. Después de pasarse la mayor parte del día explicando su aventura a los demás niños, sólo deseaba sentarse en el regazo de Kahlan y explicarle que había sido el centro de atención.

La mujer lo escuchó con una sonrisa en los labios mientras todos comían el estofado acompañado por pan de tava. Al igual que ella, Richard declinó tomar queso. Savidlin le ofreció un pedazo de carne ahumada que el joven también declinó cortésmente.

Estaban ya acabando cuando un sombrío Hombre Pájaro, rodeado por hombres con lanzas, se presentó en la puerta. Todos dejaron sus cuencos en el suelo y se levantaron. A Kahlan no le gustó la expresión del Hombre Pájaro.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó Richard, adelantándose.

El Hombre Pájaro paseó su mirada por todos los presentes.

—*Tres mujeres, forasteras, han venido con caballos.*

Kahlan se preguntó qué tendrían esas tres mujeres para que hombres con lanzas tuvieran que proteger al Hombre Pájaro.

—*¿Qué quieren?* —quiso saber.

—*Es difícil entenderlas. Hablan muy poco nuestro idioma. Creo que buscan a Richard. Me ha parecido entender que querían ver a Richard y a sus padres.*

—¿A mis padres? ¿Estás seguro?

—*Creo que eso es lo que intentaban decir. Dijeron que no trataras de seguir huyendo, que habían venido a por ti y que no debías huir. También me dijeron que no interfiriera.*

Sin darse cuenta, Richard aflojó la espada en su funda y adoptó una mirada de halcón.

—¿Dónde están?

—*Esperan en la casa de los espíritus.*

—*¿Dijeron quiénes eran?* —preguntó Kahlan, retirándose algunos mechones detrás de la oreja.

A la luz del sol del atardecer que caía sobre el hombre por detrás, sus largos cabellos plateados brillaban.

—*Se hacen llamar Hermanas de la Luz.*

Kahlan se quedó sin respiración y se le puso carne de gallina en los brazos. Por dentro sintió como si una mano le retorciera las entrañas. Era incluso incapaz de parpadear.

9

—¿Y bien? —inquirió Richard, ceñudo—. ¿Quiénes son? ¿Qué ha dicho?

—Dicen que son las Hermanas de la Luz —musitó Kahlan, aún conmocionada.

—¿Y quiénes son esas Hermanas de la Luz? —inquirió Richard, tras una pausa.

Finalmente, la mujer parpadeó y fijó la vista en él.

—No sé mucho sobre ellas. Son un misterio. Creo que deberíamos irnos. Por favor, Richard, vámonos ahora mismo —suplicó Kahlan, aferrándole el brazo con ambas manos.

Richard recorrió con la mirada a los cazadores armados con lanzas hasta posar sus ojos en el Hombre Pájaro.

—Dale las gracias por habernos avisado. Dile que a partir de ahora nos ocupamos nosotros.

El Hombre Pájaro asintió, y después de que él y sus hombres se hubieran marchado, Richard condujo a Kahlan fuera, cogiéndola por el brazo, no sin antes advertir a Savidlin que preferían ir solos. Tras doblar unas cuantas esquinas, Richard la empujó suavemente contra un muro y la sostuvo por la parte superior de los brazos.

—Muy bien, tal vez no sepas mucho sobre ellas, pero sabes algo. Dímelo. No necesito ser capaz de leer los pensamientos para darme cuenta de que sabes algo y estás asustada.

—Tienen algo que ver con los magos, con los poseedores del don.

—¿A qué te refieres?

Kahlan posó las manos sobre los brazos del joven, imitando su gesto.

—Una vez, cuando viajaba con el mago Giller, nos sentamos a charlar. Hablamos sobre la vida, los sueños y cosas como ésas. Giller era mago por vocación, pero no poseía el don. La ambición de su vida había sido convertirse en mago, y Zedd le enseñó. Pero no lo recordaba. Nadie recordaba a Zedd, ni siquiera el nombre, debido al hechizo que tejió alrededor de todos antes de abandonar la Tierra Central.

»De todos modos, yo le pregunté si alguna vez había deseado poseer el don y no sólo la vocación. Giller sonrió y fantaseó unos minutos sobre ello. Luego, su sonrisa se esfumó, palideció y dijo que no, que no deseaba poseer el don. Yo le pregunté por qué, y él me contestó que, porque si tuviera el don, debería enfrentarse a las Hermanas de la Luz.

»Le pregunté quiénes eran, pero no quiso decirme nada sobre ellas. Dijo que era preferible no mencionar siquiera su nombre en voz alta y me suplicó que cambiara de tema. Todavía recuerdo cuánto me asustó la expresión de su rostro.

—¿Sabes de dónde vienen?

—Podría decirse que conozco toda la Tierra Central y nunca he oído decir que se las viera en ninguna parte. Y eso que he preguntado.

Richard la dejó ir y se llevó una mano a la cadera. Con la otra mano se estrujó el labio inferior mientras cavilaba. Finalmente, se cruzó de brazos y dio media vuelta.

—El don. Ya estamos otra vez con eso del don. Creí que ya habíamos acabado con esa tontería. ¡Yo no poseo el don!

—Richard, por favor —imploró Kahlan, retorciéndose los dedos—, por favor, vámonos. Si un mago temía a las Hermanas de la Luz... vámonos enseguida de aquí.

—¿Y si nos siguen? Imagínate que nos atrapan justo cuando estoy fuera de combate, a causa del dolor de cabeza, e indefenso.

—Richard, no sé nada sobre ellas. Pero, si un mago les tenía miedo... ¿Y si ya estamos indefensos ahora?

—Soy el Buscador y ahora no estoy indefenso, pero tal vez más tarde sí lo esté. Prefiero enfrentarme con ellas cuando yo elija. ¡Estoy harto de oír hablar del don! Te repito que no lo tengo y pienso poner fin a esta sandez ahora mismo.

Kahlan inspiró hondo y asintió.

—Muy bien. Supongo que el Buscador y la Madre Confesora no están indefensos.

—Tú no vienes —le dijo Richard, con gesto severo.

—¿Llevas una cuerda encima?

—No. ¿Por qué? —replicó Richard con extrañeza.

—Porque el único modo de impedirme que vaya contigo es atarme.

—Kahlan, no permitiré que...

—Si crees que voy a darte la oportunidad de echar una mirada a una mujer que pueda gustarte más que yo sin estar yo presente, vas listo.

Richard la miró con una expresión exasperada, tras lo cual se inclinó hacia ella y la besó.

—Muy bien. Pero prométeme que no vamos a tener ninguna «aventura» más.

—Tú di a esas tres mujeres que no posees el don, despáchalas y después sabrás qué es un beso de verdad —repuso ella, risueña.

Cuando llegaron a la casa de los espíritus, el cielo había adoptado una tonalidad azul más oscura. A poca distancia se veían atados tres robustos caballos, con unas sillas distintas a cualquiera que Kahlan hubiese visto, con los fustes anterior y posterior muy altos. Se detuvieron delante de la puerta. El aire era tan frío que sus alientos se evaporaban. Después de intercambiar una sonrisa y un apretón de manos, Richard se aseguró de que podría desenvainar fácilmente la espada, inspiró hondo y empujó la puerta. Kahlan adoptó la cara de Confesora, tal como su madre le había enseñado.

Dentro, la casa de los espíritus estaba iluminada por un pequeño fuego y dos antorchas colocadas en sendos tederos, uno a cada lado del fuego. A un lado se veían las mochilas de Kahlan y Richard. En el aire flotaba el aroma a resina y el de las ramas de pino que siempre ardían en la casa de los espíritus para dar la bienvenida a las almas de los antepasados. La luz de las teas titilaba en los cráneos de los antepasados, expuestas sobre un solitario estante. El suelo de tierra estaba seco, pues Richard había usado ese edificio para enseñar a la gente barro a construir tejados impermeables.

Las tres mujeres aguardaban de pie, muy erguidas, en el centro de la única sala del edificio sin ventanas. Llevaban pesadas capas de lana marrón que casi arrastraban por el suelo, largas faldas de montar de diferentes tonalidades oscuras y apagadas, así como sencillas blusas blancas.

Al verlos, se echaron hacia atrás las capuchas que les ocultaban parcialmente el rostro. La mujer del centro, que era unos centímetros más alta que sus compañeras aunque no llegaba a la estatura de Kahlan, poseía una abundante mata de cabello castaño ondulado. La de la derecha tenía el pelo negro y lacio, que le caía sobre los hombros, y el de la otra era rizado, corto y oscuro con algunos mechones de pelo gris. Todas tenían las manos entrelazadas ante ellas en actitud relajada.

Era lo único relajado en ellas, pues la expresión de sus maduros semblantes hizo pensar a Kahlan en su formidable ama de llaves de Aydindril. Era como si de tanto mostrar ese rostro de autoridad se les hubiera quedado grabado. Kahlan tuvo que mirar dos veces las manos de las desconocidas para asegurarse de que, realmente, estaban vacías; no le hubiera extrañado nada que empuñaran palmetas. Por cómo miraban, no parecían dispuestas a tolerar insolencia alguna.

—¿Sois los padres de Richard? —preguntó la mujer del centro. Su voz no era tan áspera como había esperado Kahlan, aunque el tono de autoridad era evidente.

Richard las taladró con una mirada tan intensa que podría haberlas obligado a recular un paso. El joven esperó hasta que las mujeres no pudieron sostenérsela sin parpadear antes de contestar:

—No. Yo soy Richard. Mis padres están muertos. Mi madre murió cuando yo era aún niño, y mi padre falleció el verano pasado.

Las tres mujeres intercambiaron miradas de soslayo.

Kahlan vio ira en los ojos de Richard. La espada irradiaba magia dentro de su funda. La Confesora se dio cuenta de que su compañero estaba a un paso de desenvainarla. Por la expresión de sus ojos, era evidente que no vacilaría si esas mujeres cometían un error.

—No es posible —dijo la mujer del centro extrañada—. Pero si tú eres... mayor.

—No tanto como tú —replicó Richard.

La aludida se sonrojó, y sus ojos se iluminaron brevemente con un destello de rabia que rápidamente se apagó.

—No quería llamarte viejo, pero eres mayor de lo que creíamos. Yo soy la hermana Verna Sauventreen.

—Hermana Grace Rendall —se presentó la mujer de pelo negro de la derecha.

—Hermana Elizabeth Myric —añadió la tercera.

—¿Y tú quién eres, hija mía? —preguntó la hermana Verna a Kahlan con expresión severa.

Kahlan sintió cómo la sangre le hervía en las venas, acaso contagiada por la actitud de Richard. Entre dientes repuso:

—Yo no soy tu hija, sino la Madre Confesora. —Su tono era también de autoridad.

Casi imperceptiblemente, las tres desconocidas se estremecieron. Las tres a una inclinaron levemente la cabeza.

—Pedimos disculpas, Madre Confesora.

La amenaza flotaba aún de manera palpable en la casa de los espíritus. Kahlan se dio cuenta de que tenía los puños apretados y se dijo que, probablemente, era porque esas mujeres representaban una amenaza para Richard. Decidió que ya era hora de que actuara como la Madre Confesora.

—¿De dónde sois? —inquirió con tono glacial.

—Somos de... venimos de muy lejos.

—En la Tierra Central se saluda a la Madre Confesora inclinando la cabeza e hincando al menos una rodilla —les dijo con una feroz mirada que nada tenía que envidiar a la de Richard. Nunca antes había sentido la necesidad de imponer ese uso.

Las desconocidas se inclinaron hacia atrás al unísono, erguidas. Sus ceños de indignación se hicieron más marcados.

Fue suficiente para que Richard desenvainara la *Espada de la Verdad*.

En el aire sonó su característico sonido metálico. Richard no dijo nada, sino que se limitó a sostener la espada con ambas manos. Kahlan vio que tenía que hacer esfuerzos para contenerse. La magia de la *Espada de la Verdad* danzaba peligrosamente en sus ojos. La Confesora se alegró de que la ira del Buscador no estuviera dirigida contra ella; pues era aterradora. Pero las hermanas no parecían tan asustadas como hubiera sido de suponer, aunque se volvieron hacia ella y, todas juntas, hincaron una rodilla en el suelo e inclinaron de nuevo la cabeza.

—Perdonadnos, Madre Confesora —dijo la hermana Grace—. No conocemos vuestras costumbres. No pretendíamos ofenderos.

Kahlan esperó un tiempo prudencial, al que añadió unos largos segundos antes de decir:

—Levantaos, hijas mías.

De nuevo en pie, las mujeres entrelazaron otra vez las manos al frente. La hermana Verna inspiró hondo antes de hablar.

—No hemos venido a asustarte, Richard. Estamos aquí para ayudarte. Guarda la espada —la última parte la pronunció con un toque de dureza y autoridad.

Pero Richard no se movió.

—Según tengo entendido, decís que habéis venido a por mí y que deje de huir. No he estado huyendo. Soy el Buscador y yo decidiré cuándo guardo la espada.

—¿El Bu... ¿Eres el Buscador? —gritó casi la hermana Elizabeth.

Las tres mujeres volvieron a intercambiarse miradas.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Richard en tono desabrido.

—Richard, no vamos a hacerte daño alguno —replicó la hermana Grace, con impaciencia—. ¿Es que tienes miedo de tres mujeres?

—Me ha tocado aprender a las malas que debo temer incluso a una sola mujer. Ya no tengo escrúpulos en matar a mujeres. Por última vez: decidme qué queréis o esta conversación se habrá acabado.

—Sí, ya veo que has aprendido algunas lecciones —comentó la hermana, mirando brevemente el agiel que Richard llevaba colgado al cuello. Su gesto se dulcificó ligeramente—. Richard, necesitas nuestra ayuda. Estamos aquí porque posees el don.

Richard las miró una a una antes de replicar:

—Os han informado mal. No tengo el don ni quiero tener nada que ver con ese asunto. Lamento que hayáis hecho un viaje tan largo para nada —añadió guardando la espada en su vaina—. A la gente barro no le gustan los forasteros y tienen armas envenenadas que no dudarán en emplear contra vosotras. Les diré que os dejen salir sanas y salvas de sus tierras. Os aconsejo que no pongáis a prueba su tolerancia.

Richard condujo a Kahlan hacia la puerta cogiéndola por el brazo. La mujer sentía la rabia que irradiaba del joven, la cólera que ardía en sus ojos y también algo más: su dolor de cabeza. Era evidente que sufría.

—Los dolores de cabeza van a matarte —afirmó con serenidad la hermana Grace.

Richard se detuvo de golpe. Con la mirada clavada hacia adelante, en la nada, respiraba agitadamente.

—He tenido dolores de cabeza toda mi vida. Ya estoy acostumbrado.

—No como éstos —insistió la hermana Grace—. Lo vemos en tus ojos. Reconocemos los dolores de cabeza provocados por el don; es nuestro trabajo.

—En la aldea hay una curandera excelente que ya se ocupa de ellos. Me ha aliviado mucho, y estoy seguro de que pronto me curará por completo.

—No podrá. Nadie excepto nosotras puede. Si no dejas que te ayudemos, los dolores de cabeza te matarán. Ésta es la razón por la que hemos venido: para ayudarte, no para hacerte mal alguno.

—No tenéis que preocuparos por mí. —Richard alargó la mano hacia el tirador de la puerta—. Por suerte, no poseo el don. Todo está bajo control. Os deseo un buen viaje de vuelta.

—Richard —susurró Kahlan, poniéndole suavemente una mano sobre el brazo para impedirle que alcanzara el tirador—. Tal vez deberías escucharlas. ¿Qué mal puede hacerte eso? Quizá puedan decirte algo útil para curar esos dolores de cabeza.

—¡No quiero el don y no quiero tener nada que ver con la magia! La magia no me ha causado más que problemas y dolor. No tengo el don ni lo quiero tener. —De nuevo alargó la mano hacia el tirador.

—Supongo que vas a negar que tus gustos en cuanto a la comida han cambiado de golpe. Yo diría que en estos últimos días —intervino la hermana Grace.

Richard volvió a quedarse helado.

—No es extraño que los gustos sobre la comida cambien.

—¿Te ha visto alguien dormido?

—¿Qué?

—Si alguien te ha visto dormir, habrá notado que ahora duermes con los ojos abiertos.

Kahlan sintió una gélida oleada que le puso la carne de gallina. Todo empezaba a encajar: todos los magos tenían unos hábitos alimenticios extraños y peculiares, y dormían con los ojos abiertos, incluso algunos que no poseían el don. En los que sí lo tenían, como Zedd, era más frecuente.

—No duermo con los ojos abiertos. Te equivocas conmigo.

—Richard —musitó Kahlan—, creo que deberías escucharlas. Escucha lo que tienen que decirte.

Richard la miró como si le suplicara que lo ayudara a huir de todo eso, como si le implorara ayuda.

—No duermo con los ojos abiertos, ¿verdad?

—Sí lo haces. Durante meses, mientras tratábamos de detener a Rahl el Oscuro, te he visto dormir muchas veces. Empezaste a dormir con los ojos abiertos, exactamente como Zedd, desde que abandonamos D'Hara.

—¿Qué queréis de mí? ¿Cómo podéis ayudarme a librarme de los dolores de cabeza? —preguntó Richard a las tres mujeres, aún dándoles la espalda.

—Si quieres que hablemos de ello, tendremos que hacerlo cara a cara, no así. —La hermana Verna usó el mismo tono de voz que emplearía para dirigirse a un niño obstinado—. Tendrás que dirigirte a nosotras como es debido.

Richard no se encontraba con el ánimo propicio para aguantar ese tono de voz. El joven abrió bruscamente la puerta y salió dando un portazo tan fuerte que Kahlan creyó que la puerta iba a salirse de sus goznes, pero aguantó. Se sentía muy abatida por lo que le había dicho a Richard. Él esperaba que ella se pusiera de su lado y no quería escuchar la verdad.

Era una actitud desconcertante en él. Justamente Richard no era de los que eluden la verdad, pero estaba aterrado por algo. Kahlan se volvió hacia las tres mujeres.

—Esto no es ningún juego, Madre Confesora —le dijo la hermana Grace, al tiempo que separaba las manos y las dejaba colgar a ambos lados—. Si rechaza nuestra ayuda, morirá. No le queda mucho tiempo.

Kahlan asintió con la cabeza. Una sensación de vacío y tristeza había reemplazado a la ira que sintiera.

—Iré a hablar con él —dijo en un hilo de voz, apenas perceptible en la gran sala—. Por favor, esperad aquí. Lo traeré de vuelta.

Encontró a Richard sentado en el suelo, recostado contra el corto muro, debajo de donde había arrancado un trozo la noche antes con la espada en el combate contra el aullador. Tenía los codos apoyados en las rodillas, las manos sobre la cabeza y los dedos entrelazados. Cuando Kahlan fue a sentarse a su lado, ni siquiera alzó la vista.

—Te duele mucho, ¿verdad?

El joven asintió. Kahlan arrancó el tallo seco de un hierbajo y lo sostuvo en las manos mientras apoyaba los antebrazos en las rodillas. Como si sus palabras le hubieran recordado algo, Richard sacó algunas hojas del bolsillo de su camisa y se las metió en la boca.

—Richard, ¿de qué tienes miedo? —preguntó Kahlan, arrancando una hojita del tallo.

Richard mascó las hojas un momento antes de levantar la cabeza y recostarla contra el muro.

—¿Recuerdas cuando apareció el aullador y te dije que había sentido su presencia, y tú me dijiste que seguramente lo había oído? —Kahlan asintió con la cabeza—. Cuando hoy maté al intruso, también sentí su presencia, como con el aullador. Fue lo mismo; una sensación de peligro. No sé cómo, pero en ambos casos presentí el peligro. Sabía que algo malo acechaba, aunque no sabía qué.

—¿Qué tiene eso que ver con las tres desconocidas?

—Antes de entrar en la casa de los espíritus para hablar con ellas, tuve la misma sensación de peligro. No sé qué significa, pero es la misma sensación. De algún modo sé que esas mujeres van a interponerse entre nosotros.

—Richard, eso no lo sabes. Según ellas, sólo quieren ayudarte.

—Sí lo sé. Del mismo modo que supe que el aullador estaba aquí, o el hombre con la lanza. Esas mujeres representan un peligro para mí.

Kahlan sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Tú mismo has dicho que esos dolores de cabeza que tienes podrían matarte. Richard, temo por ti.

—Y yo temo la magia. Aborrezco la magia. Odio la magia de la espada. Ojalá pudiera desembarazarme de ella. No puedes ni imaginarte las cosas que he tenido que hacer con ella. No sabes el precio que tuve que pagar para volver la hoja blanca. La magia de Rahl el Oscuro mató a mi padre y me arrebató a mi hermano. La magia ha hecho daño a mucha gente—. El joven lanzó un profundo suspiro, para concluir—: Odio la magia.

—Yo también tengo magia —le recordó Kahlan, suavemente.

—Y casi nos aleja para siempre el uno del otro.

—Pero no lo hizo. Tú encontraste la manera de solucionarlo. Si no hubiese sido por mi magia, tú y yo nunca nos habríamos conocido. La magia también devolvió a Adie su pie, y ha ayudado a mucha más gente —agregó, acariciándole un brazo—. Zedd es un mago; posee el don. ¿Dirías que Zedd es mala persona? Él siempre ha usado el don en bien de los demás.

»Richard, tú también tienes magia. Posees el don. Tú mismo lo has admitido, o casi. Lo usaste para sentir la presencia del aullador. Me salvaste la vida. Lo usaste para sentir la presencia del hombre que iba a matar a Chandalen. También lo salvaste a él.

—Pero yo no quiero tener magia.

—Me parece que estás pensando en el problema y no en la solución. ¿No dices tú siempre que hay que pensar en la solución y no en el problema?

Richard dejó caer la cabeza contra el muro y cerró los ojos.

—¿Es así como será estar casado contigo? —preguntó, lanzando un suspiro de exasperación—. ¿Te dedicarás a decirme el resto de mi vida lo estúpido que soy?

—¿Acaso preferirías que te engañara? —replicó ella, risueña.

—Supongo que no. Siento que la cabeza me va a estallar. Quizás eso me impide pensar con claridad.

—Pues vamos a ponerle remedio; vuelve dentro y escucha al menos lo que las hermanas tienen que decirte. Según ellas, quieren ayudarte.

—Lo mismo decía Rahl el Oscuro —replicó Richard, lanzándole una sombría mirada.

—Huir no es la solución. No huiste de Rahl el Oscuro.

—Muy bien —dijo al cabo de un largo instante—. Las escucharé.

Las tres mujeres esperaban donde Kahlan las había dejado. Las tres le dirigieron leves sonrisas de reconocimiento, agradeciéndole que hubiera llevado a Richard de vuelta. Richard y Kahlan se plantaron frente a las tres mujeres.

—Escucharemos lo que tenéis que decirnos sobre mis dolores de cabeza.

—Gracias por tu ayuda, Madre Confesora —dijo la hermana Grace a Kahlan—, pero ahora debemos hablar con Richard a solas.

—Kahlan y yo vamos a casarnos. —Richard logró que la ira que sentía contra las desconocidas no se reflejara en su tono de voz. Las tres hermanas volvieron a intercambiarse miradas; esta vez más serias—. Lo que me digáis también le afecta a ella. Si queréis hablar conmigo, será con ella presente. Los dos o ninguno. Elegid.

Las hermanas se seguían mirando entre sí. Al fin, la hermana Grace se decidió.

—Como quieras —dijo.

—Lo primero que quiero que sepáis es que no me gusta la magia y no estoy convencido de que posea el don. En caso de poseerlo, cosa que no deseo, quiero librarme de él.

—No estamos aquí para complacerte, sino para salvarte la vida. Y el único modo de hacerlo es enseñarte a usar el don. Si no aprendes a controlarlo, te matará.

—Comprendo. Tuve un problema similar con la *Espada de la Verdad*.

—Lo primero que debes aprender es que, del mismo modo que la Madre Confesora debe ser tratada con deferencia, nosotras también —dijo la hermana Verna—. Ser Hermana de la Luz supone un arduo trabajo, por lo que esperamos ser tratadas con el respeto que nos merecemos. Yo soy la *hermana* Verna, ella es la *hermana* Grace y ella la *hermana* Elizabeth.

Richard las fulminó con la mirada, aunque, al fin, inclinó la cabeza.

—Como desees, hermana Verna. ¿Y quiénes son las Hermanas de la Luz? —inquirió, mirándolas una a una.

—Somos quienes entrenan a los magos; enseñamos a los poseedores del don.

—Vivimos y trabajamos en el Palacio de los Profetas.

—Nunca he oído hablar de un Palacio de los Profetas —intervino Kahlan, mostrando desconfianza—. ¿Dónde está?

—En la ciudad de Tanimura.

—Conozco todas las ciudades de la Tierra Central y nunca he oído hablar de Tanimura.

La hermana Verna sostuvo la mirada de Kahlan un momento.

—Sea como sea, de ahí es de donde venimos.

—¿Por qué os sorprendió descubrir mi edad?

—Porque es inaudito que alguien con el don, como tú, nos haya pasado inadvertido hasta ahora —explicó la hermana Grace.

—¿A qué edad suelen atraer vuestra atención?

—Como muy tarde, a los nueve o diez años.

—¿Por qué creéis que no ha sucedido conmigo?

—Es obvio que, de algún modo, has permanecido oculto.

Kahlan se apercibió de que Richard desempeñaba su papel de Buscador, es decir, buscaba respuestas a sus preguntas antes de darles a ellas nada.

—¿Entrenasteis vosotras a Zedd?

—¿A quién?

—A Zeddicus Zu'l Zorander, mago de Primera Orden.

De nuevo, las hermanas se miraron entre sí.

—No conocemos a ningún mago Zorander de la Primera Orden.

—Creí que vuestro trabajo consistía en localizar a los poseedores del don, hermana Verna.

—¿Conoces tú a ese mago de Primera Orden? —preguntaron ellas, envaradas.

—Yo sí. ¿Por qué vosotras no?

—¿Es anciano? —Richard asintió con la cabeza—. Tal vez no es contemporáneo nuestro.

—Es posible. —Con un puño en la cadera, Richard se alejó unos cuantos pasos y se detuvo, dándoles la espalda—. ¿Cómo me habéis localizado, hermana Elizabeth?

—Nuestra tarea consiste en localizar a los poseedores del don, a los magos. Aunque estabas oculto, cuando empezaste a usar el don, te encontramos.

—¿Y qué pasa si yo no quiero ser mago?

—Eso no es asunto nuestro. Nuestra misión es enseñarte a controlar la magia para que sobrevivas, no obligarte a ser mago. Después, puedes hacer lo que desees.

Richard regresó junto a las hermanas y acercó el rostro a la hermana Verna.

—¿Cómo sabes que tengo el don? —le preguntó.

—Somos Hermanas de la Luz. Nuestra labor es saber.

—Creísteis que era un niño. Creísteis que todavía vivía con mis padres. No sabíais que soy el Buscador y no conocéis al Primer Mago. Yo diría que no sois tan buenas en vuestro trabajo como creéis. Habéis cometido errores. ¿No sería posible que también os equivocarais con respecto a que poseo el don? Vuestros errores no me inspiran confianza. ¿Cómo podéis reclamar respeto, si os equivocáis tanto?

Las tres mujeres se pusieron coloradas. Haciendo un esfuerzo, la hermana Verna controló el tono de voz.

—Richard, nuestro trabajo, nuestra vocación es ayudar a quienes tienen el don. Consagramos nuestra vida a ello. Venimos de muy lejos y todo lo que sabemos lo descubrimos a mucha distancia. No tenemos todas las respuestas. Los errores que hemos cometido no son importantes. Lo importante es que tú tienes el don y que, si no dejas que te ayudemos, morirás.

»La razón por la que ayudamos a los poseedores del don cuando aún son niños y por la que queríamos hablar con tus padres es justamente para evitarnos las dificultades que estamos teniendo ahora. Si hablamos con los padres, les hacemos comprender qué es mejor para sus hijos. A los padres les importa más el bienestar de sus hijos de lo que te importa a ti tu propio bienestar. Enseñar a alguien de tu edad va a ser muy difícil. Los niños aprenden con mayor facilidad.

—¿Antes de que sean capaces de pensar por sí mismos, hermana Verna? —La mujer se quedó en silencio—. Te lo preguntaré de nuevo: ¿cómo sabéis que tengo el don?

—Cuando uno nace con el don, éste permanece latente y es inofensivo —le explicó la hermana Grace, alisándose su lacio y negro cabello—. Las Hermanas procuramos localizar a los nacidos con el don cuando aún son niños. Poseemos diferentes modos de saber quiénes son; a veces, hacen algo que despierta el don. Digamos que éste evoluciona. Cuando eso ocurre se convierte en una grave amenaza para el niño. Es increíble que nos hayas pasado inadvertido tanto tiempo.

»Una vez que se ha despertado, el poder inicia un imparable proceso de desarrollo. Si su poseedor no lo controla, muere. Esto es lo que te está ocurriendo a ti. Tu caso es extremadamente raro. Para ser honestas, aunque sabemos que ha ocurrido antes, ninguna de nosotras lo ha vivido personalmente. Supongo que en el Palacio de los Profetas se guardan viejos registros de casos como el tuyo, y los consultaremos. Pero eso no cambia lo esencial: posees el don, éste ha despertado y su desarrollo ha empezado.

»Es la primera vez que debemos enseñar a alguien de tu edad, y temo que va a causarnos muchos problemas en el palacio. La enseñanza requiere disciplina, y es obvio que alguien de tu edad tendrá dificultades para acatarla.

—Hermana Grace, te lo preguntaré por última vez: ¿cómo sabéis que tengo el don? —Richard suavizó el tono, pero su mirada era más dura.

La mujer se puso más derecha y soltó un sonoro suspiro, mientras lanzaba una rápida mirada a la hermana Verna.

—Díselo —ordenó.

La hermana Verna asintió con resignación y sacó un pequeño libro negro de debajo del cinturón. Con el entrecejo fruncido, empezó a hojearlo.

—Aunque el don esté latente, quienes lo poseen lo usan de pequeños modos a lo largo de su vida. Es posible que te hayas dado cuenta de que eres capaz de hacer cosas que otros no pueden. El uso de la magia es lo que desencadena el desarrollo del don. Una vez despierta la magia, ya no hay vuelta de hoja. Y tú la has despertado.

La mujer siguió pasando hojas, buscando algo. Al fin, apartó la mirada del libro para posarla en el joven.

—Ah, aquí está. Para despertar el don deben hacerse tres cosas de manera específica. Aunque no comprendemos la naturaleza exacta de estas cosas, comprendemos sus principios generales. Tú has hecho las tres: primero, usar el don para salvar a alguien; segundo, usar el don para salvarte a ti mismo; y, tercero, usar el don para matar a otro poseedor del don. Supongo que te das cuenta de lo difícil que es hacer estas tres cosas y por qué no lo hemos visto antes.

—¿Y qué dice de mí ese libro?

De nuevo, la mujer posó los ojos en el libro y luego alzó la mirada, enarcando una ceja, para asegurarse de que Richard prestaba atención antes de consultar las páginas en cuestión.

—Primero, usaste el don para salvar la vida de alguien que estaba siendo arrastrado hacia el inframundo, no su cuerpo, sino su mente. Gracias a ti, regresó. Sin ti, hubiera estado perdido. Lo entiendes, ¿verdad? —inquirió, mirándolo.

Kahlan miró a Richard. Ambos lo comprendían. Ella era a quien había salvado.

—En el pino hueco —dijo Kahlan—, la primera noche que pasamos juntos. Tú impediste que el inframundo me atrapara.

—Sí, comprendo —dijo Richard a la hermana Verna.

—En cuanto a salvarte a ti mismo con el don... déjame ver... lo tenía hace un momento. Ah, aquí está. —La mujer dio golpecitos al libro con un dedo y volvió a mirarlo para decir—: Segundo, usaste el don para compartimentar tu mente. ¿Lo entiendes también?

—Sí, lo entiendo —dijo Richard con voz trémula, cerrando los ojos. Kahlan no sabía de qué podían estar hablando.

—Y, tercero, usaste el don para matar a un mago denominado Rahl el Oscuro. ¿Cierto, o no?

—Sí. —Richard abrió de nuevo los ojos—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Al hacer determinadas cosas usando magia, una magia específica, has ido dejando un rastro debido a quien eres y debido a que no estás entrenado. Una vez entrenado, tus acciones ya no dejarán rastro alguno, y no podremos detectarte. En el Palacio de los Profetas hay magos capaces de detectar magia.

—Habéis violado mi intimidad, me habéis espiado —la acusó Richard con mirada iracunda—. Y, en cuanto a la tercera condición, no maté exactamente a Rahl el Oscuro. Al menos, no técnicamente.

—Entiendo cómo te sientes —intervino la hermana Grace en tono sereno—. Pero sólo lo hemos hecho para ayudar. Si quieres quedarte aquí plantado para discutir si esas acciones cumplen las tres condiciones, solucionaré tus dudas. Una vez realizadas, se inicia el proceso de convertirse en mago. Tal vez no lo creas, o tal vez prefieras no serlo, pero no hay duda de lo ocurrido. No pretendemos cargarte con ello, sino sólo ayudarte a enfrentarte a los hechos.

—Pero...

—Nada de peros. Cuando la magia se despierta, suceden al menos tres cambios. Primero, se empiezan a tener manías con la comida; quizá tienes antojos de algunas cosas o te repugnan otras que siempre habías comido con gusto. Lo hemos estudiado y no hemos hallado la causa, pero tiene que ver con influencias en el momento en que se despierta el don.

»Segundo, empiezas a dormir con los ojos abiertos, al menos parte del tiempo. Todos los magos lo hacen, incluso los que sólo tienen vocación. Tiene que ver con aprender a usar la magia. Si posees el don, ocurre de modo natural cuando lo usas para cumplir las tres condiciones y, si sólo posees la vocación, es la enseñanza la que lo provoca.

»Y, tercero, los dolores de cabeza. Son letales. La única cura es aprender a controlar la magia. Si no, más pronto o más tarde te matan.

—¿Cuándo tiempo tengo? ¿Cuánto tiempo viviré si rechazo vuestra ayuda?

—Richard... —Kahlan posó una mano sobre su brazo.

—¿Cuánto tiempo?

—Se dice que uno vivió con los dolores de cabeza durante unos años antes de morir —contestó la hermana Elizabeth—. Pero también se dice que otro murió a los pocos meses. Creemos que el tiempo del que dispones depende de lo poderoso que sea tu don: cuanto más poderoso, más intensos son los dolores de cabeza y menos tiempo tienes. Es posible que dentro de sólo un mes empiecen a ser tan fuertes que pierdas el conocimiento a ratos.

—Eso ya ha ocurrido —replicó Richard, mirándolas con aire impasible.

Las tres Hermanas abrieron mucho los ojos e intercambiaron de nuevo miradas.

—Emprendimos tu busca antes de que hicieras esas tres cosas. Pero las has hecho las tres desde que abandonamos el palacio —dijo la hermana Verna—. Este libro es mágico; cuando en palacio se escriben mensajes en un libro idéntico a éste, también aparecen escritos aquí. Así es como sabemos qué has hecho. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que cumpliste la última condición, desde que mataste a ese tal Rahl el Oscuro?

—Tres días. Y dos noches después ya me quedé inconsciente.

—¡Dos noches! —De nuevo aquella mirada entre las Hermanas.

—¿Por qué no dejáis de miraros entre vosotras de ese modo? —inquirió Richard, otra vez irritado.

—Porque eres una persona extraordinaria, Richard, en muchos aspectos —replicó la hermana Verna, dulcemente—. Nunca nos habíamos topado con nadie que escondiera tantas sorpresas.

—Estás en lo cierto —intervino Kahlan, enlazando con su brazo la cintura de Richard—; es una persona extraordinaria. Es la persona a la que amo. ¿Qué podéis hacer para ayudarlo? —Kahlan temía que Richard las asustara tanto que no quisieran ayudarlo.

—Debemos seguir unas normas específicas. Son normas inviolables que todos, sin excepción, debemos acatar. Son innegociables. Richard debe ponerse en nuestras manos y acompañarnos al Palacio de los Profetas. Solo —añadió la hermana Grace, con mirada triste.

—¿Por cuánto tiempo? —inquirió Richard.

El negro cabello de la hermana Grace brillaba a la luz de las antorchas cuando giró la cabeza hacia él.

—Depende de lo deprisa que aprendas. Durará lo que dure, y tendrás que quedarte hasta que termine.

—¿Podré visitarlo? —preguntó Kahlan, sintiendo un peso en el pecho y el brazo de Richard en su cintura.

—No —respondió la hermana Grace, meneando despacio la cabeza—. Y eso no es todo. —Por un instante, sus ojos se posaron en el agiel; entonces buscó dentro de su capa y sacó un objeto. Era una argolla de metal de apenas cinco dedos de ancho. Aunque parecía una pieza entera, la hermana Grace la abrió en dos semicírculos unidos por una bisagra. Su pálido color plateado reflejó la luz de las llamas. La Hermana sostuvo el collar frente a Richard—. Esto es un rada'han. Es un collar. Debes ponértelo.

Richard retrocedió un paso y apartó la mano de la cintura de Kahlan para llevársela a la garganta. Palideció y abrió mucho los ojos.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

—Empiezan las normas. La discusión ha acabado —replicó la hermana Grace. La mujer tenía las manos a ambos lados del cuerpo y sostenía el collar en una de ellas. Sus compañeras fueron a situarse detrás de ella—. Esto no es ningún juego. A partir de este momento, todo debe hacerse según las normas. Escucha atentamente, Richard.

»Tendrás tres oportunidades para aceptar el rada'han; tres oportunidades para aceptar nuestra ayuda. Tres razones justifican la necesidad del rada'han, y cada Hermana te revelará una de ellas. Antes de darte la oportunidad de aceptar o rechazar el collar, cada Hermana te dirá una razón. Después, tú decides.

»Si lo rechazas tres veces, cosa que espero no ocurra, ya no habrá más oportunidades. Ya no tendrás ayuda de las Hermanas de la Luz y morirás por el poder del don.

—¿Por qué tengo que llevar un collar? —preguntó Richard en un hilo de voz. Aún se agarraba la garganta con una mano.

—Basta de discutir. —La hermana Grace adoptó una actitud severa y autoritaria—. Escucha: debes ponerte tú mismo el rada'han alrededor del cuello, por propia voluntad. Una vez puesto, no podrás quitártelo. Sólo podrá hacerlo una Hermana de la Luz. Lo llevarás hasta que nosotras digamos, que será cuando finalice tu entrenamiento. Ni un segundo antes.

Richard respiraba de forma forzada y entrecortada. Tenía los ojos fijos en el collar con una mirada extraña, salvaje y atormentada que Kahlan nunca le había visto. Se quedó helada al ver su terror, y al sentir ella misma ese terror.

—Ésta es tu primera oportunidad; cada Hermana te ofrecerá una —dijo la hermana Grace, mirando al joven con intensidad.

»Yo, Hermana de la Luz Grace Rendall, te daré la primera razón para llevar el rada'han. Es la primera oportunidad para recibir ayuda. La primera razón es controlar los dolores de cabeza y abrir tu mente para que aprendas a usar el don.

»Ahora debes aceptar o rechazar la oferta. Yo te recomiendo encarecidamente que aceptes nuestra primera oferta de ayuda. Por favor, créeme, te costará mucho más aceptar la segunda y luego la tercera. Por favor, Richard, acepta ahora la primera de las tres razones. Tu vida depende de ello.

La Hermana se quedó callada, esperando. La mirada de Richard se posó en el collar de plata mate. Parecía estar al borde de un ataque de pánico. Un silencio absoluto reinaba en la sala, únicamente roto por el lento crepitar del fuego y el suave siseo de las antorchas.

Richard alzó los ojos y abrió la boca, pero de ella no surgió sonido alguno. Tenía la vista prendida en la profunda mirada de la mujer. Finalmente, parpadeó y dijo en un ronco susurro:

—No llevaré collar alguno. Nunca jamás llevaré un collar. Ni por nadie ni por nada. Nunca.

—Así pues, ¿rechazas la oferta y el rada'han? —quiso saber la hermana Grace, enderezándose ligeramente y con un gesto de genuina sorpresa.

—Sí. Lo rechazo.

La hermana Grace se quedó unos minutos mirándolo fijamente con una expresión mezcla de tristeza e inquietud. Pálido el rostro, se volvió hacia sus dos compañeras, que estaban a su espalda.

—Perdonadme, Hermanas, he fracasado. Ahora depende de ti —dijo a la hermana Elizabeth, al tiempo que le tendía el rada'han.

—La Luz te perdona —susurró la hermana Elizabeth, y besó a su compañera en ambas mejillas.

—La Luz te perdona —repitió la hermana Verna, besándola a su vez.

—Que la Luz te acoja siempre entre sus benevolentes manos —dijo la hermana Grace a Richard con voz ligeramente trémula—. Espero que un día encuentres el camino.

Sin apartar la mirada de los ojos de Richard, la mujer alzó una mano, que giró. Al instante empuñó un cuchillo que llevaba oculto en la manga. Más que una hoja, el arma parecía ser un estilete puntiagudo y redondo con mango de plata.

Richard se apartó de un salto y desenvainó la espada en un fluido y veloz movimiento. Su característico sonido metálico sonó en el aire.

Con habilidad, la hermana Grace dio la vuelta al estilete en la mano, de modo que la punta no amenazara a Richard, sino a sí misma. La mujer sostenía el arma con una gracia fruto de la práctica, sin apartar los ojos de Richard.

De pronto, se hundió el estilete entre los pechos.

Hubo un estallido de luz procedente del interior de sus ojos, e inmediatamente se desplomó, muerta.

Tanto Richard como Kahlan retrocedieron un paso, sobrecogidos y horrorizados. La hermana Verna se inclinó para arrancar el cuchillo del cuerpo de su compañera muerta. Al erguirse, miró a Richard.

—Ya te advertimos que esto no es ningún juego. Tienes que enterrarla con tus propias manos —agregó, mientras se guardaba el estilete de plata dentro de su capa—. Si no, tendrás pesadillas por el resto de tu vida; pesadillas causadas por la magia y para las que no hay cura. No lo olvides: entiérrala tú mismo. —Ambas Hermanas se echaron sobre la cara las capuchas—. Has rechazado la primera oferta. Regresaremos.

Las dos mujeres se marcharon en silencio.

Despacio, la punta de la espada fue bajando hacia el suelo. Richard miraba fijamente a la mujer muerta con lágrimas que le caían por las mejillas.

—No pienso llevar un collar nunca más —susurró para sí—. Por nadie.

Con movimientos forzados sacó una pequeña pala de su mochila y se la colgó del cinto. Entonces hizo rodar a la hermana Grace sobre la espalda, cruzó los brazos sobre su cuerpo sin vida y lo levantó. Uno de los brazos se le cayó y empezó a balancearse. La cabeza le colgaba hacia abajo, sin vida, al igual que el cabello, y los ojos muertos lo miraban fijamente. En la pechera de la blusa blanca tenía una pequeña mancha de sangre.

—Voy a enterrarla. Solo —dijo a Kahlan con ojos llenos de tristeza.

Kahlan asintió y lo observó abrir la puerta con el hombro. Una vez que la hubo cerrado, se dejó caer al suelo y empezó a llorar.

10

Cuando Richard regresó, Kahlan estaba sentada con la vista fija en las llamas. Había estado ausente mucho tiempo. Después de desahogarse, Kahlan había ido a casa de Savidlin y Weselan para explicarles lo sucedido, tras lo cual había regresado a la casa de los espíritus a esperar a Richard. Sus amigos le habían dicho que fuera a buscarlos, si necesitaba cualquier cosa.

Richard se sentó junto a ella y la abrazó, recostando su cabeza contra el hombro de la mujer. Ésta le acarició la nuca con los dedos y lo estrechó contra sí. Quería decir algo, pero también lo temía, por lo que se limitó a abrazarlo.

—Odio la magia —susurró al fin Richard—. Volverá a interponerse entre nosotros.

—No lo permitiremos. Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Por qué ha tenido que matarse?

—No lo sé —susurró Kahlan.

Richard apartó los brazos y sacó del bolsillo de su camisa algunas de las hojas de Nissel. Se sentó y, mientras las iba masticando, contempló las llamas con el rostro contraído por el dolor.

—Tengo ganas de salir corriendo, pero no sé adónde ir. ¿Cómo puede uno escaparse de algo que lleva dentro?

—Richard, sé que lo que voy a decirte no va a gustarte, pero, por favor, escúchame. —Con una mano le frotaba sin cesar una pierna—. La magia no es tan mala. —En vista de que el joven no protestaba, prosiguió—: Lo que es malo es el uso que algunas personas hacen de ella, por ejemplo Rahl el Oscuro. Yo he tenido magia toda mi vida. He tenido que aprender a vivir con lo que soy. ¿Me odias acaso por poseer magia?

—Claro que no.

—¿Me amas a pesar de mi magia?

—No —contestó tras un minuto de reflexión—. Quiero todo lo que eres, y tu magia es parte de ti. Así es como logré que tu magia de Confesora no me aniquilara. Si te amase pese a tu poder, no podría haberte aceptado como lo que eres. Tu magia me habría destruido.

—¿Ves? La magia no es tan mala. Las dos personas a las que más amas en el mundo poseen ambas magia: Zedd y yo. Por favor, escúchame. Tú posees el don. Es realmente un don y no una maldición. Es algo maravilloso y muy poco usual, algo que puede usarse para ayudar a los demás. Tú ya lo has hecho. Tal vez deberías tratar de pensar en él de este modo, en vez de tratar de combatir algo contra lo que no puedes luchar.

Richard se quedó contemplando las llamas largo rato mientras ella le acariciaba una pierna por encima del pantalón. Cuando, al fin, habló, Kahlan a duras penas pudo oírlo.

—Nunca más llevaré un collar.

La mirada de Kahlan se posó en el agiel. La barra de piel color rojo le pendía de una elegante cadena de oro que llevaba al cuello y se balanceaba ligeramente al ritmo de su respiración. La mujer sabía que se trataba de un instrumento de tortura, aunque ignoraba cómo funcionaba. Lo único que sabía era que no le gustaba ni pizca que lo llevara. Haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Te obligó la mord-sith a llevar un collar?

—Se llamaba Denna —replicó Richard, sin apartar la mirada del fuego ni por un segundo.

Kahlan se volvió hacia él, pero el joven seguía sin responder.

—¿Esa... Denna te obligó a llevar un collar?

—Sí. —Una lágrima le rodó por la mejilla—. Lo usaba para torturarme. Tenía una cadena. Denna sujetaba la cadena en su cinturón y me paseaba arrastrándome por el collar como si fuera un animal. Cuando ataba la cadena a algún sitio, yo no podía moverme. Denna controlaba la magia que me causa dolor cuando uso la espada para matar y podía ampliar esa magia, el dolor. Yo no podía ni siquiera tensar la cadena. Pero yo lo intentaba, no sabes cómo lo intentaba. No te imaginas cómo dolía. Denna me obligó a llevar un collar al cuello y me hizo muchas cosas más.

—Pero los dolores de cabeza te matarán. Las Hermanas han dicho que el collar detendrá los dolores y te ayudará a controlar el don.

—También dijeron que ésa es sólo una de las tres razones; hay dos más. No sé cuáles son. Kahlan, sé que piensas que estoy siendo un estúpido. Yo también lo pienso. Mi cabeza esgrime los mismos argumentos que tú, pero algo dentro de mí me dice lo contrario.

Kahlan alargó una mano para coger el agiel, que hizo rodar entre sus dedos.

—¿Es debido a esto? ¿Es por lo que Denna te hizo? —Richard asintió, aún con la mirada prendida en las llamas—. Richard, ¿para qué sirve?

Por fin, Richard la miró y agarró el agiel.

—Tócame la mano. No toques el agiel, sólo mi mano.

Kahlan lo hizo; cerró los dedos alrededor del puño de Richard. Al instante la apartó con un grito de dolor. Entonces agitó la muñeca, tratando de calmar la punzada de dolor.

—¿Por qué no me dolió antes, cuando lo toqué?

—Porque nunca ha sido usado para entrenarte.

—¿Y por qué a ti no te duele sostenerlo?

Richard seguía aferrando con el puño el centro de la barra de piel roja.

—Sí que me duele. Me duele cada vez que lo toco.

—¿Me estás diciendo que ahora mismo sientes el mismo dolor que he sentido yo al tocarte la mano? —inquirió Kahlan, muy sorprendida.

—No. Mi mano actuaba como escudo para que no lo sintieras en toda su intensidad —repuso Richard, en cuyos ojos se leía el sufrimiento que le causaba la migraña.

—Quiero saberlo —pidió Kahlan, alargando de nuevo la mano.

—No. —Richard soltó el agiel—. No quiero que tengas que sentir nunca tal dolor. No quiero que sufras nunca de ese modo.

—Por favor, Richard. Quiero saberlo. Quiero comprender.

Richard se quedó mirándola a los ojos, tras lo cual suspiró.

—Ya sabes que hago siempre lo que me pides. —Nuevamente empuñó el agiel—. No lo cojas, pues no es seguro que pudieras soltarlo con la suficiente rapidez. Sólo tócalo. Contén la respiración, aprieta los dientes para no morderte la lengua y tensa los músculos del abdomen.

El corazón le latía con fuerza cuando acercó la mano al agiel. En verdad no quería sentir el dolor, ya había tenido bastante con tocarle la mano, pero tenía que saberlo para comprender en quién se había convertido Richard. Quería saberlo todo sobre él, incluso las partes más dolorosas.

Fue como una tremenda descarga de energía.

El dolor le subió por el brazo y le explotó en el hombro. Kahlan gritó mientras la impresión la tiraba de espaldas. Rodó sobre la barriga, cogiéndose el hombro con la mano contraria. Era incapaz de mover el brazo. Sentía un hormigueo en la mano, que le temblaba. El dolor era tan intenso que estaba conmocionada y aterrorizada. Lloró con la cara pegada al suelo hasta que Richard posó sobre ella una mano en gesto de simpatía. Entonces lloró aún más al entrever lo que le habían hecho.

Cuando, al fin, fue capaz de incorporarse, Richard la seguía mirando mientras sujetaba el agiel en una mano.

—¿Sientes tú tanto dolor cuando lo sujetas?

—Sí.

Kahlan lo golpeó en el hombro con el puño.

—¡Suéltalo! —gritó—. ¡Déjalo ya!

—A veces, tocarlo me ayuda a distraerme de los dolores de cabeza. Lo creas o no, ayuda —comentó Richard mientras soltaba el agiel, de modo que le colgara de nuevo del cuello.

—¿Quieres decir que los dolores de cabeza son aún peores?

—Sí. Si no fuera por lo que Denna me enseñó sobre el dolor, ahora mismo estaría inconsciente. Denna me enseñó a controlar el dolor, a aguantarlo para poder causarme más y más.

—Richard, yo... —Kahlan pugnaba por contener las lágrimas.

—Lo que tú has sentido es lo mínimo que es capaz de hacer el agiel. —El joven lo cogió de nuevo y se tocó con él la parte interna del otro antebrazo. Bajo el instrumento, la sangre manó a borbotones. Richard lo apartó—. Puede arrancarte la carne del cuerpo como si nada, o romperte los huesos. A Denna le gustaba romperme con él las costillas. Yo oía el ruido que hacían al quebrarse. Todavía no han sanado del todo; aún me duelen cuando estoy tumbado o cuando me abrazas con fuerza. Puede hacer muchas cosas más, incluso matar.

»Denna me ponía grilletes, me ataba los brazos a la espalda y me levantaba con una cuerda sujeta al techo. Entonces me torturaba con el agiel durante horas. Yo le suplicaba que parase hasta quedarme ronco. Pero ella nunca me hizo caso. Ni una sola vez.

»No había nada que yo pudiera hacer para detenerla; estaba totalmente a su merced. Me entrenaba, me enseñaba hasta que, a veces, tenía la impresión de que no me quedaba ni una gota de sangre. Yo le imploraba que me matara, que acabara de una vez por todas con esa tortura. Yo mismo me habría matado, pero ella me lo impedía con magia. Me obligaba a arrodillarme ante ella y a suplicarle que usara el agiel conmigo. Yo habría hecho cualquier cosa que me ordenara. A veces invitaba a una amiga para compartir la... diversión.

Kahlan apenas podía respirar, y mucho menos moverse.

—Richard, yo...

—Cada día me conducía arrastrándome por el collar hacia un lugar donde me colgaba de una cuerda. Era una sala donde podía torturarme con el agiel sin distracciones y sin importar que se manchara con mi sangre. A veces empezaba por la mañana y no paraba hasta la noche. Y por la noche...

»Esto es lo que significa para mí llevar un collar. Puedes decirme que es lo más sensato, que me ayudará y que no tengo elección, pero eso es lo que significa para mí llevar un collar.

»Sé exactamente cómo te notas el hombro justo en estos momentos; es como si te hubieran quemado la piel, te hubieran arrancado el músculo y te hubieran roto los huesos. Esto es lo que se siente al llevar el collar de una mord-sith, sólo que en todo el cuerpo al mismo tiempo y durante todo el día. Añádele a esto el saber que nada puedes hacer para ponerle fin, que nunca podrás escapar y que nunca más verás a la única persona a la que podrás amar. Prefiero la muerte antes que volver a ponerme un collar.

Kahlan se masajeó el hombro. Richard había descrito a la perfección el dolor que sentía, y no se le ocurría nada que decir. El sufrimiento que sentía en su interior era tan intenso que le impedía hablar. Así pues, se quedó sentada mirándolo a él contemplar las llamas, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Sufría por él.

Entonces se oyó decir algo que se había prometido a sí misma que nunca preguntaría.

—Denna te tomó como pareja, ¿verdad? —Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando deseó poder borrarlas, aunque una parte de sí deseaba saber la respuesta.

—Sí —susurró Richard, impasible, con los ojos fijos en las llamas. Otra lágrima le corrió por el rostro—. ¿Cómo lo sabes?

—Demmin Nass vino con dos cuadrillas para atraparme. Rahl el Oscuro había tejido alrededor una red que lo protegía de la magia de Zedd y de la mía. Zedd no podía hacer nada; la magia lo tenía inmovilizado. Demmin Nass me contó lo que te había ocurrido, y me dijo que habías muerto. Fue entonces cuando invoqué el Con Dar y lo maté.

Richard cerró los ojos, mientras otra lágrima le rodaba.

—Me fue imposible impedírselo. Te lo juro, Kahlan... lo intenté. No puedes ni imaginarte lo que me hizo Denna por resistirme. No podía luchar contra ella. Ella podía hacerme cualquier cosa que se le antojara. No tenía bastante con torturarme durante el día, sino que también tenía que hacerme daño por la noche.

—¿Cómo puede ser alguien tal malvado?

Richard clavó los ojos en el agiel mientras volvía a empuñarlo.

—Fue capturada a los doce años y la entrenaron con este mismo agiel. No me hizo nada que no le hubieran hecho antes a ella una y otra vez, durante años. Torturaron a sus padres hasta matarlos delante de ella. No había nadie que pudiera ayudarla.

»Se hizo mujer bajo la amenaza del agiel, rodeada por personas que sólo querían hacerle daño. No había nadie que le diera una palabra de esperanza, de consuelo ni de amor.

»¿Puedes imaginarte su terror? Le impusieron una vida de sufrimiento sin fin. La violaron en cuerpo y en espíritu; la quebraron y la convirtieron en una de ellos. El mismo Rahl el Oscuro se ocupó de ella personalmente.

»Cada vez que me torturaba con el agiel, ella sentía el mismo dolor que yo. Ya ves, cosas de esa magia que tanto defiendes. Un día, Rahl el Oscuro la golpeó durante horas, porque creyó que no me torturaba con la suficiente saña. La azotó hasta arrancarle la piel de la espalda.

»Y, para rematarlo, al final de una vida de dolor y locura, se encontró conmigo, que volví blanca la *Espada de la Verdad* y la maté con ella. —Richard lloraba con la cabeza caída—. Lo único que me pidió antes de que la atravesara con la espada fue que llevara su agiel y la recordara. Yo fui el único que comprendió su dolor. Era lo único que quería: alguien que la comprendiera y la recordara.

»Después de prometérselo, Denna me colgó el agiel al cuello. Luego se quedó allí, inmóvil, mientras mi espada se le clavaba en el corazón. Había confiado en que tuviera el poder suficiente para matarla.

»Así es como alguien puede ser tan malvado. Si pudiera, resucitaría a Rahl el Oscuro para matarlo de nuevo.

Kahlan se quedó inmóvil, aturdida, atrapada en un torbellino de emociones encontradas. Odiaba a la tal Denna por haber hecho daño a Richard, sentía hacia ella unos celos incomprensibles y al mismo tiempo, inesperadamente, la compadecía con todo su corazón. Al fin, giró el rostro y se enjugó las lágrimas.

—Richard, ¿por qué fracasó Denna contigo? ¿Por qué fue incapaz de quebrarte? ¿Cómo conservaste la cordura?

—Porque, tal como dijeron las Hermanas, compartimenté mi mente. No sé como explicarlo, ni siquiera sabía exactamente qué estaba haciendo, pero fue así cómo conseguí salvarme. Conservé mi esencia y sacrifiqué todo lo demás. Dejé que hiciera conmigo lo que quisiera. Rahl el Oscuro dijo que lo que hice demostraba que poseía el don. Él fue el primero en usar la palabra compartimentar.

El joven se tumbó de espaldas y se tapó los ojos con un brazo. Kahlan cogió una manta y le hizo una almohada con ella.

—Lo siento tanto, Richard —susurró.

—Es agua pasada; ahora ya no importa. —El joven apartó el brazo de los ojos y, por fin, le dirigió una sonrisa—. Es agua pasada y ahora estamos juntos. De algún modo fue positivo. Si Denna no me hubiera enseñado, sería incapaz de soportar este dolor de cabeza. Tal vez Denna me ayudó, y tal vez lo que me enseñó me ayude a salir de ésta.

—¿Es realmente tan terrible justo ahora? —Kahlan se estremeció en solidaridad con él.

—Sí, pero prefiero morir antes que volver a llevar un collar alrededor del cuello.

Por fin Kahlan lo entendió, aunque deseó no hacerlo. La mujer se acurrucó junto a él. Las llamas eran una mancha borrosa.

11

El día amaneció gris, y soplaba un viento helado mientras ambos se encaminaban solos hacia la llanura. Richard quería alejarse de la gente y de las casas, quería ver el cielo y la tierra, había dicho. Fuertes rachas de viento doblaban la hierba marrón y agitaban sus capas. Caminaban en silencio. Richard quería disparar con el arco para hacer desaparecer el dolor de cabeza un rato, y Kahlan sólo deseaba estar junto a él.

Era como si la eternidad, que sólo unos días antes les había pertenecido, se le estuviera escapando entre los dedos. Por mucho que quisiera luchar contra ello, no sabía cómo. Todo iba bien y, de pronto, ya no era así.

Kahlan no creía que Richard aceptara ponerse el rada'han por mucho que trataran de persuadirlo las Hermanas. Tal vez accediera a aprender a usar el don, pero jamás se pondría de nuevo un collar. Y, en ese caso, moriría. Después de todo lo que le había contado y, sobre todo, lo que había callado, que era lo peor, ¿cómo esperar que se lo pusiera?

No obstante, era agradable alejarse de la aldea, de la gente y de los ojos de Chandalen, que los seguían por todas partes. ¿Cómo culparlo? Realmente era como si ellos dos no causaran más que problemas, pero le irritaba que el cazador creyera que lo hacían a propósito. Bueno, al menos por un día no causarían problema alguno y podrían disfrutar simplemente del hecho de estar juntos.

Kahlan le había dicho a Richard que ella antes disparaba con arco. Como el de él era demasiado pesado para la joven, Richard la animó a que pidiera uno prestado a fin de enseñarle a mejorar su técnica. Los blancos de hierba que habían colocado el día anterior seguían allí, como un grupo de espantapájaros que vigilase la vasta y llana pradera. Algunos tenían incluso bolas de hierba a modo de cabeza, y todos una «X» de hierba para marcar el centro de la diana. Los blancos con cabeza tenían asimismo una «X». A Richard le pareció que las «X» eran demasiado grandes y las sustituyó por otras formadas simplemente con tallos.

Luego, se colocaron tan lejos de los blancos que Kahlan apenas podía verlos, y mucho menos las «X». Richard se puso un sencillo brazalete de cuero que le había regalado Savidlin, junto con el arco, y disparó flechas hasta que el dolor de cabeza se esfumó.

El joven ofrecía una estampa de calma y soltura; él y el arco formaban una unidad. Kahlan sonrió al verlo tan atractivo y al pensar que era su hombre. El corazón le latía de júbilo al contemplar cómo los ojos grises de Richard chispeaban, sin reflejar dolor. Cuando le llegó el turno a ella, se aproximaron a los blancos.

—¿No quieres comprobar dónde han ido a dar las flechas?

—Sé dónde han dado —replicó él, con una sonrisa—. Vamos, te toca a ti.

Kahlan disparó unas cuantas flechas y poco a poco fue recordando cómo se hacía. Richard la miraba. Había colocado un extremo del arco en el suelo y se apoyaba sobre el otro con ambas manos. Kahlan no disparaba desde que era niña. Richard esperó a que disparara unas flechas más antes de colocarse detrás de ella, rodearla con sus brazos, cambiar la posición de su mano en el arco y colocar sus propios dedos sobre la cuerda.

—Mira. Ponlos así. Si sostienes el arco con el pulgar y el nudillo del dedo índice, nunca tendrás la potencia ni la firmeza suficientes. Tira de la cuerda hacia atrás con los tres primeros dedos, así, ¿ves?, encajando el arco entre los dos primeros. Y tira también con el hombro. Olvídate de la flecha y concéntrate en sostener atrás la cuerda. La flecha ya hará por sí sola lo que tenga que hacer. ¿Lo ves? ¿No es mucho mejor así?

—Mucho mejor, con tus brazos rodeándome —contestó Kahlan, sonriendo.

—Presta atención a lo que estás haciendo —la riñó él.

Kahlan apuntó y disparó. Richard la felicitó y le dijo que siguiera probando. Kahlan disparó unas cuantas flechas más y le pareció que una vez incluso daba en el blanco de hierba. Una vez más estiró la cuerda hacia atrás, tratando de mantener el arco firme. De pronto, Richard le hizo cosquillas en la barriga. La mujer se dobló sobre sí misma, chillando y riendo, mientras trataba de desembarazarse de los dedos de Richard.

—¡Para ya! —Kahlan reía entrecortadamente, mientras trataba de zafarse de él—. ¡Para ya, Richard! No puedo disparar si me haces cosquillas.

—Pues tienes que poder —afirmó él, poniéndose en jarras.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella, ceñuda.

—No sólo debes ser capaz de dar en el blanco, sino también debes ser capaz de disparar en cualquier circunstancia. Si no puedes disparar mientras ríes, ¿cómo esperas disparar cuando estés asustada? Piensa que sólo existís tú y el blanco; nada más. Tienes que ser capaz de dejar de lado todo lo demás.

»Si un jabalí carga contra ti, no puedes pensar en tu miedo o en lo que ocurrirá si fallas. Debes ser capaz de disparar estando bajo presión. O, si no, procura tener un árbol cerca al que trepar.

—Pero, Richard, tú puedes hacerlo porque tienes el don. Yo no.

—Tonterías. El don no tiene nada que ver con esto. Es una simple cuestión de concentración. Mira, te enseñaré cómo. Pon una flecha en el arco.

De nuevo, Richard se colocó detrás de ella, le apartó el pelo de la nuca, se le acercó más y, mirando por encima del hombro de Kahlan, le fue susurrando al oído mientras ella estiraba la cuerda del arco. Le susurraba qué debía sentir, cómo respirar, dónde mirar y qué ver. Hablaba de un modo que las palabras se disolvían en la nada y conjuraban imágenes en la mente de Kahlan. Sólo existían tres cosas: el arco, el blanco y las palabras de Richard. Kahlan se hallaba en un mundo de silencio.

Cuando todo lo demás dejó de existir, el blanco pareció agrandarse y atraer la flecha hacia él. Gracias a las palabras de Richard lo sentía, y hacía cosas sin comprenderlas. Kahlan se relajó y soltó aire, tras lo cual se mantuvo quieta sin respirar. Ahora lo sentía; sentía el blanco. Supo cuándo era el momento de disparar para acertar.

Con la misma ligereza que un soplo de aire, la flecha salió del arco como por voluntad propia. En la quietud, la mujer vio cómo las plumas de la flecha abandonaban el arco y sintió cómo la cuerda golpeaba el brazalete, oyó el sonido que hacía la flecha al surcar el aire y también cómo daba en la «X». Luego, sus pulmones volvieron a llenarse de aire.

Era una sensación similar a cuando liberaba su poder de Confesora. Era magia; la magia de Richard. Sus palabras eran magia. Era como tener una nueva visión.

Kahlan se sintió como si despertara de un sueño. De pronto, el mundo volvía a existir, y ella casi se dio de bruces contra él.

Entonces dio media vuelta y lanzó sus brazos al cuello de Richard, sin dejar de sostener el arco en una mano.

—Richard, ha sido fantástico. ¡El blanco vino a mí!

—¿Ves? Ya te dije que podías hacerlo.

Kahlan le plantó un beso en la nariz.

—No he sido yo, sino tú. Yo sólo aguantaba el arco.

—No es cierto. Has sido tú. Yo sólo he mostrado a tu mente el modo de hacerlo. Eso es enseñar. Simplemente te estaba enseñando. Hazlo otra vez.

Kahlan había vivido alrededor de magos toda su vida, por lo que sabía cómo hacían las cosas. Richard se había comportado como un mago y le hablaba como tal. Era el don el que hablaba, aunque él se negara a admitirlo.

La mujer fue disparando más flechas, y Richard hablando cada vez menos. Sin sus palabras que la guiaran, era más difícil recuperar esa sensación, pero de vez en cuando lo lograba. Kahlan notaba cuándo lo hacía ella sola, sin su ayuda. Era como él le había dicho: una especie de concentración al máximo.

A medida que Kahlan fue aprendiendo a aislarse del resto del mundo, Richard empezó a hacer cosas para distraerla. Al principio únicamente le frotaba el estómago, lo cual la hacía sonreír, hasta que Richard le dijo que se olvidara de lo que le estaba haciendo y pensara sólo en lo que debía hacer. Tras unas cuantas horas de práctica, Kahlan era capaz de disparar mientras él le hacía cosquillas. A veces. Resultaba de lo más excitante sentir dónde debía ir la flecha. No le salía siempre bien, ni mucho menos, pero cuando sucedía era maravilloso. Y creaba adicción.

—Es magia —dijo Kahlan—. Lo que estás haciendo es magia.

—No, no lo es. Todo el mundo puede hacerlo, incluso los hombres de Chandalen cada vez que disparan. Cualquier arquero medianamente bueno lo hace. Es tu propia mente la que lo consigue; yo sólo le he enseñado cómo. Si hubieras practicado sola el tiempo suficiente, tú misma lo habrías aprendido a hacer sin mi ayuda. El hecho de que no sepas cómo se hace algo no significa que sea magia.

—No estoy tan segura —replicó la mujer, mirándolo de soslayo—. Vamos, ahora tú. Trata de disparar mientras te hago cosquillas.

—Primero comeremos algo. Y tienes que practicar más.

Allanaron un círculo de hierba como si fuera un nido, se tumbaron de espaldas y contemplaron el vuelo de los pájaros mientras comían pan de tava enrollado alrededor de verdura, puñados de kuru y bebían agua de un odre. La hierba de alrededor los protegía muy poco del frío viento. Kahlan recostó la cabeza en el hombro de Richard, y ambos contemplaron el cielo en silencio. La mujer era consciente de que ambos estaban preguntándose qué debían hacer. Richard fue el primero en hablar.

—Quizá podría volver a compartimentar mi mente para controlar los dolores de cabeza. Según Rahl el Oscuro, eso fue lo que hice.

—¿Hablaste con él? ¿Hablaste con Rahl el Oscuro?

—Sí. Bueno, de hecho fue él quien habló conmigo. Me dijo muchas cosas, aunque no me las creo todas. Me dijo que George Cypher no era mi padre, que había compartimentado mi mente y que poseo el don. También me dijo que había sido traicionado. Como Shota me había vaticinado que tanto tú como Zedd usaríais contra mí vuestra magia, creí que uno de vosotros me había traicionado. Nunca pensé que pudiera ser mi hermano.

»Tal vez podría hallar el modo de dividir de nuevo mi mente y así controlar los dolores de cabeza para que no acaben matándome. Tal vez eso es lo que enseñan las Hermanas. Ya lo hice una vez y puedo repetirlo. Quizá podría salvarme sin...

Él mismo se interrumpió y se cubrió los ojos con un brazo.

—Kahlan, quizá no poseo el don. Tal vez me limité a usar la Primera Norma de un mago.

—¿Qué quieres decir?

—Zedd nos dijo que la mayoría de la gente cree en cosas equivocadas. La Primera Norma dice que la gente está dispuesta a creer cualquier cosa porque quiere que sea verdad o porque teme que pueda ser verdad. Yo temo poseer el don y ese temor me hace aceptar la posibilidad de que quizá las Hermanas dicen la verdad. Es posible que no tenga el don, pero que las Hermanas tengan otras razones para convencerme de lo contrario. Quizá no poseo el don.

—Richard, ¿de verdad crees que puedes borrar de un plumazo todas las cosas que han pasado? Zedd afirmó que tienes el don, Rahl el Oscuro te lo confirmó, y las Hermanas también lo dicen, incluso Escarlata lo sostiene.

—Escarlata habla de cosas que no entiende. No confío en las Hermanas y, en cuanto a Rahl el Oscuro, ¿por qué debería creerme nada de lo que me dijo?

—¿Y Zedd? ¿Crees que Zedd miente? ¿O que habla de cosas que no entiende? Tú mismo me has dicho que es el hombre más listo que has conocido en tu vida y, además, es un mago de Primera Orden. ¿Realmente piensas que un mago de Primera Orden no reconoce a un poseedor del don cuando lo ve?

—Zedd podría equivocarse. Que sea listo no significa que sea infalible.

Kahlan reflexionó sobre por qué se resistía tanto a aceptar que tenía el don. Ojalá que no lo tuviera, por su propio bien, pero la verdad era incuestionable.

—Richard, cuando estábamos en el Palacio del Pueblo y yo te toqué con mi poder, y todos creímos que mi magia te había tomado, sin saber que habías hallado el modo de que no te afectara, recitaste ante Rahl el Oscuro el *Libro de las Sombras Contadas*, ¿verdad? —Richard asintió—. No podía dar crédito a mis oídos. ¿Cómo te lo sabías? ¿Cómo te lo llegaste a aprender?

Richard suspiró.

—Cuando era apenas un adolescente, mi padre me llevó al lugar donde lo tenía escondido y me dijo que lo había rescatado de manos de una bestia que lo guardaba para su pérfido amo. Ahora sé que se refería a Rahl el Oscuro, aunque entonces ni él ni yo lo sabíamos. Mi padre me contó que se lo había llevado para evitar que cayera en malas manos.

»Temía que, al final, esa persona diera con él, por lo que me hizo memorizarlo. Palabra por palabra. Me dijo que tenía que aprendérmelo de memoria para, un día, devolver su contenido al custodio del libro. Me costó años aprendérmelo palabra por palabra. Mi padre nunca le echó ni un vistazo, pues decía que eso era cosa mía. Cuando ya me lo sabía perfectamente, quemamos el libro. Nunca olvidaré ese día; mientras ardía salieron de él luz, sonidos y extrañas formas.

—Magia —susurró Kahlan, que reconocía los indicios.

Richard asintió con la cabeza, al tiempo que volvía a cubrirse los ojos con la muñeca.

—Mi padre dio su vida por evitar que el libro cayera en manos de Rahl el Oscuro. Fue un héroe que nos salvó a todos.

Kahlan buscó el mejor modo de expresar con palabras lo que sabía y lo que suponía.

—Zedd nos dijo que guardaba el *Libro de las Sombras Contadas* en su alcázar. ¿Cómo pudo llegar tu padre hasta él?

—Nunca me lo dijo.

—Richard, yo nací y crecí en Aydindril, y he pasado buena parte de mi vida en el Alcázar del Hechicero. Es una inmensa fortaleza. Hace muchos años, la habitaban cientos de magos aunque, cuando yo era niña, sólo quedaban seis y ninguno de ellos era mago de Primera Orden.

»No es un lugar de fácil acceso. Yo podía entrar, porque soy Confesora y tenía que aprender de los libros que se guardan allí. Todas las Confesoras tenían acceso al alcázar, pero estaba protegido por magia para que nadie más entrara.

—Si me estás preguntando, te repito que no sé cómo lo logró mi padre. Pero era un hombre muy listo y supongo que halló el modo.

—Tal vez, si el libro se guardaba en el mismo alcázar. Tanto magos como Confesoras entraban y salían y, en ocasiones, se permitía el acceso a otras personas. Tal vez alguien podría haber hallado el modo de colarse. Pero, una vez dentro, había áreas especialmente protegidas en las que ni siquiera yo podía entrar.

»Pero recuerda que Zedd dijo que el *Libro de las Sombras Contadas* era un importante libro de magia, de los más importantes, y que lo guardaba en *su* alcázar: el alcázar del mago de Primera Orden, lo cual es muy distinto. Es una parte separada del resto del alcázar, que forma parte de éste pero está aislada.

»Muchas veces he caminado por las largas murallas que conducen al Alcázar del Primer Mago, desde donde se disfruta de una impresionante vista de Aydindril. En las murallas sentía ya el formidable poder de los encantamientos que lo guardan. Es un poder tal que se te pone la carne de gallina. Y, si te acercas aún más, el poder de los encantamientos de protección te pone los pelos de punta en todas

direcciones, y salta y crepita con pequeñas chispas. Si te sigues acercando, los encantamientos te transmiten tal terror que eres incapaz de dar un paso más ni de respirar.

»Desde que Zedd abandonó la Tierra Central, antes de que yo naciera, nadie ha entrado en el Alcázar del Primer Mago. Los demás magos lo intentaron. Para entrar hay que tocar una placa. Se dice que tocar esa placa es como tocar el mismísimo corazón de hielo del Custodio. Si la magia no te reconoce como alguien a quien le está permitida la entrada, no pasas. Y si tocas esa placa o simplemente entras en el área de influencia de los encantamientos sin contar, al menos, con la protección de tu propia magia, puedes morir.

»Desde que fui a estudiar de niña a Aydindril, los magos han intentado por todos los medios entrar. Deseaban saber qué guardaba. En vista de que el Primer Mago se había marchado, creyeron que debían hacer inventario para, al menos, saber qué contenía.

»Nunca lo lograron. Ninguno de ellos fue capaz siquiera de poner la mano sobre la placa. Richard, si cinco magos de Tercera Orden y uno de Segunda no pudieron entrar, ¿cómo lo logró tu padre?

—Ojalá tuviera la respuesta, Kahlan, pero no la tengo.

La mujer no deseaba truncar sus esperanzas y dar para siempre vida a sus temores, pero tenía que hacerlo. La verdad era la verdad, y Richard debía conocer la verdad sobre sí mismo.

—Richard, el *Libro de las Sombras Contadas* era un libro de instrucciones mágicas. Era magia.

—De eso no hay duda. Sé qué vi cuando ardió.

—En el Alcázar había otros libros de instrucciones mágicas, aunque de menor importancia —evocó Kahlan, acariciando con un dedo el dorso de la mano de Richard—. Los magos me permitían leerlos. Pero, cuando los leía, siempre llegaba a un punto en que algo extraño pasaba, a veces después de unas pocas palabras, y otras después de unas páginas. Olvidaba lo que acababa de leer y era incapaz de recordar ni una sola palabra. Ni una. Entonces volvía atrás y leía de nuevo, y me ocurría lo mismo.

»Los magos me contemplaban sonriendo, hasta que se echaban a reír. Después de un rato de leer los libros sin enterarme de nada, me frustraba y les preguntaba qué ocurría. Así me explicaron que los libros de instrucciones mágicas están protegidos por poderosos encantamientos que se disparan con determinadas palabras de los libros. Según ellos, sólo los que poseen el don son capaces de leer un libro de instrucciones mágicas y recordarlas. Esos seis magos eran magos por vocación, no porque tuvieran el don, por lo que únicamente podían leer los libros de menos importancia gracias al entrenamiento que habían recibido.

»Zedd nos dijo que el *Libro de las Sombras Contadas* era uno de los libros más importantes del Alcázar. Tanto, que se guardaba en la residencia del mismísimo Primer Mago.

»Richard, si no tuvieras el don, nunca habrías podido memorizarlo. No hay ninguna otra explicación. De algún modo, tu padre debía de saberlo, y por eso te lo hizo aprender a ti.

Kahlan tenía aún la cabeza recostada en el hombro de Richard, por lo que notó que dejaba de respirar un momento mientras asimilaba la importancia de lo que acababa de decirle.

—Richard, ¿todavía recuerdas el libro?

—Sí. Cada palabra —respondió en tono bajo y distante.

—Yo te oí y sé que lo recitaste entero, pero soy incapaz de recordar ni una sola palabra. La magia que contienen determinadas palabras lo ha borrado de mi mente. ¿Cómo usaste el libro para vencer a Rahl el Oscuro?

—El libro decía que, si las palabras no eran leídas por la persona que controlaba las cajas del Destino, sino que las oía de boca de otro, el único modo de asegurarse de que no mintiera era usando una Confesora. Rahl creyó que me habías tomado con tu poder y que repetía verazmente las palabras del libro. Y lo hice, sólo que omití una parte importante al final para que eligiera la caja que lo mataría.

—¿Ves? Aún recuerdas las palabras. No podrías hacerlo si no tuvieras el don, pues la magia te lo impediría. Richard, si queremos salir con buen pie de ésta, al menos tenemos que enfrentarnos a la verdad

y luego tratar de hallar una solución. Amor mío, tienes el don, tienes magia. Lo siento, pero ésa es la verdad.

Richard lanzó un suspiro de exasperación.

—Supongo que deseaba tanto que no fuese así que he estado tratando de convencerme de que no tengo el don. Pero las cosas no funcionan así. Espero que no me tomes por un estúpido. Gracias por amarme lo suficiente para hacerme ver la verdad.

—No eres ningún estúpido, amor mío. Ya se nos ocurrirá algo. —Kahlan le besó el dorso de la mano mientras ambos contemplaban el cielo en silencio. Era de un frío y oscuro tono gris que hacía juego con su estado de ánimo.

—Ojalá hubieras conocido a mi padre. Era una persona muy especial. Supongo que ni siquiera yo sabía hasta qué punto. Lo echo mucho de menos. —Richard se sumió en sus pensamientos—. ¿Quién fue tu padre? —preguntó.

—Mi padre era simplemente la pareja de mi madre; la pareja de una Confesora —contestó Kahlan, retorciendo un mechón de pelo alrededor de su dedo—. No puede decirse que fuera un padre en el sentido habitual del término. Mi madre lo había tomado con su poder, y ya no quedaba en él nada más que su devoción hacia ella. A mí sólo me hacía caso para complacer a mi madre, sólo porque había sido engendrada por ella. No me veía como a una persona independiente, sino como una prolongación de la Confesora a la que estaba ligado.

Richard arrancó una hierba de largo tallo y alisó el extremo entre los incisivos, mientras pensaba. Al fin preguntó:

—¿Quién era él antes de que fuera tomado por la Confesora?

—Wyborn Amnell, rey de Galea.

—¿Rey? ¿Tu padre era un rey? —Richard se incorporó sobre un codo y la miró con expresión de sorpresa.

Sin ser consciente de ello, Kahlan adoptó el gesto de calma exterior que nada dejaba traslucir de sus sentimientos: la cara de Confesora.

—Mi padre era la pareja de una Confesora, nada más. Cuando mi madre yacía en su lecho de muerte debido a una enfermedad que la consumía, él estaba en un permanente estado de pánico. Un día, el mago y el sanador que la atendían nos dijeron que no podían hacer nada más y que los espíritus pronto se la llevarían consigo para pasar a mejor vida.

»Lanzando un gemido de angustia que ninguno de nosotros había oído nunca, mi padre se agarró el pecho y se desplomó, muerto.

—Lo siento, Kahlan. Lo siento mucho —susurró Richard, mirándola intensamente a los ojos. Acto seguido se inclinó y le besó la frente. Entonces volvió a tumbarse de espaldas y se colocó el tallo de hierba entre los dientes.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Y en qué te convierte eso entonces? ¿Eres una princesa, una reina o algo así?

La pregunta la hizo reír. Todo eso debía de resultarle muy extraño a Richard; todavía conocía muy poco de su vida y de su mundo.

—No. Soy la Madre Confesora. La hija de una Confesora es siempre Confesora, y no la hija de su padre. —Kahlan se sintió mal al menospreciar así la figura paterna. No había sido culpa de Wyborn Amnell que su madre lo hubiera elegido como pareja—. ¿Quieres saber algo sobre él?

—Pues claro. También eres parte de él y me gustaría saberlo todo sobre ti.

Kahlan se quedó un momento pensativa, tratando de prever cuál sería su reacción.

—Bueno, cuando mi madre lo eligió, mi padre era el esposo de la reina Bernadine.

—¿Tu madre eligió a un hombre que ya estaba casado?

Kahlan sintió la mirada de Richard posada en ella.

—No es lo que parece —explicó—. El matrimonio entre Wyborn y Bernadine fue concertado. Wyborn era un gran guerrero y un magnífico comandante. Por su matrimonio, se unieron ambos reinos para formar Galea. Wyborn accedió por el bien de su pueblo, para crear un país unido bajo un solo trono que pudiera hacer frente a vecinos hostiles.

»La reina era una mujer sabia y respetaba a un líder. Si se casó con mi padre fue únicamente pensando en el bien de Galea. Ella y mi padre no se amaban. Wyborn le dio a ella, y al pueblo de Galea, una hija fuerte y hermosa, Cyrilla, y luego un hijo, Harold.

—¿Entonces tienes un hermanastro y una hermanastra?

—En cierto modo sí, pero no es lo que te imaginas. Yo soy una Confesora, no un miembro de la familia real. Conozco a Cyrilla y a Harold, y ambos son excelentes personas. La reina Bernadine murió hace unos pocos años, y ahora Cyrilla reina en Galea, mientras que el príncipe Harold es el comandante del ejército, como lo era su padre. Ellos no me consideran de la familia, ni yo tampoco a ellos. Yo pertenezco a las Confesoras, a la magia.

—¿Qué pasó con tu madre? ¿Por qué lo eligió?

—Acababa de convertirse en la Madre Confesora y buscaba una pareja fuerte, alguien que le diera una hija poderosa. Había oído rumores de que la reina no era feliz en su matrimonio, por lo que fue a hablar con ella. La reina Bernadine confesó a mi madre que no amaba a su marido y que tenía un amante. No obstante, aunque quería a otro, respetaba a Wyborn por ser un hombre fuerte, un líder y un astuto guerrero, por lo que no podía aprobar que mi madre lo tomara.

»Mientras mi madre reflexionaba sobre qué hacer, Wyborn pilló a la reina en la cama con su amante, y casi la mató. Cuando mi madre se enteró de lo ocurrido, regresó a Galea y solucionó los problemas de todo el mundo antes de que el rey añadiera a la paliza propinada a su esposa el asesinato de su amante. Una Confesora debe temer muchas cosas, pero que su marido le pegue no es una de ellas.

—Debe de ser duro elegir una pareja a la que no se ama.

—En toda mi vida nunca creí que podría estar al lado de alguien a quien amara. Ojalá mi madre hubiera conocido esta dicha. —Kahlan sonrió y apretó la cabeza contra él.

—¿Qué tal padre era?

—Era un extraño para mí. No sentía nada por nadie, excepto por mi madre; no tenía ningún otro sentimiento que su devoción hacia ella. Ella deseaba que Wyborn pasara tiempo conmigo para que me enseñara lo que sabía, y él lo hacía encantado, pero sólo por complacerla a ella.

»Me enseñó todo lo que sabía: el arte de la guerra. Me instruyó en las tácticas de sus enemigos, en el modo de vencer a un ejército más numeroso y confiado y, sobre todo, en cómo sobrevivir y vencer usando la cabeza y no las normas. A veces, mi madre asistía a las lecciones, y él solía mirarla y preguntarle si me estaba enseñando correctamente. Ella le respondía que sí. Quería que me transmitiera el arte de la guerra para ser capaz de sobrevivir, aunque confiaba en que nunca necesitaría aplicar esos conocimientos.

»Mi padre me enseñó que la cualidad más importante de un guerrero es la falta de piedad. Me dijo que él muchas veces había vencido mostrándose implacable, que el terror aplastaba la razón y que la labor de un líder era infundir terror al enemigo.

»Gracias a las cosas que me enseñó, pude sobrevivir cuando las demás Confesoras murieron. Gracias a lo que me enseñó, pude matar cuando tuve que hacerlo. Él me enseñó a no tener miedo de hacer lo necesario para sobrevivir. Por lo que me enseñó, lo amo y lo odio.

—Yo le estoy muy agradecido, pues gracias a él ahora puedes estar aquí conmigo.

Kahlan sacudió ligeramente la cabeza mientras contemplaba un pajarillo que ahuyentaba a un cuervo.

—El horror no son las cosas que me enseñó, sino quienes te obligan a hacerlas para sobrevivir. Él nunca libró una guerra injusta. No debería reprocharle que supiera cómo vencer cuando no le quedaba más remedio que luchar. Richard, quizá ya es hora de que empecemos a pensar en cómo sobrevivir.

—Tienes razón —dijo él, pasándole un brazo alrededor—. ¿Sabes? Estaba pensando en que estamos aquí sentados, como dos blancos que esperan a que les dé una flecha, aguardando a ver qué nos pasa.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—No lo sé. Pero, si nos quedamos de brazos cruzados, más pronto o más tarde las Hermanas regresarán. ¿Por qué esperar a que vengan a buscarnos? No tengo las respuestas, pero no veo cómo va a ayudarnos no hacer nada.

Kahlan cruzó los brazos bajo los pechos y colocó las manos bajo las axilas para calentarlas.

—¿Zedd?

—Sí. Si Zedd no sabe qué hacer, entonces nadie lo sabe. Creo que debemos ir a verlo.

—¿Y qué me dices de los dolores de cabeza? ¿Y si te cogen cuando estamos viajando? ¿Y si empeoran y ni siquiera tienes cerca a Nissel para que te ayude?

—No lo sé —repuso Richard, lanzando un susurro—. Pero deberíamos intentarlo. Es nuestra única oportunidad.

—Pues pongámonos enseguida en marcha, antes de que empeoren. No demos tiempo a que pase nada más.

El joven le apretó los hombros, mientras replicaba:

—Pronto nos marcharemos. Pero antes debemos hacer algo muy importante.

—¿El qué? —Kahlan retorció la cabeza para mirarlo.

—Casarnos —contestó él, risueño—. No pienso irme de aquí hasta ver ese vestido del que tanto he oído hablar.

Kahlan se volvió y lo abrazó.

—Oh, Richard, será precioso. Weselan no deja de sonreír mientras lo cose. Me muero de ganas de que me lo veas puesto. Sé que te encantará.

—De eso no tengo duda alguna, mi futura esposa.

—Todo el mundo lo espera. Para la gente barro un banquete de boda es un gran acontecimiento; hay música, baile y actores. Toda la aldea participa. Weselan me dijo que les costaría una o dos semanas prepararlo todo, desde que les avisemos.

—Pues por mí ya pueden ir empezando. —Richard atrajo a su amada hacia sí.

Aunque Kahlan tenía los ojos cerrados mientras la besaba, se dio cuenta de que el dolor de cabeza había regresado.

—Vamos —dijo, tratando de recuperar el aliento—, disparemos algunas flechas más para que se te pase el dolor.

Durante un rato dispararon por turnos. Kahlan lanzó un grito de júbilo cuando fueron a recuperar las flechas y comprobaron que una de las suyas había partido por la mitad una de las de Richard.

—¡Espera a que los guardias de Aydindril se enteren de esto! Se pondrán verdes cuando tengan que dar a la Madre Confesora un lazo por partir una flecha. Es posible que se pongan verdes sólo de verme con un arco en la mano.

Richard se echó a reír mientras arrancaba flechas de los blancos.

—Bueno, será mejor que sigas practicando. Es muy posible que no te crean, y que tengas que demostrárselo. Por cierto, tendrás que explicarle tú a Savidlin que has destrozado una de sus flechas. —De pronto, se volvió hacia ella y le preguntó—: ¿Qué dijiste anoche sobre la cuadrilla? ¿Que Rahl los envió con un hechizo para que Zedd no pudiera detenerlos?

Kahlan se sintió un tanto desconcertada ante este brusco cambio de tema.

—Sí, su magia no funcionaba contra ellos.

—Eso es porque Zedd sólo posee Magia de Suma. Cualquier mago con el don únicamente posee la de Suma. Además de ésa, Rahl el Oscuro aprendió de algún modo a usar la Magia de Resta. Y contra ella, Zedd no tenía defensa. Y tú tampoco. La magia de las Confesoras fue creada por los magos, y los magos solamente poseen Magia de Suma. —Kahlan lo animó a continuar con una inclinación de cabeza—. Así pues, ¿cómo los mataste?

—Invoqué el Con Dar. Es parte de mi magia de Confesora, aunque nunca antes había sabido cómo usarla. Tiene algo que ver con la ira; significa Cólera de Sangre.

—Kahlan, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Debes de tener Magia de Resta, pues, de otro modo, no podrías haberlos vencido. Ni la magia de Zedd ni la tuya habitual funcionaban, porque los hombres de la cuadrilla estaban inmunizados contra la Magia de Suma. Debes de tener Magia de Resta. Pero, si tu magia de Confesora fue creada por los magos en tiempos remotos, ¿cómo es posible que contenga un elemento de resta?

—No lo sé —repuso Kahlan, mirándolo con fijeza—. No se me había ocurrido, pero supongo que es como dices. Tal vez Zedd nos lo pueda explicar cuando lleguemos a Aydindril.

Richard frunció el entrecejo y arrancó otra flecha del blanco de hierba.

—Es posible —dijo—. Pero, ¿por qué tendrían Magia de Resta las Confesoras? —El ceño se hizo más profundo—. Me pregunto si eso fue lo que hiciste con el rayo.

Richard con el don y ella con Magia de Resta; dos ideas aterradoras. Kahlan se estremeció, pero no de frío.

Siguieron disparando el resto de la tarde hasta que la luz del día empezó a menguar. A Kahlan le dolían los hombros y los brazos de tanto estirar la cuerda del arco, por lo que se declaró incapaz de disparar ni una sola flecha más aunque en ello le fuera la vida. No obstante, lo animó a que él disparara unas cuantas más antes de emprender el regreso, para que se librara del dolor de cabeza un rato. Mientras lo miraba disparar recordó que no había probado de distraerlo mientras tiraba, y que Richard había prometido que la dejaría intentarlo.

—Es hora de comprobar si eres tan bueno como te crees —dijo la mujer, colocándose detrás de él, a muy poca distancia.

Cuando estiró la cuerda del arco, Kahlan le hizo cosquillas en las costillas. El joven ni se inmutó, sino que disparó como las veces anteriores. No obstante, una vez que la flecha salió volando, sí que rió y se retorció. Kahlan siguió intentándolo, pero fue incapaz de distraerlo. Eso la acabó de decidir; si las cosquillas no funcionaban, tendría que probar con otra cosa.

La mujer se le apretó contra la espalda, mientras Richard se concentraba en apuntar, y con suavidad le fue desabrochando los tres primeros botones de la camisa. Entonces introdujo una mano dentro y le acarició el pecho. Richard tenía un pecho musculoso, cálido, fuerte, duro y muy agradable al tacto.

Desabrochó más botones para ampliar el área de exploración. Con una mano, le palpó el estómago, mientras que con la otra le acariciaba el pelo de la nuca. Richard continuó disparando.

Mientras le besaba la nuca, Kahlan empezó a olvidar que se trataba de distraerlo. Él se rió e inclinó los hombros sólo después de disparar la flecha. Inmediatamente colocó otra flecha en el arco. Kahlan ya le había desabrochado todos los botones y le palpaba todo el torso, hasta la cintura. Entonces le sacó de los pantalones los faldones de la camisa y le acarició el cuerpo con ambas manos, con una la parte superior y con la otra la inferior. Pero eso no impidió que Richard hiciera diana. Kahlan era incapaz de romper su concentración. Su respiración se hizo entrecortada.

Estaba decidida a ganar ese juego. Con una sonrisa, se apretó más contra él y bajó más las manos.

—¡Kahlan! —dijo Richard, jadeando—. ¡Kahlan... esto no es justo! —Aún tenía la cuerda del arco tensa, pero ya no lo sostenía con la misma firmeza. El joven hizo un esfuerzo por concentrarse.

Kahlan le cogió con suavidad el lóbulo de la oreja entre sus dientes y lo besó.

—Dijiste que tenías que ser capaz de disparar en cualquier circunstancia —susurró, mientras deslizaba una mano más abajo de la cintura.

—Kahlan... —Ahora la voz de Richard sonaba aguda y forzada—. No es justo. Estás haciendo trampa.

—En cualquier circunstancia; éstas fueron tus palabras exactas. Tienes que ser capaz de disparar bajo presión. —Kahlan le pasó la lengua por la oreja—. ¿Te parece presión suficiente, amor mío? ¿Puedes disparar ahora?

—Kahlan... —jadeó Richard—. Estás haciendo trampa...

La mujer se rió con risa gutural y apretó. Richard ahogó una exclamación y soltó la cuerda. Por el modo de salir disparada, Kahlan supo que nunca la encontrarían.

—Creo que has fallado —le susurró al oído.

Richard se dio media vuelta sin desasirse de su abrazo y dejó caer el arco. Cuando la abrazó aún tenía la cara colorada.

—No es justo —le susurró al oído, lanzándole su cálido aliento y besándole el lóbulo—. Has hecho trampa.

Kahlan respiraba con dificultad. El joven le apartó el pelo y le rozó el cuello con los labios de un modo que la hizo estremecerse. Encorvó un hombro contra su cara y gimió y rió a la vez mientras el mundo se inclinaba; de pronto se encontró en el suelo, debajo de él. Antes de que los labios de Richard cubrieran los suyos y ella le echara los brazos al cuello, apenas pudo decir un «te quiero». Apenas podía respirar, y tampoco quería.

Justo cuando empezaba a preguntarse cuándo las manos de Richard iban a desquitarse por lo que le había hecho ella, el joven se puso de pie de un salto y desenvainó la espada.

En sus ojos, la pasión había sido reemplazada por la ira. Su expresión reflejaba la cólera de la *Espada de la Verdad*. El viento se llevó el sonido metálico del acero. Richard tenía la camisa abierta, dejando a la vista el pecho, y jadeaba con furia. Kahlan se incorporó sobre sus codos.

—Richard, ¿qué ocurre?

—Algo se acerca. Ponte detrás de mí. ¡Vamos!

Kahlan se levantó de un salto, agarró rápidamente el arco y lo flechó.

—¿Algo?

A una cierta distancia percibió cómo la hierba se movía, y no era a causa del viento.

12

Una cabeza gris con manchas se movía de un lado a otro hacia ellos a través de la alta hierba. Fuese lo que fuese, no era muy alto. Kahlan pensó que podría tratarse de otro aullador, lo que le hizo tensar la cuerda del arco hasta que la punta de la flecha le rozó una mano y la cuerda hizo lo propio con una mejilla. Presa de una frenética inquietud, se preguntaba si sería capaz de acertarle. Aunque, por su experiencia con el anterior aullador, sabía que una flecha de nada serviría. Tal vez podría conjurar de nuevo el rayo.

—Espera —le ordenó Richard, alzando un brazo delante de ella.

Ante ellos, surgida de la hierba, apareció una figura achaparrada y sin pelo, con largos brazos y enormes pies. Únicamente llevaba unos pantalones que se sujetaba con tirantes. Sus ojos amarillos parpadearon posados en la flecha con la que Kahlan lo apuntaba.

Al ver a la mujer, en el rostro de la criatura apareció una sonrisa que dejó al descubierto sus puntiagudos dientes y dijo:

—Hermosa señora.

Era el compañero de Shota, la bruja.

—¡Samuel! —gruñó Richard—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El horrible ser sólo siseó e hizo ademán de coger la espada.

—¡Mía! ¡Dame!

Richard blandió amenazadoramente el arma, por lo que Samuel hizo un mohín y retiró el brazo con rapidez. El Buscador lo amenazó posando la punta del acero sobre los grises pliegues de piel del cuello de Samuel.

—Te he preguntado qué haces aquí.

—Ama quiere verte —replicó Samuel, mirándolo con ojos preñados de odio.

—Ya estás regresando tú solo a casa. No pensamos ir a las Fuentes del Agaden.

—Ama no está en las Fuentes —dijo la miserable criatura, clavando en Richard uno de sus ojos amarillos. Entonces se volvió, se puso de puntillas para otear por encima de la alta hierba y señaló con un largo y grueso dedo hacia la aldea de la gente barro—. Ama te espera allí. Donde vive gente. Dice que si no vas, los matará y Samuel podrá hacerse un guiso con ellos. —Al pensarlo, sonrió de oreja a oreja.

Richard hizo rechinar los dientes.

—Si ha hecho daño a alguien...

—Dice que no les hará nada... si vas.

—¿Qué quiere?

—A ti.

—¿Qué quiere de mí?

—Ama no dice a Samuel. Sólo me dice que vaya a buscarte.

Kahlan relajó un tanto la tensión de la cuerda.

—Richard, Shota juró que te mataría si volvía a verte.

—No —la contradijo Richard, sin apartar la mirada de Samuel—. Dijo que me mataría si volvía a verme en las Fuentes del Agaden. Pero ahora está aquí.

—Pero...

—Si no voy, matará a la gente barro. ¿Dudas que sea capaz de hacerlo?

—No, pero... podría matarte.

Richard lanzó un gruñido y sonrió.

—¿Matarme? No lo creo. Le gusto. Le salvé la vida, al menos de manera indirecta.

Kahlan se enfureció. Shota había tratado de embrujar a Richard, lo cual a ella no le hacía ni pizca de gracia. Exceptuando a las Hermanas de la Luz, Shota era la última persona que Kahlan deseaba volver a ver.

—Esa mujer no me gusta —declaró.

—Si se te ocurre una idea mejor, dímela. —Richard le lanzó una rápida mirada de soslayo.

—Supongo que no tenemos elección. Pero te lo advierto: procura que no te toque —dijo malhumorada.

Richard la miró asombrado y luego se dirigió al compañero de la bruja, diciendo:

—Tú primero, Samuel. Recuerda quién lleva la espada y también lo que te dije la última vez: si tratas de hacernos algún daño, haré un estofado de Samuel.

El hombrecillo echó un vistazo a la espada y sin decir ni media palabra más, se puso en marcha no sin antes mirar por encima del hombro para asegurarse de que lo seguían. Richard mantuvo la espada desenvainada, se colgó el arco del hombro y se interpuso entre Samuel y Kahlan. La furia de la espada resplandecía ante sus ojos. Samuel avanzaba entre la hierba dando brincos y, de vez en cuando, se detenía para dirigirles un siseo.

Kahlan le pisaba los talones a Richard.

—Más le vale que no me cubra otra vez de serpientes —afirmó enérgicamente—. ¡Nada de serpientes! Lo digo muy en serio.

—Como si pudiéramos elegir... —musitó Richard.

Casi había anochecido cuando llegaron al poblado. Al entrar por el este se dieron cuenta al instante de que todos los habitantes de la aldea se habían refugiado en el extremo meridional del campo comunal y que un círculo formado por cazadores armados los protegían. Kahlan sabía que la gente barro sentía miedo cerval a la bruja, tanto que ni siquiera osaban pronunciar su nombre en voz alta.

Claro que, todo el mundo que la conocía, le tenía un miedo cerval a Shota, incluida Kahlan. La última vez, la hubiera matado si Richard no hubiera empleado un deseo para salvarla. Pero esta vez dudaba de que Shota concediera a Richard más deseos.

Samuel los condujo por los estrechos callejones hacia la casa de los espíritus, con la misma seguridad que si hubiera vivido allí toda su vida. Mientras avanzaba a saltos, lanzaba su extraña risa ahogada y, de vez en cuando, los miraba. Sus exangües labios sonreían como si conociera un secreto que ellos ignoraban. Cuando su sonrisa se hizo demasiado amplia, Richard lo pinchó un poco con la espada. Samuel gruñó y siseó. Sus ojos amarillos brillaron bajo la menguante luz.

Samuel posó su mano de largos dedos sobre el tirador de la puerta.

—Hermosa señora espera aquí. Ama sólo quiere al Buscador —dijo.

—Richard, yo también entro —declaró Kahlan, con firmeza.

Richard la miró por el rabillo del ojo.

—Abre la puerta —ordenó a Samuel.

Un poderoso brazo abrió con brusquedad la puerta, mientras unos relucientes ojos amarillos lo fulminaban. Manteniendo la espada desenvainada, Richard indicó que quería que Kahlan lo acompañara. La puerta se cerró tras ellos con un chirrido, dejando fuera a un hosco Samuel.

En el centro de la sala se alzaba un alto y elegante trono. La luz de las antorchas brillaba en las tallas de pan de oro en forma de hojas, serpientes, gatos y otras bestias que cubrían hasta el último milímetro del majestuoso sitial. Un dosel ornamentado con una pesada tela de brocado rojo ribeteado con borlas doradas sobresalía justo por encima de la cabeza. En cuanto al trono, éste descansaba sobre tres plataformas cuadradas de mármol blanco que hacían las veces de escalones. El conjunto resultaba

realmente impresionante. Tanto el asiento como la parte superior de los brazos y el respaldo estaban tapizados con un lujoso terciopelo rojo. Kahlan se preguntó cómo habría podido pasar el trono por la puerta, y cuántos hombres se habrían necesitado para cargarlo.

Shota observaba a Richard con sus imperturbables ojos almendrados, sentada en su trono en actitud de reina: el cuerpo ligeramente reclinado contra el terciopelo rojo, los brazos apoyados sobre los altos brazos de la silla muy separados entre sí, y las manos posadas con altanería sobre gárgolas de oro. Éstas le lamían las muñecas mientras la bruja repiqueteaba una de sus largas uñas pintadas contra la uña del pulgar. Una exuberante mata de cabello color caoba le caía en cascada sobre los hombros.

Shota posó su mirada sin edad en Kahlan, la cual sintió que esa mirada, larga y sólida como una roca, penetraba en ella y la paralizaba. De pronto, una serpiente con bandas rojas, blancas y negras se dejó caer del dosel, agitó la lengua en dirección a Kahlan, silbó y cayó sobre el regazo de Shota, donde se acurrucó como un gatito.

Era un mensaje para recordarle que no había sido invitada y una advertencia de lo que le pasaría si hacía enfadar a Shota. Kahlan tragó saliva, tratando de no demostrar temor. Después de lo que le pareció una eternidad, la bruja se dio por satisfecha y volvió a posar sus imperturbables ojos en Richard.

—Guarda la espada, Richard. —La voz de Shota era tan suave como el terciopelo. A Kahlan se le antojó injusto que una mujer tan hermosa poseyera asimismo una voz con la que podía fundir mantequilla, o el corazón de un hombre.

—La última vez que nos vimos me diste la impresión de que podrías intentar matarme. —La voz de Richard sonaba también inquietantemente suave.

—Si decido matarte, querido muchacho, y es posible que lo haga, la espada no va a servirte de nada. —De repente, Richard lanzó un grito de dolor y soltó la espada como si fuera un carbón ardiendo. Acto seguido, bajó la vista hacia el arma mientras se frotaba la mano—. Vamos, guárdala. —Ahora la voz de Shota era como terciopelo que se acaricia a contrapelo.

Richard miró a la bruja, sentada en el trono, antes de inclinarse para recoger la espada y deslizarla en su funda.

Los carnosos labios de Shota esbozaron una sonrisa satisfecha. Cogió la serpiente de su regazo y la apartó. Después de contemplar a Richard unos momentos más, se levantó inclinándose hacia adelante lo suficiente para ofrecer a sus pechos la oportunidad de salirse del tenue y jaspeado vestido gris, muy escotado, que lucía. Kahlan no comprendió qué los contuvo. Una pequeña ampolla tapada se le escapó de su escondite, entre los pechos, y quedó colgando de una delgada cadena de plata.

Kahlan sintió que se sonrojaba al contemplar cómo Shota descendía con gracia los escalones, sin apartar ni un momento los ojos de Richard. El vestido flotaba levemente donde no le iba ceñido, como impulsado por una suave brisa, aunque dentro de la casa no soplaba la brisa.

Kahlan decidió que, sin duda alguna, esa tela era demasiado delgada para un vestido; se preguntó cómo le quedaría a ella y, al imaginárselo, se arreboló.

Ya a nivel del suelo, Shota destapó la pequeña ampolla. Todo el trono tembló como algo que se ve a través de ondas de calor. De repente se convirtió en humo gris y fue girando en círculos, sin dejar de disminuir de tamaño, hasta no ser más que una delgada línea que se introdujo en la pequeña ampolla. Shota volvió a taparla, se la colocó de nuevo entre los pechos y, con un dedo, la empujó hasta el fondo del canalillo, donde quedó oculta. Kahlan inspiró profunda y ruidosamente.

Shota examinó a Richard de arriba abajo, fijándose sobre todo en la camisa abierta con lo que parecía ser regocijo. O satisfacción. Richard se puso colorado.

—Qué maravillosamente indecente —comentó Shota, con una amplia sonrisa. La bruja pasó con suavidad una de sus largas uñas pintadas de rojo por el pecho del joven hasta el ombligo, y a continuación le dio leves palmaditas en el estómago—. Abróchate la camisa, Richard, u olvidaré por qué estoy aquí.

Richard se sonrojó todavía más. Mientras se abrochaba los botones, Kahlan se acercó más a él.

—Shota, tengo que darte las gracias —dijo Richard mientras se guardaba los faldones dentro de los pantalones—. Tal vez no lo sepas, pero me ayudaste mucho. Me ayudaste a encontrar la solución.

—Ésa era mi intención; ayudarte.

—No lo entiendes. Quiero decir que me ayudaste a hallar el modo de poder estar con Kahlan, de estar juntos y querernos. Vamos a casarnos —anunció, risueño.

Sobrevino un momento de gélido silencio.

—Dice la verdad —intervino Kahlan, con el mentón alto—, nos queremos y... ahora podemos estar juntos... para siempre. —Kahlan odió a Shota por tener que darle explicaciones, y a ella misma por embarullarse con ellas.

La penetrante mirada de la bruja se posó en ella, y su sonrisa se evaporó lentamente. Kahlan tragó de nuevo saliva.

—Sois como dos niños ignorantes —susurró la bruja, meneando poco a poco la cabeza—. Dos mocosos estúpidos e ignorantes.

—Tal vez seamos ignorantes, pero no somos niños y nos amamos. Y nos casaremos. Esperaba que te alegrarías por nosotros, Shota, ya que ayudaste a hacerlo posible —se defendió Richard, con pasión.

—Lo que te dije, mi querido muchacho, es que tenías que matarla.

—Pero todo ha pasado ya. El problema se ha solucionado. Ya nada nos impide estar juntos —dijo Kahlan.

Kahlan ahogó un grito al sentir que algo le alzaba los pies del suelo. Tanto ella como Richard fueron lanzados al otro lado de la sala y se estrellaron contra la pared. El impacto fue tan fuerte que Kahlan se quedó sin respiración. Delante de sus ojos veía flotar y danzar puntitos de luz. La mujer bajó la vista para tratar de ver con mayor claridad.

Ella y Richard estaban aplastados contra la pared de adobes, a un metro de altura del suelo. A duras penas podían respirar y sólo lograban mover la cabeza. Incluso sus ropas estaban aplastadas; su capa descansaba sobre la pared como si fuese el suelo. Richard se hallaba tan indefenso como ella. Ambos se debatían, retorciendo la cabeza, pero era inútil; estaban inmovilizados.

Shota atravesó con fluidez la sala hacia ellos, y se detuvo frente a Kahlan. Los ojos le ardían peligrosamente.

—¿Crees que hizo bien en no matarte? ¿Y que ahora todo está solucionado, Madre Confesora?

—Sí —contestó Kahlan, haciendo un esfuerzo y tratando de que su voz sonara segura pese a su apurada situación.

—¿Se te ha ocurrido pensar, Madre Confesora, que quizá mis palabras las dictan razones que no conoces?

—Sí, pero ahora todo...

—¿Se te ha ocurrido pensar, Madre Confesora, que hay una razón por la cual las Confesoras no deben amar a sus parejas? ¿Y que hay una razón por la que Richard debería haberte matado?

Kahlan no pudo contestar. La cabeza le daba vueltas imaginándose todo tipo de cosas.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Richard.

—¿Lo has pensado, Madre Confesora? —repitió Shota, haciendo caso omiso de la pregunta del joven.

Kahlan tenía la garganta tan seca que tuvo que tragar saliva dos veces antes de poder hablar.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué razón hablas?

—¿Has yacido ya con este hombre al que amas? ¿Lo habéis hecho ya, Madre Confesora?

Kahlan se sonrojó.

—¿Qué tipo de pregunta es ésa?

—Respóndeme, Madre Confesora, o te despellejaré y usaré tu piel para hacerme algo bonito. Tengo ganas de hacerlo, de todos modos, así que será mejor que no trates de mentirme.

—Yo... nosotros... ¡No! Pero no es asunto tuyo.

Shota se acercó, y sus ojos enviaron un silencioso chillido a través de Kahlan.

—Te aconsejo que lo pienses dos veces antes de hacerlo, Madre Confesora.

—¿Por qué? —inquirió Kahlan sin aliento, con los ojos muy abiertos.

Shota cruzó los brazos bajo los pechos, y su voz sonó si cabe más amenazante:

—Las Confesoras no deben amar a sus parejas porque, si dan a luz a un varón, deben pedirle al marido que lo mate. Se supone que el marido está sometido al poder de la Confesora, para que obedezca todas sus órdenes, sea lo que sea y sin vacilar.

—Pero...

—Si lo amas, ¿cómo podrás pedirle que haga algo así? —Los ojos de Shota estaban llenos de furia—. ¿Cómo podrías pedir a Richard que matara a su hijo? ¿Crees que lo haría? ¿Lo harías tú? ¿Matarías al hijo del hombre al que amas? ¿Lo harías, Madre Confesora?

Las palabras de la bruja se clavaron en el corazón y el alma de Kahlan como un puñal.

—No —contestó con un hilo de voz.

Todas sus esperanzas y su alegría quedaron destruidas. Llena de dicha por haber descubierto que podía estar junto a Richard, no había pensado en el futuro. En las consecuencias. En los hijos. Sólo había pensado en Richard y en que podían amarse.

—¿Y entonces qué, Madre Confesora? —le gritaba Shota—. ¿Lo criarás? ¿Condenarás al mundo a la amenaza de un Confesor? ¡Un Confesor! —La bruja dejó caer los brazos a los costados; tenía los nudillos blancos de rabia—. ¡La Época de Tinieblas regresará! ¡Por tu culpa! ¡Piénsalo! ¡Porque amas a este hombre! ¿Te has parado a pensarlo, ignorante mocosa?

El nudo que Kahlan sentía en la garganta amenazaba con ahogarla. Quería huir de Shota, pero no podía moverse.

—No todos los Confesores son así.

—¡Casi todos! ¿Vas a poner el mundo en peligro porque amas a este hombre? ¿Estás dispuesta a conjurar de nuevo el terror de la Época de Tinieblas porque, de forma egoísta, deseas que el hijo de este hombre viva?

—Shota, la mayoría de las Confesoras engendran hijas —dijo Richard, con voz sorprendentemente serena—. Te estás preocupando por algo que es muy posible que nunca suceda. Quizá ni siquiera tengamos descendencia. No todas las parejas conciben. Estás adelantando muchos acontecimientos.

De pronto, Richard se deslizó por la pared y aterrizó en el suelo con un gruñido. Shota lo cogió por la camisa, lo levantó y lo arrojó contra el muro, dejándolo sin respiración.

—¿Me crees tan estúpida como tú? ¡Conozco el fluir del tiempo! ¡Soy una bruja! Ya te dije la otra vez que sabía cómo ciertos hechos iban a fluir y a desarrollarse. Si yaces con esta mujer, dará a luz a un hijo varón. Es una Confesora, y todas las Confesoras transmiten su magia a sus hijos. Siempre. Si le haces un hijo, será varón.

De nuevo arrojó al joven contra el muro. Kahlan se estremeció al oír cómo la cabeza de Richard chocaba contra los adobes. El modo de comportarse de Shota daba mucho miedo y no parecía propio de ella. En la ocasión anterior, la había encontrado muy peligrosa, pero también inteligente y razonable. Al menos, hasta cierto punto. Pero esta vez parecía distinta, impredecible.

—Shota... —Richard no trató de apartar las manos de la bruja, pero Kahlan se dio cuenta de que se estaba enfureciendo por momentos.

De nuevo, Shota lo impulsó contra el muro.

—¡Cierra el pico o te cortaré la lengua!

—¡Te equivocaste, Shota! —gritó Richard, tan enfurecido como la misma bruja—. ¡Te equivocaste! Los acontecimientos fluyen en el tiempo de muchas maneras distintas. Si te hubiera hecho caso y hubiera matado a Kahlan, ahora estaríamos todos bajo la férula de Rahl el Oscuro. ¡Y todo por seguir tu estúpido consejo! ¡Fue a través de Kahlan que logré vencer a Rahl el Oscuro! ¡Si te hubiera hecho caso, habríamos perdido!

»Si has hecho un camino tan largo para avisarnos de una vaga amenaza, has perdido el tiempo. La última vez no lo hice a tu manera, y tampoco ahora voy a hacerlo. ¡No pienso matarla ni tampoco voy a abandonarla porque tú me lo digas! ¡Ni tú ni nadie!

Shota se quedó mirándolo un momento, y luego apartó las manos de su camisa.

—No he venido hasta aquí a causa de una amenaza «vaga» en el futuro —susurró—. No he venido hasta aquí para discutir contigo sobre si debes, o no, dedicarte a hacerle hijos a la Madre Confesora, Richard Rahl.

—Yo no... —Richard se sobresaltó.

—He venido hasta aquí para matarte por lo que has hecho, Richard Rahl. El hecho de que vosotros dos, dos ignorantes mocosos, queráis tener hijos no es más que una pulga en el lomo del verdadero monstruo que ya habéis creado.

—¿Por qué me llamas de ese modo? —susurró Richard.

Shota escrutó su pálida faz.

—Porque es quien eres.

—Yo soy Richard Cypher. George Cypher era mi padre.

—Fuiste criado por un hombre llamado Cypher, pero te engendró Rahl el Oscuro. Rahl violó a tu madre.

El rostro de Richard se tornó blanco como el papel. Kahlan sufría por él y supo que era cierto. Eso era lo que había creído ver en él; el rostro de su padre: Rahl el Oscuro. Desesperada, trató de liberarse para acercarse a él, pero no pudo.

—No, eso no es cierto. No es posible. —Richard meneaba la cabeza.

—Es cierto —replicó Shota en tono cortante—. Tu padre fue Rahl el Oscuro y tu abuelo es Zeddicus Zu'l Zorander.

—¿Zedd? ¿Zedd es mi abuelo? —susurró Richard. Entonces se irguió—. Rahl el Oscuro... No, es imposible. Es mentira.

El joven se volvió para mirar a Kahlan y, por el rostro de ésta, supo que Kahlan sabía que era cierto.

—Zedd me lo habría dicho. No te creo —dijo a Shota.

—Me da igual lo que creas —replicó la bruja, con voz monótona—. Sé que es verdad. ¡Y la verdad es que eres el hijo bastardo de un hijo bastardo de un hijo bastardo! Y cada uno de esos hijos bastardos poseía el don. Y lo peor es que Zedd también tiene el don. Has heredado el don de dos linajes distintos de magos. —Nuevamente había emoción en la voz de Shota, que miraba desafiante a un atónito Richard—. Eres una persona muy peligrosa, Richard Rahl. En tu caso, el don que posees es más bien una maldición.

—En eso estamos de acuerdo —musitó Richard, que parecía a punto de desplomarse.

—¿Sabes que tienes el don? ¿No vamos a discutir sobre ello? —Richard sólo pudo hacer un gesto de asentimiento—. En cuanto a lo demás, me importa un bledo. Eres hijo de Rahl el Oscuro por una parte y nieto de Zeddicus Zu'l Zorander por la otra. Él era el padre de tu madre. Si prefieres ignorar esta verdad, allá tú. Cree lo que te dé la gana. Engáñate cuanto quieras. No estoy aquí para discutir sobre tu ascendencia.

Richard se inclinó hacia atrás hasta que la pared lo paró.

—Por favor, Shota, por favor, vete —suplicó, pasándose los dedos por el pelo. Su voz sonaba sin vida—. No quiero oír nada más. Vete y déjame solo.

—Me decepcionas, Richard.

—Me da igual.

—No sabía que eras tan estúpido.

—Me da igual.

—Creí que George Cypher significaba algo para ti. Creí que tenías algún tipo de honor.

—¿De qué estás hablando? —le espetó Richard, que alzó la cabeza.

—George Cypher te crió, te dio su tiempo y su amor. Te enseñó, cuidó de ti y procuró que no te faltara de nada. Él te modeló. ¿Vas a lanzar todo eso por la borda sólo porque alguien violó a tu madre? ¿Eso es lo que realmente importa para ti?

Los ojos de Richard se inflamaron, y sus manos empezaron a alzarse. Kahlan creyó que iba a intentar estrangular a Shota, pero, de pronto, dejó caer de nuevo las manos a los lados.

—Pero... si Rahl el Oscuro es mi padre.

—¿Qué? ¿Vas a empezar a actuar como él? ¿Cometerás acciones malvadas porque sabes de quién eres hijo? ¿Temes que empieces a matar gente inocente porque te has enterado de que tu verdadero padre es Rahl el Oscuro? ¿Vas a olvidar todo lo que aprendiste de George Cypher porque tu apellido es Rahl? ¿Y tú te llamas el Buscador? —La bruja alzó los brazos al aire—. Estoy muy decepcionada, Richard. Creí que eras un ser individual, no el reflejo de lo que otros opinan sobre tus antepasados.

Richard agachó la cabeza mientras Shota lo miraba en silencio, muy enojada. Al fin, inspiró hondo y habló:

—Lo siento, Shota. Gracias por no permitir que sea más estúpido de lo que ya soy. Por favor, Shota, libérala —suplicó, mirando a Kahlan con ojos húmedos.

La bruja colocó los dedos bajo el mentón del joven y le levantó la cabeza.

—Deberías alegrarte, pues tu padre era muy apuesto. Lo único que has heredado de él es algo de su buena presencia. Eso y un poco de mal genio. Y el don, claro.

—El don. —Richard apartó la cara—. No quiero el don. No quiero saber nada de él. Jamás diría que algo que he heredado de Rahl el Oscuro sea un don. ¡Lo odio! ¡Odio la magia!

—También lo has heredado de Zedd —repuso Shota, con sorprendente piedad—. Lo tienes de ambos lados. Así es como se transmite el don; de padres a hijos. A veces se salta una generación o varias, y otras no. Tú lo has heredado de ambos lados. En ti posee más que una dimensión única. Es una mezcla muy peligrosa.

—Heredado. Como si fuera una deformidad.

Con expresión desdeñosa, Shota le cogió el rostro entre sus dedos.

—Recuérdalo antes de yacer con ella. El hijo de Kahlan será un Confesor que heredará de ti el don. ¿Te haces idea del peligro que representa eso? ¿Eres consciente de la amenaza que supone un Confesor varón y con el don? Lo dudo. Deberías haberla matado cuando te lo dije, estúpido mocoso, antes de hallar el modo de estar con ella. Deberías haberla matado.

—Ya basta. —Richard la fulminó con la mirada—. No pienso escuchar ni una palabra más sobre eso. Ya te lo he dicho; fue gracias a Kahlan que logré vencer a Rahl el Oscuro. Si la hubiera matado, él habría ganado. Espero que no hayas hecho un viaje en vano sólo para repetir esa tontería.

—No —replicó Shota en voz baja—. Ésas son cosas sin importancia. He venido hasta aquí por tus actos pasados, no por los futuros. Lo que ya has hecho, Richard, es mucho peor que cualquier cosa que pudieras hacer con esta mujer. Ningún monstruo que engendres en ella podrá igualarse al monstruo que ya has creado.

—Evité que Rahl el Oscuro gobernara el mundo —protestó Richard, ceñudo—. Lo maté. No he creado monstruo alguno.

La bruja meneó despacio la cabeza.

—La magia del Destino lo mató. Te advertí que no debía abrir ninguna caja. Tú no lo mataste, sino que le permitiste abrir una de las cajas del Destino. La magia del Destino lo mató. Se suponía que debías matarlo antes de que llegara a abrir ninguna.

—¡Era imposible! Ése era el único modo de hacerlo. Además, ¿qué más da? Está muerto.

—Hubiese sido mucho mejor que lo dejaras ganar antes de dejar que abriera la caja equivocada.

—¡Estás loca! ¿Qué podría ser peor que dejar que Rahl el Oscuro ganase la magia del Destino y gobernara el mundo a su capricho?

—El Custodio —susurró la bruja, enarcando ambas cejas—. Hubiera sido mejor dejar que Rahl el Oscuro nos tiranizara, nos decapitara o incluso que nos torturara hasta la muerte antes que lo que has permitido que sucediera.

—¿De qué estás hablando?

—El Custodio del inframundo permanece en el lugar que le corresponde, aislado del mundo de los vivos gracias al velo. El velo lo contiene a él y a sus servidores; es la división entre los vivos y los muertos. Lo que has hecho es rasgar ese velo. Algunos de los asesinos del Custodio ya andan sueltos.

—Aulladores —susurró Richard.

—Sí. Al liberar la magia del Destino has permitido que se rompa el velo del inframundo. Cuando la abertura sea suficiente, el Custodio quedará libre. Ni siquiera te imaginas lo que eso significa. —Shota levantó el agiel que le colgaba del cuello—. Comparado con lo que él te hará, creerás que lo que te hicieron con esto era agradable. Y se lo hará a todo el mundo. Hubiese sido mejor que Rahl el Oscuro ganara a permitir que esto ocurriera. Has condenado a todo el mundo a un destino peor que cualquier horror.

»Debería matarte por eso —prosiguió la bruja, aferrando el agiel en su mano—. Debería hacerte sufrir lo indecible. ¿Tienes alguna idea de cuánto le gustaría al Custodio poner sus garras en alguien con el don? ¿Tienes alguna idea de hasta qué punto ambiciona hacerse con quienes poseen el don? ¿O con las brujas?

Kahlan vio que las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Shota. El pánico la invadió y se estremeció al comprender que Shota no estaba furiosa, sino que estaba asustada.

Por eso había ido hasta el poblado de la gente barro; no porque estuviera enojada de que Kahlan siguiera con vida ni de que pensaran tener un hijo, sino porque estaba aterrorizada. La idea de que Shota, una bruja, estuviera tan asustada era peor que cualquier imagen que su mente pudiera conjurar.

Richard la miró fijamente, asombrado.

—Pero... tiene que haber algo que podamos hacer para impedirlo.

—¿Podamos? —gritó Shota, clavándole un dedo en el pecho—. ¡Tú! ¡Sólo tú, Richard Rahl! ¡Sólo tú puedes impedirlo!

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—No lo sé. Pero sólo tú tienes el poder para conseguirlo. —La bruja lloraba, apretando los dientes, y le golpeó el pecho con el puño—. ¡Tú! —Shota lo siguió golpeando, sin que él tratara de impedirlo—. Sólo tú tienes una oportunidad. No sé por qué, pero eres el único que puede reparar el desgarro en el velo. —Ahora Shota sollozaba—. Sólo tú, mocoso estúpido e insensato.

Kahlan se hallaba aturdida por la magnitud de lo que estaba ocurriendo. La idea de que el Custodio quedara libre se escapaba a su comprensión. Los muertos en el mundo de los vivos; ni siquiera podía imaginarse tal horror, aunque contemplar el terror de Shota la obligaba a hacerlo.

—Shota, yo... no sé nada sobre eso. No tengo ni idea de cómo...

—Es tu obligación —lo interrumpió Shota, golpeándole aún el pecho—. Debes hallar el modo. No tienes ni idea de lo que me hará el Custodio por ser bruja. Si no lo quieres hacer por mí, hazlo por ti mismo. No será más clemente contigo que conmigo. O, si no lo quieres hacer por ti, hazlo por Kahlan. El Custodio le impondrá una eternidad de sufrimiento sólo por el hecho de que tú la amas. La torturará sólo

para hacerte daño a ti. Todos nosotros pasaremos la eternidad en la frontera entre la vida y la muerte, retorciéndonos de angustia. —Ahora la bruja lloraba a lágrima viva—. Nos arrancará nuestras almas... Serán suyas... para siempre.

Shota golpeó de nuevo el pecho de Richard. Éste la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí, tratando de consolarla, mientras la bruja lloraba, diciendo:

—Para siempre, Richard. Mentes sin alma que estarán atrapadas por los muertos. Una eternidad de tormento. Eres demasiado estúpido para concebirlo. Nunca podrás llegar a imaginar tal horror hasta que suceda.

Kahlan, junto a Richard, le puso una mano en el hombro para darle ánimos. No sentía enfado por verlo consolar a Shota, pues veía lo aterrorizada que estaba la bruja. Kahlan no compartía ese mismo terror porque ignoraba cosas que Shota sabía, aunque, en cierto modo, la reacción de Shota era más que suficiente.

—Los aulladores atacaron las Fuentes del Agaden —explicó la bruja entre sollozos.

—¡Aulladores en las Fuentes!

—Aulladores y un mago. Un mago especialmente repugnante. Samuel y yo tuvimos suerte de escapar con vida.

—¡Un mago! —Richard la alejó de sí colocándole las manos sobre los hombros—. ¿Qué quieres decir con un mago? Ya no quedan magos.

—Pues hay uno en mi casa. Ahora mismo, los aulladores y ese mago están allí. En mi hogar. ¡Mi hogar!

Kahlan no pudo contenerse más.

—Shota, ¿estás segura de que era un mago? ¿No podría ser alguien que estuviera fingiendo? Ya no quedan más magos que Zedd; todos los demás han muerto.

La bruja frunció el entrecejo pese a las lágrimas.

—¿Crees que alguien podría engañarme a mí en algo así? Reconozco a un mago en cuanto lo veo, especialmente si tiene el don. Y también conozco el fuego de hechicero. Pese a su corta edad, era un mago y tenía el don. No sé ni de dónde vino ni por qué nadie tenía noticias de él, pero allí estaba junto a los aulladores. ¡Aulladores!

»Eso sólo puede significar una cosa; ese mago se ha entregado al Custodio. Es su servidor. Está trabajando para acabar de romper el velo y que el Custodio pueda salir, lo que significa que el Custodio posee agentes en este mundo. Probablemente, Rahl el Oscuro era uno de ellos. Por eso era capaz de usar Magia de Resta.

»El hecho de que el Custodio use a magos significa que necesita un mago para rasgar el velo. Tú tienes el don y eres mago. Un mago estúpido, pero mago al fin y al cabo. No me preguntes por qué, pero eres el único que puede reparar el desgarro.

Richard secó una lágrima de una mejilla de Shota.

—¿Qué piensas hacer?

De nuevo, los ojos de la bruja ardieron, y apretó los dientes.

—Regresar a las Fuentes del Agaden. Voy a recuperar mi hogar.

—Pero te expulsaron de allí.

—Porque me pillaron desprevenida —respondió Shota en tono desabrido—. Sólo he venido para decirte lo estúpido que eres. Y que debes hacer algo para remediar lo ocurrido. Debes cerrar el velo o todos estaremos...

»Vuelvo a las Fuentes —declaró la bruja, dándoles la espalda—. El Custodio va a perder a su agente. Pienso arrebatarle el don. ¿Sabes cómo se roba el don a un mago?

—No —repuso Richard, muy interesado—. No sabía que podía hacerse.

—Oh, sí. Puede hacerse. —Shota se dio media vuelta y lo miró, enarcando una ceja—. Si le arrancas la piel, va exudando el don. Es el único modo de arrebatar el don a un mago. Pienso colgarlo por los pulgares y luego lo despellejaré vivo. Centímetro a centímetro. Después, me tapizaré el trono con su piel, me sentaré sobre ella y contemplaré cómo muere gritando mientras destila magia. O moriré en el intento.

—Shota, necesito ayuda. No sé nada de esto.

La bruja dobló los puños con la mirada perdida en la nada. Finalmente, relajó las manos y las abrió.

—No puedo decirte nada que te sea de ayuda.

—¿Quieres decir que puedes decirme algo, pero que no me serviría de nada? —Shota asintió—. ¿Qué es? —preguntó Richard en tono resignado.

—Te quedarás atrapado en el tiempo —le dijo Shota, cruzando los brazos por encima del estómago. Sus ojos volvían a estar húmedos—. No me preguntes qué significa, porque no lo sé. No podrás cerrar el velo hasta que no huyas de esa trampa. Te mantendrá atrapado y el Custodio escapará, a no ser que consigas liberarte. Si no aprendes nada del don, no podrás hacer ni una cosa ni la otra.

Richard anduvo hasta el extremo más alejado de la sala, donde se detuvo, dándoles a ambas la espalda, una mano en la cadera y la otra pasándola por el pelo. Kahlan evitó mirar a Shota. No quería encontrarse con la mirada de la bruja a no ser que fuera estrictamente necesario.

—¿Hay algo más? —inquirió Richard—. ¿Puedes decirme algo más? Lo que sea.

—No. Créeme que si supiera algo más, estaría encantada de decírtelo. No deseo verme cara a cara con el Custodio.

Richard meditó en silencio unos minutos. Al fin, regresó junto a Shota y se colocó frente a ella.

—Últimamente tengo unos dolores de cabeza insoportables.

—Es por el don —le dijo la bruja.

—Vinieron tres mujeres que se hacen llamar las Hermanas de la Luz. Dijeron que debía ir con ellas para que me enseñasen a usar el don, o que éste me mataría. ¿Qué sabes de ellas? —Richard escrutó el rostro de la mujer.

—Soy una bruja y no sé mucho acerca de magos. Pero sé que las Hermanas de la Luz tienen algo que ver con los magos; los entrenan. Es todo lo que sé. Ni siquiera sé de dónde vienen. Aparecen muy raramente, cuando han localizado a alguien nacido con el don.

—¿Qué me ocurrirá si no voy con ellas? ¿Moriré, como dicen?

—Si no aprendes a controlar el don, los dolores de cabeza te matarán. No sé más.

—¿Pero son ellas el único modo?

—No lo sé. Pero sé que debes aprender a controlar el don o no escaparás de la trampa ni serás capaz de reparar el velo, ni siquiera de sobrevivir a los dolores de cabeza.

—¿Me estás diciendo que debo ir con ellas?

—No. Te digo que debes aprender a usar el don. Pero quizás ellas no son la única manera.

—¿Qué otra hay?

—No lo sé, Richard. Ni siquiera estoy segura de que exista esa otra manera. Lo siento, pero en esto no puedo ayudarte. Simplemente, no lo sé. Sólo los estúpidos dan consejos sobre algo que no entienden. Yo no puedo aconsejarte sobre esto.

—Shota, estoy perdido. No sé qué hacer. No entiendo nada de todo esto; las Hermanas, el don, el Custodio. ¿No puedes decirme nada para ayudarme? —imploró el joven.

—Te he dicho todo lo que sé. Estoy tan perdida como tú, o peor, porque yo no puedo hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos. Al menos, tú tienes eso. Por tenue que sea la esperanza. —Los ojos de Shota refulgieron—. Mucho me temo que me veré reflejada en los ojos sin vida del Custodio. Para siempre. No he podido dormir desde que me enteré de todo esto. Si supiera algo, te ayudaría.

Simplemente no sé nada acerca del mundo de los muertos. Ningún ser vivo ha tenido que enfrentarse todavía a eso.

Richard clavó la vista en el suelo.

—Shota —susurró—. No tengo ni idea de qué hacer. Tengo miedo, mucho miedo.

—Y yo también. —La bruja alargó un brazo y le rozó la cara—. Adiós, Richard Rahl. No luches contra quien eres. Úsalo. No sé si puedes ayudarlo —dijo a Kahlan—, pero, si hay algún modo, sé que harás lo mejor para él.

—Eso haré. Espero que recuperes tu hogar, Shota.

—Gracias, Madre Confesora —Shota le agradeció sus palabras con una leve sonrisa.

La bruja dio media vuelta y se deslizó hacia la puerta. Su tenue vestido flotaba tras ella. Samuel la esperaba fuera con ojos amarillos que relucían. Shota se detuvo en el umbral y se puso tensa.

—Richard, si de algún modo logras cerrar el velo y salvarme a mí y a todo el mundo del Custodio, te estaré por siempre más agradecida.

—Gracias, Shota.

—Pero recuerda esto —agregó, dándoles la espalda—: si das un hijo a la Madre Confesora, será un varón, un Confesor. Ni tú ni ella tendréis valor para matarlo, aunque conocéis las consecuencias. Mi madre vivió en la Época de Tinieblas. —Ahora su voz era gélida—. Yo sí tengo valor para hacerlo y lo haré. Pero no será nada personal.

La puerta se cerró con un chirrido tras ella. De repente, la casa de los espíritus se quedó muy vacía y muy silenciosa.

Kahlan se sentía como atontada. Bajó la vista hacia sus manos y comprobó que temblaban. Deseaba que Richard la abrazara, pero no lo hizo. El joven miraba fijamente la puerta y tenía una cara pálida como la nieve.

—No me lo creo —susurró, con los ojos clavados en la puerta—. Esto no puede estar pasando. ¿Lo estoy soñando? —El joven se volvió hacia ella. Sus ojos de mirada distante se llenaron de lágrimas—. Tiene que ser una pesadilla.

—Si es una pesadilla, yo estoy teniendo la misma. Richard, ¿qué vamos a hacer?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta eso? ¿Por qué todo el mundo siempre me pregunta a mí? ¿Qué os hace creer que yo tengo la respuesta?

Kahlan adoptó una actitud inexpresiva y trató de que su mente funcionara de nuevo, pero era incapaz de formular ni un solo pensamiento coherente.

—Porque eres Richard. Eres el Buscador.

—No sé nada acerca del inframundo ni del Custodio.

—Según Shota, ningún ser vivo sabe nada acerca del mundo de los muertos.

Richard pareció salir de pronto de su estupor y, con brusquedad, cogió a la joven por los hombros.

—Entonces tenemos que preguntar a los muertos.

—¿Qué?

—Los espíritus de los antepasados están muertos. Podemos hablar con ellos. Pediré que se convoque una reunión y les preguntaré. Podemos aprender de ellos. Es posible que nos digan cómo cerrar el velo. Tal vez averigüe cómo poner fin a mis dolores de cabeza y cómo usar el don. Vamos —la animó, agarrándola por el brazo.

Kahlan casi sonrió. Realmente, Richard era el Buscador de la Verdad. Fueron avanzando por los callejones, corriendo cuando veían lo suficiente. Las nubes ocultaban la luna, y estaba muy oscuro entre las casas. El aire gélido hacía brotar lágrimas de sus ojos.

Al llegar al campo comunal, vieron luz. Las antorchas iluminaban a la gente allí congregada. Todos seguían apiñados, protegidos por los cazadores; era evidente que no sabían que la bruja se había

marchado. Toda la aldea los miró en silencio, mientras ellos se aproximaban al Hombre Pájaro y a los otros seis ancianos. Chandalen también estaba allí.

—*No hay nada que temer. La bruja se ha marchado* —los tranquilizó Kahlan.

Hubo un colectivo suspiro de alivio.

Chandalen golpeó el suelo con el extremo de su lanza y exclamó:

—*¡Una vez más nos habéis traído problemas!*

Sin hacerle caso, Richard pidió a Kahlan que tradujera. Su mirada abarcó a todos los ancianos y se posó finalmente en el Hombre Pájaro.

—Honorables ancianos, la bruja no vino para hacer daño a nadie. Vino para advertirme de un grave peligro.

—*Eso es lo que tú dices* —le espetó Chandalen—. *Pero no sabemos si es la verdad.*

Kahlan sabía que Richard pugnaba por mantener la calma.

—Si Shota hubiera querido enviarte al mundo de los espíritus, puedes estar seguro de que lo habría hecho.

La única respuesta de Chandalen fue una iracunda mirada.

—*¿Qué peligro?* —inquirió el Hombre Pájaro, después de lanzar a Chandalen una mirada que lo hizo encogerse.

—Dice que corremos el peligro de que los muertos se escapen al mundo de los vivos.

—*No pueden hacer eso. El velo se lo impide.*

—¿Sabes algo del velo?

—*Sí. Cada nivel del mundo de los muertos, del inframundo como tú lo denominas, está sellado con un velo. Cuando celebramos una reunión, invitamos a nuestros espíritus a que nos visiten, y ellos pueden atravesar el velo por un breve período de tiempo.*

Richard escrutó la faz del Hombre Pájaro antes de preguntar:

—¿Qué más puedes decirme sobre el velo?

—*Nada más. Sólo sabemos lo que nos han dicho los espíritus de nuestros antepasados: que deben atravesarlo para llegar hasta nosotros cuando los llamamos y que, el resto del tiempo, los contiene. Según ellos, hay muchos niveles en el inframundo, y ellos ocupan el superior, gracias al cual pueden acudir cuando los convocamos. Los demás espíritus se hallan en niveles inferiores y están atrapados en el mundo de los muertos para siempre.*

—El velo se ha rasgado —anunció Richard, mirando a los ojos a los ancianos—. Si no lo reparamos, el mundo de los muertos nos invadirá. —La gente congregada lanzó gritos ahogados así como temerosos susurros. Los ojos de Richard se posaron de nuevo en el Hombre Pájaro—. Por favor, honorables ancianos, solicito que se celebre una reunión. Necesito la ayuda de los espíritus de nuestros antepasados. Debo hallar el modo de cerrar el velo antes de que el Custodio escape. Debo averiguar si los espíritus pueden ayudarme.

—*¡Mientes!* —exclamó Chandalen, golpeando de nuevo el suelo con la punta de su lanza—. *Estás repitiendo las mentiras de una bruja. ¡No vamos a llamar a los espíritus de nuestros honorables antepasados por lo que diga una bruja! Únicamente deben ser convocados por el bien de nuestra gente. ¡Nos matarán a todos si cometemos tal blasfemia!*

Richard lo fulminó con la mirada.

—No serían convocados porque lo diga una bruja. Soy yo quien lo solicito, un hombre barro. Solicito que se convoque a los espíritus para impedir que ningún mal caiga sobre nuestro pueblo.

—*Tú sólo nos traes muerte; nos traes forasteros, nos traes a la bruja. Tú únicamente deseas ayudarte a ti mismo. ¿Cómo se rasgó el velo?*

Richard se desabrochó el puño de la camisa y se arremangó. Lentamente desenvainó la *Espada de la Verdad* y, sosteniendo la iracunda mirada de Chandalen, pasó la hoja por su antebrazo primero de un lado y luego del otro para que se tiñera con su sangre. Acto seguido, clavó la punta en el suelo y se apoyó con ambas manos sobre la empuñadura.

—Kahlan, quiero que traduzcas algo sin omitir ni una sola palabra. —De nuevo, Richard taladró con la mirada a Chandalen. Su voz sonaba serena, casi amable, pero sus ojos brillaban con furia asesina—. Chandalen, si te oigo una palabra más esta noche, aunque sea para apoyarme u ofrecerme ayuda, te mataré. Algunas de las cosas que me ha dicho la bruja me han dado ganas de matar. Si me das motivo, no dudes de que te mataré.

Los ojos de los ancianos se abrieron mucho. Chandalen abrió la boca para decir algo, pero ante la expresión de Richard prefirió callar y cruzar los brazos. Su mirada era furibunda, pero no tanto como la de Richard. Al fin, bajó la vista.

—Honorable anciano, ya conoces mi sentir —dijo Richard, dirigiéndose de nuevo al Hombre Pájaro—. Sabes que nunca haría nada que pudiera perjudicar a nuestra gente. No os pediría esto si no fuera importante, o si tuviera cualquier otra opción. Por favor, os pido que celebréis una reunión para poder preguntar a los espíritus de nuestros antepasados cómo puedo poner fin al peligro que amenaza a la gente barro.

El Hombre Pájaro miró a los demás ancianos, todos los cuales asintieron. Kahlan sabía que lo harían; no era más que una mera formalidad. Savidlin era amigo suyo y los demás ya conocían cómo era Richard y no querían desafiarlo. La decisión estaba en manos del Hombre Pájaro. Después de obtener la aprobación de los demás ancianos, replicó:

—*Es un mal asunto. No me gusta llamar a los antepasados para preguntarles sobre su mundo. Se supone que nos ayudan en el nuestro. Es posible que se molesten o, incluso, que se enfurezcan. Quizá se negarán. Pero conozco tu sentir* —añadió, tras observar un momento a Richard—. *Sé que eres el salvador de nuestra gente y que no lo pedirías si tuvieras otra opción. Concedido* —declaró, poniéndole una mano encima del hombro.

Kahlan suspiró, aliviada, mientras Richard se lo agradecía con una inclinación de cabeza. La mujer sabía que Richard no deseaba volverse a reunir con los espíritus de los antepasados, pues la experiencia anterior había sido devastadora.

De repente, una sombra revoloteó en el aire. Instintivamente, Kahlan alzó las manos para protegerse. Algo golpeó a Richard en la cabeza, obligándolo a retroceder un paso. Todo el mundo gritaba, confuso. Una forma oscura cayó al suelo entre Richard y el Hombre Pájaro. Richard se incorporó y se llevó las manos a la cabeza. De la frente le goteaba sangre.

El Hombre Pájaro se inclinó sobre una forma oscura y, al erguirse de nuevo, sostenía en las manos una lechuza muerta, la cabeza colgando a un lado y las alas abiertas. Los ancianos se miraron entre sí. La hosca expresión de Chandalen se intensificó, aunque no dijo nada.

—¿Qué impulsaría a una lechuza a golpearme de este modo? ¿Y qué la ha matado? No lo entiendo —dijo Richard, mientras se inspeccionaba los dedos manchados de sangre.

—*Los pájaros viven en el aire, a un nivel distinto del nuestro* —le explicó el Hombre Pájaro, acariciando dulcemente las plumas del ave muerta—. *Viven en dos niveles: tierra y aire, y son capaces de viajar entre nuestro nivel y el suyo. Los pájaros están estrechamente vinculados con el mundo de los espíritus; con los espíritus mismos. Sobre todo las lechuzas. Ellas ven en la noche, cuando estamos ciegos, al igual que estamos ciegos ante el mundo de los espíritus. Yo soy el chamán, el guía espiritual de nuestro pueblo. Sólo un Hombre Pájaro puede serlo, pues sólo él es capaz de comprender tales cosas.*

»*Se trata de un aviso* —declaró, levantando ligeramente al pájaro muerto—. *Ésta es la primera vez que he visto cómo una lechuza transmitía un mensaje de los espíritus. Ha dado la vida para avisarte. Por favor, Richard, reconsidera tu petición. Éste es un aviso de que la reunión será peligrosa, tanto que los espíritus han enviado un mensaje.*

Richard miró alternativamente al Hombre Pájaro y a la lechuza. Entonces alargó una mano y le acarició las plumas. Todo el mundo guardaba silencio.

—¿Peligroso para mí o para los ancianos? —inquirió al fin.

—*Para ti. Tú eres quien solicita que se celebre la reunión. El mensaje de la lechuza iba dirigido a ti. Un mensaje de sangre* —agregó, mirando la frente del joven—. *Es uno de los más graves. Lo único peor que una lechuza habría sido un cuervo. En ese caso, el mensaje hubiese sido de muerte segura.*

Richard apartó la mano, se limpió los dedos en la camisa y contempló la lechuza muerta.

—No tengo elección —murmuró—. Si no hago nada para impedir que el velo acabe rompiéndose, el Custodio del inframundo escapará. El mundo de los muertos se tragará a nuestra gente y a todo el mundo. Tengo que averiguar cómo impedirlo. Debo intentarlo.

—*Como desees* —replicó el Hombre Pájaro—. *Nos llevará tres días prepararlo.*

—La última vez lo hicisteis en dos. No podemos perder tiempo.

El Hombre Pájaro inspiró hondo y suspiró.

—*Muy bien, dos días.*

—Gracias, honorable anciano. —Cuando miró a Kahlan, los ojos de Richard reflejaban un intenso dolor—. Por favor, Kahlan, ve a buscar a Nissel. Voy a la casa de los espíritus. Pídele que esta vez traiga algo más fuerte.

—Ahora mismo voy. No tardaré —le prometió la mujer, apretándole una mano.

Richard asintió, tiró de la espada que estaba clavada en el suelo y se internó en la oscuridad.

13

«Causa de muerte». La mujer alzó la vista y, mientras reflexionaba, presionó contra el labio inferior el extremo redondeado de la sencilla pluma con el mango de madera. Se hallaba en un pequeño y modesto despacho iluminado apenas por velas colocadas entre las pilas de papeles desordenados sobre el escritorio así como encima de ellas. Los rollos se sostenían en precario equilibrio en montones entre gruesos libros. La oscura pátina del tablero únicamente era visible en una pequeña área frente a la mujer, alrededor del informe que esperaba ser escrito.

A su espalda, extraños objetos mágicos atestaban los estantes, acumulando polvo. El siempre presente y diligente servicio de limpieza tenía prohibido tocar esos objetos, por lo que la tarea de sacarles el polvo recaía sobre ella. Pero nunca tenía el tiempo o las ganas para hacerlo. Además, cubiertos por una capa de polvo, parecían menos interesantes a los ojos curiosos.

Unas pesadas cortinas impedían que la luz se filtrara fuera. Una alfombra azul y amarilla colocada al otro lado del escritorio ponía la única nota de color en la habitación. Normalmente, los visitantes que recibía en su despacho se pasaban el rato con la vista clavada en ella.

«Causa de muerte». ¡Qué pesado era escribir esos informes! La mujer suspiró. Era pesado, pero necesario, al menos por ahora. El Palacio de los Profetas exigía montañas de informes. Algunas Hermanas se pasaban toda la vida en las bibliotecas, catalogando informes, mimándolos y anotando cualquier palabra, por inútil que fuera, por si algún día era de importancia.

Bueno, no le quedaba más remedio que inventar una causa de muerte apropiada, pues la verdad era inaceptable. Las Hermanas tenían en gran estima a los poseedores del don y exigirían una explicación satisfactoria a la muerte de uno de ellos. Estúpidas.

¿Accidente durante el entrenamiento? La mujer sonrió. Sí, eso era. Era una explicación que no había empleado en años. La Hermana frunció los labios mientras sumergía la pluma en el tintero y empezaba a escribir:

—«La causa de la muerte fue un accidente durante el entrenamiento con el rada'han. Como ya he advertido en numerosas ocasiones a las demás Hermanas, por joven y flexible que sea una rama, si se dobla demasiado, se rompe.»

¿Quién osaría poner en duda sus palabras? Mientras se preguntaran quién de ellas había cometido el error, evitarían profundizar en la cuestión por miedo a ser las culpables. Mientras emborronaba el papel, se oyó un suave golpe en la puerta.

—Un momento, por favor. —La Hermana acercó a la llama de una vela una esquina de la carta que había escrito el muchacho y, cuando estuvo casi consumida por entero, la arrojó al frío hogar. El sello roto se fundió, formando un charco de sustancia rojo. Ése ya no escribiría más cartas—. Adelante.

La pesada puerta rematada en arco se abrió lo suficiente para que asomara una cabeza.

—Hermana, soy yo —susurró alguien, en la oscuridad.

—No te quedes ahí plantada como una novicia. Entra y cierra la puerta.

La mujer entró y cerró la puerta silenciosamente, no sin antes asomarse fuera para comprobar que no hubiera nadie en el pasillo. Ella no clavó la mirada en la alfombra.

—Hermana...

Con un dedo sobre los labios y un airado ceño, fue silenciada.

—Nada de nombres cuando estamos a solas. Ya te he advertido.

La otra hermana paseó la vista por las paredes como si esperara que alguien asomara la cabeza.

—Estoy segura de que la habitación está protegida.

—Claro que sí, pero la brisa puede hacer llegar nuestras palabras hasta los oídos equivocados. Si eso ocurriera, supongo que no querrías que nuestros nombres se supieran.

—Claro que no. Tienes toda la razón —replicó la recién llegada, recorriendo de nuevo rápidamente las paredes. Entonces se frotó las manos y añadió—: Algún día, esto no será necesario. Odio que tengamos que escondernos. Algún día podremos...

—¿Qué has averiguado?

La interpelada se alisó el vestido en las caderas y, apoyando los dedos sobre el escritorio, se inclinó ligeramente hacia adelante. Sus ojos reflejaban una feroz intensidad. Eran unos ojos muy extraños; de un azul muy pálido con motas violeta. La Hermana siempre se sentía incómoda ante esos ojos.

—Han dado con él —susurró la segunda Hermana.

—¿Has visto el libro?

—Sí. A la hora de la cena. Esperé hasta que las demás se marcharan al refectorio. Ha rechazado la primera oferta —anunció sin alterarse.

—¿Qué? —La otra dio un manotazo al escritorio—. ¿Estás segura?

—Eso dice el libro. Y hay más; es un adulto, un hombre hecho y derecho.

—¡Adulto! —La Hermana inspiró hondo mientras observaba a quien tenía delante—. ¿Qué Hermana fue?

—¿Qué importancia tiene? Las tres son de las nuestras.

—No, no lo son. Sólo pude enviar a dos. Sólo dos. Una es una Hermana de la Luz.

—¿Cómo pudiste permitirlo? —inquirió la otra, asombrada—. Justamente en algo tan importante como...

—¡Silencio! —ordenó la Hermana primera, golpeando la mesa.

La otra se puso derecha y entrelazó los dedos. En su rostro apareció un ligero mohín mientras respondía:

—Fue la hermana Grace.

—La hermana Grace era una de las nuestras. —La mujer cerró los ojos y se recostó en el respaldo de la silla.

—En ese caso, sólo una de las restantes es de las nuestras —dijo la segunda, inclinándose de nuevo sobre el escritorio—. ¿Quién es? ¿La hermana Elizabeth o la hermana Verna?

—No es de tu incumbencia.

—¿Por qué no? Estoy harta de no saber nunca nada. Odio no saber si estoy hablando con una Hermana de la Luz o con una Hermana de las Tinieblas.

La superior descargó el puño sobre la mesa y apretó los dientes.

—No vuelvas a decir eso en voz alta nunca más, o te enviaré con el Innombrable a pedacitos.

—Perdóname. —Esta vez sí que clavó los ojos en la alfombra y palideció.

—Ninguna Hermana de la Luz viva cree que seamos más que un mito. Si alguna vez llega ese nombre a sus oídos, podrían empezar a cuestionarse cosas. ¡Nunca, nunca jamás debes pronunciar ese nombre en voz alta! Si las Hermanas llegaran a descubrirte, o a averiguar a quién sirves, te pondrían un rada'han alrededor del cuello antes de darte tiempo a gritar.

La otra se llevó las manos al cuello mientras dejaba oír una exclamación ahogada.

—Pero yo no...

—Tú te arrancarías los ojos con las uñas por no tener que verlas cada día cuando fueran a interrogarte. Ésta es la razón por la que no debes saber el nombre de las otras; para que no puedas delatarlas. Y ellas tampoco conocen el tuyo. Es un modo de protegernos a todas, y seguir sirviéndole. El único nombre que conoces es el mío.

—Pero Hermana... te aseguro que yo misma me cortaría la lengua antes que delatarte.

—Eso es lo que dices ahora. Pero, si llevaras un rada'han alrededor del cuello, suplicarías poder denunciarme para que te lo quitaran. Pero no debes preocuparte por mi perdón. Si nos fallas, el Innombrable no tendrá piedad contigo. Cuando lo mires a los ojos, te parecerá que cualquier tormento que sufrieras con el rada'han era una experiencia placentera.

—Pero yo sirvo al... He hecho el juramento.

—Cuando el Innombrable escape del velo, quienes le hayan servido bien serán recompensados. Pero, quienes le fallen o luchen contra él, tendrán toda la eternidad para lamentar su error.

—Por supuesto, Hermana. —Ahora la mujer miraba fijamente la alfombra, con los dedos entrelazados—. Sólo vivo para servirle. No fallaré a nuestro Amo. Lo juro.

—Por tu alma.

—He hecho el juramento —replicó con voz desafiante, alzando sus ojos color violeta.

—Como todas nosotras, Hermana. Como todas nosotras. —La superior se relajó de nuevo y, tras estudiar a su compañera un instante, inquirió—: ¿Decía algo más el libro?

—No he tenido tiempo de examinarlo a fondo, pero he visto algunas cosas. Está en compañía de la Madre Confesora. Están prometidos para casarse.

—La Madre Confesora. —La Hermana frunció el entrecejo, reflexiva, pero enseguida lo desestimó con un gesto de la mano—. Eso no es problema. ¿Qué más?

—Es el Buscador.

—¡Maldita sea la Luz! —exclamó, dando un palmetazo en la mesa y soltando un sonoro aliento—. El Buscador. Bueno, ya nos ocuparemos de eso. ¿Algo más?

La otra asintió lentamente y se inclinó más hacia adelante.

—Pese a que es un hombre fuerte, sólo dos días después de despertar el don, los dolores de cabeza lo dejaron inconsciente.

La primera se levantó lentamente de su asiento. Esta vez fue ella quien abrió mucho los ojos por el asombro.

—Dos días —susurró—. ¿Estás segura de que fueron dos días?

—Yo te digo sólo lo que está escrito en el libro —replicó la Hermana, encogiéndose de hombros—. No estoy segura de lo que dice ni de si es verdad. ¿Cómo podría serlo?

—Dos días. Dos días. —La superior se recostó en la silla y se quedó mirando fijamente el escritorio—. Cuanto antes le pongamos un rada'han al cuello, tanto mejor.

—Incluso las Hermanas de la Luz te darían la razón en este punto. Había un mensaje de la Prelada.

—¿La Prelada en persona envió órdenes? —La voz delataba extrañeza.

—Sí. Ojalá supiera si está con nosotras o contra nosotras —dijo entre dientes.

La otra hizo oídos sordos al comentario.

—¿Qué decía el mensaje?

—Que si rechaza la tercera oferta, la hermana Verna debe matarlo. ¿Habías oído alguna vez una orden como ésa? Si realmente es tan fuerte y declina nuestra ayuda tres veces, morirá de todos modos en pocas semanas. ¿Qué sentido tiene dar esa orden?

—¿Sabes de alguien que rechazara la primera oferta?

—Bueno, supongo que no.

—Es una de las normas. Si alguien con el don rechaza las tres ofertas, hay que matarlo para evitarle el sufrimiento final, la locura. Nunca te habías encontrado con una orden así porque nunca habías oído que nadie rechazara la primera oferta.

»He pasado mucho tiempo en los archivos, estudiando las profecías y encontré referencias a esta norma. La Prelada conoce todas las antiguas y oscuras normas. Y está asustada; ella también ha leído las profecías.

—¿Asustada? ¿La Prelada asustada? Pero si ella nunca le tiene miedo a nada.

—Pues ahora está asustada. Suceda lo que suceda con el nuevo, tanto si se pone el collar como si muere, nos conviene. Si se pone el rada'han, nos ocuparemos de él a nuestra manera, como siempre hemos hecho. Y, si muere, un problema menos. Tal vez sería mejor que muriera. Quizá sería mejor que muriera antes de que las Hermanas de la Luz averigüen quién es, si es que no lo saben ya.

La otra volvió a inclinarse sobre el escritorio y bajó el tono de voz.

—Si lo supieran o lo averiguaran, algunas Hermanas de la Luz lo matarían.

—Desde luego. —Tras estudiar las motas color violeta unos instantes, una sonrisa se pintó en su rostro—. Qué dilema tan peligroso para ellas, y qué gloriosa oportunidad para nosotras. —La sonrisa se desvaneció para inquirir—: ¿Y el otro asunto?

—Ranson y Weber esperan donde ordenaste. —La Hermana se enderezó y cruzó los brazos debajo del pecho—. Se mostraron muy gallitos, porque han pasado todas las pruebas y mañana serán liberados. Tuve que recordarles que todavía llevan el collar. —Los finos labios de la mujer esbozaron una sádica sonrisa, y sus ojos moteados brillaron—. Me extraña que aquí arriba no oigamos cómo las rodillas les tiemblan de miedo.

—Debo impartir lecciones —replicó la otra, no dándose por enterada de esa sonrisa—. Tú irás en mi lugar. Diles que tengo que acabar unos informes. Iré a ver a nuestros dos amigos. Es posible que hayan superado todas las pruebas de la Prelada, pero las mías no. Uno de ellos deberá hacer un juramento, y el otro...

Su interlocutora se inclinó con avidez sobre el escritorio, y una hambrienta mirada apareció en sus ojos moteados.

—¿Cuál de ellos? ¿Cuál piensas... Oh, ojalá pudiera mirar. O ayudar. Prométeme que me lo explicarás todo con pelos y señales.

—No omitiré nada, te lo prometo. Te lo explicaré del principio al fin. Cada chillido. Vamos, ve a dar las lecciones en mi lugar.

La Hermana se marchó como una colegiala atolondrada. Era demasiado vehemente, y ese tipo de vehemencia era peligrosa. Ese tipo de ansia podría hacerle olvidar toda cautela y correr riesgos. La Hermana sacó un cuchillo de un cajón y se dijo que, en el futuro, debería procurar usarla menos y no perderla de vista.

Con el pulgar comprobó, con cuidado, que el filo del cuchillo estuviera suficientemente afilado. Dándose por satisfecha, se lo guardó dentro de la manga sin el dacra. A continuación cogió una pequeña y polvorienta estatua del estante y se la introdujo en un bolsillo. Antes de salir se acordó de un objeto más y regresó para recoger la sólida vara apoyada contra un lado de la mesa.

A esa hora de la noche, los pasillos estaban en silencio y casi desiertos. Pese al calor, se cubrió mejor los hombros con la capa de algodón azul. Al pensar en el nuevo sentía escalofríos. Un hombre adulto.

Mientras caminaba sin hacer ruido pisando las largas alfombras, fue pasando por delante de lámparas colocadas en soportes sujetos a los paneles de madera de cerezo tallada, mesas adornadas con flores secas y ventanas que daban al patio provistas de pesadas cortinas. En la distancia, las luces de la ciudad titilaban como una alfombra de estrellas. Por las ventanas penetraba un aire ligeramente fétido, lo que indicaba que la marea estaba baja.

El personal de limpieza, que pulía una silla aquí o un pasamanos allá, hacía profundas reverencias a su paso. Ella apenas registraba su presencia y, desde luego, no los saludaba; no merecían su atención.

Un adulto. Un hombre hecho y derecho.

El rostro le ardía de rabia al pensarlo. ¿Cómo era posible? Alguien había cometido un gravísimo error. Tenía que ser un error, un descuido. Sí, eso era.

Una criada que limpiaba a cuatro patas una mancha en una alfombra alzó la vista justo a tiempo de apartarse de un salto con un «Perdonadme, Hermana». Arrodillada, inclinó la cabeza hasta el suelo al tiempo que murmuraba palabras de disculpa.

Adulto. Hubiera sido difícil convertirlo si hubiese sido un niño. ¿Pero un adulto? De nuevo meneó la cabeza. Un hombre. Frustrada, se golpeó el muslo con la vara. Otras dos criadas se sobresaltaron al oír el sonido y se hincaron de rodillas, con las manos en actitud de plegaria, tapándose los ojos cerrados.

Bueno, adulto o niño, llevaría un rada'han alrededor del cuello y un palacio lleno de Hermanas lo vigilaría. Pero, incluso con el rada'han, sería un hombre ya hecho. Y el Buscador, para más inri. Sería difícil de controlar. Peligrosamente difícil.

Claro que, en caso necesario, siempre podría sufrir un «accidente» durante su entrenamiento. Además, poseer el don siempre conllevaba otros peligros, peligros que podían dejar a un hombre peor que muerto. Pero, si pudiera convertirlo o usarlo, valdrían la pena todos los esfuerzos.

La mujer entró en un pasillo que al principio creyó vacío, pero entonces reparó en la presencia de una joven que, de pie entre las sombras de las lámparas, miraba por una ventana. A la Hermana le pareció reconocerla. Era una de las novicias. Se detuvo detrás de ella y cruzó los brazos. La novicia daba golpecitos en la alfombra con un pie mientras se apoyaba sobre los codos en la ventana abierta y contemplaba las verjas del palacio más allá.

La Hermana carraspeó. La joven dio bruscamente media vuelta, ahogó una exclamación e hizo una reverencia.

—Perdonadme, Hermana, no os he oído llegar. Os deseo unas buenas noches.

Cuando la joven alzó sus grandes ojos color avellana, la otra mujer le puso el extremo de la vara bajo el mentón para obligarla a alzar un poco más el rostro.

—Pasha, ¿verdad?

—Sí, Hermana. Pasha Maes. Novicia de tercer rango. La siguiente en ser ordenada.

—La siguiente —repitió con desdén la Hermana—. La presunción está de más en una Hermana, y aún más en una novicia aunque sea de tercer rango.

Pasha bajó la mirada e hizo una reverencia lo mejor que pudo con la vara aún bajo el mentón.

—Sí, Hermana. Pido perdón.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo miraba, Hermana. Contemplaba la noche.

—Contemplabas la noche. Más bien diría que contemplabas las verjas. ¿Me equivoco, novicia?

Pasha trató de mirar al suelo, pero la vara le alzó el mentón y tuvo que mirar a su superiora a los ojos.

—No. No os equivocáis, Hermana. Estaba mirando las verjas. —La joven se humedeció los labios varias veces hasta que, al fin, confesó—: He oído los rumores que corren entre las chicas. Dicen que, bueno, dicen que tres de las Hermanas han estado fuera mucho tiempo, lo que sólo puede significar que regresan con un poseedor del don. Uno nuevo. En todos los años que llevo aquí, no he visto llegar a ninguno nuevo. —La joven volvió a humedecerse los labios—. Teniendo en cuenta que soy... bueno que espero ser la próxima ordenada... será necesario que me asignen a uno nuevo. Deseo tanto ser ordenada Hermana. He estudiado muy duro y trabajado mucho. Llevo mucho tiempo esperando y hasta ahora no ha llegado ninguno. Perdonadme, Hermana, pero no puedo evitar sentirme excitada y tener esperanzas de ser merecedora de ello. Así que... sí, estaba mirando las verjas con la esperanza de verlo llegar.

—¿Crees que posees la fortaleza necesaria para hacerlo bien? ¿Que serás capaz de supervisar a uno nuevo?

—Sí, Hermana. Cada día estudio y practico los ejercicios.

—¿De veras? —La Hermana observó con altanería a la novicia—. Demuéstramelo.

Mientras se miraban fijamente, sintió cómo los pies se le levantaban unos pocos centímetros del suelo. Un sólido empuje de aire. Fuerte. No estaba mal. La Hermana se preguntó si Pasha era capaz de resistir interferencias. Para comprobarlo, conjuró a ambas puntas del pasillo llamaradas que se extendieron con rapidez hacia las dos mujeres, aullando. Pasha no vaciló. Las llamas chocaron contra un muro de aire antes de alcanzarlas. Sin embargo, el aire no era el mejor elemento para contener el fuego. Se trataba de un pequeño error que Pasha subsanó casi al instante. Antes de que las llamas atravesaran la barrera de aire, éste se humedeció hasta gotear. Las llamas se apagaron con un silbido.

Aunque no trató de moverse, sabía que no podía. Sentía que algo la tenía firmemente agarrada. Para liberarse, lo tornó frío y frágil como el hielo, y lo quebró. Una vez libre, levantó a Pasha en el aire. La joven tejió redes defensivas que la atacaron, tratando de rodearla, pero fue incapaz de liberarse. De nuevo sintió cómo sus pies abandonaban el suelo. Era realmente impresionante; la joven contraatacaba incluso estando inmovilizada.

Hechizos se enredaron unos con otros, en pugna, luchando, creando nudos. La lucha estaba igualada. Ambas se defendían y atacaban a la menor oportunidad. Suspendidas en el aire, las dos mujeres midieron sus fuerzas en silencio y sin moverse durante un buen rato.

Al final, la Hermana se hartó de eso, rompió las redes que la rodeaban y envolvió con ellas a la joven. Entonces se posó con suavidad en el suelo, dejando que Pasha hiciera juegos malabares con todo el peso de esa carga. Era una treta simple, pero efectiva; lanzarle al oponente no sólo los hechizos de ataque, sino volver contra él los propios. Pasha no se lo esperaba y era incapaz de defenderse contra ello; no era lo que le habían enseñado.

El sudor corría por el rostro de la novicia, ligeramente contraído en una mueca. La fuerza que irradiaba por todo el pasillo hacía que las alfombras se curvaran en los extremos. Las lámparas se rompían en sus soportes. Pasha empezaba a enfurecerse. Frunció el entrecejo. Con un sonoro estallido que destrozó en mil pedazos un espejo situado a la otra punta del pasillo, rompió los hechizos. Sus pies calzados con chinelas se posaron en el suelo.

La novicia inspiró profundamente varias veces, antes de poder decir:

—Nunca había visto hacer algo así. Hermana. No se ajusta a... las normas.

—Las normas son sólo para los juegos de niños —replicó la Hermana, colocando de nuevo la vara bajo el mentón de la joven—. Y tú ya no eres ninguna niña. Cuando seas ordenada Hermana, tendrás que enfrentarte a situaciones para las que no rige norma alguna. Debes estar preparada. Si sigues siempre las «normas» de alguien, es muy posible que acabes con el puñal de ese alguien clavado en la garganta.

—Sí, Hermana —repuso Pasha, sin inmutarse—. Gracias por enseñarme.

La Hermana sonrió interiormente, aunque cuidándose muy bien de mostrarlo. Tenía agallas, la joven. Una cualidad rara en una novicia aunque fuera de tercer rango.

De nuevo estudió con atención a Pasha: su suave pelo color castaño que justo le llegaba a los hombros, sus grandes ojos color avellana, sus atractivos rasgos, unos labios del tipo que atraen todas las miradas masculinas, hombros altivos y erguidos, y curvas por todas partes que ni siquiera la túnica de novicia lograba ocultar.

La Hermana deslizó la vara del mentón de la joven hasta el cuello y luego hasta el arranque del escote abierto.

Un hombre hecho y derecho.

—Pasha, ¿desde cuándo se permite que las novicias lleven la túnica desabrochada? —preguntó con una voz serena que tanto podía ser tomado por amenazante como por amable.

La joven se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

—Perdonadme, Hermana. Hace una noche tan calurosa... Estaba sola y no creí que hubiera nadie por aquí. Sólo quería refrescarme un poco con la brisa. —El arrebol de su rostro se acentuó—. Sudaba tanto. No era mi intención ofender a nadie. Me siento avergonzada. Perdonadme.

Con rapidez empezó a abrocharse los botones. Pero, suavemente, la superiora le apartó con su mano las manos de los senos.

—El Creador te hizo así. No deberías sentirte avergonzada de los atributos que Él, en su infinita sabiduría, te ha concedido. No te sientas nunca avergonzada de lo que el Creador te ha otorgado. Sólo aquellos cuya lealtad hacia el Creador es cuestionable te menospreciarían por exhibir en toda su magnificencia su creación.

—Yo... gracias, Hermana. Nunca se me había ocurrido mirarlo de ese modo. ¿A qué os referís con eso de «lealtad cuestionable»? —inquirió, extrañada.

—Quienes veneran al Innombrable no se ocultan en las sombras, querida. Podrían estar en cualquier parte —repuso la Hermana, apartando la vara y enarcando una ceja—. Incluso tú podrías ser uno de ellos. O yo.

—Oh, por favor, Hermana —imploró Pasha, cayendo de rodillas—, no digáis algo así de vos, ni siquiera en broma. Vos sois una Hermana de la Luz y estamos en el Palacio de los Profetas, donde ruego que estemos a salvo de los susurros del Innombrable.

—¿A salvo? —Con un gesto de la vara, indicó a la novicia que se levantara. Una vez de pie, le dirigió una severa mirada—. Sólo una estúpida se creería a salvo, incluso aquí. Las Hermanas de la Luz no son estúpidas. Incluso nosotras debemos estar siempre alerta ante los oscuros susurros.

—Sí, Hermana. Lo recordaré.

—Recuérdalo cada vez que alguien te haga sentir avergonzada por cómo te ha hecho el Creador. Pregúntate a ti misma por qué se sonrojan al contemplar su obra. Se sonrojan como haría el Innombrable.

—Sí, Hermana... Gracias —tartamudeó Pasha—. Me habéis dado mucho en qué pensar. Nunca había pensado en el Creador de ese modo.

—Él no hace nada sin una razón, ¿no es cierto?

—¿Qué queréis decir?

—Bueno, cuando da a un hombre unos músculos fuertes, ¿por qué razón es?

—Es fácil; para que los use. El Creador le ha otorgado fuerza para que pueda trabajar duro y alimentar a su familia. Para que trabaje bendiciendo su nombre. Para que el Creador esté orgulloso de él, no para que malgaste el regalo del creador siendo holgazán.

—¿Y qué crees tú que pensaba el Creador cuando te dio este cuerpo? —preguntó la Hermana, agitando la vara de arriba abajo delante de Pasha.

—Yo... pues no lo sé exactamente. ¿Para que lo usara y el Creador estuviera orgulloso de su obra tal vez?

—Sigue pensando en ello. Piensa en qué razones hay para que estés aquí. Para que estés aquí ahora. Todos estamos aquí por una razón concreta. Las Hermanas de la Luz cumplen un propósito, ¿verdad?

—Oh sí, Hermana. Están aquí para enseñar a los nacidos con el don, para enseñarles a usarlo y guiarlos de modo que no escuchen los susurros del Innombrable y únicamente escuchen las palabras del Creador.

—¿Y cómo logramos hacer eso?

—Se les concede el don de la brujería, para que puedan guiarlos en su don.

—Y, si el Creador fue lo suficientemente sabio para concederte ese don, el don de la brujería, ¿no crees que también te ha dado el aspecto que tienes por alguna razón? ¿Tal vez como parte de tu vocación como Hermana de la Luz? ¿Tal vez para que uses ese aspecto para servirle?

—Bueno, nunca lo había visto de ese modo. —Pasha estaba desconcertada—. ¿En qué puede ayudar mi aspecto?

La Hermana se encogió de hombros.

—No siempre conocemos los propósitos del Creador. Cuando Él desee, te será revelado.

—Sí, Hermana —replicó la novicia, pero su voz sonaba insegura.

—Pasha, cuando ves a un hombre al que el Creador ha concedido belleza, un cuerpo apuesto, ¿qué piensas?

Pasha se sonrojó.

—Bueno... a veces... el corazón me late muy deprisa. Me hace sentir... bien. Tengo deseos.

—No hay motivo para sonrojarse, querida —dijo la Hermana, sonriendo al fin—. Se trata del deseo de tocar lo que las manos del Creador han forjado. ¿Acaso crees que a Él le disgusta que aprecies su obra? ¿No te parece que quiere que te guste lo que ha hecho? ¿Que lo disfrutes? Del mismo modo debes saber que los hombres disfrutan contemplando tu belleza y desean tocar en ti la obra del Creador. Sería un sacrilegio no usar lo que Él te ha dado para servirle.

Pasha sonrió con timidez.

—Nunca se me había ocurrido pensarlo. Me habéis abierto los ojos, Hermana. Cuanto más aprendo, más parece que no sé nada. Espero ser algún día una Hermana de la Luz tan sabia como vos.

—Cada día se aprende algo, Pasha. La vida te da lecciones cuando menos lo esperas. Como esta noche. —Con la vara señaló hacia la ventana—. Ahí estabas, mirando por una ventana y esperando aprender una cosa, y has aprendido otra mucho más importante.

—Muchas gracias por haber sacrificado parte de vuestro tiempo para enseñarme. Ninguna Hermana me había hablado con tanta franqueza.

—Ésta es una lección que no entra en el plan de estudios, Pasha. Es una lección que el Innombrable no deseaba que aprendieras, por lo que debes guardarla en secreto. A medida que pienses en lo que te he dicho, la mano del Creador se irá revelando y comprenderás mejor qué espera Él de ti. Y si necesitas ayuda para comprenderlo, yo siempre estaré dispuesta a guiarte. No debes hablar con nadie de esta conversación. Como ya he dicho, una nunca sabe quién presta oídos a los susurros del Innombrable.

—Así lo haré, Hermana. Muchas gracias. —Pasha hizo una leve reverencia.

—Una novicia debe superar muchas pruebas. Pruebas concebidas por Palacio, que se rigen por determinadas normas. La prueba final antes de ser ordenada Hermana de la Luz es hacerse cargo del entrenamiento de un nuevo. En esta última prueba, no siempre hay normas. A veces, los nuevos son difíciles de controlar, aunque eso no significa que sean malos.

—¿Cómo difíciles?

—Vienen aquí después de abandonar la única vida que conocen y se hallan en un lugar nuevo, con exigencias que no comprenden. Es posible que se rebelen, que sean difíciles de controlar. Pero eso es porque están asustados. Debemos tener paciencia.

—¿Asustados? ¿De las Hermanas? ¿De palacio?

—¿Acaso no estabas tú un poco asustada cuando llegaste aquí?

—Bueno, quizás un poco. Pero mi sueño era venir. Lo deseaba más que cualquier otra cosa.

—Para los nuevos, no siempre es su sueño. Están confusos acerca de su poder. En tu caso, éste fue creciendo contigo y te fuiste acostumbrando poco a poco; era parte de ti. Pero, en su caso, a veces brota de manera súbita, inesperada. No es algo que ellos hayan planeado ni que esperaran. El rada'han puede inflamar el poder, y para ellos es algo nuevo y aterrador. A veces, ese mismo miedo los impulsa a luchar contra él, y también contra nosotras.

»Tu labor, la responsabilidad de una novicia de tercer rango, es controlarlos por su propio bien hasta que las Hermanas puedan enseñarles. En todas tus otras lecciones, existían normas. Pero, en ésta, no siempre existen. Los nuevos todavía no conocen nuestras normas y, si te ciñes a ellas, pueden ser difíciles de controlar. A veces, el collar no basta. A veces debes usar todo lo que el Creador te ha dado. Tienes que estar dispuesta a todo para controlar la voluntad de esos magos que aún no han completado su formación. Ésta es la verdadera prueba, la definitiva, para convertirse en Hermana. Las novicias que no la pasan son expulsadas del palacio.

—Nunca había oído nada por el estilo —dijo Pasha, muy asombrada.

—Entonces, me alegro de haberte sido de ayuda. Me complace que el Creador me haya elegido para ayudarte. Tal vez las otras te lo han ocultado, porque no desean tan fervientemente como yo que triunfes. Quizás harías bien en consultar conmigo cualquier duda que te surja acerca del nuevo al que te asignen.

—Oh, sí. Gracias por vuestra ayuda, Hermana. Debo admitir que me inquieta saber que los nuevos pueden mostrarse rebeldes. Yo siempre había imaginado que estaban ansiosos por aprender, y que enseñarles sería un lecho de rosas.

—Hay de todo. Algunos son tan dóciles como un bebé. Esperemos que te caiga en suerte uno de ésos. Pero hay otros que ponen a prueba la paciencia de cualquiera. He leído crónicas antiguas acerca de algunos que despertaron el don antes de que lográramos dar con ellos, antes de poder ponerles un rada'han y ayudarlos.

—No... Debe de ser aterrador; que el poder se despierte y no tener ninguna guía de las Hermanas.

—Ciertamente. Y, como ya he dicho, el miedo puede hacerlos problemáticos. En una antigua crónica se cuenta el caso de uno que rechazó la primera oferta de las Hermanas.

Pasha se llevó los dedos a la boca y ahogó una exclamación.

—Pero... eso significa que... una de las Hermanas...

La superior asintió con solemnidad.

—Es el precio que todas estamos dispuestas a pagar. Contraemos una grave responsabilidad.

—Pero ¿por qué sus padres no le obligaron a aceptar?

—Según la crónica, se trataba de un adulto. Un hombre hecho y derecho —explicó la Hermana, bajando el tono de voz e inclinándose hacia la novicia.

—¿Un hombre? No es posible. Si un muchacho es difícil de controlar, ¿qué puede pasar si ya es adulto?

—Nuestro propósito en esta vida es servir a la obra del Creador. Nunca podemos saber lo que el Creador ha previsto para nosotras ni por qué nos ha dado lo que tenemos. Una novicia que esté a cargo de uno nuevo debe usar cualquier cosa que el Creador le haya dado. El collar no siempre es suficiente. Una nunca sabe qué será necesario que haga, las normas no siempre funcionan.

»¿Todavía quieres ser una Hermana de la Luz? ¿Aunque sepas que puede tocarte un alumno más difícil que ninguno que haya tenido otra novicia?

—¡Oh, sí! ¡Sí, Hermana! Si el nuevo es difícil, sabré que es una prueba que me envía el mismo Creador para comprobar si realmente soy digna. No fallaré. Estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario. Usaré todo lo que he aprendido y todo lo que Él me ha dado. No olvidaré que quizá proviene de una tierra extraña, que tenga costumbres singulares, que tenga miedo, que sea conflictivo o rebelde. Y sabré que debo seguir mis propias normas para tener éxito. —Aquí Pasha vaciló—. Si vuestra oferta de ayuda era en serio, sabré que con vuestra sabiduría que me respalde, no fracasaré.

La Hermana sonrió y asintió.

—Te doy mi palabra. Te ayudaré, sin importar la dificultad. —La Hermana frunció el entrecejo, pensativa—. Quizá el Creador te ha hecho hermosa para que uno nuevo pueda comprender la belleza del Creador a través de ti, de su obra. Tal vez sea así como debes enseñarle el camino al nuevo.

—Será un honor mostrar a uno nuevo, sea de la forma que sea, la luz del Creador.

—Cuánta razón tienes, querida. —La Hermana se puso derecha y se cogió las manos—. Ve a ver a la maestra de las novicias y dile que tienes demasiado tiempo libre y que, a partir de mañana, desearía que te asignara algunas tareas más. Dile que últimamente pasas demasiado tiempo mirando por las ventanas.

Pasha se sometió; inclinó la cabeza y le hizo otra reverencia.

—Sí, Hermana.

—Yo también he oído que tres Hermanas están buscando a un poseedor del don. Creo que aún tardarán en regresar con él, si es que vuelven, pero cuando lo hagan pienso recordarle a la Prelada que eres la próxima candidata a convertirte en Hermana y que estás preparada para la misión.

—¡Oh, gracias, Hermana! ¡Muchas gracias!

—Eres una joven muy hermosa, Pasha. Verdaderamente, el Creador muestra en ti toda la belleza de su obra.

—Gracias, Hermana —replicó la novicia, esta vez sin sonrojarse.

—Da gracias al Creador.

—Lo haré. Hermana, antes de que llegue el nuevo, ¿podríais enseñarme más sobre lo que el Creador espera de mí? ¿Me ayudaréis a comprenderlo?

—Si tú quieres...

—Oh, claro que quiero. De veras que sí.

—En ese caso lo haré, querida. Claro que lo haré —repuso la Hermana, dándole palmaditas en la mejilla. Entonces se puso derecha para ordenarle—: Vamos, corre a ver a la maestra de las novicias. No puedo permitir que futuras Hermanas pierdan el tiempo mirando por la ventana.

—Sí, Hermana. —Con una sonrisa, Pasha hizo una reverencia y se marchó a toda prisa por el pasillo. De pronto se detuvo y dio media vuelta—. Hermana... temo que no conozco vuestro nombre.

—¡Vete!

Pasha se estremeció.

—Sí, Hermana.

La Hermana contempló cómo la novicia balanceaba las caderas mientras se alejaba a toda prisa por el corredor y aprovechaba para volver a colocar bien las esquinas de las alfombras. La joven tenía unos tobillos perfectos.

Un hombre hecho y derecho.

Tras un momento de reflexión, la Hermana volvió a ponerse en marcha. Mientras descendía más y más, las escaleras de madera fueron dando paso a las de piedra. Aunque el calor se fue suavizando, el aire seguía viciado y en él flotaba el olor de la marea baja. El cálido resplandor de las lámparas fue sustituido por las titilantes sombras que reinaban entre las escasas antorchas. Los medrosos criados que iba encontrando eran cada vez menos, hasta que ya no vio a ninguno. La mujer siguió descendiendo hacia los niveles inferiores del palacio, situados bajo las dependencias de los criados y los talleres. Las antorchas cada vez estaban más espaciadas, hasta que desaparecieron. La Hermana encendió en la palma de su mano una bola de fuego y la sostuvo en alto para iluminarse el camino.

Al llegar a la puerta que buscaba, envió la bola a una antorcha apagada situada en un tedero junto a la puerta. Entró en una pequeña habitación de muros de piedra que había sido una bodega. Ahora estaba abandonada y vacía, a excepción de la mohosa paja del suelo, una tea encendida y dos magos. Dentro olía desagradablemente a resina quemada y a humedad.

Cuando entró, los dos magos se pusieron en pie algo tambaleantes. Ambos llevaban la sencilla túnica que correspondía a su alto rango y exhibían una estúpida media sonrisa. La Hermana se dio cuenta de que no era que se mostraran gallitos, sino que habían estado bebiendo. Probablemente habían celebrado su última noche en el Palacio de los Profetas, la última noche con las Hermanas de la Luz, la última noche con el rada'han.

Los dos hombres eran amigos desde que, aún muchachos, llegaron al palacio casi al mismo tiempo. Sam Weber era poco agraciado, de estatura media, cabello castaño claro rizado y una mandíbula perfectamente rasurada que parecía demasiado grande en ese rostro de facciones suaves. El otro, Neville Ranson, era algo más alto, con el pelo negro lacio muy corto e impecablemente peinado. Llevaba una barba recortada a la perfección que empezaba ya a encanecer. Sus ojos eran casi tan oscuros como el pelo. Sus facciones parecían aún más marcadas en comparación con las más suaves de su amigo.

La Hermana siempre había opinado que se había convertido en un hombre muy apuesto. Lo conocía desde que, siendo niño, llegara a palacio. A la sazón era una joven novicia, y le había sido asignado como alumno; había sido la última prueba antes de ser ordenada Hermana. Pero de todo eso hacía mucho tiempo.

El mago Ranson hizo un amplio ademán con el brazo al tiempo que ejecutaba una dramática aunque tambaleante venia. Al erguirse de nuevo, exhibía una sonrisa de oreja a oreja. Pese a los años y las canas, esa sonrisa le daba invariablemente un aspecto juvenil.

—Buenas noches, hermana...

La mujer le propinó un sopapo con el dorso de la vara tan fuerte como pudo y notó cómo el hueso se rompía. El mago cayó de espaldas al suelo con un grito.

—Ya te he dicho que nunca jamás me llames por mi nombre cuando estemos solos —le espetó la mujer entre dientes—. El estar borracho no te excusa de cumplir la orden.

El mago Weber se quedó inmóvil, con los ojos desorbitados, pálido el rostro. La sonrisa había desaparecido de su cara. Ranson rodó sobre sí mismo en el suelo tapándose el rostro con las manos y dejando una estela de sangre en la paja.

Weber recuperó el color de golpe y se sonrojó.

—¿Cómo osas tratarnos así? ¡Hemos pasado todas las pruebas! ¡Somos magos!

La Hermana mandó una andanada de poder al rada'han. El impacto lanzó al mago contra el muro. El collar se quedó pegado a la piedra como una aguja a un imán.

—¿Que habéis pasado las pruebas? —gritó la Hermana—. ¡No habéis pasado aún mis pruebas! —La mujer se regodeó en el dolor que causaba a Weber hasta que éste empezó a jadear agónicamente—. ¿Es éste el modo de dirigirse a una Hermana? ¿Así es como muestras respeto?

La Hermana interrumpió la andanada, Weber se desplomó y gruñó al dar con sus huesos en el suelo.

—Perdonadme, Hermana —se disculpó con voz afligida y ronca—. Os pido disculpas por mi falta de respeto. El alcohol hablaba por mí. ¿Nos perdonáis? —El mago alzó con cautela la mirada hacia la furiosa mujer.

Ésta lo miraba fijamente con los brazos en jarras. Entonces señaló con la vara al hombre que rodaba sobre sí mismo en el suelo y gemía.

—Cúralo —ordenó—. No tengo tiempo para estas tonterías. He venido para someteros a ambos a una prueba, no para ver cómo Ranson lloriquea y se queja de una simple bofetada.

Weber se inclinó sobre su amigo y, con delicadeza, lo tumbó de espaldas.

—Tranquilo, Neville, te ayudaré. Quédate quieto.

El mago Weber apartó las temblorosas manos de su amigo y las reemplazó por las suyas propias. Al momento empezó el proceso de curación. La Hermana esperaba impaciente con los brazos cruzados. La cosa no duró mucho, pues Weber poseía un don especial para la sanación. Al acabar ayudó a su amigo a incorporarse y, con un puñado de paja, le limpió la sangre de la herida ya curada.

Ranson se levantó forzadamente. Sus ojos centelleaban de furia, pero se cuidó muy bien de que su voz no lo reflejara.

—Perdonadme, Hermana. ¿Qué deseáis?

—Por favor, Hermana —intervino Weber, colocándose junto a él—, hemos hecho todo lo que las Hermanas querían. Hemos terminado el aprendizaje.

—¿Terminado? ¿Terminado, dices? No lo creo. ¿Habéis olvidado nuestras charlas? ¿Habéis olvidado ya mis palabras? ¿Pensabais acaso que yo las olvidaría? ¿Creéis que os dejaré marchar así como así, libres como pájaros? Nadie sale de aquí sin hablar conmigo antes, o con una de las mías. Queda el asunto del juramento.

Ambos intercambiaron una mirada y retrocedieron medio paso.

—Si nos dejáis marchar, os prestaremos juramento —sugirió Weber.

La mujer los observó un instante y, al hablar, su voz sonó por fin serena.

—¿A mí? No es a mí a quien debéis prestar juramento, muchachos, sino al Custodio, ya lo sabéis. —Ambos palidecieron ligeramente—. Y el juramento vendrá después de que uno de vosotros supere la prueba. Sólo uno de vosotros deberá prestar juramento.

—¿Sólo uno? —inquirió Ranson. El mago tragó saliva—. ¿Sólo uno de nosotros prestará el juramento? ¿Por qué sólo uno?

—Porque el otro estará muerto —susurró la Hermana.

Ambos lanzaron una exclamación ahogada y se acercaron más.

—¿De qué prueba se trata? —quiso saber Weber.

—Desnudaos y empezaremos.

Los hombres se miraron. Ranson osó protestar.

—¿Que nos desnudemos? ¿Ahora? ¿Aquí?

La mujer miró a uno y a otro.

—No seáis vergonzosos, muchachos. Os he visto a ambos nadar desnudos en el lago desde que apenas levantabais dos palmos del suelo.

—Pero entonces éramos niños, y ahora somos hombres adultos —replicó Weber.

—Si os lo tengo que repetir, os quemaré la túnica encima del cuerpo.

Ambos se estremecieron ante la fulminante mirada de la Hermana y empezaron a quitarse la túnica por encima de la cabeza. Para mortificarlos y mostrar su desagrado, la mujer los miró deliberadamente de arriba abajo. Los hombres se sonrojaron a la luz de la antorcha.

Un rápido giro de muñeca, y la Hermana ya tenía el puñal en la mano.

—De pie contra la pared. Los dos.

Como no obedecieron con prontitud, la mujer usó los collares para arrojarlos contra el muro. Enviando un hilo de poder a cada rada'han, los inmovilizó contra la piedra. Los magos quedaron aplastados contra el muro, incapaces de levantar ni un dedo.

—Por favor, Hermana —susurró Ranson—, no nos matéis. Haremos cualquier cosa. Cualquiera.

—Sí, lo haréis. Al menos uno de los dos. —La fría mirada de la Hermana se posó en los negros ojos de Ranson—. Pero ya llegaremos al juramento. Por lo pronto, muérdete la lengua o te la arrancaré.

La Hermana se acercó a los dos magos indefensos. Primero colocó la punta del cuchillo en la parte superior del pecho de Weber y lo fue deslizando lentamente, con cuidado de cortar sólo piel y nada más. El mago apretó los dientes, la frente se le perló de sudor y los carrillos le temblaron. Tras hacerle un corte de la longitud de un antebrazo, la mujer volvió al punto de inicio y le hizo otro igual a un dedo de distancia. Mientras el cuchillo cortaba, de la garganta del hombre se escaparon leves sonidos agudos. Los extremos de ambos cortes convergían. Por el pecho de Weber se deslizaban hilillos de sangre. La Hermana introdujo la punta del puñal entre ambos cortes en la parte superior y fue separando la piel hasta formar un generoso colgajo.

Acto seguido, hizo los mismos cortes gemelos a Weber, dejando un colgajo de piel arriba. En el rostro del mago se mezclaron las lágrimas con el sudor, pero no profirió queja alguna. Sabía que de nada serviría. Al acabar, la mujer se pudo derecha y examinó su trabajo. Eran dos cortes idénticos. Perfecto. Entonces volvió a guardarse el puñal dentro de la manga y dijo:

—A uno de vosotros mañana le quitarán el rada'han del cuello y será libre para marcharse. Al menos, será libre en lo que concierne a las Hermanas de la Luz. Pero no en lo que me concierne a mí y, sobre todo, al Custodio. Mañana uno de vosotros empezará a servirle. Si le sirve bien, tendrá su recompensa cuando el Custodio se libere del velo. Pero, si fracasa... bueno, será mejor que no os diga qué destino le espera.

—Hermana, ¿por qué sólo uno de nosotros? —preguntó Ranson con voz trémula—. Ambos podríamos prestar juramento y servir al Custodio.

Weber lanzó una iracunda mirada a su amigo. No le gustaba que nadie hablara en su nombre. Siempre había sido muy obstinado.

—Se trata de un juramento de sangre. Uno de vosotros tendrá que superar mi prueba para ganarse el privilegio de jurar. El otro perderá el don esta noche, perderá su magia. ¿Sabéis cómo pierde la magia un mago?

Ambos negaron con la cabeza.

—Mientras es despellejado vivo, va exudando su magia —respondió la mujer con toda tranquilidad, como si estuvieran hablando de mondar una pera—. La destila hasta que no le queda ni gota.

Weber se quedó mirándola fijamente, muy pálido. Ranson cerró los ojos y tembló. Al mismo tiempo, la Hermana envolvió el colgajo de piel de cada uno de ellos en sus dedos índices y dijo:

—Voy a pedir un voluntario. Esto es sólo una pequeña demostración de lo que le espera a quien se ofrezca. No quiero que penséis que morir va a ser fácil. —La mujer les dirigió una cálida sonrisa antes de añadir—: Os doy permiso pata que chilléis, muchachos. Creedme; esto os va a doler.

Dicho esto, tiró de ambas tiras de piel y luego esperó pacientemente a que los gritos cesaran, y un poco más a que los magos dejaran de sollozar para darles así tiempo de que asimilaran la lección.

—Por favor, Hermana, nosotros servimos al Creador tal como las Hermanas nos han enseñado —sollozó Weber—. Servimos al Creador, no al Custodio.

—Puesto que tan fiel eres al Creador, Sam, serás el primero en elegir. —La Hermana lo miraba con frialdad—. ¿Quieres vivir o morir?

—¿Por qué él? ¿Por qué tiene que ser él quien elija primero? —protestó Ranson.

—Cierra el pico, Neville. No hables hasta que me dirija a ti. —La mujer posó de nuevo los ojos en Weber y le levantó el mentón con los dedos—. ¿Y bien, Sam? ¿Quién morirá: tú o tu mejor amigo? —La Hermana esperó la respuesta con los brazos cruzados sobre los pechos.

El mago la miró con ojos vacuos, evitando mirar a su amigo. Tenía la tez cenicienta y su voz no era más que un débil susurro.

—Yo. Mátame a mí. Deja que Neville viva. Prefiero morir antes que prestar juramento al Custodio.

La Hermana observó por un momento sus ojos vacíos y luego se volvió hacia Ranson.

—¿Y tú qué dices, Neville? ¿Quién vive y quién muere? Tú o tu mejor amigo. ¿Quién prestará juramento al Custodio?

El mago echó un vistazo a Weber, el cual no le devolvió la mirada. Entonces se humedeció los labios, y su mirada de ojos oscuros se posó de nuevo en la Hermana.

—Ya lo habéis oído. Prefiere morir. Si quiere morir, que muera. Yo prefiero vivir. Prestaré juramento al Custodio.

—Le entregarás tu alma.

Neville asintió lentamente. Sus ojos relucían con feroz determinación.

—Le entregaré mi alma.

—Muy bien —dijo la mujer, sonriendo—. Parece que, como buenos amigos, habéis llegado a un acuerdo. Todo el mundo está contento, y yo también. Me alegro de que seas tú, Neville, quien se una a nosotros. Me siento orgullosa de ti.

—¿Tengo que quedarme? ¿Tengo que ver cómo lo haces?

—¿Ver? —La Hermana enarcó una ceja—. Tienes que hacerlo tú.

Ranson tragó saliva, pero su mirada seguía siendo dura. La Hermana había sabido siempre que sería él. A veces dudaba, pero en el fondo lo sabía. Le había enseñado bien. Le había dedicado mucho tiempo para moldearlo a su gusto.

—¿Puedo pedir algo? —inquirió Weber—. ¿Podría quitarme el collar antes de morir?

—¿Para así poder hacer un conjuro de Fuego Vital y quitarte la vida antes de que lo hagamos nosotros? ¿Me tomas por estúpida? ¿Crees que soy una mujer blanda y estúpida? —La Hermana negó con la cabeza—. Petición denegada.

La mujer liberó ambos rada'han de la pared. Weber cayó de rodillas, con la cabeza colgando. Estaba solo en esa habitación y lo sabía.

Ranson se levantó e irguió los hombros. Entonces se señaló la sangrante herida en el pecho y preguntó:

—¿Y esto qué?

—Sam, levántate —ordenó la Hermana al otro mago. Weber obedeció con la mirada clavada en el suelo—. Tu buen amigo está herido. Cúralo.

Sin decir ni media palabra, Weber se volvió, posó las manos sobre el pecho de Ranson y se dispuso a curarlo. Muy erguido, Ranson esperaba que el dolor desapareciera. La Hermana anduvo hacia la puerta y contempló cómo Weber hacía su trabajo, el último, con la espalda recostada contra la puerta.

Al acabar, Weber no la miró ni a ella ni a su amigo, sino que se dirigió a la pared más alejada y deslizó por ella la espalda hasta quedar sentado en el suelo. Una vez allí, hundió la cabeza entre las rodillas y se tapó con los brazos.

Ranson, curado ya pero aún desnudo, se aproximó a la Hermana y le preguntó:

—¿Qué debo hacer?

Con un rápido movimiento de muñeca, la Hermana empuñó de nuevo el puñal. Acto seguido lo lanzó al aire y lo recogió por la hoja. Se lo tendió al mago por el mango.

—Tienes que despellejarlo vivo.

La Hermana empujó el mango contra él hasta que éste alzó una mano y lo cogió.

—En vivo —repitió el mago, contemplando el puñal que empuñaba con una mirada que nada tenía ya de firme.

La mujer se metió la mano en un bolsillo y sacó un pequeño objeto: la figura de peltre de un hombre barbudo con una rodilla hincada que sostenía un cristal sobre la cabeza. Su diminuto rostro miraba hacia arriba con expresión de maravilla. El cristal tenía una forma ligeramente alargada y acababa en minúsculas facetas. En el interior flotaban inclusiones congeladas, como un cielo de constelaciones. Tras sacarle el polvo con una esquina de su delgada capa, le tendió la figurilla a Ranson.

—Es un objeto mágico; un receptáculo de magia. El cristal, denominado quillion, absorberá la magia de tu amigo a medida que abandone su cuerpo después de ser despellejado. Entonces, una vez que haya absorbido toda su magia, brillará con luz anaranjada. Cuando eso ocurra, tráemelo para demostrarme que has concluido el trabajo.

—Sí, Hermana —replicó Ranson, después de tragar saliva.

—Esta noche, antes de que me marche, prestarás juramento. —La Hermana empujó hacia él la figurilla con el cristal hasta que el mago la tomó—. Éste será tu primer trabajo después de jurar. Si fracasas en esta tarea o en cualquiera de las que seguirán, desearás haberte encontrado en el lugar de tu amigo. Lo desearás por toda la eternidad.

—Sí, Hermana. —Ranson sostenía el cuchillo en una mano, y la pequeña estatua en la otra. El mago echó una furtiva mirada por encima del hombro a su amigo, acurrucado en el suelo contra el muro—. Hermana, ¿podríais... podríais hacerlo enmudecer? —preguntó, bajando la voz—. No sé si podré soportar que hable mientras lo hago.

—Tienes un cuchillo, Neville. Si te molesta que hable, córtale la lengua.

El mago tragó saliva y cerró los ojos un instante. Al abrirlos, inquirió:

—¿Y si muere antes de que su cuerpo destile toda la magia?

—Con el quillion aquí, vivirá hasta que no le quede ni una pizca de magia. Una vez que el cristal la haya absorbido por completo, empezará a brillar. Así sabrás que el proceso ha acabado. Después de eso, no me importa qué hagas con él. Si quieres, rématalo rápidamente.

—¿Y si trata de ponerme trabas? Con su magia, me refiero.

La Hermana sonrió con aire indulgente.

—Con el collar no podrá. No podrá hacer nada para detenerte. Una vez muerto, ya no habrá vida que mantenga el rada'han alrededor de su cuello y se abrirá. Tráemelo cuando me traigas el cristal.

—¿Y el cuerpo?

—He dedicado mucho tiempo a enseñarte Magia de Resta, como a los demás —repuso la mujer, con una dura mirada—. Úsala. Deshazte del cuerpo con Magia de Resta hasta que no quede ni una gota de sangre ni un pedazo de carne.

Ranson se puso algo más derecho y asintió con la cabeza.

—Esta noche, cuando acabes aquí, y antes de que vengas a verme al alba, hay una cosa más que quiero que hagas.

Ranson inspiró hondo y fue soltando el aire lentamente.

—¿Otro trabajo? ¿Debo hacer otro trabajo esta noche?

—Éste te gustará —le aseguró la Hermana, sonriéndole y dándole un cariñoso cachete en la mejilla—. Será la recompensa por hacer un buen trabajo con el quillion. Ya te darás cuenta de que servir al Custodio tiene sus ventajas, y espero que nunca compruebes que fallarle tiene su castigo.

—¿Cuál es ese otro trabajo? —preguntó el mago, receloso.

—¿Conoces a una novicia de nombre Pasha?

—No hay hombre alguno en palacio que no conozca a Pasha Maes —repuso Ranson, con un gruñido.

—¿La conocen muy íntimamente?

Ranson se encogió de hombros.

—Le gusta dar besos y algún que otro abrazo en los rincones.

—¿No pasa de los besos y los abrazos?

—Conozco a unos pocos que han logrado tocarla por debajo de la falda. Todos hablan de las piernas tan estupendas que tiene y que sacrificarían el don a cambio de que las enlazara alrededor de ellos. Pero creo que ninguno lo ha conseguido. Algunos de los hombres la guardan como si fuera un gatito indefenso. Uno en particular, el joven Warren, no la pierde de vista.

—¿Warren es uno con los que se besa por los rincones?

—No creo ni que lo reconociera, si lo tuviera delante. —El mago se rió entre dientes—. Ése no tiene agallas ni para asomar la nariz fuera de sus archivos y mirarla a la cara. Así pues, ¿en qué consiste el trabajo? —inquirió, frunciendo el entrecejo.

—Cuando acabes aquí, quiero que vayas a su alcoba, que le digas que mañana serás libre y que, después de pasar todas las pruebas, tuviste una visión del Creador. Dile que en esa visión el Creador te decía que fueras a verla y le enseñaras a usar el glorioso don de su belleza, que le enseñaras a usar ese don que Él le ha otorgado para hacer felices a los hombres, de modo que, cuando le revele la especial misión que le tiene reservada, estará preparada.

»Dile que el Creador te dijo que la ayudaría a tratar a su nuevo alumno, pues será el más difícil que haya tenido nunca una novicia. Dile que el Creador te ha revelado que ha hecho que esta noche sea calurosa para que ella sudara entre los pechos, sobre el corazón, y así despertara a Sus deseos. Luego, quiero que le enseñes cómo complacer a un hombre —concluyó con una suave sonrisa.

Ranson la miró, con incredulidad.

—¿Que os hace pensar que creerá lo que le digo y que se entregará a mí?

La sonrisa de la Hermana se hizo más amplia.

—Tú dile lo que yo te he dicho, Neville, y te dejará hacer mucho más que ponerle una mano bajo la falda. Probablemente te enlazará la cintura con las piernas antes de que hayas acabado de hablar.

Sin salir de su estupor, el mago asintió con la cabeza.

—Me alegra comprobar que estarás... a la altura del trabajo —dijo la mujer, mirándolo deliberadamente de la cabeza a los pies—. Enséñale todo lo que se te ocurra que puede complacer a un hombre. Al menos, todo lo que puedas hasta el alba. Enséñale bien. Quiero que aprenda cómo hacer feliz a un hombre de modo que éste nunca tenga bastante.

—Sí, Hermana —repuso Ranson, muy complacido.

La mujer colocó la punta de la vara bajo su mentón y lo alzó un poco.

—Se amable con ella, Neville. No quiero que le hagas daño en ningún aspecto. Quiero que esto sea una experiencia muy agradable para ella. Quiero que la disfrute. Bueno, hazlo lo mejor que puedas con lo que tienes —añadió, bajando de nuevo la vista.

—Nunca nadie se ha quejado —protestó el mago.

—Idiota. Las mujeres no se quejan a la cara del hombre, sino a sus espaldas. Ni se te ocurra abalanzarte sobre ella, gozarla y luego quedarte dormido. Tienes de tiempo hasta el amanecer. No quiero que duermas esta noche. Asegúrate de que recordará esta noche con nostalgia. Enséñale todo lo que sabes.

»Se trata de un trabajo agradable, pero no olvides que lo haces al servicio del Custodio. Fracasa, en esto como en cualquier otra misión, y tu servicio acabará de repente. Pero el dolor que sentirás, no. No bajes la guardia mientras estés con ella. Por la mañana espero que me des un informe detallado de todo lo que le has enseñado, sin omitir nada de nada. Tengo que saber qué sabe para seguir guiándola.

—Sí, Hermana.

—Cuanto antes termines, antes podrás estar con Pasha y de más tiempo dispondrás para enseñarle —dijo, mirando al hombre contra el muro.

—Sí, Hermana —repitió Ranson, sonriendo.

La mujer apartó la vara y soltó un suspiro. Con un gesto, la túnica del mago voló hacia su mano. Se la tendió.

—Toma, póntela. Te estás poniendo en evidencia. —La mujer lo observó mientras cogía la prenda y se la ponía por la cabeza—. Mañana empezará el verdadero trabajo, la verdadera labor.

—¿Qué trabajo? ¿Qué labor? —Ranson asomó la cabeza por la túnica, seguida de los brazos, primero uno y luego el otro.

—Una vez seas liberado, deberás partir de inmediato para ponerte al servicio de tu patria. Recuerdas tu patria, ¿no? Irás a Aydindril para convertirte en el consejero del príncipe Fyren. Tienes cosas que hacer allí. Cosas importantes.

—¿Cómo por ejemplo?

—Ya hablaremos de eso mañana. Por ahora, antes de cumplir tu primera misión, la segunda y todo lo demás, debes prestar juramento. ¿Deseas hacerlo por propia voluntad, Neville?

La Hermana se fijó en que Ranson echaba una rápida mirada a su amigo, acurrucado contra el muro. Entonces, sus ojos se posaron en el cuchillo y el quillion. Cuando su mirada se quedó perdida, supo que estaba pensando en Pasha.

—Sí, Hermana —respondió en un susurro.

—Muy bien, Neville. Arrodíllate. Ha llegado el momento del juramento.

Mientras el mago se arrodillaba, la Hermana alzó una mano. La llama de la antorcha se extinguió, sumiendo la habitación en una total oscuridad.

—El juramento al Custodio debe hacerse en la oscuridad en la que éste habita —susurró la mujer.

14

Suavemente, Kahlan abrió la puerta. Richard estaba despierto y sentado frente al fuego. Cuando la puerta se cerró, el inquietante sonido de los tambores y las boldas que llegaba del centro de la aldea se hizo menos intenso. De pie junto a él, Kahlan inclinó la cabeza del joven contra una pierna y le pasó los dedos por el pelo.

—¿Cómo va ese dolor de cabeza?

—Mejor. El descanso y la última bebida que me preparó Nissel me han ayudado. Tengo que salir ya, ¿verdad? —preguntó, sin alzar los ojos hacia la mujer.

Kahlan se sentó en el suelo a su lado y le frotó la espalda.

—Sí. Ya es la hora. ¿Estás seguro de que quieres comer la carne ahora que sabes de qué es?

—Tengo que hacerlo.

—Pero es carne. ¿Podrás comer carne?

—Si quiero que se celebre la reunión, tendré que hacerlo. La tradición lo exige. Comeré carne.

—Richard, esta reunión me da muy mala espina. No estoy segura de que debas seguir adelante. Quizás hay otra manera. El Hombre Pájaro también teme por ti. Tal vez no deberías hacerlo.

—Debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque todo esto es culpa mía —contestó el joven, mirando fijamente las llamas—. Soy el responsable de que el velo se haya desgarrado. Eso dijo Shota; que era culpa mía.

—No. Fue Rahl el Oscuro quien de algún modo lo provocó.

—Yo también soy un Rahl —susurró.

Kahlan le echó un vistazo, pero él le hurtó la mirada.

—¿Así que el hijo hereda los crímenes del padre?

—No creo en ese dicho —repuso Richard, con un asomo de sonrisa—, pero hay algo de verdad en él. ¿Recuerdas lo que dijo Shota? —preguntó, mirándola a los ojos—. Que sólo yo podría reparar el velo. Tal vez es porque Rahl el Oscuro lo rasgó a través de la magia del Destino y de mi intervención.

La luz de las llamas parpadeaba en los ojos de Richard.

—¿Y por eso crees que, puesto que un Rahl lo rasgó, otro Rahl tiene que cerrarlo?

—Es posible. Eso explicaría por qué sólo yo puedo cerrarlo. Quizá no sea ésta la razón, pero no se me ocurre ninguna otra. Me alegro de casarme con una mujer tan lista —añadió, sonriendo.

Kahlan sonrió a su vez. Se sentía feliz al verlo sonreír.

—Bueno, pues esa mujer tan lista no comprende esa razón.

—Puedo estar equivocado, pero es una posibilidad que debo tener en cuenta.

—Entonces, ¿por qué seguir adelante con la reunión?

Los ojos de Richard se iluminaron, excitados, mientras le dirigía una juvenil sonrisa.

—Porque he resuelto nuestro dilema. Ya sé qué vamos a hacer. —El joven se volvió hacia Kahlan y cruzó las piernas—. Mañana por la noche celebraremos la reunión y averiguaremos lo que podamos. Luego, a la mañana siguiente... —Richard agarró el colmillo del dragón y se lo mostró, sonriendo aún más—. A la mañana siguiente llamaré a Escarlata. Así es como viajaremos a Aydindril para reunirnos con Zedd; volando. De este modo, los dolores de cabeza no me impedirán realizar un largo viaje por tierra. Escarlata vuela con ayuda de la magia, lo que le permite cubrir enormes distancias en muy poco tiempo.

»Nos iremos antes de que las Hermanas puedan detenernos, y les costará mucho tiempo seguirnos. Así, por el momento, no tendré que rechazar ninguna oferta más. Me reuniré con Zedd, y él sabrá qué hacer para acabar con los dolores de cabeza. Después de la reunión llamaré a Escarlata. Probablemente le costará gran parte del día llegar hasta aquí. —Richard se inclinó hacia ella y le dio un rápido beso—. Mientras la esperamos, nos casaremos.

—¿Casarnos? —El corazón le dio un brinco en el pecho.

—Sí, casarnos. Todo el mismo día: pasado mañana. Haremos todo eso y nos marcharemos antes del anochecer.

—Oh, Richard... me encantaría. Hagámoslo ahora mismo. Llama a Escarlata. Así, podríamos casarnos por la mañana, cuando llegue. Sé que la gente barro se daría prisa por nosotros. Zedd nos dirá qué hacer, y tú no tendrás que correr el riesgo de celebrar una reunión.

Pero Richard meneó la cabeza.

—Debo asistir a esa reunión. Shota dijo que sólo yo podía cerrar el velo, no Zedd. ¿Y si Zedd no tiene ni idea de cómo hacerlo? Más de una vez nos ha confesado que apenas sabe nada acerca del inframundo. En realidad, nadie sabe nada sobre el mundo de los muertos.

»Pero los espíritus de los antepasados, sí. Tengo que averiguar todo lo que pueda. No podemos perder tiempo acudiendo a Zedd para que después resulte que está tan a oscuras como nosotros. Primero, debo averiguar lo que pueda. Según Shota, sólo yo puedo reparar el velo. Tal vez sea porque soy el Buscador. Debo hacer mi trabajo y encontrar las respuestas. Aunque para mí no signifiquen nada, pueden ser importantes para Zedd y sabrá qué hacer, sabrá qué puedo hacer.

—¿Y si llegamos a Aydindril antes que Zedd? Si Escarlata nos lleva en un día, es posible que Zedd todavía no haya llegado.

—Aunque no haya llegado, sabemos que se dirige a Aydindril y lo encontraremos. Zedd verá a Escarlata.

Kahlan lo observó un instante.

—Estás totalmente decidido, ¿verdad?

—Si hay alguien capaz de hacerme dudar, ésa eres tú. ¿Se te ocurre algo mejor?

Finalmente, la mujer negó con la cabeza.

—Ojalá, pero no. Lo único que no me gusta de tu plan es la reunión con los espíritus.

Una ligera sonrisa suavizó el rostro de Richard.

—Me muero de ganas por verte con el vestido de boda que Weselan te está haciendo. ¿Crees que lo tendrá acabado tan pronto? Podríamos pasar nuestra noche de bodas en Aydindril, en tu hogar.

—Claro que lo tendrá acabado. —Kahlan no pudo reprimir una sonrisa—. Y no tiene por qué ser un gran banquete de boda. De todos modos, con los preparativos de la reunión no queda tiempo para organizar un banquete. El Hombre Pájaro estará igualmente encantado de casarnos sin banquete. —Mirándolo con timidez, añadió—: En Aydindril tendremos una cama de verdad. Una cama muy grande y cómoda.

Richard enlazó la cintura de la mujer con un brazo, la atrajo hacia sí y posó en sus labios un suave beso. Kahlan deseó que nunca acabara. Pero Richard la apartó con delicadeza y miró hacia otro lado.

—¿Richard... y lo que dijo Shota acerca de un hijo tuyo y mío?

—No sería la primera vez que Shota se equivoca. E, incluso, lo que predijo con certeza, no ocurrió exactamente como esperábamos. No pienso renunciar a ti sólo porque ella lo diga. ¿Recuerdas ese proverbio que me dijiste una vez?: «Nunca dejes que una mujer hermosa elija el camino por ti cuando tiene un hombre a la vista». Además, primero podremos hablar con Zedd. Si de algo sabe es de Confesoras y del don.

—Parece que tienes respuesta para todo. ¿Cómo te has vuelto tan inteligente?

Kahlan le acarició el pecho. Richard volvió a atraerla y la besó, esta vez con más pasión.

—Pienso encontrar una respuesta a todo lo que trate de alejarme de ti y de esa cama tan grande y cómoda. Iría incluso al inframundo y lucharía contra el Custodio para estar contigo.

Kahlan se acurrucó contra su hombro. Parecía una eternidad desde que la conociera en la Tierra Occidental cuando la perseguía una cuadrilla. Parecía haber transcurrido toda una vida desde entonces y no unos pocos meses. Juntos habían pasado por tantas cosas... Kahlan estaba agotada de estar asustada, de que la persiguieran y trataran de darle caza. Todo acababa de terminar y ya empezaba de nuevo; no era justo.

La mujer hizo un esfuerzo por no caer en el desánimo. No era ése el modo correcto de mirar las cosas; estaba pensando en el problema y no en la solución. Se forzó a analizar el nuevo problema por él mismo, sin pensar en todo lo ocurrido en el pasado.

—Tal vez esta vez no será tan duro. Quizá podemos hacer lo que dices, averiguar lo que debemos hacer y solucionar este lío. Será mejor que salgamos —añadió, después de darle un beso en el cuello—. Nos están esperando. Además, si me quedo aquí contigo más tiempo, no podré esperar hasta estar los dos en mi enorme y cómoda cama de Aydindril.

Abandonaron la quietud de la casa de los espíritus y recorrieron con las manos entrelazadas los oscuros callejones entre las casas. Kahlan se sentía segura dándole la mano a Richard. Desde el día que se conocieron, y Richard le había ofrecido la mano para ayudarla a ponerse de pie, le gustaba sentir su mano en la de él. Nadie antes le había cogido la mano; todo el mundo tenía miedo a las Confesoras. Kahlan deseaba que todo eso acabara para poder estar juntos y vivir en paz. Entonces podrían cogerse de las manos siempre que quisieran y ya no tendrían que huir.

El sonido de la gente, el baile, las conversaciones y el alboroto de los niños fueron creciendo en intensidad hasta que, por fin, llegaron a la zona iluminada por las hogueras. Los músicos, subidos a plataformas abiertas con los tejados de hierba, se balanceaban mientras pasaban una especie de lengüetas arriba y abajo de las ondulaciones talladas de las boldas, produciendo inquietantes y evocadores sones que se propagaban por la llana pradera que rodeaba la aldea. Los tamborileros golpeaban los parches de los tambores a una velocidad vertiginosa, creando frenéticos ritmos que resonaban en la aldea. Otros respondían a ellos o se unían. Los bailarines, disfrazados, danzaban en círculos, deteniéndose y girando todos a una, brincando y pateando el suelo con los pies, escenificando historias para deleite de niños y adultos que se agolpaban alrededor. De las hogueras emanaba un humo dulzón así como maravillosos aromas.

En el centro del campo ardían y crepitaban grandes fogatas que les calentaron un lado del rostro al pasar junto a ellas. Los hombres exhibían con orgullo sus mejores pieles, mientras que las mujeres iban ataviadas con sus vestidos más vistosos. Todos ellos se habían alisado el pelo para la ocasión con lodo húmedo. Las jóvenes llevaban bandejas de junco con pan de tava, pimientos asados, cebollas, judías, calabaza, pepino y remolacha, cuencos con carnes estofadas, pescado y pollo así como fuentes con jabalí y carne de venado desde las hogueras en las que se cocinaba hasta la gente congregada en los diversos cobertizos. Toda la aldea estaba de celebración para dar la bienvenida a los espíritus de los antepasados.

Al verlos llegar, Savidlin se levantó y les dio la bienvenida a la plataforma de los ancianos. Tenía un aspecto muy digno con la piel de coyote oficial sobre los hombros. El Hombre Pájaro y los demás ancianos los saludaron con sonrisas e inclinaciones de cabeza. Tan pronto como se hubieron sentado en el suelo con las piernas cruzadas, unas muchachas les colocaron delante bandejas de junco y fuentes llenas de comida. Ambos cogieron pedazos de pan, los enrollaron alrededor de los pimientos y recordaron llevárselos a la boca usando sólo la mano derecha. Un muchacho les llevó tazas de cerámica y una jarra de agua ligeramente sazonada con especias.

Cuando se dio por satisfecho de verlos cómodamente instalados, el Hombre Pájaro hizo una seña con la cabeza a un grupo de mujeres que esperaba en el cobertizo de al lado. Kahlan sabía qué significaba. Esas mujeres eran cocineras especiales, las únicas a las que les era permitido preparar las especialidades del banquete. Los ojos de Richard siguieron a la mujer que se acercaba a ellos con una

bandeja de junco sobre la que había carne seca dispuesta de modo circular. Nada en él dejaba traslucir sus sentimientos.

Si no comía carne, no habría reunión. Y no era una carne cualquiera. Sin embargo, Kahlan sabía que Richard estaba decidido, y que comería.

La mujer ofreció la bandeja al Hombre Pájaro y, después, a los demás ancianos manteniendo la cabeza gacha. Después de que todos cogieron un pedazo, ofreció a las esposas de los ancianos. Unas pocas aceptaron. A continuación, le tocó el turno a Richard. El joven miró fijamente la carne un momento, tras lo cual alargó un brazo y cogió uno de los pedazos más grandes. Lo sostuvo entre los dedos, mirándolo, mientras Kahlan declinaba y la mujer se alejaba.

—*Sabemos que te resulta difícil, pero es necesario que adquieras la sabiduría de nuestros enemigos* —dijo el Hombre Pájaro a Richard.

El joven tomó un trozo grande entre los dientes.

—La tradición lo exige —dijo. Masticó y tragó la carne sin mostrar emoción alguna, con la mirada perdida—. ¿Quién era?

El Hombre Pájaro se quedó mirándolo un momento antes de responder:

—*El hombre que tú mataste.*

—Comprendo.

El joven dio otro mordisco a la carne. Había elegido un trozo grande y se lo estaba comiendo todo para demostrarles que estaba decidido a que se celebrara la reunión, que, pese a la advertencia de los espíritus, nada le impediría seguir adelante. Mientras masticaba y tragaba cada bocado con un sorbo de agua, contemplaba a los bailarines. La plataforma de los ancianos era como un remanso de paz entre el bullicio y la actividad.

De pronto, dejó de masticar, abrió mucho los ojos y se sentó muy erguido. Volvió con brusquedad la cabeza hacia los ancianos y les preguntó:

—¿Dónde está Chandalen?

Los ancianos, después de estudiar su rostro un momento, se miraron entre sí.

—¿Dónde está Chandalen? —repitió Richard, poniéndose en pie de un salto.

—*Por ahí, en alguna parte* —contestó el Hombre Pájaro.

—¡Buscadlo! ¡Ahora! ¡Traedlo aquí!

El Hombre Pájaro envió a uno de los cazadores a buscar a Chandalen. Sin decir palabra, bajó de un salto la plataforma y se encaminó al cobertizo donde se cocinaba. Localizó a la mujer con la fuente de carne y cogió un trozo.

—*¿Tienes alguna idea de qué está pasando?* —preguntó Kahlan al Hombre Pájaro.

Éste asintió con solemnidad.

—*La carne de nuestro enemigo le ha dado una visión. A veces ocurre. Ésta es la razón de esta tradición: para conocer qué alberga el corazón de nuestros enemigos.*

Richard regresó y esperó paseando de un lado a otro frente a la plataforma de los ancianos.

—¿Richard, qué ocurre? ¿Qué ves?

El joven se detuvo. Mostraba una expresión agitada.

—Problemas —se limitó a decir, y siguió andando. Kahlan le preguntó qué tipo de problemas, pero él ni siquiera pareció oír la pregunta.

Al fin, el cazador volvió con Chandalen y sus hombres.

—*¿Qué puede querer de mí Richard el del genio pronto?*

—Come esto y dime qué ves —repuso Richard, tendiéndole la tira de carne.

Chandalen clavó la mirada en los ojos de Richard mientras comía la tira de carne seca. El joven volvió a caminar impaciente de arriba abajo, mientras cortaba otro pedazo con los dientes y lo masticaba.

Por fin no pudo esperar más.

—¿Y bien? ¿Qué ves?

—*Un enemigo* —contestó Chandalen, receloso.

Richard suspiró, exasperado.

—¿Quién era ese hombre? ¿Cuál era su pueblo?

—*Era un bantak, del este.*

—¡Bantak! —Kahlan se puso en pie de un brinco y bajó la plataforma para colocarse junto a Richard—. *Los bantak son un pueblo pacífico. Nunca atacarían a nadie. No es su costumbre.*

—*Era un bantak* —repitió Chandalen—. *Llevaba pintura negra en los ojos y nos atacó. Al menos, eso es lo que sostiene Richard el del genio pronto* —agregó el cazador, mirando a Richard.

—Se acercan —masculló Richard, caminando de nuevo arriba y abajo. Entonces se detuvo y agarró a Chandalen por los hombros—. ¡Se acercan! ¡Piensan atacar a la gente barro!

—*Los bantak no son luchadores. Como la Madre Confesora dice, es un pueblo pacífico que cultiva la tierra y cría cabras y ovejas* —replicó Chandalen—. *El que nos atacó debía de estar mal de la cabeza. Los bantak saben que la gente barro son más fuertes, y nunca osarían atacarnos.*

Richard apenas escuchó la traducción.

—Reúne a tus hombres y busca más. Tenemos que detenerlos.

—*Te repito que no tenemos nada que temer de los bantak. No nos atacarán.*

Richard estaba a punto de explotar.

—¡Chandalen, eres el encargado de proteger a nuestra gente! ¡Te estoy diciendo que hay una amenaza! ¡Debes hacerme caso! Escúchame, ¿no te parece un poco raro que un solo hombre atacara a todo un grupo? —Richard se pasó las manos por el pelo, tratando de calmarse—. ¿Tú, que eres tan valiente, atacarías solo a tantos hombres a campo abierto? ¿Tú sólo con una lanza y ellos con arcos?

Chandalen se limitó a mirarlo fijamente. El Hombre Pájaro y los demás ancianos bajaron de la plataforma y fueron a colocarse junto a Chandalen, frente a Richard.

—*Dinos lo que nuestro enemigo te ha revelado. Dinos qué has visto.*

—Este hombre... —Richard sostuvo ante el rostro del Hombre Pájaro el trozo de carne—. Este hombre era el hijo de su chamán.

Los ancianos cuchichearon entre sí, inquietos. El Hombre Pájaro no apartó los ojos de Richard.

—*¿Estás seguro de lo que dices? Matar al hijo de un chamán, incluso en defensa propia, es una grave ofensa. Sería como si alguien matara a mi vástago, caso de tenerlo. Podría desencadenar una guerra* —afirmó, enarcando una ceja.

Richard asintió precipitadamente.

—Lo sé. Y ésta era su intención. Por alguna razón, creyeron que la gente barro se había convertido en una amenaza para ellos y, para asegurarse, enviaron al hijo de su chamán. Si lo matábamos, sería la prueba de nuestras intenciones hostiles. Esperaban ver clavada su cabeza en una pica para comprobar si estaban en lo cierto. Si no regresaba, y ellos encontraban la cabeza, nos atacarían.

»Por alguna razón, este hombre albergaba mucha amargura —prosiguió Richard, agitando la tira de carne frente a los rostros de los ancianos—. Quería que empezara una guerra. Nos atacó sabiendo que lo mataríamos, lo cual desencadenaría una guerra y su pueblo podría exterminar a la gente barro. ¿Es que no lo veis? Los sonidos del banquete se propagan por la pradera, y ellos los oirán. Sabrán que no estamos preparados para defendernos, que estamos distraídos. ¡Se están acercando!

Todos los ancianos recularon ligeramente.

—*Richard el del genio pronto ha tenido una visión de nuestro enemigo* —dijo el Hombre Pájaro a Chandalen—. *Que cada uno de tus hombres reúna a diez más. No podemos permitir que los bantak hagan daño a nuestra gente. Debes detenerlos antes de que lleguen a la aldea.*

Chandalen lanzó un rápido vistazo a Richard, tras lo cual su mirada se posó de nuevo en el Hombre Pájaro.

—*Ya veremos si esa visión es cierta. Conduciré a mis hombres al este. Si realmente se acercan, los detendremos.*

—¡No! —gritó Richard—. ¡Vendrán del norte!

—*¿Del norte? Los bantak viven en el este, no en el norte. Vendrán del este* —afirmó muy convencido Chandalen.

—Ellos esperan que defendáis el este. Creen que la gente barro quiere matarlos; lo esperan. Os rodearán y atacarán desde el norte.

Chandalen se cruzó de brazos.

—*Los bantak no son guerreros y no conocen tales tácticas. Si piensan atacarnos, como tú dices, vendrán derechos hacia nosotros. Tú mismo has dicho que oirán el banquete y sabrán que no estamos en guardia. No tienen motivo alguno para dar un gran rodeo y lanzar el asalto desde el norte. Con ello sólo conseguirían demorar el ataque sin razón.*

—Te repito que se acercan por el norte —afirmó Richard.

—*¿Es parte de la visión? ¿Lo viste al comer la carne?* —quiso saber el Hombre Pájaro.

Richard lanzó un suspiro y bajó la mirada.

—No. No lo vi en la visión, pero sé que es cierto. No sé cómo, pero lo sé. Se acercan por el norte.

—*Tal vez deberías dividir las fuerzas. Que algunos hombres vayan hacia el este y otros hacia el norte* —sugirió el Hombre Pájaro a Chandalen.

—*No. Si la visión es cierta, necesitaremos a todos nuestros hombres. Un solo ataque por sorpresa con todos nuestros hombres y, con suerte, pondremos fin a la amenaza. Si son bastantes, como Richard cree, podrían vencer a una fuerza reducida de gente barro y atacar la aldea antes de que logremos expulsarlos de nuestra tierra. Matarían a muchas mujeres y niños. Podrían destruir la aldea. Es demasiado arriesgado.*

—*Chandalen, uno de los nuestros ha tenido una visión* —repuso el Hombre Pájaro—. *Tu misión es proteger a nuestra gente. Puesto que la visión no mostraba por dónde atacará el enemigo, dejo en tus manos la decisión de cuál es el mejor modo de protegernos. Tú eres el guerrero más inteligente entre nosotros. Confío en tu buen juicio de guerrero. Pero más te vale que te bases en tu experiencia en la lucha y no en tus sentimientos personales.*

—*Mi opinión es que los bantak atacarán desde el este* —repuso Chandalen sin inmutarse—. *Si es que realmente vienen* —añadió, mirando a Richard.

El joven posó una mano sobre el brazo de Chandalen.

—Chandalen, por favor, escúchame —le dijo, con voz baja e inquieta—. Sé que no te gusto, y tal vez con razón. Es posible que tengas razón al pensar que no he traído más que problemas a nuestra gente. Pero te aseguro que ahora se acerca uno y viene del norte. Por favor, te lo suplico, créeme. La vida de nuestra gente depende de ello. Ódiame si quieres, pero no permitas que nadie muera debido a tu odio.

»Toma, te doy mi espada —agregó, desenvainando la *Espada de la Verdad* y ofreciéndosela por la empuñadura—. Ve al norte. Si me equivoco y vienen del este, te doy permiso para que me mates con ella.

Chandalen contempló la espada y, luego, la faz de Richard. Sus labios esbozaron una leve sonrisa.

—*No caeré en tu engaño. No permitiré que destruyan a nuestra gente sólo por la oportunidad de matarte. Prefiero que vivas entre nosotros antes que correr el riesgo de que mi gente muera. Iré al este.* —Dicho esto, dio media vuelta y empezó a gritar órdenes a sus hombres.

Mientras miraba cómo se alejaba, Richard volvió a guardar la *Espada de la Verdad* en su vaina.

—Es un idiota —sentenció Kahlan.

—No. Sólo hace lo que cree que es mejor. Desea más proteger a su gente que matarme a mí. Si tuviera que elegir a alguien para que luchara a mi lado, lo elegiría a él por mucho que me odie. Soy yo el estúpido por no conseguir que vea la verdad. Tendré que ir yo al norte y detenerlos.

—Todavía quedan hombres aquí —dijo Kahlan, mirando alrededor—. Reuniremos a todos los que podamos y...

Pero Richard la interrumpió, negando con la cabeza.

—No. No hay suficientes. Además, necesitamos a cualquier hombre capaz de sostener un arco o una lanza para que defienda la aldea, por si fracaso. Los ancianos deben seguir con el banquete; es preciso que se celebre la reunión. Eso es lo más importante. Iré solo. Soy el Buscador. Quizá pueda detenerlos. Quizás escuchen a un hombre solo, si ven que no soy amenaza para ellos.

—Como quieras. Espérame aquí. Enseguida vuelvo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ponerme el vestido de Confesora.

—¡Tú te quedas!

—Debo ir. Tú no hablas su idioma.

—Kahlan, no quiero que...

—¡Richard! —La mujer lo agarró por la camisa—. ¡Soy la Madre Confesora! ¡No permitiré que empiece una guerra delante de mis narices sin hacer nada! ¡Espérame aquí!

Le soltó la camisa y se marchó hecha una furia. La Madre Confesora no aguardaba respuesta a sus órdenes, sino que esperaba que fuesen obedecidas. De repente lamentó haberle gritado a Richard, pero estaba furiosa con Chandalen por no hacerles caso.

Su furia incluía también a los bantak. Las veces que había estado en su aldea le habían parecido gente pacífica. Fuesen cuales fuesen sus razones, mientras ella estuviera allí no habría guerra alguna. La labor de la Madre Confesora era detener guerras, no quedarse de brazos cruzados viendo cómo éstas se desencadenaban. Ésa era su responsabilidad, su trabajo, no el de Richard.

En la oscuridad de la casa de Savidlin y Weselan, mientras fuera el ruido no cesaba, se puso su vestido de Confesora. Todas las Confesoras llevaban vestidos del mismo corte; largo, sencillo, con escote cuadrado, suave como el satén y sin ningún tipo de adornos. Todos eran negros menos el de la Madre Confesora, que era blanco. Era como un manto de poder. Cuando se lo ponía, ya no era Kahlan Amnell, sino la Madre Confesora, un símbolo del poder de la verdad. Ahora que todas las demás Confesoras habían muerto, la carga de defender la Tierra Central y de proteger a los más débiles recaía enteramente sobre sus hombros.

Se sentía distinta ahora al llevar ese vestido. Antes era lo normal, pero, desde que había conocido a Richard, le parecía una responsabilidad más pesada. Antes, siempre se había sentido sola en el desempeño de su misión, pero ahora, gracias a Richard, se sentía más conectada con la gente de la Tierra Central, una más de ellos y, por lo tanto, más responsable de protegerlos. Ahora sabía qué significaba amar a alguien y temer por ese alguien. Mientras siguiera siendo la Madre Confesora, no iba a permitir que se iniciara una guerra. Después de coger las pesadas capas, regresó al banquete recorriendo los oscuros callejones.

Los ancianos seguían de pie frente a la plataforma, justo donde los había dejado. Richard la esperaba. Kahlan le lanzó su capa y se dirigió a los ancianos:

—Mañana por la noche se celebrará la reunión. Los preparativos deben continuar. Regresaremos a tiempo. Weselan, deseamos casarnos al día siguiente. Siento que no haya más tiempo para organizarlo, pero debemos partir en cuanto acabe la ceremonia. Debemos ir a Aydindril para detener la amenaza que pesa sobre la gente barro y todo el mundo.

Weselan sonrió.

—Tu vestido estará listo. Ojalá pudiéramos ofreceros una gran fiesta, pero lo comprendemos.

—*Si Chandalen se equivoca...* —dijo el Hombre Pájaro, poniéndole una mano en el hombro—. *Id con cuidado. Los bantak son gente pacífica, pero tal vez las cosas han cambiado. Decidles que no les deseamos mal alguno. No queremos luchar contra ellos.*

Kahlan asintió y se puso la capa sobre los hombros, mientras decía:

—Vámonos.

15

Richard la siguió sin protestas. En silencio abandonaron la aldea y tomaron dirección norte caminando por la llana y extensa pradera de hierba seca que les llegaba hasta la cintura. A medida que se alejaban, el sonido de la gente, las boldas y los tambores se fue perdiendo poco a poco en la distancia. La luna no era llena, pero les daba luz suficiente para ver por dónde iban. Kahlan esperaba que la noche fuese suficientemente oscura para que no se convirtieran en blancos fáciles.

—Kahlan —dijo al fin Richard—, te pido perdón.

—¿Perdón por qué?

—Por olvidar quién eres. Eres la Madre Confesora, y éste es tu trabajo. Sólo estaba preocupado por ti.

—Yo siento haberte gritado —replicó Kahlan, a quien las disculpas de Richard habían cogido por sorpresa—. Es que no quiero que haya luchas. Mi misión es justamente evitar que los distintos pueblos que habitan la Tierra Central luchen entre sí. Me pongo furiosa cuando veo cómo se empeñan en matarse unos a otros. Estoy cansada de ver cómo la gente se mata, Richard. Creí que todo eso había acabado. Ya no lo soporto más, de verdad que no.

—Lo sé. Yo tampoco. —Richard le pasó un brazo por encima y la achuchó sin dejar de caminar—. La Madre Confesora los detendrá. Y yo la ayudaré. —Al mirarla, le pareció que Kahlan fruncía el entrecejo, pero estaba demasiado oscuro para estar seguro.

Se alejaron mucho de la aldea sin ver nada, excepto el suelo negro y el cielo cuajado de estrellas. De vez en cuando, Richard se detenía para inspeccionar la pradera y sacarse del bolsillo algunas de las hojas de Nissel para masticarlas. Ya era medianoche pasada cuando llegaron a una suave depresión. Tras ojear de nuevo el paisaje, Richard decidió que esperarían allí. Sería mejor que los bantak se toparan con ellos a que los dos se les acercaran por sorpresa.

El joven allanó una pequeña zona de hierba, y se sentaron a esperar. Mientras uno echaba una cabezada, el otro hacía guardia mirando al norte. Kahlan velaba su sueño con una mano posada sobre la de Richard y escrutaba el horizonte, pensando en todas las veces que habían hecho eso antes —uno dormir y el otro hacer guardia. Ojalá llegara el día en que ambos pudieran dormir sin temor. En que pudieran dormir juntos. Pronto sería posible, decidió. Richard hallaría el modo de cerrar el velo, y todo acabaría. Por fin estarían en paz.

Cuando le tocó el turno, la mujer se durmió acurrucada contra él, bien arrebujada en la capa para protegerse del frío. El calor del cuerpo de Richard la ayudaba a dormir. Empezaba a preguntarse si tenía razón, si realmente los bantak aparecerían por el norte. Sí atacaban desde el este habría muchas bajas. Chandalen no mostraría clemencia alguna. Kahlan no deseaba que nada malo le ocurriera a la gente barro, pero tampoco se lo deseaba a los bantak. También ellos eran su responsabilidad. Pensando en Richard, al fin se sumió en un sueño intranquilo.

El joven la despertó poniéndole un brazo alrededor y tapándole la boca con una mano. El cielo empezaba a iluminarse a su derecha, por el este. Jirones de nubes color púrpura oscuro se apiñaban en el horizonte, como si trataran de empañar el amanecer. Richard miraba hacia el norte. Echada en el suelo, Kahlan no podía ver nada, pero por la tensión de los músculos de Richard supo que alguien se aproximaba.

Esperaron tumbados en el suelo, inmóviles. Una suave brisa hacía susurrar la hierba seca alrededor. Lenta y silenciosamente, Kahlan se quitó la capa. No quería que hubiera error alguno sobre su identidad. Los bantak la reconocerían por su larga melena, pero quería que también vieran su vestido de Confesora.

No podía haber duda alguna de que ella era la Madre Confesora. Richard también se sacudió la capa de encima de los hombros. Las sombras se deslizaban por la hierba en torno a ellos.

Cuando les pareció que estaban rodeados, se pusieron en pie. Los hombres más cercanos a ellos, armados con lanzas y arcos, retrocedieron de un salto y lanzaron exclamaciones de sorpresa. Los bantak se habían desplegado en una larga y delgada línea que avanzaba hacia la aldea de la gente barro.

Sonaron gritos excitados. Los hombres rompieron la línea, y unos pocos corrieron hacia ellos, aunque la mayoría se agrupó al frente. Kahlan se mantuvo impasible con las manos caídas a los costados. Exhibía su cara de Confesora, esa máscara de calma que nada revelaba, tal como su madre le había enseñado. Pegado a ella, Richard mantenía la mano sobre la empuñadura de la espada. La mayoría de los bantak, ataviados con sencillas prendas de cuero adornadas con hierba, alzaron sus armas contra ellos. Era evidente que estaban nerviosos.

—*¿Osáis amenazar a la Madre Confesora?* —exclamó Kahlan—. *Bajad las armas. Os lo ordeno.*

Los hombres recorrieron rápidamente con la mirada los alrededores para comprobar que, en efecto, estaban solos. No parecían muy cómodos apuntando sus lanzas y sus flechas contra la Madre Confesora. Era algo insólito, y lo sabían. Parecían incapaces de decidir si seguir con esa actitud o bajar las armas e hincarse de rodillas. Algunos se inclinaron ligeramente en medias reverencias.

—*¡Obedeced!* —Kahlan, agresiva, dio un paso hacia ellos.

Los hombres se estremecieron y recularon. Todas las puntas de las armas dejaron de amenazarla para apuntar a Richard en lo que les parecía un compromiso razonable. No era lo que Kahlan había esperado.

Se colocó delante de Richard, con lo que de nuevo todas las armas la apuntaron.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le susurró Richard, a su espalda.

—Tú estate quieto. Déjame probar algo. Si no logramos que bajen las armas y hablen, no tendremos oportunidad alguna.

—¿Por qué se comportan así? Creí que todo el mundo tenía miedo a la Madre Confesora.

—Y lo tienen, pero están acostumbrados a verme acompañada por un mago. Tal vez se muestran más audaces, porque ahora no ven ninguno. Pero, incluso así, no deberían comportarse con tanta agresividad. —La mujer avanzó otro paso y dijo—: *¿Quién es el portavoz de los bantak? ¿Quién de entre vosotros es el responsable de que los bantak amenacen a la Madre Confesora?*

Al no poder apuntar con sus armas a Richard por estar ella en medio, los bantak perdieron parte de su confianza y bajaron levemente las armas. No del todo, pero sí un poco.

Al fin, un anciano se abrió paso entre los hombres y fue a detenerse ante ella. Llevaba sencillas prendas de cuero como los demás, pero del cuello le colgaba un medallón de oro trabajado con símbolos bantak. Kahlan lo conocía; era Ma Ban Grid, el guía espiritual de los bantak. Por efecto de su expresión ceñuda, la piel que le colgaba en el rostro parecía más arrugada de lo que recordaba. Tampoco recordaba haberle visto nunca esa expresión adusta; siempre lo había visto sonreír.

—*Yo soy el portavoz de los bantak* —dijo Ma Ban Grid. Sólo le quedaban dos dientes frontales en la hilera inferior. La mandíbula le temblaba al articular la palabra «bantak», que era de difícil pronunciación—. *¿Quién es?* —preguntó, mirando a Richard.

—*¿Es que ahora Ma Ban Grid se dedica a interrogar a la Madre Confesora antes de saludarla?* —replicó Kahlan, con rostro asimismo ceñudo.

Los bantak rebulleron nerviosos. Pero Ma Ban Grid parecía muy tranquilo; su mirada era firme y no vaciló.

—*No son tiempos buenos. Éstas no son nuestras tierras, y no estamos aquí para dar la bienvenida a quienes visitan a los bantak. Estamos aquí para matar a la gente barro.*

—*¿Por qué?*

—*Nuestros espíritus guardianes nos han avisado de que desean la guerra. Lo han demostrado al matar a uno de los míos. Tenemos que destruirlos antes de que ellos acaben con nosotros.*

—*¡No habrá guerra alguna! ¡Nada de matar! Soy la Madre Confesora y no pienso permitirlo. Si los bantak inician la guerra, sufrirán mi castigo.*

Los hombres intercambiaron susurros de preocupación y retrocedieron un paso. Todos menos el chamán.

—*Los espíritus guardianes también me han dicho que la Madre Confesora ya no tiene autoridad sobre la gente de la Tierra Central. Como prueba mencionaron que ya no viaja acompañada de un mago.* —Con una sonrisa de suficiencia, añadió—: *Yo no veo ningún mago. Los espíritus han dicho la verdad a Ma Ban Grid, como siempre.*

Kahlan se quedó mirando fijamente al anciano, sin saber qué decir.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Richard. Kahlan se lo tradujo.

—Quiero hablar con ellos. Traduce mis palabras.

—Muy bien. Preguntan quién eres. No se lo he dicho.

—Van a enterarse ahora mismo de quién soy. Y no les va a gustar ni una pizca. —La voz del joven adoptó un tono de fría amenaza que hacía juego con su mirada.

Al instante clavó en los bantak esa mirada de halcón, pasando deliberadamente por alto a Ma Ban Grid. Kahlan vio reflejada en sus ojos la furia de la magia de su espada. Sin necesidad de desenvainar la espada, estaba conjurando su magia.

—Estáis siguiendo a un viejo idiota, un viejo loco llamado Ma Ban Grid que no posee la sabiduría de discernir los espíritus verdaderos de los falsos. —Los hombres lanzaron exclamaciones ahogadas ante ese insulto. Richard posó su penetrante mirada en Ma Ban Grid y le espetó—: ¿Es o no es eso cierto, viejo idiota?

—*¿Cómo te atreves a insultarme de ese modo?* —El chamán estaba tan enfurecido que tartamudeaba.

—Tus falsos espíritus te dijeron que la gente barro mató a uno de los tuyos —repuso Richard, fulminándolo con la mirada—. Pues te mentían. Y tú eres tan tonto que los has creído.

—*¡Mentirme! ¡Hemos hallado su cabeza! ¡La gente barro lo mató! ¡Quieren la guerra! Vamos a matarlos a todos. Han matado a uno de los míos.*

—Me estoy cansando de hablar con alguien tan estúpido como tú, anciano. Los bantak tienen que ser tontos de remate si confían en ti para que te comuniques con los espíritus guardianes.

—Richard, ¿qué estás haciendo? —cuchicheó Kahlan.

—Traduce.

A cada palabra que escuchaba, el rostro de Ma Ban Grid se iba congestionando de rabia. Parecía a punto de explotar.

—La gente barro no mató a tu hijo. Fui yo —confesó al fin Richard.

—¡Richard! No puedo decirles eso. Nos matarán.

—Esta gente se comporta así porque está muy asustada —respondió el joven, sin dejar de mirar fijamente a Ma Ban Grid—. Si no logramos que nos teman a nosotros más aún, van a matarnos y luego matarán a un montón de gente barro. Traduce.

Kahlan lanzó un sonoro suspiro, tras el cual tradujo a los bantak las palabras de Richard. Inmediatamente, todas las armas volvieron a alzarse.

—*¡Tú! ¡Tú mataste a mi hijo!*

—Pues sí. —Richard se encogió de hombros y se señaló la frente—. Le di justo aquí. Una flecha le atravesó la cabeza. Justo cuando se disponía a atacar por la espalda con la lanza a un hombre barro. Iba a matar a un hombre que no sentía odio alguno hacia los bantak. Lo maté del mismo modo que mataría a un coyote que tratara de robarme a traición uno de mis corderos. Alguien capaz de arrebatar una vida de un

modo tan cobarde no merece vivir. Alguien que escucha a los falsos espíritus y envía a uno de los suyos para matar a traición, no merece ser el líder.

—*¡Te mataremos!*

—¿De veras? Es posible que lo intentéis, pero no podéis matarme. —Richard dio la espalda al anciano y se alejó unos veinte pasos. Los hombres fueron abriendo un pasillo para dejarlo pasar—. Usé una flecha para matar a uno de los tuyos. Usa tú una flecha para tratar de matarme, y así veremos a quién protegen los buenos espíritus. Elige al hombre que quieras y que me dispare una flecha. Justo aquí. —Richard se señaló, con aire de enfado, el centro de la frente—. Donde le di al cobarde que iba a matar por los espíritus falsos.

—¡Richard! ¿Es que te has vuelto loco? No pienso decirles que te disparen.

—Kahlan, puedo hacerlo. Siento que puedo hacerlo.

—El hecho de que una vez lo hicieras, no significa que esta vez también vaya a funcionar. No pienso quedarme aquí de brazos cruzados mientras te matan.

—Kahlan, si no detenemos a esta gente, aquí y ahora, ambos moriremos, y el Custodio escapará. Esta noche es la reunión, y debemos estar allí. Estoy usando la Primera Norma de un mago, que dice que querer creer que algo es verdad o temer que lo sea es el primer paso que lleva a creer algo. Los bantak creen algo porque quieren creerlo. Tengo que hacerles temer que lo que yo voy a decirles es la verdad.

—¿Qué vas a decirles?

—Deprisa. Traduce antes de que pierdan el interés y decidan matarnos para ir en busca de la gente barro.

La mujer se volvió hacia Ma Ban Grid y, de mala gana, tradujo. Todos los hombres empezaron a agitar los brazos y a gritar que ellos querían ser quien disparara. Los ojos del chamán recorrieron a sus hombres. Finalmente, sonrió.

—*Todos podréis disparar contra el malvado que mató a mi hijo. ¡Vamos, disparad todos!*

Los arcos se alzaron. Richard fulminó con la mirada al anciano y le espetó:

—¡Eres un cobarde! ¿Os dais ahora cuenta de lo estúpido que es? Sabe que escucha a los falsos espíritus y os quiere empujar a cometer el mismo error. Sabe que los buenos espíritus me protegen. No acepta mi desafío porque tiene miedo de que todos vosotros veáis que es un estúpido.

Ma Ban Grid apretó la mandíbula y levantó un brazo para detener a sus hombres. Al fin, se volvió hacia un arquero y le arrebató el arco.

—*¡Te demostraré que los espíritus que me hablan no son falsos espíritus! ¡Morirás por haber matado a mi hijo y por decir que nuestros espíritus guardianes son falsos!*

En un abrir y cerrar de ojos, el bantak colocó en el arco una flecha envenenada y disparó. Los hombres lanzaron vítores. Kahlan se quedó sin respiración, atenazada por el miedo.

Richard agarró la flecha en el aire justo delante de su rostro.

Los hombres soltaron exclamaciones ahogadas y luego guardaron silencio, mientras Richard se acercaba al chamán, flecha en mano, con los ojos que le ardían como ascuas. Al llegar frente a Ma Ban Grid, rompió en dos la flecha con el sonido de fondo de atemorizados murmullos.

—Los buenos espíritus me protegen, viejo idiota. Tú escuchas espíritus falsos —le dijo en tono funesto.

—*¿Quién eres tú?* —susurró Ma Ban Grid, con ojos desorbitados.

Lentamente, Richard desenvainó la *Espada de la Verdad*. El suave ruido del acero resonó en el silencio del amanecer. El joven colocó la punta de la espada sobre la garganta de Ma Ban Grid.

—Soy Richard, el Buscador, pareja de la Madre Confesora. —El frío aire se llenó de cuchicheos de desazón—. Además, soy mago; su mago.

Todos se quedaron boquiabiertos. Por fin, también Ma Ban Grid flaqueó y miró la espada.

—*¿Mago? ¿Tú?*

—¡Sí, soy un mago! —Richard miró airadamente a todos los bantak—. Soy un hechicero; tengo magia. Poseo el don. Es evidente que tus falsos espíritus te han mentido, viejo idiota. Te dijeron que la Madre Confesora ya no tenía mago, enviaron a uno de los tuyos a que iniciara una guerra que la gente barro no desea. Te han utilizado para sus propósitos. Tal vez un guía sabio se hubiera dado cuenta, pero un viejo estúpido como tú, no. —Los hombres empezaron a refunfuñar—. Si persistís en vuestra actitud, si desobedecéis a la Madre Confesora, usaré mi magia para acabar con todos vosotros. Usaré una magia terrible para reducir la tierra de los bantak a cenizas y la maldeciré por toda la eternidad. Todos los bantak morirán de un modo horrible, por mi magia. Mataré hasta al último de los bantak, incluso a los niños. Pero empezaré con los ancianos —agregó, posando sus fríos ojos grises en Ma Ban Grid.

—*¿Magia?* —susurró Ma Ban Grid—. *¿Nos matarás con tu magia?*

—Si no obedecéis a la Madre Confesora, os mataré con una magia más terrible de la que os podáis imaginar. —Todos los bantak escuchaban absortos la letanía de horrores que Richard fue desgranando. Era lo mismo que Zedd había dicho a la turba que pretendía matarlo por brujo. Richard usaba las mismas palabras para asustar a los bantak. Cuanto más hablaba, más se abrían los ojos de éstos.

Ma Ban Grid apartó los ojos de la espada para mirar el rostro de Richard. Ya no se veía tan seguro de sí mismo, pero aún no pensaba claudicar.

—Los espíritus me dijeron que la Madre Confesora no iba con mago alguno. ¿Por qué tendría que creer que eres mago?

La ira desapareció por completo de la faz de Richard. Kahlan nunca lo había visto sostener la espada sin que sus ojos reflejaran la furia de la magia del arma. Había algo en sus ojos, pero no era odio ni rabia; era paz. De algún modo, esa paz era más aterradora que la ira. Era la paz de alguien que ha tomado una determinación.

A la tenue luz del alba, el filo de la espada cambió y empezó a emitir un blanco resplandor. El metal se puso al blanco vivo por la magia. Su brillo se hizo tan intenso que todos pudieron contemplar su blanca luminiscencia.

Richard usaba la única magia que conocía y que podía emplear; la magia de la espada.

Fue suficiente. El temor se apoderó de los guerreros bantak, que cayeron de rodillas, soltando las armas, mascullando palabras de perdón y suplicando que los espíritus los protegieran. Otros se quedaron helados sin saber qué hacer.

—Perdóname, anciano —susurró Richard—, pero debo matarte para salvar muchas más vidas. Quiero que sepas que te perdono y que lamento lo que voy a hacer.

Mientras traducía, Kahlan le puso una mano sobre el brazo para detenerlo.

—Richard, espera. Dame una oportunidad, por favor.

—Muy bien, pero sólo una. Si fracasas, tendré que matarlo.

Kahlan sabía que Richard pretendía asustar a los bantak para romper el hechizo bajo el que parecían estar, pero también la estaba asustando a ella. Había atravesado la frontera de la furia de la espada para entrar en algo mucho peor.

—*Ma Ban Grid* —dijo Kahlan, dirigiéndose al chamán—, *Richard te matará. No es broma. Le he pedido que esperara para darte la oportunidad de que reconozcas tu error y, en ese caso, ofrecerte mi perdón. Puedo pedirle que no te mate, y me hará caso. Pero sólo una vez. Después ya no tendré control alguno sobre él. Si no eres sincero en tu cambio de actitud, habrá muchas muertes y sufrimiento. Richard es un hombre de palabra. Te ha hecho una promesa y, si tratas de engañarlo, la cumplirá.*

»Te voy a dar una oportunidad para escuchar la verdad. Aún no es demasiado tarde. La Madre Confesora no desea que nadie muera. Tengo en muy alta estima la vida de todos los habitantes de la Tierra Central. Pero, a veces, es preciso dejar que unos pocos mueran para que muchos más se salven. Ahora te escucho.

Todos los hombres esperaban en silencio, encorvados. Era como si se hubieran metido en algo que ya no deseaban. Los bantak eran un pueblo pacífico y ya lamentaban haber realizado esa incursión; era

como si no creyeran lo que habían hecho. Richard había logrado infundirles un miedo mayor que el que los había impulsado a atacar a la gente barro.

La brisa agitaba la hierba seca y, al pasar, lanzó hacia el rostro de Kahlan algunos mechones sueltos de pelo. La mujer se los apartó, mientras esperaba una respuesta. Ma Ban Grid la miró con unos ojos desprovistos ahora de toda pasión. El hechizo había sido roto. Cuando habló, su voz sonaba suave y sincera:

—He oído cómo los espíritus hablaban y creí que decían la verdad. El mago tiene razón: soy un viejo estúpido. —El chamán miró a sus hombres, que guardaban silencio—. *Los bantak nunca han albergado anhelos de matar. Y no vamos a empezar ahora.*

El chamán inclinó la cabeza y se sacó el medallón pasándolo por encima de su ralo cabello canoso. Entonces, sosteniéndolo en alto con ambas manos, se lo ofreció, diciendo:

—Por favor, Madre Confesora, llevad esto a la gente barro. Decidles que es otorgado en paz. No iniciaremos guerra alguna contra ellos. —Al mirar a Richard, vio que éste envainaba la espada—. *Gracias por detenernos, gracias por hacerme ver que había escuchado a falsos espíritus, gracias por impedirme que cometiera un grave error.*

Kahlan dirigió una inclinación de cabeza al anciano.

—Me alegro de haber podido evitar a tiempo que nadie saliera herido.

—Pregúntale cómo le convencieron los espíritus para que hiciera algo que va contra la naturaleza de su pueblo —pidió Richard.

—Ma Ban Grid, ¿cómo sembraron los espíritus el ansia de guerra, el ansia de matar en tu corazón?

El chamán se quedó con la mirada perdida, inseguro.

—Sus susurros resonaron en mis oídos una noche, despertando en mí esa ansia. Ya había sentido antes el impulso de la violencia, pero nunca me había dejado llevar. Pero esta vez fui incapaz de contenerlo. Nunca lo había sentido con tanta fuerza.

—El velo del inframundo, del mundo de los espíritus se ha rasgado. —De nuevo, los bantak murmuraron entre sí al oír la traducción que hacía Kahlan de las palabras de Richard—. Es posible que los falsos espíritus intenten engañarte otra vez. Debes estar en guardia contra ellos. Comprendo que fuiste engañado, y no te guardo resentimiento por ello, pero, ahora que ya sabes la verdad y te hemos avisado, espero que seas más cauto.

—Gracias, mago. Así lo haré —replicó Ma Ban Grid, inclinando la cabeza.

—¿Te dijeron algo más las voces de los espíritus?

El anciano chamán frunció el entrecejo, pensativo.

—La verdad es que no recuerdo que sus voces me dijeran qué hacer. Fue más una sensación que despertó en mí el ansia de matar. Mi hijo, el que murió, estaba conmigo y también las oyó. Sentí que, de algún modo, los espíritus le decían cosas distintas. Sus ojos se llenaron de un odio mucho más intenso que el mío. Inmediatamente se marchó. —Ma Ban Grid clavó la mirada en el suelo.

Richard se lo quedó mirando largo rato. Al fin, habló con voz dulce.

—Ma Ban Grid, siento mucho haber tenido que matar a tu hijo. Siento una gran pena en el corazón. Quiero que sepas que, de haber habido otro camino, lo habría tomado.

El anciano asintió, pero fue incapaz de decir nada. Entonces recorrió con la mirada a sus hombres y, de pronto, pareció avergonzado.

—No sé qué estamos haciendo aquí —susurró—. *Los bantak somos gente pacífica.*

—Es culpa de los falsos espíritus. Me alegro de haberte podido ayudar a ver la verdad —dijo Richard.

De nuevo, el chamán asintió, miró a sus hombres y emprendió el regreso a su aldea. Kahlan lanzó un profundo suspiro. Richard contempló aún con recelo cómo los bantak se encaminaban lentamente hacia el este, arrastrando tras de sí las lanzas.

—¿Qué te ha parecido eso? —le preguntó Kahlan, cuando al fin se volvió hacia ella.

Con una mano sobre la empuñadura de la espada, se volvió para mirar a los bantak y repuso:

—El Custodio se nos está adelantando. Se ha tomado la molestia de desacreditarte, de desacreditar a la Madre Confesora. Nos está tendiendo trampas. Tiene sus propios planes, pero que me aspen si sé cuáles son.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo que teníamos pensado. Esta noche tendremos la reunión y mañana nos casaremos y partiremos hacia Aydindril.

Kahlan escrutó su faz.

—Realmente eres un mago —dijo, con suavidad—. Has usado la magia para romper el hechizo del Custodio.

—No, no lo soy —replicó sin mudar la expresión—. No era más que un pequeño truco que Zedd me enseñó. En una ocasión, me dijo que a la gente le asusta mucho más morir por magia que por cualquier otra causa, como si estuvieran más muertos por tratarse de magia. Yo sólo usé ese miedo y la Primera Norma de un mago para infundirles un miedo mayor que el de los espíritus.

—¿Y eso de volver la *Espada de la Verdad* blanca?

—¿Recuerdas cuando Zedd nos enseñó cómo funcionaba la espada y nos dijo que no podría usarse para hacer daño a un inocente? —Kahlan asintió—. Pues estaba equivocado. Cuando se pone blanca, puede usarse para matar a cualquiera. A cualquiera. Incluso a quienes sabes inocentes. Incluso a quienes amas. —La mirada de Richard se endureció para añadir—: Odio la magia.

—Richard, el don acaba de ayudarte a salvar la vida de muchas personas.

—¿A qué precio? —musitó—. Cada vez que pienso siquiera en tornar la espada blanca, todo lo que recuerdo es cómo lo hice contigo, cómo casi te maté con ella.

—Pero no me mataste. Ese «casi» es muy importante.

—Pues a mí me duele como si lo hubiera hecho. Por no hablar del dolor que me produce haber matado con la magia blanca de la espada y saber de lo que soy capaz. Me hace sentir un verdadero Rahl. —El joven soltó un sonoro suspiro y cambió de tema—. Creo que deberíamos tener mucho cuidado en la reunión de esta noche.

—Richard... esto arroja nueva luz sobre todo. Ya hemos recibido dos avisos del peligro que entraña tratar con los espíritus. ¿Por qué no reconsideras tu postura?

—¿Es que tengo elección? El Custodio nos lleva ventaja. Todo se sucede muy aprisa. Cuanto más sabemos, más conscientes somos de todo lo que ignoramos. Tenemos que averiguar todo lo que podamos.

—Pero tal vez los espíritus de los antepasados no podrán ayudarnos.

—En ese caso habremos aprendido una cosa más. No podemos desdeñar esta oportunidad; hay demasiado en juego. Tenemos que intentarlo. Kahlan... —El joven le cogió con delicadeza la mano—, no puedo permitirme el ser responsable de esto, saber que es culpa mía.

La mujer esperó hasta que los ojos de Richard buscaron los suyos.

—¿Por qué? ¿Es porque Rahl el Oscuro es tu padre? ¿Te crees responsable por ser un Rahl?

—Es posible. Pero Rahl o no Rahl, no quiero ser el responsable de que el Custodio domine a todo el mundo. Sobre todo a ti. Debo hallar el modo de detenerlo. Rahl el Oscuro me persigue desde la tumba. De algún modo, yo he causado todo esto. No sé cómo, pero es culpa mía. Tengo que hacer lo que sea para ponerle fin, o todo el mundo sufrirá. Y el Custodio te hará suya, para siempre.

»Esta idea me aterra más que ninguna otra cosa, y me provoca pesadillas que me impiden dormir. Haré cualquier cosa para impedir que caigas en sus manos. No pienso correr el riesgo de perder ninguna

oportunidad, sea al coste que sea. Tengo que asistir a la reunión. —Richard le sostuvo la mirada—. Aunque temo que sea una trampa, debo intentarlo.

—¿Una trampa? ¿Crees de verdad que puede ser una trampa?

—Podría ser. Nos han avisado. Al menos, debemos estar alerta. —El joven bajó los ojos hacia la mano de Kahlan, que sostenía la suya—. En la reunión no tendré la espada. ¿Crees que podrás conjurar el rayo, si es necesario?

—No lo sé, Richard. No sé cómo lo hice. Simplemente ocurrió. No sé cómo controlarlo.

El joven asintió mientras le acariciaba el dorso de la mano con los pulgares.

—Bueno, tal vez no tengas que intentarlo. Es posible que los espíritus de los antepasados puedan ayudarnos. Ya lo hicieron en otra ocasión.

Richard alzó una mano y agarró el agiel. En sus ojos grises se leía el dolor que le causaba el dolor de cabeza. Ambos se sentaron, y Richard hundió la cabeza entre las manos.

—Tengo que descansar un rato antes de emprender la marcha. El dolor de cabeza me está matando.

Kahlan se temía que era muy cierto; que el dolor de cabeza de verdad lo estaba matando. Anhelaba que llegara el día siguiente para poder reunirse con Zedd.

Ya estaba avanzada la tarde cuando regresaron a la celebración, al banquete. Richard se sentía un poco mejor, aunque el dolor de cabeza seguía siendo tan intenso que se le notaba en los ojos. Al acercarse al cobertizo abierto sostenido por postes, los ancianos se levantaron. El Hombre Pájaro salió a recibirlos.

—¿Habéis encontrado a los bantak? No hemos tenido noticias de Chandalen.

Kahlan le tendió el medallón de oro y se lo dejó caer en la mano.

—Sí, los encontramos en el norte como Richard había dicho. Ma Ban Grid os envía este obsequio para decir a la gente barro que los bantak no desean la guerra. Cometieron un error y lo lamentan. Les hicimos ver que la gente barro no alberga malas intenciones hacia ellos. Chandalen también ha cometido un error.

El Hombre Pájaro asintió solemnemente, tras lo cual se volvió hacia un cazador y le dijo que fuese en busca de Chandalen y sus hombres. A Kahlan le pareció que el Hombre Pájaro no estaba todo lo complacido que debería.

—Honorable anciano, ¿ocurre algo malo?

Sus ojos marrones mostraban una mirada apesadumbrada. Echó un vistazo a Richard antes de mirarla de nuevo a ella y explicar:

—Dos de las Hermanas de la Luz han regresado. Están esperando en la casa de los espíritus.

A Kahlan le dio un vuelco el corazón. No había contado con que regresaran tan pronto. Habían transcurrido muy pocos días desde su primera visita.

—Las Hermanas de la Luz nos esperan en la casa de los espíritus —dijo a Richard.

—No hay nada sencillo —replicó el joven, con un suspiro—. Esta noche es la reunión. ¿Estaréis preparados? —preguntó al Hombre Pájaro.

—Esta noche, los espíritus estarán entre nosotros. Estaremos preparados.

—Id con cuidado y no deis nada por sentado. Las vidas de todos nosotros dependen de ello. Vamos a ver si arreglamos de una vez por todas el asunto de las Hermanas —dijo, cogiendo del brazo a Kahlan.

Atravesaron juntos el campo comunal, iluminado por grandes hogueras. Aún había gente por todas partes, comiendo, bailando y tocando boldas y tambores, pero ya se veían menos niños. Algunos dormían, pero otros seguían bailando y jugando.

—Tres días —rezongó Richard.

—¿Qué?

—Han pasado tres días, o casi, desde que estuvieron aquí. Me libraré de ellas y mañana nos iremos. Cuando regresen, dentro de otros tres días, nosotros ya estaremos en Aydindril.

—No sabemos si tardarán tres días en volver —repuso Kahlan, rehuyendo su mirada—. ¿Quién nos dice que la tercera vez no vendrán al cabo de un solo día, o de una hora?

La mujer sintió la mirada de Richard posada en ella, pero no lo miró cuando él dijo:

—¿Estás tratando de decirme algo?

—Sólo tienes tres oportunidades, Richard. Temo por ti. Tengo miedo de esos dolores de cabeza.

Esta vez fue ella quien miró, y él quien rehuyó su mirada.

—No pienso ponerme collar alguno. Por nada ni por nadie.

—Lo sé —musitó la mujer.

Richard abrió la puerta con aire decidido y entró en la casa de los espíritus. Apretaba la mandíbula con resolución. Sus ojos se clavaron en las dos mujeres de pie en el centro de la sala tenuemente iluminada, mientras se acercaba a ellas. Ambas llevaban capas con la capucha retirada y mostraban una faz tranquila, aunque con expresión de leve reprobación.

—Tengo preguntas y quiero respuestas —fue el saludo de Richard, deteniéndose frente a ellas.

—Nos alegra comprobar que sigues bien, Richard. Y vivo —dijo la hermana Verna.

—¿Por qué se mató la hermana Grace? ¿Por qué se lo permitisteis?

—Ya te lo dijimos —intervino la hermana Elizabeth, colocándose delante de la hermana Verna. En las manos sostenía el collar abierto—; se acabó la discusión. Es hora de acatar las normas.

—Yo también tengo normas. —Con las manos apoyadas en las caderas, Richard miró alternativamente a ambas mujeres—. Y la primera es que ninguna de vosotras se matará hoy.

Pero las Hermanas no le prestaban atención.

—Ahora escucha. Yo, Hermana de la Luz Elizabeth Myric, te daré la segunda razón para ponerte el rada'han, la segunda oportunidad para ayudarte. La primera de las tres razones es que el rada'han controla los dolores de cabeza y te abre la mente, gracias a lo cual puedes aprender a usar el don. Rechazaste la primera oferta de ayuda. Yo te ofrezco la segunda.

La Hermana lo miró a los ojos como para asegurarse de que le dedicaba toda su atención.

—La segunda razón para ponerte el rada'han es para que podamos controlarte.

—¿Controlarme? ¿Qué quiere decir eso de controlarme? —inquirió Richard, con mirada iracunda.

—Quiere decir lo que dice.

—No pienso ponerme collar alguno en el cuello para que podáis «controlarme». Ni por eso ni por ninguna otra razón.

—Como ya te dijimos, es más difícil aceptar la segunda oferta —repuso la hermana Elizabeth, sosteniendo en alto el collar—. Por favor, debes creernos; corres un grave peligro. Se te acaba el tiempo. Por favor, Richard, acepta ahora la segunda oferta, la segunda de las tres. Te resultará mucho más difícil aceptar la tercera razón.

En los ojos de Richard había algo que Kahlan sólo había visto una vez: la última ocasión en la que le ofrecieron el collar. Era algo extraño y aterrador que le daba escalofríos. La piel de los brazos se le erizó.

—Os repito que no pienso ponerme collar alguno —susurró Richard. Su voz ya no sonaba airada—. Ni por nada ni por nadie. Si queréis enseñarme a usar el don para controlarlo, podemos hablar de ello. Están sucediendo cosas muy importantes y peligrosas de las que no tenéis ni idea. Como Buscador tengo responsabilidades. No soy un niño, como los que acostumbráis a tratar. Soy un adulto. Hablemos, si queréis.

La hermana Elizabeth lo miró con tal feroz intensidad que Richard retrocedió un paso, cerró los ojos y tembló levemente. Al fin, se irguió, abrió los ojos, respiró hondo y fue capaz de devolver la mirada a la Hermana. Kahlan se dio cuenta de que algo había ocurrido, pero no sabía qué.

Los ojos de la Hermana fueron perdiendo su fuerza, bajó las manos que sostenían el collar y, cuando habló, su voz era un temeroso susurro.

—¿Aceptas la oferta y el rada'han?

—No, no acepto —contestó Richard, recuperando el poder en su voz, mientras miraba a la Hermana fijamente.

La hermana Elizabeth palideció mientras le aguantaba la mirada un instante, tras lo cual se volvió hacia su compañera para decirle:

—Perdóname, Hermana. He fracasado. —Tendió el rada'han a la hermana Verna, que lo cogió, y susurró—: Ahora depende de ti.

—La Luz te perdona, Hermana —le dijo la hermana Verna, y la besó en las mejillas.

—Que la Luz te acoja siempre entre sus benevolentes manos —dijo la hermana Elizabeth a Richard, el rostro de pronto caído—. Espero que un día encuentres el camino.

El joven la contempló con los puños apoyados en las caderas. La Hermana alzó el mentón. Como había hecho la hermana Grace, levantó un brazo y, con un rápido movimiento de muñeca, empuñó el estilete con el mango de plata. Richard seguía observándola, mientras la mujer lo giraba apuntándose a ella misma. Kahlan miraba embelesada, conteniendo la respiración. El silencio parecía poder cortarse. Durante un instante, todo el mundo se quedó inmóvil.

En el mismo momento en que el cuchillo empezó a moverse, Richard entró en acción con una rapidez impresionante. Antes de que la hermana Elizabeth pudiera darse cuenta, Richard la sujetaba por la muñeca. Con la otra mano trataba de arrancarle el extraño puñal de los dedos, pero la mujer se resistía a soltarlo. No obstante, Richard era mucho más fuerte.

—Ya te he dicho cuál era mi norma: hoy nadie va a matarse.

—Por favor, suéltame —suplicó la Hermana, el rostro crispado en un fútil esfuerzo.

El cuerpo de la mujer se estremeció, y la cabeza dio una sacudida hacia atrás. Hubo un estallido de luz que pareció brotar de su interior, de sus ojos. La hermana Elizabeth cayó de bruces al suelo. Mientras caía, la hermana Verna le arrancó su propio cuchillo de la espalda.

—Tienes que enterrarla con tus propias manos —dijo la Hermana a Richard—. Si dejas que otro lo haga por ti, tendrás pesadillas por el resto de tu vida; pesadillas causadas por la magia y para las que no hay cura.

—¡La has matado! ¿Pero qué te sucede? ¿Cómo has podido matarla?

La Hermana se guardó el estilete en la manga, mientras le lanzaba una iracunda mirada. Entonces alargó un brazo, le arrebató el cuchillo de plata de la mano y se lo guardó en la capa.

—Has sido tú quien la ha matado —susurró.

—Tienes las manos manchadas con su sangre.

—También el hacha del verdugo se mancha de sangre, pero no es ella la que mata.

Richard se le lanzó al cuello. La mujer no se movió, sólo lo continuó mirando fijamente. Las manos de Richard se detuvieron antes de tocarla. El joven se puso a temblar y luchó contra una barrera invisible. En ese instante, Kahlan se dio cuenta de qué eran las Hermanas.

Richard dejó de hacer fuerza contra la barrera, retiró un poco las manos y se relajó visiblemente. Despacio, su rostro fue adoptando una expresión calmada y extendió una mano hacia la hermana Verna. Sus dedos se cerraron en torno al cuello de la mujer. Ésta abrió mucho los ojos, muy asombrada.

—Richard —susurró enfadada—, aparta tus manos de mí.

—Como tú misma dijiste, esto no es un juego. ¿Por qué la has matado?

De pronto, Richard dejó de sentir el peso de su cuerpo y se elevó en el aire unos centímetros. Pese a ello, le apretó el cuello con más fuerza, sin ninguna intención de dejarla ir. Alrededor de ambos, el fuego prendió, rugiendo furioso en una espiral de llamas que se cerraba en torno a Richard.

—He dicho que apartes tus manos de mí.

Un segundo más y el fuego consumiría a Richard. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Kahlan había extendido un puño hacia la Hermana. Alrededor de su muñeca y su mano crepitó una luz azul. Mientras pugnaba por contener la descarga de poder, se le escapaban por los lados pequeños rayos de luz azulada. La casa de los espíritus se vio invadida por pequeñas lenguas de fuego azul que crepitaban por muros, suelo y techo, por todas partes excepto donde se hallaban la Hermana y Richard. Kahlan tembló por la tensión que le suponía contener el poder.

—¡Para ya! —Los pequeños rayos de luz azul absorbieron todo el fuego—. Hoy nadie más morirá. —La luz azul se extinguió.

De nuevo, el silencio se adueñó de la casa de los espíritus, mientras la hermana Verna contemplaba a Kahlan con fijeza. En los ojos de la Hermana apareció un destello de ira. Richard puso de nuevo los pies en el suelo y apartó la mano del cuello de la mujer.

—No le hubiera hecho daño alguno. Sólo quería asustarlo para que me soltara —explicó la Hermana—. ¿Quién te enseñó a romper una red? —preguntó a Richard, fulminándolo con la mirada.

—Nadie. He aprendido solo. ¿Por qué mataste a la hermana Elizabeth?

—¿Aprendiste tú mismo? —se mofó la Hermana—. Ya te he dicho que esto no es ningún juego, y hay ciertas normas que deben seguirse. —La voz perdió su tono amenazante—. Hacía muchos años que nos conocíamos. Si alguna vez logras poner blanca esa espada tuya, comprenderás cuánto me ha costado quitarle la vida.

Richard no quiso decirle que ya lo había logrado.

—¿Esperas que me ponga en tus manos después de ver lo que has hecho?

—Se te acaba el tiempo, Richard. Después de lo que he visto hoy, no me extrañaría que los dolores de cabeza te mataran muy pronto. No entiendo cómo es que el dolor no te ha dejado ya inconsciente. Pero sea lo que sea que te protege, no aguantarás mucho más. Sé que no te gusta ver morir a nadie. A mí tampoco, pero, créeme que lo he hecho para salvarte.

»Ten mucho cuidado con ese poder, Madre Confesora —prosiguió, dirigiéndose a Kahlan—. Dudo de que tengas ni la más remota idea de lo peligroso que es. —La hermana Verna se echó la capucha hacia adelante al tiempo que posaba sus ojos marrones en Richard—. Has rechazado la primera y la segunda ofertas. Volveré. Ya sólo te queda una oportunidad. Si la rechazas, morirás. Piensa en ello cuidadosamente, Richard.

Una vez que la puerta se hubo cerrado tras la hermana Verna, Richard se puso en cuclillas junto a la Hermana muerta.

—Me estaba haciendo algo; magia. Podía sentirlo.

—¿Qué sensación tenías?

—La primera vez que vinieron, sentí que algo me impulsaba a aceptar su oferta, pero me asustaba tanto el collar que no le presté atención. Esta vez ha sido mucho más fuerte. Era magia. La magia trataba de obligarme a decir que sí, a aceptar la oferta de las Hermanas. Pensé en el collar hasta que esa fuerza desapareció y pude rehusar. ¿Tienes idea de qué está pasando; de lo que me hacía a mí, lo de la hermana Verna con el fuego y todo lo demás?

Kahlan todavía sentía un hormigueo en la piel por el rayo azul.

—Sí —contestó—. Las Hermanas son hechiceras.

Richard se puso lentamente en pie.

—Hechiceras... —El joven se la quedó mirando largo rato antes de preguntar—: ¿Y por qué se mataron cuando dije que no?

—Creo que es para transmitir el poder a la siguiente Hermana, de modo que ésta sea más fuerte cuando le llegue el turno de intentarlo.

Richard bajó la mirada hacia el cuerpo.

—¿Por qué soy tan importante que merece la pena matarse para que vaya con ellas?

—Tal vez dicen la verdad y sólo quieren ayudarte.

—¿De verdad crees que es para impedir que yo, un extraño, muera? —le preguntó, mirándola por el rabillo del ojo—. ¿Que para salvar una vida ya han muerto dos de ellas? No tiene sentido.

—No lo sé, Richard, pero estoy muy asustada. Temo que digan la verdad: que no te queda mucho tiempo y que los dolores de cabeza acabarán por matarte. Me temo que no podrás controlarlos mucho tiempo más. —La voz se le quebró por la emoción—. No quiero perderte.

—No me pasará nada —la tranquilizó Richard, mientras la abrazaba—. Ahora voy a enterrarla. La reunión empezará dentro de unas horas. Mañana ya estaremos en Aydindril, y estaré a salvo. Zedd sabrá qué hacer.

Kahlan, apoyada contra su hombro, sólo pudo asentir con la cabeza.

16

Kahlan estaba desnuda, sentada en círculo con Richard a su izquierda y otros siete hombres asimismo desnudos. Todos ellos iban pintados con barro negro y blanco, a excepción de un pequeño círculo en el centro del pecho. A la tenue luz del pequeño fuego que ardía a su espalda, la mujer podía ver la maraña de líneas y remolinos que le cubrían el rostro en diagonal. Todos llevaban la misma máscara a fin de que los espíritus de los antepasados pudieran verlos. Kahlan se preguntó si tendría un aspecto tan salvaje como él a sus ojos. El fuego despedía un extraño olor acre que le picaba en la nariz. Pero ninguno de los ancianos se rascaba la nariz, sino que miraban al vacío y entonaban palabras sagradas a los espíritus.

La puerta se cerró de golpe sola, sobresaltándola.

—*Desde ahora hasta que acabemos, poco antes del amanecer, nadie podrá salir y nadie podrá entrar. Los espíritus han barrado la puerta* —anunció el Hombre Pájaro.

A Kahlan le inquietaba la posibilidad de que, tal como había dicho Richard, la reunión pudiera convertirse en una trampa. Le apretó la mano con más fuerza, y él le devolvió el apretón. Al menos no estaba sola. Ojalá pudiera protegerlo, ojalá fuera capaz de conjurar el rayo en caso necesario.

El Hombre Pájaro sacó un sapo de un cesto de junco, que luego pasó al siguiente anciano. Kahlan clavó los ojos en los cráneos dispuestos en círculo en el centro, mientras cada anciano cogía un sapo y frotaba el lomo del animal contra el círculo de piel sin pintar en el pecho, al tiempo que hacía rodar la cabeza hacia atrás y entonaba diferentes palabras. Sin mirarla, Savidlin le pasó el cesto.

Con los ojos cerrados, metió una mano dentro y, finalmente, atrapó un sapo sagrado, que se retorcía y pateaba. Tenía una piel suave y viscosa muy asquerosa. Después de tragar saliva y reforzar el control mental de su poder de Confesora para no descargarlo de forma involuntaria, se frotó el lomo del sapo en la piel entre los pechos y pasó el cesto a Richard.

Una sensación de tensión cosquilleante se fue extendiendo por todo su cuerpo. Soltó el sapo y volvió a asir la mano de Richard mientras las paredes empezaban a temblar, como si las viera a través de una cortina de humo y calor. Su mente trató en vano de aferrarse a las imágenes de la casa de los espíritus, pero se le escapaban, y ella se sentía como si diera vueltas entre los cráneos.

Unas suaves sensaciones le acariciaban la piel. Los cráneos del centro parecían emitir una tenue luz que le anegaba los ojos. El acre olor del humo le llenaba los pulmones. Como la vez anterior, la luz del centro se fue haciendo más y más brillante, atrayéndola, girando hacia un sedoso vacío.

De pronto, vio figuras alrededor. Kahlan las recordaba de la vez anterior; eran los espíritus de los antepasados. La mujer sintió una suave mano —de un espíritu— que le tocaba un hombro.

El Hombre Pájaro movió la boca, pero al hablar no fue su voz la que sonó. Eran las voces unidas de los espíritus de los antepasados, monótonas, apagadas, sin vida.

—*¿Quién llama a los espíritus?*

Kahlan se inclinó hacia Richard y le susurró:

—Quieren saber quién llama a los espíritus.

—Yo. Yo los llamo.

Kahlan sintió cómo la mano se alejaba de su hombro cuando todos los espíritus flotaron desde detrás de ellos hacia el centro del círculo.

—*Di tu nombre.* —El eco de esas voces le provocaba a Kahlan olas de dolor que le subían por los brazos—. *Pronuncia tu nombre completo. Si estás seguro de que deseas esta reunión pese al peligro, pídelo después de pronunciar tu nombre. Éste es el último aviso; no habrá más.*

—Richard, por favor... —le suplicó Kahlan, después de traducir.

—Tengo que hacerlo. —Richard posó de nuevo la mirada en los espíritus congregados en el centro e inspiró hondo—. Soy Richard... —Aquí tragó saliva y cerró los ojos un instante—. Richard Rahl, y llamo a los espíritus.

—*Que así sea* —respondieron los susurros vacíos.

La puerta de la casa de los espíritus se abrió con un estrépito.

Kahlan gritó al tiempo que daba un salto, y sintió que la mano de Richard también se estremecía. La puerta abierta era como unas fauces negras en la suave luz que los rodeaba. Todos los ancianos alzaron la vista; sus ojos ya no se veían vidriosos, con distantes visiones. Parecían confusos, aturdidos.

De nuevo sonaron las voces de los espíritus, pero esta vez no hablaron a través de los ancianos, sino desde el centro, por ellos mismos. El sonido era más doloroso que antes.

—*Todos, excepto quien ha convocado la reunión, pueden irse. Marchaos mientras aún podáis. Haced caso a nuestra advertencia. Quienes elijan quedarse aquí con él, pondrán en peligro su alma.* — Todos se volvieron hacia Richard, y añadieron con voces sibilantes—: *Tú no puedes marcharte.*

—Que todo el mundo se vaya —susurró Richard—. Diles que se marchen. No quiero que nadie salga herido.

—*Por favor, marchaos todos ahora que podéis. No queremos que os pase nada* —dijo Kahlan. El Hombre Pájaro la miraba con ojos inquietos.

Todos los ancianos miraron al Hombre Pájaro. Éste la miró fijamente un momento, luego a Richard y, por fin, de nuevo a ella.

—*No puedo darte consejo, pequeña. Esto nunca había ocurrido antes y no sé qué significa.*

—*Lo entiendo. Marchaos ahora, antes de que sea demasiado tarde.*

Savidlin le tocó un hombro, tras lo cual los ancianos se desvanecieron al atravesar el negro vacío de la puerta. Kahlan se quedó a solas con Richard y con los espíritus.

—Kahlan, quiero que te marches. Vamos, vete —dijo Richard, con voz serena, casi fría. El temor rielaba en sus ojos, así como la magia.

La mujer escrutó su rostro. Richard miraba fijamente a los espíritus.

—No —susurró y añadió, volviéndose de nuevo hacia el centro—. No pienso dejarte. Por ninguna razón. Aunque aún no hemos intercambiado ninguna promesa formal, nuestros corazones ya están unidos por mi magia. Tú y yo somos uno. Lo que te ocurra a ti también me ocurre a mí. Lo que le pase a uno, le pasa a ambos. Me quedo.

Richard no la miró, sino que continuó con los ojos centrados en los espíritus, que flotaban en el centro de la sala por encima de los cráneos. La mujer creyó que le ordenaría a gritos que se marchara, pero no lo hizo. Cuando habló, su voz sonaba suave y tierna.

—Gracias. Te quiero, Kahlan Amnell. Muy bien, estamos juntos en esto.

La puerta se cerró con un tremendo portazo.

Kahlan se sobresaltó y un leve sonido escapó de sus labios antes de poder retenerlo. Los latidos de su propio corazón le resonaban en los oídos. Trató de respirar más despacio, pero no pudo. En vez de eso tragó saliva.

Las figuras de los espíritus se fueron haciendo más borrosas.

—*No podemos quedarnos para presenciar lo que has convocado, Richard Rahl. Lo sentimos.*

Sus formas se evaporaron. A medida que iban desvaneciéndose, la luz desaparecía con ellos, hasta que al fin se quedaron en total oscuridad. Más allá de esa negrura total, Kahlan podía oír el crepitar del fuego, la entrecortada respiración de Richard, la suya propia y nada más. La mano de Richard buscó a ciegas la suya. Solos y desnudos en la oscuridad aguardaban sentados.

Cuando la mujer empezaba ya a abrigar esperanzas de que nada iba a suceder, percibió un leve resplandor frente a ella. Era una luz que empezaba a brillar.

Luz verde.

Esa tonalidad de luz verde sólo la había visto en un lugar: el inframundo.

Le costaba respirar; era como si se ahogara. La luz verde fue adquiriendo intensidad y, con ella, lejanos lamentos.

En el aire resonó un estallido ensordecedor, semejante a un trueno, repentino, fuerte, doloroso. El impacto fue tal que el suelo tembló.

Del centro de la luz verde empezó a irradiar un resplandor blanco, que formó una figura. Kahlan se quedó sin respiración, y los pelillos de la nuca se le erizaron.

La figura blanca dio un paso adelante. La mujer era sólo vagamente consciente de que Richard le apretaba la mano con tanta fuerza que le hacía daño. Kahlan reconoció esa túnica blanca, el largo cabello rubio y las hermosas facciones que esbozaban una leve sonrisa truculenta.

—Que los espíritus nos protejan —musitó.

Era Rahl el Oscuro.

Los dos a uno, Kahlan y Richard, se pusieron en pie lentamente bajo la atenta mirada de esos relucientes ojos azules. En actitud tranquila, sin prisas, Rahl el Oscuro se llevó una mano a la boca y se lamió las yemas de los dedos.

—Gracias por volver a llamarme, Richard. —Su cruel sonrisa se hizo más amplia—. Qué amable de tu parte.

—Yo... yo no te he llamado —musitó Richard.

Rahl el Oscuro se rió en voz baja.

—Una vez más cometes un error. Pues claro que me has llamado. Convocaste una reunión de los espíritus de los antepasados. Yo soy tu antepasado. Sólo tú podías hacerme volver a través del velo. Sólo tú.

—Yo reniego de ti.

—Reniega de mí tanto como quieras. Pero aquí estoy. —Rahl el Oscuro extendió ambos brazos como para abarcar la luz blanca que lo rodeaba.

—Pero si te maté...

La reluciente y brillante figura ataviada con una túnica blanca se echó a reír de nuevo.

—¿Matarme? Sí que me mataste y usaste magia para enviarme a otro lugar, un lugar en el que me conocen y en el que tengo... amigos. Y ahora me has hecho volver, de nuevo con magia. No sólo me has llamado, Richard, sino que has rasgado aún más el velo. —Despacio, sacudió la cabeza—. ¿Cómo puedes ser tan rematadamente estúpido?

Rahl el Oscuro se dirigió como flotando hacia Richard. Éste soltó la mano de Kahlan y retrocedió. La mujer era incapaz de mover los pies para seguirlo.

—Te maté. Te vencí. Yo gané y tú perdiste —dijo Richard, con ojos desorbitados.

La blonda cabeza asintió lentamente.

—Gracias al don y a la Primera Norma de un mago, ganaste una pequeña batalla en una guerra eterna. Pero, en tu ignorancia, has violado la Segunda Norma de un mago y lo has perdido todo. —En su rostro se pintó de nuevo su leve y perversa sonrisa—. ¡Qué pena! ¿Es que nadie te ha avisado? La magia es peligrosa. Yo podría haberte enseñado, habría compartido contigo todo lo que sé. Pero ahora ya no importa. Me has ayudado a ganar incluso sin que nadie te enseñara. No podría estar más orgulloso de ti.

—¿Cuál es la Segunda Norma de un mago? ¿Qué es lo que he hecho mal?

—Vaya, Richard, ¿es que no lo sabes? Pues deberías —susurró—. Hoy la has roto por segunda vez y, al hacerlo, has rasgado aún más el velo y me has traído aquí para que pueda acabar de romperlo y el Custodio quede libre. —Su sonrisa burlona reapareció—. Y lo has hecho todo tú solito. —Rahl se rió, provocador—. Hijo mío, nunca deberías haberte inmiscuido en asuntos de los que no entiendes.

—¿Qué quieres?

—A ti, hijo mío. —Rahl se aproximó más a Richard y alzó hacia él sus manos—. Tú me enviaste a otro mundo y ahora yo voy a hacer lo mismo contigo. Voy a enviarte al inframundo, con el Custodio. Eres del Custodio. Te quiere para sí.

Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, Kahlan alzó un puño. El Con Dar se inflamó en lo más profundo de su ser. La rabia explotó a través de ella, y de su puño surgió un rayo azul. Una furia de luz y sonido hendió el negro vacío que los rodeaba, haciendo temblar el suelo bajo sus pies. La casa de los espíritus quedó iluminada por el rayo azul, que se dirigía hacia Rahl el Oscuro.

Sin hacer esfuerzo alguno, Rahl alzó una mano y desvió el rayo.

Éste se dividió. Un ramal explotó contra el techo, que atravesó para perderse en el negro cielo y provocó una lluvia de fragmentos de teja. El otro ramal se estrelló contra el suelo y levantó una nube de tierra.

Los ojos de Rahl el Oscuro se encontraron con los de Kahlan y su mirada le llegó hasta lo más recóndito de su alma. El dolor se extendió por todas las fibras de su cuerpo. La mujer trató de conjurar su poder otra vez, pero nada ocurrió. Rahl el Oscuro había hecho algo. Por mucho que lo intentara, Kahlan no podía mover ni un solo músculo. Richard parecía tan paralizado como ella. Su mundo se destruía a una velocidad aterradora.

—*Richard* —gimió mentalmente—. *Mi Richard. Oh, queridos espíritus, no permitáis que esto ocurra.*

Con ojos que le ardían de furia, Richard logró dar un paso hacia adelante, pero Rahl el Oscuro le puso una mano en el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón, y lo inmovilizó.

—Richard, te marco para el Custodio. Esta marca dice que perteneces al Custodio.

Richard echó con brusquedad la cabeza hacia atrás y lanzó un desesperado alarido que pareció hender el mismo aire y desgarró el corazón y el alma de Kahlan. La mujer sintió como si en ese instante muriera mil veces.

De la mano que Rahl el Oscuro mantenía encima del pecho de Richard se elevaban finas volutas de humo. La nariz de Kahlan se llenó con el hedor de carne quemada.

—Éste es el precio de la ignorancia, Richard —declaró Rahl, apartando la mano—. Ahora estás marcado. Perteneces al Custodio. Ahora y para siempre. El viaje comienza.

Richard se desplomó como una marioneta a la que cortan los hilos. Kahlan no sabía si estaba inconsciente o muerto. Algo lo sostenía, pero no eran sus piernas. Eran los hilos que sostenía Rahl el Oscuro.

La figura blanca se movió con fluidez hacia ella, imponente, aplastándola con su cegador resplandor. Kahlan sintió deseos de encogerse y cerrar los ojos, pero no podía. Por fin recuperó la voz.

—Mátame a mí también —musitó—. Envíame al mismo lugar que él. Te lo suplico.

Su brillante mano la tocó. Kahlan sintió tal lacerante dolor en el corazón que a punto estuvo de dejarla sin conocimiento. Rahl abrió los dedos en forma de abanico. Su tacto sobre la carne le producía oleadas de gélido frío y abrasador calor.

La mano se apartó de ella.

—No —dijo Rahl el Oscuro, que de nuevo esbozó su despiadada sonrisa—. No. Sería demasiado fácil. Es mejor que vea lo que te ocurre sin que pueda hacer nada por evitarlo. —Por vez primera, sonrió tan ampliamente que mostró los dientes—. Prefiero que sufra. —Sus ojos tenían una intensidad que parecía atravesarla. Era la misma mirada fija y aterradora que Richard había heredado.

»Por ahora vivirás. Muy pronto, un dolor muy distinto te hará retorcerte, viva y muerta —susurró en un tono comedido y despiadado—. Él lo verá. Para siempre. Yo también lo veré. Para siempre. Y el Custodio.

»Por favor —sollozó Kahlan—, envíame con él.

Un dedo le tocó una lágrima, causándole tal dolor que la mujer se estremeció.

—Puesto que tanto lo amas, te haré un regalo—. Rahl el Oscuro dio media vuelta y extendió con un movimiento fluido su brazo en dirección a Richard. Sus aterradores ojos azules se posaron de nuevo en ella—. Le permitiré que siga vivo un poco más. Lo suficiente para que veas cómo la marca del Custodio va absorbiendo despacio su fuerza vital y le arranca el alma. El tiempo no cuenta. Será del Custodio. Te otorgo una chispa de tiempo para que veas cómo tu amado muere.

Rahl se inclinó hacia ella. Kahlan pugnó por apartarse, pero no pudo. El hombre le dio un beso en la mejilla. La mujer chilló en silencio de dolor y llenó su mente con una visión en la que estaba siendo violada. Unos dedos luminosos le alzaron los pelos de la nuca. Rahl aproximó la boca a su oreja.

—Disfruta de mi regalo —le susurró en tono íntimo—. A su debido tiempo serás mía. Por toda la eternidad; entre la vida y la muerte. Me gustaría decirte lo mucho que vas a sufrir, pero me temo que eres incapaz de hacerte una idea de cuánto. Muy pronto lo descubrirás. —Rahl rió en voz baja a su oído—. Eso será después de que acabe de romper el velo y libere al Custodio.

Mientras ella seguía indefensa, Rahl el Oscuro le estampó otro beso en el cuello, provocándole visiones de horror que se le grabaron a fuego en la mente y le hicieron sentirse mancillada más allá de lo que creía posible.

—Sólo un pequeño adelanto. Por el momento, adiós, Madre Confesora.

Cuando le dio la espalda, Kahlan recuperó la movilidad. Desesperada, trató de invocar su poder, pero no lo logró. Llorando temblorosa contempló cómo Rahl el Oscuro atravesaba la puerta de la casa de los espíritus y desaparecía.

Entonces se desplomó con un agónico gemido. Mientras se retorcía con incontrolables sollozos, fue arrastrándose hasta donde estaba Richard.

El joven se hallaba tendido de costado, con la cara girada al otro lado. La mujer le dio la vuelta sobre la espalda. Al hacerlo, el brazo de Richard le cayó a un lado, exánime, y la cabeza rodó hacia ella. Presentaba una palidez cadavérica. En el pecho se veía la huella de una mano grabada a fuego; la marca del Custodio. La piel ennegrecida estaba agrietada y sangraba. Por allí se le escapaba la vida, el alma.

Kahlan se dejó caer sobre él y, mientras lo abrazaba con desespero lloraba incontrolablemente. Agarrándole un mechón de cabello entre los dedos, apretó el rostro contra su fría mejilla.

—Por favor, Richard —sollozaba casi ahogándose en sus lágrimas—, por favor, no me dejes. Haría cualquier cosa por ti. No te mueras. No me abandones. Te lo suplico, Richard, no te mueras.

Agachada contra él, Kahlan sentía que su mundo se le venía abajo. Richard se moría, y a ella no se le ocurría nada más que hacer que gritar que lo amaba. Richard se moría, y ella no podía hacer nada para evitarlo. Notaba cómo cada vez su respiración era más débil.

Deseaba morir con él, pero la muerte no le llegaba. Kahlan perdió todo sentido del tiempo; ya no sabía si llevaba allí unos pocos minutos o unas horas. Ya no sabía qué era real y qué no. Todo era como una pesadilla. Con dedos temblorosos, le acarició el rostro. Tenía la piel fría.

—Supongo que tú eres Kahlan.

La Madre Confesora se volvió con brusquedad y se incorporó al oír el sonido de una voz femenina que sonaba detrás de ella. La puerta de la casa de los espíritus volvía a estar cerrada. En la oscuridad, un resplandor blanco y fantasmagórico se alzaba por encima de ella. Parecía el espíritu de una mujer con las manos entrelazadas delante, que la contemplaba con una agradable sonrisa. Su pelo, al menos hasta donde Kahlan alcanzaba a ver, estaba peinado en una sola trenza.

—¿Quién eres?

La figura se sentó frente a ella. Que Kahlan viera, el espíritu no llevaba ropas, pero tampoco parecía ir desnudo. La mujer miró a Richard, y sus facciones reflejaron tanto anhelo como angustia.

—Soy Denna —respondió.

Su reacción instintiva al escuchar ese nombre y verla tan cerca de Richard fue alzar el puño para descargar sobre ella su poder. Pero, antes de que pudiera hacerlo, Denna habló de nuevo.

—Richard se está muriendo y nos necesita a las dos.

Kahlan vaciló.

—¿Puedes ayudarlo?

—Ambas podemos, quizá. Si lo amas lo suficiente.

Las esperanzas de Kahlan se reavivaron.

—Haría cualquier cosa por él. Cualquiera —afirmó.

—Eso espero.

Denna posó de nuevo los ojos en Richard y le acarició con ternura el pecho. Kahlan volvió a sentir un impulso casi irrefrenable de descargar en Denna su poder, pues no sabía si intentaba hacerle daño o ayudarlo. Esperaba contra todo lo razonable que fuera lo segundo. Era su única oportunidad de salvar a Richard. El joven respiró hondo. A Kahlan le dio un salto el corazón.

—Sigue contigo —dijo Denna sonriendo, y apartó la mano.

Kahlan bajó ligeramente el puño y se enjugó las lágrimas de las mejillas con los dedos de la otra mano. No le gustaba la expresión de nostalgia con la que Denna contemplaba a Richard, no le gustaba ni un pelo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? Richard no ha podido llamarte. No eres antepasada suya.

—Es imposible explicarte con exactitud qué ha ocurrido —replicó Denna, y su leve sonrisa soñadora desapareció—, pero trataré de hacértelo entender. Me encontraba en un lugar de oscuridad y paz, que fue perturbada por el paso de Rahl el Oscuro. Es algo que, en principio, jamás debía ocurrir. Cuando estuvo cerca sentí que, de algún modo, Richard lo había llamado y le había permitido atravesar el velo que le impedía el acceso al mundo de los vivos.

»Como conozco a Rahl el Oscuro demasiado bien, lo seguí. Yo sola jamás habría podido atravesar mi propio velo, pero me pegué a él y fui capaz de pasar en su estela. Vine porque sabía lo que Rahl el Oscuro le haría a Richard. No sé explicarme mejor.

Kahlan asintió. No estaba viendo un espíritu, sino a la mujer que había tomado a Richard como pareja. El poder bullía furioso dentro de ella. Kahlan tenía que hacer verdaderos esfuerzos y se repetía que era para salvar a Richard. No conocía ningún otro modo; debía dejar que Denna lo ayudara, si es que podía. No bromeaba al decir que haría cualquier cosa, incluso abstenerse de matar a alguien que ya estaba muerto, alguien a quien hubiese deseado matar mil veces y otras mil más.

—¿Puedes ayudarlo? ¿Puedes salvarlo?

—Lleva la marca del Custodio. Esa marca empuja irremediablemente hacia el Custodio a quien la posee. Pero, si alguien pusiera la mano sobre ella, la marca se transferiría a esa persona y sería ella quien caería en manos del Custodio en vez de Richard. De este modo, viviría.

Kahlan supo enseguida qué debía hacer. Sin dudarlo, se inclinó sobre él y extendió una mano.

—Yo le quitaré la marca. Iré en su lugar al inframundo, para que viva. —Con estas palabras acercó la mano a la marca negra casi hasta tocarla.

—No, Kahlan, no lo hagas.

—¿Por qué? Si es para salvarlo, iré gustosa en su lugar.

—Lo sé, pero no es tan sencillo. Primero debemos hablar. No será fácil para ninguna de las dos. Si realmente queremos ayudarlo, ambas tendremos que sufrir.

De mala gana, Kahlan alejó la mano de la marca y asintió. Estaba dispuesta a cualquier cosa, a pagar cualquier precio, incluso a hablar con esa... mujer. Sentada frente a Denna, mirándola cara a cara, posó una mano protectora sobre Richard.

—¿Cómo sabes quién soy?

Denna sonrió, a punto de soltar la carcajada.

—Es imposible conocer a Richard y no saber quién es Kahlan.

—¿Él te habló de mí?

—Más o menos. —La sonrisa se desvaneció—. Le oí pronunciar tu nombre innumerables veces. Cuando lo torturaba hasta que desvariaba, él gritaba tu nombre. Siempre era el tuyo, ni el de su madre ni el de su padre, sólo el tuyo. Aunque lo torturara hasta que olvidase incluso su propio nombre, el tuyo siempre lo tenía presente. Sabía que hallaría el modo de estar contigo, pese a que eres una Confesora. —Denna recuperó un atisbo de sonrisa—. Creo que Richard hallaría el modo de lograr que el sol saliera a medianoche.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque voy a pedirte que lo ayudes y quiero que entiendas exactamente todo el daño que vas a hacerle antes de que accedas. Debes comprender qué debes hacer, si quieres salvarlo. No pienso engañarte. Debes hacerlo siendo plenamente consciente de tus actos. Sólo así sabrás cómo salvarlo. Si no lo comprendes, fracasarás.

»Richard corre peligro, y no sólo debido a esta marca. Sufre una locura que yo misma le provoqué. Esa locura lo matará sin remedio, si no lo hace antes el Custodio.

—Probablemente, Richard es la persona más cuerda que conozco. No está loco. Lo que hay que hacer es quitarle esa marca.

—Es un hombre marcado en más de un aspecto: posee el don. Lo supe desde el momento en que lo vi. Incluso ahora lo veo en su aura. Sé que va a matarlo, y que apenas le queda tiempo. No sé cuánto le queda, sólo que es poco. No quiero salvarlo del Custodio y que el don lo mate.

Kahlan asintió mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano.

—Las Hermanas de la Luz afirman que pueden salvarlo. Pero, para ello, Richard debe ponerse un collar. Y él se niega en redondo. Me contó todo lo que le hiciste y por qué jamás se lo pondría. Pero no está loco. Al final comprenderá que es necesario y se lo pondrá. Así es él. Al final verá la verdad.

Denna negó con la cabeza.

—No te ha contado ni una décima parte de lo que le hice sufrir. Ni siquiera puedes imaginarte lo que no te ha contado. Yo sé que está loco. Si él no te lo explica todo, lo haré yo.

—Creo que no te conviene nada hacerlo —le advirtió Kahlan, al notar que se enfurecía de nuevo—. Si él no quiere decírmelo, es mejor que no lo sepa.

—Debes saberlo. Si quieres ayudarlo, debes entenderlo. En algunos aspectos, yo lo entiendo mejor que tú. Yo lo llevé hasta el borde de la locura y lo obligué a saltar al abismo. Lo he visto perdido en un yermo de demencia. Yo lo llevé hasta allí y le impedí salir.

Kahlan la fulminó con la mirada. Se daba cuenta de cómo miraba Denna a Richard y no confiaba en ella.

—Lo amas —le dijo.

—Pero él te ama a ti. Yo usé ese amor para hacerle daño. Lo llevé hasta el borde de la muerte y lo mantuve allí, en el límite de la vida. Hay otras mord-sith capaces de llevar más rápidamente a un hombre al límite, pero no pueden mantenerlo allí. Siempre van un paso demasiado allá, o se precipitan y lo matan antes de infligirle el más exquisito de los sufrimientos: provocarle la más cruel de las locuras. Rahl el Oscuro me eligió porque sabía que tenía talento para mantener a un hombre vivo y torturarlo una vez y otra. Él mismo me enseñó.

»A veces me quedaba sentada durante horas, esperando, pues sabía, que si lo tocaba sólo una vez más con el agiel, lo mataría. Mientras esperaba que se recuperara lo suficiente para seguir atormentándolo, él susurraba tu nombre una y otra vez durante horas, sin siquiera darse cuenta de que lo hacía.

»Tú eras el hilo que lo mantenía vivo, el hilo que me permitía infligirle aún más dolor, empujarlo más hacia la locura y hacia la muerte. Usaba el amor que siente por ti para castigarlo de la peor de las maneras posibles.

»Mientras estaba allí sentada, oyéndole susurrar tu nombre, deseaba que una vez, sólo una, fuese mi nombre el que pronunciara. Pero nunca ocurrió. Lo castigué por ello más que por cualquier otra cosa.

—Por favor, Denna, no quiero oír nada más —le suplicó Kahlan, llorando a mares—. No puedo soportar seguir oyéndote y saber que por mí sufrió mucho más.

—Debes oírlo. Esto no es más que el principio de lo que debes saber para ayudarlo. Debes comprender cómo usé la magia contra él y por qué odia la magia que él mismo posee. Yo lo entiendo, porque las cosas que le hice antes me las hicieron a mí. Rahl el Oscuro me las hizo.

Mientras Kahlan temblaba, con la mirada fija en la nada y casi en estado de trance, Denna fue desgranando todas las torturas a las que había sometido a Richard, cómo había usado el agiel. Kahlan se estremecía a cada descripción de cada tipo de dolor que podía infligir; recordaba demasiado bien el tormento que sintió cuando Richard le demostró cómo se usaba. Así supo que lo que había sentido ella no era más que una caricia comparado con el resto.

Lloró cuando Denna le contó cómo colgaba a Richard encadenado y le tiraba del pelo hacia atrás, obligándolo a estarse totalmente quieto mientras le metía el agiel en la oreja, pues podría causarle daños irreversibles en el cerebro. Y lloró al oír que Richard lo había soportado por el amor que sentía hacia ella. Tembló al oír la terrible descripción de lo que la magia le hizo, de lo que su propia magia le hizo. Era incapaz de mirar a Denna mientras hablaba. No podía mirarla a los ojos. Y eso fue sólo el comienzo.

Mientras Denna iba desgranando un acto atroz tras otro, Kahlan tuvo que apretarse el estómago y taparse la boca con una mano temblorosa para no vomitar. No podía dejar de llorar. Basqueaba apretando los ojos.

Mientras escuchaba, rogaba a los buenos espíritus que Denna no le contara lo único que sabía que no iba a soportar oír.

Pero Denna lo hizo. Le contó lo que una mord-sith le hacía a su compañero y por qué estos no duraban mucho. No le ahorró detalle alguno. Y con Richard se había ensañado como con ninguno otro de sus compañeros.

Lanzando un gemido, Kahlan se arrastró una corta distancia y empezó a vomitar. Apoyándose con una mano y apretándose el abdomen con la otra, lloró y devolvió, vaciando todo el contenido de su estómago sobre la tierra. Las manos de Denna le mantenían el pelo apartado de la cara. Kahlan lo sacó todo, hasta que no le quedó nada dentro.

Sentía un hormigueo donde Denna la tocaba. Deseaba descargar contra ella su poder, pero se hallaba demasiado mareada. Se debatía entre el deseo de consolar a Richard y el impulso de hacer mil pedazos a esa mujer con la magia del Con Dar, la Cólera de Sangre.

Medio jadeando, llorando y basqueando, logró decir:

—Quítame... las manos... de encima. —La mano que le sujetaba el pelo se apartó así como la que le tocaba la espalda. De nuevo, sintió arcadas en el estómago—. ¿Cuántas veces le hiciste eso?

—Las suficientes. Qué más da.

—¿Cuántas veces? —gritó Kahlan, furiosa, apretando con fuerza los puños.

—Lo siento, Kahlan —contestó Denna con voz suave y calmada—. No lo sé. No llevaba registro alguno. Pero estuvo conmigo mucho tiempo, mucho más que cualquier otro compañero, y se lo hice casi cada noche. A él le hice cosas que no hice a ningún otro, porque ninguno tenía la fuerza de Richard, la fuerza que le daba el amor que siente por ti. Los otros hubieran muerto a la primera, pero él se me resistió mucho. Se lo hice las veces suficientes.

—¡Suficientes! ¿Suficientes para qué?

—Para hacerlo volver loco, en parte.

—¡Richard no está loco! ¡No lo está, no lo está!

Denna miró cómo Kahlan temblaba por el dolor y la rabia.

—Kahlan, escúchame. Cualquier otro se hubiera quebrado con lo que le hice. Richard se salvó compartimentando su mente. Puso su esencia a buen recaudo, en un lugar al que yo no pudiera acceder y la magia tampoco. Usó el don para hacer eso. Salvó de la locura la esencia misma de sí mismo. Pero, en los rincones más oscuros de su mente, acecha. Yo usé la magia contra él, para volverlo loco. Richard no podía protegerse de todas las cosas que le hice.

»Te he contado todo lo que le hice para que comprendas la naturaleza de su locura. Tuvo que sacrificar una parte para salvar el resto. Salvarlo para ti. Ojalá yo hubiera podido hacer lo mismo cuando me torturaron.

Kahlan sostuvo una mano de Richard entre las suyas y se la llevó al corazón.

—¿Cómo pudiste hacerle todo eso? —preguntó, con lágrimas en los ojos—. Oh, mi pobre Richard. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo podías hacer tanto daño a otros?

—Todos tenemos nuestros pequeños toques de locura. Algunos más que otros. Mi vida fue un pozo oscuro.

—Siendo así, ¿cómo pudiste? ¿Cómo tuviste el valor, sabiendo exactamente qué se sentía?

Denna se quedó mirándola.

—Tú también has hecho cosas terribles. Has usado tu poder para hacer daño a otros.

—¡Pero eran personas culpables de cometer crímenes horribles!

—¿Todos ellos? ¿Sin excepción?

Kahlan se quedó sin palabras al recordar que había usado su poder contra Brophy.

—No —susurró al fin—. Pero lo hice porque era mi obligación. No quería, pero tuve que hacerlo. Es mi trabajo. Soy una Confesora.

—¿Y lo que hiciste a Demmin Nass?

Las palabras de Denna se le clavaron en la conciencia. El recuerdo, el dulce recuerdo de cómo había castrado a esa bestia inundó su mente. Kahlan se dejó caer con un gemido.

—Oh, que los espíritus me ayuden; no soy mejor que tú.

—Todos hacemos lo que debemos hacer, sea por las razones que sea. —Los resplandecientes y diáfanos dedos de Denna le alzaron el mentón—. No te estoy diciendo esto para hacerte daño, Kahlan. Créeme, yo sufro más que tú. Te lo digo porque quiero salvar a Richard, quiero impedir que muera antes de que le llegue la hora. Sólo él puede evitar que el Custodio escape.

Kahlan apretó con más fuerza la mano de Richard contra su pecho y sollozó:

—Lo siento, Denna... pero soy incapaz de perdonarte. Sé que Richard te ha perdonado... pero yo no puedo. Te odio, Denna.

—No espero que me perdones. Sólo deseo que comprendas la verdad de lo que te estoy diciendo: que Richard sufre un tipo de locura.

—¿Por qué? ¿De qué servirá?

—Para que comprendas qué debes hacer. Llevar un collar es la piedra de toque de esa locura; simboliza todo lo que le hice. En su mente, la magia es locura, tortura y, por lo tanto, ese collar es locura, tortura. Demencia.

»La idea de volver a llevar un collar alrededor del cuello despierta la locura que anida en los rincones más oscuros de su ser, saca a la luz sus miedos más profundos. No exagera cuando afirma que prefiere morir antes que ponerse de nuevo un collar al cuello. No lo hará para salvarse. Pero, si no lo hace, morirá. Sólo hay una cosa en el mundo que podría inducirlo a hacerlo.

Kahlan levantó bruscamente la cabeza y abrió mucho los ojos.

—Quieres que yo le pida que se lo ponga. —Kahlan sentía pavor sólo de pensarlo—. ¿Me pides que haga eso? ¿Después de todo lo que me has contado?

—Sí. Lo hará, si tú se lo pides. Ésa es la única razón. Ninguna otra.

El fláccido brazo sin vida de Richard se escapó de las temblorosas manos de Kahlan. Ésta se tapó la boca con los dedos. Denna tenía razón. Ahora que sabía por lo que había pasado, se daba cuenta de que Denna tenía toda la razón.

Ahora sabía qué había visto reflejado en los ojos de Richard cuando miraba el collar que las Hermanas le ofrecían. Locura. Richard nunca se pondría un collar al cuello por voluntad propia. Jamás. Ahora lo sabía sin ningún género de dudas. Una pequeña exclamación se le escapó de la garganta.

—Si lo obligo a que se ponga el collar, creerá que lo he traicionado. En su locura, creerá que quiero hacerle daño. Me odiará. —De nuevo, el dolor brotó en su interior y no pudo reprimir las lágrimas.

—Lo siento, Kahlan. —La voz de Denna era un suave susurro—. Es muy posible. No podemos estar seguras, pero es muy probable que él lo interprete como dices. No sé hasta qué punto la locura se adueñará de él cuando le digas que debe ponerse el collar. Pero Richard te quiere más que a la vida misma y si tú se lo dices, se lo pondrá.

—Denna, no sé si seré capaz de hacerle algo así. No después de todo lo que me has contado.

—Debes hacerlo o morirá. Si lo amas lo suficiente, debes hacerlo. Tu amor por él debe ser lo bastante fuerte para obligarlo a ponerse el collar, sabiendo el dolor que vas a causarle. Tendrás que comportarte como yo lo haría; asustarlo para obligarlo a obedecer. Es posible que debas hacer aflorar toda su locura, hacer que piense como cuando estaba conmigo, cuando hubiera hecho cualquier cosa que yo le pidiera.

»Es posible que pierdas su amor, y que te odie para siempre. Pero, si de verdad lo amas, te darás cuenta de que tú eres la única que puede ayudarlo; la única capaz de salvarlo.

Kahlan buscaba con desesperación otra vía de escape.

—Pero por la mañana partiremos para reunirnos con Zedd, un mago, que seguramente podrá ayudarlo a controlar el don. Richard cree que Zedd sabrá qué hacer; que podrá ayudarlo.

—Tal vez. Lo siento, Kahlan, no tengo la respuesta. Es posible que funcione, o que no. Pero lo que sé con certeza es que las Hermanas de la Luz tienen el poder de salvarlo. Si regresan, y Richard las rechaza por tercera vez, perderá para siempre la oportunidad de que lo ayuden. Y, si después resulta que ese mago es incapaz de ayudarlo, Richard morirá. Le queda poco tiempo; unos días como mucho.

»¿Comprendes lo que eso significa, Kahlan? No sólo morirá, sino que estará al alcance del Custodio. Richard es el único que puede cerrar el velo y salvar a todos los vivos.

—¿Cómo? ¿Sabes cómo puede cerrarlo?

—Lo siento, no. Sólo sé que, para acabar de romperlo, debe hacerse desde este lado. Por esta razón, el Custodio dispone de agentes en el mundo de los vivos. Por eso Rahl el Oscuro vino hasta aquí. De algún modo, Richard es el único que puede detenerlos y el único con el poder para reparar el velo.

»Si rechaza a las Hermanas, y ese mago no puede ayudarlo, morirá pronto, y entonces será como si esta marca lo hubiera puesto en las manos del Custodio. Si puede reunirse con el mago antes de rechazar a las Hermanas por tercera vez, es posible que descubra el modo de salvarse sin ellas... sin el collar. Pero, si las Hermanas regresan antes de que se reúna con Zedd, debes prometerme que harás lo que sea necesario para salvarlo.

—Hay tiempo. Las Hermanas no regresarán hasta dentro al menos de unos días. Tenemos tiempo de llegar hasta Zedd. ¡Tenemos tiempo!

—Espero que tengas razón, de veras que lo espero. Aunque no me creas, quisiera que Richard no tuviera que llevar nunca más un collar ni enfrentarse nunca más a esa locura. Pero, si no llegáis antes donde está Zedd, debes prometerme que no le permitirás que desaproveche la oportunidad de seguir vivo que le brindan las Hermanas.

Las lágrimas fluían a borbotones de los ardientes ojos de Kahlan. Richard la odiaría si lo obligaba a ponerse el collar, sabía que la odiaría. Creería que lo había traicionado.

—¿Y la marca? Aún lleva la marca del Custodio.

Denna la contempló largo rato. Cuando habló, lo hizo en un tono tan bajo que apenas resultaba audible.

—Yo cogeré su marca. Yo me pondré en manos del Custodio en lugar de Richard. —Una brillante lágrima le corrió por la mejilla—. Pero sólo lo haré, sólo entregaré mi alma al Custodio, si sé que así le doy una oportunidad.

—¿Harías eso por él? —susurró Kahlan, incrédula—. ¿Por qué?

—Porque, después de todo lo que hice, se preocupó por mi dolor. En toda mi vida, él fue el único que hizo algo para aliviarlo. Cuando Rahl el Oscuro me dio una paliza, él lloró por mí y me aplicó un ungüento para calmarme el dolor, aunque yo no dejé de torturarlo ni una vez de las que me lo suplicó. Ni una.

»Y, después de todas las cosas que te he contado, me perdonó. Comprendió cuánto había sufrido. Se colgó mi agiel al cuello y me prometió que nunca me olvidaría, que recordaría que había sido más que una mord-sith, que era Denna.

Otra lágrima brilló en la mejilla del espíritu.

—Y porque lo amo. Incluso en la muerte, lo amo. Aunque sé que mi amor nunca será correspondido, lo amo.

Kahlan miró a Richard, tendido de espaldas e inconsciente, indefenso, con la negra marca del Custodio en el pecho por la que se le escapaba la vida. El barro blanco y negro que le cubría todo el cuerpo le daba un aspecto salvaje, pero no lo era; en realidad era la persona más dulce que había conocido en toda su vida. Kahlan se dio cuenta de que haría cualquier cosa por él. Cualquiera.

—Lo haré —musitó—. Te lo prometo. Si no encontramos a Zedd antes de que las Hermanas regresen por tercera vez, lo obligaré a que acepte el collar al precio que sea. Aunque me odie. Incluso aunque me mate por ello.

—Hagamos pues un juramento, entre vivos y muertos, de que haremos cualquier cosa para salvarlo —dijo Denna, extendiendo hacia ella una mano.

Kahlan se quedó mirando la mano que Denna le tendía.

—Aún no te he perdonado. Y no lo haré nunca.

Denna esperó, sin retirar la mano.

—Ya tengo el único perdón que necesito.

Kahlan miró fijamente esa mano, luego extendió la suya y se la estrechó:

—Muy bien, hagamos el juramento de que salvaremos al hombre al que amamos.

—Se le acaba el tiempo. Debe ser ahora. Cuando yo me marche, busca ayuda. Aunque la marca desaparecerá, la herida seguirá abierta, y es muy grave.

Kahlan asintió.

—En la aldea hay una curandera que lo ayudará.

—Gracias por amarlo lo suficiente para ayudarlo, Kahlan —le agradeció Denna, con los ojos llenos de compasión—. Que los buenos espíritus os acompañen. Allí donde yo voy —añadió, con una leve sonrisa de temor—, nunca veré a ninguno de ellos, si no los enviaría para que os ayudaran.

Kahlan le rozó el dorso de la mano y ofreció una silenciosa plegaria para que le diera fuerzas.

Denna le devolvió el gesto acariciándole una mejilla, tras lo cual se arrodilló junto a Richard. Su mano se posó sobre la marca, la cubrió y se disolvió en ella. Richard jadeaba.

El rostro de Denna se retorció de dolor y echó la cabeza hacia atrás al tiempo que lanzaba un penetrante chillido que atravesó a Kahlan.

Luego simplemente desapareció.

Richard gruñó. Kahlan se inclinó sobre él y lo acarició, mientras lloraba.

—¿Kahlan? —gimió—. Kahlan, ¿que ha ocurrido? Me duele. Me duele tanto...

—Quédate tumbado, amor mío. Todo saldrá bien. Ahora estás a salvo conmigo. Voy a buscar ayuda.

Richard asintió. La mujer corrió hacia la puerta y la abrió. Los ancianos aguardaban sentados en círculo en la oscuridad, justo al otro lado de la puerta. Todos alzaron la mirada, expectantes.

—*¡Socorro!* —gritó Kahlan—. *¡Llevadlo junto a Nissel! ¡No hay tiempo para traerla aquí!*

17

Cuando por fin despertó, Kahlan le levantó la cabeza. Los ojos grises de Richard parpadearon y recorrieron la pequeña habitación hasta que toparon con el rostro de la mujer.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En casa de Nissel. Te ha curado la quemadura —repuso Kahlan, apretándole levemente el hombro.

Con la mano derecha, el joven se tocó el emplasto cubierto por una venda e hizo con gesto de dolor.

—¿Cuánto tiempo...? ¿Qué hora es?

Kahlan, agachada en el suelo junto a él, alzó la vista, se frotó los ojos y los entrecerró hacia la puerta entornada por la que entraba una luz grisácea.

—Amaneció hace una o dos horas. Nissel está en la habitación del fondo, durmiendo. Ha estado en pie la mayor parte de la noche, cuidándote. Todos los ancianos están fuera, esperando. No se han marchado desde que te trajimos aquí.

—¿Cuándo? ¿Cuándo me trajisteis?

—En plena noche.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Richard, mirando de nuevo en torno—. Rahl el Oscuro estaba allí y me tocó. —Con la mano se agarró el brazo—. Me... marcó. ¿Adónde fue? ¿Qué pasó después de que me marcara?

—No lo sé. Simplemente se marchó.

La manaza de Richard le apretó el brazo, haciéndole daño. Tenía una mirada salvaje.

—¿Qué quieres decir con que se marchó? ¿Volvió a la luz verde? ¿Regresó al inframundo?

—¡Richard! Me estás haciendo daño.

El joven la soltó.

—Lo siento —se disculpó, y sostuvo la cabeza de Kahlan contra su hombro bueno—. Lo siento mucho. No pretendía hacerte daño. No puedo creer que haya sido tan estúpido —añadió, soltando un ruidoso suspiro.

—Tampoco es para tanto —lo tranquilizó Kahlan, y lo besó en el cuello.

—No me refería a eso. Quería decir que no puedo creer que haya sido tan estúpido para llamar de nuevo a Rahl desde el inframundo. Los espíritus me avisaron. Debí habérmelo imaginado. Me concentré tanto en una sola cosa que no miré alrededor para ver qué venía de otras direcciones. Debo de estar loco por haber hecho algo así.

—No digas eso. Tú no estás loco —susurró Kahlan, que se puso en pie y lo miró desde arriba—. No vuelvas a decir nunca más algo así.

Richard parpadeó y se incorporó. Al tocarse de nuevo el vendaje, hizo otro gesto de dolor. Acto seguido alargó un brazo y le acarició las mejillas y el cabello, mientras sonreía de ese modo especial que le derretía el corazón.

—Eres la mujer más hermosa del mundo —le dijo, mirándola a los ojos—. ¿Te lo había dicho ya?

—No paras de decírmelo.

—Es que es cierto. Me encantan tus ojos verdes, tu pelo... Tienes el pelo más bonito que he visto en mi vida. Kahlan, te quiero más que a ninguna otra cosa en el mundo.

—Yo también te quiero más que a nada —repuso la mujer, conteniendo las lágrimas—. Por favor, Richard, prométeme que nunca dudarás de mi amor. Prométeme que, pase lo que pase, nunca dudarás de lo mucho que te amo.

Richard le acarició una mejilla con toda la mano.

—Te lo prometo. Te prometo que nunca dudaré de tu amor, pase lo que pase. ¿Contenta? ¿Qué es lo que te ocurre?

Kahlan se recostó contra él, apoyó la cabeza sobre su hombro y lo abrazó con cuidado, para no hacerle daño.

—Rahl el Oscuro me asustó mucho, eso es todo. Me espanté tanto cuando te quemó con la mano... Creí que habías muerto.

—¿Y después qué? —inquirió Richard, rozándole cariñosamente un hombro—. Recuerdo que me dijo que había podido regresar porque yo lo había llamado, pues era mi antepasado, y después dijo algo acerca de marcarme para el Custodio. Después, ya no recuerdo nada. ¿Qué más pasó?

Kahlan tuvo que pensar muy deprisa.

—Bueno... dijo que iba a marcarte, y que esa marca te enviaría con el Custodio. Luego añadió que acabaría de rasgar el velo. Te tocó con su mano y te quemó en el pecho. Pero, antes de que pudiera matarte, invoque el rayo, el Con Dar.

Richard se quedó sin respiración un segundo.

—Supongo que sería demasiado bueno que lo hubieras matado con el rayo, o destruido o lo que sea que puede hacerse a un espíritu.

—No, no lo destruí. Rahl el Oscuro lo paró, al menos en parte. Pero creo que lo asustó, porque se marchó. No regresó a la luz verde, sino que atravesó la puerta. Se marchó antes de poder acabar lo que te estaba haciendo. Simplemente se marchó.

—Mi heroína. Me has salvado. —Richard sonrió y la apretó con más fuerza contra sí. Entonces frunció el entrecejo, pensativo, y murmuró—: Ha vuelto para rasgar el velo. ¿Y luego qué? —preguntó.

Kahlan se armó de valor para mentirle por omisión. Sin embargo, no pudo aguantar el escrutinio de sus ojos. Se acurrucó contra su hombro, buscando frenéticamente el modo de cambiar de tema.

—Luego los ancianos y yo te trajimos aquí para que Nissel te curara la quemadura. Dijo que es grave, pero que con la cataplasma se te curará. Tienes que llevarlo unos cuantos días, hasta que empiece a mejorar.

»Te conozco, Richard —añadió, señalándolo airadamente con un dedo—. Y sé que querrás quitártelo antes. Tú siempre crees que sabes mejor que nadie qué te conviene. Pues no lo harás. Te lo dejarás puesto, Richard Cypher.

La sonrisa de Richard perdió algo de lustre para corregirla.

—Richard Rahl.

—Lo siento —susurró Kahlan, tras mirarlo fijamente unos segundos—. Richard Rahl. Tal vez podrías cambiarte el apellido cuando nos casemos. Podrías llamarte Richard Amnell. Los maridos de algunas Confesoras a veces lo hacen.

—Me gusta. Richard Amnell. Marido de la Madre Confesora. —Richard recuperó de nuevo su sonrisa—. Devoto y amante esposo. —La mirada de angustia volvió a sus ojos—. A veces temo que ya no sé quién soy, ni qué. A veces pienso que...

—Tú eres parte de mí, y yo de ti. Es lo único que importa.

Richard asintió con aire ausente. Las lágrimas refulgían en sus ojos.

—Yo quería ayudar con la reunión. Quería hallar el modo de poner fin a todo eso. Pero, en vez de ayudar, lo he empeorado. Rahl el Oscuro tenía razón: soy un estúpido. Por mi culpa...

—Richard, déjalo ya. Te han herido y aún estás demasiado cansado. Cuando hayas descansado un poco podrás pensar cómo solucionarlo. Sabrás qué hacer.

Richard hizo un esfuerzo por sobreponerse al desánimo. Se apartó la manta y se miró.

—¿Quién me lavó el barro y me vistió?

—Los ancianos. Nissel y yo queríamos hacerlo —explicó, notando que se ponía colorada—, pero eres demasiado grande y pesado para nosotras. Así pues, te vistieron los ancianos. Tuvieron que hacerlo entre todos y no les fue fácil.

Richard asintió con aire ausente; ya no la escuchaba. Alzó una mano hacia donde normalmente le colgaba el silbato, el colmillo de Escarlata y el agiel, pero no estaban allí.

—Tenemos que irnos de aquí. Tenemos que buscar a Zedd. Ahora, antes de que algo nos lo impida. ¿Dónde está el colmillo de Escarlata? Tengo que llamarla. ¿Y mi espada?

—Todas tus cosas están en la casa de los espíritus.

El joven se frotó la cara con las manos y se alisó el pelo con los dedos.

—Muy bien —dijo, clavando en los ojos de la mujer su penetrante mirada—. Voy a buscar el colmillo de Escarlata y recogeré nuestras cosas para irnos. Tú ve a casa de Weselan y ponte el vestido de boda. Mientras esperamos a Escarlata nos casaremos —añadió, presionándole cariñosamente el brazo—. Nos marcharemos en cuanto llegue. Antes del anochecer ya estaremos en Aydindril con Zedd. Casados. Todo saldrá bien, ya lo verás. Descubriré en qué me he equivocado y lo arreglaré. Te lo prometo. — Dicho esto, la besó en una mejilla.

Kahlan le echó los brazos al cuello.

—Juntos lo arreglaremos —lo corrigió—. Tú y yo. Los dos juntos.

—Juntos. —Richard se rió con suavidad a su oído—. Te necesito, Kahlan. Tú eres la luz de mi camino.

La mujer se desasió y lo miró con severidad.

—Bueno, tengo instrucciones para ti, y vas a cumplirlas. Tienes que esperar aquí hasta que Nissel te dé permiso para levantarte. Dijo que cuando despertara te cambiaría el emplasto y el vendaje y te daría una medicina. Te quedarás aquí hasta que ella diga. ¿Entendido? No quiero que enfermes y mueras justo ahora, después de todo lo que nos ha costado salvarte la vida. No ha sido nada fácil, créeme.

»Yo iré a casa de Weselan para que dé los últimos retoques al vestido. Y, cuando Nissel acabe contigo... —Kahlan agitó un dedo hacia él—, entonces y sólo entonces, podrás llamar a Escarlata. Una vez que Nissel te dé el alta, hayas llamado a Escarlata y recogido nuestras cosas, ven a buscarme y nos casaremos. Pero tendrás que prometerme que me querrás siempre —añadió, besándole la punta de la nariz.

—Siempre —le prometió, risueño.

Kahlan apoyó las muñecas en sus hombros, a ambos lados de su fuerte cuello, y entrelazó los dedos por detrás de su cabeza.

—Voy a despertar a Nissel y a pedirle que se dé prisa en curarte. Por favor, Richard, no pierdas tiempo. Llama a Escarlata rápidamente, tan rápidamente como puedas. Quiero irme de aquí. Quiero marcharme antes de que la hermana Verna se acerque siquiera un poco. Aunque se supone que aún tardará algunos días, no quiero correr riesgo alguno. Quiero que nos vayamos los dos de aquí, lejos de las Hermanas de la Luz. Quiero que nos reunamos con Zedd para que te ayude con los dolores de cabeza antes de que empeoren.

Richard le dirigió una traviesa sonrisa torcida.

—¿Y qué me dices de esa gran cama tuya en Aydindril? ¿No tienes prisa en llegar hasta ella?

Con suavidad, Kahlan le aplastó la nariz con un dedo.

—Nunca he compartido esa cama con nadie. Espero no decepcionarte.

El joven la cogió por la cintura con sus fuertes manos y la atrajo hacia sí hasta hacerla gruñir. Entonces le apartó el pelo de la nuca y le dio un dulce beso, justo donde se habían posado los labios de Rahl el Oscuro.

—¿Decepcionarme? Amor mío, ésa es la única cosa en el mundo que no podrás hacer nunca—. Le dio otro cosquilleante beso en la nuca y añadió—: Vamos, ve a despertar a Nissel. Estamos perdiendo tiempo.

Kahlan tiró de la tela hacia arriba, tratando de estirarla al máximo.

—Nunca había llevado un vestido tan escotado. ¿No te parece que enseño demasiado?

Weselan la miró desde el suelo, ocupada con el dobladillo del vestido azul. Mientras se levantaba para evaluar cómo le sentaba el vestido, se quitó de la boca la delgada aguja de hueso. Se fijó en el escote e inquirió, a su vez:

—¿Crees que no le gustará?

—Bueno, creo que sí. Eso espero, pero... —Kahlan se sonrojó.

—Si te molesta que vea demasiado, tal vez deberías reconsiderar casarte con él —le aconsejó Weselan, en tono de confidencia.

—Es que él no será el único que estará mirando. Nunca había llevado nada igual. Me preocupa... no hacer justicia al vestido.

Weselan sonrió y le dio unos golpecitos en el brazo.

—Te sienta como un guante. Estás muy hermosa. Es perfecto para ti.

Kahlan se miró, no aún del todo convencida.

—¿De veras? ¿Estás segura? ¿Me sienta bien de verdad?

—En serio. Tienes unos pechos muy bonitos. Todo el mundo lo comenta —dijo la mujer barro, con una amplia sonrisa.

Kahlan se sonrojó. No dudaba de la veracidad de ese comentario pronunciado en tono despreocupado. Entre la gente barro comentar en público que una mujer tenía hermosos pechos era tan normal como decirle a una mujer en otro sitio que tenía una sonrisa agradable. No era la primera vez que la actitud desinhibida de la gente barro la azoraba.

—Nunca he llevado un vestido tan hermoso, Weselan —la elogió mientras se estiraba la falda hacia los lados—. *Gracias por todo tu esfuerzo. Lo guardaré como un tesoro.*

—Tal vez un día, si tienes una hija, se lo pondrá cuando se case.

Kahlan sonrió y asintió con la cabeza. «Por favor, espíritus —estaba pensando—. Si tenemos un hijo, que sea una niña y no un niño.» Mientras rezaba en silencio, se llevó una mano al fino colgante y dio vueltas con los dedos al pequeño hueso redondo colocado entre cuentas rojas y amarillas.

Adie, la mujer de los huesos, se lo había regalado para que la protegiera de las bestias que habitaban el paso del Límite que antes separaba la Tierra Occidental de la Tierra Central. La anciana hechicera le había dicho que, un día, protegería también al fruto de su vientre.

A Kahlan le encantaba ese colgante. Era idéntico al que su madre había recibido de Adie y después había pasado a Kahlan. Ésta lo había enterrado junto a su más querida amiga de infancia, Dennee. Desde la muerte de Dennee, Kahlan echaba mucho de menos el colgante de su madre.

Éste era aún más especial porque la noche antes de cruzar el paso Richard había jurado sobre él que, si Kahlan tenía algún día un hijo, él lo protegería. Entonces, ninguno de ellos sospechaba que fuese posible que ese hijo fuese compartido.

—Así lo espero. Weselan, ¿querrás ser mi dama de honor?

—¿Tu qué?

Con timidez, Kahlan se cubrió parte del escote con el cabello.

—Allí de donde yo vengo existe la costumbre de que una amiga esté a tu lado cuando te casas. Es el símbolo de que los buenos espíritus velarán por esa unión. Richard desea que Savidlin sea su padrino, y yo quisiera que tú fueras mi dama de honor.

—Me parece una costumbre muy extraña. Los buenos espíritus siempre velan por nosotros. Pero, si es vuestra costumbre, me sentiré honrada de estar a tu lado.

—Muchas gracias —dijo Kahlan, con una sonrisa radiante.

—Ahora ponte muy derecha. Casi he acabado.

Weselan se inclinó de nuevo para acabar el dobladillo. Kahlan trató de mantenerse con la espalda muy derecha, pero le dolía por haberse pasado casi toda la noche sentada en el suelo junto a Richard. Ojalá pudiera sentarse o echarse un rato; estaba tan cansada... Pero, sobre todo, le dolía tanto la espalda.

De repente se le ocurrió pensar en lo mucho que debería de estar sufriendo en esos momentos Denna.

Kahlan se dijo que no le importaba. Que cualquier cosa que le pasara la tenía merecida por todo el daño que había hecho a Richard. Al recordar todo lo que le había contado, el estómago se le revolvía. Aún sentía el lugar en el que Rahl el Oscuro había posados sus labios. Al pensar en ese beso sintió un escalofrío que le recorría la columna vertebral.

Entonces recordó el rostro de Denna convertido en una máscara de agonía en el instante antes de desaparecer. No le importaba; se lo tenía bien merecido.

Pero podría haber sido Richard. Sin el sacrificio de Denna, podría haber sido Richard.

—No tengas miedo, Kahlan.

—¿Qué? —Kahlan regresó a la realidad. Weselan, de pie frente a ella, le sonreía—. *Lo siento. ¿Qué has dicho?*

Weselan secó una lágrima de la mejilla de Kahlan.

—He dicho que no debes tener miedo. Richard es un buen hombre, y serás muy feliz con él. Es natural que tengas miedo de casarte, pero no te preocupes. Saldrá bien, ya lo verás. Yo también lloré antes de casarme con Savidlin. Aunque lo amaba y deseaba casarme con él, de pronto me eché a llorar, como tú. —La mujer barro le guiñó un ojo—. *Nunca más he tenido motivos para llorar. A veces tengo razones para quejarme, pero nunca para llorar.*

Kahlan se secó la otra mejilla. ¿Qué le pasaba? ¿Qué más le daba a ella lo que pudiera ocurrirle a Denna? Nada de nada.

—Ése es uno de mis grandes deseos en la vida: no tener motivos para llorar nunca más —dijo a Weselan, esforzándose por sonreír.

La mujer barro la consoló con un abrazo.

—¿Te gustaría comer algo?

—No, no tengo...

Savidlin abrió la puerta de golpe. Jadeaba y sudaba. Al ver la expresión de su cara, Kahlan se quedó helada y empezó a temblar antes incluso de que hablara.

—Cuando Nissel acabó de curar a Richard, lo acompañé a la casa de los espíritus, como tú me dijiste que hiciera, para que llamara al dragón. La Hermana de la Luz estaba allí, esperándolo. Ahora están juntos. No entendí qué dijo, sólo tu nombre, pero comprendí qué quería. Quería que viniera a buscarte. Vamos, deprisa.

—¡Noooo! —gimió Kahlan al tiempo que salía disparada hacia la casa de los espíritus.

Mientras corría, se levantaba el dobladillo del vestido entre los dedos, para no tropezar con él. Nunca en su vida había corrido tan rápido. Jadeaba mientras recorría a toda prisa los estrechos callejones. La melena ondeaba tras ella. Sentía el gélido aire invernal en la cara. Poco a poco fue dejando atrás el sonido de los pasos de Savidlin, que corría tras ella.

En lo único en que podía pensar era en que debía llegar donde estaba Richard. Eso no podía estar pasando. Era demasiado pronto. La Hermana no debería estar aún allí. Estaban a punto de irse. No era justo. ¡Richard!

Caían grandes copos de nieve, no como para cubrir el suelo con un manto blanco, pero sí los suficientes para anunciar la definitiva llegada del invierno. Los húmedos copos se fundían instantáneamente al contacto con la acalorada piel de la mujer. Algunos se le quedaban prendidos en las pestañas, y Kahlan debía parpadear. Al doblar una esquina se encontró con una ligera brisa que levantaba un blanco remolino. Kahlan lo atravesó como una flecha y siguió corriendo sin descanso.

De pronto se detuvo y miró alrededor; se había equivocado de camino. Tuvo que dar media vuelta y doblar en la otra esquina. Las lágrimas se mezclaban con los copos de nieve fundidos. Era demasiado. No era posible.

Jadeando y desesperada llegó por fin al claro que rodeaba la casa de los espíritus. Los caballos de las Hermanas estaban atados al otro lado del muro corto, el muro al que le faltaba un trozo de cuando Richard había tratado de matar al aullador.

Había gente alrededor, pero Kahlan no vio a nadie. Sólo veía la puerta de la casa de los espíritus. Corrió desesperada hacia ella.

Le parecía que tardaba una eternidad en llegar, como si fuera una pesadilla en la que no podía avanzar. Las piernas le dolían por el esfuerzo. Alargó la mano hacia el tirador. Los latidos del corazón le resonaban en los oídos.

—Por favor, queridos espíritus, que no sea demasiado tarde —suplicó.

Gruñendo con los dientes apretados, abrió la puerta con violencia y entró precipitadamente.

Dentro, se detuvo de golpe y tragó saliva. Richard estaba de pie frente a la Hermana Verna, justo debajo del orificio que había abierto en el techo el rayo de la noche anterior. Un haz de luz grisácea que se colaba por el agujero los iluminaba a ambos, y sobre ellos caían los copos de nieve que flotaban lentamente. En el resto de la sala reinaba la oscuridad. La espada que Richard llevaba al cinto destellaba bajo esa luz. No llevaba al cuello ni el colmillo, ni el silbato ni el agiel; todavía no había tenido tiempo de llamar a Escarlata.

La hermana Verna le tendía el collar con una mano. La mirada de la Hermana se posó brevemente en Kahlan en muda advertencia, antes de volver hacia Richard.

—Has oído las tres razones para ponerte el rada'han. Ésta es tu última oportunidad para recibir ayuda, Richard. ¿Aceptas la oferta?

Richard apartó los ojos de la mirada fija de la Hermana y se volvió despacio hacia Kahlan. Con brillantes ojos grises la miró de arriba abajo, hasta volver a su rostro. Su voz sonó suave, reverente.

—Kahlan... el vestido... es maravilloso. Maravilloso.

Kahlan no encontraba su voz. El corazón le latía desbocado. La hermana Verna pronunció su nombre en tono de seria advertencia.

Por primera vez se dio cuenta de que la hermana Verna sostenía algo en la otra mano; el estilete plateado. Pero no lo apuntaba contra ella misma, sino contra Richard. Entonces lo supo: si Richard no aceptaba, iba a matarlo. Pero Richard ni siquiera parecía haber reparado en ese puñal, que destellaba a la tenue luz de la casa de los espíritus. Kahlan se preguntó si la Hermana habría usado un encantamiento para que no lo viera.

—Lo has hecho lo mejor que has podido —dijo Richard a la Hermana—. Lo has intentado por todos los medios, pero no es suficiente. Te lo repito una vez más: no pienso...

—¡Richard! —Kahlan avanzó otro paso hacia él, mientras el joven se volvía hacia ella y buscaba sus ojos—. Richard —susurró, dando otro paso. La voz se le quebró—. Acepta la oferta. Ponte el collar, por favor.

La hermana Verna no se movió. Esperaba tranquilamente.

—¿Qué? —inquirió Richard, extrañado—. Kahlan... no lo entiendes. Ya te dije que nunca...

—¡Richard! —El joven se quedó callado mientras la miraba confuso. Acto seguido echó un vistazo a la Hermana, la cual seguía inmóvil empuñando aún el cuchillo, y volvió a mirar a Kahlan. Los ojos de ambos quedaron prendidos. Kahlan sabía que la Hermana esperaría a ver cómo se desarrollaban los

acontecimientos. La mirada de la mujer reflejaba una dureza que dejaba bien a las claras lo que haría si Kahlan no lograba persuadir a Richard—. Richard, pon mucha atención: quiero que aceptes.

—¿Qué...?

—Acepta el collar.

—Los ojos de Richard ardieron de furia.

—Ya te lo he dicho. Jamás...

—¡Dijiste que me amabas!

—Kahlan, ¿qué te pasa? Sabes que te amo más que...

—Entonces acepta la oferta —lo interrumpió—. Si realmente me amas, acepta el collar y póntelo. Por mí.

El joven la miraba fijamente, con incredulidad.

—¿Por ti? —Kahlan se dio cuenta de que tenía que ser más dura. Actuando con amabilidad sólo lo estaba confundiendo. Si quería salvarlo, tenía que actuar más como Denna. «Queridos espíritus —rogó mentalmente—, por favor, dadme la fuerza para hacer esto, para salvarlo.»

»Kahlan, ¿qué mosca te ha picado? Ya hablaremos de esto más tarde. Ya sabes cuánto te quiero, pero no pienso...

Kahlan apretó los puños y le gritó:

—¡Si me quieres, acepta! ¡No te quedes ahí plantado, diciendo que me amas, si no estás dispuesto a demostrarlo! ¡Me das asco!

Richard parpadeó, sorprendido. El tono de su voz se clavó en el corazón de Kahlan como un puñal.

—Kahlan...

—Si no estás dispuesto a demostrarme tu amor, es que no eres digno de él. ¿Cómo osas decir que me amas?

Los ojos de Richard se llenaron de lágrimas y lentamente cayó de rodillas.

—Kahlan... te lo suplico...

—¡No te atrevas a replicarme! —Richard alzó los brazos para protegerse la cabeza; creía que Kahlan iba a golpearlo. Realmente estaba convencido de que iba a hacerle daño. Kahlan sintió que el corazón se le partía en dos. Mientras daba rienda suelta a su cólera, lloraba—. ¡Te ordeno que te pongas el collar! ¡No te atrevas a replicarme! ¡Si me amas, póntelo!

—Kahlan, por favor —gimió Richard—. No me hagas esto. No lo entiendes. No me pidas que...

—¡Lo entiendo perfectamente! —gritó ella—. ¡Entiendo que dices que me quieres, pero no te creo! ¡No te creo! ¡Mientes! ¡Si no te pones el collar, es que tu amor es una mentira! ¡Una repugnante mentira!

De rodillas ante ella, ataviada con su vestido azul de boda, Richard era incapaz de mirarla a la cara. Con los ojos clavados en el suelo, hacía esfuerzos por decir algo.

—No... no es ninguna mentira. Por favor, Kahlan, te quiero. Para mí eres lo más importante que hay en el mundo. Por favor, créeme. Yo haría cualquier cosa por ti, pero...

Sintiéndose morir por dentro, Kahlan le cogió un puñado de cabello y lo obligó a levantar la cabeza y a mirarla. En su rostro rondaba la locura. Estaba ido. «Por favor, que sólo sea momentáneo —rogó Kahlan—. Por favor, queridos espíritus, que sólo sea momentáneo.»

—¡Palabras! ¡Eso es todo lo que me ofreces! ¡No amor! ¡Ninguna prueba! ¡Sólo palabras sin ningún valor!

Mientras le tiraba del pelo, retrasó la otra mano preparándose para soltarle un bofetón. Richard se estremeció y cerró los ojos. Kahlan no pudo hacerlo; era incapaz de golpearlo. Ya era suficiente con mantenerse en pie sin arrodillarse a su lado, abrazarlo, decirle cuánto lo quería y tranquilizarlo.

Pero nada iba bien. Si no lo obligaba, Richard moriría. Ella era la única que podía salvarlo. Aunque eso la matara a ella.

—No me pegues más —susurró Richard—. Te lo suplico, Denna... No.

Kahlan se tragó el lamento que pugnaba por escapársele de la garganta y se obligó a hablar.

—Mírame. —Richard obedeció—. No te lo pienso repetir más, Richard. Si me quieres, aceptarás la oferta y te pondrás el collar. Si no, lamentarás haberme desobedecido, te lo juro. Acepta o todo habrá acabado entre nosotros. Todo. —Los ojos de Richard vacilaron. Kahlan apretó los dientes y prosiguió—: No te lo pienso repetir más, cielito. Ponte el collar. ¡Vamos!

Kahlan sabía que Denna solía llamarlo «cielito». Ella misma se lo había dicho, junto con todo lo demás, por lo que sabía el efecto que causaría en el joven ese apelativo. Había confiado no tener que usarlo. En ese instante, Richard perdió el último vestigio de cordura que le quedaba. Lo vio en sus ojos; vio lo que temía más que la propia muerte.

Traición.

Kahlan le soltó el mechón de pelo mientras él, de rodillas, se volvió hacia la hermana Verna. Ésta alzó ligeramente el collar y se lo tendió. A la fría luz, éste tenía un aspecto apagado, gris, muerto. Richard lo miró fijamente. Los copos de nieve seguían cayendo lentamente en la queda y discreta luz. La hermana Verna lo miraba con cara inexpresiva.

—Muy bien —susurró el joven. Con mano temblorosa fue a asir el collar. Sus dedos lo tocaron, se cerraron alrededor de él—. Acepto la oferta. Acepto el collar.

—En ese caso, póntelo al cuello y ciérralo —le ordenó la hermana Verna, con voz suave.

—Haría cualquier cosa por ti —dijo Richard a Kahlan en un susurro.

Kahlan sintió deseos de morir.

Las manos de Richard temblaban de tal modo que creyó que el collar se le caería. Lo sostuvo mientras lo miraba fijamente.

Cuando las manos dejaron de temblarle, inspiró hondo y se lo colocó alrededor del cuello. El collar se cerró con un chasquido, y la juntura desapareció, dejando sólo un anillo de metal perfectamente liso.

La sala quedó en penumbra, aunque aún era de día. Un profundo y ominoso trueno retumbó por la pradera en todas direcciones. No sonaba como ningún trueno que Kahlan hubiera oído antes. Lo sentía en el suelo que pisaban sus pies. Tal vez tenía algo que ver con la magia del collar.

Pero, al mirar a la hermana Verna y ver su expresión, supo que no tenía nada que ver con las Hermanas.

Richard se puso lentamente en pie, ante la Hermana.

—Hermana Verna, creo que descubrirás que sostener la correa de este collar es peor que llevarlo. Mucho peor —dijo, apretando los dientes.

—Sólo pretendemos ayudarte, Richard —repuso la Hermana, muy calmada.

—No creo en las palabras. Tendréis que demostrarlo.

Asustada, Kahlan recordó entonces que no había oído la tercera razón de la Hermana.

—¿Y la tercera razón? ¿Cuál es la tercera razón para ponerse el collar? —preguntó.

Richard le lanzó una iracunda mirada que ni siquiera su padre habría podido igualar. Por un momento, Kahlan se olvidó de respirar.

—La primera razón es quitar los dolores de cabeza y abrir mi mente para que pueda aprender a usar el don. La segunda razón es para controlarme. —Richard alzó una mano y agarró a Kahlan por la garganta. Su mirada pareció atravesarla—. Y la tercera razón es causarme dolor.

—¡No! ¡Por todos los espíritus bondadosos, no!

Richard la soltó. Su expresión se tornó relajada, perdida.

—Espero que te haya demostrado que te amo, Kahlan. Espero que ahora me creas. Te lo he dado todo; espero que baste. Ya no tengo nada más que ofrecerte. Nada.

—Sí lo tienes. Más de lo que puedas llegar a imaginarte. Te quiero más que a nada en el mundo, Richard.

La mujer alargó una mano para acariciarle una mejilla, pero el joven apartó la mano. Sus ojos lo decían todo: Kahlan lo había traicionado.

—¿De veras? Ojalá pudiera creerte —dijo Richard, rehuyendo su mirada.

Kahlan trató de tragar el doloroso y ardiente nudo que se le había formado en la garganta.

—Prometiste que nunca dudarías de mi amor.

—Es cierto. Lo prometí.

Si hubiese podido descargar su poder contra ella misma, lo habría hecho.

—Richard... sé que ahora no lo entiendes, pero he hecho lo que he hecho sólo para que sigas vivo, para evitar que los dolores de cabeza, el don, te maten. Espero que algún día lo entiendas. Yo te esperaré siempre. Te quiero con todo mi corazón.

Richard asintió deshecho en lágrimas.

—Si es cierto lo que dices, ve en busca de Zedd. Dile lo que has hecho. Díselo.

—Richard, coge tus cosas y espera fuera con los caballos —ordenó la hermana Verna.

Richard la miró y asintió. Anduvo hasta la esquina más alejada de la sala y recogió su capa, el arco y la mochila. De dentro sacó las tres correas de cuero; la que tenía el silbato del Hombre Pájaro, la del colmillo de Escarlata y la del agiel de Denna. Kahlan miró cómo se las colgaba al cuello deseando tener algo para darle. Frenéticamente buscó en su mente qué podría darle.

—Espera —dijo cuando el joven pasó junto a ella. Le puso una mano en el brazo para detenerlo, empuñó el cuchillo que llevaba al cinto y se cortó un largo mechón de cabello. Ni siquiera pensó en qué hacía, en lo que ocurría cuando las Confesoras se cortaban ellas mismas el pelo.

Lanzando un grito de dolor se desplomó. Una abrasadora oleada de magia recorrió todo su cuerpo, quemando todos los nervios a su paso. Kahlan tuvo que luchar para no perder el sentido y controlar el dolor mientras respiraba a bocanadas.

Tenía que seguir consciente, o Richard podría marcharse antes de darle el mechón de cabello. Con sólo este pensamiento en la cabeza, se puso en pie a duras penas. Finalmente, el dolor empezaba a ceder.

Aún jadeando, Kahlan se arrancó una pequeña cinta azul de la cintura del vestido, la cortó, enrolló el largo mechón de pelo entre dos dedos y lo ató por el centro con la cinta. Bajo la mirada de Richard volvió a guardar el cuchillo en su funda y le metió el mechón en el bolsillo de la camisa.

—Para que no olvides nunca que mi corazón está contigo... que te quiero.

Richard la contempló largo rato, sin expresión alguna.

—Busca a Zedd —fue todo lo que dijo antes de dar media vuelta y salir por la puerta.

Una vez que se hubo ido, Kahlan se quedó mirando la puerta. Se sentía vacía, perdida, yerta.

La hermana Verna se puso a su lado para contemplar juntas la puerta.

—Creo que acabo de presenciar el acto más valiente de toda mi vida —dijo suavemente—. La gente de la Tierra Central es afortunada de tenerte a ti como su Madre Confesora.

—Piensa que lo he traicionado —dijo Kahlan, sin apartar los ojos de la puerta—. Está convencido de que lo he traicionado —insistió, mirando a la Hermana con los ojos anegados de lágrimas.

La Hermana escrutó su faz unos minutos.

—No lo has hecho. Te prometo que, un día, le ayudaré a comprender lo que has hecho hoy por él.

—Por favor, no le hagas daño —imploró Kahlan.

La hermana Verna unió las manos al frente e inspiró hondo.

—Tú acabas de hacerle daño para salvarle la vida. Pero te prometo que me ocuparé de él en persona y que me aseguraré de que sólo sufre lo imprescindible. Te prometo que no permitiré que sufra ni una pizca más de lo necesario. Te doy mi palabra como Hermana de la Luz.

—Gracias. —Kahlan contempló el estilete que la Hermana empuñaba. Ésta se lo guardó de nuevo en la manga—. Lo habrías matado. Si hubiera dicho que no por tercera vez, lo habrías matado.

—Cierto. Si hubiese dicho que no, el dolor y la locura del final hubiesen sido grotescos. Se lo hubiera ahorrado. Pero ahora eso ya no tiene importancia. Tú le has salvado la vida. Gracias, Madre Confesora... Kahlan.

—Hermana. —Kahlan la detuvo cuando la otra se disponía a marcharse—. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo tendrá que estar con vosotras? ¿Cuánto tendré que esperar?

—Lo siento, no lo sé —respondió la Hermana sin volverse para mirarla—. Dura lo que dura. Todo depende de él, de lo deprisa que aprenda.

Por primera vez, Kahlan sonrió.

—Creo que te sorprenderá lo deprisa que aprende Richard.

—Eso es lo que más temo: el conocimiento antes que la sabiduría. Es lo que más me asusta.

—Creo que la sabiduría de Richard también te sorprenderá.

—Ruego para que así sea. Adiós, Kahlan. No trates de seguirnos o Richard morirá.

—Hermana, una cosa más. —El tono de fría amenaza de su voz la sorprendió a ella misma—. Si me estás mintiendo, te mataré. Perseguiré hasta la última Hermana de la Luz y las mataré a todas, pero antes tendrán que suplicarme que las mate.

La Hermana se quedó quieta un momento antes de asentir y seguir adelante.

Kahlan la siguió fuera y contempló con el resto de la gente barro cómo la Hermana montaba. Richard se mantenía muy tieso encima de un imponente caballo zaino. Mientras esperaba, daba la espalda a Kahlan.

Ésta sentía que el corazón se le hacía trizas. Deseaba ver su rostro una vez más, pero Richard no miró atrás ni cuando se iban.

—Richard, te quiero —lloró Kahlan de rodillas.

El joven pareció no oírlo. Él y la hermana Verna desaparecieron hacia la nevada pradera. Kahlan se quedó sentada en el suelo, ataviada con su vestido de boda, la cabeza gacha y llorando. Weselan le pasó un brazo alrededor para consolarla.

Kahlan recordó las últimas palabras de Richard: «Busca a Zedd». Con esfuerzo se puso en pie. Todos los ancianos estaban allí. La mujer los miró uno a uno.

—Debo partir al instante. Debo llegar a Aydindril. Necesito que algunos hombres me acompañen para ayudarme y asegurarme que lo consigo.

—Yo iré —se ofreció Savidlin—. *Y tantos de mis cazadores como desees. Todos, si quieres. Nos llevaremos un centenar.*

Kahlan le posó una mano en el hombro y le dirigió una leve sonrisa.

—No. No deseo que me acompañes tú ni tus hombres, amigo mío. Sólo me llevaré tres hombres. —Todos cuchichearon, confusos—. *Más hombres llamarían la atención, y podríamos tener dificultades. Será más fácil pasar desapercibidos, si sólo somos cuatro. Así iremos más rápido.*

»Te elijo a ti, Chandalen, a ti, Prindin y a Tossidin —dijo, señalando primero a un hombre que contemplaba la escena mirándola con aire desafiante, y luego a los dos hermanos.

—¡Yo! ¿Por qué tengo que ser yo? —saltó Chandalen, furioso.

—Porque no puedo fracasar. Sé que si me llevara a Savidlin, él haría todo lo posible. Pero, si fracasara, la gente barro sabría que no lo había hecho a propósito. Pero tú eres mejor cazador de hombres. Richard me dijo un día que si tuviera que elegir al lado de quién luchar, te elegiría a ti, aunque lo odiaras.

»Allí adonde voy, el peligro son los hombres. Si no lo logramos, si me fallas, todo el mundo creerá que es porque no te has esforzado lo suficiente. Siempre creerán que me dejaste morir, que permitiste que

una de los tuyos muriera porque me odias a mí y odias a Richard. Si dejas que me maten, nunca más serás bien recibido por la gente barro. Por tu gente.

Prindin dio un paso adelante, seguido por su hermano.

—Yo iré, y mi hermano también. Nosotros te ayudaremos.

—¡Yo no pienso ir! ¡De ningún modo! —vociferó Chandalen.

Kahlan miró al Hombre Pájaro. Los ojos castaños del hombre se encontraron con los suyos, y cuando los posó en Chandalen tenían la dureza del acero.

—Kahlan es una mujer barro. Tú eres el guerrero más valiente y astuto que tenemos. Tu responsabilidad es protegernos. A todos. Irás con ella. Cumplirás sus órdenes y la llevarás sana y salva allí donde desea ir. Si te niegas, tendrás que abandonar la aldea para no volver nunca. Y, si la matan, Chandalen, no te molestes en volver pues, si lo hicieras, te trataríamos como a cualquier forastero con pintura negra en los ojos al que hay que matar.

Chandalen, temblando de rabia, arrojó su lanza al suelo. Encolerizado, puso los puños sobre las caderas y replicó:

—Si debo partir, quiero que se celebre una ceremonia para que los espíritus nos protejan en nuestro viaje. Durará hasta mañana. Entonces partiremos.

Todos los ojos se posaron en Kahlan.

—Partiré dentro de una hora, y tú vienes conmigo. Tienes una hora para prepararte.

Kahlan volvió a la casa de los espíritus para quitarse el vestido de boda, ponerse ropa de viaje y recoger sus cosas. Agradecida, aceptó la oferta de ayuda de Weselan.

18

Los copos de nieve, gordos y húmedos, se movían empujados por el viento. A veces caían con más fuerza en rachas y se arremolinaban formando blancas cortinas. Richard, confuso y entumecido, cabalgaba detrás de la hermana Verna. El tercer caballo iba atado al suyo y cerraba la marcha. Cuando la nieve empezó a caer a fuertes rachas, las Hermana se convirtió en una figura gris que avanzaba delante de él.

En ningún momento se le ocurrió preguntarse adónde se dirigían ni tampoco abrigarse con la capa para protegerse del viento frío y cortante. No le importaba; nada le importaba.

Era como si sus pensamientos flotaran y bailaran con la nieve, sin poder quedarse quietos. Richard jamás había querido a nadie como quería a Kahlan. Ella se había convertido en su vida.

Y Kahlan lo había mandado lejos.

Era tan doloroso que no podía pensar en nada más. Aún no había salido de su asombro de que Kahlan dudara de su amor y que quisiera alejarlo de ella. ¿Por qué? ¿Por qué?

En su mente se iban sucediendo los pensamientos, a cuál más desesperado. No podía entender que Kahlan le hubiera pedido que se pusiera un collar para demostrarle su amor después de haberle explicado qué significaba para él llevar un collar. Tal vez debería habérselo dicho todo. Tal vez entonces hubiera comprendido.

El pecho le seguía doliendo donde Rahl el Oscuro le había quemado. Al llevarse una mano al vendaje, finalmente se dio cuenta de que había dejado de nevar. Las nubes bajas que cruzaban raudas el firmamento estaban deshilachadas y dejaban pasar rayos de sol. La pradera aparecía con un apagado color marrón sin vida, y las nubes eran de un gris sucio y asimismo sin vida. Era un paisaje vacío y muerto.

Por el ángulo del sol, Richard calculó que la tarde estaba ya avanzada. Llevaban muchas horas cabalgando en silencio. La hermana Verna no le había dirigido la palabra.

El joven alzó una mano y, a modo de prueba, palpó el collar por primera vez. Era liso, sin junturas y frío. Richard se había prometido a sí mismo que jamás volvería a llevar un collar, y sin embargo llevaba uno. Y lo que era peor; se lo había puesto él mismo porque Kahlan se lo había pedido, porque había dudado de su amor.

Por primera vez desde que llevaba el collar, se obligó a sí mismo a pensar en otra cosa. Ya no podía seguir pensando en Kahlan, no podía soportar el dolor. Él era el Buscador y tenía que ocuparse de otras cosas, cosas importantes. Oprimió suavemente las piernas contra la cincha del caballo para incitarlo a avanzar hasta ponerse a la altura del castaño caballo castrado de la Hermana.

Al levantar una mano para retirar la capa de su cabeza, se dio cuenta de que no la llevaba echada, por lo que se limitó a pasarse los dedos por el pelo húmedo.

—Hay algunas cosas de las que debemos hablar —dijo a la Hermana—. Cosas importantes que ignoras.

La mujer le lanzó una mirada de indiferencia. El borde de la capucha le tapaba parcialmente la cara.

—¿Qué cosas son ésas? —preguntó.

—Soy el Buscador.

—No me descubres nada. —La hermana Verna volvió a dirigir la mirada al frente.

Su actitud serena e indiferente irritó a Richard.

—Tengo responsabilidades —insistió—. Ya te lo dije antes; están ocurriendo cosas muy graves de las que no tienes ni idea. Cosas peligrosas. —La Hermana no respondió. Era como si Richard no hubiera dicho nada. Así pues, decidió ir al grano—. El Custodio está tratando de escapar del inframundo.

—No se pronuncia su nombre, y tú tampoco debes hacerlo, pues podría llamar su atención. Cuando debemos hablar de él nos referimos a él como el Innombrable.

La Hermana le hablaba como si fuera un niño. La vida de Kahlan estaba en peligro, y esa mujer lo trataba como si fuera un niño.

—Me importa un bledo cómo lo llaméis, pero está tratando de escapar. Y te aseguro que ya le he llamado la atención.

Por fin la hermana se dignó mirarlo, aunque con el mismo aire despreocupado.

—El Innombrable siempre está intentando escapar.

Richard respiró hondo y volvió a la carga.

—El velo de inframundo está rasgado. Va a escaparse.

Una vez más, la hermana Verna se volvió hacia él, y esta vez retiró el borde de la capucha para verlo mejor. Por el ribete de la oscura y pesada capucha asomaban rizos de cabello castaño. La Hermana exhibía un curioso ceño, un ceño divertido. En las comisuras de los labios le rondaba una sonrisa.

—El mismo Creador fue quien puso al Innombrable donde ahora está. Y el mismo Creador colocó el velo con sus propias manos para impedirle salir. —La sonrisa se reveló, al tiempo que acercaba las cejas y pequeñas arrugas aparecían en su frente maltratada por haber pasado mucho tiempo al aire libre—. El Innombrable no puede huir de la prisión en el que el Creador lo encerró. No temas nada, hijo mío.

Richard explotó de rabia e hizo girar su yegua zaina hacia la Hermana. Los dos caballos se empujaron, lamentándose y sacudiendo la cabeza. Richard agarró con firmeza las riendas de la sorprendida montura de la Hermana para evitar que se encabritara o se desbocara. Entonces se inclinó hacia la mujer. Respiraba entrecortadamente por la furia.

—¡No permitiré que me pongas motes! ¡No permitiré que me llames «hijo mío» ni cosas por el estilo sólo porque llevo un collar! ¡Soy Richard! ¡Richard Rahl!

La hermana Verna no vaciló. Su voz continuaba sonando serena y calmada cuando dijo:

—Lo siento, Richard. Es la costumbre. Estoy acostumbrada a tratar con personas mucho más jóvenes que tú. No pretendía rebajarte.

El modo en que lo miraba fijamente a los ojos lo hizo sentirse de pronto estúpido y violento, lo hizo sentir como un niño. Se disculpó al tiempo que soltaba las riendas.

—Pido perdón por haber gritado. No estoy de muy buen humor.

—Creía que te apellidabas Cypher —dijo la Hermana, de nuevo con el entrecejo fruncido.

—Es una historia muy larga. —Richard se cubrió con la capa el vendaje que le tapaba la quemadura—. George Cypher me crió como si fuera su hijo. Pero hace poco descubrí que, en realidad, soy hijo de Rahl el Oscuro.

—Rahl el Oscuro. ¿El mago al que mataste? ¿Mataste a tu propio padre?

—No me mires así. Tú no lo conociste. No tienes idea del tipo de hombre que era. Encarceló, torturó y mató a más personas de las que tú y yo podamos imaginar. Me repugna pensar que era mi padre, pero así es. Soy su hijo. Si esperas que me arrepienta de haberlo matado, puedes esperar sentada.

La hermana Verna sacudió la cabeza con una inquietud que parecía auténtica.

—Lo siento, Richard. A veces el Creador enmaraña mucho los hilos que tejen nuestra vida, y nosotros nos preguntamos por qué. Pero estoy segura de una cosa: todo lo que Él hace es por alguna razón.

Palabrería. Esa mujer no hacía sino parlotear. Mientras daba de nuevo la vuelta a su caballo, insistió:

—Te repito que el velo está rasgado, y que el Custodio va a escapar.

—El Innombrable —lo corrigió la Hermana, con tono amenazante.

—Por mí, de acuerdo. El Innombrable. Me importa un ardite como lo llames, pero te digo que va a escapar. Todos corremos un grave peligro —replicó, irritado.

Kahlan corría un grave peligro.

Le daba lo mismo si esa hechicera lo reducía a cenizas; su vida ya no tenía valor. Su única preocupación era la seguridad de Kahlan.

—¿Quién te dijo eso? —inquirió la Hermana, con su mirada y su sonrisa burlonas.

—Una bruja llamada Shota. Me dijo que el velo estaba rasgado. —Se calló que, también según Shota, era él el responsable de ello—. Dijo que si no se reparaba, el Cus... el Innombrable se escaparía.

—Así que una bruja. —La hermana Verna sonrió. Sus ojos chispeaban. ¿Y tú la creíste? ¿Creíste las palabras de una bruja? ¿Crees de veras que las brujas dicen la verdad plana y llana? —La mujer se rió.

Richard la miró por el rabillo del ojo; estaba que echaba chispas.

—A mí me pareció que estaba muy segura de lo que decía. No me mentiría en algo tan importante. Yo la creo.

A la hermana Verna, todo ese asunto se le antojaba muy divertido.

—Si hubieses tenido ocasión de tratar con más brujas, Richard, sabrías que tienen un concepto de la verdad muy especial. Es posible que a veces las muevan las buenas intenciones, pero sus profecías raramente se cumplen al pie de la letra.

Richard se desinfló al darse cuenta de que la Hermana tenía razón. Desde luego, parecía saber mucho sobre brujas. De hecho, compartían la misma opinión sobre ellas.

—Shota parecía muy segura de lo que decía. Estaba asustada.

—Eso no lo dudo. Cualquier persona sensata siempre tiene miedo del Innombrable. Pero yo no daría mucho crédito a lo que dijo.

—No es sólo lo que dijo. Han ocurrido otras cosas.

—¿Por ejemplo? —preguntó la Hermana, denotando curiosidad.

—Un aullador.

—Ya. Un aullador. ¿Me estás diciendo que has visto a un aullador? —Calmada, la mujer clavó de nuevo sus ojos marrones al frente.

—¿Visto? ¡Me atacó! Los aulladores son seres del inframundo. Los envía el Innombrable. ¡Envió a uno a través del desgarrón en el velo para matarme!

—Cuánta imaginación tienes, Richard. Creo que has oído demasiadas canciones infantiles.

—¿Qué quieres decir? —Richard tenía que hacer esfuerzos para no estallar.

—En efecto, los aulladores son seres del inframundo, al igual que otras bestias como los canes corazón. Pero no son «enviados» como tú dices. Sólo se escapan. Vivimos en un mundo en el que conviven el bien y el mal, la luz y la oscuridad. El Creador nunca pretendió que fuese un mundo perfecto, a salvo de todo mal. Nosotros no siempre podemos entender sus razones, pero las tiene y es perfecto. Tal vez, los aulladores están para mostrarnos el lado oscuro. No lo sé. Pero sí sé que son un mal que, a veces, viene a nosotros. No eres el primer poseedor del don al que atacan. Es posible que el don los atraiga. Quizás es una prueba, o una advertencia del corrompido mal que espera a quienes se apartan de la Luz.

—Pero... hay profecías que dicen que son enviados cuando el velo se rasga, que el Innombrable los envía.

—¿Cómo sería eso posible, Richard? ¿Acaso el velo se ha rasgado antes?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —Tras un momento de reflexión, añadió—: No veo cómo eso hubiera sido posible. Si se rasgó, ¿cómo fue reparado? No podría haber sucedido sin que nadie se diera cuenta. ¿Adónde quieres llegar?

—Bueno, si el velo nunca se ha rasgado, ¿cómo pudo el Innombrable enviar a sus aulladores? ¿Cómo podríamos nosotros saber qué son? ¿Cómo tendrían un nombre?

Fue el turno de Richard de fruncir el entrecejo.

—Tal vez los conocemos como aulladores porque así se los nombra en la profecía.

—¿Has leído esa profecía?

—Bueno, no. Kahlan me habló de ella.

—¿Y ella sí la había leído, con sus propios ojos?

—No. La aprendió cuando era niña. En una canción que le cantaron unos magos. —El ceño de irritación de Richard se hizo más profundo.

—En una canción. —La Hermana no lo miró, pero su sonrisa se hizo más amplia—. Richard, no pretendo tomar tus temores a la ligera, pero las cosas que se repiten una y otra vez, sobre todo en una canción, van tergiversándose con el tiempo.

»En cuanto a las profecías, bueno, todavía son más indescifrables que las palabras de una bruja. En el palacio tenemos bóvedas llenas de ellas. Es posible que, como parte de tu educación, puedas trabajar con ellas. Yo he leído todas las que guardamos, y puedo decirte que se escapan a la comprensión de casi todo el mundo. Si no vas con mucho tiento, seguro que encuentras una profecía que diga cualquier cosa que quieres oír. O, al menos, creerás que eso es lo que quieres oír. Algunos magos dedican toda su vida al estudio de las profecías y, no obstante, sólo comprenden una pequeña parte de ellas.

—No es una amenaza que pueda ser tomada a la ligera.

—¿Crees que resulta tan sencillo rasgar el velo? Ten fe, Richard. El Creador hizo el velo. Ten fe en Él.

Richard cabalgó en silencio un rato. Las palabras de la hermana Verna tenían sentido. El joven tenía la impresión de que su concepción del mundo se tambaleaba.

Pero le costaba demasiado concentrarse en eso, pues Kahlan no cesaba de colarse en sus pensamientos. El corazón se le rompía al recordar que le había exigido que se pusiera el collar para demostrarle su amor, sabiendo que eso los iba a separar. La traición ardía dolorosamente dentro de su pecho.

Con la uña del pulgar daba golpecitos en las riendas. Al fin, se volvió de nuevo hacia su acompañante y le dijo:

—Eso no es todo. Todavía no te he contado lo peor.

—¿Hay más? Pues dímelo —lo animó, con una maternal sonrisa—. Tal vez pueda aplacar tus miedos.

Richard lanzó un profundo suspiro para tratar de liberarse al menos de parte del dolor que sentía.

—El hombre al que maté, Rahl el Oscuro, mi padre... bueno, cuando murió fue enviado al inframundo para reunirse con el Cus... el Innombrable. Anoche escapó. Escapó por el desgarrón en el velo. Ahora está de nuevo en este mundo y se propone acabar de romper el velo.

—¿Y tú sabes que de verdad fue enviado a reunirse con el Innombrable? Fuiste al inframundo y lo viste llegar; lo viste al lado del Innombrable, ¿no es eso?

La hermana Verna sabía cómo enfurecerlo. Richard trató de no pensar en cómo escocían sus pullas.

—Hablé con él cuando regresó a este mundo. Él mismo me lo dijo. Me dijo que había vuelto para acabar de desgarrar el velo. Dijo que todos caeríamos en manos del Custodio. Un muerto regresa a este mundo. ¿Es que no lo ves? Sólo puede hacerlo si atraviesa el velo.

—¿Me estás diciendo que tú estabas tranquilamente sentado y un hombre muerto se acercó a ti y te habló?

Richard la miró ceñudo, pero ella seguía mirando al frente.

—Fue durante una reunión de la gente barro. Yo trataba de hablar con los espíritus de sus antepasados para tratar de averiguar el modo de cerrar el velo, cuando él apareció.

—Ah. Ya veo. —La mujer asintió, con gesto de satisfacción.

—¿Qué es lo que ya ves?

La hermana Verna puso cara de una tolerancia fruto de tener que dar explicaciones a niños.

—¿La gente barro te hizo beber una poción mágica o comer algo antes de ver a los espíritus?

—¡No!

—¿Sólo te sentaste con ellos y viste los espíritus?

—Bueno, no exactamente. Primero hubo un banquete que duró un par de días. Los ancianos comieron y bebieron cosas especiales. Pero yo no. Luego nos pintamos con barro y entramos en la casa de los espíritus con siete ancianos. Nos sentamos en círculo, y los ancianos cantaron un rato. Entonces fueron pasando un cesto, y cada uno cogía un sapo sagrado y se frotaba el limazo del lomo en la piel y...

—Sapos —lo interrumpió la Hermana—. ¿Eran rojos?

—Pues sí. Sapos sagrados rojos.

—Los conozco. —Con una sonrisa, la Hermana dirigió de nuevo la vista al frente—. Te causaban hormigueo en la piel, ¿verdad? Y luego viste a los espíritus.

—Eso es simplificarlo mucho, pero sí, supongo que puede resumirse así. ¿Qué tratas de decirme?

—¿Has viajado mucho por la Tierra Central? ¿Conoces a la mayoría de los pueblos que la habitan?

—No. Yo provengo de la Tierra Occidental. Apenas sé nada de los habitantes de la Tierra Central.

—Comprendo. En la Tierra Central viven muchos pueblos que no conocen la luz del Creador. Estos infieles adoran todo tipo de cosas: ídolos, espíritus, etc. Son salvajes que mantienen costumbres centradas en falsas creencias. En general, todos comparten una misma cosa: usan alimentos o bebidas sagradas para que los ayuden a «ver» a sus «espíritus protectores».

»Por lo visto, la gente barro usa la sustancia que poseen los sapos rojos para tener las visiones de lo que desean ver.

—¿Visiones?

—El Creador ha puesto muchas plantas y animales en este mundo para que los usemos. Su poder trabaja de manera invisible. Por ejemplo, una infusión de corteza de sauce baja la fiebre, y hay muchas cosas que si las comemos nos hacen enfermar o, incluso, pueden matarnos. El Creador nos dio inteligencia para discernirlas. Otras cosas, si las comemos o, como en el caso de los sapos rojos, las frotamos contra la piel, nos hacen ver cosas como cuando soñamos.

»En su ignorancia, los salvajes creen que esas visiones son reales. Esto es lo que te ocurrió a ti. Cuando te frotaste el limazo de un sapo rojo, tuviste visiones, que te parecieron aún más reales por el justo temor que te inspira el Innombrable. Si esos espíritus fuesen reales, ¿por qué sería necesario usar una planta especial, un alimento, una bebida o, en este caso, un sapo rojo, para verlos y hablar con ellos?

»Por favor, no creas que me burlo de ti, Richard. Las visiones pueden parecer muy reales. Cuando uno está bajo su influjo, pueden parecerle más reales que la vida misma. Pero no es más que una ilusión.

Richard se resistía a creer las explicaciones de la Hermana, aunque comprendía de qué estaba hablando. Desde muy niño, Zedd se lo había llevado al bosque para recolectar determinadas plantas con poderes curativos: aum para quitar el dolor y acelerar la cicatrización de pequeñas heridas, o raíz de zarzo para calmar el dolor de heridas más profundas. Zedd le había enseñado qué plantas iban bien para la fiebre, la digestión, los dolores del parto o los mareos, qué plantas debía evitar, cuáles eran peligrosas y otras que provocaban visiones. No obstante, no podía creer que se hubiera imaginado a Rahl el Oscuro.

—Rahl me quemó—. Richard dio golpecitos al vendaje por encima de la camisa—. No pudo ser una visión. Rahl el Oscuro estaba allí, alargó una mano y me quemó la piel. No me lo estaba imaginando.

La Hermana se encogió ligeramente de hombros.

—Pudieron pasar dos cosas: después de frotar el sapo contra tu piel ya no podías ver la sala en la que te encontrabas, ¿verdad?

—Verdad. Es como si hubiera sido absorbida en un oscuro vacío.

—Bueno, la vieras o no, continuaba allí. Estoy segura de que los salvajes habían encendido un fuego. Cuando te quemaste no estabas sentado, sino que estabas de pie, moviéndote, ¿verdad?

—Sí —admitió el joven de mala gana.

La Hermana frunció los labios.

—En el estado en el que te encontrabas, es muy probable que cayeras y te quemaras con una rama del fuego y te imaginaras que el espíritu de Rahl el Oscuro te había quemado.

Richard empezaba a sentirse rematadamente estúpido. ¿Y si la Hermana tenía razón? ¿Podría ser algo tan sencillo? ¿De verdad era tan crédulo?

—Hablaste de dos posibilidades. ¿Cuál es la segunda?

La Hermana cabalgó en silencio unos momentos. Cuando habló, su voz sonó más queda y tenebrosa que antes.

—El Innombrable siempre trata de ganar adeptos. Aunque está aislado por el velo, sus tentáculos pueden llegar hasta nuestro mundo y puede hacernos daño. Es muy peligroso. El lado oscuro siempre es peligroso. Cuando personas ignorantes flirtean con el lado oscuro se exponen al peligro de llamar la atención del Innombrable o de uno de sus secuaces. Es posible que realmente te tocara, que te quemara uno de sus perversos servidores. Existen cosas muy peligrosas, pero la gente es demasiado estúpida para rehuirlas. A veces, esas cosas pueden matar.

»Ése es uno de nuestros trabajos —prosiguió, con voz más animada—: intentar enseñar a quienes aún no han visto la luz del Creador el camino de la Luz para que se aparten de las cosas oscuras y peligrosas.

A Richard no se le ocurría nada que pudiera refutar la versión de lo sucedido de la Hermana. Sus palabras tenían sentido. Si tenía razón, eso significaría que Kahlan no estaba realmente en peligro, que podía considerarse a salvo. Deseaba tanto creer eso. Lo deseaba con desesperación, pero...

—Admito que podrías tener razón, pero sigo sin estar convencido. Hay cosas que no puedo expresar con palabras.

—Lo entiendo, Richard. Resulta duro admitir que nos hemos equivocado. A nadie le gusta admitir que lo han engañado o que ha hecho el ridículo, pues eso duele. Una parte importante de crecer y aprender es ser capaces de defender la verdad ante todo, aunque signifique admitir que hemos albergado ideas estúpidas.

»Por favor, Richard, créeme, no creo que seas ningún estúpido por haber creído eso. Tu miedo es totalmente comprensible. Lo que distingue al sabio es que busca la verdad y admite que siempre puede aprender más de lo que ya sabe.

—Pero todo está relacionado y...

—¿Tú crees? Una persona sabia no engarza las cuentas de unos hechos que no guardan relación alguna para formar una gargantilla con ellas sólo porque desea que estén conectados. Una persona sabia ve la verdad aunque a veces ésta sea inesperada. La gargantilla de la verdad es la más hermosa que podemos llegar a llevar.

—La verdad —masculló Richard para sí. Él era el Buscador de la Verdad, y se suponía que su objetivo era justamente perseguir la verdad. Estaba tejido con alambre de oro en la empuñadura de su espada: la *Espada de la Verdad*. Pero habían sucedido cosas que no le podía explicar a la Hermana con palabras. ¿Cómo podría hacérselas entender? ¿Acaso se estaba engañando a sí mismo?

Entonces recordó la Primera Norma de un mago: la gente estaba dispuesta a creer cualquier cosa, ya fuera porque quería que fuese verdad o porque temía que lo fuera. Ya sabía por experiencia que él no estaba inmunizado contra ello; no estaba inmunizado contra creer en una mentira.

Había creído que Kahlan lo amaba. Había creído que Kahlan jamás haría nada que pudiera hacerle daño. No obstante, lo había apartado de su lado. Richard sintió que se le formaba de nuevo un nudo en la garganta.

—Te estoy diciendo la verdad, Richard. Estoy aquí para ayudarte. —El joven no respondió. No la creía. Como en respuesta a sus pensamientos, la Hermana preguntó—: ¿Y el dolor de cabeza?

La pregunta lo dejó pasmado. No la pregunta en sí, sino la respuesta.

—Pues... ha desaparecido. El dolor de cabeza ha desaparecido por completo.

La hermana Verna sonrió, satisfecha.

—Tal como te prometí, el rada'han te ha quitado el dolor. Sólo queremos ayudarte, Richard.

—También dijiste que el propósito del collar es controlarme —le recordó el joven.

—Así es, para que podamos enseñarte. Es preciso que alguien te controle mientras aprendes. Es para protegerte, Richard.

—Y para hacerme daño. Tú misma dijiste que era para causarme dolor.

La mujer se encogió de hombros y abrió las palmas hacia el cielo, con las riendas entrelazadas en los dedos.

—Acabo de hacerte daño. Te acabo de demostrar que creías algo estúpido. ¿Acaso eso no te ha dolido? ¿No te duele darte cuenta de que estabas equivocado? ¿Pero no es mejor saber la verdad que creer una mentira, aunque duela?

Richard rehuyó la mirada de la Hermana mientras pensaba en la verdad de que Kahlan lo había obligado a ponerse el collar y lo había apartado de su lado. Esa verdad, la verdad de que no era lo suficientemente bueno para ella, le dolía mucho más que cualquier otra cosa.

—Supongo que sí —dijo—. Pero odio llevar este collar. Lo odio.

Estaba harto de tanta charla. El pecho le dolía, y sentía todos los músculos agarrotados. Estaba agotado y echaba de menos a Kahlan. Pero Kahlan lo había obligado a ponerse el collar y lo había mandado lejos. Mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, sintiéndolas como hielo en la piel, dejó que el caballo que montaba y el que iba atado a su silla se quedaran retrasados con respecto al de la Hermana.

Cabalgaba en silencio. Su yegua iba arrancando matas de hierba que masticaba mientras avanzaba lentamente. En general, Richard no permitía que un caballo comiera con el bocado en la boca, pues le impedía masticar correctamente y podría tener un cólico. Más de uno había perdido un buen caballo por culpa de un cólico. Pero, ese día, Richard se limitó a acariciar el cálido cuello del animal y a darle unas palmaditas para tranquilizarlo.

Era agradable tener compañía que no le dijera que era un estúpido, que no lo juzgara ni le exigiera nada. Él jamás haría eso a un caballo. Mejor ser un caballo que una persona: anda, gira, para. Nada más. Mejor ser cualquier cosa que quien era.

Pese a las palabras de la hermana Verna, Richard sabía que no era más que un cautivo. Nada de lo que la Hermana dijera podría cambiar esa verdad.

Si quería recuperar la libertad, tendría que aprender a controlar el don. Tal vez, cuando lo lograra, las Hermanas se darían por satisfechas y lo soltarían. Aunque Kahlan ya no quisiera saber nada de él, al menos sería libre.

Eso era exactamente lo que haría, decidió: aprendería a controlar el don tan deprisa como pudiera, para así poder quitarse el collar y volver a ser libre. Zedd siempre le había dicho que aprendía muy deprisa. Bueno, pues lo aprendería todo. Además, siempre le había gustado aprender, siempre había deseado saber más y más. Nunca tenía bastante. La perspectiva de aprender cosas nuevas lo animó un tanto, pues era algo que le encantaba. Tal vez no sería tan malo estar con las Hermanas. Sabía que podía hacerlo. Además, no le quedaba otro remedio.

Se acordó de cómo Denna lo había entrenado, cómo le había enseñado.

El corazón se le cayó a los pies. Se estaba engañando a sí mismo. Las Hermanas nunca lo dejarían libre. No iba a aprender por el simple gusto de hacerlo ni tampoco lo que deseara aprender, sino que

aprendería lo que las Hermanas de la Luz quisieran enseñarle; y esto no necesariamente tenía por qué ser la verdad. Iban a darle lecciones sobre el dolor. No había esperanza para él.

Mientras cabalgaba, no dejaba de darle vueltas a estos sombríos pensamientos. Él era el Buscador, el portador de la muerte.

Cada vez que mataba a alguien con la *Espada de la Verdad*, sabía que eso era lo que él era. Eso era lo que hacía el Buscador, lo que el Buscador era: el portador de la muerte.

Cuando el cielo empezó a inflamarse con tonalidades rosa, amarillas y doradas, Richard se fijó en unas manchas blancas en la distancia. No era nieve, pues ésta no había cuajado. Además, las manchas se movían. La hermana Verna no comentó nada al respecto; simplemente siguió cabalgando. Por las largas sombras que el sol proyectaba desde atrás, Richard se dio cuenta de que viajaban en dirección este.

Al aproximarse lo suficiente, reconoció las formas blancas que invadían el camino y que se tornaban rosa con los últimos rayos del sol. Era un pequeño rebaño de ovejas. Al pasar entre ellas, vio que los pastores eran bantak por su manera de vestir.

Tres bantak se acercaron a Richard sin hacer caso alguno a la hermana Verna. Farfullaban algo ininteligible, pero sus palabras revelaban algo así como veneración. Los tres se hincaron de rodillas e inclinaron la cabeza, al tiempo que extendían los brazos y apoyaban las manos en el suelo hacia él. Richard puso la yegua al paso y los miró. Los bantak se pusieron de pie y le dirigieron palabras que no pudo entender.

Richard alzó una mano a modo de saludo, lo cual pareció satisfacerlos. Los tres sonrieron e inclinaron la cabeza varias veces más, mientras el joven pasaba por su lado. Los pastores trotaron a su lado e intentaron obligarlo a aceptar todo tipo de cosas: pan, fruta, tiras de cecina, un trapo, una bufanda sucia, colgantes hechos con colmillos, huesos y cuentas e, incluso, sus propios cayados.

El joven forzó una sonrisa y, por señas que le pareció que entenderían, intentó declinar los obsequios sin que se ofendieran. Uno de los tres insistía en regalarle un melón. Como quería evitar problemas, Richard acabó por aceptarlo y se lo agradeció con repetidas inclinaciones de cabeza. Todos parecieron muy orgullosos y no dejaron de saludar con la cabeza hasta que el joven los perdió de vista. Richard les dirigió un último saludo y guardó el melón en la alforja.

La hermana Verna había dado la vuelta a su caballo y esperaba que la alcanzara. Pese a que aguardaba con el entrecejo fruncido, Richard no metió prisa a su caballo, sino que dejó que fuera a su propio ritmo. «A ver qué quiere ahora», se dijo.

Al ponerse por fin a su altura, la Hermana se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Por qué dicen esas cosas?

—¿Qué cosas? No entiendo su idioma.

—Creen que eres un mago. ¿Por qué? ¡Vamos, responde! —exigió, muy irritada.

Richard se encogió de hombros.

—Supongo que es porque yo mismo se lo dije.

—¿Qué? —la hermana se retiró la capucha de la capa—. ¡Tú no eres ningún mago! ¡No tienes derecho alguno de decirles eso! ¡Les mentiste!

—Tienes toda la razón; no soy ningún mago. Y sí, les mentí —replicó Richard, cruzando las muñecas por encima del alto pomo de la silla.

—¡Mentir es un crimen contra el Creador!

—No lo hice para jugar a ser mago —se defendió Richard, tras lanzar un cansino suspiro—. Lo hice para detener una guerra. Era el único modo de impedir que un montón de gente muriera. Funcionó, y nadie salió mal parado. Volvería a hacerlo para evitar muertes.

—Mentir es pecado. El Creador detesta las mentiras.

—¿Ese Creador tuyo prefiere acaso los asesinatos?

La hermana Verna pareció que iba a escupirle fuego.

—Es el Creador de todo el mundo, no solamente el mío. Y odia las mentiras.

—Te lo ha dicho él en persona, ¿verdad? —dijo Richard, tras evaluar por un instante la acalorada expresión de su compañera—. Se acercó a ti, se sentó a tu lado y te dijo: «Hermana Verna, quiero que sepas que odio las mentiras», ¿no es eso?

La Hermana hizo rechinar los dientes y repuso airadamente:

—Pues claro que no. Está escrito en libros.

—Ah, ya. Bueno, entonces seguro que es verdad. Todo el mundo sabe que algo que está escrito y se atribuye a alguien tiene que ser cierto.

—Estás tratando a la ligera las palabras del Creador. —Los ojos de la hermana Verna eran dos ascuas ardientes.

Richard se inclinó hacia ella, y parte de su propia furia afloró para decir:

—Y tú, hermana Verna, tratas a la ligera las vidas de personas a las que consideras infieles.

La mujer se detuvo e hizo un esfuerzo para calmarse un poco.

—Richard, debes aprender que mentir está mal. Muy mal. Va en contra del Creador y en contra de lo que enseñamos. Si tú eres un mago, entonces un niño de tres años es un anciano. Llamarte a ti mismo mago cuando no lo eres es una mentira, una repugnante mentira. Más que eso; una profanación. Tú no eres un mago.

—Hermana Verna, sé perfectamente que mentir está mal. No tengo por costumbre ir por ahí diciendo mentiras, pero, visto en perspectiva, creo que es preferible mentir a que nadie muera. No había otro modo.

La Hermana hizo una profunda inspiración y asintió, con lo que sus rizos castaños se agitaron.

—Tal vez tienes razón, siempre que seas consciente de que mentir está mal. Pero no lo conviertas en una costumbre. No eres ningún mago.

Richard la miró fijamente, agarrando con más fuerza las riendas.

—Sé muy bien que no soy ningún mago, hermana Verna. Sé muy bien quién soy —Richard oprimió las costillas de su montura entre las piernas para azuzar al animal—: soy el portador de la muerte.

Rápida como el rayo, la mano de la Hermana lo agarró por una manga, obligándolo a dar la vuelta sobre su silla. Richard tiró de las riendas y la miró. La mujer tenía los ojos muy abiertos.

—¿Qué acabas de decir? —susurró en tono apremiante—. ¿Cómo te has llamado?

—Soy el portador de la muerte —contestó él, sin inmutarse.

—¿Quién te impuso ese nombre?

Richard estudió la faz cenicienta de la Hermana.

—Sé qué significa llevar esta espada. Sé qué comporta desenvainarla. Lo sé mejor que cualquier otro Buscador que me haya precedido. Es parte de mí, y yo soy parte de ella. Usé la magia de la espada para matar a la última persona que me puso un collar al cuello. Sé en qué me convierte. Mentí a los bantak porque no quería que nadie muriera. Pero había otra razón. Los bantak son un pueblo pacífico, y no quería que aprendieran el horror que supone matar. Yo he aprendido demasiado bien esa lección. Tú mataste a la hermana Elizabeth, por lo que es posible que también lo sepas.

—¿Quién te impuso el nombre de «portador de la muerte»? —insistió la Hermana.

—Nadie. Yo mismo me he llamado así, porque es lo que soy y lo que hago: llevar la muerte.

—Ya veo —replicó la Hermana, soltándole la camisa. Ya empezaba a dar media vuelta a su caballo cuando Richard pronunció su nombre en tono autoritario. La Hermana se detuvo.

—¿Por qué? ¿Por qué esa insistencia en saber quién me impuso el mote? ¿Por qué es tan importante?

La ira de la mujer se había desvanecido, siendo reemplazada por un asomo de temor.

—Ya te lo he dicho. He leído todas las profecías que se guardan en palacio, y hay una que cita literalmente esas palabras: «Él es el portador de la muerte, y así se llamará a sí mismo».

—¿Y qué dice el resto de la profecía? —quiso saber Richard, entornando los ojos—. ¿Dice también que te mataré, así como a cualquier otra persona, para desembarazarme de este collar?

—Las profecías no deben ser vistas ni oídas por personas no preparadas para ello —replicó la Hermana, rehuyendo su mirada.

La hermana Verna azuzó de repente a su montura y la lanzó al galope. Mientras la seguía, Richard decidió cambiar de tema. En realidad, no le interesaban en absoluto las profecías. En lo que a él respectaba, no eran más que acertijos, y Richard odiaba los acertijos. Si era preciso comunicar algo importante, ¿qué sentido tenía expresarlo en forma de un acertijo? Los acertijos no eran más que juegos estúpidos y triviales.

Mientras cabalgaba, se preguntaba a cuántas personas tendría que matar para desembarazarse de ese collar. Una o cien, no importaba. La sangre le hervía con sólo pensar que lo arrastrarían del rada'han como a un perrito. El joven hizo rechinar los dientes, los músculos de la mandíbula se le tensaron y aferró con fuerza las riendas.

El portador de la muerte. Mataría a cuantos hiciera falta. Se libraría del collar o moriría en el intento. La cólera y el ansia de matar invadieron todas las fibras de su ser.

Sobresaltado, se dio cuenta de que estaba conjurando la magia de la espada sin necesidad de desenvainarla. Ya no necesitaba empuñarla para hacerlo. El joven notaba cómo la hormigueante furia de la espada mágica le recorría todo el cuerpo. Haciendo un esfuerzo, la ahogó y procuró calmarse.

Además de despertar la furia y el odio de la espada, también sabía cómo apelar la otra cara: la magia blanca. Las Hermanas no sabían que podía hacerlo. Richard confiaba en que no tendría motivos para enseñárselo, pero, si era necesario, no vacilaría. Fuese del modo que fuese, se quitaría el collar. Para ello usaría una u otra cara de la magia de la espada o ambas. A su debido tiempo. Todo a su debido tiempo.

El crepúsculo se teñía ya con resplandores violeta cuando la hermana Verna decidió hacer un alto para pasar la noche. La mujer se abstuvo de dirigirle la palabra a Richard. Éste ignoraba si seguía enfadada, pero tampoco le importaba.

El joven ató los caballos a corta distancia del improvisado campamento, en una hilera de pequeños sauces que crecían a la orilla de un arroyo, les quitó las bridas y las reemplazó por un cabestro. Su yegua zaina sacudió la cabeza, contenta de verse libre del bocado. Richard comprobó que se trataba de un agresivo bocado curvo; pocos empujaban de manera más cruel.

Richard era de la opinión que las personas que los usaban eran gente que consideraba a los caballos meras bestias que los humanos debían conquistar y controlar. Tal vez esas personas deberían llevar un bocado curvo en la boca, a ver si les gustaba. Un caballo bien enseñado no necesitaba nada más que un bridón articulado. Y, si además de enseñarles se les daba un poco de entendimiento, ni siquiera necesitaban bocado. Seguramente, algunas personas preferían castigar antes que ejercitar la paciencia.

A modo de prueba, Richard alzó una mano para acariciar una oreja del caballo, con la punta negra. La yegua apartó decidida la cabeza de su mano.

—Vaya, vaya —murmuró—, por lo visto también les gusta retorcerte las orejas. Yo no pienso hacerte eso, amiga mía —prosiguió, mientras rascaba el cuello del caballo y le daba palmaditas. El animal lo aceptó de buena gana.

Richard fue a buscar agua al arroyo en un cubo de lona y apenas permitió que los caballos bebieran, pues seguían acalorados. En una de las alforjas encontró cepillos, y se tomó su tiempo para almohazarlos y luego limpiarles los cascos. Tardó más tiempo del necesario porque prefería la compañía de los animales a la de la Hermana.

Al acabar, cortó parte de la corteza del melón que le habían regalado los bantak y ofreció un pedazo a cada caballo. Pocas cosas gustaban más a los caballos que la corteza de melón. Los tres la devoraron

con entusiasmo. Era la primera vez que mostraban entusiasmo por algo. Después de haber visto los bocados que llevaban, a Richard no le extrañaba nada.

Cuando decidió que el pecho le dolía demasiado para seguir de pie, regresó donde la hermana Verna estaba sentada, encima de una pequeña manta, y estiró la suya propia en el suelo frente a ella. Cruzó las piernas y sacó de la mochila un pedazo de torta de pan de tava, más por hacer algo que porque tuviera hambre. Ofreció un poco a la Hermana, y ésta aceptó. Luego partió el melón y reservó la corteza, para después. Asimismo ofreció a la Hermana un pedazo de la fruta.

—Fue entregada bajo engaño —declinó, mirando la fruta con frialdad.

—Fue una muestra de agradecimiento por haber impedido una guerra.

—Es posible. —Finalmente, la hermana Verna cedió de mala gana.

—Si quieres, yo me ocupo de la primera guardia —sugirió el joven.

—No es necesario.

Richard la estudió en la penumbra mientras masticaba un trozo del jugoso melón.

—Por la Tierra Central rondan canes corazón y otras bestias. Además, podría atraer a otro aullador. Creo que sería más sensato hacer guardias.

La mujer arrancó con las manos un trozo de pan de tava sin alzar la vista.

—Conmigo estás seguro. No hay necesidad de hacer guardias.

La mujer hablaba con voz monótona. No sonaba enfadada, pero casi. Richard comió en silencio un rato, tras lo cual decidió tratar de alegrar un poco el ambiente.

—Yo estoy aquí, y tú estás aquí —dijo, fingiendo una animación que no sentía—. Llevo el rada'han. ¿Y si me empiezas a enseñar a controlar el don?

—Habrá tiempo de sobra para enseñarte cuando estemos en el Palacio de los Profetas.

Pareció que, de repente, el aire se enfriaba. La cólera de Richard se inflamó. La furia de la espada gritaba ser liberada, pero Richard la contuvo.

—Como quieras —replicó.

—Hace frío —dijo la hermana Verna, mientras se estiraba sobre la manta y se abrigaba con la capa—. Enciende una hoguera.

Richard se llevó el último pedazo de pan de tava a la boca y esperó a habérselo tragado antes de replicar con suavidad. Los ojos de la mujer lo observaban.

—Me sorprende que no sepas más de magia, hermana Verna, concretamente dos palabras mágicas que obran milagros. Son dos palabras capaces de lograr mucho más de lo que imaginas. Son las palabras «por favor». Yo no tengo frío. Si quieres un fuego, enciéndelo tú misma. Yo voy a hacer la guardia. Ya te dije antes que no me fío de nada. Si nos matan por la noche, no será antes de que yo dé la alarma.

El joven le volvió la espalda sin esperar respuesta. No quería oír nada de lo que la mujer pudiera decirle. Tras alejarse una buena distancia por la hierba seca, halló un montículo de tierra alrededor de la guarida de una marmota y se dejó caer sobre él para vigilar. Y también para pensar.

Era una noche de luna. Ésta lo contemplaba fijamente desde lo alto y arrojaba una pálida luz plateada sobre el vacío paisaje que lo rodeaba. Esa luz le bastaba para ver sin tener que esforzarse. Richard inspeccionó la desierta campiña mientras rumiaba. Por mucho que tratara de pensar en otras cosas, era inútil. Sólo podía pensar en una: Kahlan.

Después de enjugarse algunas lágrimas, dobló las rodillas y se las abrazó. Se preguntaba qué estaría haciendo ella, dónde estaba y si lograría reunirse con Zedd. Se preguntaba si aún le importaba lo suficiente para intentarlo.

La luna se desplazaba despacio por el cielo, bañándolo en su luz. ¿Qué iba a hacer? Se sentía perdido.

En su mente dibujó el rostro de Kahlan. Hubiera conquistado el mundo sólo para ver cómo le sonreía y para regocijarse en la calidez de su amor. Richard estudió la faz de la mujer en su mente, se imaginó sus ojos verdes y su hermoso cabello.

Entonces recordó el mechón de pelo que Kahlan le había metido en el bolsillo. Lo sacó y lo contempló a la luz de la luna. Era un mechón que había trenzado y sujetado por el centro con una cinta de su vestido de boda, y recordaba un ocho girado de costado. Asimismo era el símbolo del infinito.

Richard hizo rodar el mechón entre los dedos índice y pulgar, y lo contempló mientras giraba. Kahlan se lo había dado para que la recordara. Era un recuerdo de ella. Porque nunca más volvería a verla. Un dolor desgarrador le impedía respirar.

Aferró el agiel lo más fuerte que pudo, hasta que la muñeca empezó a temblarle por el esfuerzo. El dolor combinado del agiel y de la pena que le desgarraba el corazón se convirtieron en un ardiente tormento. Richard dejó que distorsionara su percepción hasta que no lo pudo soportar por más tiempo, y entonces siguió aguantando y aguantando hasta desplomarse en la base del montículo de tierra, apenas consciente.

Jadeaba, tratando de respirar. El dolor había borrado de un plumazo todos los pensamientos de su mente. Aunque sólo por breves minutos, su mente se había visto libre de la angustia. Richard se quedó tendido en el suelo mucho rato, recuperándose.

Cuando al fin fue capaz de volverse a incorporar, se dio cuenta de que tenía aún entre los dedos el mechón de cabello. Se quedó mirándolo a la luz de la luna, recordando que la hermana Verna le había reprochado haberle dicho a los bantak una mentira. Una repugnante mentira. Ésas habían sido las mismas palabras que había empleado Kahlan; lo había acusado de que su amor por ella no era más que una repugnante mentira. Esas palabras le dolían más que el agiel.

—No es una mentira —musitó—. Yo haría cualquier cosa por ti, Kahlan.

Pero no era suficiente. Ponerse el collar no era suficiente. Él no era suficiente. Era el hijo de un monstruo. Ahora sabía qué quería Kahlan, lo que realmente quería.

Quería librarse de él.

Quería que se pusiera el collar para que se lo llevaran lejos y así ser libre.

—Yo haría cualquier cosa por ti, Kahlan —sollozó.

Se levantó y pasó la mirada por la vacía pradera. El oscuro horizonte rilaba, convertido en una mancha desdibujada.

—Cualquier cosa —repitió—. Incluso esto. Te dejo libre, amor mío.

Richard cayó de rodillas y luego de bruces al suelo, sollozando. Lloró y lloró hasta que ya no le quedaron más lágrimas. Se quedó tumbado en el frío suelo, gruñendo de dolor hasta que se dio cuenta de que seguía asiendo el agiel. Lo soltó y al fin se incorporó. Exhausto, se apoyó contra el montículo de tierra.

Había acabado; *finito*. Se sentía vacío, muerto.

Tras un rato se puso en pie y, lentamente, desenvainó la *Espada de la Verdad*.

Su vibración sonó como una suave melodía en el frío aire. Junto con el acero brotó la furia, que llenó el vacío interior de Richard y lo poseyó por completo. El joven dio la bienvenida a esa rabia, se sumergió en ella, dejándose invadir. Respiraba agitadamente con el ansia de matar.

Su mirada se deslizó hacia donde dormía la Hermana.

Al aproximarse a ella en silencio, vio la forma oscura de su cuerpo. Richard era un experto guía de bosque y sabía ser muy sigiloso.

Mientras se movía con soltura, sus ojos examinaban con cuidado el suelo así como la forma dormida de la hermana Verna. No se apresuró. No había necesidad de ello. Tenía todo el tiempo que necesitaba. El joven trató de respirar más despacio para no hacer ruido, pues la devoradora furia que lo invadía lo hacía jadear.

La idea de que llevaba otra vez un collar alimentó el furioso fuego que ardía en su interior, avivando el infierno.

La furia de la espada mágica le abrasaba todo el cuerpo como si por sus venas circulara metal fundido. Richard reconoció perfectamente esa sensación y se entregó a ella. Estaba más allá de todo lo razonable. Nada podría detenerlo. Nada, excepto el derramamiento de sangre, satisfaría al portador de la muerte.

Aferraba con tanta fuerza la empuñadura que sus nudillos estaban blancos. Sus músculos se mantenían al límite de la tensión, esperando dolorosamente ser liberados. Pero no los contendría mucho tiempo más. La magia de la *Espada de la Verdad* clamaba cumplir la voluntad de Richard.

Como una silenciosa sombra, bajó la mirada hacia la hermana Verna. La rabia le martilleaba la cabeza. El joven se pasó el filo del acero por la parte interior del antebrazo y tiñó ambos lados con su sangre, dando al acero lo que le reclamaba. La mancha oscura se fue deslizando por la caña y goteó por la punta. Richard notó su sangre húmeda y cálida en el brazo. Respiraba agitado cuando aferró la empuñadura con ambas manos.

Sentía el peso del collar alrededor del cuello. El filo se alzó, resplandeciente a la luz de la luna.

Richard miró a la Hermana, dormida a sus pies casi hecha un ovillo. Tenía frío y temblaba en el sueño. El joven se quedó allí, con la espada en lo alto, mirándola con dientes rechinantes y temblando con un poderoso anhelo. Kahlan no lo amaba. El hijo de un monstruo.

No. Monstruo por él mismo. Richard se vio a sí mismo de pie junto a la mujer dormida, la espada en el aire, presta para ser descargada.

Él era el monstruo.

Así lo veía Kahlan y lo había enviado lejos de ella, con un collar en el cuello, para que lo torturaran. Porque era un monstruo al que debía acollararse. Una bestia.

Las lágrimas le corrían por la cara. Despacio, la espada fue descendiendo hasta que la punta tocó el suelo. El joven se quedó mirando fijamente a la Hermana que, dormida, temblaba de frío. Así permaneció mucho tiempo.

Finalmente, en silencio, volvió a guardarse la espada en la funda, fue a coger su manta, tapó con ella a la hermana Verna y la arropó bien, procurando no despertarla. Entonces se sentó y la contempló hasta que dejó de temblar, tras lo cual se echó él mismo y se abrigó con la capa.

Aunque estaba exhausto y todo el cuerpo le dolía, no lograba conciliar el sueño. Sabía que las Hermanas iban a hacerle daño; justamente para eso era el collar. Cuando llegaran al palacio, lo torturarían.

En el fondo, ¿qué más daba?

Los recuerdos atravesaban raudos su mente, recuerdos de lo que Denna le había hecho. Recordaba perfectamente todo el sufrimiento y el dolor, la sensación de sentirse impotente y la sangre, su sangre.

Las visiones se prolongaron. Mientras viviera jamás podría olvidarlo. Apenas había acabado toda esa tortura, cuando ya volvía a empezar de nuevo. Nunca habría un final.

En su agitada mente un solo pensamiento lo consolaba: la hermana Verna le había asegurado que el Custodio jamás podría escapar, lo que significaba que Kahlan se hallaba a salvo. Eso era lo único realmente importante. Richard trató de olvidar todo lo demás y concentrarse en ese pensamiento. Finalmente, pudo dormirse.

19

Cuando abrió los ojos, el sol apenas asomaba por el horizonte. Al incorporarse sintió tal dolor en la quemadura que se quedó sin respiración. Se apretó el vendaje por encima de la camisa y oprimió hasta que el dolor remitió. Los efectos residuales del agiel lo habían dejado como si hubiera recibido una sarta de palos. Le dolía todo el cuerpo. Richard recordó cuando Denna lo «entrenaba» con el agiel y cómo se sentía mucho peor al despertar, porque sabía que todo empezaría de nuevo.

La hermana Verna estaba sentada con las piernas cruzadas encima de su manta y lo miraba mientras masticaba algo. Llevaba la capa sobre los hombros, con la capucha bajada. Su cabello castaño rizado parecía recién cepillado.

La mujer había doblado primorosamente la manta de Richard y la había colocado junto al lugar donde el joven dormía. No hizo comentario alguno al respecto. Richard se puso de pie, se tomó un momento para recobrar el equilibrio y estiró sus doloridos y agarrotados músculos. El cielo era de un azul sin nubes, frío y profundo. La hierba despedía un olor dulzón y estaba húmeda por el rocío. Su aliento se tornaba vapor en contacto con el quieto y gélido aire.

—Voy a ensillar los caballos y nos pondremos en marcha —dijo Richard.

—¿Quieres comer algo?

—No. No tengo hambre.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —inquirió la Hermana, sin alzar la vista. El joven tenía todo el brazo y la mano cubiertos de sangre oscura seca.

—Estaba puliendo la espada. No había luz, y me corté. No es nada.

—Ya veo. —La Hermana lo miró. Richard se rascaba el mentón, cubierto por una barba de tres días—. Espero que tengas más cuidado cuando te afeites el cuello.

En ese mismo instante, Richard decidió que mientras lo mantuvieran cautivo con el collar no se afeitaría. Sería su modo de proclamar que ese collar era injusto, que sabía que no era más que un prisionero y que no se creía sus falaces aseveraciones en sentido contrario. Nada justificaba que encadenaran a alguien con un collar, y esa verdad básica no admitía concesiones. Ninguna.

—Los prisioneros no se afeitan —dijo Richard a la Hermana, lanzándole una airada mirada. Acto seguido dio media vuelta y echó a andar hacia los caballos.

—Richard. —El joven miró por encima del hombro—. Richard, siéntate. —La voz de la mujer sonaba suave, pero su mirada no lo era. Señaló el suelo frente a ella y repitió—: Siéntate. He estado pensando en lo que dijiste. Tú estás aquí, y yo también. Siéntate y empezaré a enseñarte cómo controlar el don.

—¿Ahora? ¿Aquí? —Las palabras de la Hermana lo habían cogido por sorpresa.

—Sí. Acércate y siéntate.

Richard no deseaba aprender a usar el don. Odiaba la magia. La noche anterior lo había sugerido sólo para reducir la tensión. El joven lanzó frenéticas miradas alrededor antes de, finalmente, sentarse con las piernas cruzadas imitando a la Hermana.

—¿Qué debo hacer?

—Debes aprenderlo todo sobre el don. Tendrás que aprender cómo mantener un equilibrio en todas las cosas, muy especialmente con la magia. Tendrás que escuchar todas nuestras advertencias y hacer lo que te digamos. El uso de la magia es peligroso. Supongo que ya lo habrás comprobado al emplear la *Espada de la Verdad*, ¿no? —En vista de que Richard no decía nada, prosiguió—: Usar el don entraña un peligro mayor, pues puede tener resultados inesperados. Resultados que pueden llegar a ser desastrosos.

—Ya he usado el don. Tú misma dijiste que lo usé de tres modos concretos.

—Y mira qué ha pasado. Tuvo resultados inesperados: que acabaras con un collar alrededor del cuello.

Sorprendido, Richard la miró fijamente.

—Eso no es el resultado de usar el don. Tú misma dijiste que me estabais buscando. Si no hubiera usado el don, el resultado habría sido el mismo.

La hermana Verna sacudió lentamente la cabeza, con los ojos prendidos en los de Richard.

—Hacía años que te buscábamos, pero algo te ocultaba de nosotras. Si no hubieras usado el don como lo hiciste, dudo de que hubiéramos podido localizarte. Ahora llevas ese collar porque usaste el don.

Años. Llevaban años buscándolo. Todo el tiempo que había vivido apaciblemente en la Tierra Occidental, primero con su padre, su hermano y Zedd, y luego solo como guía del bosque, ellas trataban de encontrarlo sin que él lo sospechara. La idea le daba escalofríos. Él mismo había atraído el infortunio al usar la magia. ¡Cómo odiaba la magia!

—Aunque convengo que para mí ha sido desastroso, ¿por qué para vosotras? Es lo que queríais.

—Debíamos hacerlo. Pero tú me has amenazado a mí y a cualquiera que mantenga ese collar alrededor de tu cuello, es decir, a todas las Hermanas de la Luz. No tengo por costumbre tomarme a la ligera las amenazas de un mago, aunque sea un mago en ciernes, como tú. El uso que hiciste del don, aunque nos permitió encontrarte, podría haber causado un desastre.

Richard no sintió satisfacción alguna por el hecho de que sus amenazas no hubieran caído en saco roto. No sentía nada de nada.

—¿Y por qué estáis haciendo esto? —susurró—. ¿Por qué me obligáis a llevar un collar?

—Para ayudarte. De otro modo habrías muerto.

—Ya me habéis ayudado. Los dolores de cabeza han desaparecido, y os doy las gracias por ello. ¿Puedo marcharme?

—Si te quitáramos el collar demasiado pronto, antes de que aprendieras a controlar el don, los dolores pronto regresarían, y morirías.

—Entonces enséñame a librarme de él.

—Debemos ser muy precavidas al enseñar magia. Debes tener paciencia en tus estudios. Nosotras somos precavidas porque conocemos mejor que tú los peligros de la magia y queremos evitar que te ocurra algo malo por ignorancia. Pero por ahora eso no es problema, pues llevará su tiempo antes de que avances lo suficiente para usar realmente el don y corras ciertos riesgos, siempre y cuando sigas nuestras indicaciones. ¿Tendrás paciencia?

—No albergo deseo alguno de usar la magia; supongo que eso podría interpretarse como que tengo paciencia.

—De momento, basta. Vamos a empezar. —La Hermana se sentó más cómodamente—. En el interior de todos nosotros hay una fuerza, la fuerza de la vida, a la que denominamos han. —Richard frunció el entrecejo—. Levanta el brazo. —El joven obedeció—. Ésta es la fuerza de la vida, que nos ha sido otorgada por el Creador. La llevas en tu interior; acabas de usar tu han. Las personas que poseen el don son capaces de proyectar esa fuerza fuera de sí mismos. Esa fuerza externa se denomina red. Los poseedores del don, como tú, tienen la capacidad de tejer una red. Con la red pueden hacerse cosas fuera del cuerpo, del mismo modo que la fuerza vital puede hacerlas dentro del cuerpo.

—¿Cómo es eso posible?

La hermana Verna cogió un guijarro entre los dedos.

—Mira, mi mente está usando han para que mi mano levante la piedra. La mano no hace la acción motu propio, sino que es mi fuerza vital, dirigida por la mente, la que ejecuta las órdenes. —La Hermana soltó el guijarro y cruzó las manos en su regazo. La piedra se quedó flotando en el aire entre ellos—.

Acabo de hacer lo mismo, pero esta vez lo he hecho proyectando la fuerza vital fuera del cuerpo. Eso es el don.

—¿Puedes hacer lo mismo que un mago?

—No, sólo algunas cosas. Así es como podemos enseñar a usar el don, porque comprendemos cómo se siente. Las Hermanas poseen un cierto control sobre la fuerza vital y el don, aunque no es nada comparado con el control del han que tiene un mago.

—¿Cómo proyectas la fuerza vital fuera del cuerpo?

—No podré explicártelo hasta que aprendas a reconocer la fuerza dentro de ti mismo, hasta que aprendas a tocar tu han.

—¿Por qué?

—Porque cada persona es distinta. Cada persona usa el han de modo distinto. No hay dos personas iguales en eso. El amor es una forma de han que se proyecta fuera de uno mismo hacia otro. No obstante, es una forma muy débil y moderada. Aunque el amor es algo universal, todos lo usamos y lo sentimos de modo muy distinto. Algunos lo usan para sacar fuera lo mejor de sí mismos, mientras que otros lo emplean para controlar y dominar a los demás. Puede curar o herir.

»Una vez que comprendas cómo funciona el don dentro de ti, cómo lo usas, podremos enseñarte mediante ejercicios. Esos ejercicios te ayudarán a aprender a controlar el poder una vez que salga de tu cuerpo. Pero, por ahora, eso es irrelevante. Primero tienes que aprender a sentir el han dentro de ti antes de poder proyectarlo fuera de tu cuerpo.

»Cuando ya seas capaz de tocar el han, tendremos que descubrir qué puedes hacer con él. Cada mago es distinto y usa su han de un modo diferente. Algunos sólo pueden usarlo a través de la mente, como los magos que se dedican a estudiar las profecías. En ellos, el don se manifiesta permitiéndoles utilizar el han para comprender las profecías. Es su talento único y especial. Otros usan su han para crear objetos bellos que sirven de inspiración; así es como expresan su han. Otros pueden emplear sus pensamientos para influir en el mundo que los rodea, como acabo de hacer yo con el guijarro. Otros hacen otras cosas con su han, y unos cuantos son capaces de hacer un poco de todo.

»En esto la verdad es esencial, Richard —prosiguió con gesto grave—. Es preciso que seas totalmente sincero cuando nos digas cómo sientes el han en tu interior, pues si mientes pueden surgir graves dificultades. Pero, para descubrir qué tipo de mago eres —añadió, ya más relajada—, primero debes aprender a llamar a tu han.

—Ya te lo he dicho: no quiero ser mago. Sólo quiero aprender a controlar el don para poner fin a los dolores de cabeza y librarme del collar. Dijiste que no tenía que ser un mago para eso.

—Ser mago significa ser capaz de controlar el han con el don. Ésa es la esencia de un mago. Pero «mago» no es más que una palabra. No deberías temer a una palabra. Si decides no usar el don, es cosa tuya, no podemos obligarte, pero no te librarás de ser mago.

—Enséñame lo que debo saber, pero no pienso ser mago.

—Ser mago no tiene nada de malo, Richard. Consiste sólo en conocerte a ti mismo, tus capacidades y tus talentos.

—Perfecto —repuso Richard, lanzando un suspiro—. Así pues, ¿cómo hago para controlarlo?

—Enseñar a controlar el don es un proceso que debe hacerse paso a paso. No te lo puedo explicar de golpe, porque serías incapaz de asimilarlo. Hasta que no domines un paso no puedes pasar al siguiente.

»Antes de que podamos enseñarte a proyectar el han fuera de ti, primero debes reconocerlo y luego ser capaz de tocarlo, fundirte con él dentro de ti. Tienes que saber qué es y ser capaz de sentirlo. Debes aprender a llegar a él y a tocarlo siempre que quieras. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, más o menos. Pero ¿qué es? ¿Cómo lo reconoceré? ¿Qué se siente al reconocerlo y tocarlo?

Los ojos de la hermana Verna adoptaron una mirada vaga y distante.

—Lo reconocerás —susurró—. Es como ver la luz que irradia del Creador. Es casi como fundirse con Él.

Richard observó la mirada vidriosa de la mujer. Parecía embelesada por lo que veía dentro de ella misma.

—¿Y cómo lo encuentro? —preguntó, al fin.

—Tienes que buscarlo dentro de ti mismo —contestó la Hermana, posando de nuevo los ojos en él.

—¿Cómo?

—Tienes que sentarte y simplemente buscar. Deja de lado cualquier otro pensamiento y busca la quietud, la calma en el interior de tu ser. Al principio resulta de ayuda cerrar los ojos, respirar lenta y acompasadamente y buscar la paz de la nada. Concéntrate en una sola cosa para poder excluir todos los pensamientos que pudieran distraerte.

—¿Una sola cosa? ¿Como qué?

La Hermana se encogió de hombros.

—Lo que quieras. No es más que una estrategia para conseguir un fin, no el fin en sí mismo. No hay dos personas iguales. Algunas se sirven de una palabra que repiten sin cesar, dejando de lado todo lo demás. Otras se imaginan un objeto y así se concentran. Después, cuando ya hayas aprendido a reconocer el poder, a tocarlo y a fundirte con él, no necesitarás concentrarte de este modo. Conocerás la naturaleza de tu han y podrás acceder a él directamente. Será como tu segunda naturaleza. Sé que ahora suena extraño y complicado, Richard, pero con el tiempo te será tan fácil como ahora lo es conjurar la magia de tu espada.

Richard tenía la incómoda sensación de que todo eso lo sabía ya. Casi entendía lo que estaba diciendo la Hermana. Las palabras sonaban extrañas, pero describían algo que le resultaba familiar y distinto al mismo tiempo.

—Así pues, ¿quieres que me siente, cierre los ojos y busque mi paz interior?

—Eso es. —La hermana Verna se arrebujó en su pesada capa marrón—. Puedes empezar.

—Muy bien —repuso Richard, con un suspiro.

Al cerrar los ojos fue como si sus pensamientos se dispersaran en todas direcciones. Trató de ahuyentarlos e imaginarse una palabra o una imagen en la que concentrarse. Lo primero que se le ocurrió fue el nombre de Kahlan. Richard dejó que fluyera por su mente como un líquido. Pero enseguida rechazó la idea, pues odiaba su magia y no quería asociar a Kahlan con nada que odiase. Además, recordarla sólo le causaba dolor, el dolor de amarla lo suficiente para darle lo que quería, para alejarse de ella.

Entonces trató de pensar en palabras u objetos sencillos, pero ninguno le interesaba bastante. Richard calmó su mente y relajó la respiración, mientras buscaba su paz interior, un centro de calma tal como había hecho siempre que buscaba la solución a un problema. En la quietud trató de pensar en una imagen que le sirviera. Dicha imagen brotó en su mente de modo casi espontáneo.

La *Espada de la Verdad*.

Como se trataba de una espada mágica, no la contaminaría. Era una imagen simple y cumplía las condiciones necesarias. Sí, estaba decidido: sería la *Espada de la Verdad*.

Richard se la imaginó flotando en un fondo negro y visualizó los detalles que tan bien conocía: la hoja pulida con la caña en el centro, las agresivas guarniciones con caída hacia atrás, la empuñadura cubierta por un delgado hilo de plata entrelazado con otro hilo de oro que formaban las letras en relieve de la palabra *«Verdad»*.

Mientras se la imaginaba e intentaba fijarla en su mente flotando sobre un fondo negro, algo se le resistió. No era la espada, sino el fondo. Alrededor del borde negro aparecía el color blanco, que convertía el negro en un cuadrado. Richard recordaba haberlo visto antes.

Era una de las instrucciones del *Libro de las Sombras Contadas*, el libro que se había aprendido de memoria cuando apenas era un adolescente. *Deja la mente en blanco e imagínate el color blanco con un*

cuadrado negro en el centro. Era un extracto de las instrucciones para levantar las tapas de las cajas del Destino y usar la magia del libro. Richard había usado esa magia para enseñar a Rahl el Oscuro cómo quitar la tapa de una caja y así demostrarle que realmente conocía el contenido del libro. Pero ¿por qué lo recordaba justo ahora? Seguramente no era más que un recuerdo enterrado que afloraba a su consciencia.

Pero era un fondo tan bueno como cualquier otro para imaginarse la espada. Después de todo, estaba tratando de usar magia. Si su mente quería usarlo, adelante; él no lo impediría. Al pensarlo, la imagen de la espada y del fondo con un cuadrado negro rodeado de un borde blanco se solidificó y se quedó quieta.

Richard se concentró con todas sus fuerzas en la imagen mental de la espada sobre el fondo del cuadrado negro con borde blanco. Algo empezó a ocurrir.

La espada, el cuadrado negro y el borde blanco empezaron a titilar, como si los viera a través de ondas de calor. La espada perdía poco a poco su forma sólida, se hacía transparente y, de pronto, desapareció. El fondo también se disolvió. De pronto contemplaba un lugar que conocía.

Era el Jardín de la Vida en el Palacio del Pueblo.

A Richard le extrañó y le irritó no ser capaz de mantener la concentración lo suficiente para conservar en su mente la imagen de la espada. Seguramente, el recuerdo del lugar en el que matara a Rahl el Oscuro era tan poderoso que se había abierto paso por sí solo en su mente cuando estaba relajado.

Iba a tratar de recuperar la imagen de la espada cuando olió algo. Carne quemada. El hedor le explotó en la nariz y a punto estuvo de hacerle vomitar. Sentía el estómago revuelto.

Richard rastreó la imagen del Jardín de la Vida. Era como mirar a través de la luna sucia de una ventana. Había cuerpos tendidos sobre los bajos muros, caídos, ocultos parcialmente, entre los matorrales y despatarrados sobre el césped. Todos ellos habían sufrido espantosas quemaduras. Algunos empuñaban armas, espadas o hachas de guerra en puños carbonizados. Otros yacían con las manos abiertas, y sus armas permanecían donde habían ido a parar cuando sus poseedores cayeron muertos. El pecho de Richard se llenó de un temor que le impedía respirar.

Entonces vio la espalda de una resplandeciente figura blanca de pie delante del altar de piedra, frente a las tres cajas del Destino. Una de las cajas estaba abierta, tal como Richard recordaba. La figura blanca de pelo largo y rubio alzó la cabeza.

Rahl el Oscuro dio media vuelta y miró directamente a Richard a los ojos. Sus ojos azules relucían, y sus labios esbozaron despacio una sonrisa. Richard se sintió irremediablemente atraído hacia él, cada vez más cerca de esa cara que le sonreía.

Rahl el Oscuro se llevó una mano a la boca y se lamió las yemas de los dedos.

—Richard —siseó—, te estoy esperando. Ven a mirar cómo rasgo el velo.

Sin aliento, Richard desterró la imagen de la espada a lo más profundo de su mente como quien cierra una puerta de golpe. La mantuvo inmóvil allí, renunciando al fondo, mientras trataba de respirar.

«No es más que un pensamiento enterrado y mi miedo lo que me hace ver esa imagen», se dijo. Richard se concentró en la espada mientras decidía que eso no había sido real, sino una manifestación de la profunda pena que sentía por Kahlan, además de la falta de sueño.

Sí, era eso. No podía haber sido real. Era imposible. Tendría que estar loco para creer que era real.

Al abrir los ojos, se encontró con que la hermana Verna estaba sentada tranquilamente, observándolo. La mujer lanzó un fuerte suspiro, que el joven tomó por una expresión de decepción.

—Lo siento. No ha pasado nada —se disculpó.

—No te desanimes, Richard. No esperaba que pasara nada. Cuesta mucho aprender a tocar el han. Sucederá cuando tenga que suceder; es imposible precipitar las cosas. Y tampoco es bueno forzarlas. Lo encontrarás cuando halles tu paz interior. Por hoy es suficiente.

—¿Unos pocos minutos son suficientes? ¿No quieres que vuelva a intentarlo?

—Llevas con los ojos cerrados más de una hora —replicó la Hermana, enarcando una ceja.

Richard la miró fijamente, tras lo cual alzó los ojos hacia el sol. Éste parecía haber dado un salto en el firmamento. Más de una hora. ¿Cómo era eso posible? Un cosquilleo de aprensión le recorrió todo el cuerpo.

—¿Creíste que habían pasado sólo unos minutos? —inquirió la hermana Verna, ladeando la cabeza.

Richard se puso de pie. No le gustaba el ceño de la mujer.

—No sé —contestó—. No prestaba atención. Supongo que sí que ha sido una hora.

El joven empezó a guardar las pocas cosas que había sacado para pasar la noche. Cuanto más pensaba en lo que había visto, menos real le parecía. Era como un sueño al despertar, el miedo, la nitidez, la realidad y cómo se había desvanecido. Empezó a sentirse estúpido por haberse dejado asustar tanto por un sueño.

¿Un sueño? Pero si no estaba durmiendo. ¿Cómo podía soñar si estaba despierto?

Tal vez no estaba despierto. Se sentía terriblemente cansado. Quizá cuando estaba allí sentado tratando de concentrarse en la espada, se había quedado dormido. A veces le había ocurrido; podía concentrarse en algo hasta que se dormía. Era lo único que podía explicar por qué el tiempo había transcurrido tan rápidamente. Había estado dormido; todo lo que había visto era un sueño.

El joven lanzó un fuerte suspiro. Se sentía muy tonto por haberse asustado tanto, pero también se sentía aliviado. Al volverse, la hermana Verna seguía observándolo.

—¿Te afeitarás ahora? ¿Después de demostrarte que mi único deseo es ayudarte?

—Te lo repito: los prisioneros no se afeitan —repuso Richard, poniéndose derecho.

—No eres ningún prisionero, Richard.

—¿Me quitarás el collar? —preguntó, mientras guardaba la manta en su mochila y la apretaba por las puntas para que cupiese.

—No. —La Hermana tardó en responder, pero cuando lo hizo su tono fue de firmeza—. Sólo a su debido tiempo.

—¿Puedo marcharme e irme donde desee?

La mujer soltó un suspiro de impaciencia.

—No. Debes acompañarme.

—¿Y si no lo hago, y si trato de dejarte?

La Hermana entornó los ojos levemente.

—En ese caso, me vería obligada a impedírtelo. Y descubrirías que no te gusta nada.

Richard asintió con gesto solemne.

—Todo lo que dices encaja con lo que yo considero un prisionero. Mientras sea un prisionero, no pienso afeitarme.

Al aproximarse a los caballos, éstos relincharon y alzaron las orejas hacia él. La hermana Verna los observó con recelo. Richard les devolvió el saludo con palabras amables y rascándoles con firmeza el cuello. Luego sacó los cepillos y almohazó rápidamente a cada uno de ellos, dedicando especial atención a los lomos.

—¿Por qué haces eso? Ya los cepillaste anoche —dijo la hermana Verna, contemplándolo de brazos cruzados.

—Porque a los caballos les gusta revolcarse en la tierra y podrían tener algo donde va la silla. Es como caminar por ahí con una china en el zapato, aunque peor; podría causarles una llaga y entonces no podríamos montarlos. Así pues, prefiero echarles un vistazo antes de ensillarlos. —Al acabar, limpió los cepillos golpeándolos unos contra otros.

»¿Cómo se llaman? —preguntó.

—No tienen nombre. Son sólo caballos. ¿Qué sentido tiene bautizar a unos estúpidos animales? —replicó la Hermana con gesto agrio.

Richard señaló con la almohaza al caballo castaño castrado.

—¿Ni siquiera has puesto nombre al tuyo?

—No es mío. Todos pertenecen a las Hermanas, de la Luz. Monto el que está disponible. La yegua que montaste ayer es la que yo montaba antes de que te vinieras conmigo, pero da lo mismo. Simplemente monto el que está disponible.

—Bueno, pues desde ahora tendrán nombres. De este modo se evitan confusiones. El tuyo, el castaño, se llamará Jessup; mi yegua será Bonnie; y la otra yegua Geraldine.

—Jessup, Bonnie y Geraldine —resopló la Hermana—. No hay duda de que has sacado esos nombres de *Las Aventuras de Bonnie Day*.

—Me alegra oír que has leído otras cosas aparte de profecías, hermana Verna.

—Como ya te he dicho, los poseedores del don son llevados a palacio cuando aún son niños. Uno de ellos trajo *Las Aventuras de Bonnie Day*, y yo lo leí para comprobar si era apropiado para las mentes jóvenes y si contenía buenas enseñanzas morales. Me pareció una historia ridícula sobre tres personas a las que les habría ido mucho mejor si al menos una de ellas hubiese tenido un poco de cerebro.

—En ese caso, son nombres perfectos para unos «animales estúpidos» —comentó Richard en tono de mofa.

Pero la Hermana no estaba para bromas.

—Era un libro totalmente carente de valor intelectual, y lo destruí.

La sonrisa de Richard quiso desaparecer, pero éste no lo permitió.

—Mi padre... bueno, el hombre que me crió como a su hijo y al que me gusta considerar mi padre, George Cypher, bueno, viajaba muy a menudo. Una vez, de regreso a casa me trajo *Las Aventuras de Bonnie Day* como regalo por haber aprendido a leer. Fue el primer libro que tuve. Lo leí muchas veces; me encantaba y cada vez que lo leía me hacía pensar. Yo también creía que los tres héroes hacían cosas imprudentes y que luego siempre juraban no caer en los mismos errores. Es posible que a ti te pareciera un libro sin valor alguno, pero a mí me enseñó muchas cosas, cosas importantes. Me enseñó a pensar. Tal vez, hermana Verna, eso es algo que prefieres que tus estudiantes no aprendan.

»El otoño pasado, mi padre real, Rahl el Oscuro, se presentó en mi casa para buscarme —continuó explicando Richard, mientras se alejaba de ella y cogía las bridas—. Pretendía abrirme el vientre para leer mis entrañas. Justo así fue como mató a George Cypher. —El joven le lanzó un vistazo por encima del hombro—. Sea como sea, no estaba en casa en ese momento y, mientras esperaba, destrozó ese libro y esparció las páginas por todas partes. Tal vez no quería que aprendiera ninguna de las lecciones que contiene, ni tampoco que pensara por mí mismo.

La hermana Verna nada repuso, pero Richard sentía sus ojos posados en él mientras separaba las riendas y desataba las cabezadas y las riendas de los frenos. Una vez desmontadas, guardó las cabezadas y se colgó las riendas sobre el hombro.

—No pienso llamar a los caballos por ningún nombre —dijo la Hermana en voz baja y airada.

Richard apiló los tres bocados sobre la tierra que los caballos habían pisoteado.

—Tal vez quieras reconsiderar tu postura, hermana Verna.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué has desmontado las bridas? ¿Qué haces con esos bocados? —preguntó la Hermana, señalando al suelo y colocándose donde Richard pudiera verla.

Richard desenvainó la espada. Su característico sonido metálico vibró en el aire frío y claro. Al instante, la furia de la espada lo invadió.

—Destruirlos, Hermana.

Antes de que la mujer pudiera reaccionar, Richard lanzó un grito de rabia y descargó la espada con fuerza. La punta silbó en el aire. La hoja convirtió los tres bocados en pedazos de metal caliente que salieron disparados.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó la Hermana, corriendo hacia él tan rápido que la capa le ondeaba a la espalda—. ¡Necesitamos los bocados para controlar a los caballos!

—Ese tipo de bocados son muy crueles. No permitiré que los uses.

—¡Crueles! ¡Pero si son unas estúpidas bestias! ¡Bestias que hay que controlar!

—Bestias —masculló el joven, al tiempo que meneaba la cabeza y volvía a enfundar la espada. Ató el cabestro a Bonnie y empezó a sujetar las riendas a los anillos laterales—. No es necesario un bocado para controlar a un caballo. Yo te enseñaré cómo. Además, sin el bocado en la boca pueden comer mientras viajamos, y así estarán más contentos.

—¡Pero es peligroso! Sin los bocados no hay modo de manejar a una bestia testaruda.

El joven enarcó una ceja.

—Con los caballos, al igual que con muchas otras cosas, Hermana, uno recibe lo que espera recibir.

—Sin bocados, no tendremos control alguno.

—Tonterías. Si montas correctamente, controlas al caballo con las piernas y el cuerpo. Sólo tienes que enseñar al caballo a prestar atención y a confiar en ti.

La Hermana se aproximó a él, reclamando su atención.

—¡Eso es una estupidez! ¡Y además peligroso! Ahí fuera acechan peligros. Si caes en una situación peligrosa, y el caballo se asusta, podría desbocarse. Sin el bocado es imposible detener a un caballo fuera de control.

Richard dejó lo que estaba haciendo y clavó la mirada en sus vivos ojos marrones.

—A veces, Hermana, conseguimos justo lo contrario de lo que pretendemos. Si realmente te encuentras en una situación peligrosa y, por nerviosismo, tiras con demasiada fuerza del bocado, podrías desgarrar la boca del caballo. Si eso ocurre, el dolor, el terror y la furia pueden ser tan intensos que el animal no responda. No comprendería qué quieres. Lo único que sabría es que le has hecho daño, y que cada vez que tiras de las riendas le haces más. Tú serías la amenaza y te desmontaría en un abrir y cerrar de ojos.

»Luego, si simplemente está asustado, saldrá corriendo. Pero, si está enfadado, la cosa pinta más negra. Un caballo enfadado es muy peligroso; tratando de evitar un peligro, te has expuesto a otro. —El joven mantuvo la asombrada mirada de la Hermana—. Si llegamos a una aldea o a una ciudad en la que podamos encontrar un bridón articulado, dejaré que lo uses. Pero, mientras sigamos juntos, no voy a permitir que le pongas a un caballo un bocado curvo.

La mujer inspiró hondo y fue soltando el aire lentamente, al tiempo que volvía a cruzar los brazos.

—Richard, no podremos controlarlos sin bocado. Es así de simple.

—Claro que podremos —la contradijo el joven, dirigiéndole una sonrisa de soslayo—. Yo te enseñaré. Lo peor que puede pasar si tu montura no lleva bocado es que eche a correr contigo encima y te cueste un poco pararlo, pero más pronto o más tarde lo frenarás. Del otro modo, tanto tú como el caballo corréis el riesgo de salir heridos o acabar muertos.

»Lo primero es hacerte amiga de ellos —prosiguió, rascándole a Bonnie el cuello—. Los caballos tienen que confiar en que no les harás daño ni permitirás que les ocurra nada malo mientras estés al mando. Si eres su mejor amiga, no permitirán que te pase nada. Harán lo que les ordenes.

»Es de una sencillez sorprendente; todo lo que debes hacer es mostrarles un poco de respeto y amabilidad, y otro poco de mano dura. Si van a ser amigos tuyos, necesitan nombres para llamarles la atención y así saber cuándo te diriges a ellos.

Richard rascó a la yegua con un poco más de fuerza, y el animal se recostó contra él.

—¿Verdad que tengo razón, Bonnie? Eres una buena chica. Pues claro que sí. A Jessup le encanta que le rasquen debajo de la barbilla. ¿Por qué no pruebas? Demuéstrale que quieres ser su amiga. —Richard le dirigió una sonrisa muy seria—. Te guste o no, Hermana, ya no tenemos bocados, y tendrás que aprender a hacerlo a mi manera.

La hermana Verna le lanzó una fría mirada. Al fin, descruzó los brazos y se dirigió al caballo castaño. Se quedó frente a él un momento y luego empezó a acariciarle un lado de la cabeza, hasta que movió la mano debajo de la barbilla y se la rascó.

—Muy bien, buen chico —dijo en tono inexpresivo.

—Tal vez creas que los caballos son estúpidos porque no entienden lo que les decimos, pero sí que entienden el tono de voz. Si quieres que te crea, al menos tendrás que fingir que eres sincera.

—Eres una bestia estúpida —dijo con voz almibarada la mujer, alzando la mano y frotándole el cuello—. ¿Contento? —espetó por encima del hombro.

—Lo estaré mientras seas amable con él. Tienes que ganarte su confianza. Los caballos no son tan tontos como crees. Mira cómo está; no confía en ti. A partir de ahora tú te ocuparás de Jessup: atenderás todas sus necesidades. Es preciso que dependa de ti para todo y confíe en ti. Yo cuidaré a Bonnie y a Geraldine. Tú tendrás que cepillar a Jessup al desmontar cada noche y antes de volver a montarlo por la mañana.

—¿Yo? ¡Ni hablar! Yo estoy al mando aquí. Tú eres perfectamente capaz de cepillar a los tres, y lo harás.

—Esto no tiene nada que ver con quién está al mando. Entre otras cosas, almohazar a los caballos sirve para crear un vínculo entre jinete y animal. Ya te lo he dicho, ahora que no tenemos bocados tienes que hacerlo a mi manera. Tendrás que aprender por tu propia seguridad. —Richard le tendió unas riendas y le dijo—: Tensa el ronzal y sujeta esto a este anillo de aquí.

Mientras la Hermana obedecía sus indicaciones, Richard cortó a trozos pequeños la corteza de melón que le había sobrado.

—Háblale. Llámalo por su nombre y dale a entender que te gusta. No importa qué le digas, si quieres describe qué estás haciendo, pero procura que suene como si fuese importante para ti. Si es necesario, finge; trátalo como si fuera uno de tus muchachos.

La mujer le lanzó una airada mirada por encima del hombro, pero, cuando se volvió para seguir sujetando las riendas, empezó a hablar al caballo en voz baja para que Richard no la oyera. Lo único que sabía el joven era que hablaba en tono suave. Al acabar, le tendió algunos trozos de la corteza de melón.

—A los caballos les encanta. Dale un trozo y dile que es un buen chico. Se trata de que cambie de actitud con respecto a las riendas. Dale a entender que será una experiencia agradable, y no como cuando llevaba el bocado que tanto odiaba.

—Agradable —repitió la mujer en tono inexpresivo.

—Pues claro. No tienes que demostrarle todo el daño que puedes causarle para conseguir que te obedezca. Eso es contraproducente. Tú sé firme, pero amable. Se trata de que te lo ganes con amabilidad y comprensión, aunque no seas sincera, en vez de utilizar la fuerza.

La sonrisa de Richard se desvaneció, y la miró echando fuego por los ojos. Entonces se inclinó hacia ella y le dijo:

—Deberías ser capaz de hacerlo, hermana Verna; a mí me parece que se te da muy bien. Trátalo del mismo modo que me tratas a mí.

La atónita expresión de la Hermana se endureció.

—Juré por mi vida llevarte conmigo al Palacio de los Profetas. Pero, me temo que cuando al fin te vean, me colgarán por cumplir con mi deber.

Dicho esto, dio media vuelta y ofreció la corteza de melón al impaciente caballo, mientras lo acariciaba y lo animaba dándole maternales palmadas.

—Muy bien, buen chico. ¿Te gusta, Jessup? Eres un buen caballo.

Hablaba con voz llena de compasión y ternura. Al caballo parecía gustarle, pero Richard sabía que no era sincera. No confiaba en ella y quería que lo supiera. No le gustaba que nadie creyera que se dejaba engañar tan fácilmente. El joven se preguntó si su actitud hacia él cambiaría ahora que sabía que Richard no se había tragado el cuento.

Según Kahlan, la hermana Verna era una hechicera. Richard no tenía ni idea de lo que era capaz, pero en la casa de los espíritus había notado la red que había tejido alrededor. También había visto el fuego que encendió con una orden mental. La noche anterior podría haber encendido fácilmente una hoguera sin pedirle a Richard que lo hiciera. El joven estaba convencido de que, si quería, podría partirlo por la mitad con su han.

Sólo estaba tratando de ganárselo, de que se acostumbrara a cumplir sus órdenes sin pensar. Era como adiestrar a un caballo, o a una «bestia», que era como consideraba ella a los caballos. Richard dudaba de que tuviera más respeto por él que por los caballos.

En vez de controlarlo con un bocado, le había puesto el rada'han alrededor del cuello, lo que era mucho peor. Pero ya se libraría de él a su debido tiempo. Aunque Kahlan se hubiera desentendido de él y lo hubiera enviado lejos, se desharía de ese collar.

Mientras la hermana Verna trataba de hacerse amiga de Jessup, Richard empezó a ensillar los caballos.

—¿Está muy lejos el Palacio de los Profetas?

—Tenemos un largo y difícil viaje por delante en dirección sudeste.

—Bueno, entonces tendremos tiempo más que suficiente para que aprendas a manejar a Jessup sin bocado. Ya verás cómo te costará menos de lo que piensas. Jessup se postergará y seguirá a Bonnie. Bonnie es el caballo dominante.

—El macho es el dominante.

—El puesto más alto en la jerarquía siempre lo ocupa una yegua —repuso Richard, ensillando a Bonnie—. Las madres enseñan y protegen a los potros y conservan esa influencia toda la vida. No hay semental que una yegua no sea capaz de intimidar y ahuyentar. Las yeguas pueden expulsar a cualquier semental del grupo. El semental ahuyentará a un depredador, pero una yegua lo perseguirá y tratará de matarlo. Un macho siempre se somete a la autoridad de la yegua dominante. Bonnie es la yegua dominante. Jessup y Geraldine la seguirán e imitarán su comportamiento. Así pues, yo iré en cabeza. Tú sígueme y todo irá bien.

—La viga del salón principal. Es la más alta. Así todo el mundo me verá —dijo la Hermana, mientras montaba a su caballo.

—¿De qué estás hablando?

—La viga del salón principal. Probablemente de allí es de donde me colgarán —contestó ella, solemne.

—Puedes elegir, Hermana —repuso Richard, montando a su vez a Bonnie—. No tienes por qué llevarme allí.

La hermana Verna suspiró.

—Sí que tengo que hacerlo. Richard —añadió, dirigiéndole su mirada más amable y considerada, que al joven le pareció muy convincente pero algo forzada—, yo sólo deseo ayudarte. Quiero ser tu amiga. Creo que ahora mismo tienes gran necesidad de tener una amiga.

—Es una oferta muy amable, Hermana —replicó Richard, que hervía por dentro—, pero debo rechazarla. Me parece que no te lo piensas mucho antes de clavar en la espalda de tus amigos ese estilete que guardas en la manga. ¿Te importó al menos un poco quitarle la vida a la hermana Elizabeth, a tu compañera y amiga? No lo pareció. No pienso darte ni mi amistad, ni tampoco la espalda, Hermana.

»Si realmente quieres ser amiga mía, te aconsejo que estés dispuesta a demostrarme tu amistad cuando te lo pida. Cuando llegue el momento, sólo tendrás una oportunidad. En este asunto, no hay

tonalidades grises. O somos amigos o enemigos. Un amigo no pone un collar alrededor del cuello de un amigo ni lo mantiene prisionero. Cuando decida que ha llegado el momento, pediré a mis amigos que me ayuden. Quienes traten de detenerme no serán amigos míos, sino enemigos mortales.

La hermana Verna sacudió la cabeza y azuzó a Jessup, mientras seguía a Richard.

—La viga del salón principal —iba diciendo la Hermana—. Seguro que no me libro.

20

En sus oídos resonaban los latidos de su propio corazón. Pugnando por controlar su aterrorizada respiración, se agachó detrás del grueso tronco de un viejo pino y se aplastó contra la basta corteza. Si las Hermanas habían descubierto que las estaba siguiendo...

El aire oscuro y húmedo le llegaba a los pulmones en inspiraciones irregulares. Sus labios se movían dirigiendo silenciosas plegarias al Creador en las que le suplicaba protección. Con unos ojos tan abiertos como platos, clavó la vista en la oscuridad y tragó saliva para intentar humedecerse la garganta.

La figura oscura se deslizaba silenciosamente hacia ella. La Hermana la divisó apenas cuando asomó por el borde de un árbol. Haciendo un esfuerzo reprimió el impulso de gritar y echar a correr, y se dispuso a la lucha. Buscó en su interior la dulce luz y abrazó su han.

La sombra se aproximó aún más, vacilando, buscando. Un paso más, sólo uno, y saltaría. Tendría que hacerlo bien para asegurarse de que no daba la alarma. También tendría que ser rápida y lanzar al unísono diferentes tipos de redes. Pero, si era precisa y veloz, no sonaría grito alguno ni alarma, y sabría con toda certeza quién era. La Hermana contuvo la respiración.

Finalmente, la figura oscura dio un paso más. La mujer saltó desde detrás del árbol y lanzó las redes. Cordones de aire tan fuertes como sogas de amarre se arrollaron alrededor de la figura. Justo cuando ésta abría la boca, la mujer le lanzó un sólido nudo de aire que lo amordazó antes de poder lanzar el grito.

La Hermana hundió los hombros, aliviada, al comprobar que había evitado cualquier sonido, pero el corazón aún le latía desbocado y jadeaba. Con esfuerzo, logró recuperar su calma mental, aunque sin dejar escapar su han por miedo a confiarse demasiado, pues podrían rondar otras figuras. Entonces inspiró hondo y dio un paso hacia la figura inmovilizada. Cuando estaba lo suficientemente cerca para sentir su aliento en el rostro, extendió una palma hacia arriba y en el centro liberó un hilo de fuego que prendió una diminuta llama, justo lo necesario para ver la cara de la figura.

—¡Jedidiah! —susurró. La Hermana presionó su mano contra la nuca del joven, y sus dedos palparon el liso y frío metal del rada'han. Entonces inclinó su frente contra la del joven mientras cerraba los ojos. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Oh, Jedidiah, me has dado un susto de muerte.

La mujer abrió los ojos y contempló la aterrorizada faz iluminada por la diminuta llama, que titilaba.

—Ahora te libero —susurró suavemente—, pero tienes que guardar silencio. ¿Me lo prometes?

El joven asintió tan bien como pudo considerando que estaba inmovilizado. La Hermana retiró las redes así como la mordaza de aire. Jedidiah dejó caer los hombros, aliviado.

—Hermana Margaret —susurró, con voz trémula—, me has asustado tanto que casi me lo hago encima.

La mujer rió en silencio.

—Lo siento, Jedidiah. Tú también.

La hermana Margaret cortó el hilo de han que alimentaba la pequeña llama, y ambos se dejaron caer al suelo, se recostaron el uno contra el otro y trataron de recuperarse del susto. Pese a ser varios años más joven que ella, Jedidiah era más alto y corpulento y muy atractivo. Dolorosamente atractivo, en opinión de la hermana.

Él le había sido asignado cuando llegó a palacio y ella era todavía una novicia. Jedidiah estaba ansioso por aprender y había estudiado muy duro. Desde el primer día había sido un encanto. Margaret

sabía que otros eran difíciles, pero Jedidiah no. Él había obedecido siempre. Ella sólo tenía que decirle que hiciera algo, y él lo hacía de mil amores.

Algunos opinaban que Jedidiah se mostraba más ansioso por complacerla a ella que por complacerse a sí mismo en lo que hacía, pero nadie podía negar que era el mejor estudiante y que se estaba convirtiendo en el mejor mago, y eso era todo lo que importaba. Lo que importaba eran los resultados, no los medios, y Margaret había ascendido rápidamente a la categoría de Hermana de pleno derecho por su labor con él.

Jedidiah se había sentido más orgulloso que ella misma cuando fue ordenada Hermana de la Luz. Ella también estaba orgullosa de él; probablemente era el mago más poderoso que había conocido Palacio en mil años.

—Margaret —musitó el joven—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Hermana Margaret —lo corrigió ella.

—No hay nadie cerca. —Jedidiah le besó una oreja.

—Para ya —rezongó la Hermana. El beso le produjo un cosquilleo que le recorrió toda la columna vertebral; el joven había añadido una brizna de magia a ese beso. A veces Margaret deseaba no habérselo enseñado, pero otras suspiraba por que lo hiciera—. Jedidiah, ¿qué haces tú aquí? ¿Por qué has seguido a una Hermana fuera de palacio?

—Te traes algo entre manos, lo sé. No trates de convencerme de que no. Y es algo peligroso. Al principio sólo estaba un poco preocupado, pero, al darme cuenta de que te encaminabas al bosque Hagen, me asusté mucho por ti. No voy a dejar que rondes sola por un lugar tan peligroso como éste. No sin que yo esté a tu lado para protegerte.

—¿Protegerme, dices? —susurró la Hermana, con severidad—. ¿Debo recordarte lo que acaba de suceder? Te dejé indefenso en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera pudiste defenderte contra una sola de mis redes; no pudiste romper ninguna. Apenas eres aún capaz de tocar tu han, y mucho menos usarlo con efectividad. Tienes mucho que aprender antes de ser suficiente mago para ir por ahí protegiendo a alguien. De momento, ya tienes suficiente con no tropezar con tus propios pies.

El reproche lo silenció. A Margaret no le gustaba reprenderlo con tanta dureza, pero, si lo que sospechaba era cierto, era un asunto demasiado peligroso para que él se involucrara. Temía por él y no quería que le pasara nada malo.

Las cosas que había dicho no eran del todo verdad. Jedidiah era ya más poderoso que cualquier Hermana, en las raras ocasiones en las que ejecutaba correctamente todos y cada uno de los pasos. Pero algunas Hermanas ya no se atrevían a presionarlo demasiado. Margaret sintió cómo Jedidiah apartaba la mirada.

—Lo siento, Margaret —susurró—. Temía por ti.

La mujer sintió una punzada en el corazón al oír su tono dolido. Acercó la cabeza a la suya para seguir hablando en quedos susurros.

—Lo sé, Jedidiah, y me conmueve. De veras que sí. Pero éste es un asunto de las Hermanas.

—Margaret, el bosque Hagen es un lugar muy peligroso. En él habitan bestias que podrían matarte. No quiero que estés aquí.

En efecto, el bosque Hagen era un lugar muy peligroso. Lo había sido durante miles de años y así lo seguía siendo por decreto de Palacio. Como si pudieran hacer algo para impedirlo.

Se decía que el bosque Hagen era el campo de entrenamiento de un tipo de mago muy especial. Ese tipo de mago no era enviado allí, sino que iba por voluntad propia, porque quería, porque lo necesitaba y algo lo atraía irremisiblemente.

Pero no se trataba más que de un rumor. Margaret no conocía a ningún mago que se dedicara a pasear por ese bosque, al menos ninguno en los últimos mil años. Y quizá ninguno lo había hecho nunca. Según las leyendas, en tiempos muy remotos existían magos de ese tipo, poseedores de mucho poder, que

se internaban en el bosque Hagen. También se decía que pocos volvían a salir. Pero, incluso en ese lugar, existían normas.

—El sol no se ha puesto mientras estaba aquí. Vine después de anochecer. Si no te encuentras en el bosque Hagen al atardecer, puedes salir de él, y yo no pienso quedarme aquí hasta el siguiente ocaso. Estoy relativamente segura. Pero tú no. Quiero que regreses ahora mismo.

—¿Qué puede ser tan importante que te impulse a aventurarte aquí? ¿Qué estás haciendo? Espero una respuesta, Margaret. Una respuesta sincera. No admitiré que me des excusas. Corres peligro, y quiero ayudarte.

La Hermana tocó la flor de oro, delicadamente trabajada, que llevaba al cuello prendida en una cadena. Jedidiah la había hecho para ella no con magia, sino con sus propias manos. Era una campanilla que representaba su despertar a la conciencia del don, un despertar que ella había propiciado. Esa pequeña flor de oro era la más preciada posesión de Margaret.

La Hermana le cogió la mano y se recostó contra él.

—Muy bien, Jedidiah, te lo diré. Pero hay cosas que debo callarme. Correrías un grave peligro, si lo supieras todo.

—¿Por qué? ¿Por qué es demasiado peligroso para decírmelo?

—Calla y escucha, o te mando de vuelta a palacio ahora mismo. Y sabes que puedo hacerlo.

—Margaret, tú no harías eso —replicó el joven mago, tocando el collar—. Dime que no lo harías, no después de haber sido...

—¡Silencio! —Jedidiah enmudeció. La Hermana aguardó un momento para estar segura de que iba a permanecer callado antes de continuar—. Hace tiempo que sospecho que algunos de los poseedores del don que se han marchado o muerto, en realidad, han sido asesinados.

—¿Qué?

—¡Habla en voz baja! —susurró la Hermana en tono airado—. ¿Quieres que también nos maten a nosotros? —De nuevo, el joven enmudeció—. Creo que algo horrible sucede en el Palacio de los Profetas. Creo que algunas de las Hermanas los asesinaron.

—¿Asesinados? ¿Por las Hermanas? —Jedidiah la miró fijamente en la oscuridad—. Margaret, tienes que estar loca para atreverte a sugerir tal cosa.

—No lo estoy. Pero todo el mundo me tomaría por tal si lo dijera en voz alta entre los muros de palacio. Tengo que hallar el modo de demostrarlo.

—Bueno, yo te conozco mejor que nadie —dijo Jedidiah, tras quedarse un momento pensativo—, y si tú dices que es cierto, te creo. Te ayudaré. Tal vez podríamos desenterrar los cuerpos, encontrar alguna prueba que contradiga la versión oficial o, incluso, a alguien que haya visto algo. Podríamos interrogar discretamente a los criados. Conozco a algunos que...

—Jedidiah, hay algo peor.

—¿Qué podría ser peor que eso?

Margaret sostuvo la flor de oro contra la yema de un dedo y frotó el pulgar contra ella. Cuando habló, lo hizo en tono más bajo que antes.

—Hay Hermanas de las Tinieblas en palacio.

Aunque no podía verlo en la oscuridad, supo que al joven se le había puesto carne de gallina en los brazos. Alrededor de ellos chirriaban insectos nocturnos. La Hermana observaba el oscuro contorno de su cara.

—Margaret... Hermanas de las... No puede ser. No existen. Son sólo un mito... una leyenda.

—No son ninguna leyenda. Hay Hermanas de las Tinieblas en palacio.

—Margaret, te lo ruego, no digas eso. Podrían ejecutarte por lanzar una acusación como ésa. Si acusas a una Hermana de servir a las Tinieblas y no puedes demostrarlo, te condenarían a muerte. Y no puedes probarlo, porque no existen. No existen Hermanas de las...

El joven mago ni siquiera podía pronunciar esas palabras. La sola idea lo asustaba tanto que no podía expresarla en voz alta. Margaret conocía su temor. Ella misma lo sentía, pero se había topado con cosas ante las cuales no podía cerrar los ojos. Ojalá no hubiera ido nunca a ver al Profeta esa noche o, al menos, no lo hubiera escuchado.

La Prelada se había enfadado porque Margaret no quiso transmitir el mensaje del Profeta a una de sus ayudantes. Cuando, finalmente, le había concedido audiencia, se había limitado a clavar en ella unos ojos de mirada vacua y a preguntar qué significaba eso del «guijarro en el estanque». Margaret lo ignoraba. La Prelada le había echado un rapapolvo por molestarla con las tonterías de Nathan. Para acabarlo de rematar, el Profeta había afirmado que no recordaba haber enviado mensaje alguno a la Prelada.

—Ojalá fuera como tú dices, pero no es así. Son reales. Están entre nosotras. Viven en palacio. —La Hermana contempló un momento la oscura sombra del joven—. Por eso es por lo que estoy aquí. Para conseguir la prueba.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Las he seguido hasta aquí. Han venido al bosque Hagen para hacer algo. Y yo voy a averiguar el qué.

Jedidiah giró la cabeza en todas direcciones, escrutando la oscuridad.

—¿Quiénes? ¿Qué Hermanas son? ¿Las conoces?

—Sí. Algunas, al menos.

—¿Quiénes son?

—Jedidiah, no puedo decírtelo. Si lo supieras y cometieras el más mínimo error... no podrías defenderte de ellas. Si estoy en lo cierto y, realmente, son Hermanas de las Tinieblas, te matarían sólo por saberlo. No puedo soportar la idea de que podrían hacerte daño. Antes de decírtelo debo ir a la oficina de la Prelada con la prueba.

—¿Cómo sabes que son Hermanas de las... ¿Y qué prueba tienes?

Margaret escudriñó la oscuridad en busca de señales de peligro.

—Una de las Hermanas tiene algo. Es un objeto de magia negra. Se lo vi en su despacho. Se trata de una estatuilla. Me fijé en ella porque esa Hermana posee todo tipo de objetos antiguos, que todo el mundo cree que sólo son reliquias. La había visto antes y, como el resto de las demás cosas, estaba cubierta de polvo.

»Pero un día, después de que uno de los muchachos muriera, fui a su despacho para hablar con ella de su informe. La estatuilla estaba oculta en una esquina detrás de un libro, y ya no estaba cubierta de polvo. Estaba limpia.

—¿Y sólo es eso? Una Hermana saca el polvo a una estatua y tú crees que...

—No. Nadie sabe qué es esa estatua. Después de ver que le había sacado el polvo, tenía razones para preguntarme de qué se trataba. Tuve que ser muy precavida para que nadie supiera qué información buscaba, pero al fin la hallé.

—¿Cómo? ¿Cómo averiguaste qué era?

La Hermana recordó su visita a Nathan y que había jurado que jamás revelaría quién le había dicho qué era esa estatuilla.

—Eso da igual. No te incumbe.

—Margaret, pero ¿cómo...?

—Te repito que no pienso decírtelo —lo atajó la mujer—. Además, no tiene importancia. Lo importante es que sé qué es esa estatua, no cómo lo supe. Representa a un hombre que sostiene en alto un cristal. Ese cristal es quillion.

—¿Quillion?

—Se trata de un tipo de cristal mágico muy poco común. Absorbe todo el poder de un mago hasta dejarlo seco.

Jedidiah se quedó mudo un momento por la sorpresa.

—Si es tan poco común, ¿cómo sabes que es quillion? ¿Cómo pudiste reconocerlo? Tal vez no es más que un cristal parecido.

—Quizá, si no hubiera sido usado. Cuando el quillion se usa para extraer la magia de un mago, resplandece con luz naranja por el poder de su don, de su han. Cuando ya me iba, vislumbré la estatua escondida tras el libro; el quillion irradiaba un resplandor naranja. Entonces no sabía qué era. Cuando lo descubrí, regresé para llevárselo a la Prelada como prueba, pero ya no brillaba.

—¿Qué quiere decir eso? —susurró Jedidiah en tono de temor.

—Significa que el poder del mago había pasado del cristal a una persona. Un huésped. El quillion actúa sólo como recipiente del poder hasta que éste es transmitido a otra persona. Jedidiah, creo que las Hermanas están matando a poseedores del don y se lo roban para quedárselo ellas. Creo que están absorbiendo ese poder.

—¿Además del que ya poseen? ¿Crees que ahora poseen también el poder del don de mago? —inquirió, con voz trémula.

—Sí. Y eso las hace mucho más peligrosas y más poderosas de lo que imaginamos. Eso es lo que más me asusta: no que me ejecuten por acusar a una Hermana de ser una Hermana de las Tinieblas, sino que ellas me descubran. Si realmente están absorbiendo el poder, no sé qué podría detenerlas. Ninguno de nosotros sería rival para ellas. Pero necesito una prueba si quiero que la Prelada me crea. Tal vez ella sabrá qué hacer. Yo, desde luego, no.

—Lo que no comprendo es cómo las Hermanas absorben el don contenido en el quillion. El don de un mago, su han, es masculino, mientras que las Hermanas son mujeres. Es imposible que una mujer capte el han masculino. Si fuera tan sencillo, simplemente lo absorberían mientras matan a los magos. Si de verdad absorben en ellas el han masculino, no entiendo cómo pueden hacerlo. ¿Y qué haces aquí, en el bosque?

La hermana Margaret cruzó los brazos para protegerse de un frío interior, aunque el aire era cálido.

—¿Recuerdas el otro día cuando Sam Weber y Neville Ranson completaron todas las pruebas y se les iba a quitar el collar para que pudieran abandonar el palacio?

—Sí. —Jedidiah asintió en la oscuridad—. Me decepcioné mucho, porque Sam había prometido que vendría a decirme adiós y a mostrarme que realmente ya no llevaba el rada'han. Quería desearle buena suerte después de convertirse en un verdadero mago. Pero no vino. Luego supe que se había marchado por la noche, para evitar las despedidas lacrimógenas. Pero Sam era amigo mío, una persona muy amable y un sanador; no es propio de él marcharse de ese modo, sin decirme adiós. Me dolió que no se despidiera de mí. Yo quería desearle buena suerte.

»Lo asesinaron.

—¿Qué? —Jedidiah flaqueó—. Oh, querido Creador, no. —La voz se le quebró por el llanto—. ¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

La Hermana le puso una mano sobre el hombro para consolarlo y explicó:

—El día después de que, al parecer, se marchara de modo tan precipitado, sospeché que algo terrible había pasado. Quise comprobar si el quillion relucía de nuevo, pero la puerta estaba protegida.

—Eso no demuestra nada. Todas las Hermanas protegen sus alcobas o sus despachos en ocasiones. Tú misma lo haces cuando no quieres que nadie te moleste, por ejemplo, cuando estamos solos.

—Lo sé. Pero quería ver el quillion, por lo que esperé detrás de una esquina hasta que la Hermana se acercó a su despacho. Calculé el tiempo y salí de mi escondite, de modo que justo pasé por delante de la puerta cuando ella entraba. Antes de que la cerrara, pude echar un vistazo al despacho a oscuras y vi la estatuilla sobre el estante, detrás del libro. Brillaba con luz naranja. Lo siento, Jedidiah.

—¿Quién era? ¿Qué Hermana? —preguntó el joven mago, bajando el tono de voz por la ira.

—No pienso decírtelo, Jedidiah. No hasta que pueda mostrarle a la Prelada la prueba. Es demasiado arriesgado.

—Si ese cristal es realmente quillion y puede demostrar qué es esa Hermana, ¿por qué no lo ha ocultado mejor? —preguntó Jedidiah, tras un momento de reflexión.

—Tal vez porque creía que era imposible que alguien lo reconociera. Tal vez porque no tiene miedo y no se molesta en ser más cuidadosa de lo que cree estrictamente necesario.

—¿Por qué no volvemos, rompemos el escudo, cogemos esa maldita cosa y se la llevamos a la Prelada? Puedo romper el escudo. Sé que puedo.

—Yo misma iba a hacerlo esta noche. Regresé al despacho, pero ya no estaba protegido con un escudo. Entré a hurtadillas para coger la estatua, pero había desaparecido. Entonces vi cómo la Hermana en cuestión abandonaba palacio acompañada por otras, y las seguí hasta aquí.

»Si puedo robarle el quillion mientras aún brilla, podré demostrar que son Hermanas de las Tinieblas. Tengo que detenerlas antes de que arrebaten otra vida. Jedidiah, están cometiendo asesinatos, y lo peor es que me temo que conozco el motivo.

El joven lanzó un débil suspiro.

—Muy bien. Pero yo voy contigo.

—No —protestó la mujer, hablando entre dientes—, tú te vuelves.

—Margaret, te amo. Si me envías de vuelta para que me muera de preocupación, nunca te perdonaré. Yo mismo iré a la Prelada y le expondré la acusación para que te mande ayuda. Aunque pueden ejecutarme por hacer esa acusación, sé que levantaría sospechas y quizá la alarma. Sólo de ese modo podré ayudarte. O me permites que vaya contigo o iré a ver a la Prelada, te prometo que lo haré.

Margaret sabía que Jedidiah decía la verdad; él siempre cumplía sus promesas. Todos los magos poderosos lo hacían. La Hermana se arrodilló, se inclinó hacia él y le echó los brazos al cuello.

—Yo también te quiero, Jedidiah.

Margaret lo besó apasionadamente, mientras él también se ponía de rodillas para estar a su altura. Las manos del joven se introdujeron bajo su vestido y le agarraron las nalgas, al tiempo que la atraía hacia sí. El contacto de esas manos en su carne le arrancó a la mujer un suave gemido. Los cálidos labios de Jedidiah le besaron el cuello y luego la oreja, produciéndole mágicos cosquilleos. Con una rodilla separó las piernas de la mujer, ganando así un acceso para las manos. Ella ahogó una exclamación al sentirlas.

—Vayámonos juntos de aquí —le susurró Jedidiah al oído. —Volvamos a palacio, protege tu alcoba y te daré más hasta que chilles. Podrás chillar cuanto quieras, y nadie te oirá.

Margaret lo empujó lejos de sí y le apartó las manos de debajo del vestido. El joven estaba quebrando su resistencia, y la Hermana tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para frenarlo. Jedidiah estaba usando su magia para seducirla y alejarla del peligro y así salvarla. Margaret sabía que si lo dejaba continuar un segundo más, no podría detenerlo.

—Jedidiah —dijo en un áspero susurro. Jadeaba—, por favor, no me obligues a recurrir al collar para frenarte. Esto es demasiado importante. Hay vidas en juego. —Jedidiah trató de abrazarla de nuevo, pero la mujer le envió una descarga de poder a través de sus manos hacia las muñecas del joven. Entonces, le apartó las manos con firmeza.

—Lo sé, Margaret. Tu vida es una de las que está en juego. No quiero que nada malo te ocurra. Te quiero más que a nada en el mundo.

—Jedidiah, esto es más importante que mi vida. Las vidas de todos están en peligro. Creo que el Innombrable tiene algo que ver con todo esto.

El joven mago se quedó helado.

—No lo dirás en serio.

—¿Por qué crees que esas Hermanas anhelan el poder? ¿Para qué lo necesitan? ¿Por qué están dispuestas a matar por él? ¿Con qué fin? ¿A quién crees que sirven las Hermanas de las Tinieblas?

—Quiera el Creador que te equivoques —susurró Jedidiah lentamente. Alzó las manos hasta sujetarla por los hombros y preguntó—: Margaret, ¿quién más lo sabe? ¿A quién se lo has dicho?

—Sólo a ti, Jedidiah. Conozco a cuatro o quizás a cinco Hermanas de las Tinieblas, pero hay otras y no sé quiénes son. Ya no sé en quién puedo confiar. Esta noche he seguido a once hasta aquí, pero podrían ser más.

—¿Qué me dices de la Prelada? Tal vez no deberías acudir a ella; podría estar de su lado.

Margaret sacudió la cabeza mientras suspiraba.

—Es posible que tengas razón, pero es nuestra única oportunidad. No se me ocurre nadie más que pudiera ayudarnos. Debo acudir a ella. Jedidiah, te lo suplico, regresa —imploró, rozándole la cara con la yema de sus dedos—. Así, si algo me pasara, tú podrías hacer algo. Alguien lo sabría.

—No. No pienso dejarte sola. Si me obligas a volver, iré a contárselo todo a la Prelada. Te amo y prefiero morir antes que vivir sin ti.

—Pero debemos pensar en otros. Hay otras vidas en juego.

—No me importa nadie más. Por favor, Margaret, no me pidas que te deje sola ante el peligro.

—A veces me sacas de quicio, amor mío. —La Hermana cogió las manos del joven entre las suyas y le dijo—: Jedidiah, si nos cogen...

—Si estamos juntos, acepto el riesgo.

—En ese caso, ¿quieres ser mi marido, tal como hablamos? —le preguntó, entrelazando sus dedos—. Si muero esta noche, quiero morir siendo tu esposa.

Jedidiah la atrajo hacia sí colocándole una mano detrás de la cabeza. Entonces le apartó el pelo de la oreja y le susurró suavemente:

—Eso me haría el hombre más feliz del mundo. Te quiero tanto, Margaret. Pero ¿cómo podemos casarnos aquí y ahora?

—Podemos hacer los votos. Nuestro amor es lo que cuenta, no que haya otra persona que pronuncie los votos por nosotros. Las palabras que nazcan de nuestro corazón nos unirán más estrechamente de lo que podría hacerlo nadie.

—Éste es el momento más feliz de mi vida —declaró Jedidiah, abrazándola con fuerza. Entonces se retiró y volvió a cogerla de las manos. En la oscuridad se miraron el uno al otro—. Yo, Jedidiah, prometo ser tu esposo en la vida y en la muerte. Te ofrezco mi vida, mi amor y mi devoción eterna. A partir de ahora estamos unidos a los ojos y el corazón del Creador, así como a los nuestros.

La mujer susurró las mismas palabras mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Nunca se había sentido tan asustada y tan feliz en toda su vida. Lo deseaba tanto que temblaba. Cuando acabaron de pronunciar los votos, se besaron. Fue el beso más tierno y más cariñoso que Jedidiah le hubiera dado jamás. De los ojos de Margaret seguían brotando lágrimas mientras se abrazaba a él y le besaba los labios. Con las manos se aferraba a sus anchos hombros, atrayéndolo hacia ella. Los brazos del joven rodeándola la hacían sentir más segura y más amada de lo que nunca se había sentido. Al fin se separaron.

—Te quiero, esposo mío —dijo Margaret, pugnando por recuperar el aliento.

—Te quiero, esposa mía, por siempre jamás.

La Hermana sonrió. Aunque no podía ver en la oscuridad, sabía que él también sonreía.

—Vamos a ver si encontramos alguna prueba y podemos detener a las Hermanas de las Tinieblas. Hagamos que el Creador se sienta orgulloso de las Hermanas de la Luz y de un futuro mago.

—Prométeme que no harás nada descabellado —le pidió Jedidiah, apretándole una mano—. Prométeme que no tratarás de hacer nada demasiado arriesgado. Quiero que pasemos lo que queda de noche en nuestra cama y no aquí, en el bosque.

—Tengo que averiguar qué se proponen y ver si hay un modo de demostrárselo a la Prelada. Pero son más poderosas que yo y, al menos, son once. Por si fuera poco, si realmente son Hermanas de las Tinieblas, pueden usar la Magia de Resta, y contra ello no tenemos defensa.

»No sé cómo vamos a arrebatarles el quillion. Tal vez encontremos algo más que nos sirva como prueba. Si tenemos los ojos bien abiertos y dejamos que el Creador nos guíe, tal vez éste nos revelará qué podemos hacer. Pero no quiero que ni tú ni yo nos arriesguemos más de lo necesario. No deben descubrirnos.

—Perfecto. Eso es justo lo que deseo —repuso Jedidiah.

—Pero, Jedidiah, soy una Hermana de la Luz, lo cual significa que tengo responsabilidades hacia el Creador y hacia sus otras criaturas. Aunque ahora seamos marido y mujer, mi trabajo sigue siendo guiarte. En esto no somos iguales: yo estoy al mando y sólo permitiré que me acompañes si me prometes que será así. Aún no eres un mago de pleno derecho. Si te digo algo, debes obedecerme. Sigo controlando mejor mi han que tú.

—Lo sé, Margaret. Una de las razones por las que deseaba ser tu esposo es que te respeto. No quiero tener una mujer débil. Tú siempre has sido mi guía, y eso no va a cambiar ahora. Tú me has dado todo lo que tengo. Te seguiré siempre.

—Eres maravilloso, esposo mío. Realmente maravilloso —replicó la mujer, sonriendo y meneando la cabeza—. Serás un mago extraordinario. Nunca te lo había dicho, porque temía que se te pudiera subir a la cabeza, pero algunas de las Hermanas creen que te convertirás en el mago más poderoso que ha existido en los últimos mil años.

El joven nada dijo, y Margaret no podía verle la cara, pero estaba segura de que se había sonrojado.

—Margaret, tus ojos son los únicos que quiero ver llenos de orgullo por mí.

La Hermana lo besó en la mejilla y, mientras lo cogía de la mano, dijo:

—Vamos a ver si podemos detener todo esto.

—¿Cómo sabes qué dirección han tomado? Los árboles ocultan la luna.

—Es un truco que mi madre me enseñó y que nunca he revelado a nadie. Cuando las vi abandonar el palacio, conjuré un charco de mi han a sus pies. Lo pisaron y ahora van dejando huellas de mi propio han, huellas que sólo yo puedo ver. Las veo tan claramente como el sol en un estanque, pero nadie más las ve.

—Tienes que enseñarme ese truco.

—Un día lo haré, te lo prometo. Vamos.

Cogiéndolo de la mano, lo guió siguiendo el resplandor que dejaban las huellas de las Hermanas por el espeso bosque. En la distancia, aves nocturnas emitían inquietantes llamadas, las lechuzas ululaban, y otras criaturas lanzaban quedos chillidos y chasquidos. El terreno era abrupto, cubierto por raíces y maleza, pero las brillantes huellas la ayudaban a ver por dónde iba.

Sudaba por efecto del húmedo calor, y el vestido se le pegaba a la piel. Al llegar a casa, protegería su alcoba y se daría un baño. Un baño muy largo junto con Jedidiah. Después dejaría que el joven usara su magia con ella, y ella usaría la suya con él.

Se fueron internando cada vez más profundamente en el bosque Hagen, donde nunca habían estado antes. El vapor que emanaba de las zonas cenagosas transportaba el penetrante hedor de vegetación en descomposición. Atravesaron oscuros barrancos velados por raíces colgantes y musgo que les rozaba la cara y los brazos, haciéndolos estremecerse cada vez. Las huellas ascendían por crestas rocosas en las que los árboles escaseaban.

En la cima de una de ellas, de pie en el húmedo aire estancado, Margaret volvió la vista atrás. En la distancia, más allá del sombrío bosque, titilaban las luces de Tanimura. Descollando en la plateada luz de la luna se veía la oscura silueta del Palacio de los Profetas, que tapaba las luces de la ciudad.

Cómo deseaba estar de vuelta en palacio, en su hogar, pero primero debía cumplir con su deber. Si no lo hacía ella, nadie más lo haría. Las vidas de todos dependían de ella. El Creador dependía de ella. No obstante, cómo anhelaba estar a salvo en su hogar...

Pero ese hogar ya no era seguro. Si realmente las Hermanas de las Tinieblas existían, el palacio era un lugar tan peligroso como el bosque Hagen. Pese a todo lo que ya había averiguado, aún le costaba

trabajo creer que hubiera Hermanas de las Tinieblas. Debía convencer a la Prelada a toda costa. No había nadie más a quien pedir ayuda. Ojalá pudiera confiar al menos en una Hermana, pero no se atrevía a abrir su corazón a ninguna. Nathan le había advertido que no lo hiciera.

Aunque deseaba que Jedidiah estuviera en palacio, a salvo, se alegraba de tenerlo a su lado. Sabía que el joven nada podía hacer para ayudarla, pero era un alivio poder confiar en él. En su marido. Margaret sonrió al pensarlo. Si algo le ocurría a él, jamás se lo perdonaría. De ser necesario, lo protegería con su vida.

El terreno empezó a descender. Los huecos entre los árboles le permitían ver que descendían hacia una profunda hondonada con el borde empinado, lo que los obligaba a caminar despacio para no lanzar piedras rodando. Una empezó a deslizarse al contacto con su pie, pero rápidamente Margaret usó un puñado de aire para detenerla y volver a asentarla con firmeza en la tierra. Luego soltó un suspiro de alivio.

Jedidiah la seguía como una sombra silenciosa y reconfortante. Relajó un poco la tensión cuando dejaron atrás el terreno de rocas poco firme y penetraron de nuevo en el denso bosque, donde el suelo estaba cubierto por musgo que silenciaba sus pasos.

El pesado y fétido aire que llegaba hasta ellos a través del espeso bosque les llevó el débil sonido de un cántico. En el pecho de la Hermana resonaron unas palabras rítmicas y guturales pronunciadas en tono grave. Aunque no las entendía, le inspiraban repugnancia, como si contaminaran el mismo aire.

Jedidiah la agarró por el brazo y la obligó a detenerse. Le acercó la boca al oído y murmuró:

—Por favor, Margaret, regresemos ahora, antes de que sea demasiado tarde. Tengo miedo.

—¡Jedidiah! —lo reprendió la mujer, aferrándolo por el collar con una mano—. ¡Esto es importante! Yo soy una Hermana de la Luz y tú un mago. ¿Para qué crees que te he estado enseñando? ¿Para que hagas trucos en la calle en día de mercado y que la gente te arroje monedas? Ambos servimos al Creador. Él nos ha dado todo lo que tenemos para que lo usemos para ayudar a quienes están en peligro. Eres un mago. ¡Actúa como tal!

A la tenue luz, la Hermana apenas distinguía sus ojos, muy abiertos. Los músculos del joven se relajaron y hundió ligeramente los hombros.

—Lo siento. Tienes razón. Cumpliré con mi obligación. Lo prometo.

—Yo también tengo mucho miedo —dijo Margaret, ya más apaciguada—. Toca tu han, querido Jedidiah, y mantenlo bien sujeto, aunque no con demasiada fuerza. Sujétalo de manera que puedas liberarlo en cualquier momento, si es necesario, tal como yo te he enseñado. En caso de que algo ocurra, no lo retengas. No tengas miedo de hacerles daño. Si realmente debes usar tu poder, utilízalo todo o no bastará. No pierdas la cabeza. Eres suficientemente fuerte para poder defenderte. Puedes hacerlo, Jedidiah. Ten fe en lo que te he enseñado, en todo lo que todas las Hermanas te han enseñado. Ten fe en el Creador y también en lo que Él te ha dado. Lo posees por alguna razón, como todos. Quizá sea ésta la razón; tal vez esta noche debas cumplir tu destino.

De nuevo, Jedidiah asintió, y Margaret volvió a seguir las relucientes huellas que se internaban en la tupida vegetación. Iban sorteando árboles hacia el centro de la hondonada, de donde procedía el cántico. Cuanto más se acercaban, más intenso era el picor que le producían en la piel esas voces. Eran voces de Hermanas. Margaret creyó reconocer algunas de ellas.

«Querido Creador —rogó—, dame fuerza para hacer lo que debo hacer para cumplir tus designios. Da también fuerza a Jedidiah. Ayúdanos a servirte y a ayudar a otros.»

Entre las hojas parpadeaban lucecitas. Margaret y Jedidiah se fueron aproximando sigilosamente. Los árboles que los rodeaban eran muy inmensos. Ahora ya no seguían las huellas, sino que avanzaban de un tronco a otro. Ya podían vislumbrar algo entre los matorrales. Despacio, fueron avanzando de puntillas por el suelo del bosque bajo enormes abetos que desplegaban sus ramas. Las hojas que pisaban eran blandas y no crujían. Hombro con hombro, se ocultaron bajo unos espesos matorrales en la linde del bosque, lo más cerca posible. Más allá se abría un claro llano y redondo.

Al menos cien velas ardían en el suelo, formando un círculo similar a una verja o una frontera que sirviera de protección contra el oscuro bosque. Dentro del límite marcado por las velas había un círculo dibujado en el suelo. Parecía estar hecho con arena blanca en la que brillaban pequeños puntos de centelleante luz. Se asemejaba a las descripciones de arena de hechicero que había oído, aunque nunca la había visto. Destacaba claramente a la luz de las velas así como a la luz de la luna.

En la arena se habían trazado unos símbolos. Estaban comprendidos dentro del círculo, y algunos puntos tocaban el límite externo a intervalos irregulares. Margaret jamás había visto esos símbolos, pero conocía elementos de éstos por haberlos visto en un libro antiguo. Eran símbolos del inframundo.

Más o menos entre la línea blanca exterior y las velas, había once Hermanas sentadas en círculo. Margaret esforzó la vista para intentar reconocerlas a la débil y parpadeante luz. Todas se cubrían la cabeza con una capucha en la que habían practicado sendos orificios para ver, y cantaban al unísono. Las sombras de las Hermanas convergían en un punto del centro.

En ese centro yacía una mujer que se hallaba totalmente desnuda, excepto por una sencilla capucha como las de las demás. Estaba de espaldas, con las manos cruzadas sobre los senos y con las piernas apretadas.

Doce. Contando la del centro, eran doce Hermanas. Margaret volvió a estudiar a las Hermanas que se encontraban allí reunidas. Estaba muy oscuro pese a las velas, y además estaban colocadas de espaldas a la mujer.

Su mirada se posó en una forma situada en el lado opuesto del círculo. Se quedó sin respiración. Esa figura era mayor que las demás, estaba encorvada, con la cabeza gacha y no llevaba capucha. Estaba sentada donde convergían las líneas y los símbolos.

No era una Hermana. Margaret se llevó un buen susto cuando distinguió el débil resplandor naranja. Tenía en el regazo la estatuilla con el quillion.

Ella y Jedidiah se agacharon, helados, observando el círculo de las Hermanas que cantaban. Al rato, una de ellas, situada a un lado de la figura encorvada, se levantó. Los cánticos cesaron. La Hermana pronunció en tono cortante unas pocas palabras en un idioma que Margaret no conocía. En ciertas partes del discurso elevaba bruscamente una mano, lanzando un brillante polvo sobre la mujer desnuda del centro. El polvo se inflamaba, iluminando a las encapuchadas Hermanas con breves destellos. Cuando eso sucedía, todas respondían con extrañas palabras en verso. Margaret y Jedidiah se miraron, y la mujer vio reflejados en los ojos del joven sus propios sentimientos de confusión y miedo.

La Hermana que estaba de pie alzó ambos brazos y recitó una lista de extrañas palabras. Entonces se dirigió hacia la mujer desnuda, se detuvo junto a la cabeza de ésta y volvió a alzar los brazos. El centelleante polvo volvió a inflamarse una vez más, pero, en esta ocasión, el brillo naranja del quillion se intensificó.

Despacio, la figura encorvada alzó la cabeza. Margaret ahogó un grito al ver la cara de la bestia y su boca llena de colmillos, que se abrió con un grave gruñido. La Hermana sacó de su capa un cetro de plata delicadamente forjado y lo agitó con movimientos bruscos, mientras cantaba de nuevo y rociaba con agua a la mujer que se encontraba desnuda.

Algo le ocurría al quillion, pues brillaba y se apagaba. Los oscuros ojos de la bestia contemplaban la desnudez de la mujer tendida en el suelo. Margaret observaba con ojos desorbitados. El corazón le latía con tanta fuerza que tenía la impresión de que iba a abrirle un boquete en el pecho.

Cuando el quillion se apagaba, los ojos de la bestia relucían con luz naranja; el mismo color que el quillion. A medida que el fulgor del quillion perdía intensidad, el resplandor en los ojos de la bestia aumentaba, hasta que la estatuilla se apagó definitivamente y los ojos brillaron con fuerza.

Otras dos Hermanas se levantaron y se colocaron cada una a un lado de la que ya estaba de pie. Ésta se arrodilló, inclinó la encapuchada cabeza y miró a la mujer desnuda.

—Si estás segura, ha llegado el momento. Ya sabes qué debe hacerse; lo mismo por lo que hemos pasado todas nosotras. Te ofrecemos el don. ¿Lo aceptas?

—¡Sí! Tengo derecho a él. Es mío y lo quiero.

A Margaret le pareció que reconocía ambas voces, pero no podía estar segura porque la capucha ahogaba las palabras.

—Entonces será tuyo, Hermana. —Las otras dos asimismo se arrodillaron junto a la primera, que sacó un trozo de tela de su capa y la enrolló—. Para ganar el don, tendrás que superar una prueba de dolor. Mientras dure, no podremos tocarte con nuestra magia, pero te ayudaremos lo mejor que podamos.

—Haré lo que sea. El don es mío. Empecemos ya.

La mujer desnuda extendió los brazos. Las Hermanas situadas a ambos lados se apoyaron con todo su peso sobre las muñecas de la yaciente.

La situada a su cabeza sostenía la tela enrollada por encima del rostro encapuchado.

—Abre la boca y muerde esto. —Dicho esto colocó la tela entre los dientes de la mujer—. Y ahora separa las piernas. Mantenlas así. Si tratas de cerrarlas, se interpretará como que rechazas lo que se te ofrece y perderás la oportunidad. Para siempre.

La mujer desnuda miraba fijamente hacia la nada. El pecho le subía y bajaba mientras jadeaba de miedo. Lentamente, separó las piernas.

La bestia reaccionó emitiendo un grave gruñido.

Los dedos de Margaret se hundieron en el antebrazo de Jedidiah.

La bestia olisqueó el aire. Cuando se irguió, despacio, Margaret se dio cuenta de que era mayor de lo que parecía encorvada. Era muy corpulenta y se asemejaba a un hombre. La centelleante luz de las velas se reflejaba en los sudorosos y abultados músculos de brazos y pecho. En las estrechas caderas empezaba a crecerle un pelo sedoso, que se iba haciendo más basto en piernas y tobillos, donde era más largo y grueso que en ninguna otra parte del cuerpo. Pero la cabeza no era la de un hombre. Era un horror de cólera y colmillos.

Una larga y delgada lengua asomó por sus fauces, venteando el aire. Sus ojos relucían a la tenue luz con el color naranja del poder del don que había absorbido del quillion.

Cuando se estiró sobre manos y rodillas hacia la mujer desnuda, Margaret a punto estuvo de soltar un grito. Reconocía a esa bestia. Había visto un dibujo de ella en un libro antiguo, el mismo en el que había visto parte de los hechizos dibujados en la arena. Sintió deseos de chillar.

Era un namble. Uno de los servidores del Innombrable.

«Oh, Creador mío —rogó con fervor—, por favor, protégenos.»

Gruñendo con un rumor sordo, el namble fue avanzando despacio hacia la mujer como un enorme felino, flexionando sus poderosos músculos. Sus inquietantes ojos relucían con brillo de color anaranjado. Con la cabeza gacha se arrastró entre las piernas de la mujer desnuda. Ésta, que jadeaba presa del pánico, seguía con la mirada fija en la nada.

El namble le olisqueó la entrepierna. Su larga lengua asomó entre los colmillos y la recorrió. La mujer se estremeció y soltó un sonido que quedó ahogado por la mordaza, pero mantuvo las piernas bien separadas. Su mirada permanecía inmóvil; no miraba al namble. Las Hermanas del círculo empezaron a entonar un suave cántico. De nuevo, el namble la lamió, esta vez más despacio y gruñendo. La mujer chilló amordazada. En su cuerpo desnudo brillaban gotas de sudor, pero mantuvo las piernas separadas.

La bestia se alzó sobre sus rodillas y lanzó un ronco rugido al negro firmamento. Su falo erecto, puntiagudo e incisivo, destacaba claramente recortado a la luz de las velas. Cuando se inclinó hacia adelante, colocando un puño a cada lado de la mujer, los abultados músculos de sus brazos y hombros sobresalieron poderosamente. Con la lengua lamió la garganta de la mujer, mientras lanzaba un gruñido sordo y vibrante, tras lo cual descendió sobre ella y la cubrió con su enorme cuerpo.

La bestia impulsó las caderas hacia adelante. La mujer cerró los ojos con gesto crispado mientras gritaba contra la tela que mordía entre los dientes. El namble le dio un rápido y fuerte empujón, y los ojos de la mujer se abrieron de golpe, aterrada. Aunque mordía la tela, sus gritos de dolor podían oírse por encima de los cánticos cada vez que la bestia la embestía, añadiendo cada vez más fuerza a los chillidos.

Margaret tenía que hacer esfuerzos para seguir respirando mientras observaba. Odiaba a esas mujeres, pues se habían entregado a algo de una maldad inconcebible. Pero seguían siendo sus Hermanas, y no podía soportar ver cómo una de ellas sufría. La Hermana se dio cuenta de que estaba temblando. Con una mano aferró la flor de oro que le colgaba del cuello, y con la otra agarró el brazo de Jedidiah. Lloraba a mares.

La bestia seguía retorciéndose encima de la Hermana a la que sus compañeras sujetaban en el suelo. Sus ahogados gritos de agonía se clavaban en el corazón de Margaret.

Finalmente, la Hermana que le sujetaba la mordaza dijo:

—Si deseas el don, tendrás que alentarlo para que te lo dé. No lo soltará a no ser que le hagas perder el control, a no ser que se lo arrebates. Debes ganárselo. ¿Comprendes?

Llorando y con los ojos firmemente cerrados, la mujer asintió.

—Muy bien, ahora es todo tuyo. Si quieres el don, quítaselo —dijo la Hermana, retirándole la mordaza.

Las otras le soltaron los brazos. Las tres regresaron a sus sitios en el círculo y se unieron al cántico. La mujer lanzó un lamento que heló la sangre a Margaret y le perforó los oídos.

Entonces, rodeó con brazos y piernas al namble, aferrándose a él y se movió con él al ritmo del cántico. Ahora ya no gritaba, sino que jadeaba por el esfuerzo.

La Hermana Margaret no fue capaz de continuar mirando la escena. Cerró los ojos y se tragó el gemido que trataba de brotarle de la garganta. Sin embargo, no era suficiente con cerrar los ojos, pues aún lo oía. «Por favor, Creador mío, que acabe. Por favor, que acabe», rezó mentalmente.

Entonces, con un ronco gruñido, acabó. Margaret abrió los ojos y vio que el namble se había quedado inmóvil, con la espalda encorvada. La bestia tembló y, lentamente, se quedó como sin vida. La mujer pugnaba por respirar bajo su pecho.

Con una fuerza que parecía imposible, se quitó de encima a la bestia. El namble, respirando agitadamente, regresó a cuatro patas al lugar que ocupaba antes en el círculo, donde se acurrucó convertido en un bulto oscuro. El cántico había cesado. La mujer se quedó caída en el suelo un rato, jadeando y recuperándose. Su cuerpo esta cubierto por una reluciente pátina de sudor que reflejaba la luz amarilla de las velas.

Después de inspirar hondo por última vez, se puso en pie con facilidad. Por las piernas le corría una oscura mancha de sangre. Haciendo gala de una tranquilidad que provocó un escalofrío en la espalda a la hermana Margaret y la dejó casi sin aliento, la mujer volvió la cara hacia ella y se quitó la capucha.

El amenazante resplandor anaranjado de sus ojos desapareció, siendo reemplazado por el habitual azul pálido con motas violeta que Margaret conocía tan bien.

—Hermana Margaret —la saludó en tono de befa, como burlona era la sonrisa de sus labios—. ¿Has disfrutado con el espectáculo? Seguro que sí.

Margaret se puso en pie despacio, completamente atónita. La Hermana que había sostenido la mordaza también se levantó y se retiró la capucha.

—Margaret, querida —le dijo—, qué amable eres al mostrar tanto interés por nuestro pequeño grupo. No sabía que eras tan estúpida. ¿De veras creíste que te dejé ver el quillion en mi despacho por descuido? ¿Que no sabía que alguien estaba interesado? Tenía que descubrir quién merodeaba y metía las narices en lo que no le importaba. Así pues, dejé que lo vieras. No estuve del todo segura hasta que nos seguiste. —Su sonrisa heló a Margaret—. ¿Nos tomas por idiotas? Vi perfectamente el charco de han que conjuraste para que lo pisáramos. Qué lástima, para ti.

Margaret aferraba con fuerza la flor de oro que llevaba al cuello, y hundía las uñas en la palma de su mano. ¿Cómo era posible que hubiesen visto el charco de su han? La respuesta era trágicamente simple: las había subestimado. Había subestimado lo que podían hacer con el don. Y ese error iba a costarle la vida.

Pero sólo la suya. Sólo la suya. Margaret rogó al Creador que sólo fuera la suya. Sentía la presencia de Jedidiah a su lado.

—Jedidiah —susurró—, corre. Yo trataré de contenerlas mientras tú huyes. Corre, amor mío. Sálvate.

—Creo que prefiero quedarme, «amor mío». —La poderosa mano del joven la agarró por el brazo. Margaret no podía dejar de mirar esa expresión cruel y vacía—. Traté de salvarte, Margaret. Intenté que regresaras, pero tú no quisiste escucharme. Si logro que jure, ¿no podríamos... —preguntó a la Hermana situada al otro lado del claro. Ésta se limitó a mirarlo iracunda—. No, supongo que no. —Jedidiah suspiró.

De un fuerte empellón, la empujó hacia el calvero. Margaret trastabilló y se detuvo al borde de las velas. Se sentía como entumecida. Su mente se negaba a trabajar, y no podía hablar.

—¿Se lo ha contado a alguien más? —preguntó a Jedidiah la Hermana que estaba al mando, entrelazando las manos al frente.

—No. Sólo a mí. Quería conseguir una prueba antes de pedir ayuda a otros. No es así, ¿amor mío? —De nuevo, Jedidiah sacudió la cabeza, y una leve sonrisa asomó en sus labios. En esos labios que ella había besado. Margaret sintió náuseas. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?—. Qué lástima.

—Lo has hecho muy bien, Jedidiah. Serás recompensado. Y en cuanto a ti, Margaret... bueno, mañana Jedidiah informará que, después de intentar rehuir las insistentes insinuaciones de una mujer madura, tuvo que rechazarte claramente y con firmeza, y que tú saliste corriendo avergonzada y humillada. Si vienen aquí y encuentran tus huesos, se confirmarán sus temores de que preferiste poner fin a tu vida porque te sentías indigna de seguir viviendo como Hermana de la Luz.

—Entrégamela. Deja que ponga a prueba mi nuevo don. Deja que lo disfrute —rogó la Hermana de los ojos moteados.

Esos ojos mantenían a Margaret helada. Su mano continuaba aferrando la flor del colgante. El abrumador dolor de saber que Jedidiah la había traicionado apenas la dejaba respirar.

Margaret había suplicado al Creador que diera fuerzas a Jedidiah, fuerzas para ayudar al prójimo, aunque no sabía quién era ese prójimo. Y el Creador había escuchado todas sus plegarias, sus insensatas plegarias.

Cuando la Hermana consintió, los finos labios esbozaron una ansiosa sonrisa. Bajo la penetrante mirada de esos ojos moteados, Margaret se sintió desnuda, indefensa.

Al fin, su mente empezó a funcionar de nuevo. Sus aterrorizados pensamientos buscaron frenéticamente el modo de huir, tanteando posibilidades desesperadas. Sólo se le ocurría una cosa antes de que fuera demasiado tarde. Con una determinación que nacía del pánico, dejó que su han explotara a través de todas las fibras de su ser y creó un escudo; el escudo más poderoso que podía conjurar, un escudo de aire que hizo tan duro como el acero e igualmente impenetrable. En ese escudo, la Hermana volcó todo su dolor y su odio.

Pero la otra Hermana no dejó de sonreír. Sus ojos moteados no se movieron.

—Aire, ¿verdad? Con el don ahora puedo verlo. ¿Quieres que te enseñe lo que puedo hacer con el aire, de lo que es capaz el don?

—El poder del Creador me protegerá —balbució Margaret.

—¿De veras lo crees? Deja que te muestre la impotencia del Creador. —La fina sonrisa se tornó gesto de sorna.

La Hermana alzó la mano, y Margaret se esperó una bola de fuego de mago. Pero lo que se le vino encima fue una bola de aire tan densa que podía verlo, podía ver cómo se acercaba. Era tan denso que a través de él todo se veía deformado. Margaret sentía su rugido al aproximarse y el lamento de su poder. Atravesó su escudo como brea ardiendo que atraviesa papel.

No debería haber sido capaz de hacer eso, pues su escudo era de aire. En principio, aire no podía romper un escudo de aire tan fuerte como el suyo. Pero era aire creado no por una Hermana corriente, sino por una Hermana con el don, el don de un mago.

Confusa, Margaret se dio cuenta que estaba tirada en el suelo y miraba hacia las hermosas estrellas, la obra del Creador. No podía respirar, simplemente no podía.

Era extraño. No recordaba que el aire la hubiera golpeado, sólo que de pronto algo la había dejado sin respiración. Sentía frío, aunque tenía algo cálido en la cara, cálido y húmedo. Era un consuelo.

Sus piernas se negaban a moverse. Por mucho que lo intentara, no lo lograba. Haciendo un supremo esfuerzo consiguió levantar un poco la cabeza. Las Hermanas no se habían movido, pero ahora parecían estar más lejos. Todas la miraban, y Margaret hizo lo mismo.

Algo iba terriblemente mal.

Por debajo de las costillas apenas tenía nada, sólo despojos de sus entrañas y nada más. Donde debería haber estado el resto de su cuerpo no había nada. ¿Qué había pasado con sus piernas? Tenían que estar en alguna parte.

Sí, allí estaban. A cierta distancia, donde antes estaba ella de pie.

Así pues, por eso no podía respirar. No comprendía cómo el aire le había hecho eso; era imposible. Al menos, no en manos de una Hermana. Era un milagro.

«Creador, Creador, ¿por qué no me has ayudado? Yo hacía tu trabajo. ¿Por qué has permitido que esto pasara?»

Debería dolerle, ¿no? Debería sufrir al haber sido desgarrada por la mitad. Pero no, no sentía el más mínimo dolor.

Frío. Solamente sentía frío. Sin embargo, la cálida masa de sus entrañas contra el rostro la aliviaba, le daba calor. Margaret se consoló con ese calor.

Tal vez no le dolía gracias al Creador. «Creador, te doy las gracias. Lo he hecho lo mejor que he podido. Lo siento, te he fallado. Tendrás que enviar a otra.»

Unas botas se acercaron. Era Jedidiah, su marido, un monstruo.

—Traté de avisarte, Margaret. Traté de mantenerte lejos. No puedes decir que no lo intentara.

Margaret tenía los brazos extendidos a ambos lados. En la mano derecha notaba aún la flor de oro. No la había soltado. Pese a que la habían partido en dos, no la había soltado. Ahora quiso hacerlo, pero la mano no se le abría. Ojalá tuviera fuerza suficiente para dejar ir la flor. No quería morir con ella en la mano. Pero le era imposible soltarla.

«Creador mío, también te he fallado en esto.»

Puesto que no podía soltarla, hizo lo único que se le ocurrió: enviarle todo su poder. Tal vez alguien la vería y formularía la pregunta correcta.

Cansada. Estaba tan cansada.

Trató de cerrar los ojos, pero no pudo. ¿Cómo podía alguien morir si ni siquiera podía cerrar los ojos?

Había muchas estrellas en el cielo. Estrellas hermosas. Pero le parecían menos de las que recordaba, que eran muy pocas ahora. Una vez su madre le había dicho cuántas había, pero no podía recordarlo.

Bueno, tendría que contarlas ella misma.

Una... dos...

21

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó Chase.

Los siete hombres de fiero aspecto sentados en cuclillas, formando un semicírculo frente a Chase y la niña, se limitaron a mirarlo fijamente y a parpadear. Ninguno de los siete llevaba armas, excepto un cuchillo al cinto, y uno ni siquiera eso. Pero muchos hombres de pie armados con arcos, lanzas o ambas cosas les guardaban las espaldas.

Rachel se abrigó lo mejor que pudo con su gruesa capa de lana marrón y apoyó el peso en la otra pierna mientras se ponía en cuclillas y movía los dedos, deseando que no hiciera tanto frío. Empezaba a sentir un hormigueo en los pies. La niña acarició el gran ámbar en forma de lágrima que le colgaba al cuello. Era perfectamente lisa, y la notaba cálida al tacto.

Chase murmuró algo que la niña no entendió. El guardián se echó la pesada capa negra sobre los hombros y señaló con un palo el dibujo de dos personas en la tierra. Cuando se inclinó hacia adelante, todas las correas de piel en las que llevaba las armas crujieron. Sus botas eran tan grandes que a cualquiera de los otros hombres les cabrían ambos pies en una. Chase volvió a dar ligeros toques con el palo en el suelo, tras lo cual se volvió y apuntó con una mano hacia la pradera.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó. Señaló el dibujo y repitió el gesto varias veces—. ¿Cuánto hace que se marcharon?

Los hombres barro respondieron algo que ni Chase ni Rachel entendieron, y entonces el hombre de larga melena plateada que enmarcaba un rostro tostado por el sol, el que no se cubría los hombros con una piel de coyote sino que llevaba simples ropas de gamuza, trazó otro dibujo en la tierra. Esta vez, Rachel reconoció al instante de qué se trataba. Era el sol. Luego hizo tres hileras de marcas debajo. Chase las fue contando.

—Tres semanas —dijo el guardián. Alzó la vista hacia el hombre de pelo largo y le preguntó, mientras señalaba al sol dibujado en el suelo y levantaba siete dedos tres veces—: ¿Tres semanas? ¿Hace tres semanas que se marcharon?

El hombre barro asintió y pronunció más palabras divertidas.

Siddin ofreció a la niña otro pedazo de pan con miel. Era delicioso. Rachel trató de comer despacio, pero se lo acabó antes de darse ni cuenta. Sólo una vez antes había catado la miel; fue en el castillo, donde vivía siendo la compañera de juegos de la princesa. La princesa nunca le dio miel, pues decía que no era para criadas como ella, pero uno de los cocineros se la dejó probar.

La niña notó una desagradable sensación en el estómago al recordar lo mala que había sido con ella la princesa. No quería vivir en un castillo nunca más. Y ahora, que era la hija de Chase, ya no debería hacerlo. Cada noche, antes de conciliar el sueño tumbada sobre las mantas, se preguntaba cómo sería el resto de su nueva familia.

Chase le había dicho que tendría hermanos y hermanas, y una madre de verdad. También le dijo que tendría que ser muy amable con ella. Rachel sabía que podría; es fácil ser amable cuando alguien te quiere.

Chase la quería. Nunca se lo había dicho, pero se lo demostraba; le pasaba uno de sus enormes brazos alrededor y le acariciaba el pelo cuando ella se asustaba por los sonidos de la noche.

Siddin le sonrió mientras se lamía la miel de los dedos. Rachel se alegraba mucho de volver a verlo. Al llegar allí, creyó que iban a tener problemas. Unos hombres de aspecto aterrador, pintados todos de barro y con hierba por todas partes, les salieron al paso en la pradera. La niña ni siquiera los vio llegar; simplemente aparecieron.

Al principio pasó mucho miedo, pues esos hombres los apuntaban con sus armas, y sus voces sonaban aterradoras y no podía entender qué decían. Pero Chase desmontó con tranquilidad y los observó sosteniéndola a ella en brazos. No desenvainó la espada ni ninguna otra arma. Chase era el hombre más valiente que Rachel conocía. Los desconocidos se la quedaron mirando, y ella les devolvió la mirada. Chase le acariciaba el pelo y le decía que no tuviera miedo. Entonces, los hombres bajaron las armas y los condujeron a la aldea.

Al llegar allí, Rachel vio a Siddin. Siddin los conocía de antes, de cuando Kahlan lo salvó de la reina Milena en el castillo. Zedd, Kahlan, Chase, Siddin y ella misma habían huido juntos con la caja. Pese a que ella y Siddin hablaban lenguas distintas, el niño los conocía y dijo a su padre quiénes eran. Después de eso, todo el mundo se mostró muy amable.

Chase señaló con un dedo el dibujo de una persona, con el dedo de la otra mano señaló otro, tras lo cual acercó ambos dedos y movió las manos como si salvaran montañas.

—¿Richard y Kahlan se marcharon hace tres semanas y se dirigieron al norte? ¿A Aydindril?

Todos los hombres negaron con la cabeza y empezaron de nuevo a parlotear. El padre de Siddin alzó una mano para reclamar silencio. Entonces se señaló a sí mismo y a los otros hombres, y levantó tres dedos, tras lo cual señaló la figura en el suelo con un vestido y pronunció el nombre de Kahlan. A continuación señaló hacia el norte.

Chase señaló el dibujo del sol, luego el de Kahlan, a los hombres, levantando tres dedos, y por fin al norte.

—¿Hace tres semanas Kahlan y tres de tus hombres se dirigieron al norte, a Aydindril?

Todos asintieron y dijeron «Kahlan» y «Aydindril».

El guardián apoyó una rodilla en el suelo, se inclinó hacia adelante y dio golpecitos al dibujo de la otra persona.

—Pero Richard también fue. —De nuevo señaló al norte y repitió—: Richard también partió para Aydindril. Con Kahlan.

Todos los hombres se volvieron hacia el de la melena plateada. Éste miró a Chase y luego negó con la cabeza. El hueso tallado que le colgaba de una cinta de cuero al cuello se balanceó a un lado y a otro. Entonces señaló el dibujo del hombre con la espada y apuntó en otra dirección.

Chase se quedó mirándolo durante un largo minuto y luego frunció el entrecejo como si no entendiera. El hombre se inclinó hacia el suelo con el palito y dibujó otras tres figuras, todas con vestido. Entonces alzó los ojos hacia Chase, como para asegurarse de que éste lo miraba, y tachó dos de las figuras con una «X». Luego cruzó los brazos sobre las rodillas y aguardó, los ojos clavados en Chase.

—¿Que significa eso? ¿Muertas? ¿Es eso lo que quieres decir: que están muertas? —Los hombres lo miraban fijamente, inmóviles. Chase se pasó un dedo por la garganta—. ¿Muertas?

El hombre de la melena plateada asintió y dijo «muertas», pero pronunciando la palabra de un modo divertido, haciéndola más larga de lo que era. Entonces apuntó con el palo al dibujo del sol, luego al de Kahlan y, finalmente, señaló por encima del hombro la dirección que habían tomado. A continuación señaló de nuevo el sol, luego el dibujo de Richard, a la mujer sin la «X» y, por fin, en otra dirección.

Chase se levantó. Su pecho se hinchó y luego volvió a vaciarse con un profundo suspiro. El guardián era altísimo. Miraba fijamente la dirección que, según el hombre del pelo plateado, había tomado Richard.

—Este. Eso supone adentrarnos en la Tierra Salvaje —musitó para sí—. ¿Por qué no está con Kahlan? —El guardián se frotó el mentón. Rachel pensó que parecía preocupado. No podía ser que estuviera asustado; Chase no se asustaba nunca—. Por todos los espíritus, ¿qué podría inducir a Richard a internarse en la Tierra Salvaje? ¿Y cómo pudo permitírselo Kahlan? ¿Quién va con él? —Todos los hombres barro se miraron entre sí como si se preguntaran qué hacía Chase hablando solo.

El guardián volvió a agacharse con un crujido de cinturones de piel, señaló el dibujo de la tercera mujer, frunció el entrecejo y se encogió de hombros hacia los hombres. A continuación señaló el dibujo

de Richard y la mujer y volvió a señalar al este. Con las palmas de las manos alzadas a ambos lados de los hombros, se encogió de hombros e hizo muecas para indicar que no entendía.

El hombre de la melena plateada lanzó a Chase una triste mirada mientras suspiraba. Señaló la tercera mujer, la que no tenía una «X», tras lo cual se volvió y cogió una cuerda de un hombre situado detrás de él. Luego se arrolló la cuerda alrededor del cuello, contempló al ceñudo Chase y señaló el dibujo de Richard. Cuando Chase alzó de nuevo la mirada, y los ojos de ambos se encontraron, el hombre barro tensó de golpe la cuerda y señaló al este. Seguidamente tocó con el palo el dibujo de Kahlan, arrastró los dedos por las mejillas desde los ojos, como si llorara, y señaló al norte.

Chase se puso tan bruscamente de pie que fue como si diera un brinco. Estaba pálido.

—Se lo llevó —susurró—. Esa mujer capturó a Richard y se lo llevó hacia la Tierra Salvaje.

—¿Qué significa eso, Chase? ¿Por qué no fue Kahlan con él? —preguntó Rachel.

El guardián la miró. La niña notó un nudo en el estómago al contemplar el gesto de extraña serenidad de Chase.

—Fue a buscar ayuda —contestó éste—. Fue a Aydindril en busca de Zedd.

Nadie dijo nada. Chase miró al este mientras enganchaba el pulgar en la gran hebilla de plata de su cinturón.

—Queridos espíritus, si realmente Richard se dirigió a la Tierra Salvaje, haced que vaya al norte —musitó para sí—. No dejéis que vaya al sur, o ni siquiera Zedd podrá ayudarlo.

—¿Qué es la Tierra Salvaje? —preguntó Rachel, apretando con fuerza la muñeca.

—Un lugar muy malo, pequeña. Un lugar muy muy malo —repuso Chase, con la mirada fija en el cielo que se oscurecía.

Su voz, tan calmada y grave, puso la carne de gallina a Rachel.

Zedd notó cómo los músculos del lomo del caballo se flexionaban bajo su cuerpo cuando se agachó para evitar una rama y frenó un poco al animal. Zedd siempre montaba a pelo. Si tenía que montar un caballo, prefería que el animal se sintiera lo más libre posible. Le parecía lo más justo. La mayoría de los caballos apreciaban la consideración que les mostraba, especialmente el que montaba en esos momentos.

Había regalado la silla de montar y demás arreos a un hombre llamado Haff. Haff tenía las orejas más grandes que Zedd hubiese visto jamás. Parecía un milagro que un hombre con esas orejas descomunales hubiese encontrado esposa. Pero tenía esposa, además de cuatro hijos, y parecía necesitar los arreos más que Zedd. No para montar, por supuesto, sino para venderlos. Soldados del ejército de D'Hara se le habían llevado la cosecha y todo lo que tenía almacenado.

Era lo mínimo que Zedd podía hacer. Después de todo, Rachel estaba empapada hasta los huesos, y Haff les había ofrecido un sitio seco en el que dormir, aunque se tratara de un destartalado y pequeño granero, y su esposa les había ofrecido sopa de calabaza, muy aguada eso sí, sin pedir nada a cambio. Una silla de montar valía la expresión que se pintó en el rostro de Chase cuando Zedd anunció que no tenía hambre.

Pero el fornido guardián comió por tres y no debió haberlo hecho. Ese invierno habría mucha hambre. Haff no podría obtener por los arreos lo que realmente valían, no con el hambre que se extendía como un oscuro viento antes de la tormenta. Pero tal vez conseguiría lo suficiente para aguantar lo peor del invierno.

Zedd vio cómo Chase metía una moneda en el bolsillo de cada uno de los cuatro niños cuando creyó que nadie miraba, mientras les ordenaba en un tono que hubiese hecho palidecer a un hombre hecho y derecho, pero que por alguna extraña razón a los niños sólo les hizo sonreír, que no miraran hasta que él se hubiera marchado. Zedd confiaba en que no fuese oro. El guardián del Límite era capaz de oler a un ladrón a mucha distancia y, probablemente, decirte su nombre, pero en lo que se refería a los niños no pensaba con la cabeza.

Haff preguntó receloso qué tendría que hacer a cambio de los arreos, y Zedd le respondió que debería jurar lealtad eterna a la Madre Confesora y al nuevo lord Rahl de D'Hara, los cuales habían puesto fin a cosas como que los soldados robaran a los campesinos. El hombre se quedó mirándolo, con sus enormes orejas asomándole por debajo de un ridículo sombrero de lana con una borla a cada lado, que justamente fijaban la atención donde no era necesario, y dijo, muy convencido:

—Hecho.

Era un pequeño comienzo; la lealtad de un hombre a cambio de una silla de montar. Ojalá todo fuera tan sencillo. Pero eso había ocurrido hacía semanas, y ahora estaba solo.

El dulce olor de un fuego alimentado con ramas de abedul llegó hasta él a través de la densa vegetación, y también la yegua alzó la nariz mientras avanzaba con cautela por la estrecha senda. El aire estaba quieto, y en la creciente oscuridad las sombras invadían el serpenteante camino. Antes de ver la cabaña, Zedd oyó el estrépito: muebles volcados, ollas y sartenes que se estrellaban y fuertes maldiciones. La yegua alzó las orejas hacia tanto alboroto. Zedd la tranquilizó con una palmadita en el cuello.

La cabaña de paredes de madera ennegrecida por el paso del tiempo y un tejado en el que se acumulaban capas y más capas de helecho y hojas de pino secas se alzaba algo alejada de los inmensos árboles, entre toscos troncos oscuros a la mortecina luz del atardecer. El mago desmontó junto a los helechos marrones y muertos que se extendían delante de la casa a modo de jardín. El caballo lo miró cuando Zedd se acercó para rascarle debajo de la mandíbula.

—Sé buena chica y ve a buscarte algo que comer. —Colocándole un dedo bajo el mentón, obligó al animal a alzar la cabeza—. Pero no te alejes demasiado, —La yegua relinchó. Con una sonrisa, Zedd le acarició el hocico gris—. Buena chica.

En el interior de la cabaña sonó un grave gruñido interrumpido por airados chasquidos. Algo pesado se estrelló con fuerza contra el suelo, acompañado por un rudo juramento en un idioma extranjero.

—¡Fuera de aquí, bestia inmunda!

Zedd sonrió al oír el familiar sonido de esa voz ronca. La yegua se alejó varios metros para pastar en matas de hierba seca, alzó la cabeza mientras masticaba y, a cada sonido sordo que resonaba en la casa, se volvía para mirar.

Zedd recorrió como si tal cosa el curvo sendero que conducía a la casa. En dos ocasiones se detuvo y giró sobre sí mismo para admirar la belleza del bosque de alrededor. Parecía imposible que reinaran tanta calma y paz en un paraje que había sido el paso entre uno de los lugares más peligrosos del mundo: el Límite. Aunque ahora el Límite ya no existía, el bosque seguía siendo un sereno refugio imbuido de una tranquilidad casi palpable que Zedd sabía que no era natural. Era el fruto de la habilidad de la mujer que en esos mismos instantes soltaba maldiciones tan atrevidas que harían sonrojarse incluso a un lancero sandariano.

Zedd había visto cómo uno de esos lanceros maldecía a su propia reina hasta dejarla sin sentido. Desde luego, eso le había valido la soga. Ni el verdugo se libró de sus insultos, aunque se vengó causándole una muerte lenta. Pero eso dio oportunidad al lancero de soltar una última maldición tan vulgar como elocuente. Los demás lanceros consideraron que había valido la pena.

Por su parte, la refinada reina jamás llegó a recuperarse del todo y, desde aquel momento, siempre se sonrojaba al ver a uno de sus lanceros, y una de sus doncellas tenía que abanicarla con todas sus fuerzas para evitar que se desmayara. Probablemente los habría hecho colgar a todos, de no haber sido porque salvaron el trono, por no mencionar su delicado cuello, en más de una ocasión. Pero eso sucedió hacía mucho tiempo, en otra guerra.

Zedd juntó las manos a la espalda e inspiró hondo, saboreando el aire limpio y fresco. Entonces se inclinó, arrancó una rosa silvestre ya marchita y, con un soplo de magia, le devolvió el frescor. Los pétalos amarillos se desplegaron y se hincharon con nueva vitalidad. El mago cerró los ojos, la olió con una profunda inspiración y, con aire indolente, se la prendió de la túnica, encima del pecho. No tenía prisa alguna.

No era prudente interrumpir a una hechicera en una de sus rabietas.

A través de la puerta abierta se oyó una maldición más seria, al mismo tiempo que el objeto de la ira de la hechicera al fin era expulsado. Con un porrazo propinado por el extremo romo de un hacha, la criatura salió volando por la puerta. La pequeña bestia, semejante a un armadillo, aterrizó sobre su espalda, a los pies de Zedd. Agitándose, emitía chasquidos y gruñidos, mientras sus garras hendían el aire, tratando de darse la vuelta. No parecía que el hacha ni el breve vuelo ni el accidentado aterrizaje le hubieran afectado.

Una repugnante lapa chupasangre. Era el mismo tipo de bestia que se había pegado al tobillo de Adie en una ocasión. Cuando una lapa chupasangre se adhería a su víctima, no había modo humano de quitársela de encima. Se aferraba con las garras a la carne y hundía los colmillos hasta el hueso, chupando la sangre con esa boca arrugada y llena de dientes. Mientras quedara algo de sangre para seguir alimentándose, no soltaría a la víctima, y su armadura los protegía.

Adie había tenido que cortarse con un hacha el pie al que se le había enganchado una lapa chupasangre; era el único modo de salvarse. Cuando pensaba en ello, a Zedd se le revolvía el estómago. Después de contemplar un momento a la bestia que yacía a sus pies, el mago le dio una patada despreocupadamente, arrojándola bastante lejos. La criatura aterrizó sobre las patas y se internó con andar patoso en el bosque, en busca de una presa más fácil.

Zedd alzó la vista hacia la figura que lo contemplaba enfadada desde el umbral con sus ojos completamente blancos. Aún respiraba con agitación. Llevaba una túnica del mismo color de arpillera clara que él, pero, a diferencia del mago, la suya estaba adornada con cuentas rojas y amarillas cosidas al cuello formando los tradicionales símbolos de su profesión. Adie puso los brazos en jarras. Su expresión ceñuda no disminuía ni un ápice la belleza de sus facciones.

No obstante, seguía empuñando el hacha en una mano, lo cual era un signo inquietante. Sería mejor no plantearle directamente lo que quería.

—No deberías jugar con las lapas chupasangre, Adie. Así es como perdiste el pie la última vez, ¿recuerdas? —dijo Zedd a modo de saludo, sonriendo. Cogió la rosa amarilla que llevaba prendida al pecho, y sus delgados labios sonrieron aún más, formando arrugas más profundas en su rostro—. ¿Tienes algo para comer? Me muero de hambre.

La mujer se quedó mirándolo fijamente, inmóvil, tras lo cual deslizó el hacha hasta el suelo y apoyó el mango contra la pared, justo dentro.

—¿Qué haces tú aquí, mago?

Zedd subió el diminuto porche y la saludó con un florido gesto. Cuando se irguió de nuevo, le ofreció la rosa como si se tratara de una joya de incalculable valor.

—No podía seguir alejado más tiempo de vuestros tiernos brazos, mi querida señora —repuso, con la más irresistible de las sonrisas.

—Mentira —afirmó Adie, clavando en él sus ojos blancos.

Zedd carraspeó y le acercó más la flor, al tiempo que pensaba que quizá le convenía practicar más esa sonrisa.

—¿Es estofado eso que huelo?

Sin apartar los ojos del mago, Adie aceptó la flor y se la prendió en la recta cabellera negra y gris que le llegaba a la mandíbula. Realmente era una mujer hermosa.

—Justo.

Las suaves y delgadas manos de la mujer cogieron la suyas, y una leve sonrisa iluminó su faz surcada por finas arrugas.

—Me alegro de volver a verte, Zedd. Durante un tiempo temí que no te vería nunca más. Pasé muchas noches sudando, sabiendo qué sucedería si fracasabais. Cuando llegó el invierno y la magia del Destino no lo arrasó todo, supe que habíais vencido.

A Zedd lo animó comprobar que su mejor sonrisa no había caído en saco roto, pero fue cauto en su respuesta.

—Rahl el Oscuro ha sido derrotado.

—¿Y Richard y Kahlan? ¿Están a salvo?

—Sí —contestó Zedd, henchido de orgullo—. De hecho, Richard fue quien derrotó a Rahl el Oscuro.

—Me parece que hay algo más.

El mago se encogió de hombros, tratando de quitar importancia al asunto.

—Es una larga historia.

Aunque los labios de Adie esbozaban aún una leve sonrisa, sus ojos blancos parecían taladrar el alma del mago.

—Hay una razón por la que has venido. Y me temo que no me va a gustar.

Zedd retiró las manos y se apartó algunos mechones de su blanco y rebelde cabello ondulado, al tiempo que fruncía el entrecejo.

—Cáspita, mujer, ¿vas a darme algo de ese estofado sí o no?

Finalmente, Adie apartó sus blancos ojos de él y entró en su casa.

—Creo que hay bastante, incluso para ti. Entra y cierra la puerta. No quiero ver ninguna otra lapa esta noche.

Lo había invitado. Bien. Todo salía a pedir de boca. El mago se preguntó cuánto tendría que revelarle. Esperaba que no todo. Ser mago a veces implicaba utilizar a los demás, y lo peor era cuando uno les tenía cariño o los amaba.

Mientras Zedd la ayudaba a enderezar las sillas y la mesa así como a recoger las ollas y las bandejas de hojalata esparcidas por el suelo, empezó a contarle lo sucedido desde la última vez que se vieran. Empezó por la angustiosa experiencia de atravesar el paso contando sólo con la escasa protección del hueso que la misma Adie le había entregado para ocultarlo de las bestias. Zedd aún llevaba ese hueso colgado de una delgada cinta de cuero alrededor del cuello. No había creído necesario deshacerse de él después de haber cruzado.

La mujer escuchó sin hacer comentarios, mientras Zedd desgranaba el relato y, al llegar a la caída de Richard en manos de una mord-sith, no se volvió para mostrarle la cara, aunque el mago vio que los músculos de los hombros se le tensaban un segundo. Zedd puso especial énfasis en contar cómo Rahl el Oscuro había arrebatado a Richard la piedra noche que Adie había entregado al joven para que pudiera ver en el paso.

—Esa piedra casi me mata —declaró enfadado el mago a la espalda de la mujer, que justo recogía una bandeja del suelo—. Rahl el Oscuro la usó para atraparme en el inframundo. Me escapé por los pelos. Casi causas mi muerte al darle esa piedra a Richard.

—No seas lerdo —se mofó de él Adie—. Eres suficientemente listo para salvarte. Si no hubiera dado la piedra noche a Richard, habría muerto en el paso, y entonces Rahl el Oscuro habría ganado y ahora mismo te estaría torturando. Al darle la piedra a Richard, te salvé la vida.

—Esa piedra era peligrosa —protestó el mago, blandiendo hacia ella el hueso de la pierna de algún tipo de bestia—. No deberías ir por ahí dando cosas tan peligrosas como si fueran caramelos. No sin avisar antes, al menos. —Zedd estaba en su derecho de sentirse indignado, pues la maldita piedra lo había atraído al inframundo. Lo menos que podía hacer Adie era fingirse arrepentida.

Zedd siguió explicando cómo Richard escapó, aunque llevaba una red que lo rodeaba y ocultaba su identidad, y cómo las cuadrillas habían atacado a Chase, Kahlan y a él mismo. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para controlar la voz mientras le contaba lo que habían estado a punto de hacerle a Kahlan, y cómo ésta había conjurado el Con Dar y había matado a sus atacantes. Acabó contándole cómo Richard había engañado a Rahl el Oscuro para que abriera la caja equivocada, y cómo la magia del Destino había matado a Rahl por ese error. Zedd sonrió para sí cuando le contó cómo Richard había hallado el modo de superar el poder de Kahlan —aunque sin darle detalles, pues debía seguir siendo un secreto— y que ahora eran libres para amarse y vivir felices para siempre.

El mago se sintió satisfecho de haber podido contarle la historia sin ahondar demasiado en sucesos más dolorosos, pues no deseaba revivirlos. Adie no le hizo preguntas, pero se acercó a él y le puso una mano en el hombro al tiempo que le decía lo aliviada que se sentía de que todos hubieran sobrevivido y vencido.

Después de explicarle lo ocurrido, al menos tanto como quería explicarle, Zedd guardó silencio y se dedicó a apilar los huesos en el rincón que Adie le indicó. Por el modo en que estaban esparcidos, la lapa debió de haber buscado refugio entre ellos. Un error fatal.

No era de extrañar que la gente llamara a Adie la mujer de los huesos, pues poco más tenía en la casa. Su vida parecía consagrada a ellos. Una hechicera que poseía tal fijación por los huesos era una idea inquietante. Zedd no vio señales de pociones, ni de polvos ni de los habituales fetiches ni de los objetos típicos que sabía que podía esperar de una mujer con su talento mágico. Zedd sabía qué investigaba Adie, pero no por qué.

Normalmente, las hechiceras estaban sólo interesadas en los seres vivos. Pero Adie estudiaba cosas oscuras y peligrosas. Cosas muertas. Por desgracia, eso era exactamente lo que él también hacía. Zedd suponía que si uno quería saber algo sobre el fuego, por ejemplo, tenía que estudiarlo, aunque se corría el riesgo de quemarse. Al mago le disgustó la analogía desde el mismo instante en que se le ocurrió.

—Si no quieres que te entren lapas, Adie, deberías mantener la puerta cerrada —dijo a la hechicera, después de colocar en la pila el último hueso.

Pero su ceñuda expresión, perfectamente adecuada a la ocasión, de nada sirvió, pues Adie siguió colocando la leña de nuevo en el cubo situado al lado de la chimenea.

—La puerta estaba cerrada, y el cerrojo puesto —replicó secamente con su voz áspera, como si pretendiera marchitar el ceño no visto—. Ya es la tercera vez.

»Antes, las lapas nunca se acercaban a mi casa —prosiguió, mientras recogía un hueso escondido detrás de un trozo de leña, se erguía y se lo entregaba al mago—. Ya me ocupaba yo de que no lo hicieran. —La mujer bajó la voz como si pretendiera amenazar a quien pudiera estar escuchándola. Entonces tendió al mago, agachado en el suelo junto al montón, una gruesa costilla blanca—. Pero ahora, desde poco antes del invierno, se acercan. Los huesos ya no los ahuyentan. No sé por qué.

Adie llevaba mucho tiempo viviendo en el paso y nadie como ella conocía sus peligros, sus peculiaridades y sus rarezas. Nadie sabía mejor que ella cómo estar seguro allí, cómo vivir en el límite entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, al borde mismo del inframundo. Claro que, ahora, el Límite ya no existía, y debería ser un lugar seguro.

Zedd se preguntó qué otras cosas pasaban, pero ella se las ocultaba: las hechiceras nunca revelaban todo lo que sabían. ¿Por qué seguía viviendo allí, pese a las cosas extrañas y peligrosas que sucedían alrededor? Todas las hechiceras eran tercas como mulas, sí señor.

Adie cruzó la habitación iluminada sólo por el fuego. Cojeaba ligeramente.

—¿Encendemos una luz?

Detrás de ella, Zedd hizo un gesto con la mano hacia la mesa. La lámpara se encendió sola, sumando un suave resplandor al del fuego que ardía en la gran chimenea construida con lisas piedras de río, y que ayudó a iluminar las oscuras paredes de la habitación. En todas ellas se veían huesos blancos. Un estante situado de lado a lado de una pared se desbordaba con los cráneos de peligrosas bestias. Muchos de los huesos habían sido convertidos en objetos ceremoniales, con otros se habían hecho colgantes decorados con plumas y cuentas, y en otros se habían grabado símbolos antiguos. Otros tenían encantamientos trazados en la pared en torno a ellos. Era la colección más extraña que Zedd había visto jamás.

—¿Por qué cojeas? —le preguntó el mago, señalándole el pie con un huesudo dedo.

Adie lo miró de soslayo mientras se detenía y cogía un cucharón que colgaba de un gancho a un lado de la chimenea.

—El nuevo pie que me diste era demasiado corto.

Zedd apoyó una mano sobre una huesuda cadera, mientras que con los enjutos dedos de la otra se acariciaba el lampiño mentón, observando el pie de Adie. No había notado que no fuese suficientemente largo cuando lo hizo crecer de nuevo y tuvo que marcharse poco después.

—Tal vez podría alargar un poco el tobillo —pensó en voz alta. Retiró una mano del mentón e hizo un florido gesto en el aire—. Serían iguales.

—No, gracias. —Adie lo miró desafiante por encima del hombro mientras removía el guiso.

—¿No te gustaría tenerlos los dos iguales? —inquirió Zedd, muy extrañado.

—Te agradezco que me dieras de nuevo mi pie. La vida es mucho más sencilla ahora. No me daba cuenta de lo mucho que odiaba la muleta. Pero el pie está bien como está. —La mujer se llevó a los labios el cucharón llenó de estofado caliente y sopló.

—Aún sería más sencilla la vida si fuesen iguales.

—He dicho que no. —Adie probó el guiso.

—Cáspita, mujer, ¿Por qué no?

Adie golpeó repetidamente el cucharón contra el borde de la olla de hierro, y a continuación volvió a colgarlo de su gancho, tras lo cual cogió una lata abollada que estaba situada en la repisa de la chimenea y la abrió.

—No quiero revivir de nuevo ese dolor —respondió en voz baja y menos áspera de lo habitual—. De haber sabido lo que me esperaba, hubiese preferido vivir el resto de mi vida con un solo pie. —La mujer metió la mano dentro de la lata, cogió un puñado de una mezcla de cinco especias y lo espolvoreó sobre el estofado.

Zedd se tironeaba la oreja. Tal vez Adie tenía razón. Casi la había matado al darle de nuevo el pie. Zedd no había esperado lo que ocurriría; cómo reaccionaría Adie a toda la magia que usó con ella. No obstante, había tenido éxito y logró quitarle el dolor de los recuerdos, pese a no saber aún sobre qué versaban esos recuerdos. Pero debería haber contado con que Adie seguramente tenía recuerdos muy dolorosos.

Debería haberse guiado por la Segunda Norma de un mago, pero lo había cegado el deseo de hacer algo bueno por ella. Así solía suceder con la segunda norma: que uno no era consciente que la estaba violando.

—Adie, tú conoces el precio de la magia casi tan bien como un mago. Además, te compensé, por el dolor me refiero. —Zedd sabía que no sería necesaria tanta magia para alargar un poco el tobillo como había sido necesaria para que el pie volviera a crecer, pero, después de lo que había sufrido, comprendía su renuencia—. Tal vez tienes tú razón. Tal vez ya he hecho bastante.

—¿Qué te trae por aquí, mago? —le preguntó, posando de nuevo en él sus ojos blancos.

—Quería verte —repuso Zedd, con una sonrisa de pícaro—. Eres una mujer que no es fácil olvidar. Y quería explicarte cómo Richard había vencido a Rahl el Oscuro. Que habíamos vencido. —Dándose cuenta de que no la convencía, preguntó—: ¿Por qué crees que las lapas chupasangre se acercan a tu casa?

—No lo sé —repuso Adie, con un suspiro—. Das tantos rodeos como un borracho que anda en todas direcciones excepto en la que tiene que ir. —Con un rápido gesto de la mano hacia la mesa, indicó que pusiera los cuencos—. Cuando el primer día de invierno llegó y pasó, supe que habíamos ganado. Si Rahl hubiera vencido, no habría tanta paz. Pero debo reconocer que me alegro de volver a ver tus viejos huesos.

»¿Qué te trae por aquí, mago? —repitió, con voz más baja y más áspera aún si cabe.

Zedd se encaminó tranquilamente hacia la mesa, contento de eludir por un momento el escrutinio de esos ojos blancos.

—No has contestado todavía, Adie. ¿Por qué crees que las lapas se acercan a tu casa?

—Creo que vienen por la misma razón que tú: para causar problemas a una pobre vieja. —La voz de Adie sonaba más profunda, áspera y dura, casi enfadada.

—Mis ojos no ven a ninguna vieja; sólo a una mujer muy hermosa.

Adie contempló la amplia sonrisa del mago, sacudiendo impotente la cabeza.

—Me temo que tienes una lengua más peligrosa que una lapa chupasangre.

—¿Se habían acercado tanto antes? —preguntó Zedd, tendiéndole un cuenco.

—No. —La mujer se volvió y empezó a servir el estofado—. Cuando el Límite aún existía, las lapas permanecían en el paso junto con otras bestias. Cuando cayó dejé de verlas durante un tiempo, pero con la llegada del invierno volvieron. No es normal. Creo que algo va mal.

Zedd le cambió el cuenco vacío por el lleno, que se acercó a la nariz para inhalar su aroma.

—Es posible que, cuando el Límite cayó para siempre, ya no hubiera nada que las retuviera y simplemente cruzaron el paso.

—Es posible, sí. Cuando el Límite desapareció, la mayoría de las bestias desaparecieron con él de regreso al inframundo. Otras quedaron libres y escaparon a nuestro mundo. No vi lapa alguna hasta que llegó el invierno, hace casi un mes. Me temo que ha ocurrido algo que las ha traído de vuelta.

Zedd sabía perfectamente qué había ocurrido, pero se lo calló. En vez de eso, preguntó:

—Adie, ¿por qué no te marchas? Ven conmigo a Aydindril. Podríamos...

—¡No! —Adie enmudeció de pronto, como sorprendida por su propia voz. Entonces se alisó la túnica, esperó hasta que la ira hubiera desaparecido de su rostro, cogió de nuevo el cucharón y siguió sirviendo—. No. Éste es mi hogar.

Zedd la contempló en silencio afanarse sobre la olla. Cuando acabó, llevó su cuenco a la mesa, lo dejó y fue a buscar una hogaza de pan oculta tras una cortina a rayas azules y blancas encima del mostrador de la cocina. Con el pan señaló la otra silla vacía. Zedd dejó su cuenco sobre la mesa y se sentó, remangándose primero la túnica y doblando las piernas bajo él. Adie se sentó en la otra silla, frente a él, y le cortó una gruesa rebanada de pan que empujó en su dirección con la punta del cuchillo. Sólo entonces lo miró a los ojos.

—Por favor, Zedd, no me pidas que abandone mi hogar.

—Sólo estoy preocupado por ti, Adie.

—Mentira —declaró la mujer, mientras sumergía un pedazo de pan en su cuenco.

Zedd la miró bajo sus pobladas cejas y cogió la rebanada de pan que le correspondía.

—No es ninguna mentira.

—«Sólo» es mentira. —Adie comía con la cabeza gacha.

Zedd empezó a comer con ganas el estofado.

—Hmmm. Está francamente delicioso —masculló con un pedazo de carne demasiado caliente en la boca. Adie le agradeció el cumplido con una inclinación de cabeza. Zedd comió hasta acabarse el cuenco, y luego él mismo fue a la chimenea a servirse más.

Al regresar a la mesa, abarcó con un gesto de la mano toda la habitación, señalando con la cuchara.

—Tienes un hogar muy agradable, Adie. Realmente agradable, sí señor. —Se sentó, aceptó la rebanada de pan que Adie le ofrecía y luego apoyó los codos encima de la mesa, con lo que las mangas se le bajaron, y partió el pan en dos—. Pero creo que no deberías vivir aquí tú sola. No con todas esas lapas que rondan la casa. ¿Por qué no vienes conmigo a Aydindril? —sugirió, señalando al norte con el pan—. Es un lugar precioso. Te gustaría. Y hay mucho espacio. Kahlan te permitiría vivir donde tu quisieras. Vaya, podrías incluso vivir en el alcázar.

—No —repuso Adie, con los ojos clavados en la comida.

—¿Por qué no? Nos lo pasaríamos muy bien. Una hechicera puede pasárselo en grande en el alcázar. Hay libros y...

—He dicho que no.

Zedd la observó comerse el estofado. Entonces se arremangó más, y la imitó. Pero no pudo comer mucho rato. Casi enseguida dejó la cuchara dentro del cuenco y la miró.

—Adie, hay más. No te lo he contado todo.

—Supongo que no esperarás que finja sorpresa. No finjo nada bien —replicó Adie, y siguió comiendo.

—Adie, el velo está rasgado.

La mano de la mujer se quedó inmóvil a medio camino de la boca. Pero no lo miró.

—Bah. ¿Qué sabrás tú del velo? No tienes ni idea de lo que hablas. —La cuchara completó el trayecto.

—Sé que está rasgado.

Adie pescó del cuenco el último trozo de patata.

—Hablas de cosas imposibles, mago. El velo no puede estar rasgado. Cálmate, mago —le dijo, levantándose y cogiendo su cuenco vacío—. Si el velo estuviera rasgado, habría muchas más lapas chupasangre de las que preocuparnos.

Zedd se volvió, colocó una mano en el respaldo de la silla y observó cómo Adie cojeaba hacia la olla que colgaba encima del fuego en la chimenea.

—La piedra de Lágrimas está en este mundo —anunció en voz baja.

Adie se detuvo. El cuenco cayó al suelo, su repiqueteo resonó en el completo silencio, y luego rodó lejos. La hechicera sostenía las manos ante ella como si aún lo aguantara. Tenía la espalda rígida.

—No digas tal cosa en voz alta a no ser que estés completamente seguro —susurró—. A no ser que estés dispuesto a jurarlo por tu honor de Primer Mago. A no ser que estés dispuesto a ofrecer tu alma al Custodio en caso de que mientas.

—Que el Custodio se lleve mi alma ahora mismo, si miento. La piedra de Lágrimas está en este mundo; la he visto —afirmó Zedd, clavando en ella sus intensos ojos color avellana.

—Que los espíritus nos protejan —susurró débilmente Adie, que seguía inmóvil—. Cuéntame qué estupidez has hecho, mago.

—Adie, ven y siéntate. Primero quiero que me digas qué estás haciendo aquí, viviendo en el paso, o lo que antes era el paso. ¿Qué has estado haciendo tanto tiempo viviendo en la frontera del inframundo y por qué te niegas a marcharte?

—Eso no es cosa tuya —replicó la hechicera, dando bruscamente media vuelta para mirarlo. Con una mano se agarraba la falda de la túnica.

Zedd se puso de pie apoyándose con una mano en el respaldo de la silla.

—Adie, debo saberlo. Es muy importante. Debo saber qué has estado haciendo por si puedo serte de alguna ayuda. Sé perfectamente el dolor con el que vives. Lo he visto, ¿recuerdas? No sé qué lo causó, pero sí sé que es muy profundo. Te pido que compartas esa historia conmigo. Te pido, como amigo, que confíes en mí. Por favor, no me obligues a ordenártelo como Primer Mago.

Adie alzó los ojos hacia los suyos al oír esta última frase. El destello de ira se apagó y, finalmente, asintió.

—Muy bien. Tal vez me lo he guardado sólo para mí durante demasiado tiempo. Tal vez será un alivio poder compartirlo con alguien... con un amigo. Tal vez, después de lo que oirás, ya no querrás que te ayude. Pero, si aún lo quieres, espero que me cuentes todo lo ocurrido. Todo —insistió, amenazándolo con un dedo.

—Lo prometo —dijo Zedd, con una leve sonrisa de aliento.

Adie cojeó hasta su silla. Justo cuando se sentaba, el cráneo más grande de los colocados en el estante de pronto se cayó al suelo. Ambos se quedaron mirándolo. Zedd lo recogió con ambas manos. Con sus delgados dedos acarició unos colmillos afilados y curvos, tan largos como su mano. Por la base

era plano, o sea que no podía haber rodado del estante. Mientras Adie miraba, Zedd volvió a colocarlo en su sitio.

—Últimamente parece que los huesos sólo quieren estar en el suelo —comentó Adie, con su áspera voz.

Zedd regresó a su silla después de examinar ceñudo el cráneo.

—Dime por qué tienes tantos huesos y qué haces con ellos; todo. Empieza por el principio.

—Todo. —Adie cruzó los brazos sobre el regazo y, por un momento, pareció a punto de salir corriendo por la puerta—. Es una historia muy triste.

—Jamás repetiré ni una sola palabra que me digas, Adie.

22

La mujer inspiró hondo y empezó a contar.

—Nací en Choora, una ciudad situada en Nicobarese. Mi madre no poseía el don de la hechicería, pero mi abuela sí. Mi madre daba gracias a los espíritus de que el don hubiera saltado una generación, pero al mismo tiempo sentía amargura hacia ellos por habérmelo dado a mí.

»En Nicobarese todos los poseedores del don eran objeto de odio y desconfianza. Se creía que el don era aliado no sólo de los flujos de poder del Creador, sino también del Custodio. Incluso quienes usaban su poder para hacer el bien eran sospechosos de ser poseídos. Sabes qué son, ¿verdad?

—Sí —repuso Zedd, mientras se cortaba un pedazo de pan—. Son quienes se entregan al Custodio y le juran fidelidad. Se esconden tanto en la luz como en las sombras, le sirven y trabajan para alcanzar sus fines. Puede ser cualquiera. Algunos le sirven durante años, en secreto, esperando que los llame. Y, cuando eso sucede, cumplen la voluntad del Custodio.

»Son conocidos también por otros nombres, pero todos son agentes del Custodio. Le han prestado juramento. Algunos libros los denominan agentes. Puede ser gente importante, como Rahl el Oscuro, que desempeñan importantes labores. Pero otras veces son personas corrientes, las cuales se ocupan del trabajo sucio. Los poseedores del don, como Rahl el Oscuro, raramente se convierten al Custodio. Y tampoco es sencillo conseguirlo con personas normales, por lo que hay pocos.

—¿Rahl el Oscuro era un poseído? —inquirió Adie, muy sorprendida.

—Él mismo me lo confesó. Me dijo que era un agente. Las palabras cambian, y yo he oído muchas distintas, pero todos son servidores del Custodio.

—Son unas noticias muy peligrosas.

—Todas las que traigo son por el estilo —replicó el mago, que rebañó con el pan lo que quedaba de estofado—. ¿Qué me decías de tu abuela Lindel?

—Cuando mi abuela era joven, se mataba a las hechiceras por cualquier adversidad del destino: enfermedad, accidentes, niños que nacían muertos, etc. Eran injustamente acusadas de ser poseídas. Algunas poseedoras del don, injustamente perseguidas, lucharon con todas sus fuerzas. Pero eso sólo sirvió para engendrar más odio y para confirmar los temores de muchos habitantes de Nicobarese.

»Al final se firmó una tregua. Los líderes de Nicobarese aceptaron dejar en paz a las hechiceras con la condición de que demostraran que no eran poseídas. Para ello, debían jurar por su alma que jamás usarían su poder sin permiso de las autoridades, por ejemplo, de los representantes del rey en su ciudad. Era un juramento al pueblo de Nicobarese de que no usarían el don y no atraerían así la atención del Custodio.

—¿Por qué creía esa gente que las hechiceras eran poseídas? —preguntó Zedd, después de tragar un bocado de estofado.

—Porque es más fácil echar la culpa a una mujer por los problemas que admitir la verdad, y es más satisfactorio acusar que maldecir lo desconocido. Los poseedores del don pueden usar su poder para hacer el bien, pero también para hacer el mal. Y, puesto que puede usarse para hacer el mal, muchos creen que, en parte, ese poder procede del Custodio.

—Supersticiones estúpidas —sentenció Zedd.

—Como bien sabes, la superstición no necesita estar anclada en la verdad. Una vez que echa raíces, crece como un árbol fuerte aunque torcido.

Zedd asintió de mala gana.

—Así pues, ¿ninguna hechicera usaba su poder?

—No. A no ser que fuese para el bien común, y siempre que solicitaran antes permiso a los representantes del rey en su ciudad. Todas las hechiceras debían comparecer ante las autoridades y jurar por su alma que se doblegarían a los deseos del pueblo. Era un juramento solemne de que no usarían su poder para nada sin el consentimiento de las autoridades.

Zedd dejó la cuchara en el cuenco, asqueado.

—Pero poseían el don. ¿Cómo podían abstenerse de usarlo?

—Lo usaban, pero sólo en privado. Nunca donde pudieran ser vistas y nunca en otra gente.

Zedd se recostó en la silla y meneó la cabeza en signo de silencioso asombro hacia la Primera Norma de un mago y lo que la gente estaba dispuesta a creer. Adie prosiguió:

—La abuela Lindel era una mujer severa y ya anciana que vivía sola. Siempre se negó a enseñarme cómo usar el don. Su consejo fue que lo olvidara. Y, desde luego, mi madre tampoco podía enseñarme nada. Así pues fui aprendiendo sola a medida que crecía y el don iba creciendo conmigo, aunque era plenamente consciente de estar haciendo algo perverso. Casi cada día me lo repetían. Me decían que usar el don de un modo no permitido equivalía a exponerse a la contaminación del Custodio, y yo lo creía. Tenía miedo de ir en contra de lo que me habían enseñado; era un fruto del árbol de la superstición.

»Un día, cuando tenía ocho o nueve años, estaba con mis padres en la plaza de la ciudad en un día de mercado. Al otro lado de la plaza empezó a arder un edificio. Una niña de mi edad, más o menos, se quedó atrapada por las llamas en el primer piso. La niña gritaba pidiendo socorro. Pero nadie podía llegar hasta ella, pues el edificio estaba en llamas. Yo no podía soportar esos gritos de terror y empecé a llorar. Quería ayudar. —Adie cruzó las manos en el regazo y bajó la vista hacia la mesa—. Apagué el fuego y salvé a la niña.

Zedd se quedó contemplando la plácida expresión de la hechicera, con los ojos clavados en la mesa.

—Supongo que, excepto la niña y sus padres, nadie te dio las gracias.

—Nadie. Todos sabían que poseía el don, por lo que supieron que había sido cosa mía. Mi madre se echó a llorar, y mi padre apartó la mirada de mí. No podía mirarme; a sus ojos, yo era un agente del mal, del Custodio.

»Alguien fue a buscar a la abuela Lindel, que era muy respetada porque jamás había roto su juramento. La abuela vino y me llevó a mí y a la niña ante los representantes del rey. La abuela Lindel le pegó, y la niña gritó un buen rato.

—¿Golpeó a la niña? Pero ¿por qué? —inquirió Zedd, incrédulo.

—Por permitir que el Custodio la usara para incitarme a usar el don. —Adie suspiró—. Esa niña y yo nos conocíamos y éramos amigas, más o menos. Pero, después de eso, jamás volvió a dirigirme la palabra.

»Luego, la abuela Lindel me desnudó delante de todos esos hombres y me azotó hasta quedar cubierta por verdugones y sangre —siguió contando Adie, abrazándose el abdomen—. Grité más que la niña a la que había salvado del fuego. Después me obligó a desfilar desnuda y ensangrentada por la ciudad hasta su casa. La humillación fue peor que los golpes.

»Al llegar a su casa, le pregunté cómo podía ser tan cruel. Ella me miró con esa arrugada cara suya y, enfadada, me repuso: "¿Cruel? ¿Cruel, niña? No has recibido ni un azote más de los que merecías. Y ni uno menos que los necesarios para impedir que esos hombres te condenaran a muerte".

»Entonces me hizo jurar: "Juro por mi esperanza de salvación que nunca usaré el don en otro, por ninguna razón, sin el permiso del rey o uno de sus representantes y juro que jamás usaré el don para hacer daño a nadie. Que el Custodio se lleve mi alma si miento". Luego me afeitó la cabeza, y me mantuvo calva hasta que me hice mujer.

—¿Calva? ¿Por qué?

—Porque en la Tierra Central, como sabes, la longitud del cabello de una mujer es el símbolo de su posición social. Era un modo de mostrarme a mí, y a todos los demás, que no había nadie más indigno

que yo. Había usado el don en público y sin permiso. Mi cabeza calva era un recuerdo constante de la ofensa que había cometido.

»Desde entonces viví con la abuela Lindel y sólo veía a mis padres muy de tarde en tarde. Al principio los eché mucho de menos. La abuela me enseñó a usar el don para que lo conociera bien y supiera qué no debía hacer.

»La verdad es que no me gustaba demasiado la abuela, pues era una mujer muy fría. Pero la respetaba. Era justa, a su manera. Si me castigaba, y lo hacía, era por incumplir sus normas. Me azotaba, pero nunca antes de cometer una infracción y de avisarme de lo que me ocurriría. Me enseñó y fue mi guía con el don, pero nunca tuvo un gesto amable. Era una vida dura, pero aprendí disciplina.

»Y, sobre todo, aprendí a usar el don. Siempre le estaré agradecida por ello, pues el don es mi vida. El don me ha permitido tocar algo más alto y más noble de lo que soy yo.

—Lo siento, Adie. —Aunque ya estaba saciado, Zedd empezó a comer otra vez estofado, ya frío, porque no sabía qué hacer.

Adie se levantó de la silla, anduvo hasta la chimenea y se quedó mirando las llamas un buen rato. Zedd esperó pacientemente que hallara las palabras.

—Cuando me hice una mujer pude dejarme crecer el pelo. A esa edad, era considerada una mujer muy atractiva —añadió, con una leve sonrisa.

—Sigues siéndolo, querida. —Zedd apartó el cuenco con el estofado, se reunió con ella frente al fuego y le colocó una mano sobre el hombro.

Adie la cubrió con la suya sin apartar los ojos de las llamas.

—Con el tiempo, me enamoré de un joven llamado Pell. No era un joven apuesto, pero bueno y noble, y conmigo se deshacía en amabilidad. Me habría traído el océano a cucharaditas si se lo hubiera pedido. Yo creía que el sol salía para que pudiera ver su rostro, y que la luna aparecía cada noche para saborear sus labios. Cada latido de mi corazón era para él.

»Él quería que nos casáramos, pero los representantes del rey en Choora, liderados por un hombre llamado Mathrin Galliene, tenían otros planes.

»Habían decidido casarme con un hombre de la ciudad vecina, el hijo del alcalde. —Adie retiró la mano y se agarró un puñado de túnica sobre el estómago—. Para la gente de Choora, yo era un premio. Consideraban que tener a una hechicera vinculada a la ciudad por el juramento era símbolo de la virtud de los habitantes de esa ciudad. La idea de entregarme a un hombre importante de una ciudad más grande despertaba gozo, excitación y expectativas. Sería el modo de unir ambas ciudades en muchos aspectos; uno de los principales era el aspecto comercial.

»Yo estaba desesperada. Acudí a la abuela Lindel y le supliqué que intercediera en mi favor. Le conté cuánto amaba a Pell y que no quería ser moneda de cambio en un trato comercial. Le dije que el don me pertenecía a mí, y que no debería usarse para convertirme en una esclava. Una hechicera no era una esclava. La abuela Lindel era una hechicera. Aunque su don era menospreciado, la gente la respetaba porque cumplía a rajatabla su juramento. No sólo la respetaban, sino que la temían. Le imploré ayuda.

—No me parece que fuera el tipo de persona que ayuda a nadie.

—No podía recurrir a nadie más. Me dijo que me marchara y no volviera hasta el día siguiente, para poder reflexionar. Fue el día más largo de mi vida. Cuando volví, me hizo arrodillarme frente a ella y repetir el juramento. Antes de hacerlo, me advirtió que más me valía ser completamente sincera, más que nunca, y eso que me hacía jurar a menudo. Me arrodillé y pronuncié el juramento con el firme propósito de cumplirlo.

»Al acabar, contuve la respiración y esperé. Seguía de rodillas. Ella bajó los ojos hacia mí y me miró con su habitual gesto agrio. Luego dijo: "Aunque eres de espíritu rebelde, te has esforzado por domarlo. La ciudad te ha exigido que juraras, y lo has hecho. Espero no vivir para ver el día que rompas ese juramento. Más allá de eso, no me debes nada. Yo me ocuparé de las autoridades y hablaré con Mathrin Galliene. Te casarás con Pell". Yo lloré contra el bordillo de su vestido.

Adie enmudeció, contemplando las llamas, perdida en sus lejanos recuerdos.

—Bueno, ¿te casaste con tu enamorado?

—Sí —susurró ella, con su áspera voz. La mujer cogió el cucharón del gancho y removió el estofado, mientras Zedd la miraba. Finalmente lo colgó de nuevo y añadió—: Durante tres meses, nuestra dicha fue absoluta.

Sus labios se movieron en silencio. Tenía la mirada perdida en la nada. Zedd le pasó un brazo por encima de los hombros y, dulcemente, la condujo de nuevo a la mesa.

—Siéntate, Adie. Te traeré una taza de té.

Cuando el mago regresó con dos tazas humeantes, Adie seguía sentada, con las manos juntas encima de la mesa y mirando hacia la nada. Zedd colocó una de las tazas en la delgada mano de la hechicera y se sentó frente a ella. No la presionó para que siguiera hasta que estuvo preparada.

—Un día —dijo al fin—, el día en que cumplía diecinueve años, Pell y yo fuimos a dar un paseo por el campo. Para entonces estaba embarazada. —La mujer levantó la taza con ambas manos y tomó un sorbo—. Pasamos el día paseando de granja en granja, pensando nombres para nuestro hijo, cogiéndonos de las manos y... bueno, ya sabes lo bobos que son dos jóvenes enamorados.

»Para regresar teníamos que pasar por delante del molino de Choora, situado a las afueras de la ciudad. Me pareció extraño que no hubiera nadie, pues siempre solía haber alguien. —Adie cerró los ojos unos momentos y dio otro sorbo al té—. Pero sí que había alguien. La Sangre de la Virtud nos esperaba.

Zedd los conocía. En las ciudades de cierta importancia de Nicobarese, la Sangre de la Virtud era un grupo de hombres armados que se dedicaban a perseguir poseídos y a erradicar el mal, o lo que ellos consideraban el mal. En otros países existían organizaciones similares con otros nombres, pero eran lo mismo. Todas tenían en común que no necesitaban pruebas. Un cadáver era la única prueba que necesitaban para demostrar que habían hecho un buen trabajo. Si afirmaban que ese cuerpo era el de un poseído, su palabra era ley. En las ciudades más pequeñas, la Sangre de la Virtud solían ser matones y camorristas que se tomaban la justicia por su mano. La Sangre de la Virtud era temida por todos, y con razón.

—Nos apresaron... —La voz se le quebró, pero sólo una vez—... y nos encerraron en habitaciones separadas en el sótano del molino. Estaba oscuro, y olía a humedad de la piedra y a grano molido. Yo no sabía qué le habían hecho a Pell. Tenía tanto miedo que ni me atrevía a respirar.

»Mathrin Galliene nos acusó a Pell y a mí de ser poseídos. Dijo también que no había aceptado desposarme con quien debía porque deseaba atraer la atención del Custodio sobre Choora. Ese verano, una enfermedad febril afectaba el país y había causado la muerte a muchas familias. Mathrin Galliene dijo que Pell y yo éramos los culpables de esa enfermedad. Yo lo negué y pronuncié el juramento para demostrarlo. —Adie dio vueltas a la taza entre los dedos, mirándola fijamente.

—Bebe, Adie. Te ayudará. —El mago había añadido una pizca de una hierba al té para que se relajara.

La mujer tomó un buen sorbo.

—Mathrin Galliene dijo que Pell y yo éramos poseídos, y que el cementerio estaba lleno de pruebas de ello. Añadió que lo único que quería era que ambos confesáramos, que reconociéramos la verdad. Los otros hombres de la Sangre gruñían como sabuesos alrededor de un conejo al que sólo esperaban destrozar. Yo estaba aterrorizada por Pell.

»Mientras me golpeaban, yo sabía que a él le estarían haciendo cosas mucho peores para que me acusara de ser una poseída. A la Sangre nada le gustaba más que dos personas que se amasen se acusaran de ser poseídos. No me querían escuchar cuando lo negaba. No escuchaban —repitió, alzando la mirada.

—No podrías haber dicho nada para detenerlos, Adie —le aseguró Zedd en voz baja—. Da igual lo que dijeras. Si caes en un cepo, no sirve de nada intentar hacer entrar en razón al acero.

—Lo sé. —La faz de la mujer era una máscara de calma que ocultaba una tormenta—. Podría haberlos detenido usando el don, pero eso iba en contra de todo lo que me habían enseñado y en lo que yo

creía. Si usaba el don, sería como demostrarme ante mí misma que esos hombres tenían razón. Hubiera sido como una blasfemia contra el Creador. Mientras esos hombres me golpeaban, estaba tan indefensa como una persona sin el don. Mientras gritaba, oía los chillidos de Pell, en otra habitación —dijo, después de apurar el té.

Zedd se acercó al fuego, cogió la tetera y volvió a llenarle la taza.

—No fue culpa tuya, Adie. No te mortifiques.

Mientras el mago se servía otra taza, Adie le lanzó una rápida mirada y siguió con la historia.

—Querían que acusara a Pell de ser un poseído. Yo me negué y les dije que, aunque me mataran, jamás diría eso.

»Mathrin se inclinó hacia mí y pegó su cara contra la mía. Aún puedo ver su sonrisa. Entonces me dijo: "Te creo, chica, pero no importa, porque de hecho no esperamos que seas tú quien acuse a Pell de ser un poseído. Lo que queremos es que él confiese que tú lo eres. Queremos que diga que eres una poseída".

»Entonces, los hombres me sujetaron, y Mathrin trató de verterme algo por la garganta. Me quemó la boca. Mathrin me tapaba la nariz. Tenía que tragarlo o asfixiarme. Yo quería asfixiarme, pero tragué sin quererlo. Fue como si hubiera tragado fuego y me quemara la garganta. No podía hablar ni emitir sonido alguno, ni siquiera gritar. Sólo sentía un ardiente dolor más intenso que el que jamás he vuelto a sentir. —La hechicera tomó un sorbo de té como si quisiera suavizarse la garganta.

»Luego, los hombres me llevaron donde estaba Pell y me ataron a una silla frente a él. Mathrin me sujetaba de modo que no pudiera moverme. El corazón se me rompió al ver lo que le habían hecho. Tenía la cara blanca como la cera. Le habían cortado casi todos los dedos, poco a poco. —Sus propios dedos apretaron la taza mientras revivía ese recuerdo.

»Mathrin dijo a Pell que había confesado que él era un poseído. Pell me miró sin poder creer esas palabras. Yo traté de gritar que era mentira, pero no podía emitir sonido. Entonces traté de negar con la cabeza, pero Mathrin me lo impidió.

»Pell les dijo que no los creía. Entonces, le cortaron otro dedo y le dijeron que lo hacían sólo porque yo lo había acusado. Sólo porque tenían mi confesión. Pell no apartaba los ojos de mí mientras temblaba y les decía que no los creía. Ellos le dijeron que yo había pedido que lo mataran porque era un poseído. Pero Pell seguía sin creerlos y declaró que me amaba.

»Entonces, Mathrin le dijo que yo lo había acusado de ser un poseído y que, si no fuese cierto, lo hubiera negado para que nos dejaran a ambos en libertad. Pero, según él, yo había jurado y perjurado que era cierto, que Pell era un poseído y que yo deseaba que muriera por ello. Pell me rogó a gritos que lo negara, gritaba mi nombre y me rogaba que dijera algo.

»Por mucho que lo intenté, no pude. La garganta me quemaba, y ya no tenía voz. Mathrin me sujetaba por el cabello, impidiendo que me moviera. Pell me miraba con los ojos desorbitados. Yo seguía en silencio.

»Entonces me dijo: "¿Cómo has podido hacerme algo así, Adie? ¿Cómo has podido acusarme de ser un poseído?", y se echó a llorar.

»Mathrin le pidió que me acusara de ser una poseída. Le prometió que, si lo hacía, lo creerían a él y no a mí, pues yo poseía el don, y lo dejarían libre. Pell susurró: "No la acusaré en vano para salvar la vida, ni siquiera aunque me haya traicionado". Esas palabras se me clavaron como un dardo en el corazón.

Mientras la mirada de Adie se perdía en la nada, Zedd se fijó en que una vela situada en la repisa detrás de la mujer se fundía formando un charco de cera. El mago percibía las olas de calor que irradiaban de ella. Entonces cayó en la cuenta de que estaba conteniendo el aliento, y lo soltó.

—Mathrin le rebanó el pescuezo —declaró Adie, sin andarse por las ramas—. Luego le cortó la cabeza y la sostuvo delante de mí. Dijo que era culpa mía, por seguir al Custodio. Entonces ordenó a sus

hombres que me aguantaran la cabeza hacia atrás y me mantuvieran los ojos abiertos, y vertió en ellos el líquido ardiendo.

»Me quedé ciega. En esos momentos, algo ocurrió dentro de mí. Mi Pell ya no estaba, había muerto pensando que lo había traicionado, y yo estaba a punto de perder la vida. De pronto, me di cuenta de que todo eso era sólo culpa mía por haberme aferrado a un juramento. Había perdido a mi enamorado por un estúpido juramento fruto de la ignorancia y la superstición. Ya nada importaba; mi vida ya no tenía sentido.

»Usé el don. Descargué mi ira. Rompí el juramento de que jamás usaría el don para hacer daño a nadie. Aunque no podía ver, sí que podía oír, y oí cómo su sangre salpicaba en las paredes de piedra. Pero no tenía suficiente. Hice pedazos a todo ser vivo que hubiese en esa habitación, ya fuera hombre o ratón. Como no podía ver, destruí cualquier vida que percibí. No sabía si alguien habría escapado. En cierto modo, me alegraba de estar ciega, pues, en caso de ver lo que estaba haciendo, no podría haber llegado hasta el final.

»Cuando alrededor todo fue quietud y muerte, recorrí a tientas la habitación para contar los cadáveres. Faltaba uno.

»Luego me arrastré hasta casa de la abuela Lindel. No sé aún cómo fui capaz de llegar; supongo que el don me guió. Cuando me vio, se puso furiosa. Me obligó a ponerme en pie y me preguntó si había roto el juramento.

—Pero no podías hablar. ¿Cómo le respondiste? —la interpeló Zedd, muy interesado.

—La agarré por el pescuezo con la fuerza del don y la estrellé contra la pared —replicó Adie, con una leve sonrisa—. Entonces, me acerqué a ella y asentí. Yo estaba furiosa y trataba de estrangularla. Ella luchó contra mí con todo su poder. Pero yo era mucho más fuerte. Hasta ese momento, no había imaginado que el don no era igual para todos. La abuela Lindel estaba tan indefensa como una muñeca de trapo.

»Pero, por mucho que deseara matarla por haberme preguntado eso antes que ninguna otra cosa, no pude hacerlo. La solté y caí al suelo; no podía seguir teniéndome en pie. Ella se acercó a mí y empezó a curarme las heridas. Me dijo que había hecho mal al romper el juramento, pero que lo que me habían hecho a mí era un mal mucho peor.

»Nunca más volví a tener miedo de la abuela Lindel. No porque me ayudara, sino porque había roto el juramento. Después de eso, las leyes que había aprendido ya no me retenían, y además sabía que era más fuerte que ella. Desde ese día, fue ella la que me tuvo miedo a mí. Creo que me ayudó para que me recuperara y me marchara cuanto antes.

»Unos pocos días más tarde, la abuela Lindel llegó a casa y me dijo que los representantes del rey la habían citado para interrogarla. Así supe que todos los hombres del molino, todos los miembros de la Sangre de la Virtud habían muerto, excepto Mathrin. Él había escapado. La abuela dijo a las autoridades que no me había visto. Ellas la creyeron o fingieron creerla, porque no deseaban enfrentarse a ella y a una hechicera que había matado a tantos hombres de una manera tan brutal. Así pues, la dejaron en paz.

Adie pareció relajarse un poco. Estudió un momento la taza de té y luego tomó otro sorbo. Entonces le tendió la taza, y Zedd le sirvió un poco más. El mago deseó haber vertido también hierbas relajantes en su propio té. Las necesitaría para escuchar el final de la historia.

—Perdí al niño.

—Lo siento mucho, Adie.

—Lo sé. —La hechicera lo miró a los ojos, y le cogió una mano entre las suyas—. Lo sé. —Entonces le soltó la mano para proseguir—. La garganta sanó, pero me dejó esta voz como de hierro que rasca sobre roca —dijo. Se acarició brevemente el cuello con los dedos y luego los entrelazó.

—A mí me gusta tu voz. El hierro va bien contigo.

Por el rostro de Adie pasó el fantasma de una sonrisa.

—Pero mis ojos no corrieron la misma suerte. Estaba ciega. La abuela Lindel no era tan fuerte como yo, pero era anciana y había visto hacer muchos trucos con el don. Ella fue quien me enseñó a ver sin los ojos. No es lo mismo, pero, en ciertos aspectos, es mejor. En ciertos aspectos veo más.

»Una vez curada, la abuela me pidió que me marchara. No quería vivir con alguien que hubiera violado el juramento, ni siquiera aunque fuese de su misma sangre. Temía que eso le causara problemas, ya fuera por parte del Custodio, por haber roto el voto, o por parte de la Sangre de la Virtud.

—¿Y hubo problemas? —preguntó Zedd, recostándose en la silla y estirando un poco los músculos.

—Oh, sí —siseó Adie, alzando las cejas e inclinándose hacia adelante—. Mathrin Galliene se encargó de causarlos. Se presentó con veinte miembros de la Sangre de la Virtud pagados por la corona. Eran mercenarios, hombres muy fornidos de aspecto fiero y sin piedad alguna. Llegaron montados a caballo en perfecta formación. Iban armados con espadas, escudos, estandartes y lanzas que sostenían todos en el mismo ángulo. Todos llevaban una cota de mallas y peto pulido que relucía con el emblema de la corona repujado en él, y yelmos con plumas rojas que se balanceaban al cabalgar. Todos los caballos eran blancos.

»De pie en el porche observaba con los ojos del don cómo rompían filas ante mí con precisión perfecta, como si actuaran delante del mismo rey. A una leve señal del comandante, todos los caballos se detuvieron formando una línea perfecta. Estaban desplegados ante mí, prestos, ansiosos por ejecutar su truculento trabajo. Mathrin esperaba detrás de ellos, mirando. El comandante me gritó: "Estás arrestada bajo la acusación de ser una poseída, y serás ejecutada por ello".

»Entonces pensé en Pell, en mi Pell. —Adie alzó la cabeza, ahuyentando los espectros de la memoria, y sus ojos se posaron en los de Zedd. Su expresión se endureció para añadir:

»Ninguna espada abandonó su funda, ninguna lanza fue alzada, ningún pie tocó el suelo antes de morir. Los abatí a todos, de izquierda a derecha, uno a uno, hombres y caballos, rápida como un pensamiento. Bum, bum, bum. Los maté a todos excepto al comandante. Inmóvil sobre su caballo blanco y con expresión impenetrable, fue viendo cómo todos sus hombres caían al suelo a ambos lados.

»Al acabar, cuando el último escudo dejó de repiquetear, lo miré a los ojos y le dije: "Las armaduras de nada sirven contra una verdadera poseída. Ni contra una hechicera. Sólo sirven contra gente inocente". Luego le di un mensaje para que se lo transmitiera al rey de parte de una hechicera llamada Adie. En tono firme y sereno, me preguntó qué mensaje era ése. "Dile que si envía a alguien más de la Sangre de la Virtud para prenderme, será la última orden que dé en su vida", le dije. El comandante me miró un momento sin asomo de emoción en sus fríos ojos, tras lo cual dio media vuelta al caballo y se marchó sin mirar atrás.

»Mi abuela me dio la espalda —dijo, bajando la mirada hacia la mesa—. Me dijo que abandonara su hogar y que nunca más regresara.

Zedd no pudo evitar estremecerse al pensar que Adie era una hechicera con el poder suficiente para matar a tantos hombres de ese modo. Era insólito que una hechicera poseyera un don tan poderoso.

—¿Y Mathrin? ¿Lo mataste?

—No —respondió con una leve sonrisa desprovista de humos—. Me lo llevé conmigo.

—¿Que te lo llevaste?

—Lo uní a mí. Uní su vida a la mía de modo que siempre supiera dónde me hallaba y cada luna nueva se viera impelido en contra de su voluntad a presentarse ante mí. Así pues, debía seguirme para poder llegar hasta mí cada luna nueva.

Zedd estudió con el entrecejo fruncido los posos del té.

—En una ocasión conocí a un mendigo en Winstead, la capital de Kelton y residencia real. Se llamaba Mathrin. Recuerdo que le faltaban los dedos de una mano y estaba ciego. Sus ojos habían sido... —Zedd fijó de pronto la mirada en los ojos de Adie. La mujer lo observaba—. Le habían arrancado los ojos.

—Así es. —De nuevo, la faz de la mujer era una máscara de hierro—. En cada luna nueva se presentaba ante mí, y yo le cortaba algo. Quería que sus gritos llenaran el vacío que sentía dentro.

—Así pues, ¿te estableciste en Kelton? —Zedd agarró con fuerza el tablero de la mesa. Hierro, sin duda.

—No. No me establecí en lugar alguno. Iba de un lado para otro en busca de mujeres con el don, hechiceras que me ayudaran en mis estudios. No encontré a ninguna que poseyera un conocimiento profundo de lo que a mí me interesaba, pero cada una sabía algo que las demás ignoraban.

»Mathrin me seguía, y cada nueva luna venía a mí, y yo lo mutilaba. Deseaba que viviera para siempre para que su sufrimiento no tuviera fin. Él era quien me había golpeado con los puños en el vientre y me había hecho perder el hijo de Pell. Él era quien había matado a Pell. Él era quien me había dejado ciega.

Sus ojos blancos brillaban a la luz de la lámpara. De nuevo, su mirada se perdió en la nada.

—Él era quien hizo creer a Pell que lo había traicionado. Quería que Mathrin Galliene sufriera para siempre.

—¿Cuánto... —Zedd hizo un vago gesto con la mano—... duró?

—No lo suficiente y demasiado —suspiró Adie. Zedd frunció el entrecejo—. Un día se me ocurrió algo: nunca había usado el don para impedir a Mathrin que se suicidara. ¿Por qué seguía viniendo a mí? ¿Por qué permitía que lo hiciera sufrir de un modo tan atroz? ¿Por qué no ponía fin a todo eso? Así pues, la próxima vez que vino y le corté algo más, también corté el vínculo que nos unía. Ya nada lo obligaba a presentarse ante mí. Pero lo hice de modo que no se diera cuenta, para que simplemente me olvidara, si quería.

—¿Y no lo volviste a ver nunca más?

—Ojalá. Creí que nunca más volvería a verlo, pero a la siguiente luna nueva regresó. Regresó, aunque no tenía por qué hacerlo. Me quedé helada mientras me preguntaba por qué. Decidí que había llegado el momento de que pagara con su vida lo que me había hecho a mí, a Pell y a tantos otros. Pero, antes de morir, tendría que darme algunas respuestas.

»En el curso de mis viajes había aprendido muchas cosas. Cosas que pensaba que nunca llegaría a utilizar. Pero esa noche las utilicé. Las usé para averiguar cuál era la tortura que Mathrin más temía. Era un truco que permitía averiguar los temores, pero no otros secretos. Contra su voluntad, las palabras escaparon de su boca, revelándome sus más arraigados miedos.

»Esa noche y todo el día siguiente, lo dejé con el alma en vilo, mientras iba a buscar las cosas que necesitaba, aquello que más temía. Cuando al fin regresé con ello, casi se volvió loco de terror. Sus temores estaban bien fundados. Le exigí que confesara su secreto, pero se negó.

»Vacié el saco y coloqué las jaulas y las otras cosas frente a él, desnudo y desvalido como estaba en el suelo. Las levanté una a una, las sostuve delante de su rostro ciego y se las fui describiendo; le fui diciendo qué contenía cada pequeña jaula, cesta o tarro... Una vez más, le pedí que confesara. Mathrin sudaba, jadeaba y temblaba, pero dijo que no. Creía que me echaba un farol, que me faltaban arrestos. Se equivocó.

»Me armé de valor y le hice vivir sus peores pesadillas.

Zedd frunció la frente. Finalmente, la curiosidad pudo al temor.

—¿Qué le hiciste?

—Eso es algo que no pienso decirte. De todos modos, no es importante —replicó Adie, que alzó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Mathrin se negó a confesar y sufrió tanto que estuve a punto de dejarlo varias veces. Pero entonces recordaba la última cosa que mis ojos habían visto antes de que me dejara ciega: cómo Mathrin sostenía ante mí la cabeza de Pell. —La hechicera tragó saliva, y su voz se hizo tan baja que Zedd apenas podía oírla—. Y también recordaba las últimas palabras de Pell: «No la acusaré en vano para salvar la vida, ni siquiera aunque me haya traicionado».

Adie cerró por un momento los ojos. Cuando los abrió, prosiguió:

—Mathrin estaba al borde de la muerte, y yo creía que ya no iba a confesar por qué se había mantenido cerca de mí. Pero justo antes de morir se serenó, pese a lo que le había hecho. Y entonces dijo que confesaría, porque iba a morir y porque ése había sido su plan. Yo le pregunté una vez más por qué regresaba siempre a mí.

»Él se inclinó hacia mí y me dijo: "¿No lo sospechas, Adie? ¿No tienes ni idea de lo que soy? Soy un poseído. Durante todo este tiempo, lo he sido en tus propias narices. Todo este tiempo me has mantenido cerca de ti, y así el Custodio sabía siempre dónde estabas. El Custodio codicia a los poseedores del don por encima de cualquier otra cosa". A mí ya se me había ocurrido alguna vez la posibilidad de que fuese un poseído. Le dije que había fracasado, que su plan no había servido de nada, porque al fin iba a morir por sus crímenes.

»Mathrin me sonrió, ¿lo puedes creer?, me sonrió y repuso: "Te equivocas, Adie. No he fracasado. He cumplido los deseos del Custodio. He llevado a cabo mi misión a la perfección. Te he obligado a hacer exactamente lo que el Custodio quería de ti; todo ha ocurrido según su plan. Y tendré mi recompensa. Yo fui quien provocó el incendio en el mercado cuando eras pequeña. Yo fui quien hizo esas cosas a Pell, pero no porque creyera que él o tú fueseis poseídos. Yo era el poseído. Lo hice para que rompieras tu juramento. Para que tu corazón se llenara con el odio del Custodio. Hacerte romper el juramento fue el primer paso, y mira todo lo que has hecho desde entonces. Mira lo que acabas de hacerme. Mira hasta qué punto te has acercado al Custodio. Ahora estás a su alcance. Es posible que no le hayas prestado juramento, pero cumples sus deseos. Te has convertido en aquello que odias. Te has convertido en mí; eres una poseída. El Custodio está muy complacido contigo, Adie, y te da las gracias por haberlo acogido en tu corazón". Dicho esto, Mathrin cayó muerto.

Adie se deshizo en llanto, hundiendo la cabeza en sus manos. Tras estirar las articulaciones, Zedd dio la vuelta a la mesa y la abrazó, sosteniéndole la cabeza contra su estómago, acariciándole el pelo y tratando de consolarla. Adie seguía llorando.

—No es así, querida. Nada de eso.

Pero la hechicera lloraba contra su túnica y sacudía la cabeza.

—Te crees muy listo, mago —sollozó—. Pero no lo eres tanto. Te equivocas en esto.

Zedd se arrodilló junto a su silla, la cogió de las manos y alzó la mirada hacia su afligido rostro.

—Soy suficientemente listo para saber que ni el Custodio ni uno de sus secuaces te darían la satisfacción de saber que has ganado la batalla contra ellos.

—Pero yo...

—Tú te defendiste. Atacaste, sí, y fuiste implacable, pero no por maldad, no por querer ayudar al Custodio.

Adie arrugó la frente en un esfuerzo por detener sus lágrimas.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que puedes confiar en alguien como yo?

—Totalmente —respondió Zedd, risueño—. No lo sé todo de ti, Adie, pero sí sé que no eres ninguna poseída. Tú eres la víctima, no la criminal.

—Yo no estoy tan segura —protestó la mujer, sacudiendo la cabeza.

—Tras la muerte de Mathrin, ¿seguiste matando? ¿Buscaste venganza atacando a inocentes?

—No, claro que no.

—Si hubieses sido un agente del Custodio, te habrías entregado a él, a sus deseos y te habrías dedicado a atacar a quienes lo combaten. Tú no eres ninguna poseída, querida. Me duele el corazón por todo lo que el Custodio te arrebató, pero no pudo con tu alma, sigue siendo tuya. Deja de lado esos temores.

El mago le apretó cariñosamente las manos. Adie no trató de retirarlas, sino que las dejó entre las suyas como si quisiera sumergirse en el consuelo. Temblaba. Finalmente se enjugó las lágrimas.

—Sírveme un poco más de té, ¿quieres? —pidió—. Pero esta vez no le pongas nada raro o me quedaré dormida antes de acabar la historia.

Zedd arqueó una ceja. Adie se había dado cuenta. Se levantó y le dio unas palmaditas en el hombro. Le sirvió más té y luego cogió la silla y se sentó de nuevo, mientras ella bebía a sorbos la infusión. Después de vaciar media taza pareció que ya había recuperado el control.

—Aún se luchaba encarnizadamente contra D'Hara, pero el fin de la guerra era inminente. Sentía que el Límite se alzaba; sentía cómo crecía en este mundo.

—¿Y te instalaste aquí justo después de que se alzara el Límite?

—No. Primero estudié con un puñado de mujeres. Algunas me enseñaron ciertas cosas sobre huesos. —Adie se sacó un colgante de debajo de la túnica y manoseó el hueso pequeño y redondo, flanqueado por cuentas rojas y amarillas. Era idéntico al que le había dado a él para que cruzara el paso, y que Zedd aún llevaba al cuello—. Este hueso pertenece a la base de un cráneo como el de ese estante, el que ha caído antes al suelo. Es de una bestia llamada skrin. Los skrin son los guardianes del inframundo, más o menos como los canes corazón, pero ellos hacen guardia en ambas direcciones. El mejor modo de explicarlo es que forman parte del velo mismo, aunque tampoco es del todo exacto. En este mundo son sólidos y poseen una forma, pero en el otro mundo no son más que una fuerza.

—¿Una fuerza, dices?

—Justamente. Aunque no podemos verla, la fuerza está ahí. —Adie cogió la cucharilla y la dejó caer sobre la mesa—. Es la fuerza que hace que la cucharilla caiga en vez de flotar en el aire. No podemos verla, pero existe. Algo parecido sucede con un skrin.

»Muy raramente, mientras cumplen con su deber de repeler todo lo que se halla en la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos, son empujados hacia este mundo. Muy pocas personas conocen su existencia, pues eso ocurre en muy raras ocasiones. —Zedd frunció el entrecejo—. Es algo muy complejo. Ya te lo explicaré mejor en otra ocasión. Lo importante es que este hueso de skrin nos oculta de ellos.

Adie tomó otro sorbo de té, mientras Zedd se sacaba su colgante de debajo de la túnica y lo observaba.

—¿Y para cruzar el paso también debe ocultarte de otras bestias? —Adie asintió—. ¿Cómo supiste del paso? Yo alcé el Límite y no conocía su existencia.

—Tras abandonar la casa de mi abuela busqué a mujeres con el don, mujeres que pudieran enseñarme cosas sobre el mundo de los muertos —repuso Adie, haciendo girar la taza entre sus dedos—. Tras la muerte de Mathrin estudié con más ahínco y más apremio. Cada mujer sólo podía enseñarme lo poco que sabía, pero, por lo general, me remitían a otra que sabía más. Así recorrí la Tierra Central, yendo de una a otra, recogiendo conocimientos. Fui acumulando pequeñas piezas de saber y las fui uniendo. De este modo aprendí un poco sobre cómo interactúa el mundo.

»Pensé que poner una barrera entre diferentes partes de este mundo era como tapar una tetera y luego ponerla al fuego. Si no tenía una válvula, explotaría. Sabía que la magia era sabia y hallaría el modo de traer el inframundo hacia éste, un modo de equilibrar ambos lados de la frontera, de crear una especie de válvula: un paso.

Zedd enarcó una ceja y luego se frotó el mentón, sumido en sus reflexiones.

—Claro —dijo al fin—. Tiene sentido. Equilibrio. Toda fuerza, toda magia necesita equilibrio. Creé el Límite usando una magia que no comprendía del todo. La encontré en un antiguo libro escrito por los magos de antaño, que poseían más poder del que yo puedo imaginar. Si seguí sus instrucciones para alzar el Límite fue porque estaba desesperado.

—Me cuesta imaginarte desesperado.

—A veces la vida no es más que un acto desesperado tras otro.

—Tal vez tienes razón. Yo estaba desesperada por esconderme del Custodio. Recordaba vívidamente las palabras de Mathrin: que se había ocultado en mis propias narices. Pensé que el lugar

más seguro para ocultarme del Custodio sería donde jamás se le ocurriría mirar: en sus propias narices, en el límite de su mundo. Así fue como vine al paso.

»El paso no pertenece a nuestro mundo, pero tampoco es el inframundo. Es una mezcla de ambos. Un lugar donde ambos mundos bullen y se tocan. Gracias a los huesos pude ocultarme del Custodio. Ni él ni las bestias del inframundo podían verme.

—¿Ocultarte? —Realmente había en Adie más hierro que en la tetera que colgaba encima del fuego. O no la conocía en absoluto o se callaba algo. El mago la miró con severidad—. ¿Viniste aquí sólo para ocultarte?

Adie eludió esa mirada mientras manoseaba el huesecillo redondo del colgante y, al fin, se lo volvió a guardar bajo la túnica.

—No, no sólo por eso. Hice un juramento. Me juré a mí misma que hallaría el modo de ponerme en contacto con Pell para decirle que no lo había traicionado. —Tras tomar un largo sorbo de té, agregó—: He pasado la mayor parte de mi vida aquí, en el paso, buscando una manera de acceder al mundo de los muertos y decírselo, de ser parte de ese mundo.

—Adie, el Límite ha caído, el paso ya no existe. Adie, necesito que me ayudes en este mundo.

La mujer colocó los brazos sobre la mesa.

—Cuando me diste de nuevo el pie, todo lo que había ocurrido me volvió de nuevo, con tanta intensidad como si volviera a vivirlo. Recordé cosas que había olvidado hace mucho tiempo. Recordé penas que quizás el tiempo ha atenuado, pero que siguen ahí.

—Lo siento, Adie —susurró el mago—. Debería haber tenido en cuenta tu pasado, pero no imaginaba que habías pasado por tanto sufrimiento. Perdóname.

—No hay nada que perdonar. Me hiciste un maravilloso regalo al devolverme el pie. Tú no podías saber las cosas que había hecho. No fue culpa tuya. No sabías que soy una poseída.

—¿Crees que por haberte defendido de la maldad te has vuelto mala tú también? —Zedd la fulminó con la mirada.

—He cometido actos tan crueles que un hombre como tú no puede ni imaginarse.

—Ya. Deja que te explique una historia. Yo también amé una vez. También yo tuve un Pell, pero ella se llamaba Erilyn. El tiempo que pasamos juntos fue de dicha perfecta. —Una leve sonrisa asomó a sus labios mientras recordaba tiempos más felices. Pero la sonrisa pronto se esfumó—. Hasta que Panis Rahl envió una cuadrilla tras ella.

Adie alargó una mano y la posó sobre una del mago.

—Zedd, no es necesario que me...

Zedd descargó el otro puño sobre la mesa. Las tazas saltaron.

—No puedes imaginarte lo que esos cuatro le hicieron. —El anciano se inclinó hacia adelante, con el rostro ahora colorado y enmarcado por su melena blanca. Hacía rechinar los dientes—. Los perseguí. No sé qué le hiciste tú a Mathrin, pero comparado con lo que yo hice a cada uno de ellos seguro que fue un juego de niños. Luego fui a por Panis Rahl, pero, como no pude llegar a él, decidí atacar sus ejércitos. Por cada hombre que tú hayas matado, Adie, yo habré matado a un millar. Incluso los de mi propio bando me temían. Era la mano de la muerte. Hice todo lo necesario para detener a Panis Rahl, y quizá más.

»De haber algún hombre virtuoso, yo ciertamente no lo soy —añadió, sentándose de nuevo en la silla.

—Sólo hiciste lo que debías. Ello no te convierte en un hombre carente de virtud.

—Sabias palabras pronunciadas por una mujer sabia —repuso Zedd, enarcando una ceja—. Tal vez deberías aplicártelas a ti misma. —Adie se quedó en silencio. El mago se acodó en la mesa y, despreocupadamente, cogió la taza y la hizo rodar entre sus palmas, mientras continuaba explicando—: En cierto modo, tuve más suerte que tú. Pude disfrutar más tiempo de mi Erilyn y no perdí a mi hija.

—¿Panis Rahl no intentó matar también a tu hija?

—Sí. De hecho, creyó haberlo conseguido. Yo... conjuré un hechizo de muerte para que todos creyeran haber visto cómo moría. Era el único modo de protegerla, de evitar que siguieran intentando matarla hasta lograrlo.

—Un hechizo de muerte... —Adie susurró una bendición en su lengua materna—. Es algo muy peligroso. No te reprocho que lo hicieras, pues tenías un buen motivo, pero no es un hechizo que pase inadvertido a los espíritus. Fuiste afortunado de que funcionara y de poder salvarla. Tuviste mucha suerte de que los buenos espíritus estuvieran de tu lado ese día.

—Supongo que a veces cuesta saber dónde acaba la buena suerte y dónde empieza el infortunio. Crié a mi hija sin madre. Con el tiempo se convirtió en una joven muy hermosa.

»Rahl el Oscuro estaba junto a su padre cuando lancé el fuego de hechicero a través del Límite. Su padre murió, pero él también sufrió terribles quemaduras. Luego dedicó su vida al estudio para poder acabar lo que su padre había empezado y vengarse. Aprendió a atravesar el Límite. ¡Qué poco sospechaba yo que podía llegar a la Tierra Central!

»Violó a mi hija. Él no sabía quién era ella. Todo el mundo creía que mi hija había muerto, o si no seguro que él la habría asesinado. No la mató, pero le hizo mucho daño. —Zedd apretó las palmas, y la taza se hizo añicos. Entonces se miró las palmas de la mano para comprobar si se había cortado y se sorprendió de que no fuera así. Adie guardaba silencio.

»Después de eso, me la llevé a la Tierra Occidental para ocultarla y protegerla. No he sabido nunca si fue sólo mala suerte o si, de algún modo, al final el mal la atrapó, pero murió. Irónicamente, el fuego la mató. Pereció quemada cuando su casa ardió. Aunque siempre he sospechado que no fue una simple coincidencia, nunca he encontrado pruebas. Quizá, después de todo, los buenos espíritus no me acompañaban el día que conjuré el hechizo de muerte.

—Lo siento, Zedd —dijo Adie en un áspero susurro.

—Al menos me quedaba su hijo —repuso Zedd, rechazando la piedad que le ofrecía Adie con un gesto de la mano. Con un dedo fue empujando los fragmentos de la taza en un pequeño montón en el centro de la mesa—. El hijo de Rahl el Oscuro. El vástago de un agente del Custodio. Pero también fruto del vientre de mi hija y nieto mío. Una criatura inocente del crimen por el que fue engendrado. Un chico fantástico. Creo que lo conoces. Se llama Richard.

Adie dio un salto hacia adelante en la silla.

—¡Richard! ¿Richard es tu... —Entonces volvió a echarse hacia atrás, sacudiendo la cabeza—. Magos... Siempre con secretos —rezongó, pero enseguida suavizó el gesto—. Supongo que tenías un buen motivo para mantenerlo en secreto. ¿Tiene Richard el don?

—¡Y cómo! Ésa fue una de las razones por las que lo escondí en la Tierra Occidental. Temía que poseyera el don, aunque no estaba seguro, y quería alejarlo del peligro. Como tú misma has dicho, el Custodio codicia a los poseedores del don más que a ninguna otra persona. Sabía que si le enseñaba yo mismo a usar la magia, los ojos del peligro se posarían en él.

»Quería que creciera, que se convirtiera en un hombre de carácter antes de probarlo y, si tenía el don, enseñarle. Siempre sospeché que poseía el don, aunque a veces deseaba que no lo tuviera. Pero ahora tengo la certeza de que lo tiene. Lo usó para vencer a Rahl el Oscuro. Usó magia.

»Creo que ha heredado el don tanto de su abuelo como de su padre; de dos linajes de magos distintos —dijo en tono confidencial.

—Ya veo —fue todo lo que repuso Adie.

—Pero ahora mismo ésa es la menor de mis preocupaciones. Rahl el Oscuro usó las cajas del Destino; abrió una, que para él fue la equivocada. Y tal vez también para nosotros. En el alcázar hay libros que hablan de ello y advierten que, si se usa la magia del Destino, aunque quien lo haga cometa un error y pierda la vida, el velo puede rasgarse.

»Adie, mi conocimiento del inframundo no puede compararse con el tuyo. Tú lo llevas estudiando la mayor parte de tu vida. Necesito tu ayuda. Necesito que me acompañes a Aydindril para estudiar los

libros y ver qué puede hacerse. He leído muchos y apenas los entiendo. Quizá tú sí. Aunque sólo repares en un detalle que a mí se me escapa, podría ser esencial.

La hechicera miraba fijamente la mesa, con expresión agria.

—No soy más que una vieja. Una vieja que ha acogido en su corazón al Custodio.

Zedd la miró, pero Adie rehuyó su mirada. Entonces, el mago empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—¿Una vieja? No. Tonta, quizá. —Adie no replicó. No daba su brazo a torcer y seguía con los ojos clavados en la mesa.

Zedd se paseó por la habitación e inspeccionó los huesos que colgaban de las paredes. Estudió los talismanes de los muertos con las manos unidas detrás de su espalda.

—En ese caso, es posible que yo no sea más que un viejo, ¿no? Un viejo estúpido. Debería dejar que un hombre más joven que yo hiciera el trabajo. —Al echar un vistazo por encima del hombro vio que, por fin, Adie lo miraba—. Y cuanto más joven mejor, ¿no crees? ¿Por qué no un niño? Sí, sería lo mejor. Tal vez existe en alguna parte un niño de diez años que estaría encantado de impedir que el mundo de los muertos nos invada.

»Según tú, el conocimiento no es lo que importa, sino la juventud —sentenció, alzando ambas manos.

—Ahora sí que te estás comportando como un viejo estúpido. Ya sabes a qué me refiero.

Zedd regresó a la mesa y encogió sus entecos hombros.

—Si te quedas aquí sentada en esta casa en vez de ayudar con lo que sabes, será como si fueras lo que más temes: un agente del Custodio.

»Si no luchas contra él, lo estarás ayudando. —Zedd se apoyó con los nudillos en la mesa y la miró intensamente—. Ése ha sido su plan desde el principio. No convertirte a su causa, sino que tuvieras miedo de luchar contra él.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, sintiéndose cada vez más incómoda.

—Ya ha hecho todo lo que necesitaba, Adie. Ha logrado que te temas a ti misma. El Custodio posee una paciencia eterna. No necesita que trabajes para él. Convertir a un poseedor del don cuesta mucho esfuerzo. No valía la pena. No era preciso gastar energías innecesariamente.

»En algunos aspectos, podríamos decir que el Custodio es tan ciego para este mundo como nosotros lo somos para el suyo. Su influencia es limitada y debe elegir con cuidado lo que hace. No gasta frívolamente el poder que tiene sobre el mundo de los vivos.

—Tal vez no seas el viejo estúpido que creía —admitió Adie.

Adie sonrió mientras apartaba la silla y tomaba asiento.

—Ésa ha sido siempre mi opinión.

Con las manos en el regazo, Adie estudió el tablero de la mesa como si esperara que saltara en su ayuda. El único sonido en la casa era el lento crepitar del fuego en la chimenea.

—Durante todos estos años, he sido incapaz de ver la verdad que tenía bajo mis narices. ¿Cómo puedes ser tan sabio? —le preguntó con un frunce de asombro.

—Bueno, es una de las ventajas de haber vivido tanto tiempo. Tú te ves a ti misma como una vieja, pero yo veo una mujer atractiva y entrañable que ha aprendido mucho, tanto de otros como de las cosas que ha visto.

»Tu hermosura no es una máscara que esconde un corazón podrido, sino que florece de tu belleza interior —le dijo Zedd, que le quitó la rosa amarilla del pelo y se la ofreció.

Adie la aceptó y la dejó sobre la mesa.

—Tu labia no puede esconder el hecho de que he malgastado mi vida...

—No —la atajó Zedd, negando con la cabeza—. No has malgastado nada. Lo que ocurre es que aún no has visto la otra cara de la moneda. En la magia, como en todas las demás cosas, existe un equilibrio, si lo buscamos. El Custodio te envió un poseído para evitar que interfirieras en sus objetivos y para plantar en ti una duda que tal vez un día te llevaría hacia él.

»Pero, sin quererlo, su plan creó un cierto equilibrio. Viniste aquí para aprender del mundo de los muertos y poder ponerte en contacto con tu Pell. ¿Es que no lo ves? El Custodio te manipuló para que no interfirieras en sus planes, pero el equilibrio consiste en que has acumulado un conocimiento que puede ayudarnos a detenerlo. No te rindas a lo que te ha hecho. Contraataca con todo lo que, sin proponérselo, te ha dado.

Los ojos de Adie brillaron mientras paseaba la vista por toda la casa, fijándose en la pila de huesos, en las paredes cubiertas de talismanes de los muertos que había recogido con los años así como en los estantes llenos de ellos.

—Pero ¿y mi juramento? ¿Y Pell? Tengo que ponerme en contacto con él. Murió creyendo que lo había traicionado. Si no puedo redimirme ante sus ojos, estoy perdida, mi corazón está perdido. Y, en ese caso, el Custodio me encontrará.

—Pell está muerto, Adie. Muerto. El Límite y el paso ya no existen. Sabes mucho mejor que yo que, si el camino que has seguido durante todos estos años fuese el correcto, hace tiempo que habrías podido llegar hasta Pell. Si realmente quieres cumplir tu juramento, quedarte aquí no va a servirte de nada. Pero en Aydindril tal vez lo consigas.

»Ayudar a frustrar los planes del Custodio no significa que debas romper tu juramento. Si mi saber puede ayudarte en tu búsqueda, tuyo es. Del mismo modo que tú sabes cosas que yo ignoro, yo sé otras que tú desconoces. Después de todo, soy el Primer Mago. Tal vez pueda ayudarte. No creo que Pell quiera que le transmitas el mensaje de que no lo traicionaste si para ello debes traicionar al resto del mundo.

Adie cogió la flor amarilla y la hizo girar un momento entre el índice y el pulgar, antes de volverla a dejar. Entonces se agarró al borde de la mesa y se levantó. De nuevo paseó sus blancos ojos por toda la habitación.

Se compuso la túnica en las caderas, como si quisiera ponerse presentable, y rodeó la mesa cojeando hasta ponerse detrás de Zedd. El mago sintió sus manos en los hombros. De pronto, se inclinó hacia él, le plantó un beso en la coronilla y le alisó cariñosamente su rebelde melena. Zedd sintió un gran alivio de que los dedos de la mujer no le apretaran la garganta. Después de todo lo que le había dicho, no le hubiera extrañado.

—Gracias por escucharme y por ayudarme a dar un sentido a mi historia, amigo mío —dijo Adie—. Mi Pell y tú hubierais hecho buenas migas; ambos sois hombres de honor. Acepto tu palabra de que me ayudarás a ponerme en contacto con Pell.

Zedd se dio media vuelta en la silla y alzó el rostro. Adie le sonreía afablemente.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que cumplas tu juramento. Te lo juro.

La sonrisa de la mujer se hizo más amplia, mientras le alisaba un mechón rebelde de su blanca melena.

—Ahora háblame de la piedra de Lágrimas. Hemos de decidir qué hacemos al respecto.

23

—¿La piedra de Lágrimas? Está bien escondida.

—Bien. —Adie asintió una sola vez, con firmeza—. No es algo que deba correr con total libertad por el mundo. ¿Te has asegurado de que esté escondida en sitio seguro? —preguntó con inquietud.

Zedd se estremeció. No quería decírselo, pues sabía cuál sería su reacción, pero se lo había prometido.

—La puse en un colgante y ese colgante se lo entregué a una niña. No sé... dónde está ahora... exactamente.

—¡La tocaste! —Adie no salía de su asombro—. ¿Tocaste la piedra de Lágrimas? ¡Y encima se la colgaste al cuello a una niña!

De pronto, la hechicera agarró con fuerza inesperada el mentón de Zedd y se acercó a su rostro.

—¿Has colgado la piedra de Lágrimas, la misma piedra que se dice que el Creador colgó del cuello del Custodio para que no pudiera escapar del inframundo... esa piedra la has colgado del cuello de una niña pequeña? ¿Y después la dejaste ir?

—Bueno —se defendió Zedd, picado en su amor propio—, tenía que hacer algo con ella. No podía dejarla tirada por ahí.

Adie se golpeó la frente con la palma de una mano.

—Justo cuando me habías convencido de que eres un hombre sabio, me demuestras lo insensato que puedes llegar a ser. Queridos espíritus, salvadme de las manos en las que me he entregado.

—¿Qué querías que hiciera con ella? ¡Vamos, dime! —exclamó Zedd, poniéndose de pie.

—Bueno, desde luego no hubiera tomado una decisión tan a la ligera como tú. ¡Y jamás la habría tocado! ¡Pertenece a otro mundo! —Adie le volvió la espalda, mientras meneaba la cabeza y murmuraba algo en una lengua extraña.

—Resulta que no podía permitirme el lujo de reflexionar —dijo Zedd, alisándose la túnica—. Nos estaba atacando un aullador. Si la hubiera dejado allí...

—¡Un aullador! ¿Es que no me traes ninguna buena noticia, viejo mago? Pero eso no es excusa —le dijo, golpeándole el pecho con un dedo—. No deberías...

—¿Qué? ¿Haberla recogido? ¿Debería haberla dejado al alcance del aullador?

—Los aulladores son asesinos. No se encuentran aquí para coger la piedra.

—¿Cómo lo sabes? —Ahora fue el turno de Zedd de golpearla con el dedo—. ¿Estás completamente segura? ¿Hasta el punto de arriesgarlo todo, sabiendo que, si te equivocas, el Custodio se haría con la piedra? ¿Estás completamente segura, Adie?

—No —admitió al fin la mujer—. Supongo que no. Quizá tengas razón. No podías correr el riesgo de que el aullador la cogiera. Tal vez hiciste lo único posible. ¡Pero colgarla del cuello de una niña...

—¿Y dónde querías que la guardara? ¿En el bolsillo? ¿En el bolsillo de un mago? ¿En el bolsillo de un poseedor del don, que es donde el Custodio miraría primero? ¿O tal vez preferirías que la hubiera escondido en un lugar que sólo yo supiera, sabiendo que, si un poseído me pillara y me hiciera hablar, le diría dónde estaba?

Adie cruzó los brazos y masculló por lo bajo una maldición. Al fin, su expresión se suavizó.

—Bueno... tal vez...

—Tal vez nada. No tenía elección. Fue un acto desesperado. Hice lo único que podía hacer, dadas las circunstancias.

Adie soltó un cansado suspiro y asintió.

—Tienes razón, mago; era la única solución. Descabellada, pero la única posible. —La hechicera le dio palmaditas en el hombro y luego lo empujó suavemente hacia abajo—. Vamos, siéntate. Quiero mostrarte algo.

—Hubiera preferido hacer cualquier otra cosa, Adie —dijo Zedd con aire contrito, mirando cómo la mujer se dirigía a los estantes, cojeando—. Créeme.

—Lo sé. ¿Un aullador, has dicho? —Adie se detuvo y se dio media vuelta—. ¿Estás seguro de que era un aullador? —Por toda respuesta, Zedd enarcó una ceja—. Sí, claro que sí. Los aulladores son los asesinos del Custodio —prosiguió, preocupada—. Son de una lealtad inquebrantable y extremadamente peligrosos, pero no se distinguen por su inteligencia. Necesitan algo para saber quién es su presa, un modo de localizarla. No se les da nada bien el rastreo en nuestro mundo. ¿Cómo sabía el Custodio dónde estabas? ¿Cómo supo el aullador dónde encontrarte? ¿Cómo supo que debía perseguirte a ti?

—Ni idea. Estaba junto a las cajas abiertas, pero hacía ya horas que había sucedido. El Custodio no tenía modo de saber que seguía allí.

—¿Destruiste al aullador?

—Sí.

—Bien hecho. El Custodio no malgastará esfuerzos en enviar a otro, ahora que has demostrado que puedes vencerlos.

—¡Qué descanso! —exclamó Zedd en tono irónico—. El Custodio envió al aullador para eliminar una amenaza. Seguramente para que no siguiera interfiriendo, del mismo modo que trató de librarse de tu interferencia enviando a un poseído. Tienes razón, ahora que he demostrado que puedo vencer a los aulladores, ya no enviará a ningún otro. Enviará algo peor.

—Si es que realmente iba a por ti. —Adie rumió, tocándose el labio inferior con un dedo, mientras murmuraba para sí—. ¿Dónde estaba la piedra cuando la encontraste?

—Junto a la caja abierta.

—¿Y dónde apareció el aullador?

—En el mismo lugar donde estaban las cajas y la piedra.

—Es posible que sea como dices, que su misión fuese recuperar la piedra —razonó Adie, desconcertada—, pero no tiene sentido tratándose de un aullador. Me pregunto cómo te encontró. —Adie cojeó hacia los estantes—. Algo tuvo que guiarlo.

De puntillas escrutó el fondo del estante y fue apartando con cuidado varios objetos, hasta coger al fin el que buscaba. Sosteniéndolo en una mano, se volvió y lo dejó con cuidado sobre la mesa. Era apenas mayor que un huevo de gallina, redondo y oscurecido por el paso del tiempo, con una profunda pátina de un negro casi marrón en los huecos. Era una magistral talla de una bestia feroz hecha un ovillo, pero con unos ojos que taladraban al espectador en cualquier posición en que la sostuviera. Parecía hueso, y muy antiguo.

Zedd lo cogió y lo sopesó con cuidado. Era mucho más pesado de lo que parecía.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una mujer, una hechicera con la que pensaba estudiar, me lo entregó en su lecho de muerte. Me preguntó si sabía qué era un skrin, y yo le dije todo lo que sabía. La mujer suspiró aliviada y a continuación me dijo algo que me produjo un cosquilleo en toda la piel. Me dijo que me había estado esperando, como anunciaban las profecías. Entonces me dio esto y me comunicó que estaba tallado con el hueso de un skrin.

Adie hizo un gesto con la mano hacia las paredes y luego hacia la pila de huesos.

—Ahí, entre los demás huesos, tengo el esqueleto completo de un skrin. En una ocasión luché contra uno en el paso. Guardo sus huesos aquí. El cráneo está encima del estante. Es el que antes ha caído al suelo.

Adie posó uno de sus finos dedos sobre la esfera de hueso tallado que Zedd sostenía, mientras se inclinaba hacia él y le decía con su voz rasposa:

—La hechicera me dijo que debía ser custodiada por alguien que entendiera. Me dijo que poseía magia muy antigua, legada por los magos de tiempos pasados, posiblemente guiados por la mano del mismo Creador. Fue creada debido a las profecías.

»Me dijo que era el objeto mágico más importante que llegaría jamás a tener entre las manos, y además que estaba investido con más poder del que ella o yo llegaríamos a entender jamás. Añadió que se trataba de una talla hecha con hueso de skrin y fuerza de skrin, y que sería un talismán de gran importancia si algún día el velo llegaba a rasgarse.

»Yo le pregunté cómo usarlo, cómo funcionaba su magia y cómo había llegado a sus manos. Pero la excitación de mi llegada la había dejado agotada y tenía que descansar. Me dijo que volviera a la mañana siguiente y que me explicaría todo lo que sabía. Cuando volví, ya había muerto. —Adie me dirigió una significativa mirada—. Una muerte muy oportuna, ¿no crees?

Zedd había pensado lo mismo.

—¿Y no tienes ni idea de qué es o cómo usarla?

—No.

El mago ya estaba utilizando magia para alzar la figura en un cojín de aire. La esfera flotó, girando despacio. Los ojos delicadamente tallados de la bestia no dejaron de mirarlo, pese a que no dejaba de dar vueltas.

—¿Has tratado de usar algún tipo de magia con ella?

—Tenía miedo de probarlo.

Zedd alzó sus huesudas manos a ambos lados de la talla, que flotaba en el aire, y probó cautelosamente diferentes tipos de fuerza, diferentes tipos de magia, que rodeaban el redondo hueso y se deslizaban alrededor de él; probó y buscó con tiento una grieta, un escudo, un disparador de algo.

Era un objeto realmente insólito, pues reflejaba la magia como si ésta no hubiera tocado nada, como si no estuviera allí. Quizá se tratara de un escudo que nunca había visto antes. Aumentó la fuerza, pero ésta resbaló sobre la talla como un zapato de cuero nuevo sobre el hielo. Adie se retorcía las manos.

—Creo que no deberías...

La llama de la lámpara se extinguió, y de la mecha súbitamente muerta se levantó una delgada voluta de grasiento humo. La habitación quedó a merced de las titilantes sombras que proyectaba el fuego. Zedd miró la lámpara, ceñudo.

Un estrépito les hizo girar a ambos la cabeza con brusquedad. El cráneo rodó por el suelo hacia donde se hallaban sentados. A medio camino, se bamboleó y se detuvo, derecho. Las vacías cóncavas los miraron fijamente, mientras que los largos colmillos rozaban el suelo de madera.

La esfera de hueso tallada cayó a la mesa y rebotó dos veces. Tanto Zedd como Adie se levantaron.

—¿Qué estupidez has hecho, viejo mago?

—Yo no he hecho nada —se defendió Zedd, mirando fijamente el cráneo.

De los estantes cayeron más huesos. También los que colgaban de las paredes se estrellaban en el suelo con estrépito, y algunos rebotaban.

Zedd y Adie se volvieron al oír fragor a sus espaldas. El montón de huesos se desmoronaba y los huesos caían unos sobre otros. Algunos de ellos, como dotados de vida propia, se deslizaban por el suelo o rodaban hacia el cráneo. Una costilla que justamente se deslizaba por el suelo se quedó atrapada por la pata de una silla y giró sobre sí misma, pero continuó.

Al volverse hacia la mujer, Zedd vio que Adie corría hacia el estante situado encima del mostrador de la cocina, el cubierto con la cortina a bandas azules y blancas.

—Adie, ¿qué estás haciendo? ¿Qué pasa aquí?

Cada vez eran más los huesos que se reunían alrededor del cráneo.

—¡Vete! ¡Antes de que sea demasiado tarde! —gritó Adie, retirando de un tirón la cortina y arrancándola de los ganchos que la sujetaban.

—¿Qué está pasando?

La hechicera apartaba a un lado botes y tarros, que repiqueteaban entre sí, buscando a ciegas con los dedos en el estante. Algunas latas cayeron al suelo con un ruido sordo. Un tarro de cristal también cayó y se hizo pedazos contra el borde del mostrador. Sus brillantes añicos cubrieron la mesa y las sillas. La densa y oscura sustancia que contenía el tarro goteaba desde el borde del estante, arrastrando con él esquirlas de cristal, lo que le daba el aspecto de un puercoespín que se fundiera.

—¡Haz lo que te digo, mago! ¡Vete ya!

Zedd corrió hacia la hechicera, pisando trozos de cristal. De pronto se detuvo y echó un breve vistazo hacia el cráneo por encima del hombro.

Ahora estaba a la misma altura de sus ojos. Los huesos se reunían y se iban ensamblando debajo del cráneo, que se elevaba en el aire. Unas cuantas costillas se alinearon, las vértebras se pusieron en línea recta, las zarpas se colocaron en los extremos de las garras y los huesos de las piernas se alzaron a ambos lados de los flancos. También la mandíbula encajó con un chasquido, mientras el cráneo se levantaba hacia el techo.

Zedd giró en redondo hacia Adie, la agarró del brazo y tiró de ella. La hechicera se aferraba a un bote de pequeño tamaño.

—Adie, ¿qué está pasando?

—¿Qué ves tú? —le preguntó la mujer, alzando la cabeza hacia el cráneo, que ya rozaba el techo.

—¿Que qué veo? ¡Cáspita, mujer! ¡Veo un montón de huesos con vida propia!

Los hombros del skrin se encorvaron, mientras seguía creciendo con la suma de más huesos. Y más aún se deslizaban por el suelo en su dirección.

—Pues yo no veo huesos. Yo veo carne —dijo Adie.

—¡Carne! ¡Cáspita, Adie! Creí que lo habías matado.

—Dije que luché contra él. No sé si es posible matar a un skrin. Ni siquiera sé si están vivos. Pero tienes razón en algo, mago: en vista de que pudiste vencer a un aullador, el Custodio ha enviado esta vez algo peor.

—¿Cómo ha sabido que estábamos aquí? ¿Cómo lo sabía el skrin? ¡Se supone que todos esos huesos debían ocultarnos!

—No lo sé. No entiendo cómo...

Un brazo descarnado barrió el aire hacia ellos. Zedd se apartó con rapidez, tirando de la mujer hacia atrás. Los huesos no paraban de ensamblarse. Adie destapaba frenéticamente el tarro mientras Zedd la arrastraba con él al otro lado de la mesa. La tapa salió, cayó al suelo y se puso a girar como una peonza. El skrin se abalanzó sobre ellos y, de un puñetazo, hizo añicos la mesa.

La esfera de hueso tallada rebotó en el suelo. Zedd trató de cogerla con su magia, pero era tan difícil como tratar de atrapar una semilla de calabaza con los dedos grasientos. Entonces intentó recogerla creando un cojín de aire alrededor, pero se le escapó y rodó hasta un rincón.

El esqueleto del skrin se lanzó a por ellos. Zedd tiró de la mujer hacia atrás, y ambos se agacharon. Rápidamente, el mago hizo alzarse de nuevo a la hechicera mientras ella metía la mano en el pequeño tarro. El skrin había crecido tanto que no cabía en la casa y se movía despacio.

La bestia abrió las fauces como para lanzar un rugido, pero no emitió sonido alguno. No obstante, Zedd notó una explosión de aire que agitó su túnica y la hizo ondear como al viento.

Adie sacó la mano del tarro y lanzó al skrin un puñado de reluciente arena blanca.

Era arena de hechicero. La insensata poseía arena de hechicero.

El skrin retrocedió un paso, tambaleante, al tiempo que sacudía la cabeza. Pero, al instante, se recuperó y volvió a la carga. Zedd le lanzó una bola de fuego, pero ésta pasó entre los huesos. Las

lenguas de fuego líquido impactaron contra la pared del fondo, chisporrotearon y dejaron tras de sí una mancha de hollín. Puesto que el fuego de nada servía, el mago probó entonces con aire. Pero tampoco funcionó.

Mientras la bestia giraba para atacar de nuevo, Adie y Zedd se iban moviendo por la habitación. Zedd probó con diferentes elementos de magia, mientras tenía que estirar a Adie para que caminara. La mujer, sin hacer caso del peligro, volcó en la palma de la mano el resto de la arena de hechicero. Cuando el skrin lanzó otro rugido silencioso, la hechicera le arrojó la arena mientras pronunciaba un ensalmo en lengua extranjera. Sus palabras ahogaron la explosión de aire. El skrin pareció que aspiraba la chispeante arena blanca, sus mandíbulas se cerraron de golpe y echó la cabeza hacia atrás.

—Ya no tengo más —anunció Adie—. Espero que baste.

El skrin sacudió la testa y luego escupió la arena en forma de nube de chispas. De nuevo atacó. Zedd tironeó de la manga de Adie, y ésta retiró bruscamente el brazo. Zedd probó a arrojarle a la ósea bestia leños y sillas para distraerla mientras Adie corría para colocarse detrás. Pero todo lo que tiraba rebotaba en el skrin.

El mago hundió entonces una mano en un bolsillo y sacó un puñado de chispeante polvo. Con un rápido movimiento, lo lanzó hacia el centro del conjunto de huesos que tenía delante. Pero no funcionó mejor de lo que había hecho la arena de Adie. Era como si nada de lo que pudieran hacer distrajera a la bestia, que centró su atención en Adie. La hechicera arrancaba un antiguo hueso de la pared. De un extremo del hueso colgaban plumas, y del otro ristras de cuentas rojas y amarillas.

Zedd agarró uno de los brazos del skrin, pero éste se lo sacudió.

Cuando la bestia se movió tambaleante hacia la hechicera, ésta agitó el hueso en su dirección mientras conjuraba hechizos en su propia lengua. El skrin intentó morderla. Adie retiró la mano justo a tiempo de evitar que se la arrancara de cuajo, pero no así el talismán óseo, que se rompió por la mitad.

Era desesperante. Zedd no tenía ni idea de cómo combatir a un skrin y tampoco a Adie le iban nada bien las cosas. El mago se zambulló bajo la cabeza hacia ella, rodó sobre sí mismo y se puso en pie.

—¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí!

—No puedo irme. Guardo cosas de mucho valor.

—Agarra lo que puedas y vámonos ya.

—Coge el hueso redondo que te he enseñado.

Zedd trató de agacharse y lanzarse de cabeza hacia el rincón, pero el skrin intentó morderlo y rajarlo con sus zarpas. El mago se defendió lanzando ráfagas de todos los tipos de magia que conocía, pero, antes de darse cuenta, perdía terreno y no tenía adónde huir.

—¡Adie, tenemos que irnos!

—¡No podemos dejar aquí ese hueso! ¡Es importante para el velo!

Adie corrió hacia el rincón. Zedd intentó pararla, pero falló. El skrin también estuvo a punto de fallar, pero consiguió propinarle un tremendo zarpazo en un brazo. Adie gritó, mientras la bestia la lanzaba contra la pared, rebotaba y caía de bruces al suelo. Alrededor se estrellaron más huesos.

Zedd pudo coger el dobladillo de la túnica de Adie y la arrastró por el suelo, justo cuando la bestia arañaba con sus zarpas la pared y a punto estaba de darle en la cabeza. Adie arañó las tablas del suelo, intentando alejarse de Zedd y recuperar la esfera ósea del rincón.

El skrin retrocedió mientras lanzaba un silente rugido. Al erguirse por completo abrió un enorme boquete en el techo. Grandes trozos de madera y astillas llovían sobre el suelo. La bestia movía salvajemente sus garras, destrozando la madera de las paredes, mientras que con los colmillos acababa de destruir el techo. Zedd arrastró hacia la puerta a una Adie que se debatía contra él.

—¡Hay cosas que debo llevarme! ¡Son muy importantes! ¡He tardado toda una vida en encontrarlas!

—¡No hay tiempo, Adie! ¡Ya no podemos salvarlas!

Adie se desasió de las manos de Zedd y corrió hacia los talismanes óseos que colgaban de una pared. El skrin fue a por ella, pero Zedd usó su magia para tirar de la mujer hacia atrás. Entonces la agarró con ambos brazos, y juntos atravesaron el umbral y cayeron de brazos, justo cuando una garra hacía añicos la puerta.

Inmediatamente se levantaron. Zedd echo a correr como pudo, tirando de Adie, que se resistía. La mujer intentó soltarse con magia, pero Zedd se escudó. El aire de la noche era gélido. Mientras corrían y luchaban entre sí, sus alientos se convertían en vapor que el frío viento se llevaba.

Adie se lamentaba como una madre que ve cómo su hijo es asesinado. Pese a que uno de sus brazos estaba totalmente cubierto de sangre, los extendía ambos hacia la casa mientras gritaba:

—¡Por favor, mis cosas! ¡No puedo dejarlas ahí! ¡No lo entiendes! ¡Es magia importante!

El skrin intentaba destrozar las paredes con sus garras para perseguirlos.

—¡Adie! —exclamó el mago, acercando el rostro de la mujer al suyo—. No merece la pena morir por ellas. Ya volveremos a buscarlas más adelante. Ahora tenemos que huir del skrin.

Adie respiraba agitadamente mientras corría y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Zedd, te lo suplico, mis huesos. No lo entiendes. Son importantes, son mágicos. Es posible que nos ayuden a cerrar el velo. Si caen en manos equivocadas...

Zedd llamó al caballo con un silbido, mientras arrastraba de nuevo a la mujer tras de sí. Adie no dejaba de protestar.

—¡Zedd, por favor, no lo hagas! ¡No podemos dejarlas!

—¡Adie, si morimos, no podremos ayudar a nadie!

La yegua apareció al galope y se frenó bruscamente. Al ver a la bestia, que salía de la casa destrozando tablones y quebrando vigas con sus colmillos, puso los ojos en blanco, aterrada. No obstante, resistió el impulso de salir huyendo mientas Zedd la cogía de las crines y montaba, obligando también a Adie a hacerlo detrás de él.

—¡Corre! ¡Vuela como el aire, pequeña!

Los cascos del caballo levantaron terrones de tierra y trozos de musgo mientras salía al galope, evitando por un pelo los colmillos de la bestia, que chasquearon a sus flancos. Zedd se inclinó hacia adelante, mientras Adie se le agarraba a la cintura y se internaban en la oscuridad. El skrin los seguía a menos de diez pasos y parecía ser tan rápido como el caballo. Por lo menos, no era más rápido. Zedd oía cómo hacía chasquear los colmillos. Cada vez que lo hacía, la yegua chillaba e intentaba correr aún más rápido. Zedd se preguntó quién de los dos aguantaría más, si el caballo o el skrin, y mucho se temía que conocía la respuesta.

24

—Richard abrió los ojos y anunció:

—Creo que alguien se acerca.

La hermana Verna estaba sentada al otro lado de la pequeña hoguera, escribiendo en el librito que guardaba detrás de su cinturón.

—¿Ya has tocado tu han? —le preguntó, alzando los ojos hacia él.

—No —admitió el joven. Las piernas le dolían. Llevaba sentado y sin moverse al menos una hora—. Pero oye, creo que alguien se acerca.

Practicaban cada noche, y esa vez no había sido distinta a las anteriores. Richard se sentaba, se imaginaba la espada sobre un fondo negro e intentaba llegar a ese lugar dentro de sí que, según la Hermana, poseía. Mientras él trataba en vano de alcanzarlo, la mujer lo observaba, escribía en su librito o tocaba su propio han. Después de la primera noche, Richard no había vuelto a visualizar la *Espada de la Verdad* en un cuadrado negro con el borde blanco. No sentía deseo alguno de revivir esa pesadilla.

—Empiezo a creer que soy incapaz de tocar mi han. Por mucho que lo intente no lo consigo.

La Hermana se acercó el librito a la cara bajo la luz de la luna y siguió escribiendo.

—Ya te lo he dicho otras veces, Richard, es algo que lleva tiempo. Te falta práctica. No te desanimes. Lo lograrás cuando sea el momento.

—Hermana Verna, te repito que alguien se acerca.

—Si no eres capaz de tocar tu han, Richard, ¿cómo lo sabes? Vamos, dime —dijo la mujer, sin dejar de escribir.

—No lo sé. —Richard se pasó los dedos por el pelo—. He pasado mucho tiempo solo en el bosque y, a veces, presiento cuándo algo vivo se acerca. ¿Tú no lo sientes? ¿Nunca has tenido la sensación de ser observada?

—Sólo con la ayuda de mi han —respondió mientras escribía.

—Hermana Verna —insistió Richard, observando cómo la luz de las llamas oscilaba en la desapasionada faz de la mujer—, tú misma has dicho que nos hallamos en una tierra peligrosa. Te digo que alguien viene.

—¿Desde cuándo lo sabes, Richard? —inquirió la mujer, hojeando el librito y entrecerrando sus ojos para leer bajo la débil luz.

—Te lo dije enseguida que me di cuenta.

La Hermana dejó el libro en su regazo y alzó la vista hacia el joven.

—¿Pero dices que no has tocado tu han? ¿Que no has sentido nada en tu interior? ¿Ningún tipo de poder? ¿No viste luz alguna? ¿No sentiste al Creador? Será mejor que no me mientas, Richard —lo amenazó, entrecerrando sus ojos—. Será mejor que nunca intentes ocultarme que has tocado tu han.

—¡Hermana Verna, no me estás escuchando! ¡Alguien se acerca!

—Richard, lo sé desde que empezaste tus prácticas —replicó la mujer, cerrando el libro.

—¿Y qué hacemos aquí sentados sin hacer nada?

—No estamos sin hacer nada. Tú estas intentando tocar tu han, y yo me ocupo de mis cosas.

—¿Por qué no has dicho nada? Me dijiste que esta tierra era peligrosa.

La hermana Verna suspiró y empezó a guardarse el libro detrás del cinturón.

—Porque aún estaban muy lejos. No podíamos hacer nada más que continuar. Necesitas practicar, Richard. Tienes que seguir intentándolo hasta que logres tocar tu han. —La mujer meneó la cabeza, resignada y añadió—: Pero supongo que ahora estás demasiado alterado para continuar. Todavía están a diez o quince minutos de distancia, pero será mejor que empecemos a recoger nuestras cosas.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no nos marchamos tan pronto como notaste su presencia?

—Porque ya nos habían localizado. Una vez que te descubren, no hay modo alguno de escapar de esa gente. Están en su terreno, y nosotros no podríamos huir de ellos. Probablemente un centinela nos habrá avistado.

—¿Y por qué quieres que recojamos y nos marchemos ahora?

—Porque no podremos pasar la noche aquí después de matarlos —contestó la Hermana, mirándolo como si no pudiera creer que fuese tan obtuso.

—¡Matarlos! —exclamó Richard, poniéndose de pie de un brinco—. ¿Ni siquiera sabes quiénes son y ya quieres matarlos?

La hermana Verna se levantó a su vez, se irguió y clavó su mirada en la del joven.

—Richard, he hecho todo lo posible por impedirlo. ¿Acaso nos hemos topado con alguien hasta ahora? No. Aunque los pobladores de esta tierra son tan numerosos como un enjambre de hormigas furiosas, no hemos visto a nadie. Gracias a mi han los he evitado, pasando entre ellos. He hecho todo lo posible por evitarnos problemas. Pero, a veces, por mucho que uno lo intente, es imposible eludir los problemas. Yo no quiero matarlos, pero ellos sí a nosotros.

Desde luego, eso explicaba por qué habían estado viajando siguiendo una ruta tan peculiar. Aunque llevaban semanas viajando hacia el sudeste, lo habían hecho de un modo harto extraño. Sin dar explicación alguna, la hermana Verna había ido en una dirección, luego en otra y de vez en cuando los había hecho desandar el camino, aunque sin perder nunca de vista que viajaban hacia el sudeste.

El yermo paisaje se había ido tornando progresivamente más rocoso y desolado. Richard no había preguntado sobre la ruta que seguían porque no pensaba que la Hermana fuese a responderle y porque, en realidad, no le importaba. Fueran adonde fueran, seguía siendo un prisionero.

Richard se rascó su nueva barba mientras empezaba a apagar el fuego echándole tierra. Últimamente, todas las noches habían sido cálidas, tanto que el joven se preguntaba qué le habría sucedido al invierno.

—Ni siquiera sabemos aún quiénes son. No podemos ir por ahí matando a cualquiera que se nos acerque —razonó Richard.

—Richard, no todas las Hermanas que intentan regresar lo consiguen. Muchas mueren tratando de cruzar estas tierras. En todos esos desafortunados casos, eran tres, y yo estoy sola. No pinta nada bien.

Los caballos relincharon y empezaron a rebullir, sacudiendo la testa y piafando. Richard se sujetó el bridecú por encima del hombro y comprobó que podía desenvainar con facilidad su espada.

—Te equivocaste al no marcharnos tan pronto como lo supiste, Hermana. Sólo deberíamos luchar cuando realmente no hay otro remedio. Pero tú ni siquiera intentaste evitarlo —le reprochó.

La Hermana, con las manos enlazadas, lo observó. Cuando habló, su voz sonaba suave pero firme.

—Esa gente desea matarnos, Richard. A los dos. De haber intentado huir, el centinela habría alertado a los demás, y centenares o miles de ellos habrían emprendido nuestra persecución. Al no huir, el centinela se habrá envalentonado e intentará atraparnos sin ayuda. Así nos será más sencillo neutralizar la amenaza.

—No pienso matar a nadie por ti, hermana Verna.

Mientras se miraban echando chispas, Richard oyó un grito; era un grito de mujer. El joven escudriñó la oscuridad, intentando distinguir algo en las sombras de las altas rocas y ver de dónde procedía ese grito. No vio a nadie, pero los gritos y chillidos sonaban cada vez más cerca.

Richard acabó de apagar las llamas arrojándoles tierra y corrió hacia los caballos, a los que calmó con palabras tranquilizadoras y caricias. Le daba igual lo que dijera la Hermana; él no pensaba matar a nadie. La mujer tenía que estar loca por no intentar escapar.

Probablemente deseaba que lucharan para ver cómo se desenvolvía. Siempre lo estaba observando, como si fuese un bicho en una caja, y lo interrogaba cada vez que intentaba alcanzar su han. Fuese lo que fuese el han, desde luego él no había sido capaz de sentirlo y mucho menos de tocarlo o conjurarlo. La verdad, le daba absolutamente igual.

Ya se dirigía hacia las alforjas para acabar de recoger el resto de sus cosas cuando una mujer emergió de la oscuridad corriendo. La capa flameaba a su espalda. Chillando aterrorizada, se precipitó hacia su campamento. Al verlo, lanzó un lamento y corrió desesperadamente hacia él.

—¡Socorro! ¡Ayuda, por favor! ¡Por favor, no deje que me alcancen!

Llevaba el pelo suelto, que ondeaba al viento. Su rostro reflejaba tal terror que Richard sintió un escalofrío que le recorría toda la espalda. La mujer se lanzó sobre él, tambaleante, y Richard cogió su frágil cuerpo entre los brazos. En esa sucia cara se mezclaban las lágrimas y el sudor.

—Por favor, señor —sollozó la desconocida, alzando hacia él sus oscuros ojos—, por favor, no deje que me alcancen. No sabe qué me harían esos hombres.

Richard revivió el recuerdo de una Kahlan perseguida por las cuadrillas. Recordaba lo aterrorizada que estaba de esos hombres y cómo le había dicho casi las mismas palabras: «No sabes qué me harán si me atrapan».

—Nadie va a hacerte nada. Ahora estás a salvo.

La mujer sacó los brazos de debajo de la capa y le rodeó el cuerpo con ellos. Sus ojos negros no se apartaron de él, que la sostenía. Entonces abrió la boca como para decir algo, pero en vez de eso lanzó un leve gruñido y se sacudió. La luz pareció derramarse de sus ojos, y el cuerpo de la mujer quedó entre sus brazos, pesado y flojo.

Al alzar los ojos, Richard se topó con la fija mirada de la hermana Verna, que justo recuperaba el estilete plateado que acababa de clavarle en la espalda a la desconocida. Richard dejó caer el peso muerto al suelo. La mujer rodó sobre su espalda.

En el aire nocturno resonó el sonido del acero cuando Richard desenvainó la espada.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó entre dientes—. Acabas de asesinar a una mujer.

—Creí que dijiste que no tenías ningún estúpido escrúpulo en matar a mujeres —replicó la Hermana, sosteniéndole la mirada.

La cólera de la *Espada de la Verdad* latía en todo su cuerpo, pugnando por liberarse.

—Estás loca —declaró el joven, que se acercaba a pasos agigantados hacia un letal precipicio. Lleno de furia, alzó la punta de su espada.

—Antes de que pienses en matarme, deberías asegurarte de que no cometes error alguno —dijo la Hermana, hablando en tono comedido. Richard no respondió. La furia le impedía hablar—. Mírale la mano, Richard.

El joven posó la mirada en el cuerpo sin vida. Las manos de la mujer estaban tapadas por una pesada capa de lana. Con la punta de la espada apartó la capa del brazo, dejando al descubierto un cuchillo que seguía empuñando en su mano muerta. En la punta se veía una mancha oscura.

—¿Te ha llegado a tocar?

—No. ¿Por qué? —inquirió a su vez Richard, respirando anhelante por la cólera.

—Porque está emponzoñado. Un simple rasguño, y estás muerto.

—¿Qué te hace pensar que pretendía atacarme a mí? Probablemente era para defenderse de los hombres que la perseguían —exclamó Richard.

—Nadie la perseguía. Era una centinela. Tú siempre me dices que deje de tratarte como a un chiquillo, Richard. Pues deja de comportarte como tal. Conozco a esta gente y sé cómo actúan. Pretendía matarnos.

El joven sintió cómo los músculos de la mandíbula se le tensaban mientras hacía rechinar los dientes.

—Podríamos haber intentado escapar cuando nos localizó.

—Sí, podíamos. Pero, en ese caso, ya estaríamos muertos. Escúchame, Richard: yo conozco a esta gente. La Tierra Salvaje está habitada por multitud de tribus que no dudarían en matarnos, si nos encontraran. Si hubiésemos permitido que diera la alarma, nos habrían atrapado y matado.

»No dejes que la cólera de la espada te ciegue. Empuñaba un cuchillo emponzoñado en una mano, te lo había acercado a la espalda y se echó a tus brazos para poder acercarse lo suficiente a ti para usarlo. Y tú, actuando como un estúpido, se lo permitiste. —La Hermana se volvió ligeramente y señaló detrás de ella con un movimiento del brazo—. ¿Dónde están sus perseguidores? No hay nadie más —continuó, dejando caer el brazo a un lado del cuerpo—. Si hubiera alguien, mi han me lo diría. Esa mujer iba sola. Te acabo de salvar la vida.

—Pues no me has hecho ningún favor, hermana Verna —repuso el joven, envainando la *Espada de la Verdad*.

Richard no sabía qué creer. Sólo sabía que la magia le asqueaba y que ya estaba harto de tantas muertes.

—¿Qué es ese estilete que llevas oculto en la manga? ¿Y la luz que se enciende en tus ojos cuando matas con él?

—Es un dacra. Supongo que podría compararse al puñal envenenado que llevaba ella. Cuando se usa el dacra, lo que mata no es la herida en sí, sino que el dacra extingue la chispa de la vida. —La Hermana bajó los ojos y añadió—: Es muy doloroso arrebatar una vida, pero, a veces, no hay más remedio. Esta noche, por ejemplo, era la única manera de salvar nuestras vidas, tanto si lo crees como si no.

—Hermana Verna, yo sólo sé que tú no vacilas en usarlo y que esta noche no has intentado hallar otra salida. Voy a enterrarla —anunció, dándole la espalda.

—Richard, espero que nos entiendas y no nos malinterpretes, pero cuando lleguemos a palacio tendrás que entregarnos la *Espada de la Verdad*. Es por tu propio bien.

—¿Por qué? ¿Cómo puede ser eso por mi propio bien?

La Hermana juntó las manos y le explicó:

—La profecía que has invocado, esa que dice «Él es el portador de la muerte, y así se llamará a sí mismo», es una profecía muy peligrosa. Continúa diciendo que el portador de la espada es capaz de resucitar a los muertos, conjurar el pasado en el presente.

—¿Qué significa eso?

—No lo sabemos.

—Profecías —masculló el joven—. Las profecías no son más que estúpidos acertijos, Hermana. Te preocupas demasiado por ellas. Admites que no sabes aún qué significan, pero te guías por ellas. Sólo un idiota sigue ciegamente algo que no entiende. Si fuese cierta, resucitaría a esta mujer, le devolvería la vida.

—Sabemos mucho más de las profecías de lo que crees. Me parece que lo mejor será que nos entregues la espada para que la pongamos a buen recaudo hasta que entendamos mejor lo que significa esa profecía en concreto.

—Hermana Verna, si alguien te quitara tu dacra, ¿seguirías siendo una Hermana?

—Pues claro que sí. El dacra no es más que un instrumento que nos ayuda a hacer nuestro trabajo. No nos hace quienes somos.

—Pues lo mismo ocurre con la espada —replicó Richard, con una fría sonrisa—. Con o sin la espada, sigo siendo el Buscador. Represento el mismo peligro para vosotras. Aunque me la arrebatéis, no os salvaréis.

—No es lo mismo —protestó la mujer, apretando los puños.

—No pienso entregaros la espada —declaró Richard, con firmeza—. Nunca entenderás cuánto odio esta espada, cuánto aborrezco su magia y cuánto deseo verme libre de ella, pero me fue entregada cuando fui nombrado Buscador. Me pertenece por derecho durante todo el tiempo que yo desee. Soy el Buscador y yo, no tú ni nadie más, decidiré cuándo renuncio a ella.

—¿Me estás diciendo que fuiste nombrado Buscador? ¿No te la encontraste ni la compraste? ¿Afirmas que te la entregó un mago? ¿Un mago de verdad? ¿Un mago te nombró a ti Buscador?

—Sí.

—¿Quién era ese mago?

—Ese del que ya te hablé: Zeddicus Zu'l Zorander.

—¿Lo conociste cuando te entregó la espada?

—No. He pasado toda la vida junto a él. Pude decirse que me crió. Es mi abuelo.

Sobrevino un largo silencio. Finalmente, la mujer preguntó:

—¿Y ese mago te nombró Buscador porque se negó a enseñarte a controlar el don, a ser mago?

—¿Negarse? ¡Pero si casi me suplicó enseñarme a ser mago!

—¿Él se ofreció a enseñarte? —susurró la Hermana.

—Eso es. Pero yo le dije que no quería ser mago. —Algo iba mal. La Hermana parecía muy alterada—. Y su oferta de enseñarme sigue en pie. ¿Por qué?

—Por nada... Es sólo poco habitual, eso es todo. Muchas cosas en ti son poco habituales —contestó la hermana Verna, con aire ausente.

Richard no supo si creerla. Tal vez el collar no había sido necesario. Tal vez Zedd podría haberlo ayudado sin él. Pero Kahlan quería que se lo pusiera. Kahlan quería que se alejara de ella. Al pensar en ello, las entrañas se le retorcieron.

Lo único que le quedaba de Zedd era la espada. El mago se la había dado en la Tierra Occidental, en su hogar. Richard echaba de menos su hogar, su bosque. La espada era lo único que le quedaba de Zedd y de su hogar.

—Hermana, fui nombrado Buscador y recibí esta espada para que la conservara durante todo el tiempo que deseara seguir siéndolo. Yo seré quien decida cuándo ha llegado el momento de cederla. Si pretendes arrebatármela, intenta hacerlo ahora.

»Si lo intentas, uno de los dos morirá. Ahora mismo poco me importa que seas tú o yo, pero te advierto que estoy dispuesto a luchar hasta la muerte. La espada me pertenece por derecho, y no podrás arrebatármela mientras conserve un soplo de vida.

Richard escuchó el lejano aullido de un animal que sufría una muerte súbita y violenta, así como el largo y vacío silencio que siguió.

—Puesto que la espada te fue entregada y no te la encontraste ni la compraste, permitiré que te la quedes. No te la pienso arrebatar. No puedo hablar por las demás, pero haré lo que esté en mis manos para que puedas conservarla. Nosotras debemos ocuparnos de tu don, de enseñarte a controlar la magia.

»Pero, si osas alzarla otra vez contra mí, te haré lamentar el día que el Creador te dio tu primer aliento —agregó. La mujer se irguió y lo contempló con tal expresión de fría cólera que Richard tuvo que resistirse al impulso de retroceder asustado—. ¿Nos entendemos? —preguntó, apretando los músculos de la mandíbula.

—¿Por qué soy tan importante que hubieras matado para capturarme?

La fría serenidad de la Hermana resultaba más aterradora, que si, por el contrario, se hallara en un acceso de furia.

—Nuestra misión consiste en ayudar a los que poseen el don, pues éste es otorgado por el Creador. Las Hermanas servimos al Creador, y es por él por quien morimos. Por tu culpa he perdido a dos de mis más queridas amigas, lo cual me rompe el corazón. Esta noche he tenido que matar a esa mujer, y es muy posible que tenga que matar a otros antes de que lleguemos a palacio.

Richard tuvo el presentimiento de que más valía callarse, pero no pudo. La hermana Verna tenía un talento especial para avivar las llamas de su ira.

—No intentes lavar tu culpa por lo que supuestamente has hecho en mi nombre, Hermana.

La mujer se acaloró de tal modo que fue visible incluso a la luz de la luna.

—He intentado ser paciente contigo, Richard. Te he dado libertad de acción porque te he apartado de la única vida que conocías y te he arrastrado a una situación que temes y que no comprendes, pero mi paciencia tiene un límite.

»He hecho lo posible por no ver los cuerpos sin vida de mis amigas cuando te miro a los ojos, o cuando me acusas de no tener corazón. He tratado de no pensar que tú las enterraste, no yo, y en las palabras que hubiera pronunciado yo junto a sus tumbas. Están sucediendo cosas que superan mi comprensión, mis expectativas así como aquello en lo que me han enseñado a creer. Si dependiera de mí, te concedería tu deseo y te quitaría el rada'han para que murieras con insoportables dolores y sufrimientos.

»Pero no depende de mí. Yo sólo cumplo la misión del Creador.

Aunque las ardientes llamas de su ira no se habían apagado aún, ahora ardían con menos intensidad.

—Lo siento, hermana Verna. —Richard hubiese preferido que la mujer le gritara. Cualquier cosa hubiese sido mejor que esa airada calma, su silenciosa desaprobación.

—Estás enfadado porque crees que te trato como a un niño, no como a un hombre y, no obstante, no me has dado motivos para dejar de hacerlo. Sé qué sientes, cuáles son tus habilidades y el viaje que nos queda por delante. En el curso de éste, tú no eres más que un bebé que berrea para poder ir solo por el mundo cuando ni siquiera sabe aún caminar.

»Ese collar que llevas puede controlarte y también infligirte dolor. Mucho dolor. Hasta ahora me he abstenido de usarlo y, en vez de eso, he intentado alentarte de otros modos para que aceptes tu destino. Pero, si es necesario, lo usaré. El Creador sabe que he probado ya todo lo demás.

»Muy pronto llegaremos a una tierra mucho más peligrosa que ésta y tendremos que tratar con quienes la habitan para poder cruzarla. Las Hermanas han hecho pactos con esa gente para poder pasar. Si no me obedeces a mí y a esa gente, tendremos graves problemas.

—¿Qué tendré que hacer? —preguntó un Richard súbitamente receloso.

—Esta noche no me pongas más a prueba, Richard —contestó ella, fulminándolo con su mirada.

—De acuerdo. Siempre que tengas claro que no pienso entregarte la espada sin luchar.

—Nosotras sólo queremos ayudarte, Richard. Pero si vuelves a amenazarme con esa espada, haré que lo lamentes. Las mord-sith no tienen el monopolio del dolor —añadió, lanzando una rápida mirada al agiel que le colgaba del cuello.

Ésa era la confirmación de sus sospechas. Richard sintió una gélida mano que le atenazaba las entrañas. Las Hermanas iban a entrenarlo de la misma forma que lo hicieran las mord-sith. Ésa era la verdadera razón para llevar el collar. Así es como pensaban enseñarle: con dolor. Por primera vez tuvo la impresión de que la Hermana le había revelado inadvertidamente sus verdaderas intenciones.

—Tengo trabajo que hacer antes de marcharnos —dijo la mujer, sacándose el librito del cinturón—. Entiérrala y procura que su cuerpo esté bien oculto. Si la encuentran, sabrán lo ocurrido y nos perseguirán. Y en ese caso habremos matado en vano.

La Hermana se sentó frente a la fría leña del fuego. Con un suave gesto de la mano sobre las oscuras brasas, volvió a encenderlo.

—Cuando la hayas enterrado, quiero que des un paseo para que te calmes. No vuelvas hasta que estés más tranquilo. Si intentas escapar o si esa cabezota tuya no adquiere un poco de cordura cuando decida que es hora de partir, te traeré de vuelta con el collar. —Lanzándole una amenazante mirada, le prometió—: Si me obligas a hacerlo, te aseguro que no va a gustarte nada.

La mujer muerta era menuda y apenas pesaba. Richard casi no notaba que cargaba con ella mientras se alejaba del campamento en dirección a las escarpadas colinas bajas. Avanzaba lenta y pesadamente, dando de vez en cuando un puntapié a una piedra, sin dejar de dar vueltas en su cabeza.

Le sorprendía sentir de pronto lástima por la hermana Verna. Hasta ese momento, no había demostrado lo mucho que la habían afectado las muertes de la hermana Grace y la hermana Elizabeth, por lo que Richard la había tomado por un ser completamente insensible. Pero ahora sentía pena por ella, pena por su angustia. Ojalá que no le hubiera dicho cómo se sentía. Era más fácil maldecir de su situación cuando la creía sin corazón.

El joven se encontró muy lejos del campamento, en la cresta de una elevación, rodeado por paredes de roca y altas peñas. Entonces dejó de lado esos oscuros pensamientos para concentrarse en el cuerpo que llevaba a sus espaldas. Quizá no había sido la herida con el dacra lo que la había matado, pero la sangre le había fluido por la espalda, empapado el cabello y manchado su propio hombro. De repente, sintió repugnancia por el hecho de llevar una mujer muerta a cuestas.

Suavemente dejó el cuerpo en el rocoso suelo y miró en torno en busca de un lugar donde enterrarla. Del cinto le colgaba una pequeña pala, pero no veía lugar alguno que fuese fácil de cavar. Tal vez podría emparedarla en uno de los rocosos peñascos.

Mientras escrutaba los oscuros barrancos, se frotaba con aire distraído la quemadura en el pecho, que aún le dolía. Nissel, la curandera, le había dado un emplasto, y cada día el joven se lo aplicaba para luego volver a cubrir la herida con un vendaje. Evitaba en lo posible mirar la quemadura, pues le inquietaba ver la huella de una mano grabada en su piel.

Según la hermana Verna, podría habérsela hecho él mismo al quemarse en el fuego que ardía en la casa de los espíritus, o quizás habían invocado de verdad a los oscuros secuaces del Innombrable. Obviamente no era una quemadura causada por el fuego, sino la marca del inframundo, de Rahl el Oscuro.

Richard se avergonzaba de llevarla y se la ocultaba a la Hermana. La marca era un constante recordatorio de la verdadera identidad de su padre. Le parecía una afrenta hacia George Cypher, el hombre que él consideraba como su auténtico padre; el hombre que lo había criado, había confiado en él, le había enseñado y lo había amado, y a quien él había devuelto ese amor.

Esa marca era asimismo un constante recordatorio del monstruo que era en realidad, del monstruo que Kahlan había querido que llevara un collar y se marchara lejos de ella.

Richard dio un manotazo a una mosca que zumbaba alrededor de su cara. Bajó la vista y comprobó que otras más zumbaban sobre la mujer muerta. Antes incluso de sentir el dolor de una picadura en el cuello, se quedó helado de miedo: eran moscas de sangre.

Inmediatamente desenvainó la espada, al mismo tiempo que una enorme figura oscura se abalanzaba sobre él desde detrás de una roca. El vibrante sonido del acero quedó ahogado por un rugido. Con las alas completamente extendidas, el gar fue a por él. Por un breve instante, al joven le pareció vislumbrar un segundo gar, agachado en las sombras detrás del primero, pero su atención se centró enseguida en la formidable bestia que se le venía encima y lo atravesaba con sus fieros ojos de un verde brillante.

Era demasiado grande para ser un gar de cola larga y, por el modo de anticiparse a su primera estocada y eludirla, también era demasiado listo. Richard maldijo entre dientes; se trataba de un gar de cola corta. Era más delgado que los ejemplares con los que se había topado en otras ocasiones, probablemente porque en esa tierra desolada la caza era escasa, pero seguía siendo enorme y dos veces más alto que él.

Intentando esquivar un terrible zarpazo, Richard se tambaleó y cayó encima de la mujer muerta. Enseguida se puso de nuevo en pie, blandiendo furiosamente su espada, dejando que la magia de ésta brotara a través de él. Con la punta del acero abrió un profundo tajo en el liso, tenso y rosado estómago de la bestia. El gar aulló de rabia, arremetió de nuevo contra él e, inesperadamente, lo tumbó con un golpe de una de sus correosas alas.

Richard rodó sobre sí mismo antes de ponerse de pie, ejecutando un molinete con la espada. A la luz de la luna, el arma centelleó y cercenó el extremo del ala del monstruo, salpicando sangre. Con ello sólo consiguió enfurecer al gar, que cargó contra él. Sus largos y húmedos colmillos hendieron el aire de la noche, lanzando un aullante rugido que dolía en los tímpanos. Los ojos de la bestia eran dos relucientes y furiosas brasas verdes mientras atacaba al joven con sus poderosas garras.

La magia de la *Espada de la Verdad* latía en Richard, pidiéndole sangre. El joven se zambulló, se levantó de un salto y atravesó el pecho de la enorme y peluda bestia. Acompañado por un chillido de mortal dolor del gar, tiró del arma al tiempo que la giraba para cortar más carne.

A continuación retrasó la espada, preparándose para decapitar a la horrible bestia cuando atacara de nuevo, pero el gar no lo hizo. Con las garras se agarró la herida abierta en el pecho, por la que salía sangre a borbotones, se tambaleó y, al final, se desplomó pesadamente de espaldas. Los huesos de sus alas se quebraron al caer el monstruo encima.

De las sombras surgió un lamento. Richard retrocedió unos cuantos pasos. Una pequeña forma oscura corrió por el suelo hacia el monstruo vencido, sobre el que se abalanzó. Unas pequeñas alas abrazaron el pecho que aún respiraba con debilidad.

Richard contempló atónito la escena. Era una cría de gar.

La bestia caída alzó una temblorosa garra para estrechar débilmente a la lloriqueante cría. El gar inspiró con un gorgoteo, que alzó al pequeño gar despatarrado sobre el pecho. El brazo le cayó inerme a un lado. Los ojos verdes que ahora relucían apenas se posaron en su pequeño, como si quisieran embeberse de él, y luego alzó hacia Richard una mirada en la que se leía el dolor y la súplica. Mientras exhalaba su último aliento, se le formó sobre los labios una burbuja de espuma sanguinolenta. El resplandor de los ojos se apagó. El gar quedó inmóvil. Lanzando quejumbrosos quejidos, la cría agarró pequeños puñados del pelaje de la madre.

Por pequeño que fuera, era un gar. Richard se aproximó a él con la intención de matarlo. La rabia hervía en su interior. Alzó la espada por encima de la cabeza.

El pequeño gar se protegió la cabeza con un ala, temblando, y se encogió. Pese al miedo que lo invadía, no quería apartarse del lado de su madre. La cría gimoteaba, angustiada y asustada.

Una carita aterrorizada asomó por encima de la trémula ala. Unos grandes ojos verdes húmedos y brillantes se posaron en él. Mientras sollozaba, muy afligido, gimoteando en voz muy baja, las lágrimas le corrían por los profundos pliegues de su rostro.

—Queridos espíritus —susurró Richard, paralizado—, no puedo hacerlo.

El pequeño gar tembló al ver que la punta de la espada descendía hacia el suelo. Richard le dio la espalda y cerró los ojos. Se sentía asqueado por la magia de la espada, que le hacía sentir el dolor del enemigo derrotado, así como por el terrible acto que había estado a punto de cometer.

Mientras guardaba la espada en su vaina, inspiró hondo para recuperar la calma, cargó a la mujer muerta sobre un hombro y echó a andar. Aún oía los desconsolados sollozos del pequeño gar, que se aferraba a su madre. Richard no podía matarlo; simplemente, no podía. Además, se dijo a sí mismo, la espada no se lo permitiría, pues su magia sólo funcionaba frente a una amenaza. La *Espada de la Verdad* no le permitiría matar al bebé de gar.

Por supuesto, podría hacerlo si la volvía blanca, pero no podría soportar ese dolor. No pensaba someterse a tal tormento sólo para matar a una cría indefensa.

El joven cargó con la mujer muerta hasta la próxima colina, mientras los lamentos se iban haciendo más débiles. Entonces dejó el cuerpo en el suelo e hizo un alto para recuperar la respiración. A la luz de la

luna, la enorme bestia era una mancha negra contra la roca clara, con una pequeña forma encima. Aún percibía los débiles sonidos de angustia y confusión. Richard se quedó mucho rato mirando y escuchando.

—Queridos espíritus, pero ¿qué he hecho?

Como siempre, los espíritus no tenían respuesta.

Por el rabillo del ojo percibió movimiento. Dos lejanas siluetas pasaron delante de la luna grande y brillante, describieron una lenta curva en el aire, e iniciaron el descenso. Eran dos gars.

Richard se levantó. Tal vez los adultos verían al bebé y lo ayudarían. Aunque era consciente de que no debería desear que gar alguno viviera, de pronto se encontró animándolos. Los monstruos empezaban a inspirarle una curiosa simpatía.

El joven se agachó para evitar que los gars, que se acercaban hacia él en el amplio círculo que dibujaban alrededor del gar muerto en la colina vecina, lo vieran. El círculo se fue estrechando.

La cría de gar se calló.

Las formas oscuras se zambulleron y aterrizaron a bastante distancia entre sí con un poderoso aleteo. Entonces se movieron cautelosamente alrededor de la madre muerta y su cría. Desplegaron las alas y, de repente, atacaron a la silenciosa cría. Ésta rompió su silencio con un grito. En el aire sonó un furioso aleteo, fieros rugidos y chillidos de terror.

Richard se irguió. Muchos animales comían crías de su misma especie, sobre todo machos y especialmente si la comida escaseaba. Los gars adultos no pretendían salvar a la cría, sino devorarla.

Instintivamente, Richard empezó a bajar la colina a todo correr, haciendo caso omiso de una vocecilla interior que le decía que iba a cometer una estupidez. Mientras ascendía la colina vecina hacia los gars, desenvainó su espada. Los aterrorizados lamentos del pequeño daban alas a sus pies, mientras que los salvajes gruñidos de los atacantes inflamaban la ira de la magia de su espada.

Acero por delante, el joven se lanzó de cabeza hacia la maraña de pelaje, garras y alas. Los dos adultos eran mayores que el que había matado, lo cual confirmaba sus sospechas de que se trataba de machos. Los gars esquivaron la arremetida de la espada saltando hacia atrás, pero uno de ellos soltó a la cría. Ésta corrió enseguida hacia la madre y se aferró a ella. Los gars rodearon al joven, al que lanzaban rápidos ataques con sus garras. Richard blandía la espada y daba estocadas. Uno de los gars intentó agarrar de nuevo al pequeño, pero Richard lo recogió con la siniestra y, rápidamente, retrocedió una docena de pasos.

Entonces, los dos adultos se abalanzaron sobre la madre muerta. El bebé lanzó un grito y extendió ambos brazos hacia su madre, haciendo batir las alas e intentando desasirse. Los gars empezaron a devorar a la madre en un frenesí.

Richard tomó una decisión: mientras el cuerpo de la madre siguiera allí, la cría no lo abandonaría. Pero tendría más oportunidades de sobrevivir, si nada lo retenía en ese lugar. El pequeño se retorcía entre sus brazos. Por suerte, aunque medía la mitad que él, era más ligero de lo que parecía.

El joven fingió un ataque para ahuyentar a los dos machos. Éstos trataron de clavarle los colmillos; estaban demasiado hambrientos para renunciar a un festín sin luchar. Lucharon. Con las garras empezaron a despedazar el cuerpo. Richard cargó de nuevo. La cría logró por fin desasirse y corrió hacia su madre lanzando un chillido. Los dos gars alzaron el vuelo, cada uno de ellos con una mitad del premio. Un segundo después, ya se habían ido.

El pequeño gar se quedó donde había estado su madre, lamentándose, mientras miraba cómo los machos desaparecían en el oscuro cielo.

Jadeando de cansancio, Richard envainó de nuevo la espada y se dejó caer sobre un corto saliente para recuperar el aliento. El joven lloró con la cabeza hundida en las manos. Debía de estar volviéndose loco. ¿Qué estaba haciendo? Había arriesgado su vida por nada. No, no por nada.

Alzó la cabeza. El pequeño gar estaba de pie en el charco de sangre de su madre, las temblorosas alas mustias, hombros caídos y las copetudas orejas marchitas. Sus grandes ojos verdes lo miraron. Humano y gar se contemplaron largo rato.

—Lo siento, pequeño —susurró.

La cría dio un paso hacia él, muy cautelosamente. Lloraba a mares, y Richard también lloraba. Sin dejar de mirarlo, el tembloroso gar dio otro pasito hacia Richard.

Richard le tendió los brazos. La cría vaciló apenas antes de lanzar un miserable lamento y lanzarse en ellos.

El gar se abrazó a él con sus largos y entecos brazos. Sintiendo las cálidas alas del pequeño sobre sus hombros, Richard lo estrechó a su vez con fuerza.

Entonces fue susurrándole palabras tranquilizadoras mientras le acariciaba el basto pelaje. El joven nunca había visto a ningún ser vivo en tal miserable estado, tan necesitado de consuelo que incluso estaba dispuesto a aceptar al causante de sus sufrimientos. O tal vez lo veía como quien lo había salvado de ser devorado por dos monstruos enormes. Tal vez, enfrentado a un terrible dilema, había decidido verlo como su salvador. Tal vez la última impresión, la de salvarlo de ser comido, era la más fuerte.

El pequeño gar no era más que un peludo saco de huesos. Estaba medio muerto de hambre. Richard oía los gruñidos de protesta de su estómago. La cría desprendía un débil olor a almizcle que, sin ser agradable, tampoco era repulsivo. Susurrándole palabras de consuelo, el gar fue calmándose.

Cuando al fin el pequeño se quedó en silencio tras soltar un profundo suspiro de cansancio, Richard se puso de pie. Unas pequeñas garras afiladas tiraron de la pernera de los pantalones, y una carita lo miró desde el suelo. El joven deseó tener algo de comida para dejársela, pero no llevaba la mochila y nada podía ofrecerle.

—Tengo que irme —le dijo, desenganchando sus garras—. Esos dos ya no volverán. Intenta cazar un conejo o algo así. Ahora tienes que apañártelas solo. Vamos, vete.

La cría lo miró parpadeando, estiró lentamente las alas y una pata, y bostezó. Richard dio media vuelta y echó a andar. Al mirar por encima del hombro, vio que el pequeño gar lo seguía, y se detuvo.

—No puedes venir conmigo. —Extendió ambos brazos y trató de ahuyentarlo—. Fuera. Márchate. —El joven echó a andar hacia atrás. El gar lo siguió. De nuevo, Richard se detuvo e intentó ahuyentarlo con más firmeza—. ¡Vete, te digo! ¡No puedes venir conmigo.

Otra vez, el pequeño gar dejó caer las alas y retrocedió unos cuantos pasos, indeciso, mientras Richard volvía a ponerse en marcha. Esta vez siguió avanzando sin echar la vista atrás.

Tenía que enterrar a la mujer y luego regresar al campamento antes de que la hermana Verna decidiera obligarlo a hacerlo con el collar. Richard no quería darle excusa alguna; ya encontraría alguna por sí misma muy pronto. Al mirar atrás, comprobó que esta vez el gar no lo seguía. Estaba solo.

Encontró el cuerpo, tirado de espaldas, donde lo había dejado. Por suerte, no había moscas de sangre alrededor. Ahora tenía que encontrar suelo blando para cavar un agujero o una grieta profunda donde ocultarlo. La hermana Verna había insistido en que debía esconderlo muy bien.

Mientras exploraba con la vista los alrededores, oyó un suave aleteo. La cría de gar aterrizó muy cerca con un ruido sordo. Richard masculló un sordo lamento, mientras el bebé plegaba las alas, se agachaba cómodamente delante de él y lo miraba con sus grandes ojos verdes.

Richard intentó volverlo a ahuyentar, pero esta vez no funcionó.

—No puedes venir conmigo. ¡Márchate! —exclamó, apoyando las manos en las caderas.

El gar se le acercó tambaleante y se le abrazó a las piernas. ¿Qué iba a hacer? No podía ir por ahí con un gar pegado a los talones.

—¿Y tus moscas? Ni siquiera tienes moscas propias. ¿Cómo esperas cazar algo para cenar sin moscas de sangre? Bueno —añadió, meneando la cabeza con aire compungido—, eso no es cosa mía.

La pequeña faz arrugada asomó por detrás de sus piernas. Mientras retraía los labios para dejar al descubierto unos colmillos pequeños pero afilados, emitió un quedo gruñido. Richard miró alrededor. El gar gruñía a la mujer muerta. El joven cerró los ojos con un gemido. La cría estaba hambrienta y, si enterraba el cuerpo, ella lo desenterraría.

El gar brincó hacia el cadáver y lo tocó con sus zarpas, gruñendo con más fuerza. Richard trató de olvidarse de que sentía la garganta seca así como de sus escrúpulos.

La hermana Verna le había ordenado que se deshiciera del cuerpo, pues nadie debía saber que la centinela había muerto. Richard no soportaba la idea de que ese cuerpo fuese devorado. Pero, aunque lo enterrara, los gusanos se lo comerían. ¿Acaso los gusanos eran preferibles a un gar? Otra espantosa pregunta afloró en su mente: ¿quién era él para juzgar? Él también había comido carne humana. ¿Por qué era distinto en su caso? ¿Era él mejor que el gar?

Además, mientras la cría estuviera ocupada comiendo, él podría escabullirse y se alejaría antes de que pudiera seguirlo. Así se vería libre del pequeño gar.

Richard contempló cómo la cría inspeccionaba cautelosamente el cuerpo y probaba a tirar de un brazo con sus colmillos. El pequeño aún no sabía qué hacer con una presa muerta. Gruñó con más fuerza. Al verlo, Richard se sintió mareado.

El gar soltó el brazo y miró a Richard como si le pidiera ayuda. Aleteaba excitado. Tenía hambre.

Se le planteaban dos problemas.

En el fondo, ¿qué más daba? La mujer estaba muerta. Su espíritu había abandonado su cuerpo, y no se enteraría de nada. Así solucionaría dos problemas a la vez. Haciendo rechinar los dientes, pues era consciente de lo que debía hacer, desenvainó la espada.

Apartó al hambriento gar con una pierna, blandió la espada con toda su fuerza y abrió un profundo tajo. El pequeño gar se abalanzó sobre la mujer muerta.

El joven se alejó lo antes posible y sin mirar atrás. El ruido que hacía el gar le revolvía el estómago. Pero ¿quién era él para juzgar? Todavía mareado emprendió el regreso al campamento, trotando. El sudor le empapaba la camisa, y la espada nunca le había parecido tan pesada. El joven intentó por todos los medios quitarse el incidente de la cabeza. Recordaba el bosque del Corzo y añoraba regresar a su hogar; añoraba volver a ser quien era antes.

La hermana Verna justo había acabado de almohazar a Jessup y le colocaba la silla. La mujer le lanzó una mirada de soslayo mientras se acercaba a la cabeza del caballo y le dirigía suaves susurros, acariciándole la barbilla. Richard cogió la almohaza y cepilló con rapidez el lomo de Geraldine, a la que ordenó secamente que se estuviera quieta y dejara de dar vueltas. Quería alejarse de allí lo antes posible.

—¿Te has asegurado de que no encontrarán el cuerpo?

—Si encuentran lo poco que queda, no sospecharán lo ocurrido —contestó Richard. El cepillo quedó inmóvil en un flanco de la yegua—. Unos gars me atacaron y se llevaron el cuerpo.

La Hermana ponderó en silencio la respuesta.

—Ya me pareció que oía gars. Bueno, supongo que funcionará. ¿Los mataste? —preguntó al joven, que de nuevo cepillaba a Geraldine.

—Maté a uno. —Richard consideró la posibilidad de callarse lo ocurrido, pero decidió que no importaba—. Había una cría. No la maté.

—Los gars son bestias asesinas. Deberías haberla matado. Tal vez deberías regresar y acabar con ella.

—No podría. No dejaría que me acercara lo suficiente.

—Tienes un arco, ¿no? —Con un leve gruñido, la Hermana tensó la correa de la cincha.

—¿Y qué más da? vámonos de aquí. Seguramente no podrá sobrevivir sola.

La mujer se inclinó para comprobar que la correa no pellizcaba los ollares del caballo y repuso:

—Supongo que tienes razón. Lo mejor será que nos vayamos cuanto antes.

—Hermana, ¿por qué los gars no nos han molestado hasta ahora?

—Porque nos mantuvimos ocultos de ellos con mi han. A ti te atacaron porque te alejaste demasiado de mi escudo.

—¿Y ese escudo tuyo mantendrá alejados de nosotros a todos los gars?

—Sí.

Bueno, al menos el han servía para algo bueno.

—¿No consume mucho poder? Los gars son bestias enormes. ¿No te cuesta mantener el escudo?

—Sí, los gars son enormes, y hay otras bestias de las que también debo ocultarnos —contestó la mujer, sonriendo levemente—. Y sí, consume mucho poder. Pero uno tiene que buscar siempre el modo de lograr su objetivo usando el menos han posible.

»Lo que hago no es mantener alejados a los gars en sí, sino a las moscas de sangre —prosiguió la Hermana, acariciando el cuello del caballo—. Es mucho más sencillo. Si las moscas no logran atravesar el escudo, los gars no pueden localizarnos y no nos atacan. De este modo, consigo el objetivo que persigo usando muy poco poder.

—¿Por qué no usaste tu poder para ocultarnos de la centinela?

—Algunos de los pueblos que habitan la Tierra Salvaje poseen amuletos que neutralizan nuestro poder. Es por esto por lo que tantas Hermanas han perdido la vida intentando atravesarla. Si supiéramos cómo funcionan esos amuletos o encantamientos, podríamos contrarrestarlos, pero no lo sabemos. Son un misterio.

Richard acabó de ensillar a Geraldine y a Bonnie en silencio, mientras la Hermana esperaba pacientemente. El joven pensó que la mujer no había dicho todo lo que deseaba decir sobre lo que estaban hablando antes de que fuera a enterrar a la centinela, pero la Hermana guardaba silencio. Finalmente, decidió abordar él el tema y dejarlo zanjado de una vez por todas.

—Hermana Verna, siento mucho las muertes de las hermanas Grace y Elizabeth. —El joven acariciaba con aire ausente el lomo de Geraldine, con la mirada fija en el suelo—. Quiero que sepas que pronuncié una oración junto a sus tumbas. Rogué a los buenos espíritus que velaran por ellas y las trataran bien. Yo no quería que muriesen. A pesar de lo que crees, no quiero que muera nadie. Estoy harto de tantas muertes. Ya ni siquiera puedo comer carne, porque no soporto la idea de que otro ser vivo muera sólo para que yo me alimente.

—Gracias por la oración, Richard, pero debes aprender que sólo debemos dirigir nuestras plegarias al Creador. Su Luz es la que nos guía. Rezar a los espíritus es de infieles. —La Hermana suavizó el duro tono de voz que empleaba para añadir—: Pero te perdono, porque aún no has sido instruido y no lo sabías. Estoy segura de que el Creador oyó tu plegaria y comprendió tus buenas intenciones.

A Richard le disgustó la intolerante actitud de la Hermana y se dijo que, muy probablemente, él sabía más acerca de espíritus que la mujer. Quizá no sabía demasiado acerca de ese Creador suyo, pero había visto espíritus tanto buenos como malos, y sabía que uno no debía menospreciarlos.

Los dogmas de la Hermana de la Luz se le antojaban tan estúpidos como las supersticiones de la gente campesina que había conocido en el desempeño de su trabajo de guía. Los campesinos tenían todo tipo de historias que explicaban el origen del hombre. Cada remota zona que visitó poseía una versión propia creada a partir de un animal o una planta. A Richard le gustaba escuchar esas historias mágicas y fabulosas, pero no eran más que leyendas que se inventaban para tratar de explicar dónde encajaba uno en el mundo. Richard no iba a aceptar fácilmente todo lo que las Hermanas le dijeran.

En su opinión, el Creador no era una especie de rey sentado en un trono que escuchaba todas las insignificantes plegarias que le dirigían. Los espíritus también habían estado vivos en otro tiempo, por lo que comprendían las necesidades de los mortales, las exigencias de la carne y la sangre.

Zedd le había enseñado que el Creador no era más que otro nombre para denominar el equilibrio en todas las cosas, no un sabio que pronunciaba juicios.

Pero ¿qué más daba? Sabía que la gente se aferra con firmeza a las doctrinas y se niega a ver más allá. La hermana Verna tenía sus creencias, y él no conseguiría hacerla cambiar. Richard jamás había juzgado a nadie por sus creencias y no iba a empezar ahora. Tales creencias, verdaderas o falsas, podían ser un bálsamo.

Richard se quitó el bridecú por encima de la cabeza y tendió la espada a la mujer, diciéndole:

—He estado pensando en lo que dijiste antes y he decidido que ya no quiero la espada.

La Hermana levantó las manos, y el joven le entregó la espada, la funda y el bridecú.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó la mujer sin atisbo de emoción.

—Sí. He acabado con esto. Ahora la espada es tuya.

Dicho esto, dio media vuelta para comprobar la silla. Incluso sin llevar la espada seguía sintiendo el hormigueo de su magia. Podía entregar el arma, pero la magia permanecía en él; él era el verdadero Buscador y no podía librarse de ella. Pero, al menos, podía librarse de la espada y de los actos que cometía con ella.

—Eres un hombre muy peligroso, Richard —susurró la Hermana.

—Justamente por eso te entrego mi arma —replicó el aludido, mirándola por encima del hombro—. Yo ya no la quiero, y tú sí. Así pues, es tuya. Ahora veremos si te gusta mucho matar con ella.

Richard pasó el extremo de la correa de la cincha por la hebilla y apretó. Antes de dar media vuelta, dio a Bonnie una cariñosa palmada. La hermana Verna seguía sosteniendo la espada.

—Hasta ahora no me había dado cuenta de lo peligroso que eres.

—Ya no lo soy. Ahora tú tienes la espada.

—No puedo aceptarla —susurró la mujer—. Mi deber era quitártela cuando regresaras, para ponerte a prueba. Sólo podías hacer una cosa para evitar perderla y acabas de hacerla. Toma. —La Hermana le tendió la espada—. No hay hombre más peligroso que un hombre impredecible. Es imposible saber qué harás cuando se te presiona. Surgirán problemas tanto para nosotras como para ti.

Richard no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—No hay nada impredecible en lo que he hecho; tú querías la espada, y yo estoy harto de las cosas que hago con ella. Así pues, te la entrego.

—Lo comprendes porque así es como piensas. Pero otros piensan de un modo distinto. Eres un enigma, Richard. Y, lo que es peor, te comportas de manera inexplicable justo cuando lo necesitas. Eso es obra del don. Estás usando tu han sin entender qué haces. Eso es peligroso.

—Tú misma dijiste que una de las razones para llevar el collar es para que mi mente se abra al don. Si estoy usando el don, que es justo lo que tú quieres y lo que yo necesito, no veo el peligro por ninguna parte.

—Lo que necesitas y lo correcto no tienen por qué coincidir. El hecho de que quieras algo no significa que esté bien. Tómala. Ahora no puedo aceptarla. Debes quedártela.

—Ya te lo he dicho: no la quiero.

—En ese caso, arrójala al fuego. Yo no puedo tomarla. Está contaminada.

Richard se la arrebató de las manos.

—No pienso arrojarla al fuego. —Se pasó el bridecú por la cabeza y se ajustó la funda de la espada a la cadera—. Creo que eres demasiado supersticiosa, Hermana. No es más que una espada. No está contaminada.

La Hermana se equivocaba. Era la magia la que estaba contaminada y eso no se lo había ofrecido. Por mucho que deseara librarse de su magia, de todo tipo de magia, no podía. La magia era parte de él. Kahlan lo había comprendido y se había deshecho de esa magia, y de él.

La Hermana le dio la espalda y montó a Jessup. Cuando habló, su voz sonaba fría y distante:

—Debemos partir.

Richard montó y la siguió. Deseaba que, después de alimentarse, el pequeño gar tuviera una oportunidad para sobrevivir. Mientras se internaba en la noche en pos de la Hermana, se despidió de él en silencio.

Aunque su renuncia a la espada había ido en serio, se sentía extrañamente aliviado de que le hubiera sido devuelta. Le pertenecía y, si no la tenía, sentía como si le faltara algo. Zedd se la había entregado a él. La espada lo había hecho cambiar, pero también era un recordatorio de su amigo y de su hogar.

25

Pese a estar exhausta, la yegua seguía galopando con desenfreno. Zedd montaba inclinado sobre la cruz del caballo, agarrándose a sus crines, sintiendo los brazos de Adie que se sujetaba a su cintura. Los músculos del animal se contraían y se estiraban rítmicamente. Los árboles del denso bosque no eran más que una interminable mancha que desfilaba con fugacidad a ambos lados. El caballo saltaba por encima de rocas y troncos sin descanso.

El skrin les pisaba los talones. Al ser más alto que el caballo, chocaba contra las ramas al correr. Zedd las oía quebrarse y partirse. Había tratado de frenar al skrin haciendo caer árboles justo detrás de ellos, pero no había tenido éxito. El mago había probado trucos, encantamientos y sortilegios de todo tipo y, aunque ninguno había funcionado, se resistía a admitir la derrota. Si se daba por vencido entraría en un estado mental de resignación que la haría segura.

—Me temo que esta vez el Custodio va a atraparnos —gritó Adie a su espalda.

—¡Todavía no! ¿Cómo nos ha encontrado? ¡Guardabas los huesos del skrin en tu casa desde hacía muchos años! Si te ocultaban, ¿cómo ha logrado encontrarnos?

Adie no tenía respuesta a eso.

El caballo galopaba por el sendero donde antes se alzaba el Límite, en dirección a la Tierra Central. Zedd daba gracias de que el Límite ya no existiera pues, si no, ya habrían penetrado en el inframundo sin darse cuenta. Pero, con o sin Límite, la persecución no podía prolongarse indefinidamente. El skrin iba a atraparlos y, entonces, caerían en manos del Custodio.

«Piensa», se ordenó a sí mismo el mago.

Zedd usaba su magia para transmitir fuerza y resistencia al caballo, pero incluso así pulmones, corazón y tendones tenían límites físicos. Él mismo estaba casi tan agotado como el asustado animal. La persecución ya no podía durar mucho más.

Tenía que dejar de pensar en frenar la carrera del skrin y concentrarse en hallar una solución al problema. Pero tal cambio de táctica podría ser peligroso. Era posible que, aunque lo que hacía no lograra detener al skrin, estaba impidiendo que los alcanzara.

Al mago le pareció vislumbrar un destello verde a la izquierda. Esa tonalidad verde era exclusiva de un lugar: el Límite. Le parecía imposible. Los cascos del caballo seguían golpeando el suelo del bosque.

—Adie, ¿llevas alguna cosa encima que el skrin pueda reconocer? —gritó Zedd.

—¿Como qué?

—No lo sé. Cualquier cosa. Tiene que habernos encontrado por algo, algo que nos conecte con el inframundo.

—No llevo nada. Debe de habernos localizado por los huesos que guardaba en casa.

—Pero esos huesos te ocultaban.

El destello de luz verde fue clarísimo. Brilló a la derecha y luego a la izquierda.

—¡Zedd! ¡Creo que el skrin está conjurando el inframundo y nos empuja hacia él!

Huesos.

—¿Puede hacerlo?

—Sí. —Esta vez, la voz de la mujer no sonó tan fuerte.

—¡Cáspita! —masculló el mago. El viento frío le azotaba el rostro.

Entre los árboles titiló una fantasmagórica luz verde. Se acercaba. Si no pensaba en algo, estaban perdidos.

«Piensa.»

De pronto, la luz verde pareció inflamarse en un sólido muro a ambos lados. Al materializarse tan súbitamente en el mundo de los vivos, produjo un golpe muy fuerte que el mago acusó en lo más profundo del pecho. El caballo siguió galopando por la senda entre los muros, que se iba estrechando.

Huesos.

Huesos de skrin.

—¡Adie, dame tu colgante!

Ahora estaban encajonados entre los luminosos muros verdes del Límite. No les quedaba mucho tiempo, ni opciones.

Adie se quitó el colgante, volvió a sujetarse a su cintura y se lo tendió. La mano de la hechicera resbalaba a causa de la sangre. Zedd se quitó el colgante que llevaba y cogió ambos con la misma mano.

—Si esto no funciona, lo siento, Adie. Quiero que sepas que ha sido un placer conocerte.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Agárrate fuerte!

Los muros verdes del Límite se cerraron por delante de ellos. Zedd cogió con fuerza las riendas y envió a la yegua una orden mental.

Ésta hundió los cascos en el suelo, giró sobre sí misma y se detuvo justo donde el sendero acababa y empezaba el inframundo.

Zedd arrojó hacia la luz verde, entre un amplio hueco en los árboles, los dos colgantes hechos con hueso de skrin.

Ya casi tenían encima al skrin. Sin detenerse, la bestia siguió los colgantes que surcaban el aire en dirección al inframundo. Cuando el skrin atravesó el Límite hubo un fogonazo y un sonido muy intenso, como un trueno.

La luz verde y el skrin parpadearon y desaparecieron. El oscuro bosque quedó en silencio, sólo roto por los jadeos de los dos perseguidos.

Exhausta, Adie apoyó la cabeza contra la espalda del mago.

—Tienes razón, viejo mago. Tu vida es una sucesión de actos desesperados.

Zedd le dio palmaditas en una rodilla antes de desmontar del sudoroso caballo. El pobre animal estaba tan agotado que se hallaba a un paso de la muerte. Sosteniéndole la cabeza entre las manos, Zedd le transmitió su agradecimiento y una dosis de fuerza. El mago recostó una mejilla contra sus ollares, cerró los ojos y lo acarició un momento para tranquilizarlo. Enseguida se ocupó de Adie.

La sangre seguía rezumando de la herida en su brazo. La yegua era tan grande que la hechicera parecía más menuda de lo que en realidad era, y sus hombros caídos y la cabeza gacha reforzaban tal impresión. La mujer no se quejó ni una vez mientras Zedd inspeccionaba la herida.

—Soy una estúpida —dijo Adie—. Durante todo este tiempo he creído que me ocultaba bajo las mismas narices del Custodio cuando, en realidad, era él quien se ocultaba de mí. Todo este tiempo me ha tenido localizada.

—Podemos consolarnos pensando que no le ha servido de nada. Su inversión ha resultado fallida. Ahora quédate quieta; tengo que curarte la herida.

—No hay tiempo para eso. Tenemos que regresar a mi casa. Debo recoger mis huesos.

—He dicho que te estés quieta.

—Tenemos que darnos prisa.

—Regresaremos cuando acabe con esto —replicó Zedd, ceñudo—. La yegua está exhausta y no puede llevarnos a los dos. Si te portas bien, yo caminaré y dejaré que tú la montes. Ahora no te muevas o nos pasaremos el resto de la noche peleando.

Llegaron a casa de Adie al romper el alba. A la débil y fría luz observaron un espectáculo ciertamente triste. El skrin había hecho pedazos la casa. Sin hacer caso de las paredes torcidas y los boquetes en éstas, Adie se precipitó dentro pasando por encima de escombros, recogiendo huesos y sosteniéndolos en la parte interna del otro brazo, mientras se dirigía al rincón en el que había visto por última vez la esfera de hueso tallada.

Zedd estaba inspeccionando el suelo alrededor de la casa cuando Adie lo llamó.

—Ven a ayudarme a encontrar el hueso, mago.

—Creo que no vas a encontrarlo —sentenció Zedd, pasando por encima de una viga caída.

—Tiene que estar aquí, en alguna parte. —Adie apartó a un lado un tablón, se detuvo y miró por encima del hombro—. ¿Qué quieres decir con que no crees que vaya a encontrarlo?

—Alguien ha estado aquí.

—¿Estás seguro?

Zedd hizo un vago gesto con el brazo hacia el suelo que había estado inspeccionando.

—He descubierto una huella allí que no es nuestra.

—¿Pues de quién si no? —preguntó Adie, dejando caer al suelo los huesos que sostenía.

El mago apoyó una mano en una viga que colgaba del techo y cuyo extremo tocaba el suelo.

—No lo sé, pero alguien ha estado aquí. Parece la bota de una mujer, pero no es tuya. Me temo que se ha llevado el hueso redondo.

Adie rebuscó entre los escombros del rincón, sin darse por vencida. Al final, admitió:

—Tienes razón, viejo mago. El hueso ya no está. —La mujer dio media vuelta y pareció inspeccionar el mismo aire con sus blancos ojos—. Poseídos —murmuró entre dientes—. Te equivocaste al decir que los esfuerzos del Custodio no habían servido para nada.

—Me temo que así es. —Zedd se limpió la mano frotándola contra una pierna—. Será mejor que nos vayamos lejos de aquí. Muy, muy lejos.

—Zedd, tenemos que recuperar ese hueso. Es importante para el velo —dijo Adie en voz baja pero firme.

—La mujer ha cubierto su rastro con magia. No tengo ni idea de adónde ha ido. Sólo he visto una huella. Tenemos que marcharnos; es posible que el Custodio esperara que regresáramos. Cubriré nuestro rastro para que nadie pueda seguirnos.

—¿Podrás hacerlo? El Custodio sabe siempre dónde estamos y nos envía sus secuaces cuando quiere.

—Nos ha encontrado por los colgantes. Durante un cierto tiempo no podrá localizarnos, pero debemos alejarnos de aquí. Es posible que la misma persona que ha cogido el hueso nos esté vigilando.

—Perdóname por haberte puesto en peligro, Zedd —se disculpó la hechicera, inclinando más la cabeza y cerrando los ojos—. He sido una estúpida.

—Tonterías. Nadie lo sabe todo. Es imposible recorrer el camino de la vida sin hundir los pies en el lodo de vez en cuando. Lo importante es mantener el equilibrio y no caer de bruces.

—¡Pero ese hueso es vital!

—El hueso ha desaparecido y no podemos remediarlo. Por lo menos no hemos caído en manos del Custodio. Pero debemos alejarnos de aquí.

—Me daré prisa. —Adie se inclinó para recoger los huesos que había dejado caer.

—No podemos llevarnos nada, Adie —dijo Zedd, suavemente.

—Tengo que llevarme mis huesos. Algunos son importantes. Poseen una magia muy poderosa.

Zedd cogió una delgada mano de la mujer.

—Adie, el Custodio nos localizó a través de los huesos. Te ha estado vigilando. No podemos saber si también reconocerá alguno de éstos. Debemos dejarlos atrás. Pero no podemos arriesgarnos a que nadie más se los lleve; debemos destruirlos.

Adie movió unos segundos los labios en silencio antes de recuperar la voz para decir:

—No pienso dejarlos atrás. Son importantes y me ha costado mucho obtenerlos. Tardé años en encontrar algunos. Es imposible que el Custodio los haya marcado. No puede saber todas las molestias que me tomé.

Adie le dio palmaditas en la mano.

—Adie, el Custodio no habría colocado un hueso que hubiera marcado y que quería que tuvieras donde pudieras encontrarlo fácilmente. Te habría hecho luchar para conseguirlo, para que lo valorases y lo guardases celosamente.

—¡Entonces podría haber marcado cualquier cosa! —exclamó la hechicera, retirando con brusquedad la mano—. ¿Cómo sabes que este caballo no te lo entregó un poseído?

—Porque no fue el que él me ofreció. Elegí otro —replicó el mago, con mirada serena.

—Por favor, Zedd —suplicó Adie, llorosa—. Son míos. Iban a ayudarme a llegar hasta mi Pell.

—Yo te ayudaré a transmitir el mensaje a Pell. Te he dado mi palabra. Pero no es así como vas a lograrlo; hasta ahora no ha funcionado. Yo te ayudaré a encontrar otro modo.

—¿Cómo? —Adie se acercó un paso a él, cojeando.

—Sé el modo de lograr que los espíritus atraviesen el velo por un breve espacio de tiempo y poder hablar con ellos. —Zedd contempló con simpatía el acongojado rostro de la mujer—. Y, si no logro traer a Pell, hallaré el modo de hacerle llegar tu mensaje. Pero, Adie, tienes que escucharme: ahora no podemos hacerlo. Tenemos que esperar hasta que el velo se haya cerrado.

—¿Cómo? —inquirió Adie, tocándole el brazo con dedos temblorosos—. ¿Cómo lo haces?

—Lo hago. Eso es todo lo que necesitas saber por el momento.

—Dímelo —lo apremió la mujer, apretándole el brazo—. Debo saber que dices la verdad. Debo saber que es posible.

Zedd reflexionó un largo instante. Había usado la roca de mago, legado de su padre, para conjurar los espíritus de sus progenitores. Pero éstos habían sido explícitos en que no volviera a llamarlos hasta que todo acabara, pues existía el riesgo de rasgar el velo. Usar la roca para eso era peligroso incluso en los mejores tiempos, y le habían advertido que no lo intentara, si no era por una emergencia.

Abrir un camino hacia los espíritus siempre entrañaba un grave riesgo, pues uno nunca sabía qué podría escabullirse sin querer. Ya había suficientes monstruos que lograban colarse sin que él los ayudara.

Aunque Adie era una hechicera, tampoco ella debía saber el modo en que usaba la roca de mago. Era uno de los muchos secretos que un mago debía guardar. Zedd sintió el peso de la responsabilidad en el corazón.

—Tendrás que confiar en mí. Te he dado mi palabra de que es posible, de que te ayudaré, pero cuando sea seguro.

Los dedos de Adie se hundieron con urgencia en su brazo.

—¿Cómo es posible? ¿Estás seguro? ¿Cómo has descubierto el modo de hacerlo?

—Olvidas que soy mago de Primera Orden —respondió Zedd, irguiendo los hombros.

—¿Estás completamente seguro?

—Adie, te doy mi palabra, y no la doy nunca a la ligera. No estoy seguro de que vaya a funcionar, pero creo que es muy posible. En estos momentos debemos usar lo que sabemos, lo que tú y yo sabemos, para evitar que el Custodio acabe de romper el velo. No estaría bien usar lo que sé por razones egoístas y poner así en peligro la seguridad de todo el mundo. Mantener el velo exige un delicado equilibrio de fuerzas, y de lo que yo estoy hablando podría perturbarlo. Incluso podría rasgar el velo.

La mujer retiró la mano y se apartó un mechón de cabellos grises de la cara.

—Perdóname, Zedd. Tienes razón. He estudiado las conexiones entre el mundo de los vivos y el de los muertos toda mi vida, y debería ser más sensata. Te pido perdón.

El mago sonrió mientras le pasaba un brazo alrededor de los hombros.

—Me alegro de que mantengas tus juramentos, pues eso significa que eres una persona de honor. No hay mejor aliado que una persona de honor.

—Es sólo que... —Adie se interrumpió para contemplar su hogar hecho trizas—... he dedicado toda mi vida a coleccionar los huesos. Los he guardado mucho tiempo. Otros me los han confiado.

—Esos otros han confiado en que usarías el don para proteger a quienes no poseen poder alguno —dijo Zedd, apartándola de los escombros—. Ellos son a quienes se refieren las profecías. Te encuentras en esta situación por una razón: hacer honor a esa confianza.

Adie asintió. Mientras se alejaba, junto con el mago, de los restos de su hogar, posó una mano en su espalda.

—Zedd, creo que faltan más huesos.

—Lo sé.

—Son peligrosos en manos equivocadas.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Haré lo que, según las profecías, es la única oportunidad para cerrar el velo.

—¿Y eso qué es, viejo mago?

—Ayudar a Richard. Debemos hallar el modo de ayudarlo, pues las profecías dicen que él es el único capaz de cerrar el velo.

Ninguno de los dos volvió la vista atrás cuando el fuego prendió con un rugido, consumiendo furioso las ruinas y los huesos.

26

La reina Cyrilla mantuvo la cabeza alta, negándose a demostrar el daño que le causaban en los brazos los rudos dedos de los brutos que la sujetaban. No se resistió cuando la obligaron a caminar por el corredor lleno de porquerías. No tenía sentido resistirse; nadie iba a ayudarla. Cyrilla se hizo la promesa de que se conduciría como siempre, con dignidad. Ella era la reina de Galea y soportaría con dignidad cualquier cosa que le sucediera. No demostraría el terror que la embargaba.

Además, lo que importaba no era lo que pudieran hacerle a ella, sino al pueblo de Galea, que se preocupaba por su reina.

Y lo que ya había sucedido.

Casi dos mil miembros de la guardia de Galea habían sido asesinados ante sus propios ojos. ¿Quién iba a prever que serían atacados justamente allí, en terreno neutral? No era ningún consuelo que algunos hubieran logrado escapar, pues probablemente se les daría caza y también serían asesinados.

La reina confiaba en que su hermano, el príncipe Harold, se encontrara entre quienes habían logrado huir. Si había escapado, tal vez podría organizar la defensa contra la auténtica carnicería que se avecinaba.

Las brutales manos que la agarraban por los brazos la obligaron a detenerse junto a una siseante antorcha colocada en un oxidado tedero. Los dedos de sus carceleros le retorcieron la carne tan dolorosamente que no pudo evitar que se le escapara un débil grito.

—¿Acaso mis hombres os hacen daño, milady? —inquirió una voz socarrona a su espalda.

Cyrilla le negó con frialdad al príncipe Fyren la satisfacción de responder.

Un guardia hizo girar las llaves en una herrumbrosa cerradura. Cuando, por fin, el cerrojo cedió, un agudo sonido metálico resonó por el corredor de piedra. La pesada puerta giró sobre sus goznes con un crujido. Las manos que la agarraban fuertemente la obligaron a atravesar el umbral y a echar a andar por otro pasadizo largo y de techo bajo.

La reina oía el frufrú de su vestido de satén y, a ambos lados así como detrás, las botas de los hombres sobre el suelo de piedra, que de vez en cuando salpicaban al pisar agua encharcada y maloliente. Cyrilla sentía frío en los hombros por efecto del húmedo aire, pues no estaba acostumbrada a llevar descubierta esa parte de su cuerpo.

El corazón empezó a latirle desbocado cuando se imaginó adónde la llevaban, y rogó a los buenos espíritus que no hubiera ratas. La reina tenía un miedo cerval a las ratas, a sus afilados dientes, sus garras y sus ladinos ojillos negros. De pequeña solía tener pesadillas en las que aparecían ratas y se despertaba gritando.

En un esfuerzo por recuperar la calma, se obligó a pensar en otras cosas. Recordó a la extraña mujer que le había solicitado audiencia privada. Cyrilla no estaba segura de por qué se la había concedido, pero ahora deseaba haber prestado más atención a sus insistentes ruegos.

¿Cómo se llamaba? Lady no sé qué. Pero el cabello que le asomaba por debajo del velo era demasiado corto para tratarse de una dama. Lady... Bevinvier. Sí, eso era: lady Bevinvier de... algún sitio. Su mente no lograba recordar. De todos modos, eso era lo de menos; lo importante no era de dónde venía esa mujer, sino lo que le había dicho.

«Debéis marcharos de Aydindril enseguida», le había advertido.

Pero Cyrilla no había hecho un largo viaje en lo más crudo del invierno para marcharse antes de que el Consejo de la Tierra Central hubiera escuchado su queja y dictara una resolución. Cyrilla había acudido

al Consejo para pedir que, tal como era su deber, pusiera fin de inmediato a las agresiones contra su país y su pueblo.

Ciudades saqueadas, granjas quemadas y gente asesinada. El ejército de Kelton estaba preparando una gran ofensiva. La invasión era inminente, si es que no había empezado ya. ¿Y para qué? Por puro afán de conquista. ¡Contra un aliado! ¡Era un ultraje!

El deber del Consejo era salir en defensa de cualquier país que fuese atacado, con independencia de quién fuese el atacante. Justamente, el Consejo de la Tierra Central había sido creado para prevenir tales traiciones. Su deber era reunir a todos los demás países en defensa de Galea y repeler la agresión.

Aunque el suyo era un país poderoso, había quedado gravemente debilitado en la defensa de la Tierra Central contra D'Hara y no estaba preparado para lanzarse a otra costosa guerra. Pero Kelton se había salvado de lo peor de la conquista de D'Hara, por lo que le sobraban reservas. Galea había pagado en su lugar el precio de la resistencia.

La noche anterior, lady Bevinvier le había implorado que se marchara al punto y había afirmado que Cyrilla no encontraría ayuda para Galea del Consejo. La desconocida le había advertido que corría un gran riesgo personal si se quedaba. Cuando la reina la presionó para saber más detalles, lady Bevinvier se negó a hablar.

Cyrilla le dio las gracias, pero dijo que no renegaría de su deber para con su pueblo y que comparecería ante el Consejo como tenía planeado. Lady Bevinvier rompió a llorar y le suplicó que hiciera caso de su advertencia.

Al fin, le confió que había tenido una visión.

Cyrilla trató de arrancarle qué había visto, pero la mujer esgrimió la excusa de que la visión era incompleta y de que no sabía los detalles. Sólo sabía que, si la reina no abandonaba Aydindril enseguida, algo terrible ocurriría. Aunque Cyrilla creía en el poder de la magia, no tenía fe en los adivinos, pues la mayoría de ellos no eran más que charlatanes que únicamente buscaban llenarse el monedero dando un ingenioso giro a una frase o aludiendo a un vago peligro que debía evitarse.

A la reina Cyrilla la conmovió la sinceridad de la mujer, que parecía auténtica, aunque era consciente de que podía tratarse de una estratagema para sacarle dinero. Era extraño que alguien de apariencia acomodada como esa mujer tratara de engañarla por dinero, pero los tiempos eran duros, y la reina bien sabía que los ricos también habían sufrido pérdidas. Después de todo, si lo que se buscaba era oro y bienes, lo más lógico era tratar de obtenerlos de quienes los poseían. Cyrilla conocía a mucha gente que había trabajado duro toda su vida y que lo había perdido todo en la guerra contra D'Hara. Tal vez el pelo corto de lady Bevinvier debía achacarse a esa guerra.

Dio las gracias a la mujer, pero le dijo que su misión era demasiado importante para abandonarla. Entonces le entregó una moneda de oro, pero lady Bevinvier la arrojó al otro lado de la sala y se marchó, llorando a mares.

Ese comportamiento afectó a Cyrilla. Un charlatán no rechaza el oro. A no ser, claro está, que busque algo más. O la mujer decía la verdad o era un agente de Kelton que trataba de impedir que el Consejo supiera de la agresión.

De un modo u otro, no importaba. Cyrilla estaba decidida. Además, tenía influencia en el Consejo. Galea era un país respetado por su defensa de la Tierra Central. Cuando Aydindril cayó, los consejeros que se negaron a jurar lealtad a D'Hara habían sido ejecutados y reemplazados por hombres de paja. Quienes se mostraron dispuestos a colaborar conservaron su puesto. El leal embajador de Galea delante del Consejo había sido uno de los ejecutados.

Era un misterio cómo la guerra había acabado. Las fuerzas de D'Hara recibieron la comunicación de que Rahl el Oscuro había muerto y que un nuevo lord Rahl ocupaba ahora el trono de D'Hara. Todas las hostilidades cesaron; las tropas recibieron órdenes de regresar a casa o de ayudar a los conquistados. Cyrilla sospechaba que Rahl el Oscuro había sido asesinado.

Fuera lo que fuese lo ocurrido, fue bueno para ella; el Consejo volvía a estar en manos de gente de la Tierra Central, mientras que los colaboradores y los hombres de paja de D'Hara eran arrestados. Se decía que todo volvía a ser como antes. La reina esperaba que el Consejo acudiera en defensa de Galea.

La reina Cyrilla contaba con un aliado en el Consejo; el aliado más poderoso que pudiera tener: la Madre Confesora. Aunque Kahlan era su medio hermana, la base de su alianza no se sustentaba en el parentesco. Cyrilla había defendido siempre la soberanía de los diversos países y reconocía la necesidad de que reinara la paz entre ellos. La Madre Confesora respetaba esa firmeza, y fue ese respeto lo que la convirtió en aliada de Galea.

Kahlan nunca había mostrado favoritismo alguno hacia Cyrilla, y así es como debía ser; cualquier favoritismo habría debilitado la posición de la Madre Confesora, habría supuesto una amenaza para la alianza del Consejo y, por lo tanto, para la paz. La reina respetaba a Kahlan por poner la unidad de la Tierra Central por encima de cualquier juego de poder. De todos modos, tales juegos eran siempre arenas movedizas; al final, uno siempre salía ganando si recibía un trato de justicia y no de favor.

Cyrilla siempre se había sentido secretamente orgullosa de su hermanastra. Kahlan era doce años más joven que ella, inteligente, fuerte y, pese a su juventud, una líder muy sagaz. Aunque estaban unidas por lazos de sangre, casi nunca hablaban de ello. Kahlan era una Confesora y pertenecía a la magia. No era una hermana hija del mismo padre, sino una Confesora, la Madre Confesora de la Tierra Central. Y las Confesoras sólo eran parientes de otras Confesoras.

No obstante, su única familia era su querido hermano, Harold, por lo que muchas veces había deseado abrazar a Kahlan como a una hermana pequeña y hablar con ella de las cosas que compartían. Pero eso era imposible. Cyrilla era la reina de Galea, y Kahlan la Madre Confesora; dos mujeres casi extrañas que sólo tenían en común la misma sangre y el respeto mutuo. El deber debía anteponerse a los sentimientos. Galea era la familia de Cyrilla; y las Confesoras eran la de Kahlan.

Aunque algunos guardaban rencor a la madre de Kahlan por haber tomado como pareja a Wyborn, Cyrilla no se contaba entre ellos. Su madre, la reina Bernadine, les había hablado a ella y a Harold de las Confesoras, de que su magia requería una sangre fuerte para servir a la causa más grande de mantener la paz en la Tierra Central. Su madre nunca se había lamentado amargamente de que una Confesora le hubiera arrebatado el marido, sino que explicó a Cyrilla y a Harold que era un honor mezclar su sangre con la de las Confesoras, aunque de eso casi nunca se hablara. Sí, la reina Cyrilla se sentía orgullosa de Kahlan.

Orgullosa y quizá también recelosa. La naturaleza de las Confesoras era un misterio para ella. Desde su nacimiento eran instruidas en Aydindril por otras Confesoras y por magos. Su magia, su poder era algo con lo que nacían y, de algún modo, eran esclavas de él. Algo parecido le sucedía a ella; había nacido para ser reina y no había tenido elección. Aunque no poseyera magia, comprendía el peso del derecho de nacimiento.

Desde que nacían hasta el momento que completaban su entrenamiento, las Confesoras vivían enclaustradas como sacerdotisas en un mundo aparte. Se decía que eran sometidas a una rigurosa disciplina. Aunque Cyrilla sabía que debían de tener emociones como todo el mundo, se las educaba para que aprendieran a dominarlas. Lo más importante era el deber que conllevaba su poder, lo cual no les dejaba otra opción en la vida que elegir una pareja, e incluso en eso debían guiarse por el deber y no por el amor.

Cyrilla siempre había deseado poder ofrecer un poco de amor fraterno a Kahlan, y quizá también que Kahlan le hubiera correspondido de igual modo. Pero eso nunca podría ser. Tal vez Kahlan la amaba desde lejos, como Cyrilla, y tal vez también ella se sentía orgullosa de su hermanastra, la reina. Cyrilla siempre había esperado que fuese así.

Lo que más le dolía era que, aunque ambas servían a la Tierra Central, ella era amada por cumplir con su deber, pero Kahlan era temida y odiada. Ojalá que Kahlan pudiera conocer el amor de sus semejantes, pues era un consuelo que, en parte, compensaba por el sacrificio. Pero eso era algo que una Confesora jamás podría tener. Tal vez por eso aprendían a dominar sus emociones y sus anhelos.

También Kahlan había tratado de prevenirla de la amenaza de Kelton. Había sido unos años atrás, en el festival del solsticio de verano que se celebró el primer verano tras la muerte de la reina Bernadine. Era el primer verano tras la subida al trono de Cyrilla, y también el primero en el que Kahlan era la Madre Confesora.

El hecho de que se convirtiera en la Madre Confesora a una edad tan temprana demostraba tanto la fuerza de su poder como de su carácter. Y, tal vez, una necesidad. Puesto que la elección de la Madre Confesora era secreta, Cyrilla apenas sabía nada de cómo se llevaba a cabo, excepto que no había animosidad alguna ni rivalidad, sino que se valoraba la fuerza del poder teniendo en cuenta la edad y la instrucción recibida.

Para la gente de la Tierra Central, la edad era irrelevante. En general temían a las Confesoras, sin importar su edad, y a la Madre Confesora en particular. Sabían que era la más poderosa de las Confesoras. Pero, a diferencia de casi todo el mundo, Cyrilla sabía que el poder en sí mismo no era algo que debiera temerse y que Kahlan siempre se había mostrado justa. Su único objetivo había sido la paz.

Ese día, las calles de Ebinissia, capital del reino, eran el escenario de todo tipo de celebraciones. Incluso el más humilde mozo de cuadra era bienvenido a las mesas de la feria, en los juegos o alrededor de los músicos, los acróbatas y los malabaristas.

La joven reina había presidido las competiciones y había otorgado las bandas a los ganadores. Cyrilla nunca había visto tantas caras sonrientes, tanta gente alegre y feliz. Y nunca se había sentido tan contenta por su pueblo ni tan amada por él.

La noche del solsticio se celebraba un baile real en el palacio. Casi cuatrocientas personas llenaban el gran salón central. Era un espectáculo deslumbrante ver a todo el mundo ataviado con sus mejores galas. En las largas mesas se ofrecían vino y viandas en una abundancia y una variedad asombrosas, tal como correspondía al día más importante del año. Nunca se había celebrado un baile tan espléndido, pues había mucho por lo que dar las gracias. Galea vivía una época de paz y prosperidad, de progreso y promesas de futuro, de nueva vida y prodigalidad.

Cuando la Madre Confesora hizo acto de presencia en el gran salón, avanzando resueltamente, la música se fue apagando hasta convertirse en unas pocas notas discordantes, y el fuerte zumbido de las conversaciones murió de golpe. Un mago, vestido con túnica plateada que ondeaba detrás de él, seguía a la Madre Confesora. Ésta llevaba un vestido blanco digno de una reina, que contrastaba entre la confusión de colores como la luna llena entre las estrellas. Nunca hasta entonces los colores vivos y los vestidos elegantes habían parecido tan triviales. Todo el mundo inclinó la cabeza al paso de Kahlan. Cyrilla esperó con sus consejeros junto a una mesa en la que había un gran cuenco de cristal tallado lleno de vino especiado.

Kahlan atravesó el salón en silencio seguida por todas las miradas y se detuvo delante de la reina, a la que saludó con una rápida inclinación de cabeza. Su expresión era de fría calma. No esperó a que la reina le devolviera el saludo, sino que enseguida preguntó:

—Reina Cyrilla, ¿tenéis un consejero llamado Drefan Tross?

—Sí —repuso Cyrilla, extendiendo una palma hacia un lado—. Éste es.

La impasible mirada de Kahlan se posó en Drefan.

—Quiero hablar contigo a solas.

—Drefan Tross es mi consejero de confianza —protestó Cyrilla. De hecho era más que eso; era un hombre que le gustaba mucho y del que empezaba a enamorarse—. Si deseáis hablar con él, hacedlo en mi presencia. —Cyrilla no sabía qué se traía Kahlan entre manos, pero creyó conveniente enterarse. Las Confesoras no tenían por costumbre interrumpir un banquete, si no era por algo grave—. Éste no es el lugar ni el momento para tratar este tipo de asuntos, Madre Confesora. Pero, si no puede esperar, hablad y acabemos de una vez con esto.

Cyrilla creyó que Kahlan aplazaría el asunto hasta un momento más adecuado. Con rostro inexpresivo, Kahlan reflexionó un momento. La expresión del mago que la acompañaba era todo menos

impasible. De hecho, parecía muy agitado y se inclinó hacia Kahlan para decirle algo, pero ésta alzó una mano para silenciarlo.

—Como deseéis. Lo siento, reina Cyrilla, pero no puede esperar. Acabo de oír la confesión de un asesino —prosiguió, dirigiéndose a Drefan—. Asimismo ha confesado ser el cómplice de un asesinato. Te acusó a ti de ser el asesino y nombró a la reina Cyrilla como víctima.

Se oyeron susurros de asombro de quienes estaban lo suficientemente cerca para oírlo. Drefan se puso colorado. Los susurros murieron y sobrevino un tenso silencio.

Los acontecimientos se precipitaron. En un abrir y cerrar de ojos, todo cambió. Un segundo antes, Drefan estaba junto a la reina, con la mano en su capa dorada y azul, y un momento después empuñaba un cuchillo que pretendía clavar en la Madre Confesora. Kahlan sólo movió un brazo y agarró al consejero por la muñeca. Casi simultáneamente hubo un violento impacto en el aire, un trueno silencioso. El cuenco de cristal tallado se hizo añicos, y el vino tinto se derramó por la mesa y en el suelo. Cyrilla se estremeció por la súbita punzada de dolor que sintió en todas las articulaciones del cuerpo. El cuchillo cayó al suelo con un repiqueteo. Drefan abrió mucho los ojos y relajó la mandíbula.

—Mi ama —susurró, con reverencia.

La conmoción de ver a una Confesora usar su poder dejó a Cyrilla anonadada. Ella sólo conocía las secuelas, pero nunca había presenciado cómo se usaba. Pocos lo habían visto. La magia siguió zumbando en el aire un largo minuto.

La multitud se acercó, pero una mirada iracunda del mago bastó para tornar su curiosidad en timidez, y aquélla retrocedió.

Kahlan parecía agotada, pero su voz no delataba debilidad.

—¿Pretendías asesinar a la reina?

—Sí, mi ama —respondió Drefan, con entusiasmo, y se humedeció los labios.

—¿Cuándo?

—Esta noche. En la confusión que se crearía cuando los invitados se marcharan. —Drefan parecía atormentado. Sus ojos se llenaron de lágrimas que le corrían por las mejillas—. Por favor, ama, ordenadme. Decidme qué deseáis de mí. Permitidme que os sirva.

La reina seguía conmocionada. Acababa de presenciar lo mismo que le había ocurrido a su padre. De ese modo se había convertido en la pareja de una Confesora. Primero su padre y, ahora, un hombre al que amaba.

—Espera en silencio —ordenó Kahlan. Entonces se volvió hacia Cyrilla con las manos colgándole a ambos lados. Sus jóvenes ojos reflejaban pesar—. Pido perdón por interrumpir vuestra celebración, reina Cyrilla, pero no podía perder ni un segundo.

Con el rostro ardiendo, la reina miró a Drefan, que no apartaba los ojos de Kahlan, y le preguntó bruscamente:

—¿Quién ha ordenado esto, Drefan? ¿Quién te ordenó que me mataras?

Pero Drefan ni siquiera pareció darse cuenta de que Cyrilla había hablado.

—A vos no os responderá, reina Cyrilla —dijo Kahlan—. Sólo me responderá a mí.

—¡Pues preguntádselo!

—No es recomendable —aconsejó el mago, hablando en voz baja.

Cyrilla se sentía como una estúpida. Todo el mundo conocía sus sentimientos hacia Drefan y todo el mundo sabría que la había engañado. Nadie olvidaría nunca ese festival del solsticio de verano.

—¡No te atrevas a darme consejos!

—Cyrilla —dijo Kahlan suavemente, inclinándose hacia la reina—, creemos que puede estar protegido con un hechizo. Cuando hice esa misma pregunta a su cómplice, éste murió antes de poder responder. Pero creo conocer la respuesta. Hay modos indirectos para obtener la información y burlar el hechizo. Si puedo interrogarlo a solas a mi modo, obtendré la respuesta.

Cyrilla estaba tan furiosa que casi lloraba.

—¡Yo confié en él! Era mi consejero. Es a mí a quien ha traicionado y no a ti. Exijo saber quién lo ha enviado y quiero oírlo de sus propios labios. Estáis en mi reino y en mi palacio, Madre Confesora. ¡Pregúntaselo!

Kahlan se puso derecha y su rostro volvió a convertirse en la inexpresiva máscara de Confesora.

—Como deseéis —dijo Kahlan—. ¿Pretendías matar a la reina por voluntad propia? —preguntó a Drefan.

El hombre deseaba tanto complacer a la Madre Confesora que se frotaba las manos, ansioso.

—No, mi ama. Me ordenaron hacerlo.

—¿Quién? —El rostro de Kahlan adoptó una expresión aún más tranquila, si cabe.

Drefan levantó una mano y abrió la boca para responder. Pero, en vez de palabras, de ella sólo salió un chorro de sangre antes de desplomarse.

El mago gruñó, en modo alguno asombrado.

—Ya me lo imaginaba. Lo mismo que el otro.

Kahlan recogió el cuchillo y se lo tendió a Cyrilla por el mango.

—Creemos que se está preparando una conspiración a gran escala. No sé si este hombre formaba parte de ella, pero cumplía órdenes de Kelton.

—¡Kelton! Me niego a creerlo.

—El cuchillo es de factura kelta —replicó Kahlan.

—Mucha gente lleva armas forjadas en Kelton. Son de las mejores. Eso no es prueba suficiente para una acusación tan grave.

Kahlan se quedó inmóvil. En esos momentos, Cyrilla estaba demasiado alterada para preguntarse qué debía de estar pasando detrás de esos ojos verdes. Finalmente, Kahlan habló sin ningún tipo de emoción.

—Mi padre me enseñó que los keltas sólo atacan por dos razones: por celos o para aprovecharse de la debilidad. Según él, sea por un motivo o por el otro, siempre prueban primero a matar a su oponente más fuerte y de más alto rango. Ahora, Galea es más fuerte de lo que lo ha sido nunca, gracias a vos, y el festival del solsticio de verano es símbolo de esa fuerza. Vos sois la causa de esos celos y asimismo símbolo de la fuerza.

»Mi padre me enseñó también que nunca debes confiar en los keltas ni darles la espalda. Dijo que, si el primer intento no tiene éxito, su ansia de sangre aumenta y acechan sin tregua la menor debilidad para atacar.

La ardiente furia que sentía Cyrilla por haberse dejado engañar por Drefan la llevó a hablar sin pensar.

—A diferencia de ti, yo no gocé de las enseñanzas de nuestro padre, pues una Confesora nos lo arrebató.

El rostro de Kahlan se transformó de la serena y fría máscara inexpresiva de una Confesora a una faz de benevolencia sabia y sin edad que no correspondía a sus años.

—Tal vez, reina Cyrilla, los buenos espíritus decidieron ahorrarte las cosas que te hubiera enseñado y que yo tuve que aprender de él. Da gracias de que te hicieran ese favor. Dudo de que las cosas que podría haberte enseñado Wyborn te hubieran reportado alegría alguna. A mí, la única que me ha dado es haberme ayudado a salvarte la vida esta noche. Por favor, no te amargues. Está en paz contigo misma y disfruta de lo que tienes: el amor de tu pueblo. Tus súbditos son tu familia.

Kahlan dio media vuelta para marcharse, pero Cyrilla la detuvo cogiéndola suavemente por un brazo y la llevó aparte, mientras los guardias procedían a retirar el cuerpo de Drefan del salón.

—Kahlan, perdóname. —Los dedos de la reina jugueteaban con un lazo en su cintura—. He descargado en ti la furia que sentía hacia Drefan.

—Lo comprendo, Cyrilla. En tu lugar, yo probablemente habría reaccionado del mismo modo. He visto en tus ojos lo que sentías hacia Drefan. No espero que te alegres por lo que acabo de hacer. Perdona por haber perturbado la paz de tu hogar en un día que debería ser muy dichoso, pero no podía perder tiempo.

Kahlan la había hecho sentir como si ella fuera la hermana pequeña. De nuevo, la reina contempló a la alta y hermosa joven que tenía delante. Kahlan ya estaba en edad de tener pareja. Tal vez ya había elegido una. Su madre debía de tener su misma edad cuando tomó al padre de Cyrilla. Tan joven...

Mientras se sumergía en las profundidades de esos ojos esmeralda, Cyrilla se liberó de parte de la furia que sentía hacia Drefan. Esa joven, su hermana, le acababa de salvar la vida, sabiendo perfectamente que sólo le valdría un miedo más profundo y, casi seguro, el odio eterno de su hermanastra. Era tan joven. Cyrilla se sintió avergonzada de su egoísmo.

Por primera vez sonrió a Kahlan y le dijo:

—Supongo que no todas las cosas que te enseñó Wyborn fueron tan crudas.

—Sólo me enseñó a matar; a quién, cuándo y cómo. Da gracias que no recibiste sus lecciones y que nunca tengas que aplicarlas. Yo he tenido que hacerlo y me temo que sólo he empezado a usar lo que me enseñó.

Cyrilla frunció el entrecejo. Kahlan era una Confesora, no una asesina.

—¿Por qué dices eso?

—Creemos que hemos descubierto una conspiración. No quiero decir nada más hasta que sepamos más detalles y tengamos pruebas, pero me temo que puede provocar una tragedia como ninguna que ni tú ni yo hayamos visto jamás.

Cyrilla rozó la mejilla de su hermana. Era la primera vez en su vida que lo hacía.

—Kahlan, por favor, quédate. Me gustaría que disfrutaras a mi lado de lo que queda de festival. Me encantaría gozar de tu compañía.

De nuevo, el rostro de Kahlan adoptó la serena máscara de Confesora.

—No puedo. Si estuviera presente, echaría a perder la alegría de tu gente. Gracias por la invitación, pero ya he arruinado lo suficiente el que debía ser tu día.

—Tonterías. No has arruinado nada.

—Ojalá fuese cierto, pero no lo es. Recuerda las palabras de nuestro padre: no te fíes de los keltas. Debo irme. Se avecinan problemas y debo ocuparme de que las Confesoras descubran la causa. Antes de regresar a Aydindril pasaré por Kelton para exponer mis sospechas y advertirles que lo sucedido no puede volver a repetirse. Asimismo informaré al Consejo de lo sucedido hoy, para que Kelton sea sometido a una rigurosa vigilancia.

¿Qué enseñaban en Aydindril capaz de transformar en hierro lo que parecía porcelana?

—Gracias, Madre Confesora —fue todo lo que fue capaz de decir Cyrilla para mostrar a su hermana todo el honor debido a su cargo. Luego la vio marcharse con el mago a la zaga. Ésa había sido la conversación más íntima que había tenido con su medio hermana. Después de la marcha de Kahlan, el festival no le deparó demasiado placer. Tan joven y ya tan vieja.

Ese día, en el Consejo, a Cyrilla le sorprendió que la Madre Confesora no lo presidiera. Nadie tenía noticias de su paradero. No era extraño que no se encontrara en Aydindril cuando la ciudad cayó, pues, en su calidad de Confesora, viajaba mucho y probablemente había estado haciendo todo lo posible para neutralizar la amenaza de D'Hara. Todas las Confesoras habían combatido con ferocidad las hordas de D'Hara. Cyrilla estaba segura de que Kahlan también había luchado aplicando, en parte, las enseñanzas de su padre.

Pero era preocupante que no hubiera regresado de inmediato a Aydindril tras la retirada de D'Hara. Tal vez no había tenido aún tiempo. Cyrilla temía que hubiera sido asesinada por una cuadrilla. Rahl el Oscuro había sentenciado a muerte a todas las Confesoras y las había perseguido sin tregua. Galea les habría ofrecido refugio, pero las cuadrillas eran implacables y les habían dado caza sin piedad.

Lo más alarmante era que, estando la Madre Confesora ausente, ningún mago supervisara la reunión del Consejo. Cyrilla notó un hormigueo de aprensión al no ver mago alguno. La ausencia tanto de una Confesora como de un mago creaba un peligroso vacío en las cámaras del Consejo.

Pero, al ver quién presidía la reunión, su aprensión se tornó alarma. Sentado en el sitial estaba el príncipe Fyren de Kelton. El mismo hombre de quien deseaba verse libre iba a oír su petición. Era inquietante verlo sentado en el trono que siempre había pertenecido únicamente a la Madre Confesora.

Al parecer, el Consejo no había sido restaurado del modo correcto.

Haciendo caso omiso del príncipe Fyren, Cyrilla expuso sus demandas a los demás consejeros. Pero el príncipe se puso en pie y la acusó de traición a la Tierra Central. El hombre tuvo el descaro de acusarla justamente de un crimen del que él era culpable.

Y no sólo eso, sino que el príncipe Fyren aseguró al Consejo que Kelton no estaba cometiendo agresión alguna, sino que sólo actuaba en legítima defensa contra un vecino ambicioso. A continuación lanzó una diatriba sobre los males de dejar que mujeres ocuparan posiciones de poder. El Consejo creyó todo lo que dijo y no permitió que Cyrilla presentara prueba alguna.

La reina asistió atónita y en silencio a cómo el Consejo oía las acusaciones de Fyren y, sin dudarlo, la condenaba a ser decapitada.

¿Dónde estaba Kahlan? ¿Y los magos?

La visión de lady Bevinvier había resultado cierta. Ojalá Cyrilla le hubiera hecho caso o, al menos, hubiera tomado alguna precaución. También el aviso de Kahlan había resultado estar bien fundado; Kelton había atacado primero por celos y, luego, años después, había vuelto a las andadas al percibir debilidad.

La guardia de Galea aguardaba en el gran patio, presta para escoltar de inmediato a Cyrilla de regreso a casa. Había sido preciso preparar las defensas de Galea hasta que llegaran las fuerzas que debía enviar el Consejo. Pero esas fuerzas no llegarían nunca.

Cuando se pronunció la sentencia, la reina oyó los terribles ruidos de batalla en el patio. En realidad no era batalla alguna, pensó amargamente Cyrilla, sino más bien una carnicería. En señal de respeto y deferencia, así como en un gesto que pretendía expresar el acatamiento de la autoridad del Consejo de la Tierra Central, sus tropas esperaban en el patio desarmadas.

De pie junto a la ventana, custodiada por un soldado a cada lado, la reina Cyrilla contempló temblando de horror la carnicería. Algunos de sus hombres lograron hacerse con las armas de sus atacantes y ofrecer una heroica resistencia, pero no tenían opción. Los sobrepasaban en cinco contra uno y no tenían modo de defenderse. Cyrilla no pudo discernir si, en medio del caos, alguno lograba escapar. Ojalá que sí; ojalá que Harold fuese uno de ellos.

La blanca nieve que cubría el suelo se transformó en un sangriento mar. La reina asistió horrorizada a la salvaje matanza. La velocidad a la que ocurrió fue lo único misericordioso en ella.

La reina fue obligada a arrodillarse delante del Consejo, mientras el príncipe Fyren cogía su larga melena en una mano y con su propia espada se la cortaba. Cyrilla guardó silencio y mantuvo la cabeza orgullosamente erguida en honor de su gente, en honor de los hombres que acababa de ver cómo morían asesinados. El príncipe le dejó el pelo tan corto como la más humilde de las fregonas.

Lo que sólo una hora antes había parecido el próximo final del sufrimiento de su pueblo no era sino el principio.

Los brutales dedos que la agarraban por los brazos la obligaron a detenerse bruscamente frente a una pequeña puerta de hierro. La reina hizo un gesto de dolor. Apoyada en la pared al otro lado del corredor había una ordinaria escalera de mano que pesaba como dos veces ella.

De nuevo, el guardia que llevaba el manojo de llaves se adelantó para abrir la cerradura, maldiciendo entre dientes el mecanismo y quejándose de que estaba oxidado por la falta de uso. Todos los guardias parecían ser keltas. Cyrilla no había visto miembro alguno de la milicia local de Aydindril, aunque sabía que la mayoría de ellos habían muerto cuando Aydindril sucumbió ante D'Hara.

Por fin, el carcelero abrió la puerta y dejó ver un oscuro pozo. Cyrilla sintió que las piernas se le volvían líquidas. Sólo se sostenía en pie por las manos que la sujetaban. Iban a arrojarla a ese oscuro pozo lleno de ratas.

Cyrilla hizo un esfuerzo por calmarse, diciéndose que era la reina, pero el corazón le seguía latiendo desbocado.

—¿Cómo osáis encerrar a una dama en un agujero infestado de ratas?

El príncipe Fyren se acercó al oscuro pozo. Con una mano en la cadera se sostenía hacia atrás el manto real azul que llevaba desabrochado. Con la otra mano cogió una antorcha de un tedero.

—¿Ratas? ¿Es eso lo que os preocupa, milady; que pueda haber ratas? —El príncipe le dirigió una sonrisa burlona. Era demasiado joven para ser un maestro de la insolencia. De haber tenido los brazos libres, lo habría abofeteado—. Dejadme que aplaque vuestros temores, reina Cyrilla.

El príncipe arrojó la antorcha a la oscuridad. Mientras caía, iluminó unos rostros. Una fornida manaza cogió la antorcha. En el pozo había hombres, de seis a diez.

—A la reina le preocupa que haya ratas allí abajo —dijo el príncipe Fyren hablando hacia el agujero, y su voz resonó dentro.

—¿Ratas? —replicó una ruda voz desde el fondo—. Aquí no hay rata alguna. Ya no. Nos las hemos comido todas.

El príncipe Fyren seguía con una mano adornada con volantes en el puño apoyada en la cadera. Su voz burlona expresaba una inquietud fingida.

—¿Lo veis, alteza? El hombre dice que no hay ratas. Ahora ya no tenéis nada que temer, ¿verdad?

Los ojos de Cyrilla se desplazaron veloces entre la titilante luz de la antorcha en el fondo del pozo y Fyren.

—¿Quiénes son esos hombres?

—Sólo un puñado de asesinos y violadores que esperan ser decapitados, como vos. De hecho, son unas auténticas bestias todos ellos. Con tantos asuntos entre manos, no hemos tenido tiempo de ejecutar sus sentencias. Me temo que llevan tanto tiempo encerrados en ese pozo que están de muy malas pulgas.

»Pero estoy seguro de que, con una reina entre ellos, estarán de mejor humor —agregó, sonriendo de nuevo.

—Exijo tener una celda para mí sola —logró decir apenas Cyrilla.

La sonrisa del príncipe se esfumó, y enarcó una ceja.

—¿Exigís? ¿Os atrevéis a exigir? ¡No tenéis derecho a exigir nada! —exclamó, propinándole una bofetada—. ¡No sois más que una criminal, una repugnante asesina del pueblo de Kelton! ¡Habéis sido juzgada y condenada!

A la reina, la mejilla le ardía por el bofetón.

—Por favor, no podéis arrojarme al pozo... con ellos —susurró la reina. Sabía perfectamente que todas las súplicas serían en vano, pero no pudo evitarlo.

Fyren hizo rodar los hombros, se puso derecho mientras se alisaba el manto y recuperó la compostura.

—¡Eh, chicos! —gritó a los de abajo—. No se os ocurrirá mancillar a una dama, ¿verdad?

En el fondo del pozo resonaron suaves risas.

—¡Caramba! Pues claro que no. No queremos que nos corten la cabeza dos veces. La trataremos muy pero que muy bien —prometió la voz ronca en tono amenazador.

Cyrilla notó el sabor cálido y salado de la sangre en la comisura de sus labios.

—Fyren, no podéis hacer esto. Exijo ser ejecutada de inmediato.

—Otra vez con exigencias.

—¿Por qué no enseguida? ¡Quiero que me ejecuten ahora mismo!

El príncipe alzó la mano, dispuesto a abofetearla de nuevo, pero volvió a bajarla con una sonrisa afectada.

—¿Veis? Al principio proclamabais vuestra inocencia y no queríais ser ejecutada, pero ya estáis cambiando de idea. Unos cuantos días en el pozo con ellos y suplicaréis que os corten la cabeza. Rogaréis poder confesar vuestra traición frente a los espectadores que acudan a ver vuestro castigo. Además, tengo otros asuntos de los que ocuparme y no puedo molestarme en naderías. Seréis ejecutada cuando yo juzgue que tengo tiempo.

Con terror creciente, Cyrilla empezó a comprender qué le aguardaba dentro del pozo. Las lágrimas le quemaban en los ojos.

—Por favor... no me hagáis esto. Os lo suplico.

El príncipe Fyren se alisó los volantes del cuello y habló con suavidad:

—Traté de ponértelo fácil, Cyrilla, porque eres una mujer. El cuchillo de Drefan habría sido rápido, y apenas habrías sufrido. Si fueses un hombre, jamás te habría tratado con tal clemencia. Pero lo echaste a perder; permitiste que la Madre Confesora metiera las narices, permitiste que otra mujer violara los dominios masculinos.

»Las mujeres no tienen lo que hay que tener para gobernar; no sirven para ello. Nunca se les debería permitir que mandaran ejércitos o que se metieran en política. Era preciso poner las cosas en el lugar que les corresponde. Drefan murió tratando de conseguirlo por las buenas. Ahora tendrá que ser por las malas.

A un gesto suyo con la cabeza, uno de los carceleros acercó la escalera hacia la puerta para bajar un extremo al pozo, mientras las manos que sujetaban a Cyrilla por los brazos la empujaban hacia el borde.

A Cyrilla no se le ocurría modo alguno de detener lo que le estaba ocurriendo. Aunque sabía que era estúpido protestar, era incapaz de dominar el pánico que la embargaba.

—Soy una reina, una dama. No pienso descolgarme por una desvencijada escalera.

El príncipe Fyren parpadeó al oír tal absurda objeción, pero enseguida hizo un gesto al carcelero para que volviera a dejar la escalera en su sitio.

—Como deseéis, milady —dijo el príncipe, con una burlona inclinación de cabeza.

Entonces se irguió e hizo un leve gesto con la cabeza a los hombres que la tenían sujeta por los brazos. Los hombres la soltaron. Antes de poder mover ni un solo músculo, Fyren estrelló la base de una mano en el pecho de la mujer, entre sus senos.

El doloroso golpe le hizo perder el equilibrio. La reina cayó hacia atrás, hacia el pozo.

Durante la caída iba pensando que se estrellaría en el suelo de piedra y que moriría. Con una última exclamación ahogada se resignó a ello, mientras por su mente pasaba un continuo flujo de imágenes de su gloria pasada. ¿Tanto poder para acabar así? ¿Todo había sido en vano? ¿Acabaría con el cráneo partido como un huevo que cae de una mesa al suelo?

Pero unas manos la cogieron. Cyrilla sintió manos por todas partes, incluso en sus partes más privadas. La mujer abrió los ojos y vio cómo la luz que se filtraba por la puerta desaparecía al tiempo que resonaba un portazo.

A la inquietante y parpadeante luz de la antorcha, vio caras que la rodeaban. Eran rostros desaliñados y barbudos. Rostros desagradables, sudorosos, malvados. Ojos negros y astutos recorrieron todo su cuerpo, mientras que unas sonrisas hambrientas y desprovistas de humor dejaban al descubierto dientes torcidos y afilados. Había tantos dientes... Cyrilla sintió cómo la garganta se le cerraba e impedía el paso del aire a los pulmones. Su mente se negaba a funcionar y por ella pasaban imágenes fugaces, confusas y totalmente inútiles.

Alguien la presionaba contra el suelo. La fría piedra se le clavó en la espalda. Gruñidos y chillidos contenidos la asaltaban desde todos lados. Los hombres la rodeaban. Pese a que se resistía, los hombres hacían lo que querían con su cuerpo.

Unas manos firmes semejantes a garras le desgarraron el elegante vestido y pellizcaron brutalmente su súbita y terrible desnudez.

Fue entonces cuando Cyrilla hizo algo que no había hecho desde que era una niña: gritó.

27

Excepto por el pulgar y el índice que jugueteaban con el hueso liso y redondo del colgante, Kahlan contemplaba totalmente inmóvil la ciudad que se extendía ante ella. Las escarpadas laderas que rodeaban la ciudad parecían acunar con ternura los edificios que ocupaban casi por completo el valle suavemente ondulado sobre el que se asentaba. Tejados de pizarra muy inclinados salpicaban el paisaje dentro del límite construido, y en el extremo septentrional descollaban las torres de palacio. Pero ni una sola voluta de humo salía de los cientos de chimeneas de piedra. Kahlan no percibió movimiento alguno. No se veía ni un alma en la calzada meridional, totalmente recta, que conducía a la puerta principal, ni tampoco en ninguna de las serpenteantes carreteras que se bifurcaban hasta morir en las puertas secundarias ni en las que circunvalaban la muralla exterior en dirección norte.

La ladera de la montaña en cuya cima se encontraba Kahlan estaba cubierta por un manto de nieve. Una suave brisa hizo caer la nieve acumulada en la rama de un pino vecino, creando una chispeante nube que se disipó en el aire. Esa misma brisa agitaba la piel de lobo blanca del grueso manto con el que se abrigaba y le rozaba la mejilla, pero Kahlan apenas se dio ni cuenta.

Prindin y Tossidin le habían hecho ese manto para que no pasara frío en la travesía hacia el nordeste mientras atravesaba un inhóspito paisaje azotado por glaciales tormentas de invierno. Los lobos temían a los humanos y rara vez se dejaban ver, por lo que Kahlan poco sabía de sus hábitos. Las flechas de los dos hermanos habían hecho blanco en animales que ella ni siquiera había visto. Si no hubiera visto a Richard disparar, habría creído que esos disparos eran imposibles. Los dos hermanos eran casi tan buenos arqueros como Richard.

Aunque siempre había sentido una cierta animadversión hacia los lobos, en realidad nunca la habían molestado. Y, desde que Richard le había explicado la vida familiar en la manada, había empezado incluso a sentir afecto por ellos. Kahlan no quería que los hermanos mataran a ninguno para hacerle un abrigo caliente, pero ellos insistieron en que lo necesitaba, y al fin cedió.

Kahlan se sintió enferma al ver cómo los animales eran despellejados, dejando al descubierto el rojo de los músculos, el blanco de los huesos y los tendones, la sustancia de su ser tan elegante cuando estaba llena de vida y espíritu, y tan súbitamente mórbida después de arrebatárselos.

Mientras los hermanos realizaban la truculenta tarea, Kahlan no podía dejar de pensar en Brophy, el hombre al que había tocado con su poder y que había resultado ser inocente. Giller, su mago, lo había convertido en lobo para que pudiera empezar una nueva vida sin ser esclavo de la magia de una Confesora. Kahlan se imaginó la pena que sentiría la familia de lobos cuando esos miembros no regresaran, la misma que debió de sentir la compañera de Brophy y su manada cuando éste fue asesinado.

Había visto ya demasiadas muertes. Estaba tan harta de las muertes que sentía ganas de echarse a llorar; y el fin no se vislumbraba. Al menos, los tres hombres barro no habían demostrado orgullo ni alegría al matar a los magníficos animales, y habían dirigido una plegaria a los espíritus de sus hermanos lobos, tal como los habían denominado.

—*No deberíamos estar haciendo esto* —rezongó Chandalen.

Kahlan era consciente de que el cazador, apoyado en su lanza, la observaba, pero no apartó los ojos de la silenciosa ciudad del valle en la que reinaba una excesiva quietud. El tono de Chandalen era menos brusco de lo habitual y reflejaba el temor y el respeto que le inspiraba una ciudad del tamaño de Ebinissia.

Chandalen nunca se había alejado tanto de la tierra de la gente barro y tampoco había visto nunca tantos edificios juntos ni tan grandes. Al posar por primera vez la vista en la ciudad, sus ojos marrones la contemplaron con silencioso estupor, que fue incapaz de ocultar, y, por una vez, se quedó sin comentario

ácido alguno. Para alguien que había vivido toda su vida en una aldea situada en la pradera, Ebinissia debía de parecerle el resultado de hechizos mágicos y no del esfuerzo humano.

Kahlan sintió una pequeña punzada de pesar por él y por los dos hermanos, pues su simple visión del mundo se haría pedazos en ese viaje. Aún les quedaban muchas cosas por ver que les causarían asombro.

—Chandalen, me he esforzado mucho por enseñarte a ti, a Prindin y a Tossidin a hablar mi idioma. Allí donde vamos nadie habla tu lengua. Si me empeño en enseñarte es por tu propio bien. Eres libre de creer que lo hago para mortificarte o bien pensando en tu seguridad lejos de tu tierra. Pero, de uno u otro modo, quiero que me hables en el idioma que te he enseñado.

Cuando habló, Chandalen usó un tono de voz más tenso aunque no pudo ocultar lo humilde que se sentía al ver por primera vez una gran ciudad. Y no sería lo mayor que vería. Tal vez sentía también algo de lo que Kahlan no le había creído capaz: temor.

—Mi misión es escoltarte a Aydindril, no a este lugar. No deberíamos estar perdiendo el tiempo aquí. —Por la entonación que dio a este comentario, dejaba entrever que, a su entender, un lugar como ése nada bueno podría deparar.

Entrecerrando los ojos para protegerse del brillo cegador del sol en la blanca nieve, Kahlan vio muy abajo dos figuras que iniciaban el ascenso.

—Soy la Madre Confesora —dijo, soltando el huesecillo redondo—. Mi deber es proteger a toda la gente de la Tierra Central del mismo modo que trabajo para salvaguardar a la gente barro.

—Tú no ayudas a mi gente; sólo la pones en peligro.

Sus palabras parecían más fruto del hábito que un sentido reproche.

—Ya basta, Chandalen —replicó Kahlan en un quedo y cansino murmullo.

Por fortuna, el hombre barro no insistió, sino que descargó su ira en otras víctimas.

—Prindin y Tossidin no deberían subir la colina al descubierto. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos después de todo lo que les he enseñado? Si fuesen aún chiquillos, les daría una buena zurra en el trasero. Cualquiera puede ver adónde se dirigen. ¿Y tú quieres hacerme caso de una vez y ponerte a cubierto?

Kahlan dejó que la condujera de nuevo a la arboleda, no porque lo creyera necesario sino para demostrarle que respetaba sus esfuerzos por protegerla. Pese a su inicial resistencia a escoltarla en ese viaje, Chandalen había cumplido con su deber de velar por ella en todo momento, lo mismo que los dos hermanos. La diferencia era que Prindin y Tossidin lo hacían con sonrisas y auténtico celo, mientras que Chandalen mostraba un ceño permanente y recelo. Con la escolta de tres hombres barro, Kahlan se sentía como una mercancía muy valiosa y frágil que debía transportarse con sumo cuidado. Los hermanos eran sinceros, mientras que para Chandalen esa misión no era más que una tarea que debía realizarse por muy pesada que fuera.

—Deberíamos irnos cuanto antes de aquí —insistió Chandalen.

La Confesora sacó una mano de debajo de su capa de piel y se apartó del rostro un largo mechón de pelo.

—Tengo el deber de descubrir qué ha pasado.

—Dijiste que tu deber era ir a Aydindril, tal como te pidió que hicieras Richard el del genio pronto.

Kahlan le volvió la espalda sin responder y se adentró más profundamente entre los árboles cubiertos de nieve. Extrañaba a Richard más de lo que podía soportar. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía mirándola con la expresión que puso al creer que lo había traicionado. La mujer sentía deseos de arrodillarse y soltar el grito que pugnaba continuamente por escaparse a su control, un grito fruto del horror que le producía lo que había hecho.

¿Pero acaso tenía otro remedio? Si lo que sabía era cierto y el velo del inframundo estaba rasgado y sólo Richard podía volverlo a cerrar, y si ese collar era lo único que podía salvarle la vida y darle la oportunidad de cerrar el velo, no tenía otra opción. ¿Cómo podría haber tomado otra decisión? ¿Cómo

podría Richard respetarla si no afrontaba sus responsabilidades para el bien común? El Richard que ella amaba acabaría por darse cuenta de ello. Tenía que darse cuenta.

Pero, si alguna de esas cosas resultaba no ser cierta, entonces habría empujado al hombre al que amaba a la peor de sus pesadillas, y todo por nada.

Por enésima vez se preguntó si Richard debía de mirar el mechón de cabello que le había dado y si pensaba en ella. Ojalá que lograra entenderla y perdonarla. Kahlan deseaba tanto decirle cuánto lo amaba y abrazarlo... Su único objetivo ahora era llegar a Aydindril y pedir ayuda a Zedd.

Pero debía saber qué había ocurrido en Ebinissia. Kahlan se enderezó, resuelta. Era su deber como Madre Confesora.

Su primera intención había sido eludir la ciudad, pero en los últimos dos días se habían topado en el camino con los cadáveres congelados de mujeres. Nunca eran hombres, sino sólo mujeres, tanto jóvenes como ancianas, tanto niñas como abuelas. Algunas estaban medio desnudas y otras no llevaban ropa alguna, y eso que se encontraban en lo más crudo del invierno. Algunas yacían solas y otras, las menos, apiñadas. Habían muerto congeladas, demasiado exhaustas o demasiado asustadas o desorientadas para buscar refugio. Habían huido de Ebinissia no sólo con prisas, sino realmente aterrorizadas. Habían preferido morir de frío en los caminos que quedarse en la ciudad.

Casi todas ellas presentaban señales de haber sufrido todo tipo de atropellos antes de dispersarse a los cuatro vientos hacia las montañas. Kahlan sabía qué les habían hecho, lo que les había llevado a tomar esa decisión desesperada. Pese a que los tres hombres también lo sabían, ninguno osaba decirlo en voz alta.

Kahlan se abrigó con la cálida capa. Esa atrocidad no podía haber sido cometida por los ejércitos de D'Hara, pues era demasiado reciente y las tropas d'haranianas habían recibido la orden de retirada. No tenía sentido que hubieran hecho algo como eso una vez acabada la guerra.

Incapaz de aguantar ni un minuto más sin saber qué calamidad se había abatido sobre la ciudad, la mujer se subió un poco el arco que llevaba colgado al hombro e inició el descenso de la colina. Por fin los músculos de sus piernas se habían acostumbrado a caminar a grandes zancadas, que era el paso adecuado para andar con las raquetas que los hombres barro le habían fabricado con sauce y tendón. Chandalen corrió tras ella.

—No bajes —le gritó—. Puede ser peligroso.

—¿Peligroso? —Kahlan se subió la mochila que llevaba a la espalda—. Si hubiese algún peligro, Prindin y Tossidin no irían al descubierto. Puedes venir conmigo o esperar aquí, pero yo voy.

Consciente de que era inútil tratar de convencerla, Chandalen la siguió en un extraño ataque de silencio. El brillante sol de la tarde no lograba calentar el ambiente de ese crudo día de invierno. Normalmente, en las estribaciones de las montañas Rang'Shada soplaba un fuerte viento, pero por fortuna ese día era débil. Hacía varios días que no nevaba, lo que les había permitido viajar más deprisa. No obstante, con cada inspiración sentía como si el aire se congelara dentro de su nariz.

Kahlan interceptó a los hermanos a media ladera. Los hombres barro se detuvieron ante ella y, apoyados en sus lanzas, respiraron entrecortadamente. Era extraño, pues no parecían cansarse nunca. Pero no estaban acostumbrados a la altitud. Tenían el rostro pálido y se mostraban muy serios.

—Por favor, Madre Confesora, no bajes allí —dijo Prindin, que tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento tras el agotador ascenso—. Los espíritus de los antepasados de esa gente los han abandonado.

Kahlan desató un odre que llevaba a la cintura, bajo la capa, para que el calor de su cuerpo impidiera que el agua se congelara. Se lo tendió a Prindin y lo animó a que tomara un sorbo antes de interrogarlo.

—¿Qué has visto? No habéis entrado en la ciudad, ¿verdad? Os dije que no traspasarais las murallas.

Prindin tendió el odre a su hermano, que también jadeaba.

—No, no entramos. Nos ocultamos, tal como nos dijiste. No entramos, pero tampoco fue necesario. —El hombre barro se lamió una gota de agua del labio inferior y añadió—: Vimos bastante desde fuera.

Cuando Tossidin acabó de beber, Kahlan recuperó el odre y volvió a colocar el tapón.

—¿Visteis a alguien?

—Vimos a mucha gente —replicó Tossidin, lanzando una fugaz mirada por encima del hombro a la ciudad en el valle.

—Muertos —apostilló Prindin, limpiándose la nariz con el dorso de la mano mientras miraba alternativamente a su hermano y a Kahlan.

—¿Cuántos? ¿Y muertos cómo?

Tossidin se soltó la larga correa que sujetaba su capa de piel al cuello y respondió:

—Muertos en la batalla. La mayoría son hombres armados con espadas, lanzas y arcos. Hay tantos que no conozco la palabra para contarlos. Nunca en toda mi vida había visto tantos hombres juntos. Hubo una guerra, y los vencidos fueron masacrados.

Kahlan se quedó mirándolos un momento, totalmente horrorizada, casi incapaz de respirar. Hasta entonces había conservado la esperanza de que los habitantes de Ebinissia hubieran logrado escapar.

Una guerra. ¿Acaso las fuerzas de D'Hara habían atacado tras el fin de la guerra? ¿O era obra de otros?

Cuando, por fin, los músculos volvieron a responderle, inició el descenso de la colina. La capa ondeaba al viento gélido, abierta. El corazón le latía con fuerza, temerosa de lo que podría haberle ocurrido a la gente de Ebinissia.

—Tengo que ir a ver qué ha pasado —dijo.

—Por favor, Madre Confesora, no vayas —le suplicó Prindin—. Es muy malo.

Los tres hombres tuvieron que darse prisa para seguirla. Kahlan caminaba deprisa, y la pendiente aceleraba su marcha.

—No es la primera vez que veré gente muerta.

Empezaron a encontrar los primeros cadáveres: según todos los indicios, víctimas de escaramuzas, a bastante distancia de los muros de la ciudad. La nieve los había cubierto en parte. En un lugar sólo vieron una mano que sobresalía del manto de nieve, como si el hombre se estuviera ahogando debajo y pidiera socorro. La mayoría de los cuerpos estaban intactos, pues había más que alimento suficiente para los carroñeros. Todos eran soldados del ejército de Galea cuyos cuerpos se habían congelado donde cayeron muertos. Sus ropas empapadas de sangre estaban duras como una piedra, y también sus pavorosas heridas se habían helado.

En la muralla meridional, donde antes se abrían unas enormes puertas de madera de roble reforzadas con sólidas barras de hierro, ahora había un gran agujero con los bordes fundidos y quemados. Kahlan se quedó mirando la piedra fundida como la cera de una vela. Sólo existía una cosa capaz de hacer eso: el fuego de hechicero.

Su mente se esforzaba por comprender lo que estaba viendo. Reconocía perfectamente los efectos del fuego de hechicero, pero ya no quedaban hechiceros excepto Zedd y tal vez Richard. Pero eso no podía ser obra de Zedd.

Extramuros, a ambos lados, vieron enormes pilas congeladas de cuerpos decapitados, y otras pilas, menos ordenadas, sólo de cabezas. Espadas, escudos y lanzas habían sido amontonados en pilas separadas que parecían enormes puercoespines muertos de acero. Había sido una ejecución en masa llevada a cabo por diferentes comandos a la vez para realizar un trabajo más eficiente. Todos los muertos eran soldados de Galea.

Mientras contemplaba conmocionada y yerta el truculento espectáculo, Kahlan dijo suavemente a Tossidin, situado detrás de ella:

—La palabra que no conocías para contar tantos muertos es «miles». Calculo que habrá unos cinco mil.

Prindin clavó con delicadeza el extremo de la lanza en la nieve y la hizo girar, incómodo.

—No imaginaba que se necesitara una palabra para contar a tanta gente. —De nuevo giró la lanza con un gesto de la mano, y su voz se convirtió en un susurro para añadir—: No será un lugar muy agradable cuando llegue el calor.

—*Ya es desagradable ahora* —murmuró su hermano en su propia lengua.

Kahlan sabía que habría muchos más muertos. Conocía las tácticas de defensa de Ebinissia: las murallas ya no proporcionaban la misma seguridad que en un remoto pasado. A medida que la ciudad había ido creciendo gracias a la prosperidad que había fomentado la alianza de la Tierra Central, la vieja muralla fortificada había sido derribada, y la piedra se había usado para construir la nueva, más amplia. Pero no se había construido tan sólidamente como la anterior. La nueva muralla de Ebinissia era más el símbolo y el orgullo de la capital del reino que un perímetro fuerte y fácilmente defendible.

Al producirse el ataque, las puertas se debían de haber cerrado, y los soldados más duros y avezados se quedaron fuera para detener a los atacantes antes de que tuvieran oportunidad de llegar a la muralla. La auténtica defensa de Ebinissia eran las montañas que la rodeaban, pues los estrechos pasos que las cruzaban impedían un ataque en masa.

Por orden de Rahl el Oscuro, fuerzas de D'Hara habían cercado la ciudad durante casi dos meses, pero los defensores de fuera de la muralla habían podido retener a los atacantes en los pasos de las montañas, inmovilizarlos y hostigarlos sin tregua hasta obligarlos a retirarse para lamerse las heridas y buscar una presa más fácil. Aunque en esa ocasión los ebinissianos vencieron, habían sufrido muchas bajas. Si Rahl el Oscuro no hubiera estado tan ocupado buscando las cajas del Destino, habría enviado más atacantes y quizás habría aplastado a los defensores en los pasos. Esta vez alguien lo había hecho.

Esos hombres decapitados eran parte del anillo exterior de defensa de Ebinissia. Ante las murallas habían sido derrotados, capturados y ejecutados antes de abrir una brecha en los muros, probablemente para aterrorizar a los habitantes de la ciudad y convencerlos de que se rindieran sin luchar. Por los cuerpos sin vida de las mujeres que habían ido encontrando en los caminos, Kahlan sabía que lo que les esperaba dentro de la ciudad sería mucho peor.

Como de costumbre, casi sin darse cuenta de lo que hacía, Kahlan puso la cara de serenidad que nada revelaba, su máscara de Confesora que su madre le enseñara.

—Prindin, Tossidin, vosotros dos seguid la muralla. Quiero saber qué más hay fuera. Quiero saber todo lo que ha ocurrido aquí: cuándo se produjo el ataque, de dónde vinieron los atacantes y qué dirección tomaron al marcharse. Chandalen y yo entraremos. Cuando acabéis, esperad aquí.

Los dos hermanos obedecieron enseguida las órdenes de Kahlan y empezaron a susurrar entre sí mientras señalaban y analizaban signos y huellas que interpretaban con apenas una rápida mirada. Chandalen caminaba en silencio a su lado, con una flecha presta en el arco mientras salvaban los escombros y se introducían por el gran orificio en el muro.

Ninguno de los tres hombres se había opuesto a sus órdenes. Kahlan sabía que se sentían sobrecogidos por el tamaño de la ciudad y, sobre todo, por la enormidad de lo ocurrido allí; respetaban la obligación de Kahlan para con los muertos.

La mirada de Chandalen no se posó en los cuerpos diseminados por todas partes, sino que observó las oscuras aberturas y los callejones limitados entre las pequeñas casas de adobe y cañas que albergaban a los pastores y los campesinos que trabajaban los campos próximos a la ciudad. En la nieve no había huellas frescas; nada vivo había estado allí recientemente.

Kahlan elegía la ruta mientras Chandalen la seguía a su derecha, medio paso por detrás. La mujer no se detuvo a examinar los cadáveres desperdigados por todas partes. Todos parecían haber muerto de la misma manera, luchando con ferocidad.

—Fueron derrotados por una fuerza más numerosa —comentó Chandalen en voz baja—. Eran muchos miles, como tú dices. No tenían oportunidad alguna.

—¿Por qué dices eso?

—Están agrupados entre las casas. No es el mejor escenario para luchar, pero, en un lugar cerrado como éste, no hay otro modo. Así es como yo trataría de defenderme de un enemigo que me superara en número: impidiéndole que se desplegara desde atrás, me rodeara y me atrapara. En los callejones, el enemigo no podía atacar en masa. Yo acosaría desde todos los lados para evitar que atacara a su antojo, y que nunca supiera de dónde procedería el siguiente golpe. Es importante enfrentarse al enemigo en las condiciones que uno elige, sobre todo si el enemigo es más numeroso.

»Entre los soldados hay ancianos y adolescentes. Yo no permitiría que lucharan a no ser que fuese una guerra a muerte y faltaran defensores. Debieron de ser muy valientes para plantar cara y enfrentarse a una fuerza mucho más poderosa. Si las fuerzas enemigas no hubieran sido tan numerosas, no habría sido necesario que ancianos y adolescentes ayudaran a unos soldados tan valientes.

Kahlan sabía que Chandalen tenía razón. Todos los habitantes de la ciudad habían visto u oído las ejecuciones ante las murallas, y sabían que la derrota significaba la muerte.

Los cuerpos habían sido derribados como juncos que arranca un vendaval. Mientras ascendían la colina en la que antaño se alzara la vieja muralla, los muertos se multiplicaron. Era como si se hubieran replegado para tratar de seguir oponiendo resistencia desde un terreno elevado. Pero no les había servido de nada, pues habían sido aplastados.

Todos los muertos eran defensores; no había atacantes muertos. Kahlan sabía que algunos creían que dejar a los muertos donde habían caído mientras derrotaban al enemigo auguraba mala suerte en las siguientes batallas, pues era como abandonar sus espíritus al castigo que sufrirían a manos de los espíritus de los vencidos. Del mismo modo creían que, si dejaban a sus muertos en el escenario de una derrota, los espíritus de los camaradas caídos atormentarían a sus enemigos. Quienquiera que fuera que había perpetrado esa masacre, no había querido dejar los cuerpos de sus muertos junto a los de los vencidos. Kahlan conocía varios pueblos que creían que morir en batalla producía tal taumaturgia, y entre ellos destacaba uno en especial.

Mientras bordeaban un carro volcado con toda la carga de leña desparramada en un desordenado montón, Chandalen se detuvo bajo un pequeño letrero de madera en el que había una hoja grabada junto a un mortero y la correspondiente mano de mortero. Haciendo pantalla con una mano para protegerse de la luz del sol, escudriñó la tienda larga y estrecha situada a algunos metros de distancia de los edificios a ambos lados.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó.

Kahlan lo precedió y atravesó el marco de la puerta astillado de madera.

—Es un herbolario. —El mostrador estaba cubierto con botes de cristal rotos y hierbas secas, diseminados en total confusión. Sólo se habían salvado dos tapas de cristal—. Aquí es donde la gente compraba hierbas y remedios.

Detrás del mostrador, un gran mueble que iba del suelo al techo y ocupaba casi todo el ancho de la pared había contenido centenares de pequeños cajones de madera cuya pátina se había ido oscureciendo por el roce de innumerables dedos. Los que aún seguían en su sitio habían sido destrozados con una maza. Tanto los cajones como su contenido habían sido arrojados al suelo y pisoteados. Chandalen se agachó y abrió los pocos cajones cerca del suelo que seguían intactos, inspeccionó su contenido y volvió a cerrarlos.

—Nissel se quedaría... *¿cómo se dice «pasmada»?*

—Pasmada.

—Se quedaría pasmada al ver tantas hierbas medicinales. Es un crimen destruir cosas que ayudan a los demás.

—Sí —convino con él Kahlan, mientras miraba cómo abría y luego volvía a cerrar los cajones—. Es un crimen.

Al abrir uno lanzó un grito ahogado. Por un momento se quedó inmóvil, agachado como estaba, antes de coger con gesto reverente un manojo de plantas en miniatura unidas por los tallos con un cordel. Las diminutas hojas secas presentaban una tonalidad verde pardusca con vetas carmesíes.

Chandalen emitió un suave silbido entre dientes, antes de susurrar:

—*Quassim doe.*

Kahlan inspeccionaba con la mirada la oscura trastienda, intentando que sus ojos se ajustaran a la falta de luz. No había cuerpo alguno. Seguramente, el herborista huyó antes de morir o tal vez se había unido al ejército para luchar contra los invasores.

—¿Qué es *quassim doe*? —preguntó.

—El *quassim doe* puede salvarte la vida si tomas por error veneno de diez pasos o, si eres realmente rápido, si te disparan con una flecha emponzoñada con él —contestó el cazador, examinando el manojo que hacía rodar entre sus manos, sin poder apartar la vista de él.

—¿Cómo que tomarlo por error?

—Las hojas de *bandu* venenosas se mastican mucho tiempo en la boca para humedecerlas. Después se cuecen y se obtiene una pasta espesa. A veces, si te tragas por accidente parte del líquido que desprenden o las masticas demasiado rato, enfermas.

El hombre barro abrió una bolsa de gamuza que llevaba colgada al cinto, de la que sacó una cajita de hueso tallado provista de una tapa. Contenía una pasta oscura.

—Esto es el veneno de diez pasos que ponemos en las flechas. Lo preparamos con *bandu*. Si comes un poco de esto, enfermas; si comes más cantidad, tienes una muerte lenta; y, si comes bastante, mueres muy deprisa. Pero a nadie se le ocurriría comerlo una vez que está preparado y guardado en la cajita. —Chandalen deslizó de nuevo la caja con el veneno dentro de la bolsa.

—¿De modo que el *quassim doe* es el antídoto por si involuntariamente tragas un poco de *bandu* mientras estás masticando las hojas para hacer veneno? —Chandalen asintió con la cabeza—. Pero ¿y si te disparan con una flecha de diez pasos? ¿No morirías antes de poder tomar el antídoto?

—Depende —replicó Chandalen, haciendo girar el manojo de plantas entre los dedos—. A veces, un cazador se hace un rasguño sin querer con su propia flecha de diez pasos, pero toma *quassim doe* y no muere. Si es otro quien te dispara, a veces tienes tiempo de salvarte. Las flechas de diez pasos sólo te matan casi al instante si te dan en el cuello; entonces mueres antes de poder tomar *quassim doe*. Pero, si te disparan en otro sitio, por ejemplo en la pierna, el veneno tarda más en actuar y hay tiempo de contrarrestarlo con *quassim doe*.

—¿Y si cuando ocurre estás demasiado lejos de Nissel para que te dé el antídoto? ¿Podrías morir si te pinchas accidentalmente con una flecha de diez pasos mientras cazas en la pradera?

—Todos los cazadores solían llevar algunas hojas de *quassim doe* encima, para tomarlas si se hacían un rasguño o si les disparaban y tenían tiempo. En una flecha no hay mucha cantidad de veneno, pues se usan para cazar animales pequeños. En el pasado, en tiempos de guerra, los hombres barro tragaban *quassim doe* justo antes de la batalla para protegerse de las flechas de diez pasos del enemigo.

»Pero es muy difícil de conseguir —prosiguió, meneando tristemente la cabeza—. La última vez que conseguimos tanta cantidad, todos los hombres de la aldea tuvieron que hacer tres arcos y dos manojos de flechas, y todas las mujeres tuvieron que hacer cuencos. Pero ya no queda nada. Hace años que se acabó. La gente que nos lo proporcionaba ya no ha encontrado más. Dos hombres han muerto por no tener *quassim doe*. La gente barro haría cualquier cosa por volver a tener.

—Quédatelo, Chandalen —lo animó Kahlan, mirando cómo colocaba de nuevo las hierbas en el cajón—. Llévaselo a tu gente. Lo necesitan.

Pero el cazador cerró despacio el cajón.

—No puedo —dijo—. No estaría bien quitárselo a otros, aunque esos otros estén muertos. Este *quassim doe* no pertenece a la gente barro, sino a la gente de Ebinissia.

Kahlan se agachó junto a él, abrió el cajón y cogió el pequeño haz. En el suelo vio un pedazo cuadrado de la tela con la que se empaquetaban las compras, y la usó para envolver las plantas de *quassim doe*.

—Tómalas —insistió, poniéndole el paquete en las manos—. Conozco a los habitantes de esta ciudad y pienso pagárselo. Puesto que pagaré por él, ahora me pertenece a mí. Tómalo. Te lo regalo por todos los problemas que he causado a tu gente.

—Es un regalo demasiado valioso —replicó Chandalen, mirando fijamente el paquete de tela—. Si lo acepto, estaríamos en deuda contigo.

—Pues no es un regalo sino el pago por que tú, Prindin y Tossidin me escoltéis en este viaje. Vosotros tres estáis arriesgando la vida para protegerme. Soy yo quien está en deuda con vosotros, y ni siquiera así os podré compensar. Vosotros no me debéis nada.

Ceñudo, el hombre barro observó el paquete un momento, tras lo cual lo hizo botar dos veces en la mano antes de guardárselo en la bolsa de gamuza que llevaba a la cintura. La cerró con una correa de cuero sin curtir y se puso en pie.

—Así pues, es el pago por acompañarte. Cuando lleguemos a nuestro destino, no te deberemos nada.

—Nada de nada —dijo Kahlan, sellando así el trato.

Ambos recorrieron las silenciosas calles, pasando por delante de las tiendas y las posadas del barrio viejo de la ciudad. No quedaba ni una puerta ni una ventana intactas. Fragmentos de cristal relucían a la luz del sol, titilando como si fueran lágrimas derramadas por los muertos. Las hordas invasoras habían saqueado todos los edificios en busca de cualquier ser vivo.

—¿Cómo es posible que tantos miles de personas vivieran en un mismo lugar y hubiera tierra suficiente para alimentar a tantas familias? Es imposible que hubiera caza suficiente para todos ni campos de cultivo.

Kahlan trató de ver la ciudad con los ojos del hombre barro, al que debía de parecerle un confuso rompecabezas.

—No todos cazaban ni cultivaban la tierra. La gente que vivía aquí se había especializado.

—¿Especializado? ¿Qué significa?

—Significa que cada uno desempeñaba un oficio diferente. Trabajaban sólo en una cosa, y usaban oro o plata para comprar las cosas que necesitaban y que no cultivaban ni fabricaban ellos mismos.

—¿De dónde sacaban el oro o la plata?

—Las obtenían en pago por las cosas en las que se habían especializado.

—¿Y esos otros de dónde sacaban el oro o la plata?

—De otros que les pagaban por su trabajo.

—¿Por qué no hacían trueques? —inquirió Chandalen, mirándola con escepticismo—. Hubiese sido más sencillo cambiar una cosa por otra.

—Bueno, en cierto modo, era una especie de trueque. Muchas veces, la persona que quiere lo que tú tienes no puede ofrecerte nada que tú necesites, por lo que te paga con dinero, esto es plata u oro en forma de discos planos y redondos que se denominan monedas. Y con esas monedas tú compras lo que necesitas.

—Comprar. —Chandalen pareció probar en la boca el sonido de esa extraña palabra, mientras miraba una calle que se abría a su derecha meneando la cabeza—. ¿Y por qué trabajaba la gente? ¿Por qué no se limitaba a coger ese dinero de oro o plata que dices?

—Algunos lo hacen; buscan oro o plata. Pero es un trabajo muy duro. Para encontrar oro hay que cavar muy hondo. Por eso es por lo que se usa como dinero: porque es escaso. Si fuese tan fácil de encontrar como los granos de arena, nadie lo aceptaría como pago. Si fuese sencillo conseguir dinero, o fabricarlo, perdería su valor, este sistema de intercambio acabaría y todo el mundo se moriría de hambre.

—¿De qué está hecho ese dinero? ¿Qué es ese oro y plata de los que hablas? —preguntó Chandalen, deteniéndose y poniendo ceño.

Kahlan no se detuvo, por lo que el cazador tuvo que avanzar rápidamente unos pasos para ponerse de nuevo a su altura.

—Oro es... El medallón, el colgante que los bantak regalaron a la gente barro en signo de paz estaba hecho con oro. —Chandalen asintió con un gruñido, ante lo cual Kahlan se detuvo—. ¿Sabes de dónde sacan los bantak tanto oro?

—Pues claro —contestó el hombre barro, paseando la mirada por los tejados de pizarra—. Nosotros se lo damos.

—¿Qué significa que vosotros se lo dais? —Kahlan lo agarró por el brazo, que tenía cubierto con la capa, y lo atrajo hacia ella.

El hombre barro se puso tenso. No le gustaba sentir la mano de una Confesora. El hecho de que lo tocara por encima de la capa de piel no importaba, pues, si la mujer descargaba su poder, la piel de lobo no lo protegería. El poder de Kahlan atravesaba incluso una armadura. Cuando lo soltó, Chandalen se relajó visiblemente.

—Chandalen, ¿de dónde saca la gente barro tanto oro?

El hombre la miró como si fuera una niña que le preguntara dónde encontrar barro.

—De unos agujeros que hay en el suelo, hacia el norte. Es un terreno rocoso en el que casi nada crece ni puede sobrevivir. El oro está dentro de los agujeros. Es un lugar muy malo. El aire es cálido y malo para respirar. Se dice que, si uno lo inhala demasiado tiempo, muere. El metal amarillo está dentro de esos profundos agujeros. Pero no sirve de nada, pues es demasiado blando para forjar buenas armas.

»Pero los bantak afirman que a los espíritus de sus antepasados les gusta el brillo del metal amarillo, por lo que les permitimos que entren en nuestra tierra y lo cojan de los agujeros. —Chandalen hizo un gesto con la mano con el que indicaba que no era nada importante—. Así fabrican objetos gratos a la vista de los espíritus de sus antepasados.

—Chandalen, ¿conoce alguien más la existencia de esos agujeros con oro?

—Supongo que no, pues no permitimos que ningún forastero entre en nuestras tierras —contestó, encogiéndose de hombros—. Pero, como ya te he dicho, no sirve de nada porque es demasiado blando para hacer armas. A los bantak les gusta y, como intercambiamos cosas con ellos, les dejamos que cojan tanto como quieran. Pero no se llevan mucho, porque ya te he dicho que es un lugar malo. Nadie quiere ir allí, excepto los bantak, y sólo para complacer a los espíritus de sus antepasados.

¿Cómo podría explicárselo? Chandalen no sabía nada del mundo fuera de su aldea.

—Chandalen, nunca debéis usar ese oro. —El cazador puso una cara de decirle que ya le había explicado que era un metal inútil y que nadie lo querría—. Es posible que tú lo creas inútil, pero otros matarían para obtenerlo. Si se corriera la voz de que hay oro en la tierra de la gente barro, os invadirían para conseguirlo. La fiebre del oro vuelve locos a los hombres, que harían cualquier cosa para conseguirlo. Matarían a la gente barro.

Chandalen se puso muy derecho y adoptó una expresión de petulancia. Entonces apartó la mano de la cuerda del arco y se golpeó el pecho.

—Yo y mis hombres protegemos a la gente barro. Ahuyentaríamos a los forasteros.

Kahlan hizo un amplio gesto con el brazo, señalando los centenares de muertos alrededor.

—¿A tantos? ¿A miles, quizá? —Chandalen nunca había visto a tanta gente reunida y no podía hacerse una idea cabal de la población de la Tierra Central—. Serían miles de personas que no pararían hasta expulsaros a vosotros.

Los ojos del cazador siguieron el arco que dibujó la mujer con el brazo. Frunció la frente con una inquietud que hasta entonces nunca lo había asaltado, y toda su arrogancia se evaporó al mirar a tantos muertos.

—Los espíritus de nuestros antepasados nos han advertido que no hablásemos de los agujeros en el suelo en los que cuesta respirar. Sólo dejamos pasar a los bantak; a nadie más.

—Procura que siga siendo así, u otros tratarán de robarlo.

—Robar no está bien. —El cazador tensó de nuevo la cuerda del arco, mientras Kahlan soltaba un ruidoso suspiro de frustración—. Cuando yo hago un arco para intercambiarlo por otra cosa, todo el mundo sabe que es obra de Chandalen, pues mis arcos son magníficos. Si alguien lo roba, todo el mundo sabe de dónde ha salido. Enseguida se descubre al ladrón y se lo obliga a devolverlo. Tal vez es expulsado de la aldea. Pero, si un ladrón roba dinero, ¿cómo hay manera de saber a quién pertenece?

A Kahlan le dolía la cabeza por el esfuerzo de intentar aclarar las dudas a Chandalen. Pero, al menos, le impedía pensar en todos los muertos que veían. La mujer echó a andar de nuevo sobre la nieve y tuvo que pasar por encima de un hombre caído de espaldas. Entre los muertos apenas había sitio donde colocar los pies.

—Cuesta mucho. Ésa es la razón por la que la gente guarda con mucho cuidado su dinero. Si alguien es atrapado robando, el castigo es severo para desalentar a otros ladrones.

—¿Cómo se castiga a los ladrones?

—Si no han robado mucho y tienen suerte, se los encierra bajo llave en una habitación muy pequeña hasta que su familia repone todo lo que han robado.

—¿Qué es encerrar bajo llave?

—Es un modo de bloquear una puerta. Las habitaciones de piedra en las que se mete a los ladrones tienen una puerta que no puede abrirse desde dentro y una cerradura. Para abrirla hay que tener la llave adecuada.

Chandalen comprobó una calle lateral detrás del establecimiento de un platero, mientras continuaban andando por la calle principal.

—Preferiría que me mataran a que me encerraran en una habitación de ésas.

—Eso es lo que le ocurre al ladrón si roba a quien no debe o si tiene mala suerte.

Chandalen gruñó, y Kahlan pensó que no se lo estaba explicando demasiado bien. Era evidente que al hombre barro ese sistema le parecía un soberano disparate.

—Nuestro modo de vida es mejor. Nosotros hacemos lo que queremos. Cada uno de nosotros hace lo que necesita. No nos especializamos. Sólo comerciamos por unas pocas cosas. Nuestro sistema es mejor.

—Vosotros hacéis lo mismo que esta gente, Chandalen. Tal vez no te des cuenta, pero lo hacéis.

—No. Cada hombre o mujer barro sabe muchas cosas. Nosotros enseñamos a nuestros hijos a hacer todo lo que van a necesitar.

—Os especializáis. Tú eres cazador y proteges la aldea. Esos hombres —prosiguió, señalando con un gesto de cabeza a los muertos que los rodeaban, algunos con los ojos abiertos— eran soldados; se habían especializado en proteger a su gente. Dieron su vida tratando de hacerlo. Tú eres como ellos: eres fuerte, sabes usar un arco y una lanza, y posees astucia para descubrir los planes de tus enemigos y tratar de frustrarlos.

Chandalen reflexionó sobre estas palabras mientras se detenía un segundo para desprender la nieve que se le había adherido en las raquetas.

—Pero sólo soy yo, porque soy fuerte y sabio. Los demás no se especializan.

—Todos se especializan, Chandalen. La especialidad de Nissel, la curandera, es ayudar a los enfermos o a los heridos. Nissel pasa la mayor parte del tiempo ayudando a otros. ¿Cómo consigue alimentos?

—Aquellos a quienes ayuda le ofrecen lo que necesita y, si no hay nadie, siempre hay alguien dispuesto a compartir su comida con ella para que esté bien alimentada y dispuesta a ayudarnos.

—¿Ves? Los enfermos le pagan con pan de tava, pero es casi como si lo hicieran con dinero. Nissel se especializa en ofrecer un servicio a la aldea, y por ello todo el mundo la ayuda un poco, para que la aldea cuente con ella cuando es necesaria. Aquí a eso se lo denomina impuesto. Todo el mundo paga una pequeña cantidad que se invierte en el bien común, para contribuir a la manutención de quienes trabajan para todos.

—¿Así es como tú consigues alimentos? ¿La gente te los ofrece como nosotros, cuando vienes a visitarnos?

Kahlan se sintió aliviada de que, por primera vez, Chandalen no pronunciara esas palabras con animosidad.

—Sí —contestó.

Chandalen observó las ventanas vacías de los primeros pisos, mientras seguían avanzando entre edificios cada vez mayores y más ornamentados. A su izquierda, la puerta doble con goznes de hierro de una taberna había sido rota, y las mesas, sillas, ollas, platos y manteles bordados con rosas rojas —como símbolo del nombre de la taberna: La Rosa Roja— habían sido arrojados a la calle, y ahora la nieve casi los cubría. Al mirar dentro, Kahlan vio el cuerpo despatarrado en el suelo de un ayudante de cocina vestido con delantal, con la mirada congelada hacia el techo en la que aún se leía el terror de su última visión. No tendría más de doce años.

—Pero sólo Nissel y los cazadores se especializan —insistió Chandalen, tras una breve reflexión—. Los demás no.

—Todos lo hacen hasta cierto punto. Las mujeres preparan pan de tava, los hombres fabrican armas. También la naturaleza funciona así: algunas plantas crecen en terreno húmedo, y otras en terreno seco. Algunos animales se alimentan de hierba, otros comen hojas, otros insectos, y otros más, carne. Todos los seres vivos desempeñan una función determinada. Las mujeres tienen hijos, y los hombres...

Kahlan se detuvo, apretó los puños a ambos lados y contempló fijamente los innumerables cuerpos caídos por todas partes. Con un gesto del brazo los abarcó.

—Y, al parecer, los hombres sólo piensan en matarlo todo. ¿Lo ves, Chandalen? La especialidad de las mujeres es crear vida, y la especialidad de los hombres es acabar con ella.

Kahlan se apretó el estómago con un puño. Estaba peligrosamente próxima a perder la compostura. Sentía náuseas y la cabeza le daba vueltas.

—El Hombre Pájaro diría que no hay que juzgar a todos por lo que hacen unos pocos —le dijo Chandalen, mirándola por el rabillo del ojo—. Las mujeres no crean vida ellas solas. Los hombres también ponen su granito de arena.

Kahlan inspiró una bocanada de frío aire. Haciendo un esfuerzo, echó de nuevo a andar por la nieve a un paso más vivo, con Chandalen a su lado. La mujer giró hacia una calle flanqueada por elegantes tiendas. Mientras eludían un montón de nieve acumulada por el viento, el cazador señaló algo con su arco. Al parecer, buscaba una excusa para cambiar de tema.

—¿Por qué tienen personas de madera?

Un maniquí sin cabeza descansaba apoyado contra el alféizar de una ventana, medio fuera de una tienda. Exhibía un rebuscado vestido azul adornado con abalorios blancos en la cintura. Alegrándose de tener algo que la distrajera de los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza, Kahlan cambió ligeramente de dirección, hacia el maniquí.

—Es la tienda de un sastre. La gente que la llevaba se había especializado en coser vestidos. La persona de madera no es más que una forma de exhibir su trabajo, para que los demás pudieran ver lo buenos que eran. Es una demostración del orgullo que sentían por su obra.

La mujer se detuvo frente a la gran ventana. Todos los cristales habían resultado rotos. Unos pocos de los parteluces, pintados de color amarillo, colgaban torcidos de la parte superior del marco. El tono azul del lujoso vestido recordó a Kahlan su propio vestido de boda. Mientras ahogaba un grito, sintió

cómo la sangre le latía en las venas del cuello y, despacio, alargó una mano para palpar la tela congelada. Chandalen miró en ambas direcciones de la calle.

La mirada de Kahlan se apartó del maniquí y fue a posarse en el interior de la tienda, donde un cuadrado de luz caía sobre el suelo ahora cubierto por una fina capa de nieve así como sobre un bajo mostrador. La mano le tembló. Un hombre calvo estaba clavado a la pared por una lanza que le atravesaba el pecho. Encima del mostrador yacía una mujer boca abajo. Tenía tanto el vestido como las enaguas arrugadas en torno a la cintura, lo que dejaba al descubierto su carne azulada. De la espalda le sobresalían unas tijeras de sastre.

Al fondo de la tienda, en la penumbra, distinguió otro maniquí con un elegante abrigo de caballero. La parte frontal del abrigo oscuro se veía hecho trizas por efecto de cientos de pequeños cortes. Era evidente que los soldados habían usado el maniquí como blanco para arrojar cuchillos mientras esperaban que les llegara el turno con la mujer. Y, al acabar con ella, la apuñalaron con las tijeras.

Kahlan se apartó de la tienda bruscamente y se encontró cara a cara con Chandalen. La del hombre barro estaba colorada y tenía una mirada amenazante.

—No todos los hombres son iguales. Yo le cortaría el cuello a cualquiera de mis hombres a los que se les ocurriera hacer eso.

Kahlan no supo qué responderle y, de pronto, tampoco tenía ganas de hablar. Mientras echaba a andar de nuevo se aflojó la capa al cuello; necesitaba sentir el aire frío.

En un silencio sólo roto por el débil y siniestro gemido de la brisa entre los edificios, fueron dejando penosamente atrás establos con caballos a los que les habían rebanado el gaznate, posadas y mansiones muy altas cuyas cornisas los protegían del brillante sol que ya caía sesgado. Las columnas acanaladas de madera que se alzaban a ambos lados de la puerta habían sido destrozadas con un hacha, al parecer con el único propósito de estropear la belleza de la elegante mansión.

En la sombra hacía más frío, pero a Kahlan no le importó. Siguieron pasando por encima de cadáveres tendidos de bruces en la nieve con heridas en la espalda, y bordeando carros y carruajes volcados así como caballos y perros muertos. Todo se fundió en un caos sin sentido de locura destructiva.

Clavando los ojos en el suelo, Kahlan caminaba arrastrando los pies por la nieve. Sentía el mordisco del frío en la carne, por lo que de nuevo se abrigó con la capa. El frío no sólo estaba minando su calor corporal, sino también sus fuerzas. Con sombría determinación iba poniendo un pie delante del otro hacia su destino, con la vaga esperanza de no llegar nunca.

Rodeada por la helada muerte de Ebinissia, Kahlan llenó la soledad que amenazaba con aplastarla con una silenciosa plegaria.

«Por favor, queridos espíritus, que Richard no pase frío.»

28

El paisaje reseco, desolado y llano se extendía interminablemente ante sus ojos bajo un sol implacable. En la distancia aparecían relucientes imágenes que temblaban y danzaban bajo el ardiente ojo del sol, como rehenes fantasmas que se hubieran rendido a un enemigo omnipotente. Detrás, las escarpadas colinas morían en un talud de rocosos escombros. El silencio era tan aplastante como el calor.

Richard se enjugó el sudor de la frente con la manga de su camisa. La piel de la silla de montar crujió cuando se removió encima de ella. Estaba esperando. Bonnie y los otros dos caballos también esperaban con las orejas alzadas, mientras de vez en cuando piafaban en la tierra seca y agrietada y lanzaban temerosos resoplidos.

La hermana Verna permanecía inmóvil a lomos de Jessup, escrutando la nada del horizonte con la misma atención que si contemplara un suceso de gran importancia. Excepto por el modo en que sus rizos castaños le colgaban lacios y sin vida, no demostraba que el calor la afectara en lo más mínimo.

—No entiendo este tiempo. Estamos en invierno. Nunca había oído que hiciera tanto calor en invierno.

—El tiempo cambia según los sitios —murmuró la mujer.

—No, no es cierto. En invierno siempre hace frío. Este calor corresponde a la canícula de verano.

—¿Nunca has visto cimas de montaña cubiertas de nieve en verano?

—Sí —replicó Richard, invirtiendo la posición de las manos que descansaban sobre el pomo—. Pero eso sólo ocurre en las cumbres, porque el aire es más frío allá arriba. Pero ahora no estamos en la cima de una montaña.

—No sólo en las cumbres montañosas cambia el tiempo —dijo la hermana Verna, aún inmóvil—. En el sur, el clima es más caluroso que en el norte. Además, nos encontramos en un lugar que se sale de la norma; es como una inagotable oleada de calor.

—¿Qué lugar es éste?

—El valle de los Perdidos.

—¿Quién se perdió en él?

—Quienes lo crearon y quienquiera que entra. —Finalmente se volvió hacia él para mirarlo—. Es el fin del mundo, de tu mundo al menos.

Richard apoyó el peso del cuerpo hacia el otro lado cuando Bonnie hizo lo propio.

—Si éste es el fin del mundo, ¿qué hacemos aquí?

—Al igual que la Tierra Occidental en la que naciste estaba separada de la Tierra Central, y la Tierra Central lo estaba de D'Hara, esta tierra está separada de lo que queda al otro lado.

—¿Y qué hay al otro lado? —inquirió un ceñudo Richard.

La Hermana se volvió hacia el paisaje que se extendía ante ellos.

—Tú vivías en el Nuevo Mundo. Al otro lado de este valle empieza el Viejo Mundo.

—¿El Viejo Mundo? Nunca he oído hablar de él.

—Pocos en el Nuevo Mundo conocen su existencia. Está aislado y ha caído en el olvido. Este valle, el valle de los Perdidos, separa ambos mundos, más o menos como el Límite solía separar las tres tierras que conforman el Nuevo Mundo. La Tierra Salvaje que acabamos de cruzar es una región inhóspita y desierta. Cualquiera que se aventura en ella y luego se interna en el valle nunca regresa. La gente cree que al otro lado no hay nada, que éste es el extremo meridional de la Tierra Central y de D'Hara, y que no es

más que lo que ves: un desierto sin fin donde los viajeros mueren de sed y de hambre, y donde hace tanto calor que a uno se le cuecen hasta los huesos.

Richard condujo a Bonnie más cerca de la Hermana.

—¿Qué hay al otro lado? ¿Por qué nadie puede cruzarlo? ¿Y por qué nosotros sí?

—Son preguntas simples, pero las respuestas son algo más complicadas —replicó la mujer, mirándolo de soslayo. Entonces se relajó ligeramente sobre la silla y explicó—: Podría decirse que la tierra que media entre el Nuevo Mundo y el Viejo Mundo se estrecha, y hay mar a ambos lados.

—¿Mar?

—¿No has visto nunca el océano?

—No, nunca. En la Tierra Occidental está demasiado al sur, y nadie vive allí, o al menos eso se dice. He oído hablar del océano, pero nunca lo he visto con mis propios ojos. Dicen que es más grande que cualquier lago.

—Así es —repuso la Hermana, con una leve sonrisa. Giró adelante y señaló hacia la derecha—. El mar está en esa dirección. Y también hacia allí, pero mucho más lejos también hay mar —añadió señalando esta vez hacia la izquierda, hacia el sudeste—. Aunque la extensión de tierra entre ambos mares es muy grande, se trata del lugar más estrecho entre el Viejo Mundo y el Nuevo. Debido a ello, éste fue el escenario de una guerra entre magos.

—¿Entre magos? ¿De qué guerra hablas? —preguntó Richard, irguiéndose en la silla.

—Sí, una guerra entre magos. Ocurrió hace muchísimo tiempo, cuando todavía había muchos hechiceros. Lo que ves es el resultado de esa guerra. Esto es todo lo que queda, como recordatorio de lo que son capaces de hacer los magos que poseen más poder que sabiduría.

A Richard no le gustó ni pizca la mirada acusatoria que le lanzó la Hermana.

—¿Quién ganó?

La mujer cruzó las manos sobre el pomo de la silla y por fin relajó ligeramente los hombros.

—Nadie. Los dos bandos quedaron separados por esta lengua de tierra entre mares. Aunque la guerra acabó, no hubo vencedor ni vencido.

—¿Qué tal un trago? —preguntó Richard, girando el cuerpo para coger un odre con agua.

La Hermana aceptó el odre con una pequeña sonrisa y echó un largo trago.

—Este valle es un ejemplo de lo que puede ocurrir cuando es el corazón y no la cabeza el que domina la magia. —La sonrisa se evaporó—. A causa de los magos, los habitantes de ambos mundos están separados para siempre. Ésta es una de las razones por las que las Hermanas de la Luz enseñamos a quienes poseen el don; para que no actúen de manera irreflexiva.

—¿Y por qué luchaban?

—¿Por qué luchan siempre los magos? Para decidir quién gobernaría.

—Una vez me explicaron algo acerca de una guerra de hechiceros en la que se trataba de dirimir si los magos debían gobernar, o no.

—Ésa fue otra guerra y, al mismo tiempo, parte de ésta —dijo la hermana Verna, devolviéndole el odre y enjugándose los labios con un dedo—. Cuando este valle separó a ambos bandos, algunos de cada lado quedaron atrapados en el Nuevo Mundo. Ambos grupos pretendían imponer su autoridad sobre quienes habían emigrado al Nuevo Mundo y sobre quienes habían vivido allí toda su vida.

»Al verse atrapados, uno de los bandos se ocultó durante siglos y buscó consolidar su fuerza antes de intentar hacerse con el poder en el Nuevo Mundo. La guerra volvió a estallar y duró hasta que fueron derrotados, excepto por unos pocos que huyeron a su bastión de D'Hara. Parientes tuyos, supongo —agregó, enarcando una ceja.

Richard la fulminó con la mirada hasta que, al fin, tomó un trago de agua caliente. Entonces echó un poco sobre una banda de tela, algo que Kahlan le había enseñado, y se la ató alrededor de la cabeza

para refrescarse la frente e impedir que el pelo lo molestara, pues había crecido bastante. Luego colgó de nuevo el odre de la silla de montar.

—¿Y qué ocurrió aquí? —quiso saber.

La Hermana hizo un barrido con el brazo del sudeste al sudoeste.

—Aquí, en la franja de tierra más estrecha, no sólo lucharon ejércitos, sino también magos para tratar de impedir que el otro bando avanzara. En un intento para capturar a sus adversarios, los hechiceros conjuraron encantamientos de todo tipo de magia. Ambos bandos por igual liberaron una maldad de incalificable horror y peligro. Eso es lo que se extiende delante de nosotros.

—¿Quieres decir que su magia, sus conjuros, aún siguen allí? —Richard contemplaba fijamente la mirada vidriosa de la Hermana.

—Con toda su furia.

—¿Cómo es posible? ¿Por qué no se han disipado?

—Porque no se limitaron a lanzar hechizos —contestó la mujer, con un suspiro—. A fin de mantener el poder de sus conjuros, alzaron unas estructuras que sostienen su fuerza.

—¿Qué estructuras son ésas?

La hermana Verna seguía con la mirada fija en la nada, o quizá veía cosas que él no percibía.

—Las Torres de Perdición —musitó.

Richard acarició el cuello a Bonnie y esperó. Por fin la hermana Verna ahuyentó sus pensamientos privados soltando un profundo suspiro, y prosiguió:

—De un mar a otro, ambos bandos construyeron líneas opuestas de torres investidas con el poder de su magia. Empiezan a orillas del mar y confluyen aquí, en este valle. Pero, debido a la fuerza de las torres que alzó cada bando, ninguno pudo completar la última torre de la respectiva línea. Se llegó a un punto muerto en el que ningún bando pudo acabar la última torre. Así se creó un espacio vacío en la magia.

Richard rebulló inquieto en la silla.

—Si hay un vacío, ¿por qué nadie puede cruzar?

—Porque no es más que una disminución de la fuerza de la línea. A ambos lados de las montañas y las colinas, hasta donde acaba la tierra y empieza el mar, e incluso más allá, donde mengua un poco, la línea de la Perdición es impenetrable. Quien entra sucumbe a las tormentas de hechizos, a la magia. Cruzar la línea significa la muerte o algo peor: vagar en la bruma por toda la eternidad.

»Pero aquí, en el valle, la paridad de fuerzas impidió que los dos bandos completaran la última torre y sellaran la línea. Pero los conjuros vagan y se desplazan por entre el espacio vacío como nubes de tormenta que arrastra el viento. A veces chocan y otras se reúnen. Como en este lugar son más débiles, existe un laberinto que los poseedores del don pueden recorrer. Los pasadizos entre hechizos cambian continuamente, y los sortilegios no siempre son visibles. Deben sentirse con el don. Y no es nada fácil.

—¿Así es como logran cruzar las Hermanas de la Luz? ¿Porque poseen el don?

—Sí, pero sólo pueden cruzar dos veces como mucho. La magia aprende cómo encontrarte. Hace mucho tiempo, las Hermanas que cruzaban al Nuevo Mundo y regresaban eran enviadas de nuevo, pero ninguna de ellas volvía. —Los ojos de la mujer se apartaron de los suyos para perderse en la lejana nada—. Están ahí; perdidas para siempre y sin posibilidad de salvación, esclavas de las Torres de Perdición y de sus tormentas de magia.

Richard esperó hasta que la mirada de la hermana Verna se posó de nuevo en él antes de preguntar:

—¿Se te ha ocurrido la posibilidad de que decidieran dejar de ser Hermanas y no regresar nunca? No lo sabéis.

—Sí que lo sabemos. Algunas de las que han cruzado las han visto. —La mujer inclinó la cabeza hacia el reluciente horizonte y añadió—: Yo misma vi a varias.

—Lo siento, hermana Verna. —Richard pensó en Zedd. Era posible que Kahlan lo encontrara y le explicara lo sucedido. Pero pensar en Kahlan le dolía—. Así pues, ¿un mago puede cruzar?

—No si ha desarrollado ya todo su poder. Cuando acabamos de enseñar a los poseedores del don cómo controlarlo, deben regresar antes de que su poder llegue a su cota máxima. El propósito de la línea es impedir que los magos crucen. El poder de un mago atraería los hechizos del mismo modo que un imán atrae limaduras de hierro. La magia los busca; es por ellos que fueron erigidas las torres. Cualquier mago estaría perdido, como cualquier otra persona que no poseyera el don y no sintiera los huecos entre hechizos. Demasiado poder o demasiado poco, y estás perdido. Por esta razón, quienes crearon la línea no pudieron completarla; porque no podían penetrar en el radio de acción de los hechizos del lado contrario. La guerra acabó en empate.

Richard sintió que perdía todas las esperanzas. Si Kahlan realmente iba en busca de su viejo amigo Zedd, éste nada podría hacer para ayudarlo. Tragándose la abrumadora pérdida de toda esperanza, alzó una mano y sintió el colmillo de dragón que le colgaba del cuello.

—¿Y puede sobrevolarse?

—No. Los hechizos se extienden también en el aire, del mismo modo que se extiende un trecho en el mar. Ningún ser alado podría volar a la altura suficiente para evitarlos.

—¿Y el mar? ¿No sería posible dar un rodeo por el agua?

—Tengo entendido que se ha logrado un par de veces en muchísimos años. Yo he visto barcos zarpar para intentarlo, pero ninguno ha vuelto.

Richard volvió la vista atrás, pero no vio nada.

—¿Podría... seguirte alguien?

—Una o dos personas si me siguen muy de cerca, como tú harás. Pero un grupo mayor, sin duda se perdería. Los huecos entre hechizos no son lo suficientemente grandes para permitir el paso de un grupo numeroso.

Richard reflexionó en silencio y luego preguntó:

—¿Por qué nadie ha destruido las torres para que los hechizos desaparezcan?

—Lo hemos probado. Es imposible.

—El hecho de que no hayáis descubierto el modo de hacerlo no significa que sea imposible, hermana Verna.

—Las torres y los hechizos fueron creados con la ayuda no sólo de la magia de Suma, sino también de la magia de Resta —replicó la mujer, mirándolo con dureza.

¡Magia de Resta! ¿Cómo habrían aprendido los magos de tiempos remotos a usar magia de Resta? Era un tipo de magia que se escapaba de su alcance. Claro que Rahl el Oscuro había llegado a dominarla.

—¿De qué modo impiden las torres que los encantamientos se disipen? —preguntó, suavizando la voz.

—Cada torre contiene la fuerza vital de un mago.

Pese al calor, Richard sintió un escalofrío.

—¿Quieres decir que un mago dio su vida para erigir cada una de las torres?

—Peor. Cada torre contiene la fuerza vital de muchos magos.

Richard se quedó helado al pensar que tantos magos habían dado su vida para imbuir a las torres de su fuerza vital.

—¿Qué distancia hay entre las torres?

—Se dice que algunas están a kilómetros de distancia, y otras a pocos metros. Están espaciadas siguiendo las líneas de poder de la misma tierra. Es una disposición que no hemos llegado a entender. Puesto que entrar en la línea significa una muerte segura, ni siquiera sabemos cuántas torres hay. Sólo conocemos las pocas de este valle.

—¿Veremos algunas al cruzar?

—No lo sé. Los huecos mudan constantemente. A veces, te llevan cerca de una de las torres. Cuando crucé por primera vez vi una, pero algunas Hermanas nunca ven ninguna. Espero que la experiencia no se repita.

Richard se dio cuenta de que aferraba con la mano izquierda la empuñadura de la espada con tanta fuerza que las letras en relieve de «Verdad» se le grababan en la palma. Relajó la mano y soltó la empuñadura.

—¿Qué se supone que vamos a ver?

La hermana Verna apartó la mirada del horizonte y la posó en él.

—Hay hechizos de todo tipo. Algunos son de desesperación y, si caes en uno de ellos, tu alma vaga desesperada por toda la eternidad. Otros son conjuros de dicha y placer en los que uno se sumerge para siempre. Otros son hechizos de pura destrucción, que te hacen pedazos. Otros te muestran lo que más temes, para obligarte a correr hacia las garras de las bestias que acechan detrás. Otros te tientan con las cosas que esperas y, si cedes al deseo... —La Hermana se inclinó hacia él—. Debes quedarte cerca de mí y no detenerte. Olvida cualquier deseo que tengas, olvida tus temores y tus anhelos. ¿Entiendes?

Finalmente, Richard asintió. La hermana Verna dirigió de nuevo la vista hacia las formas titilantes y se quedó mirándolas, inmóvil. Más allá de la parpadeante luz, al joven le pareció ver oscuras y ominosas nubes de tormenta que se desplazaban por el horizonte, y más que oír oyó los truenos. De algún modo supo que no eran auténticas nubes, sino magia. Cuando Bonnie agitó la cabeza, Richard la tranquilizó con una palmadita en el cuello.

Tras esperar un rato, miró a la Hermana. Ésta seguía inmóvil, en actitud tensa.

—¿A qué estás esperando, Hermana? ¿Haces acopio de valor?

—Exactamente —contestó ella, sin moverse—. Estoy haciendo acopio de valor, hijo mío.

Esta vez, Richard no se enfureció al oírse llamar «hijo», sino que pensó que, realmente, era tan ignorante como un niño.

—La primera vez que crucé, tú aún ibas envuelto en pañales —prosiguió la Hermana en un susurro, sin apartar la mirada del infierno que se extendía ante sus ojos—. Pero recuerdo cada detalle como si hubiera sucedido ayer. Sí, intento hacer acopio de coraje.

—Cuando antes nos pongamos en marcha, antes llegaremos al otro lado. —Richard estimuló a Bonnie con las piernas.

—O antes nos perderemos. —La Hermana lo siguió—. ¿Tan ansioso estás de perderte, Richard?

—Ya estoy perdido, Hermana.

29

Llegaron a unos escalones de veinte pasos de anchura que sólo revelaban su verdadera naturaleza en el extremo derecho, donde el viento había soplado cerca de la amplia balaustrada de mármol rosa e impedido que la nieve se acumulara. Kahlan se detuvo brevemente al apercibirse que habían llegado a su destino, apoyó con gesto decidido su raqueta en la delgada capa que cubría los escalones y ascendió hasta el pórtico. La imposta estaba decorada con una hilera de estatuas envueltas en piedra tallada que imitaba de manera tan perfecta los pliegues de una tela que uno tenía la impresión de que la ligera brisa los agitaba. Diez columnas blancas a cada lado sostenían el imponente entablamento a una altura de vértigo por encima de la entrada porticada. Los cuerpos caídos en una batalla desesperada yacían unos encima de otros por toda la superficie del césped cubierto de nieve, o apoyados contra los muros exteriores de la entrada abovedada, como si descansaran.

Las puertas ornamentadas con los escudos reales delicadamente tallados de la casa Amnell, sostenidos por dos leones de montaña, estaban hechas trizas en el suelo del vestíbulo. Al fondo, flanqueando el arco de piedra esculpida, se alzaban las estatuas a tamaño real de la reina Bernadine y el rey Wyborn, cada uno sosteniendo una lanza y un escudo en una mano, mientras que en la otra la reina mostraba una espiga de trigo y el rey un cordero. Los senos de la reina habían sido destrozados, y las baldosas de mármol de color rojizo estaban cubiertas por esquirlas y polvo de piedra. A ambas estatuas les faltaba la cabeza.

Con dedos entumecidos, Kahlan se desató las raquetas y las dejó apoyadas contra la estatua de la reina. Chandalen la imitó antes de seguirla al salón de recepciones, a ambos lados del cual se veían espejos rotos y tapices desgarrados. Kahlan se abrigó con la capa. Su aliento se convertía en vapor que se elevaba perezosamente en el aire muerto y en calma, más frío que el del exterior.

—¿Para qué se usa este lugar? —preguntó Chandalen en un susurro, como si temiera despertar los espíritus de los muertos.

Kahlan tuvo que hacer un esfuerzo para no susurrar ella también.

—Aquí vive la reina de este país. Se llama Cyrilla.

—¿Una persona sola vive en un sitio como éste? —La incrédula voz del hombre barro resonó en el salón de piedra.

—Mucha gente vive aquí. Para empezar, los consejeros de la reina, que son algo así como los ancianos entre tu gente, y otras personas que se ocupan de las tareas de gobierno del país, y otras más que atienden sus necesidades para que puedan realizar dichas tareas. Mucha gente vive aquí, pero la reina es quien manda tanto en palacio como en el país. Ella está por encima de todos los demás.

Chandalen la siguió en silencio mientras Kahlan empezaba a registrar el palacio. Los ojos del hombre barro se deslizaban de un maravilloso objeto al siguiente; mobiliario primorosamente tallado ahora roto en pedazos y tirado por todas partes o las pesadas colgaduras rojas, azules, doradas o verdes que adornaban las ventanas de tres metros de altura con la parte superior cuadrada, de las que sólo quedaban jirones.

Kahlan descendió un tramo de escaleras que conducía a las habitaciones inferiores. Los peldaños de madera de roble crujían a cada paso por efecto del frío. Chandalen insistió en entrar el primero en cada habitación; abría la puerta con un pie y se deslizaba adentro con una flecha de diez pasos preparada antes de permitir que Kahlan entrara.

Únicamente hallaron cadáveres. En algunas habitaciones encontraron a parte de la servidumbre alineada contra una pared y clavada en ésta con flechas. En las cocinas parecía que, después de ejecutar a los cocineros, a los pinches, a los escanciadores de vino, a los ayudantes, a los lavaplatos, a los

encargados de lavar las cacerolas y a las fregonas, los invasores se hubieran corrido una juerga nadando en alcohol. No quedaba ni un barril de cerveza o de vino lleno. En cuanto a la comida, habían arrojado más a las paredes de la que se habían comido ellos.

Mientras Chandalen comprobaba la saqueada despensa, la mirada de Kahlan fue atraída por los cuerpos de dos mujeres jóvenes, ayudantes de cocina, tirados en el suelo detrás de una gran tabla de carnicero. Una estaba completamente desnuda, mientras que la otra llevaba sólo una media de lana marrón arrollada alrededor de su fino tobillo. Su primera suposición era falsa; no toda la servidumbre había sido asesinada antes de lanzarse sobre la bebida.

Con una faz tan inexpresiva como la de las dos jóvenes muertas, Kahlan dio media vuelta, abandonó la cocina y ascendió la escalera de servicio para registrar las plantas superiores. Chandalen corrió tras ella ruidosamente y subió los escalones de tres en tres para alcanzarla.

Kahlan sabía que al hombre barro no le gustaba que se hubiera marchado sin él, pero en vez de eso dijo:

—Hay carne en salazón. Tal vez podríamos coger un poco. No creo que a esta gente le importe, ¿no crees? Supongo que no nos negarán un poco de comida.

La mujer fue subiendo a un ritmo regular, apoyándose en el pasamano, aunque enseguida metió la mano dentro de la capa, porque el mármol pulido estaba tan helado que al tocarlo sentía pinchazos en los dedos.

—Si comes esa carne, morirás. Estoy segura de que la han envenenado, para que si algún compatriota de los muertos regresa a este lugar y come cualquier alimento que hayan dejado, también muera.

En la planta baja no había ni un solo cadáver. Seguramente había sido usada como cuartel general del ejército. En el suelo del salón de baile se veían barriles de vino y ron vacíos. Sobre la moqueta había restos de comida desparramados, tazas y copas, platos rotos, cenizas de tabaco, vendajes ensangrentados, harapos grasientos, espadas, lanzas y mazas rotas o torcidas, virutas de madera oscura de la pata de una mesa de nogal que alguien había tallado hasta que apenas quedó nada, yacijas con agua congelada, manteles sucios, sábanas hechas jirones y edredones acolchados de todos colores que estaban realmente asquerosos. Por todas partes se veían huellas sucias de botas, incluso encima de las mesas. Por los arañazos, parecía que los hombres hubieran bailado sobre ellas.

Chandalen caminó entre la porquería y examinó algunas cosas.

—Hace dos o tres días que se marcharon.

—Sí, eso parece —replicó la mujer, con la mirada baja.

El hombre barro hizo rodar un barril de vino con un pie para comprobar si estaba vacío. Lo estaba.

—Me pregunto por qué se quedaron tanto tiempo. ¿Sólo para beber y bailar?

—No lo sé —suspiró la mujer—. Tal vez querían descansar y curar a los heridos. O tal vez quisieron celebrar la victoria bebiendo.

—Matar no es motivo de celebración —sentenció Chandalen, alzando bruscamente la mirada hacia ella.

—Lo es para quien hizo esta carnicería.

De mala gana, la mujer al fin subió la escalera que conducía al piso superior. No quería mirar allí, que era donde se encontraban los dormitorios.

Primero comprobaron el ala oeste: los aposentos de los hombres, que era donde se había alojado parte de la tropa. Tratándose de un ejército tan numeroso, probablemente había muchos oficiales. Seguramente éstos habían ocupado las mejores habitaciones, mientras que los soldados ocupaban las posadas y otras casas de la ciudad.

Tras inspirar profundamente para armarse de valor, Kahlan apretó la mandíbula y cruzó el salón central, que tenía una galería desde la que se dominaba la gran escalinata, para dirigirse al ala este. Chandalen, que le pisaba los talones, quiso abrir primero las puertas y mirar dentro, pero esta vez Kahlan

no se lo permitió. La mujer se detuvo un instante con la mano sobre el pomo de la primera puerta hasta que, por fin, la abrió. Durante un rato contempló la escena que se ofrecía a sus ojos. Luego se aproximó a la puerta siguiente y la abrió de golpe, y luego otra y otra más.

Todas las alcobas estaban ocupadas por mujeres; todas ellas desnudas. La escena se repetía en una habitación tras otra. Por la suciedad acumulada en las alfombras, el tráfico de hombres parecía haber sido constante. En el suelo se veían montoncitos de virutas, donde un hombre había matado el tiempo de la espera sacando punta a todo lo que encontraba.

—Ahora ya sabemos por qué se quedaron varios días; para hacer esto —susurró Kahlan a Chandalen, sin mirarlo a los ojos. El hombre barro no dijo nada.

Sin duda, esos pocos días habían sido los más largos en la vida de esas mujeres. Kahlan rogó que sus espíritus hubieran hallado al fin la paz.

Al final del corredor estaba la habitación que compartían las mujeres más jóvenes. Despacio, Kahlan abrió la puerta y se quedó petrificada, mirando. Chandalen se acercó y miró por encima del hombro de la mujer.

Ahogando un grito, la mujer se volvió, le puso una mano en el pecho y le rogó:

—Por favor, Chandalen, espérame fuera.

El hombre barro asintió con la vista clavada en sus botas.

Kahlan cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda en ella un rato. Con una mano a un lado del cuerpo y la otra cubriéndole la boca, bordeó un armario ropero volcado y destrozado, y fue recorriendo la fría habitación pasando entre las camas, mirando de un lado a otro. Los valiosos espejos de mano, cepillos, peines y alfileres ordenados con exquisito cuidado sobre los tocadores estaban desparramados por el suelo. El aire helado que entraba por las ventanas rotas hinchaba ligeramente las cortinas de muaré azul.

Eran las damas de honor de la reina. Muchachas de catorce, quince o dieciséis años, unas pocas algo mayores. No eran meros cuerpos sin nombres, pues Kahlan conocía a la mayoría.

La reina las había llevado consigo cuando viajó a Aydindril para hablar ante el consejo. Kahlan no pudo por menos que fijarse en ellas por su vitalidad y la excitación que sentían al hallarse en Aydindril. Ver la majestuosidad de Aydindril a través de sus ojos le había dado una nueva visión de las cosas que la rodeaban y le había hecho sonreír. Hubiera deseado enseñarles ella mismo el castillo, pero al ser la Madre Confesora las hubiera asustado. Pero las admiró desde lejos y envidió su vida llena de posibilidades.

Kahlan se detuvo delante de varios lechos. Con la espalda rígida, la cabeza alta y la mandíbula tensa se obligó a mirar esos rostros que conocía. Juliana, una de las más jóvenes, siempre había estado muy segura de sí misma. Sabía lo que quería y se lanzaba con decisión a conseguirlo. Tenía debilidad por los jóvenes de uniforme; por los soldados. En una ocasión había tenido problemas con su dueña, la señora Nelda, por eso. Kahlan había intercedido en secreto por ella al informar a la señora Nelda que, pese a los coqueteos de Juliana, los miembros de la guardia local de Aydindril eran todos hombres de un honor impecable que jamás osarían poner el dedo encima a una dama de honor de la reina. Ahora tenía las muñecas atadas a un poste de la cama y, por cómo había sangrado, parecía haber permanecido en esa posición durante todo su calvario. Kahlan maldijo en silencio a los espíritus por esa muestra de cruel humor al dar a la inocente muchacha lo que pensaba que quería.

La pequeña Eslwyth ocupaba el siguiente lecho empapado de sangre. Había recibido incontables puñaladas en los senos y le habían cortado el cuello, como a tantas de sus compañeras, como puercos en el matadero. En el fondo de la habitación, Kahlan se detuvo a los pies de la última cama. Ashley, una de las adolescentes, tenía los tobillos atados a ambos postes de la cama. Había muerto estrangulada con el cordón de la cortina. Su padre era uno de los asesores del embajador de Galea en Aydindril. Su madre había llorado de emoción el día que la reina Cyrilla accedió a aceptar a Ashley como dama de honor. ¿Cómo iba a explicarles a sus padres lo que le había sucedido a su pequeña al servicio de la reina?

Mientras Kahlan volvía sobre sus pasos hacia la puerta, echando una última mirada a cada cuerpo sin vida, a cada rostro helado de horror o con expresión de perpleja sumisión, se preguntó por qué no

estaba llorando. ¿Acaso no sería lo más natural? ¿No debería caer de rodillas, lanzar gritos angustiados, golpearse con los puños y llorar hasta ahogarse en sus propias lágrimas? Pero no lloraba. Kahlan se sentía como si no tuviera lágrimas.

Tal vez eran demasiados. Tal vez había visto tantos muertos ese día que ya era incapaz de sentir nada. Como cuando uno se mete en una bañera y el agua está tan caliente que cree que no podrá aguantarlo y que se quemará, pero a los pocos minutos ya parece soportable.

Con suavidad, cerró la puerta. Chandalen la esperaba exactamente en el mismo sitio donde lo había dejado. Apretaba el arco con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Kahlan pasó junto a él, esperando que la siguiera, pero el hombre barro no lo hizo.

—La mayoría de las mujeres llorarían —dijo, mirando fijamente la puerta.

—Yo no soy la mayoría de las mujeres —se defendió Kahlan, sonrojándose.

—No —repuso Chandalen, sin apartar la vista de la puerta—, no lo eres.

Finalmente, su mirada abandonó la puerta y fue a fijarse en su arco. Mientras inspiraba hondo, tanto que fue como si llevara minutos sin tomar aire, sus hombros se relajaron.

—Quisiera contarte una historia —dijo.

Kahlan lo esperaba a algunos pasos de distancia.

—Ahora mismo no estoy de humor para historias, Chandalen. Dejémoslo para otro rato.

—Quisiera contarte una historia —repitió el hombre, más fuerte esta vez y clavando en ella sus feroces ojos color avellana.

Kahlan suspiró.

—Si es importante para ti...

Sosteniendo la mirada de Kahlan, Chandalen salvó la distancia que los separaba.

—Cuando mi abuelo era tan joven y tan fuerte como yo soy ahora —empezó a decir el hombre barro, golpeándose el hinchado pecho—, ya tenía mujer y dos hijos. Mucha gente iba a la aldea de la gente barro para comerciar, y nosotros los dejábamos pasar a todos. La aldea estaba abierta a todos. Todo el mundo era bienvenido. Los jocopo eran uno de esos pueblos que venían a comerciar.

—¿Quiénes son los jocopo? —Kahlan conocía a todos los pueblos de la Tierra Central y jamás había oído hablar de ellos.

—Un pueblo que vivía más al oeste, cerca del Límite.

Kahlan revisó su mapa mental con el entrecejo fruncido.

—Nadie vive al oeste de la gente barro. Esa tierra está desierta.

Chandalen la miró fijamente y prosiguió:

—Los jocopo eran muy altos. —El hombre barro levantó la mano una cabeza por encima de él, antes de dejarla caer de nuevo al costado—. Pero siempre fueron pacíficos, como los bantak y como nosotros. Pero, un día, nos declararon la guerra por motivos que nadie conoce. La gente barro estaba muy asustada y por la noche temblaba de miedo al imaginarse que los jocopo atacarían al día siguiente. Asaltaban la aldea, cortaban el cuello a los hombres, raptaban a las mujeres y les hacían eso —con un gesto, señaló la puerta.

—Violación —dijo Kahlan, con voz serena—. Se llama violación.

Chandalen asintió.

—Los jocopo hacían eso a nuestras mujeres. Raptaron a muchas y las violaron. —Nuevamente lanzó una rápida mirada hacia la puerta—. Les hacían lo mismo que a esas mujeres. ¿Entiendes?

—Las violaban y luego eran torturadas y asesinadas.

Chandalen asintió, aliviado de no tener que entrar en detalles.

—Por aquel entonces, la gente barro no tenía guerreros como yo —continuó Chandalen, sacando de nuevo pecho y alzando con gesto altivo el mentón. Por fin, soltó aire—. Nunca habíamos tenido que

luchar. La gente barro no deseaba luchar, pues consideraba que estaba mal. Pero los jocopo nos obligaron a hacerlo.

»Raptaron a mi abuela, la esposa de mi abuelo, la madre de mi padre. Mi abuelo juró entonces que enviaría a todos los jocopo al mundo de los espíritus. Reunió a hombres cuyas esposas, hermanas o madres habían sido raptadas y... —Chandalen se pasó la mano por la frente para secarse el sudor, pero con aquel frío no sudaba.

Kahlan le puso una mano sobre el brazo y, esta vez, el hombre no se estremeció.

—Lo comprendo, Chandalen.

—Mi abuelo pidió una reunión y recibió la visita de los espíritus de nuestros antepasados. Cuando comparecieron, lloró por su mujer y les pidió que le enseñaran a detener a los jocopo. Los espíritus le dijeron que primero luchara y que después ya lloraría.

—Mi padre me enseñó algo muy parecido —dijo Kahlan, retirando la mano y acariciando con aire ausente la piel de lobo que le rozaba el cuello—. Solía decirme: «No derrames lágrimas por los caídos hasta que te hayas vengado de quienes los mataron. Luego llora tanto como quieras».

—Tu padre era un hombre sabio.

Kahlan esperó en silencio hasta que, al fin, Chandalen pareció que recuperaba el hilo de la historia y entonces prosiguió:

—Los espíritus de los antepasados hablaron muchas noches a mi abuelo. Le enseñaron lo que debía hacer, cómo matar, y él enseñaba a los demás lo que había aprendido. Les enseñó a pintarse con barro y a atarse manojos de hierba alrededor para camuflarse. Nuestros hombres eran como sombras. Los jocopo no podían verlos ni siquiera estando tan cerca como tú y yo estamos ahora.

»Mi abuelo y sus hombres combatieron a los jocopo, pero no del modo que los jocopo luchaban, sino como les habían enseñado los espíritus. Los jocopo atacaban de día, porque eran tan numerosos que no nos temían. Pero los espíritus dijeron a mi abuelo que no luchara contra los jocopo en las condiciones que éstos imponían, sino que debían aprender a temer la noche, la pradera desierta y cada llamada de un pájaro, una rana o un bicho.

»Por cada persona barro, había cinco jocopo. Al principio no nos temían, porque eran mucho más numerosos. Matábamos a los jocopo cuando salían de caza, cuando cultivaban sus campos, cuando cuidaban el ganado, cuando se ponían en cuclillas para aliviarse y cuando dormían. Matábamos a cualquier jocopo. Nuestro propósito no era otro que acabar con ellos. Los matamos hasta que no quedó ni uno solo con vida.

Kahlan se preguntó por un momento si eso significaba que también habían matado a los niños, pero conocía la respuesta: los jocopo habían sido exterminados. Otra de las lecciones de su padre le vino a la mente: «Si te obligan a luchar, tienes el deber de no mostrar clemencia, pues el enemigo no la tendrá contigo. Si eres clemente, serás una traidora hacia tu pueblo y enemiga de éste, pues tu gente pagará con su vida por ese error».

—Lo entiendo, Chandalen. Tu gente hizo lo único que podía hacer. Tu abuelo hizo lo que era necesario para proteger a la gente barro. Otra de las cosas que me enseñó mi padre fue ésta: «Si te imponen la guerra, lucha contra tu enemigo de un modo que jamás haya imaginado ni en la peor de sus pesadillas. Cualquier otra cosa dará la victoria a tus adversarios».

—Seguramente tu padre conocía los espíritus de sus antepasados. Hizo bien en enseñarte esas lecciones. Pero —Chandalen bajó la voz en tono de simpatía— sé que es muy duro vivir con ellas y que pueden hacerte desconfiar de todo el mundo.

—Lo sé. Tu abuelo honró a la gente barro, Chandalen. Estoy segura de que, al acabar la guerra, lloró por todos aquellos que habían sido asesinados.

El hombre barro se desató la cinta que llevaba al cuello y entonces se retiró la capa hasta dejarla caer al suelo. Chandalen llevaba una pesada túnica de gamuza así como pantalones del mismo material. En cada hombro, sujeto con una cinta de algodón trenzado alrededor de los brazos, llevaba un cuchillo de

hueso. El extremo inferior del cuchillo estaba afilado en punta, y el mango estaba cubierto con el mismo algodón para poder agarrarlo mejor. De la parte superior le colgaban plumas negras.

—Este hueso era de mi abuelo —dijo Chandalen, dando toques a uno de los cuchillos—. Y este otro de mi padre. Un día, cuando yo tenga un hijo fuerte, llevará uno de los míos y uno de mi padre, y el de mi abuelo podrá descansar en la tierra.

La primera vez que Kahlan vio esos cuchillos de hueso, al abandonar la aldea de la gente barro, los había tomado por armas ceremoniales. Pero ahora sabía con terrible certeza que no lo eran; eran armas auténticas, armas de los espíritus.

—¿Qué son esas plumas?

Chandalen acarició las relucientes plumas negras del cuchillo que llevaba en el hombro derecho.

—El Hombre Pájaro de entonces las puso ahí cuando se hizo el cuchillo. Y éstas las puso nuestro Hombre Pájaro —dijo, tocando las del hombro izquierdo—. Son de cuervo.

Para la gente barro el cuervo era un poderoso espíritu, un símbolo de muerte. Aunque la idea de llevar un cuchillo fabricado con el húmero del propio abuelo y del padre era truculenta, sabía que para Chandalen era un honor, por lo que respetó sus creencias.

—Es un honor que invoques los espíritus de tus antepasados para protegerme, Chandalen.

El hombre no parecía muy contento.

—Según el Hombre Pájaro, también tú eres una de las nuestras y mi deber es protegerte. Llevo estos cuchillos para cumplir con mi deber.

»Mi abuelo —continuó, acariciando de nuevo el hueso de su abuelo— enseñó a mi padre y a mi tío, Toffalar, el hombre al que mataste, cómo ser los protectores de nuestra gente. Y mi padre —Chandalen tocó el hueso de su padre— me enseñó a mí. Cuando tenga un hijo yo le enseñaré a él, y un día él llevará mi espíritu mientras proteja a nuestra gente.

»Desde que matamos a los jocopo ya no dejamos que los forasteros entren en nuestras tierras. Los espíritus de nuestros antepasados nos enseñaron que abrir las puertas a los forasteros era abrir las puertas a la muerte. Y tenían mucha razón. Tú nos trajiste a Richard el del genio pronto y, por su culpa, Rahl el Oscuro mató a muchos de los nuestros.

Así pues, eso era. Chandalen era el protector de la gente barro, pero muchos habían muerto sin que él pudiera impedirlo.

—Los espíritus de los antepasados nos ayudaron a salvar a la gente barro y a muchos otros, Chandalen. Ellos vieron que Richard tiene un corazón noble y que estaba arriesgando su vida, como haces tú, para salvar a quienes no deseaban la guerra.

—Pero se quedó dentro de la casa de los espíritus mientras Rahl el Oscuro asesinaba a nuestra gente. No trató de detenerlo. No luchó. Dejó que nuestra gente muriera.

—¿Sabes por qué? —En vista de que Chandalen mantenía la misma expresión pétrea y no respondía, prosiguió—: Los espíritus le dijeron que, si salía para luchar contra Rahl el Oscuro, lucharía del modo que su enemigo había elegido y moriría, y entonces no podría ayudar a nadie. También le dijeron que, si quería derrotar a Rahl el Oscuro y salvar al resto de la gente barro, no debía luchar como su enemigo, sino como los espíritus enseñaron a tu abuelo.

—Ya. Eso es lo que él dice —repuso Chandalen, con escepticismo.

—Yo también estaba allí y oí lo que le decían. Richard quería luchar. Cuando los espíritus le dijeron que no lo hiciera, se echó a llorar de frustración. En esos momentos, le habría sido imposible detener a Rahl. No fue culpa de Richard, y tampoco tuya. Tú tampoco podrías haber hecho nada para detenerlo. Si lo hubiera intentado, habría muerto, y Rahl el Oscuro habría ganado.

—Si tú no lo hubieras traído, nada de eso habría pasado. Rahl el Oscuro no hubiera venido a buscarlo.

La mujer se puso muy derecha.

—Chandalen, ¿sabes qué hago yo? ¿Cuál es mi especialidad?

—Sí. Como todas las Confesoras, asustas a la gente para poder darles órdenes y como te tienen miedo, ellos obedecen.

—Más o menos. Yo presido el Consejo de la Tierra Central. Represento a todos los pueblos y defiendo sus derechos. Gracias a mí, pueblos como la gente barro pueden vivir del modo que eligen.

—Nosotros nos defendemos solos.

—¿De veras lo crees? Por cada persona barro había cinco jocopo. Tu abuelo era muy valiente y derrotó a un enemigo más numeroso. Pero por cada hombre, mujer y niño de los tuyos, hay más de un centenar de soldados muertos aquí, y ésta no es más que una de las ciudades de Galea. Pese a ser tantos, fueron vencidos como si nada. Un centenar de guerreros por cada persona barro y, según tú mismo has dicho, se batieron con valentía. ¿Qué oportunidad crees que tendríais contra un ejército capaz de derrotar a tantos? ¿O contra un ejército que fuese la mitad de ése?

Chandalen rebulló sin responder.

—Algunos pueblos, Chandalen, no tienen ni voz ni voto, como los bantak y la gente barro. No están representadas en el Consejo. Los países más grandes, como éste y el de los invasores, son muy poderosos y, sin embargo, Rahl el Oscuro los conquistó. Mi tarea consiste en defender a los pueblos que no están representados en el Consejo. Protejo vuestro deseo de que os dejen en paz y prohíbo que vayan a molestaros.

»Sin mí que los asustara y les dijera lo que deben hacer, ya os habrían quitado vuestra tierra. Ya has visto el país por el que hemos viajado; la mayoría de sus tierras no son buenas para el cultivo. La gente construiría granjas en vuestra pradera y criaría ganado. Vuestra sagrada pradera sería quemada, labrada y plantada con cultivos que intercambiar por oro.

»Por muy fuerte y valiente que seas, no podrías proteger a tu gente. Los forasteros os invadirían. El hecho de que seáis valientes y fuertes, no significa que fuerais a ganar. Los soldados de Ebinissia también eran valientes y fuertes, y eran muchos más que vosotros, y mira lo que les ha pasado. Y ésta no es más que una ciudad. Hay otras más grandes.

»Ser valeroso no significa ser estúpido, Chandalen. Ya has visto esta carnicería. ¿Cuánto crees que podríais aguantar contra un ejército como el que ha hecho esto? Aunque cada uno de tus hombres matara a cincuenta enemigos, ellos apenas notarían las bajas. Os pasaría lo mismo que a los jocopo: seríais exterminados. La gente barro desaparecería.

»Yo soy quien les prohíbe que os invadan —prosiguió Kahlan, señalándose con un dedo en el pecho—. Ellos no os temen a vosotros, pero a mí sí y también a la alianza que represento. En la Tierra Central hay buena gente, gente dispuesta a luchar para proteger a los más débiles. Quienes murieron aquí eran de esa gente. Galea siempre me ha apoyado cuando he prohibido que ningún país ataque a otro para ganar más tierra.

»Presido el Consejo de la Tierra Central y mantengo unidos los países que desean la paz. Bajo mi autoridad, combatirían a cualquiera que declarara la guerra a uno de ellos. Sí, es cierto que asusto a la gente para que me obedezcan. Pero no lo hago para saborear la gloria del poder. Si ejerzo el poder es para que ningún habitante de la Tierra Central, incluyendo la gente barro, viva oprimido. Estos soldados que han muerto lucharon para que todos los pueblos de la Tierra Central fuesen libres de vivir como desearan. Han luchado por ti, para defender tus derechos, aunque tú no te hayas enterado de la sangre derramada para tu bien.

»Tú nunca has tenido que luchar por ellos —continuó diciendo Kahlan, abrigándose con la capa—, hasta que Rahl el Oscuro los amenazó a todos. Entonces acudí a vuestra aldea junto con Richard en busca de ayuda. Los espíritus de vuestros antepasados vieron la verdad de nuestra lucha y nos ayudaron, a fin de que tanto la gente barro como todos los demás pudieran vivir en libertad. Por primera vez se derramó sangre de la gente barro por el bien de la Tierra Central. Los espíritus de vuestros antepasados lo entendieron y nos ayudaron.

»Los habitantes de la Tierra Central están en deuda con la gente barro por su sacrificio, pero la gente barro también está en deuda con ellos.

»Richard el del genio pronto arriesgó su vida por tu gente. Él también perdió a seres queridos en la lucha, igual que tú. Pasó por sufrimientos que no puedes ni imaginarte. Jamás sabrás lo que Rahl el Oscuro le hizo antes de que Richard lo matara.

Kahlan estaba tan furiosa que su cálido aliento formaba nubes que se elevaban en el gélido aire.

—Yo asusto a la gente para que tú puedas seguir siendo igual de ciego y obstinado. Richard y yo luchamos para evitar que todos los habitantes de la Tierra Central, incluidos vosotros, fuesen asesinados, del mismo modo que los jocopo asesinaban a gente barro. Aunque quieras negarnos tu ayuda o tu gratitud, ésta es la verdad.

El silencio los rodeó.

Chandalen caminó despacio hacia la barandilla y fue pasando un dedo por su superficie pulida. Kahlan miraba cómo el aliento del hombre barro se convertía en vapor y se disipaba. Finalmente, Chandalen habló con suavidad:

—Dices que soy obstinado. Pero yo también creo que tú eres obstinada. Tal vez nuestros padres debieron de habernos enseñado también que, a veces, la gente hace lo que hace no porque sea obstinada, sino porque teme por la seguridad de quienes están bajo su protección. Tal vez tú y yo deberíamos ser capaces de no juzgarnos con tanta dureza y comprender que hacemos lo que podemos por proteger a nuestra gente.

Inesperadamente, los labios de Kahlan dibujaron una leve sonrisa.

—Tal vez Chandalen no está tan ciego como creía. Me esforzaré por ver mejor, por ver en ti al hombre de honor que eres.

El hombre barro asintió y sonrió a su vez.

—Richard el del genio pronto no es estúpido. —Con las manos apoyadas en la barandilla, se asomó al piso de abajo—. Dijo que si tuviera que elegir a un hombre para que luchara a su lado, ése sería Chandalen.

—Es cierto; Richard no es ningún estúpido —dijo Kahlan, con suavidad.

—Richard también se sacrificó al convertirse en tu pareja. Al hacerlo, ha salvado a nuestros hombres, pues somos tan fuertes que no hay duda de que habrías elegido a uno de nosotros. —La voz del hombre barro subió de tono y se llenó de orgullo—. Probablemente me habrías elegido a mí, para tener la pareja más fuerte. Richard me ha salvado.

Kahlan no pudo evitar sonreír de nuevo, mientras Chandalen se asomaba por encima de la barandilla.

—Siento mucho que Chandalen crea que convertirse en mi pareja es algo tan horrible.

El hombre la miró. Por un momento escrutó sus ojos antes de empezar a desatarse la banda del brazo derecho. Entonces soltó la banda y el cuchillo y se lo tendió, diciendo:

—Mi abuelo estaría orgulloso de protegerte, a uno de los suyos, a una persona barro. —Con estas palabras, le retiró la capa que le cubría el hombro izquierdo.

—Chandalen, no puedo aceptarlo. Contiene el espíritu de tu abuelo.

Pero Chandalen hizo caso omiso de sus palabras y le ató la banda al brazo izquierdo.

—Yo llevo conmigo el espíritu de mi padre y soy fuerte. Tú luchas para proteger a nuestra gente. El abuelo querría estar junto a ti en esa lucha. Le haces un honor.

Mientras el hombre barro deslizaba el cuchillo hecho de hueso dentro de la banda, Kahlan alzó la barbilla.

—En ese caso, me siento honrada de tener conmigo el espíritu de tu abuelo.

—Eso está bien. Ahora tienes el deber de luchar como lo hizo mi abuelo para proteger a nuestra gente, a toda la gente barro. Jura que cumplirás con este deber —la conminó, alzándole la mano derecha y colocándosela encima del cuchillo.

—Ya he jurado proteger a la gente barro y a todos los demás pueblos de la Tierra Central. Ya he luchado, y seguiré haciéndolo, por todos vosotros.

—Jura a Chandalen —insistió el hombre, apretándole con más fuerza la mano contra el hueso.

Kahlan se quedó mirando su adusta expresión un largo instante antes de ceder.

—Tienes mi palabra, Chandalen. Te lo juro.

El cazador sonrió mientras volvía a cubrirle el hombro izquierdo con la capa y ocultaba el cuchillo.

—Cuando vuelva a ver a Richard el del genio pronto, le daré las gracias por salvarme de ser elegido pareja de la Madre Confesora. No le deseo nada malo. Él también lucha por la gente barro, tal como el Hombre Pájaro nos dijo.

—Toma. —Kahlan se inclinó para recoger del suelo la capa de Chandalen—. Póntela. No quiero que te hieles. Todavía nos queda mucho trecho antes de llegar a Aydindril.

El hombre asintió y se colocó la capa encima de los hombros. Sus labios seguían esbozando una leve sonrisa, que se esfumó al lanzar una mirada hacia las puertas.

—Alguien ha estado aquí después de que se hiciera eso —anunció.

—¿Qué te lo hace pensar?

—¿Por qué cerraste las puertas después de mirar dentro?

—Por respeto hacia los muertos.

—Cuando llegamos ya estaban cerradas. Quienes violaron a esas mujeres no tenían respeto. Seguramente dejaron las puertas abiertas para que todo el mundo viera lo que habían hecho. Alguien más estuvo aquí y cerró las puertas.

Kahlan miró las puertas, captando el significado de lo que le decía Chandalen.

—Creo que tienes razón. Quienes hicieron eso no habrían cerrado las puertas.

Chandalen se asomó de nuevo por encima de la barandilla y miró la amplia escalinata.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó.

—Porque tenía que saber qué le había ocurrido a esta gente.

—Ya lo viste fuera. ¿Qué hacemos aquí, en esta casa?

—Para averiguar si también la reina ha sido asesinada —Kahlan echó un vistazo a los escalones que conducían al piso superior.

—¿Significa algo para ti esa reina?

De pronto, Kahlan fue consciente de que el corazón le latía con fuerza.

—Sí. ¿Recuerdas las estatuas que vimos al entrar?

—Las de una mujer y un hombre.

—Exacto. La mujer es su madre. Mi madre era una Confesora. La estatua del hombre es de su padre, el rey Wyborn, que también era mi padre.

—¿Eres la hermana de esa reina? —inquirió Chandalen, enarcando una ceja.

—Hermanastra. —Haciendo acopio de coraje, se encaminó hacia la escalera—. Vamos a ver si está aquí, y después podremos proseguir viaje hacia Aydindril.

El corazón le seguía latiendo con fuerza en el momento en que se detuvieron delante de la puerta de los aposentos reales. Kahlan se sentía incapaz de abrirla. En el pasillo olía muy mal, pero la mujer apenas lo notó.

—¿Quieres que mire yo?

—No. Debo verlo con mis propios ojos.

Kahlan dio la vuelta al pomo. La puerta estaba cerrada con llave, y ésta seguía metida en la cerradura. Kahlan tocó la gélida placa de metal.

—Ésta es una de esas cerraduras de las que antes te hablé —explicó a Chandalen, mientras sacaba la llave y se la mostraba—. Y esto es una llave. —Volvió a introducir la llave y la giró con dedos temblorosos—. Si tienes la llave, puedes abrir la cerradura y luego la puerta.

Era evidente que alguien había cerrado la puerta en señal de respeto hacia la reina.

Las ventanas estaban intactas, al igual que el mobiliario. Dentro hacía tanto frío como en el resto del palacio, pero el hedor los obligó a contener la respiración.

Excrementos humanos cubrían por completo la antesala. Los dos contemplaron la escena, horrorizados. Había pilas oscuras sobre las alfombras así como sobre la mesa y el escritorio. Las sillas de terciopelo azul estaban empapadas con orina amarilla congelada. Alguien había defecado incluso en la chimenea.

Tapándose la nariz con la capa, Kahlan y Chandalen cruzaron cautelosamente la sala en dirección a la próxima puerta cerrada. Lo que les esperaba en la alcoba real aún era peor; apenas podían poner el pie en el suelo sin pisar excrementos. Y la cama era lo peor de todo, pues estaba completamente cubierta de heces. Incluso las delicadas escenas florales pintadas en las paredes habían sido ensuciadas. Si los excrementos no se hubieran congelado, no habrían podido soportar el hedor. Incluso así apenas era tolerable.

Por suerte, no había cadáver alguno. La reina no estaba allí.

Los nombres de la lista mental que se había hecho Kahlan con los posibles invasores quedó reducida a un solo país, el que ocupaba el primer puesto de la lista.

—Keltas —murmuró para sí.

—¿Por qué harían algo así? —Chandalen estaba perplejo—. ¿Acaso son niños maleducados?

Después de echar una última mirada en torno, Kahlan abandonó los aposentos reales y volvió a cerrar la puerta. Sólo entonces volvió a respirar hondo.

—Es un mensaje. Así demuestran que no sienten respeto alguno hacia la gente que vivía aquí. El mensaje expresa su desprecio hacia esa gente y cualquier cosa que les perteneciera. Han mancillado el honor de sus enemigos de todas las formas imaginables.

—Al menos, tu hermanastra no está aquí.

—Sí, es un consuelo —replicó Kahlan, tensando al cuello las cintas de la capa.

Mientras bajaba la escalera, se detuvo para mirar una vez más las puertas cerradas del primer piso. Chandalen la imitó y miró la hilera de puertas.

—Prindin y Tossidin nos estarán esperando —dijo Kahlan, para romper el silencio.

—¿Cómo es que no estás furiosa? —inquirió Chandalen, que sí lo estaba.

Sólo entonces se dio cuenta Kahlan de que mostraba su cara de Confesora.

—Ahora mismo no me serviría de nada mostrarme furiosa. Cuando llegue el momento, ya verás si lo estoy, o no.

30

En una atestada casa construida con adobe y cañas cerca de la brecha en el muro de la ciudad, Kahlan miró mientras Chandalen encendía una pequeña hoguera para ella en la chimenea. No había ni rastro de los dos hermanos.

—Caliéntate un poco —le dijo el hombre barro—. Yo voy a comprobar si Prindin y Tossidin andan cerca y cuando los encuentre les diré que los estamos esperando.

Cuando Chandalen se hubo ido, Kahlan se quitó la capa, aunque sabía que no era una buena idea acostumbrarse al calor, pues luego sería mucho más duro soportar el frío. Pero las llamas la atraían. Kahlan se arrodilló junto al fuego, se frotó las manos y tembló mientras poco a poco el calor le iba penetrando en los huesos.

La pequeña habitación era una de las dos que habían constituido el universo de una familia. La mesa estaba rota, pero un rudimentario banco pegado a la pared se había salvado. Por el suelo sucio se veían algunas prendas de vestir, junto con bandejas de hojalata torcidas y una rueca destrozada con tres bobinas aplastadas.

Kahlan recuperó de los escombros una cacerola abollada, pues era más sencillo usar ésa que desempaquetar la suya. La llenó de nieve que recogió fuera, la colocó encima de tres piedras en el fuego y luego volvió a calentarse los dedos, que presionó contra su helado rostro. Quedaba algo de té en una lata aplastada en un rincón, pero Kahlan sacó el suyo de la mochila mientras esperaba que la nieve se fundiera y los tres hombres barro regresaran.

Por mucho que lo intentara, no podía quitarse de la cabeza los rostros de las muchachas muertas.

Varias veces añadió agua a medida que la de dentro de la cacerola se iba fundiendo. Justo cuando empezaba a hervir, llegó Prindin. El joven apoyó el arco en la pared y, con un suspiro, se dejó caer pesadamente sobre el banco.

Kahlan se levantó y miró hacia la puerta.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó.

—Pronto volverá, supongo. Regresamos por caminos distintos para poder examinar más rastros. ¿Y Chandalen? —preguntó a su vez, estirando el cuello para mirar a través de la puerta la otra habitación.

—Ha ido a buscarte a ti y a Tossidin.

—Entonces estará de vuelta enseguida. Mi hermano no anda lejos.

—¿Qué habéis encontrado?

—Más muertos.

Como no parecía demasiado dispuesto a hablar en aquellos momentos, Kahlan decidió no interrogarlo hasta que Chandalen regresara con Tossidin.

—Estaba calentando agua. Vamos a tomar un té bien caliente.

Prindin asintió y le dirigió su deslumbradora sonrisa.

—Me encantaría.

Kahlan se inclinó sobre la cacerola y con una mano vertió el té que guardaba en una bolsita de piel, mientras que con la otra se sujetaba la larga melena lejos del rostro.

—Tienes un trasero estupendo —comentó una voz a su espalda.

Kahlan se enderezó y lo miró.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que tienes un trasero estupendo. Tiene una forma muy bonita —respondió Prindin, señalando la parte media de su cuerpo.

Kahlan había aprendido a no asombrarse ni a sentirse insultada por las extrañas costumbres de los diferentes pueblos de la Tierra Central. Entre la gente barro, por ejemplo, el hecho de que un hombre alabara a una mujer por sus bonitos pechos equivalía a decirle que le parecía capaz de ser una madre sana y de alimentar a sus futuros hijos. Los padres de la mujer sonreían orgullosos ante ese halago, y era una manera infalible de que el pretendiente se hiciera amigo del padre. No obstante, si le pedía a la mujer que se quitara el barro con que se embadurnaba el cabello, equivalía a hacerle una proposición indecente y al punto se encontraba con flechas apuntándole al corazón.

La gente barro trataba los asuntos relacionados con el sexo con una naturalidad pasmosa. Más de una vez, Kahlan se había sonrojado cuando Weselan le describía como si nada los actos sexuales que realizaba con su marido. Y lo peor era que solía hacerlo en presencia de éste.

Mientras contemplaba fijamente a Prindin, delante de sus ojos pasaron flotando los rostros de las jóvenes asesinadas.

Aunque Prindin no le había piropeado los senos, seguramente un cumplido dirigido a las caderas de una mujer podía ser interpretado del mismo modo. Sabía que Prindin no había pretendido ofenderla, pero su radiante sonrisa le erizaba el vello de los brazos. El joven cazador no había podido elegir un momento menos oportuno, con todos esos muertos alrededor que la ponían tan nerviosa. Claro que él no había visto a las muchachas violadas.

La sonrisa del joven desapareció, mientras fruncía un poco la frente.

—Pareces sorprendida. ¿Es que Richard el del genio pronto nunca te dice que tienes un trasero estupendo?

Kahlan buscó las palabras más adecuadas para zanjar ese tema de modo honorable.

—Nunca lo ha mencionado de manera concreta.

—Pero seguro que otros hombres te lo habrán dicho antes. Es demasiado bonito para no fijarse. Tienes una figura muy hermosa. Al mirarte siento ganas de... —Prindin arrugó el entrecejo al no encontrar la palabra—. No conozco la palabra para decir...

—¡Prindin! —Kahlan se arreboló de golpe mientras daba un paso hacia él. Entonces relajó los puños y moderó su tono de voz—. Prindin, soy la Madre Confesora.

—Lo sé —replicó el joven, que recuperó la sonrisa, aunque ya no parecía tan seguro de sí mismo como unos minutos atrás—. Pero eres una mujer y tu cuerpo...

—¡Prindin! —exclamó Kahlan entre dientes. El hombre barro la miró parpadeando—. Es posible que en la tierra de la gente barro esté bien visto hablarle a una mujer de este modo, pero en otros lugares de la Tierra Central se considera ofensivo. Muy ofensivo. Además, yo soy la Madre Confesora y no está bien hablarme así.

La sonrisa del joven se esfumó.

—Pero ahora eres una mujer barro.

—Sí, pero ante todo soy la Madre Confesora.

—Te he ofendido —dijo Prindin muy pálido. Se levantó de un salto del banco y fue a arrodillarse delante de ella—. Por favor, perdóname, no quería ofenderte. Únicamente pretendía demostrarte mi favor.

La sonrojada faz de Kahlan enrojeció aún más por la vergüenza; lo había conseguido, había humillado a Prindin.

—Lo entiendo, Prindin. Sé que no querías faltarme al respeto, pero no debes hablar así fuera de tu tierra. Otros no entenderían vuestras costumbres y se sentirían mortalmente ofendidos.

—No lo sabía —replicó el joven, al borde de las lágrimas—. Por favor, perdona a Prindin. —El cazador se aferró a sus pantalones y luego le clavó sus fuertes dedos en los muslos.

—Claro que te perdono... Sé que no lo has hecho con mala intención. —Kahlan le cogió las muñecas y las apartó suavemente de sus muslos—. Te perdono.

Chandalen apareció en la puerta con una severa expresión en el rostro. Lanzó una rápida mirada a Prindin antes de buscar los ojos de la mujer.

—¿Qué pasa aquí?

—Nada. —Rápidamente ayudó a Prindin a levantarse, mientras su hermano entraba asimismo en la casa—. Pero tendremos que discutir cuál es el modo correcto de hablar con las damas en la Tierra Central. Hay cosas que los tres debéis aprender para no meteros en líos. —La mujer se alisó los pantalones y se frotó la zona en la que Prindin le había clavado sus fuertes dedos, tras lo cual se irguió—. Decidme qué habéis encontrado.

—¿Qué has hecho? —preguntó Chandalen a Prindin, fulminándolo con la mirada.

El aludido retrocedió medio paso y apartó la mirada.

—No sabía que era algo malo. Sólo he dicho que tenía un...

—Ya he dicho que no ha pasado absolutamente nada —lo atajó Kahlan—. Sólo un pequeño malentendido. Olvídalo. He preparado té —añadió, volviéndose hacia el fuego—. Coged tazas; hay algunas en el suelo que pueden servir y tomaremos té mientras me explicáis qué habéis visto.

Tossidin cogió las tazas, no sin antes dar una colleja a su hermano al pasar por su lado y susurrarle una reprimenda. Chandalen se quitó la capa, se agachó delante del fuego y procedió a calentarse las manos. Los hermanos llevaron las tazas. Prindin aún se frotaba la nuca cuando las ofreció a los otros dos.

En un intento por demostrar a todos ellos que Prindin no se había deshonrado a sus ojos, Kahlan le dirigió la primera pregunta.

—Dime qué has visto.

Prindin echó una rápida mirada a sus compañeros antes de poner cara seria y responder:

—Esta gente fue asesinada hace diez o doce días. El enemigo llegó sobre todo del este, pero eran muchos, y otros llegaron desde más al norte o desde el sur. En los estrechos pasos de las montañas lucharon contra los hombres de esta ciudad. Quienes no murieron, huyeron con la idea de reagruparse y presentar resistencia a los invasores, pero mientras huían fueron atrapados por el enemigo, lucharon y murieron.

»A través de los pasos fueron llegando cada vez más invasores, que se dirigieron al sur, donde libraron una batalla. Tras vencer y ejecutar a los prisioneros, abrieron una brecha en la muralla. Después, al acabar, todos partieron juntos en dirección este.

—Pero antes de irse recogieron a sus muertos —intervino Tossidin—. Usaron carros; hay muchas huellas de ruedas. Les costó uno o dos días llevarse a todos sus muertos de la ciudad, pues eran muchos miles. Los habitantes de Ebinissia debieron de batirse como auténticos leones. Quienes hicieron eso tuvieron más bajas que todos a quienes mataron.

—¿Dónde están los cuerpos?

—En una hondonada, en un paso situado al este —respondió Prindin—. Los carros transportaron a los muertos, que fueron arrojados a la hondonada. La pila de cadáveres es tan grande que no hay modo de saber qué profundidad tiene.

—¿Qué aspecto tienen? —Kahlan tomó un sorbo de té. Sostenía la taza con ambas manos, tratando de calentársela—. ¿Cómo van vestidos?

Prindin buscó debajo de la camisa y se sacó una tela plegada manchada de sangre, que entregó a la mujer.

—Hay mástiles con estas telas. Muchos de los hombres llevaban los mismos símbolos en la ropa, pero no hemos querido robar a los muertos.

Kahlan desplegó el estandarte y contempló totalmente horrorizada el largo triángulo rojo que sostenía en las manos. En el centro se veía un escudo negro con una ornamentada letra plateada en ella; se trataba de la letra «R». Era un estandarte de guerra con el escudo y las armas de la casa de Rahl.

—Soldados de D'Hara —susurró—. ¿Cómo es posible? ¿Había también keltas? —preguntó, alzando los ojos.

Los tres hombres se miraron sin entender. No conocían a los keltas.

—Otros llevaban otras ropas —dijo Prindin—. Pero la mayoría mostraba este símbolo en ellas o en el escudo.

—¿Y tomaron dirección este?

—Sí —respondió Tossidin—. No sé cómo decirte cuantos eran, pero eran tantos que, si te quedaras quieto al borde de la ancha carretera que tomaron, los verías pasar todo un día.

—Y mientras se marchaban, otros se unieron a ellos desde el norte, donde esperaban, y se fueron juntos —añadió Prindin.

Kahlan entrecerró los ojos, sumida en sus pensamientos.

—¿Tenían muchos carros? ¿Carros grandes? —preguntó.

Prindin lanzó un resoplido burlón.

—Debían de ser centenares. Esos hombres no cargaban con nada, sino que utilizaban carros. Han vencido porque eran muchos, pero son holgazanes. Viajan en carros o los usan para llevar sus cosas.

—Se necesitan muchas provisiones para sostener a un ejército tan grande. Y viajan en carros para estar frescos para la lucha —les explicó Kahlan.

—Pero eso los vuelve blandos —intervino Chandalen en tono de desafío—. Si tú mismo cargas con lo que necesitas, como hacemos nosotros, te haces fuerte. Pero, si caminas de vacío o viajas montado en un carro o un caballo, te vuelves blando. Esos hombres no son fuertes como nosotros.

—Fueron lo suficientemente fuertes para aplastar esta ciudad —dijo Kahlan, mirándolo fijamente—. Fueron lo suficientemente fuertes para vencer la batalla y destruir a su enemigo.

—Sólo porque son muchos —arguyó Chandalen—, como los jocopo. No porque sean fuertes ni buenos guerreros.

—La cantidad es una fuerza que no debe desdeñarse.

Ninguno de los tres hombres le llevó la contraria.

Prindin apuró su té antes de decir:

—Ahora se han marchado y se dirigen juntos hacia el este.

—Al este. —Kahlan se quedó un momento pensativa antes de hablar. Los tres hombres esperaban—. ¿Atravesaron un paso con un delgado puente colgante que lo cruza? ¿Un puente que sólo permite pasar de uno en uno y a pie?

Los hermanos asintieron.

—El paso del Jara —musitó la mujer para sí, mientras se volvía para mirar por la puerta—. Es uno de los pocos lo suficientemente grande para sus carros.

—Eso no es todo —anunció Tossidin, poniéndose también de pie—. Unos cinco días después de que se marcharan, llegaron más hombres. Si éstos hicieron la matanza —dijo, extendiendo los dedos de ambas manos—, sólo éstos llegaron después —añadió, mostrando únicamente el pulgar de la mano derecha.

—Fueron ellos quienes cerraron las puertas —comentó Kahlan a Chandalen.

El hombre barro asintió, mientras los dos hermanos los miraron extrañados.

—Registraron la ciudad, pero, como ya no quedaba nadie a quien matar, siguieron el rastro de los primeros hacia el este, para reunirse con ellos —dijo Tossidin.

—No —lo corrigió Kahlan—. No eran aliados de quienes cometieron esta matanza. No pretenden unirse a ellos, pero los siguen.

Prindin consideró un instante las palabras de Kahlan.

—Entonces, si alcanzan a quienes hicieron esto, también ellos morirán. Son mucho menos numerosos. Serán como pulgas tratando de devorar a un perro.

Kahlan recogió con gesto brusco la capa y se la colocó sobre los hombros.

—Vamos. El paso del Jara es bastante ancho y permite el paso a los carros, pero también es extremadamente largo y serpenteante. Conozco pasos más estrechos, como el del puente colgante que cruza el Jara y luego a través de la Grieta de las Arpías, por los que un ejército no puede pasar, pero nosotros sí. Iremos mucho más rápido, y, la distancia que ellos recorran en tres o cuatro días, nosotros la recorreremos en uno.

Chandalen se levantó con movimientos fluidos.

—Madre Confesora, si seguimos a esos hombres nos apartaremos de Aydindril.

—Tenemos que atravesar las montañas para llegar allí. La Grieta de las Arpías es un paso tan bueno como cualquier otro.

Chandalen seguía inmóvil, sin hacer ademán de recuperar su capa.

—Pero si vamos por ahí nos toparemos con un ejército de miles de soldados. Dijiste que querías llegar hasta Aydindril sin meterte en problemas. Si vamos por ahí, los tendremos.

Kahlan se agachó colocando una bota encima de la raqueta y empezó a atársela. Los semblantes de las muchachas asesinadas flotaban ante sus ojos.

—Soy la Madre Confesora y no pienso permitir que algo así suceda en la Tierra Central. Es mi responsabilidad.

Los hombres se miraron entre sí, incómodos. Por fin, los hermanos fueron a recuperar sus raquetas, pero Chandalen no.

—Dijiste que tu responsabilidad era ir a Aydindril tal como Richard el del genio pronto te pidió que hicieras. Dijiste que debías hacerlo por él.

Kahlan dejó de atarse por un momento la raqueta en el otro pie y se vio invadida por una sensación de angustia. Pensó en las palabras de Chandalen, pero sólo brevemente.

—No estoy eludiendo mi responsabilidad. Pero somos gente barro y tenemos otras obligaciones.

—¿Qué otras obligaciones?

—Hacia los espíritus —respondió Kahlan, dando ligeros toques al cuchillo de hueso que llevaba atado al brazo, bajo la capa—. Primero los jocopo, luego los bantak y ahora estos hombres prestaron oídos a unos espíritus que los incitaron a cometer actos perversos, espíritus que han logrado atravesar el velo. Tenemos una responsabilidad hacia los espíritus de nuestros antepasados y también hacia sus descendientes vivos.

También sabía que, para cerrar el velo, tenía que llegar hasta Zedd y conseguir ayuda para Richard. Era posible que Richard fuese el único capaz de cerrar el velo. Chandalen tenía razón: debían llegar a Aydindril.

Pero no podía olvidar los rostros de las jóvenes damas de compañía. El horror de lo que habían hecho con ellas no la abandonaba.

Los dos hermanos estaban sentados en el banco y se ponían las raquetas. Chandalen se acercó a ella y bajó la voz:

—¿De qué nos servirá alcanzar al ejército? No está bien.

La mujer clavó su mirada en los ojos castaños del hombre, que no reflejaban desafío como en el pasado, sino sincera preocupación.

—Chandalen, los hombres que hicieron esto y luego marcharon hacia el este son quizá cincuenta mil. Y quienes cerraron las puertas en palacio y ahora los persiguen serán unos cinco mil. Están furiosos,

pero si alcanzan a los primeros, serán aniquilados. Si tengo una oportunidad de impedir que mueran cinco mil hombres, debo intentarlo.

—¿Y si mueres en el intento? ¿Qué otro mal mucho peor nos acaecerá?

—Se supone que para eso estáis aquí vosotros tres: para que no me maten.

Cuando ya se encaminaba a la puerta, Chandalen la cogió suavemente del brazo y la hizo detenerse.

—Pronto anochecerá. Podemos descansar aquí esta noche y comer algo. Mañana por la mañana partiremos.

—La luna nos iluminará el camino. No podemos perder tiempo —replicó Kahlan—. Chandalen, yo me voy ahora mismo. Si en verdad eres tan fuerte como dices, me acompañarás. Si no, quédate aquí a descansar.

El hombre barro apoyó las manos en las caderas, apretó los labios y soltó un profundo suspiro. La miró con frustración.

—No puedes caminar más que Chandalen. Nosotros vamos contigo.

Kahlan le dirigió una rápida y leve sonrisa, tras lo cual atravesó la puerta. Los hermanos cogieron enseguida sus arcos y corrieron tras ella, mientras Chandalen se inclinaba para atarse las raquetas.

31

Richard miraba cómo los caballos comían una hierba que no estaba seguro que estuviera allí y se rascó la barba, que le picaba. La superficie del valle se veía resquebrajada y yerma, pero los caballos pacían muy satisfechos, como si se encontraran en una verde pradera. Al parecer, la ilusión engañaba y atraía incluso a los caballos. El joven se preguntó qué cosas iba a ver en la peligrosa travesía.

Por fin, la hermana Verna se puso en camino tirando de las riendas de Jessup, alejándolo de la imaginaria hierba.

—Por aquí —dijo.

Delante de ellos, nubes negras y ominosas abrazaban el valle, hirviendo como si tuvieran vida propia y los estuvieran esperando ansiosos. Richard tiraba de las dos yeguas en pos de la Hermana. La mujer le había dicho que debían andar, pues los caballos podrían asustarse de repente por espectros y conducirlos irremediablemente hacia un hechizo.

La hermana Verna cambió con brusquedad el rumbo que llevaba por el uniforme terreno, girando un poco a la derecha. La oscura nube de polvo y tierra se alzó y giró sobre sí misma impulsada por ráfagas que a ellos todavía no les había tocado. La Hermana lo miró por encima del hombro con una expresión tan sombría como la nube.

—Veas lo que veas, no debes hacer caso. Sea lo que sea, no es real. Tú como si nada. ¿Entendido?

—¿Qué tipo de cosas puedo ver?

La Hermana fijó de nuevo la mirada al frente. Tenía la blusa blanca empapada de sudor, como lo estaba la camisa de Richard.

—No lo sé. Los encantamientos buscan en tu mente tus miedos o tus anhelos, por lo que cada persona ve cosas distintas. Pero algunas visiones se repiten. Todos nosotros compartimos algunos temores. Parte de la magia que veremos no son visiones, sino la realidad. Por ejemplo, las nubes de polvo.

—¿Qué viste la última vez que tanto te asustó?

La Hermana caminó en silencio unos minutos antes de responder:

—Alguien a quien amaba.

—Si la amabas, ¿por qué te asustaste?

—Porque trató de matarme. Y no era una mujer, sino un hombre.

—¿Un hombre? —Richard parpadeó, pues el sudor le escocía en los ojos—. ¿Amas a un hombre, Hermana?

—Ya no —contestó la mujer, clavando los ojos en el suelo. Su voz expresaba un profundo pesar. Entonces alzó la vista hacia él un instante antes de volver a posarla en el suelo—. Cuando era joven tenía un enamorado que se llamaba Jedidiah.

En vista de que no explicaba nada más, Richard preguntó:

—¿Y ya no es tu enamorado? —La Hermana negó con la cabeza—. ¿Por qué no?

La hermana Verna hizo una brevísima pausa, mientras se secaba el sudor de la frente con un dedo.

—Cuando abandoné el Palacio de los Profetas, yo era muy joven, tal vez más joven que tú. Me marché en tu busca. No sabíamos si ya habrías nacido, pero sabíamos que, si aún no lo habías hecho, lo harías. Como no sabíamos cuándo sucedería, partimos tres Hermanas.

»Desde entonces ha transcurrido mucho tiempo. He pasado casi la mitad de mi vida lejos del palacio, lejos de Jedidiah. —La Hermana volvió a detenerse y miró a un lado y luego al otro antes de reemprender la marcha—. Seguro que ya hace tiempo que me ha olvidado y ha encontrado a otra.

—Si te amaba de verdad, Hermana, no te habrá olvidado. Tú no lo has hecho.

La Hermana tiró de las riendas de su caballo para alejarlo de algo que quería investigar.

—Han pasado demasiados años, y hemos llevado vidas separadas. Yo he envejecido. No somos las mismas personas que éramos antes. Él posee el don y tiene su propia vida, y en esa vida yo no tengo cabida.

—No eres vieja, Hermana. Si realmente os amáis, el tiempo no importa. —Richard se preguntó si hablaba de ella o de él mismo.

—Jóvenes... —La hermana Verna rió suavemente—. Tan idealistas y tan insensatos. Yo conozco a los seres humanos. Sé cómo son los hombres. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que miró bajo mis faldas, y estoy segura de que no tardó en encontrar a otra.

Richard sintió cómo se sonrojaba.

—El amor es más que eso.

—Ah, tú sabes mucho del amor, ¿verdad? Tampoco tú tardarás mucho en perder la cabeza por un par de buenas piernas.

Richard estaba a punto de dar rienda suelta a su indignación, pero la hermana Verna se paró y miró hacia arriba. La nube oscura se arremolinó y los rodeó.

Desde algún lugar, Richard oyó la débil voz de alguien que gritaba su nombre.

—Algo va mal —susurró la Hermana para sí.

—¿El qué?

—Por aquí. —Sin hacerle caso, la mujer tiró de Jessup hacia la izquierda.

Alrededor, relámpagos iluminaban el aire. Un cegador rayo cayó al suelo delante de ellos, generando una lluvia de tierra calcárea. El suelo tembló por la fuerza del impacto. Había caído tan cerca que todos los músculos de su cuerpo lo acusaron.

Cuando un relámpago rasgó por un instante el negro muro, Richard vio a Kahlan. Estaba de pie, mirándolo. Un momento después, había desaparecido.

—¿Kahlan?

La hermana Verna dio marcha atrás.

—Por aquí. ¡Vamos! Richard, ya te he avisado que no es real. Sea lo que sea lo que hayas visto, no hagas caso.

Richard sabía que se trataba de un espejismo, pero volverla a ver lo llenó de un intenso anhelo y gruñó para sus adentros. ¿Por qué la magia lo atraía con visiones de Kahlan? Según la hermana Verna, su propia mente conjuraba sus temores o sus anhelos. ¿A cuál de las dos categorías pertenecía Kahlan: al miedo o al deseo?

—¿Son reales esos relámpagos?

—Lo suficiente para matarnos. Pero no son relámpagos como los que conoces. Se trata de una tormenta de hechizos que luchan entre sí. Cada relámpago es una descarga de su poder mientras luchan. Pero, al mismo tiempo, pretenden destruir a cualquier intruso. Nosotros debemos pasar entre los huecos que se crean en su batalla.

Nuevamente oyó el distante grito de su nombre, pero esta vez no era la voz de Kahlan, sino una voz masculina.

Otro relámpago impactó justo delante de ellos. Tanto Richard como la Hermana se cubrieron la cara con un brazo para protegerse. Los caballos seguían más frescos que una lechuga. La Hermana tenía razón: de haberse tratado de auténticos relámpagos, los caballos se habrían espantado.

Cuando la tierra que había levantado el relámpago llovió sobre ellos, la hermana Verna se volvió y lo agarró por una manga.

—Richard, escúchame. Algo va mal. Los hechizos se desplazan demasiado rápido y no puedo sentir los huecos entre ellos como debería.

—¿Por qué? Ya cruzaste una vez.

—No lo sé. No sabemos mucho acerca de este lugar. Está contaminado con un tipo de magia cuya naturaleza se nos escapa. Es posible que la magia haya aprendido a reconocerme por la otra vez que pasé. Ya te he dicho que es imposible cruzar más de dos veces, y se dice que la segunda vez es más complicada que la primera. Tal vez sólo sea eso, pero podría tratarse de otra cosa.

—¿Qué otra cosa? ¿Te refieres a mí?

Los ojos de la mujer miraron más allá de él hacia cosas que veía, pero que Richard sabía que no eran reales.

—No, no eres tú —replicó, posando de nuevo los ojos en él—. Si fueses tú, podría sentir igualmente el laberinto como la otra vez. Pero no puedo. Sólo lo percibo a veces. Quizás es por lo ocurrido a las Hermanas Elizabeth y Grace.

—¿Qué tienen ellas que ver con esto?

Ahora la oscura tempestad los rodeaba por completo, girando y aullando. Las ráfagas de viento hacían ondear sus ropas. Richard entrecerró los ojos para protegerlos del polvo.

—Al morir me transmitieron su don. Ésta es la razón por la que dieron sus vidas cuando rechazaste la oferta: para pasar su don a la siguiente y hacerla más fuerte, de modo que triunfara en el siguiente intento.

Por eso, el impulso de aceptar el collar había sido más fuerte cada vez que se lo habían ofrecido. Kahlan había adivinado que se mataban cuando él decía que no para aumentar el poder de sus compañeras, para hacerlas más fuertes.

—¿Quieres decir que posees el poder, el han, de las otras dos Hermanas?

—Sí —contestó, mirando rápidamente en todas direcciones—. Ahora poseo el poder de las tres, y quizás es excesivo para permitirme pasar. —La mujer aferró con más fuerza la camisa del joven y lo atrajo hacia ella—. Si yo no lo consigo, debes seguir adelante tú solo, debes tratar de cruzar.

—¿Qué? Pero si no sé cómo cruzar. Yo no siento ninguno de los hechizos que nos rodean.

—¡No me discutas! Sentiste el relámpago. Lo sentiste perfectamente. Si no poseyeras el don, no lo habrías sentido hasta que hubiese sido demasiado tarde. Debes intentarlo.

—Hermana, no te pasará nada. Ya verás cómo notas el camino.

—Pero, si no lo noto, debes intentarlo solo. Resiste cualquier tentación. Richard, si yo muero, debes tratar de cruzar el valle y llegar al Palacio de los Profetas.

—Si algo te ocurre, trataré de regresar a la Tierra Central. Está más cerca.

—¡No! —exclamó la Hermana, tirándole con fuerza de la manga—. ¿Es que siempre tienes que cuestionar lo que te digo? —La mujer lo miró ceñuda un momento antes de que su expresión se calmara un poco—. Richard, sin una Hermana que te enseñe a controlar el don, morirás. El collar en sí mismo no te salvará. Necesitas una Hermana para que el rada'han te sirva de algo. Sin una Hermana, sería como tener pulmones pero no tener aire para llenarlos. Nosotras somos el aire. Algunas de nosotras ya hemos dado nuestra vida por ayudarte. No permitas que esas muertes hayan sido en vano.

El joven cogió la mano que lo agarraba por la camisa y se la apretó suavemente.

—Lo conseguirás, te lo prometo. Si puedo hacer algo para ayudarte, cuenta con ello. No temas. No hagas caso de lo que ves. Eso es lo que me has dicho, ¿no?

La Hermana lanzó un suspiro de exasperación y retiró la mano, al tiempo que daba media vuelta.

—No tienes ni idea de las cosas que veo. No me pongas a prueba, Richard —le advirtió, mirándolo con ojos entornados por encima del hombro—. No estoy de humor. Haz lo que te digo.

Richard oyó el estrépito de los cascos de Jessup mientras la hermana Verna los guiaba a paso rápido. Una densa oscuridad se arremolinaba en torno a ellos, rasgada sólo por los relámpagos. Al joven

le costaba aceptar que los caballos se mostraran tan tranquilos. ¿Podría ser que realmente estuviera usando el don para sentirlos?

A su izquierda, el muro de polvo se levantó, y al otro lado brilló una luz. Richard se quedó mirando fijamente. Era el bosque del Corzo, el bosque que tan bien conocía y al que tanto deseaba regresar. Allí estaba, ante él. Lo único que tenía que hacer era dar un paso. El lugar destilaba tanta paz que el corazón le dolía de anhelo, como si le ofreciera la salvación.

Pero sabía perfectamente que no era más que una ilusión, un hechizo de nostalgia que trataba de atraparlo para que vagara por toda la eternidad en sus redes. Tal vez no sería tan malo, aunque no fuese real. Si era un lugar tan querido, y él era feliz allí, ¿qué mal podría haber?

De nuevo oyó una voz que gritaba su nombre. Los cascos de un caballo se le venían encima. Richard dio media vuelta al darse cuenta de que era la voz de Chase, que lo llamaba.

—No hagas caso, Richard —gruñó la Hermana—. Sigue caminando.

Richard sentía tanta nostalgia por su amigo como por el bosque del Corzo, por lo que caminó hacia atrás, mirando.

Chase cabalgaba a galope tendido, con su negra capa ondeándole a la espalda. Sus armas relucían a la luz del implacable sol. El caballo estaba cubierto de sudor. Había alguien más con él, en su regazo. Richard entrecerró los ojos para ver mejor y reconoció a Rachel. Era natural; Rachel tenía que estar con Chase. La niña también gritaba su nombre. Richard se quedó mirando el espejismo que se le venía encima.

Algo en la niña atrajo irresistiblemente su atención. Era algo que le transmitía una intensa sensación de Zedd. Los ojos del joven se quedaron prendidos en una piedra ámbar que colgaba de una cadena de oro alrededor del cuello de Rachel. Era como si Zedd lo llamara a través de esa gema.

—¡Richard! —gritaba Chase—. ¡Detente! ¡Detente! ¡Zedd te necesita! ¡El velo se ha roto! ¡Richard!

De pronto, Chase detuvo el caballo. Richard retrocedió algunos pasos mientras contemplaba la ilusión. Ahora Chase se veía tranquilo y ya no gritaba. Llevando a Rachel en brazos, desmontó y miró en torno con expresión maravillada. De nuevo se alzó un muro de polvo que impedía a Richard ver con claridad a su viejo amigo. El guardián dejó a la niña en el suelo, la cogió de la mano, y ambos giraron sobre sí mismos con la mirada clavada en la nada. A Richard le pareció muy extraño que una visión hiciera eso, pero decidió que era un modo de tentarlo para que fuera a ver qué miraban.

—¡Richard! —gritó la Hermana, y el joven se volvió hacia ella—. ¡Ven aquí o desearás que te hubiera abandonado aquí! ¡No te pares! La abertura se está cerrando a nuestro alrededor —añadió, después de inspeccionar ambos lados—. Date prisa o nos quedaremos atrapados.

Richard echó un vistazo a su espalda. La visión desaparecía al otro lado de la remolinante oscuridad. Chase y Rachel caminaban hacia nada en concreto. Las enfurecidas nubes pasaron entre Richard y la visión de sus amigos, y éstos desaparecieron.

El joven trotó para alcanzar a la hermana Verna, preguntándose qué sentido tenía esa extraña visión. ¿Por qué la magia habría elegido precisamente a Chase y a Rachel para tentarlo? Le habían parecido tan reales. Era como si, con sólo alargar la mano, hubiera podido tocarlos. Tal vez la magia trataba de incitarlo a que siguiera a alguien a quien le confiaría su vida. Pero había parecido tan real... Chase se veía tan desesperado...

Richard se recomendó a sí mismo más cautela. Pues claro que la visión parecía real. Justamente de eso se trataba: la magia la hacía parecer real para engañarlo y atraerlo. Si no pareciera real, no sería eficaz.

Al acercarse a Jessup, el joven le puso una mano en el flanco para que supiera que era él y no se asustara. Mientras con una mano tiraba de las riendas de Bonnie y Geraldine, con la otra acariciaba el lomo del musculoso caballo.

Cuando lo adelantó, le dio una cariñosa palmada en el cuello. Jessup agachó la cabeza y de nuevo empezó a pacer de una hierba inexistente. Sus riendas se arrastraban por el suelo. Richard se quedó de piedra; la hermana Verna había desaparecido.

Una lluvia de relámpagos estalló alrededor originando un ruido ensordecedor. Uno impactó en el suelo, a sus pies. El joven saltó a un lado para evitar el siguiente. Cuando llegó, tenía los pelos de punta y sintió el abrasador calor. Ante sus ojos seguía viendo las imágenes azules y blancas de los desiguales destellos.

Richard gritó el nombre de la Hermana, mientras reunía las riendas y obligaba frenéticamente a los caballos a avanzar sin dejar de recorrer con la mirada los alrededores. Los relámpagos parecían seguirle e impactaban contra el suelo por donde acababa de pisar.

Bolas de fuego ardían en el aire y chillaban al hacerse pedazos. Era como si el mismo aire ardiera. El lamento del fuego resonaba por todas partes. Richard corrió hacia los huecos que quedaban después de que se fueran disipando, eludiendo los relámpagos y las llamas. Se cubría la cabeza con una mano, aunque sabía que, si la magia lo alcanzaba, esa mano no podría salvarlo. El estruendo era tal que podría volver loco a cualquiera. Las oscuras nubes de polvo le impedían ver nada, si es que realmente había algo que ver. Así pues, corría hacia ninguna dirección en particular, pensando sólo en evitar los rayos azules y las llamas amarillas.

De pronto, vio ante él la esquina de unos altos muros de mármol blanco pulido. El joven se tambaleó y se detuvo, jadeando. Alzó la vista, pero no pudo ver el final, pues una nube oscura se lo impedía. Un rayo que cayó demasiado cerca de él lo convenció de que echara a correr de nuevo tirando de los tres caballos. En medio del muro había una abertura en forma de arco. Al doblar la esquina, comprobó que ese muro también presentaba una abertura similar.

Mientras corría, iba contando. La estructura estaba formada por cinco lados de unos treinta pasos de longitud cada uno. En el centro de cada uno de ellos había una abertura de seis pasos de ancho y casi igual de alto. Richard se detuvo para recuperar el aliento frente a una de ellas. Dentro no había nada, y por la abertura pudo ver los arcos de los otros muros.

Un relámpago descargó en el suelo levantando una nube de tierra. Richard se protegió el rostro con los brazos. Los relámpagos lo perseguían, y su sonido retumbaba en sus oídos. No tenía adónde ir. Así pues, dejó a los caballos y se zambulló a través del arco. Aterrizó sobre la arena del interior haciendo una voltereta.

Mientras se incorporaba apoyándose sobre las manos, el silencio resonó en sus oídos. El interior de la estructura estaba completamente vacío, desierto. El aire ya no era sofocante como en el exterior, sino que casi era fresco en comparación y tenía un olor dulzón de la hierba.

A través de los arcos podía ver las furiosas nubes negras que abrazaban el suelo. Los relámpagos seguían descargando con violencia, pero su sonido ya no era más que un ruido sordo. Los caballos pastaban tranquilamente en una hierba imaginaria.

Debía de tratarse de una de las Torres de Perdición sobre las que le había hablado la hermana Verna. Dentro, los altos muros se perdían en la oscuridad y eran negros como resultado de un hechizo de Fuego Vital. Richard pasó un dedo por la ceniza y la probó; era amarga. El mago que había entregado su vida al fuego no lo había hecho voluntariamente, sino para salvarse de la tortura, de lo que le tenían preparado o de lo que quizá ya le estaban haciendo.

El suelo estaba cubierto por arena blanca que centelleaba y que se acumulaba en las esquinas como si fuera nieve. Richard recordó haber visto antes esa arena; había sido en el Palacio del Pueblo, concretamente en un círculo trazado en el corazón del Jardín de la Vida. Rahl el Oscuro había dibujado hechizos en la centelleante arena blanca para abrir las cajas del Destino.

El joven recorrió el interior de la torre, tratando de decidir qué hacer. Ese lugar parecía seguro, pero ¿por cuánto tiempo más? Sin duda, más pronto o más tarde la magia lo encontraría. Tal vez la aparente seguridad de la torre no era más que un encantamiento para atraparlo allí por toda la eternidad sin aventurarse a salir.

Pero no podía quedarse allí. Tenía que encontrar a la Hermana. Tenía que ayudarla. La hermana Verna estaba asustada, y él le había prometido que lograría cruzar.

¿Qué lo impulsaba a querer ayudarla? De hecho, era su prisionero. Si la dejaba allí, sería libre. Pero ¿libre para hacer qué? Si la Hermana no lo ayudaba a controlar el don, moriría. O al menos eso decía ella.

Al oír un suave ruido a sus espaldas, se dio media vuelta. Kahlan surgió de la oscuridad de uno de los arcos. La larga melena no le caía sobre los hombros, sino que la llevaba recogida en una trenza. Y en vez del blanco vestido de Confesora, llevaba la indumentaria de cuero rojo de una mord-sith.

Richard se quedó rígido, respirando agitadamente.

—Kahlan, me niego a pensar en ti de este modo, aunque seas una ilusión conjurada por mi propia mente.

—¿Acaso no es esto lo que más temes? —inquirió ella, enarcando una ceja.

—Muéstrate como eres o lárgate.

El cuero rojo tembló y se convirtió en el níveo vestido de Confesora que el joven tan bien conocía. La trenza se deshizo.

—¿Mejor, amor mío? Pero me temo que ni siquiera así te salvarás. He venido para matarte. Muere con honor. Defiéndete.

Richard desenvainó la *Espada de la Verdad* y su característico sonido metálico reverberó por toda la torre. La magia inflamó en su interior la ira, que explotó a través de él. Richard soportó con indiferente pesar las ansias asesinas que lo recorrían mientras contemplaba la faz de la única persona por la que valía la pena seguir viviendo.

El joven aferró con tanta fuerza la palabra «Verdad» formada con hilo en relieve que los nudillos se le pusieron blancos. Los músculos de las mandíbulas se le tensaron al apretar los dientes. En una súbita inspiración, comprendió por qué los magos habían preferido antoinmolarse en el Fuego Vital antes que soportar lo que les hacía. Había cosas peores que la muerte.

El joven arrojó la espada a los pies de Kahlan.

—No lucharé contigo ni siquiera en una ilusión, Kahlan. Prefiero morir.

Los ojos verdes de la mujer relucieron con una mirada sabia, sin edad.

—Más te hubiera valido haber muerto, amor mío, pues así no tendrías que ver lo que he venido a mostrarte. Lo que verás te causará más dolor que la muerte.

Kahlan cerró los ojos mientras se arrodillaba y se inclinaba hacia adelante, arqueando la espalda. Mientras lo hacía, el pelo se le fue acortando y, para cuando la cabeza tocó la brillante arena blanca, era como si se lo hubieran cortado al cero.

—Esto debe suceder, si no el Custodio escapará. Si lo impides, lo estarás ayudando, y todos caeremos en sus manos. Si debes, pronuncia estas palabras, pero no hables de esta visión.

Sin alzar la mirada, Kahlan recitó con voz lejana:

—«Cuando la amenaza de la sombra desaparezca, de todas sólo quedará viva una, nacida con la magia de sacar a la luz la verdad. Pero la aciaga sombra del reino de los muertos acecha. Si la vida quiere tener una esperanza, la de blanco deberá ser ofrecida a su gente, para darles felicidad y jolgorio.»

Mientras Richard contemplaba sin parpadear siquiera la nuca de Kahlan, un anillo de sangre floreció alrededor de su cuello. Richard contuvo la respiración. La cabeza de Kahlan se desprendió del tronco y el cuerpo decapitado cayó a un lado. El chorro de sangre formó un charco bajo éste que tiñó de rojo la blanca arena así como el vestido.

Richard inspiró una bocanada de aire.

—¡Nooooo!

El pecho le subía y le bajaba, las uñas se le clavaban en la palma de las manos, y los dedos de los pies se le curvaban dentro de las botas.

«No es más que una ilusión —se dijo a sí mismo, tembloroso—. Una ilusión. No es real. Es una ilusión para asustarme.»

Kahlan lo miró con unos ojos verdes de mirada muerta. Aunque sabía que era una ilusión, estaba funcionando. El pánico le paralizaba las piernas, y el miedo se había apoderado de su mente.

La imagen de Kahlan vaciló y se esfumó de pronto cuando la hermana Verna apareció hecha una furia por una de las entradas en forma de arco.

—¡Richard! —gritó rabiosa—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Te dije que no te separaras de mi lado! ¿Es que eres incapaz de seguir ni la más simple de las indicaciones? ¿Siempre tienes que comportarte como un niño?

La mujer avanzó dos pasos hacia él con el rostro rojo de furia.

A Richard el corazón le latía violentamente por el dolor de lo que acababa de ver. Miró a la hermana Verna con ojos entornados. No estaba de humor para aguantar el lado más hosco de su carácter.

—Desapareciste —se defendió—. No podía encontrarte. Te busqué pero...

—¡No me repliques! —le gritó la mujer, y sus rizos se agitaron—. Estoy harta de oírte. Ya te dije que no iba a tolerar más desmanes de tu parte. Se me ha agotado la paciencia, Richard.

El joven abrió la boca para decir algo, pero el collar lo impulsó hacia atrás, y sus pies abandonaron el suelo. Era como si llevara una soga al cuello y alguien hubiera tirado de ella. Lanzando un gruñido se estrelló contra el muro. El impacto lo dejó sin respiración y casi le hizo perder el conocimiento. Se quedó colgando en el aire, pegado contra el muro y sin poder moverse. El rada'han lo estaba asfixiando. Por mucho que tratara de fijar los ojos en algo, sólo veía manchas borrosas.

—Ya es hora de que te dé una lección que te mereces hace mucho tiempo —dijo la Hermana en un gruñido, al tiempo que se aproximaba a él—. Ya estoy harta de tanta desobediencia y no pienso soportarla más.

Richard pugnó por respirar. Cada vez que cogía aire, le quemaba al pasar a través de lo que le constreñía el cuello. Por fin, la visión se le aclaró y posó la mirada en el semblante de la hermana Verna. Su ira se inflamó.

—Hermana... no...

El dolor le impidió seguir. Le quemaba en el pecho con tal ardor que sentía un hormigueo en los dedos. Era incapaz siquiera de coger aire para gritar.

—Ya basta de tanto hablar. No quiero oír ni una sola palabra más. Ya basta de excusas, de razones y de juicios severos. A partir de ahora harás lo que yo te diga cuando te lo diga, y no volverás a tratarme nunca más con insolencia.

La mujer se le acercó otro paso. Su expresión se tornó amenazadora.

—¿Nos entendemos ahora sí o no?

De algún modo, la Hermana intensificó el dolor. Richard temblaba por la angustiosa sensación aplastante en el pecho. Sus ojos muy abiertos derramaron abundantes lágrimas.

—¡Te he hecho una pregunta! ¿Nos entendemos sí o no?

—Hermana Verna... —dijo cuando los pulmones se le llenaron de aire—. Te lo advierto... no...

—¿Que me adviertes a mí? ¿Tú me adviertes a mí?

Un candente dolor le desgarró el pecho, y empeoraba con cada inspiración. En los pulmones le nació un grito. Sus peores temores se estaban cumpliendo. Eso es lo que había conseguido por volverse a poner un collar. Eso era lo que pensaban hacerle las Hermanas. Ése era el destino que le esperaba, si lo permitía.

Richard conjuró la magia de la espada.

Atendiendo la llamada de su amo, el poder fluyó hasta él, ardiente de promesa, ardiente de cólera, ardiente de anhelo. Richard le dio la bienvenida, lo abrazó y dejó que su propia cólera se uniera a la de la espada y lo invadiera por completo. Esa furia consumió el dolor y lo usó para acrecentar su poder.

—¡No oses enfrentarte a mí o lamentarás haber nacido!

Las abrasadoras llamas del tormento se reavivaron. Richard las atrajo hacia su cólera. No estaba en contacto físico con la espada, y tampoco era necesario. Se había fundido con la magia, y ahora reclamaba para sí su fuerza.

—Detén esto o serás tú quien lo lamentará —logró decir entre dientes.

La hermana Verna, con los puños apretados a los lados, dio otro paso hacia él.

—¿Me amenazas? Ya te he advertido que no lo hicieras. Has cometido tu último error, Richard.

Aunque el dolor que la mujer descargó súbitamente en él casi lo cegó, Richard pudo ver una cosa: la *Espada de la Verdad*. Yacía en la arena, junto a la Hermana.

El Buscador concentró la magia de la espada en el poder que lo mantenía inmovilizado contra la pared. Con un fuerte ruido, ese poder se rompió. Richard cayó al suelo y rodó sobre la arena.

Sus manos encontraron la espada.

La hermana Verna se abalanzó sobre él. El joven se levantó al tiempo que trazaba un amplio arco con la espada. La sed de sangre le abrasaba el alma. Nada podía apagarla. Nada más importaba.

Era el portador de la muerte.

Ni siquiera trató de dirigir la trayectoria de la espada, sino que se limitó a concentrar su ansia de matar en el arco que dibujaba.

La punta del acero silbó en el aire.

Era el portador de la muerte.

La hoja atravesó a la Hermana a la altura del hombro. Un chorro de cálida sangre estalló en el frío aire. Richard sólo olía sangre y sólo veía sangre. La cabeza y parte de los hombros de la mujer giraron en el aire cuando la espada la partió en dos. Sangre y huesos se estrellaron contra los muros. La parte inferior del cuerpo cayó al suelo. La arena blanca se empapó con la sangre de la Hermana y se fue extendiendo bajo ésta. Lo que quedaba de sus hombros y la cabeza cayó al suelo a tres metros de distancia, levantando una nube de blanca arena. La sangre y otros humores que brotaron de sus entrañas dibujaron un reluciente arco.

Richard cayó de rodillas, jadeando. Ahora ya no sentía dolor alguno. Se había prometido que no iba a permitir que volvieran a hacerle eso, y lo había dicho muy en serio.

En su interior sentía un sordo dolor por lo que había hecho, como si fuera un recuerdo lejano. Todo había ocurrido muy deprisa, sin darle tiempo a pensar. Había usado la magia de la espada para sesgar una vida, y ahora la magia le pasaba factura.

No le importaba. Eso no era nada comparado con el sufrimiento que le estaba infligiendo la Hermana y más que le habría causado. Mientras se concentraba en la ira, ese dolor también se evaporó.

¿Qué iba a hacer ahora? Necesitaba a las Hermanas para que le enseñaran el modo de que el don no lo matara. Sin la ayuda de la hermana Verna, moriría. ¿Cómo podía presentarse ahora ante las demás Hermanas y pedirles ayuda? Al matar a la hermana Verna acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

Pero no iba a permitir que volvieran a torturarlo. Nunca más.

De rodillas, se sentó sobre los talones mientras se recuperaba, tratando de pensar. Delante de él, junto al cuerpo de la Hermana, vio el librito en el que la mujer siempre escribía y que guardaba metido en el cinturón.

Lo recogió y lo fue hojeando. Estaba en blanco, excepto dos páginas casi al final, que decían:

Soy la Hermana que está al cargo de este muchacho. Estas directivas no son sólo irrazonables, sino también absurdas. Exijo conocer el significado de estas instrucciones. Exijo saber con qué autoridad han sido dictadas.

Atentamente, hermana Verna Sauventreen, servidora de la Luz.

Richard reflexionó sobre el hecho de que la hermana Verna había sido temperamental incluso al escribir. La página siguiente estaba escrita por otra mano.

Obedecerás las instrucciones o sufrirás las consecuencias. No te atrevas a poner nunca más en duda las órdenes de palacio.

De mi propia mano, la Prelada.

Bueno, al parecer la hermana Verna se las había arreglado para despertar la ira de alguien más aparte de él. Richard arrojó de nuevo el libro al suelo, junto al cadáver. Entonces se quedó mirando el cuerpo de la Hermana, pensando en lo que había hecho. ¿Qué iba a hacer ahora?

Oyó un suspiro, alzó la cabeza y vio a Kahlan ataviada con su blanco vestido de Confesora, de nuevo de pie bajo uno de los arcos. Con triste expresión, meneó lentamente la cabeza.

—¿Y te preguntas por qué te envié lejos de mí?

—Kahlan, tú no lo entiendes. No sabes lo que la Hermana iba a...

Una débil risa atrajo su atención hacia el otro lado del recinto. Rahl el Oscuro estaba de pie bajo el otro arco. Su túnica blanca relucía.

Richard sintió que la cicatriz de la huella de su padre en el pecho le hormigueaba y le ardía.

—El Custodio te da la bienvenida, Richard —le dijo con una amplia sonrisa—. Estoy orgulloso de ti, hijo mío.

Con un grito, Richard echó a correr por la arena. Volvía a estar poseído por la furia. Blandiendo la espada, se lanzó contra Rahl el Oscuro.

La reluciente imagen se evaporó, y Richard voló atravesando el arco. Se oyó una última risotada, y luego silencio.

Fuera de la torre, la tempestad enloqueció. Tres ardientes rayos surcaron la oscuridad hacia él. Instintivamente, Richard alzó la espada a modo de escudo. Los rayos impactaron contra el acero, relampaguearon y se retorcieron como una serpiente atrapada en un lazo. Bajo sus pies, el suelo tembló.

Richard entrecerró los ojos para protegerlos de la cegadora luz y apretó los dientes, haciendo un supremo esfuerzo por llevar la espada hacia el suelo arrastrando con ella las brillantes lenguas de fuego líquido. A medida que se aproximaban al suelo, perdían intensidad, hasta que al fin se apagaron con un siseo como si murieran, y no quedó ni rastro de ellas.

—Ya basta de visiones.

Enfadado, Richard se guardó la espada y reunió a los caballos, que pastaban. No le importaba adónde iba; sólo quería alejarse de esa torre y de la Hermana muerta.

Quería alejarse de lo que había hecho.

32

Los relámpagos ya no regresaron. Aunque las nubes seguían hirviendo furiosas alrededor, los rayos habían cesado. Richard caminaba sin pensar adónde iba. Cada vez que presentía peligro, lo eludía. A ambos lados, las visiones lo tentaban, pero él, estoicamente, se negaba a verlas.

Se topó con otra torre que al principio no vio debido a las oscuras nubes. Era idéntica a la anterior excepto en el color, de un lustroso negro. Aunque su intención era evitarla, sin saber cómo se encontró cruzando uno de los arcos para echar un vistazo dentro. El suelo estaba cubierto por arena que se acumulaba en las esquinas, como en la otra torre, pero ésta era negra en vez de blanca. No obstante, centelleaba igual que la otra.

La curiosidad pudo más que la cautela, y Richard pasó un dedo por la ceniza negra que cubría los muros. Tenía un sabor dulce.

El mago que había dado su vida en el Fuego Vital lo había hecho para salvar a otro de la tortura, no a sí mismo. Este mago había sido altruista, mientras que su homónimo de la blanca torre había sido innoble.

Si por el hecho de poseer el don significaba que también él era mago, Richard se preguntó qué tipo de mago era. A él le gustaría pensar que era altruista, pero acababa de matar a un semejante para librarse de la tortura. ¿Pero acaso no estaba en su derecho de matar en defensa propia? ¿Debía morir injustamente para ser honorable?

¿Quién era él para juzgar cuál de esos magos había sido el más sabio o cuál había ejercido simplemente sus derechos?

La brillante arena negra lo fascinaba. Parecía que atraía la luz de ninguna parte y la reflejaba en el interior de la torre, que iluminaba con titilantes colores. Richard cogió una lata vacía para especias y la llenó con arena negra. A continuación volvió a guardar la lata en su mochila, que colgaba de la silla de Geraldine, mientras llamaba a Bonnie con un silbido. La yegua pastaba de nuevo.

Bonnie alzó la cabeza y giró las orejas hacia él. Diligentemente, acudió a su llamada y se unió a los otros dos caballos y el hombre. Al llegar junto a éste empujó la cabeza contra su hombro, pidiendo que le rascara el cuello. Mientras se alejaban de la torre, Richard la complació.

El joven tenía la camisa totalmente empapada de sudor, así como la frente. Quería alejarse cuanto antes de ese lugar, de la magia, de los hechizos y de las visiones. Caminaba a paso rápido por el yermo valle, tratando de desoír las voces familiares que lo llamaban. Ardía en deseos de ver los rostros de sus seres queridos que lo llamaban, pero no miró. Otras voces le dirigían entre dientes palabras amenazantes, pero Richard seguía adelante. A veces sentía los hechizos en la piel como un hormigueo, o sentía punzadas de calor, de frío o de dolor, lo que le inducía a apartarse de ellos más rápido aún.

Mientras se secaba el sudor de los párpados, fijó la mirada en la tierra reseca y vio las huellas. Eran las suyas propias. Entonces se dio cuenta de que, tratando de evitar las sensaciones de peligro, las visiones y las voces, había estado andando en círculos, si es que esas huellas eran reales.

Empezaba a tener la desagradable sensación de que la magia lo estaba atrapando. Tal vez en todo el tiempo que había estado caminando no había avanzado ni un paso hacia la salida del valle de los Perdidos. Quizá también él se había perdido. ¿Cómo iba a encontrar el camino de salida? Richard continuó avanzando, tirando de los caballos, pero con una creciente sensación de pánico.

De pronto, de la niebla oscura que se extendía ante él surgió una visión que lo dejó paralizado. Era la hermana Verna. La mujer vagaba sin rumbo, con las manos unidas en actitud de plegaria, los ojos vueltos hacia el cielo y una sonrisa de beatífica felicidad en los labios.

—¡Vete! —le gritó Richard—. ¡Ya estoy harto de tantos espectros! ¡Dejadme solo! —La mujer no parecía oírlo. Pero eso era imposible; estaba muy cerca y debería. Richard se acercó más a ella. De repente sintió que alrededor el aire se hacía más denso y centelleaba, hasta que lo atravesó—. ¿Es que no me oyes? ¡Escúchame! ¡Te digo que te marches!

La Hermana posó en él sus ojos marrones de distante mirada. Extendió un brazo hacia él y alzó la mano en lo que pretendía ser un gesto intimidatorio.

—Déjame —le dijo—. He encontrado lo que buscaba. Déjame con mi paz y mi felicidad.

Viendo a la mujer dar media vuelta, Richard notó una sensación de aprensión y hormigueo que le recorría todo el cuerpo, hasta los dedos de los pies. La Hermana no trataba de atraerlo como las demás visiones.

El pelo se le puso de punta.

—¿Hermana Verna? —¿Era posible? ¿Podía estar viva? Tal vez no la había matado de verdad. Tal vez había matado a una visión—. Hermana Verna, si realmente eres tú, dime algo.

—¿Richard?

La mujer lo miró con expresión perpleja.

—Claro que soy Richard.

—Vete —susurró la Hermana, alzando de nuevo los ojos a lo alto—. Ahora estoy con Él.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Por favor, Richard, estás contaminado. Márchate.

—Si eres una visión, márchate tú.

—Te lo ruego, Richard. —La Hermana lo miró con ojos suplicantes—. Lo estás molestando. No estropees lo que he encontrado.

—¿Qué has encontrado? ¿A Jedidiah?

—Al Creador —respondió ella en tono reverente.

—Yo no veo a nadie —dijo Richard, mirando hacia arriba.

—Déjame con Él. —La Hermana le dio la espalda y empezó a alejarse.

Richard no sabía si se trataba de la auténtica hermana Verna o de una ilusión. Tal vez era el espíritu de la mujer muerta. ¿Qué era cierto? ¿Cómo iba a averiguarlo?

Había prometido a la verdadera Hermana que conseguiría cruzar el valle, que él la ayudaría. Richard la siguió antes de que la niebla negra se la tragara.

—¿Qué aspecto tiene el Creador, hermana Verna? ¿Es joven? ¿Viejo? ¿Tiene el pelo largo? ¿Corto? ¿Le falta algún diente?

—¡Vete! —le espetó la Hermana, rabiosa.

La amenazante expresión de la mujer lo dejó helado.

—No. Escúchame, hermana Verna. Tú te vienes conmigo. No pienso dejarte aquí, atrapada en un sortilegio. Lo que ves no es más que una ilusión.

Richard razonó que, si la mujer era un espectro y él se la llevaba, se desvanecería antes de salir del valle mágico. Pero, si era real, entonces la salvaría. Eso significaría que estaba viva. Aunque por una parte deseaba verse libre de ella, aún deseaba más que estuviera viva y que lo que la Hermana le había hecho en la torre no fuese real. No quería que la de la torre fuese la verdadera hermana Verna. Así pues, echó de nuevo a andar hacia ella.

La mujer alzó una mano como para empujarlo, aunque aún estaba a unos diez pasos de distancia. La fuerza del impacto lo lanzó al suelo. Richard rodó sobre sí mismo, apretándose el pecho. Sentía un dolor lacerante. Se asemejaba mucho a lo que le había hecho en la torre, ese dolor intenso y ardiente, pero no duraba tanto.

Con un gesto de dolor se incorporó y puso las ideas en orden mientras pugnaba por respirar. Alzó la cabeza para comprobar dónde estaba la Hermana, por si se le ocurría atacarlo de nuevo. Lo que vio lo dejó sin respiración.

La Hermana miraba de nuevo hacia el cielo, y la niebla oscura que los rodeaba a ambos giraba y adoptaba formas. Eran espectros: figuras incorpóreas en cuyo interior bullía la muerte. Sus rostros mudaban rápidamente con humeantes sombras siempre cambiantes, que se combinaban con unos relucientes ojos rojos y semblantes impenetrables; ardientes llamas de fuego vivas de odio que chispeaban furiosas desde la noche eterna.

A Richard se le puso la carne de gallina. Cuando sintió la presencia del aullador al otro lado de la puerta en la casa de los espíritus, cuando había sentido al hombre que estaba a punto de matar a Chandalen y la primera vez que había visto a las Hermanas había experimentado una abrumadora e inexplicable sensación de peligro. Y ahora se repetía.

En su mente no cabía la menor duda de que esos espectros eran parte de la magia del valle, y que, por fin, esa magia había encontrado al intruso: él.

—¡Verna! —gritó.

—Richard, ya te he dicho que debes llamarme *hermana* Verna —lo reprendió la mujer.

—¿Es esto lo que haces a tus pupilos? ¿Les haces daño con tu poder?

La Hermana se sobresaltó.

—Pero si yo...

—¿Es éste tu paraíso eterno? ¿Pelearte con los demás? ¿Hacerles daño? —Richard se arrodilló rápidamente, sin perder de vista las formas que flotaban alrededor—. Hermana, tenemos que salir de aquí.

—Pero yo quiero quedarme con Él. He hallado la felicidad.

—¿Es ésta tu idea del paraíso? ¿Causar dolor? ¡Respóndeme, hermana Verna! ¿Es esto lo que el Creador desea que hagas? ¿Causar daño a la gente de la que eres responsable?

La Hermana se quedó mirándolo muy asombrada y, recuperando de pronto la rapidez de movimientos, corrió hacia él.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó, cogiéndolo con fuerza por los hombros—. Oh, hijo mío, lo siento. No era mi intención.

Richard se puso de pie y la zarandeó.

—Hermana, tenemos que salir de aquí. Pero yo no sé cómo. ¡Dime cómo hacerlo antes de que sea demasiado tarde!

—Pero... yo quiero quedarme.

—Mira alrededor, hermana Verna. ¿Qué ves?

La mujer giró la cabeza con rigidez, posando la mirada en una oscura forma tras otra, y luego de nuevo en el joven.

—Richard...

—¡Mira, Hermana! —Richard señaló el cielo, enfadado—. ¡Ése no es el Creador! ¡Es el Custodio!

La mujer miró en la dirección que él señalaba. Lanzando un grito ahogado, se llevó una mano a la boca.

El resplandor rojo en los ojos de una de las formas oscuras y cambiantes se intensificó hasta convertirse en ascuas ardiendo. La sensación de peligro le llegó a Richard hasta la misma alma. En un abrir y cerrar de ojos ya había desenvainado la espada. El vaporoso espectro adquirió forma sólida, con huesos, músculos, garras y colmillos. Ahora era una horrenda bestia de piel oscura, agrietada y correosa, salpicada por asquerosas llagas purulentas. La bestia descendió sobre Richard con increíble velocidad.

Empuñando la espada con ambas manos, Richard descargó toda la furia que sentía en un grito, mientras atravesaba el pecho de la bestia con el acero. La carne blanda y el duro hueso sisearon al contacto con la hoja. El monstruo se deslizó de la espada al suelo como un cubo lleno de inmundicias; el

pellejo no fue suficiente para contener sus entrañas. Una gota de sangre salpicó a Richard en un brazo, le quemó la camisa y le llegó a la carne. La bestia hervía y echaba espuma desde el interior. De las llagas abiertas empezaron a brotar gusanos.

La hermana Verna contemplaba con ojos desorbitados esa masa borboteante y humeante. Richard le agarró la corta melena rizada y le giró la cabeza para obligarla a mirar a las formas que se les acercaban.

—¿Es ésta tu idea del paraíso? ¡Mira! ¡Míralas!

El joven la arrastró hacia atrás con él, mientras la oscura y aguada sangre derramada por la bestia prendía. Las llamas desprendían volutas de humo acre, grasiento y negro. Richard se detuvo al recordar lo que la Hermana le había dicho antes acerca de correr hacia las garras de las bestias que acechaban detrás. Entonces olió a carne quemada y, al darse cuenta de que era la suya, escupió sobre el doloroso punto humeante en el brazo donde había salpicado la sangre del monstruo.

Rápidamente recorrió la zona con la mirada. Detrás de ellos había más formas. Una de ellas se encarnó en otra bestia, esta vez con pezuñas hendidas y un ancho hocico, del que le brotaron colmillos afilados como navajas, que crecieron hasta transformarse en largas armas curvas.

Gruñendo, cargó contra ellos. Richard descargó la espada sobre la cabeza de la bestia que trataba de empalarlo con los colmillos, y le atravesó el cráneo. Lanzando un chillido, el monstruo se desplomó pesadamente. Cuando su voluminoso cuerpo tocó el suelo, ya se había transformado en una masa de serpientes que se retorcían. Los ofidios iban cayendo uno sobre los otros en una enmarañada pila que se iba deshaciendo. Centenares de penetrantes ojos rojos se clavaron en él, y lenguas rojas se agitaron en el aire, mientras los cuerpos a bandas amarillas y negras se deslizaban hacia los dos humanos.

A Richard no le pareció que fueran meros espejismos incorpóreos. Al menos, el brazo donde la sangre del monstruo le había quemado le dolía una barbaridad. Las serpientes silbaban. Algunas se enroscaron, prestas a atacar, dejando al descubierto chorreantes dientes.

—Richard, tenemos que salir de aquí. Vamos, hijo.

Ambos dieron media vuelta y echaron a correr, seguidos por las serpientes de ojos rojos que flotaban. De pronto, Richard sintió que atravesaba una zona de aire más denso, que chispeaba alrededor.

La hermana Verna gritó. Richard se volvió y la vio tirada en el suelo, delante de las serpientes. La Hermana se puso de pie de un salto y volvió a intentarlo, pero no pudo pasar. Para ella el aire era sólido.

Por un instante se quedó en silencio. Una vez se hubo serenado, unió ambas manos y dijo:

—Richard, estoy atrapada en este hechizo y no puedo salir de él. Es a mí a quien el hechizo ha capturado y reconoce. Para mí ya es tarde. Sálvate. Corre. Sin mí tienes una oportunidad. Vamos, corre.

De pronto había muchas más serpientes de las que Richard había visto al principio. El suelo hervía de reptiles. Lo estaban rodeando. De un golpe con la espada, decapitó a tres que se habían acercado demasiado.

Los cuerpos sin cabeza se retorcieron y a continuación se convirtieron en cientos de enormes bichos brillantes con bandas negras y marrones. Los insectos se dispersaron en todas direcciones. Algunos se le metieron dentro de las perneras. Frenético, Richard sacudió las piernas para librarse de ellos. Cada picadura era como un carbón ardiendo sobre la piel. Golpeaba con los pies en el suelo para quitárselos de encima. En el suelo donde había matado a las serpientes los bichos se multiplicaban. Sus duros cuerpos caían unos sobre los otros y crujían como el sonido de hojas secas que el viento arrastra por un suelo agostado.

Saltando entre los bichos que emitían ruiditos secos y las serpientes que se retorcían, avanzó de espaldas hasta el aire que chispeaba.

—Sin ti no tengo oportunidad alguna —dijo a la Hermana—. Tú vienes conmigo.

El joven la envolvió con sus brazos y se lanzó hacia la chispeante barrera con la espada por delante. Al principio era como muro sólido, pero entonces el aire alrededor explotó con rutilantes destellos. Líneas de luz, como vidrio agrietado, salieron disparadas en todas direcciones. El aire se inflamó en un estallido de chispas y un resonar de truenos. Las vertiginosas chispas fueron ralentizándose y cayendo al suelo

como copos de nieve. Su luz se extinguía al tocar la tierra. Ambos atravesaron entonces la barrera, libres ya del hechizo.

Pero las formas oscuras los siguieron, al igual que las serpientes, y los bichos reventaban y crujían bajo sus botas.

—Salgamos de aquí —dijo Richard, aferrando con más fuerza la espada.

La mujer avanzó dos pasos y se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa?

—Ya no siento el camino —susurró—. Richard, no siento los huecos. ¿Sientes tú algo? —El joven negó con la cabeza—. ¡Inténtalo! Intenta sentir dónde hay menos peligro.

El joven golpeó con los pies en el suelo para desprenderse de los bichos de las piernas y se quitó uno que le había llegado al rostro. Las serpientes seguían brotando sin cesar del lugar donde había caído la bestia. Hervían como el agua de un manantial.

—No puedo —dijo al fin—. Siento peligro por todas partes. Es lo mismo en todas direcciones. ¿Por dónde vamos?

—No lo sé. —La Hermana se agarraba la camisa en un puño.

Richard oyó un grito. Una voz familiar lo atrajo de forma irresistible. Kahlan estaba totalmente cubierta de serpientes, como una roca en medio del manantial vivo de ofidios. La mujer extendió los brazos hacia él.

—¡Richard, ayúdame! ¡Dijiste que me amarías siempre! ¡Por favor, Richard! ¡No me dejes aquí! ¡Sálvame!

—¿Hermana Verna, qué es lo que ves? —preguntó en un trémulo susurro.

—A Jedidiah —repuso ésta en voz baja—. Está cubierto por serpientes y me pide ayuda. Que el Creador se apiade de nosotros.

—Es un poco tarde ya, ¿no crees?

—No blasfemes.

Richard se obligó a dar la espalda a la visión. Cogió a la Hermana por un brazo, y se la llevó. Tenían que ir esquivando las formas oscuras que flotaban alrededor. También evitaban a las serpientes, pero era imposible no pisar los enormes bichos. El joven sabía que, ahora que la magia los había encontrado, moverse sin saber adónde iban podía ser más peligroso que quedarse quietos. No obstante, no conseguía que los pies dejasen de moverse. Por fin llegaron a una zona libre de serpientes y de bichos, por el momento.

—Se nos acaba el tiempo. ¿Aún no sientes nada? ¿No sientes el camino?

—Nada. Lo siento, Richard. He fracasado en mi deber; he fallado al Creador. Por mi culpa, ambos moriremos.

—Aún no estamos muertos.

Richard llamó con un silbido a los caballos. Éstos acudieron trotando, sin hacer caso de las formas oscuras. Bonnie lo empujó con el hocico, obligándolo a retroceder un paso. La hermana Verna cogió las riendas de Jessup y empezó a andar con él.

—¡No! —gritó Richard, al tiempo que montaba a Bonnie. El joven aplastó a dos bichos que le subían por la pierna—. Monta. Rápido.

La mujer se quedó mirándolo sin pestañear.

—Richard, no podemos montar los caballos. Ya te lo he dicho. No son más que unas estúpidas bestias. Podrían asustarse por algo y conducirnos hacia una tormenta de hechizos. ¡No podemos controlarlos sin los bocados!

—Hermana, me dijiste que habías leído *Las Aventuras de Bonnie Day*. ¿Recuerdas cuando los tres protagonistas están conduciendo a los heridos a lugar seguro y llegan al río de aguas envenenadas que no

pueden cruzar? ¿Recuerdas qué dicen? Dicen a la gente que deben tener fe en que puede lograrse. Bonnie, Geraldine y Jessup los cruzan al otro lado. Ten fe, Hermana. Deprisa. Monta.

—¿Quieres que haga algo estúpido que sé que nos matará sólo por algo que leíste en un libro? Te digo que debemos caminar.

Bonnie sacudió la cabeza y bailó en torno. Richard tensó las riendas para frenarla.

—Tú no sabes por dónde ir, y yo tampoco. Si nos quedamos aquí, moriremos.

—¿Y de qué va a servirnos montar? —La mujer tuvo que dar un brusco tirón a Jessup para mantenerlo quieto. Bonnie le había contagiado su excitación.

—Hermana, ¿qué han estado haciendo los caballos todo el día, siempre que tenían oportunidad?

—Pastar. Comer una hierba imaginaria. Estaban teniendo visiones.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabes? ¿Y si fuésemos nosotros los que viésemos una ilusión? Tal vez ellos ven lo que hay en realidad. ¡Vamos, monta!

Las formas oscuras se acercaban, y sus ojos rojos brillaban con más intensidad. La hermana Verna las miró y luego montó a Jessup.

—Pero...

—Ten un poco de fe, Hermana. —Bonnie hizo cabriolas hacia un lado, ansiosa por echar a correr—. Te prometí que te salvaría y pienso cumplir mi promesa. Yo iré delante. No te retrases.

Richard incitó a la yegua con un brusco taconazo en las costillas, al tiempo que le gritaba la orden. Bonnie se lanzó al galope. Los otros dos caballos la imitaron. Richard se inclinó sobre la cruz de Bonnie y le dio rienda suelta, sin ofrecerle indicación alguna de adónde ir. Para no influir en ella, en vez de concentrarse en lo que había delante de ellos, lo hizo en las orejas de la yegua.

—¡Richard! —gritó la hermana Verna desde atrás—. En nombre del Creador, mira adónde te diriges. ¿No ves adónde llevas al caballo?

—Yo no lo llevo —respondió el joven, gritando para hacerse oír por encima del atronador ruido de los cascos—. Ella elige el rumbo.

La Hermana galopó hasta ponerse a su lado. Estaba verdaderamente furiosa.

—¿Te has vuelto loco? ¡Mira adónde te diriges!

Richard miró. Corrían al galope hacia el borde de un precipicio.

—Cierra los ojos, Hermana.

—¿Es que has perdido la...

—¡Cierra los ojos! Es una visión. Una visión de un miedo que todos compartimos: caer por un precipicio. Es como las serpientes que ambos vimos.

—¡Las serpientes eran reales! Si te equivocas, estamos perdidos.

—Cierra los ojos. Si fuese real, los caballos no se tirarían por un precipicio. —Richard deseó tener razón.

—A no ser que haya realmente un precipicio, pero la magia les muestre una visión de terreno llano para matarnos.

—Si nos quedamos aquí, moriremos. No tenemos elección.

El joven oyó cómo la mujer lanzaba una maldición mientras tiraba de la rienda derecha para girar el caballo, pero Jessup seguía a Bonnie. Bonnie era la líder, y ni Jessup ni Geraldine iban a abandonarla.

—Ya te dije que era una tontería destruir esos bocados. Ahora no podemos controlarlos. Nos arrastrarán al fondo del precipicio con ellos.

—Te prometí que te salvaría. Destruir esos bocados es lo que va a salvarte. Yo tengo los ojos cerrados. Si quieres vivir, ciérralos tú también.

La hermana Verna guardó silencio, mientras los tres caballos seguían a galope tendido. Richard apretaba los ojos con fuerza. Cuando le pareció que había llegado al borde, contuvo la respiración y rogó que los buenos espíritus le fuesen favorables esa vez.

Sentía en las piernas el hormigueo previo a caer en picado por un precipicio. Trató de no pensar en cómo sería la caída. No era más que una visión de miedo compartido. Seguro que sí. El joven se dio cuenta de que aferraba las crines de Bonnie como si en ello le fuera la vida. Entonces relajó los dedos, pero mantuvo los ojos cerrados.

La caída no se produjo.

Los tres caballos siguieron galopando. Richard no hizo nada por moderar la marcha, sino que permitió que corrieran tanto como quisieran. Estaban de humor retozón después de haberse pasado el día paciendo, y Richard se daba cuenta de que estaban disfrutando la carrera. Ahora corrían por el puro placer de hacerlo.

Al rato, el ruido de los cascos empezó a cambiar. Ya no era un ruido seco, sino más suave.

—¡Richard, estamos fuera del valle!

El joven miró atrás y vio las negras nubes de tormenta lejos, en el horizonte. El sol brillaba a baja altura sobre un paisaje ondulado y cubierto de hierba. Los caballos se pusieron a medio galope.

—¿Estás segura? ¿Estás segura de que hemos salido?

—Sí. Conozco este lugar. Estamos en el Viejo Mundo.

—Podría ser una ilusión para darnos confianza y luego atraparnos.

—¿Siempre tienes que cuestionar lo que te digo? Lo siento con mi han. No es espejismo alguno. Nos hemos salvado del valle, de su magia. Ahora ya no puede alcanzarnos.

Richard se preguntó por última vez si eso sería un espejismo, pero también él sentía que ya no había peligro. Se inclinó hacia adelante y se abrazó al cuello de Bonnie.

En las inmensas colinas en las que estaban entrando no crecía ningún árbol, sólo hierba y flores silvestres. Los lugares más bajos estaban salpicados de rocas de color arenoso. El sol aún brillaba con fuerza, pero ya no abrasaba la tierra. Richard rió al sentir el viento en la cara.

Entonces dirigió una sonrisa a la hermana Verna, pero la mujer no sonreía. Tenía la frente fruncida y escrutaba las colinas que se extendían ante ellos.

—Borra esa sonrisa de la cara —le espetó.

—Es que estoy contento de haberlo logrado. Estoy contento de que esté viva, Hermana.

—Si tuvieras idea de lo enfadada que estoy ahora mismo contigo, Richard, no te alegrarías tanto de tenerme aún a tu lado. Te lo digo muy seriamente: harías bien en mantener la boca cerrada.

Richard sólo sacudió la cabeza.